

**LA EVOLUCIÓN DE LA ESTRUCTURA SOCIAL EN LAS PRIMERAS
SOCIEDADES CAMPESINAS DEL SUR PENINSULAR EN LA
PREHISTORIA.
EL MUNDO FUNERARIO DEL NEOLÍTICO RECIENTE-
CALCOLÍTICO**

INDICE

PRESENTACIÓN DE LA INVESTIGACIÓN	5
CAPÍTULO I	10
INTRODUCCIÓN: PLANTEAMIENTOS GENERALES.	10
I.1. PRESENTACIÓN.	
I.1.1. El Tema de investigación.	10
I.1.2. Objetivos.	14
I.1.3. Esquema del trabajo.	17
I.2. APUNTES SOBRE LA INVESTIGACIÓN DE LAS SOCIEDADES CAMPESINAS JERÁRQUICAS EN LA PENÍNSULA IBÉRICA.	18
I.2.1. Introducción. Avance de los estudios en las últimas décadas.	18
I.2.2. Síntesis de conocimientos actuales sobre las primeras sociedades campesinas en la Península Ibérica.	19
I.2.3. Principales líneas de investigación sobre el mundo funerario de las primeras sociedades campesinas en las distintas regiones de la Península Ibérica:	30
CAPÍTULO II	
CONCEPTO Y MÉTODO	52
II.1. ENFOQUE EPISTEMOLÓGICO.	52
II.1. 1. General.	52
II.1. 2. El materialismo histórico en arqueología.	53
Síntesis de sus características y evolución de subcorrientes.	53
Corrientes internas:	57
II. 2. EL ESTUDIO DE LA MENTALIDAD EN LA PREHISTORIA. UNA REFLEXIÓN SOBRE LOS ENFOQUES TEÓRICOS PARA LA INTERPRETACIÓN DEL MUNDO FUNERARIO Y SIMBÓLICO.	64
II. 2. 1. Enfoque Postprocesual: (neopositivismo y postmodernismo)	64
II. 2. 2. Enfoque Neomarxista.	69
II. 3. METODOLOGÍA.	78
II. 3. 1. El papel de las llamadas "Teorías de Alcance medio":	78
II. 3. 2. La Arqueología de la Muerte.	79
II. 3. 3. La Etnoarqueología.	86
II. 3. 4. La Arqueología Espacial.	89
CAPITULO III	
LA PROBLEMÁTICA EN TORNO AL CONCEPTO DE SOCIEDAD COMPLEJA	97
III. 1. Dificultades derivadas de la variabilidad terminológica.	98
III. 2. Discusión sobre el empleo de los términos.	
III.2.1. Terminología referente a la "complejidad".	99
III.2.2. Terminología referente a los sistemas de organización social y política.	100
III. 3. Propuesta de definición alternativa a los términos de "sociedad compleja" o "sociedad de jefaturas".	113
III. 4. Distintas propuestas de organización del proceso histórico de incremento de la complejidad social.	116

CAPITULO IV
EL ORIGEN DE LAS ÉLITES. LA APARICIÓN DE LA DIVISIÓN SOCIAL EN GRUPOS
CON ACCESO DIFERENCIAL AL PODER 128

- IV. 1. TEORÍAS EXPLICATIVAS DE LAS CORRIENTES DEL ÁMBITO NEOLIBERAL. 128
- IV. 2. TEORÍAS EXPLICATIVAS DESDE LAS CORRIENTES MARXISTAS. 136

CAPITULO V
TEORÍAS SOBRE LA MENTALIDAD, LA RELIGIÓN Y LAS PRÁCTICAS FUNERARIAS EN
LAS SOCIEDADES CAMPESINAS JERÁRQUICAS (IV-III MILENIOS A.C. EN EUROPA) 147

- V.1. PROBLEMÁTICA CONCEPTUAL GENERAL ACERCA DE LA MENTALIDAD EN LA
PREHISTORIA RECIENTE EUROPEA. 148
- V. 1. 1. La ideología en las formaciones sociales campesinas jerárquicas. 148
- V. 1. 2. Un aspecto específico de la mentalidad: la construcción de la identidad
individual y colectiva. 151
- V. 1. 3. Las creencias de tipo religioso. 156
- V. 1. 4. Las creencias específicamente relacionadas
con la muerte y las expresiones asociadas a ellas: ritos y espacios funerarios. 161
- V. 2. EL MUNDO FUNERARIO DE LAS PRIMERAS SOCIEDADES CAMPESINAS
JERÁRQUICAS EN EUROPA: EL IV Y III MILENIOS A.C. Y EL "MEGALITISMO". 164
- V. 2. 1. El concepto de "megalitismo". 164
- V. 2. 2. Síntesis de las principales evidencias arqueológicas y
etnoarqueológicas. 166
- V. 3. LA INTERPRETACIÓN DE LAS EVIDENCIAS. LA MENTALIDAD DE LAS
SOCIEDADES JERARQUIZADAS CAMPESINAS Y SUS CREENCIAS RELIGIOSAS. 219
- V.3.1. Teorías sobre el significado de los monumentos y los ritos megalíticos:
La "Religión Megalítica". 221
- V. 3. 2. El uso ideológico de la "religión megalítica": La relación entre la
ideología del orden social y la del orden del Universo. 226

CAPÍTULO VI
LOS TERRITORIOS SACRO-POLÍTICOS DEL SUR PENINSULAR. TEORÍAS DE PUNTO
DE PARTIDA E HIPÓTESIS EXPLICATIVAS

- VI.1. INTRODUCCIÓN. 234
- VI. 2. MODELOS DE INTERPRETACIÓN DE LOS ESPACIOS CONSTRUIDOS POR LAS
PRIMERAS SOCIEDADES JERARQUIZADAS EN EL SUR PENINSULAR. 235
- VI. 2. 1. La organización de la ocupación del territorio: la evolución del
poblamiento en el proceso de jerarquización del sur peninsular desde el IV al II
milenios a.C. 236
- VI. 2. 2. Síntesis y valoración de las aportaciones a la comprensión de la
organización del territorio. 250
- VI.3. Hipótesis de trabajo: El Modelo de las Agrupaciones Funerarias que
definen Territorios sacro-políticos autónomos. 255

CAPÍTULO VII
ANÁLISIS DE LOS DATOS 258

- VII.1. YACIMIENTOS ANALIZADOS. RESUMEN DE LOS DATOS. 258

VII. 2. INFERENCIAS INICIALES.	260
VII. 2. 1. Agrupaciones Funerarias.	260
VII. 2. 2. Territorios "sacro-políticos".	297
VII. 3. CONCLUSIONES PRELIMINARES.	334
VII. 3.1. Síntesis de resultados y discusión sobre la hipótesis departid.	334
CAPÍTULO VIII	
CONCLUSIONES GENERALES	350
VIII.1. SOBRE LOS TERRITORIOS SACRO-POLÍTICOS DEL SUR PENINSULAR Y EL MODELO DE ORGANIZACIÓN SOCIAL SUBYACENTE.	350
VIII. 2. SOBRE EL TRABAJO DE INVESTIGACIÓN: VALORACIÓN.	364
BIBLIOGRAFÍA	369
INDICE DE IMÁGENES	412



PRESENTACIÓN DE LA INVESTIGACIÓN

Para mis padres.

Y para los que se formulan preguntas y buscan respuestas;
por si este modelo de explicación de la realidad pasada
pudiera serles útil para transformar
la realidad presente e imaginar la futura.

Toda investigación, como cualquier otro trabajo que emprendamos los seres humanos, tiene su propia historia. Comienza en un momento determinado y como respuesta a una, o varias motivaciones y se desarrolla en el tiempo siguiendo la estela que marque la dificultad del trabajo, sus condicionantes, sus cambios de orientación, las ayudas recibidas, etc. hasta que acaba dando unos frutos concretos. En este caso, el fruto sería este texto que ahora presentamos y al hacerlo, definimos.

Pero dado que la historia (incluso la pequeña historia interna de esta investigación) se rige por pautas temporales, empezaremos a definir y presentar siguiendo el orden cronológico de los acontecimientos.

Desde mi adolescencia sentí un profundo interés por comprender las causas de la desigualdad, el origen de las relaciones de poder entre los seres humanos y por ello, me incliné por el estudio de la Historia de forma vocacional.

Pero para encontrar las raíces de la idea motriz que guía esta investigación hay que remontarse al primer año que cursé en la carrera de Geografía e Historia, en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Autónoma de Madrid.

Aquél año tuve la fortuna de encontrar dos profesores que marcaron mi futuro profesional al despertar en mi el interés específico por la Prehistoria en general y por el del intrincado y complejo mundo de las transiciones y procesos de transformación social, en concreto.

Con el profesor A. Domínguez Monedero inicié mi acercamiento a la problemática de las formaciones estatales, su origen y su formación. Con la Profesora Isabel Rubio de Miguel, me adentré en la Prehistoria peninsular, recibiendo de sus explicaciones la guía hacia el tema que centra esta investigación. Dicha orientación se mantuvo hasta el presente, por el hecho de volver a encontrarnos en otros cursos de la especialidad y durante el doctorado, pero fundamentalmente, por encontrar en ella un punto de encuentro en el enfoque epistemológico y por su capacidad para enseñar. Todo ello me lleva a considerarla mi maestra.

En uno de los cursos de doctorado a los que aludo, impartido por la profesora Isabel Rubio, se concretó definitivamente el tema de mi trabajo de investigación: El origen, significado y consecuencias de la llamada "complejidad Social" y la enorme problemática conceptual que existe en torno a ella comenzaron a conformarse como eje central de las primeras

fases de mi inmersión en uno de los aspectos más apasionantes de nuestra prehistoria.

Desde este momento comencé a agradecer la capacidad docente de la profesora Isabel Rubio, quien ya como mi directora de tesis, se convirtió en principal referente de mi aprendizaje de las grandes ideas, el concepto y el método en primer lugar y después de los pequeños detalles que hacen que un trabajo de investigación sea riguroso y científico.

Ella me puso también en contacto con los otros maestros a quienes debo el conocimiento y la motivación para adquirirlo, pues a través de la lectura de sus artículos fui ampliando, completando y enriqueciendo mis ideas sobre la complejidad de la estructura social de las primeras formaciones campesinas del IV y el III milenios a.C.

Tras la maduración de la idea inicial presenté el proyecto de tesis en el Departamento de Prehistoria y Arqueología de la UAM, dirigido entonces por la Profesora Rosario Lucas Pellicer, quien jugó un importante papel en el desarrollo de la misma, al apoyarme decididamente en la tarea de buscar y conseguir la beca de Formación de Personal Investigador con la que pude empezar mi trabajo.

Sus consejos y sus ánimos están aún en mi memoria y la preciosa carta de recomendación que escribió para la Fundación Oriol (promotora de la beca que me fue concedida al año siguiente), está guardada junto a las cosas que conservo con más cariño. Sirvan estas palabras de agradecimiento a una profesora a la que nunca podré olvidar.

Siguieron varios años de formación continua para profundizar en el tema de investigación, en los que tuve la oportunidad de escuchar personalmente a los maestros ya leídos, en congresos y cursos de Arqueología, Prehistoria, Antropología, etc. Esta segunda fase del proceso de maduración fue larga, llegando a extenderse excesivamente en el tiempo por diversas causas.

La idea motriz de la investigación se fue modificando, ampliando su marco geográfico desde el sureste a todo el sur peninsular y se reorientó hacia el enfoque de la Arqueología Espacial gracias a la inestimable ayuda del Profesor Fernando Molina, de la Universidad de Granada. Con él tuve la oportunidad de hablar sobre el trabajo a raíz del contacto que establecimos en un curso de verano, y en sucesivas conversaciones posteriores me proporcionó la reorientación que precisaba en un momento crítico en que el trabajo se encontraba paralizado.

Una vez reconducida la investigación, comencé a encontrar la luz a través de los trabajos de otros prehistoriadores, como J. M. Vicent, J. A. Cámara, F. Criado o A. Hernando, cuyas aportaciones fueron fundamentales, pese a no conocerlos más que desde la perspectiva del lector y del oyente de conferencias. De todos ellos me siento admiradora y seguidora, dado el peso que su influencia ha tenido en el resultado final de esta tesis doctoral.

Así mismo, fue también fundamental para el avance en este trabajo la estancia de investigación que tuve oportunidad de desarrollar en el Departamento de Antropología y Arqueología de la Universidad de

Cambridge, bajo la tutela del Profesor C. Holtorf, a quien agradezco su apoyo y su acogida.

Pero el proceso de trabajo en esta tesis se apoyó también en ayudas de otra índole, económica e institucional principalmente, puesto que este factor es, pese a todo, crucial.

Las becas de ayudas al Doctorado de la Universidad Autónoma de Madrid y la de Formación de Personal Investigador de la Fundación Oriol me permitieron avanzar sin interrupciones durante los primeros años, pero fueron escasas, en términos temporales.

Al no poder terminar el trabajo en el tiempo que estas duraron, me vi obligada a tener que compatibilizar la investigación con otras ocupaciones, tanto formativas como laborales, lo que implicó la ralentización del trabajo. De entre aquellos que me ayudaron a mantener abiertas las puertas de la investigación doctoral apoyándome con trabajos relacionados con la Arqueología, debo mencionar a profesores del Departamento de Prehistoria y Arqueología de la UAM, como Juan Blánquez y Raquel Castelo.

De estos años de dura y forzada convivencia entre el interés por avanzar en la tesis doctoral y el de mantener opciones laborales abiertas en los campos de la docencia, la difusión del patrimonio y la didáctica de la Arqueología, guardo los buenos recuerdos que me proporcionó el entusiasmo por la formación autodidacta en la labor de acercar el conocimiento arqueológico a la sociedad para acelerar e incrementar su potencial de cambio. Al fin y al cabo, este es también uno de los objetivos de mi trabajo de tesis doctoral, en esencia.

Los cursos de formación a que asistí en este período y el trabajo de campo y de gestión del yacimiento de El Saucedo, junto al trabajo en otros yacimientos durante los veranos, me permitieron completar el punto de vista bibliográfico adquirido. A los profesores Raquel Castelo y Manuel Bendala les debo el constante apoyo y comprensión recibido durante todo este tiempo, un apoyo que es tanto más valioso por cuanto supone de valoración y reconocimiento profesional.

Pero también fue esta una fase de cierta angustia, por ver cómo se retrasaba el momento de empezar a redactar y ordenar las ideas fruto de la investigación bibliográfica previa. Hubo años en los que tuve que paralizar mi estudio sobre los constructores de megalitos del sur peninsular para poder atender otras tareas, como la realización del Master en Educación en los Museos que la concesión de la Beca Fulbright del Departamento de Estado de los EEUU me permitió llevar a cabo en la ciudad de Philadelphia, en el curso 2003-2004.

No obstante, el tiempo transcurrido en los EEUU no fue del todo infructuoso, pues la preparación de un artículo sobre la tesis me mantuvo vinculada con el trabajo de investigación y me permitió madurar el enfoque final de la misma.

La fase de redacción y por tanto de definición final del trabajo, de corrección y presentación que se produjo en los últimos dos años transcurrió entre Madrid y Mérida, donde me trasladé a trabajar en la didáctica de los museos y exposiciones. La estabilidad económica me proporcionó la necesaria estabilidad intelectual para afrontar la consecución de la investigación doctoral, pese a implicar el mantenerme alejada de los círculos de debate universitarios y profesionales de los congresos y cursos.

En estos últimos meses he de agradecer también la ayuda prestada por el Departamento de Geografía (Servicio de Cartografía) de la UAM con la obtención de la imagen del sur peninsular que sirve de base a todos los mapas elaborados para este trabajo.

En otro orden de cosas, es imprescindible dedicarle ahora la atención a la otra fuente inestimable de apoyo en este largo proceso: las amistades y sobre todo, la familia. Sin ellos, dudo que hubiera podido encontrar las fuerzas necesarias y la motivación para superar los baches y para afrontar las necesidades surgidas año tras año.

A Ofelia Jiménez, Elena Veiga, Ana Torrecilla y Ana López les agradezco su constante apoyo y ánimo. Con ellas he compartido cursos, congresos, viajes a yacimientos y especialmente a Ofelia le agradezco el haber leído y valorado partes del texto en momentos trascendentes del trabajo de redacción.

Quiero mencionar también a Teresa Hernández (a quien también debo ayuda especial con la tabla de apéndices) y a Mónica Rodríguez quienes me han prestado su apoyo en los últimos meses de trabajo. A Francisco Prados le agradezco igualmente el diseño gráfico de este documento.

Por último, tampoco quiero dejar de agradecer a las personas con quien compartí varios años de duro trabajo en ONGs el haber comprendido mis necesidades de seguir con la tesis y el haber mantenido viva mi motivación principal para la realización de la misma: contribuir a cambiar el mundo construyendo la utopía.

Con mi familia acumulo una incalculable deuda de gratitud, no sólo por ayudarme económicamente, aportándome seguridad y estabilidad anímica, sino también por su aportación intelectual a mi formación, a mi proceso de maduración de la idea y a la resolución de las dudas que sobre al proceso de transformación de la sociedad aldeana de los IV-III milenios fueron surgiendo año tras año.

Con mis padres he compartido valoraciones, lecturas de artículos, reflexiones decisivas, etc. y tanto ellos como mis hermanos, Maite y Jesús, han leído el texto y aportado al resultado final del manuscrito.

Pero mi deuda es todavía más profunda, pues de su mano me introduje en el análisis del pasado a través del materialismo histórico y su sabiduría y capacidad de motivación intelectual me han guiado siempre en la labor de encarar los problemas de la realidad actual desde la óptica del conocimiento del pasado.

A nuestros padres les debemos ser quienes somos. Yo debo a los míos también escribir lo que escribo, pues la convicción profunda de que el mundo es mejorable que ellos me han transmitido y de que mi trabajo de tesis doctoral podría aportar un grano de arena en este empeño es lo que me ayudó a encontrar las fuerzas para culminar un trabajo cuyo proceso de elaboración ha sido largo y duro. Un proceso en el que a veces me he sentido sola, a veces desorientada, a veces insatisfecha y dubitativa, a veces desanimada por las dificultades..., pero también ilusionada por la trascendencia de su contenido.

Con la esperanza de que esta trascendencia sea real con el paso de los años he escrito este texto.

Mérida,
bajo los arcos del puente romano,
en las orillas del Guadiana,
1 de Octubre de 2006.

CAPÍTULO I INTRODUCCIÓN: PLANTEAMIENTOS GENERALES.

I.1. PRESENTACIÓN.

I.1.1. El Tema de investigación.

En el presente trabajo de tesis doctoral se lleva a cabo un estudio del proceso que llevó a las primeras formaciones sociales campesinas del sur peninsular a transformarse para avanzar en la organización de su estructura social hacia un modelo de tipo jerárquico, en el que las relaciones entre los diferentes grupos que las constituyeron se establecieron verticalmente y bajo condiciones de dominación.

El ámbito cronológico en el que nos situamos es el de los milenios IV y III a.C. correspondientes, en la periodización cronocultural tradicional, al *Neolítico final-Calcolítico* y al *Calcolítico pleno*.

El estudio se ha desarrollado a partir de los vestigios arqueológicos de los pobladores del área de Andalucía: el Sureste almeriense, la serranía de Granada, la Subbética y costa granadina y de Málaga y Cádiz, la campiña del Valle del Guadalquivir y las llanuras de Huelva y el sur de Portugal (Algarbe), así como la región de Murcia.

Se profundiza en las transformaciones que las formaciones sociales en las que domina un sistema de organización interna basado en la diversificación de las funciones entre grupos y la relación horizontal de éstos, realizan para modificar sus propias condiciones de organización dando lugar a las primeras relaciones de poder entre ellos y al asentamiento de una estructura jerárquica, o de clases.

Es éste un proceso largo y complejo, que no termina en el punto en el que se corta el presente trabajo de investigación, pues la carrera hacia la consolidación y ampliación de las diferencias sociales entre grupos de personas de una misma comunidad continuará desde el *Calcolítico Final*, hasta nuestros días. Este estudio recoge tal variabilidad cronoespacial presentando un análisis global y una síntesis abarcante sobre el tema, al tiempo que una sistematización exhaustiva de los yacimientos por regiones y sus estudios específicos.

La *sistematización* a la que hacemos referencia se concreta en *los yacimientos de carácter funerario de esta área*. Los elementos de cultura material funerarios son los que ofrecen, en general, una información más completa acerca de los sistemas de organización social de las formaciones sociales de la Prehistoria, aunque también los análisis de ubicación de los hábitats están contribuyendo a ello en la actualidad. Los recientes avances en la reconstrucción del esquema de ocupación del territorio por parte de una o varias formaciones sociales en un período cronológico específico, se están revelando como uno de los elementos fundamentales para la construcción científica de teorías interpretativas del proceso histórico. Por

esta razón, el estudio complementario de ambos tipos de yacimientos se presenta como la vía idónea para alcanzar el objetivo indicado arriba.

La sistematización de yacimientos ha debido abordarse desde la investigación sobre *la bibliografía publicada* exclusivamente, dado que la realización de prospecciones y /o excavaciones estaba fuera de nuestro alcance. Debido a la extensión geográfica y a la reducida disponibilidad de medios, optamos por este tipo de investigación que, por otro lado, ofrece la posibilidad de actualizar y presentar en forma de síntesis la producción intelectual existente hasta la fecha, acercándola a toda la comunidad científica bajo un mismo prisma.

La enorme heterogeneidad que caracteriza el registro arqueológico en este ámbito geográfico y cronológico y que caracteriza, por tanto, la bibliografía conocida ha supuesto un obstáculo para la realización de este trabajo, pero también le otorga un mayor sentido.

Por otro lado, el carácter bibliográfico de la investigación ha obligado igualmente a mantener una actitud crítica con los textos elaborados por los demás investigadores, dado que se trata de *Historia Producida* (en terminología de J.C. Vera, y A. Sánchez Lizcano, 1999). Todo trabajo de corte histórico está condicionado por el contexto social en el que se produce, la historia colectiva y personal de su autor, su nivel de formación académica y cultural, los procedimientos de investigación empleados en el mismo y el enfoque epistemológico subyacente. Nunca es un trabajo "inocente" y ello aporta una complejidad enorme a un estudio de corte bibliográfico que se asume conscientemente. Las valoraciones críticas efectuadas a cada obra consultada conforme a lo expuesto arriba no cabrían en esta tesis, pero han sido tenidas en cuenta a la hora de recoger sus conclusiones para integrarlas o no en ella con coherencia.

Por último, se plantea en este trabajo el análisis (aunque sólo a modo de propuesta de investigación para el futuro) de las *posibles causas* de la transformación de una estructura social con diferenciación de grupos por criterios funcionales y acceso paritario al poder, en otra más compleja, con grupos diferenciados por su desigual acceso a la riqueza y el poder, en el área antes mencionada.

Tanto el análisis del proceso histórico como el acercamiento a sus posibles causas poseen una clara orientación hacia la interpretación histórica en *clave sociológica*. Este enfoque general lleva implícito, no obstante, el estudio de variables económicas e ideológicas, por supuesto imprescindibles para acercarnos a una comprensión más precisa de los modelos de organización colectiva de las comunidades de nuestra Prehistoria, así como a la formulación de explicaciones más completas respecto de los procesos de transformación de las mismas.

Es éste un estudio generalista en determinados aspectos de la teoría interpretativa, por lo que cabe plantear que las propuestas formuladas no son sustitutivas de las que han sido ya publicadas y que se corresponden con enfoques epistemológicos diferentes. Podría entenderse más bien como un estudio complementario, que matiza o amplía otros de corte, o bien más economicista o bien centrados en el papel de la ideología del ritual

funerario, haciendo aportaciones a una línea de investigación a la que merece la pena prestar atención.



1. Dólmen pirenaico (Huesca)

El interés del tema:

El proceso histórico que condujo al desarrollo de las diferencias sociales entre grupos, con la consiguiente conformación de clases sociales y a las consiguientes relaciones de dominación y explotación entre los seres humanos encierra un enorme interés a varios niveles:

En primer lugar, a nivel humano, pues resulta fundamental conocer, con la mayor veracidad y profundidad posible, las raíces del modelo de relaciones interpersonales e intergrupales que, de entre todos los posibles, ha alcanzado mayor auge y se ha convertido en el dominante en el mundo actual.

Vivir en la sociedad del presente de forma responsable y constructiva precisa del conocimiento de sus orígenes. Pero si además de vivir, se pretende transformar dicha sociedad para orientar nuestro futuro colectivo hacia un modelo de relaciones menos injusto y desequilibrado, en el que el sufrimiento derivado de la dominación y explotación pueda ser superado, precisa de un debate intelectual previo. Un debate surgido del análisis crítico del pasado, en este caso, del proceso que dio lugar al asentamiento de las condiciones necesarias para el avance del sistema social en el que hoy vivimos todos.

Plantear que el sistema de organización social capitalista es fruto de la evolución de los sistemas anteriores no es un postulado de tipo evolucionista, es la constatación de un hecho histórico. Ello no tiene por qué implicar el aceptar la existencia de líneas de evolución marcadas o explicar el devenir de los procesos históricos en base a evoluciones automáticas de los propios sistemas sociales (más adelante argumentaremos en contra de estos planteamientos y otros similares).

Por esta razón, podemos encontrar explicaciones para determinados comportamientos sociales del presente en la reconstrucción histórica de los comportamientos de aquellos que vivieron hace ya más de 6000 años. Los modos de vida de estos primeros grupos de humanos que crearon los conceptos de privilegio, poder, servidumbre y dependencia (no ya de los capricho de la naturaleza, sino de los de otros humanos), etc. se revelan en

nuestro tiempo como una fuente potente y exclusiva de información para la reflexión y la crítica.

Saber *cómo* se llegó a establecer un modelo de organización jerárquica entre los seres humanos, puede ayudar a avanzar en la respuesta al *por qué*, aunque sólo sea a través de la especulación teórica. Y si consideramos que la explotación y la apropiación desigual del trabajo de otros para la creación de riqueza es uno, si no el mayor problema al que podemos enfrentarnos hoy, hacer preguntas y aportar teorías que respondan sobre este tema de investigación es, no sólo idóneo, sino necesario.

En segundo lugar, aunque no por ello secundariamente, se trata de un tema interesante a nivel científico. Éste es un proceso crucial en la historia de la humanidad que suscita la atracción de numerosos investigadores y genera polémica en el plano intelectual. Por ello, posee un enorme potencial de discusión teórica, de generación de hipótesis y de aplicación del método científico para contrastarlas.

Bien es cierto que también se encuentra con enormes dificultades a la hora de llevar a cabo dichas contrastaciones empíricas, debido a la parcialidad del registro arqueológico. Pero el dinamismo que posee el campo de estudio de los procesos de "complejización social" está permitiendo que los intentos por demostrar diferentes teorías conduzcan al establecimiento de nuevos métodos de trabajo y que todo ello se traduzca en la creación de nuevos campos teóricos específicos para el trabajo de campo, el análisis de materiales, etc. Es ampliamente admitido que la arqueología de la muerte, arqueología espacial, etnoarqueología, etc., están experimentando fuertes impulsos al ser utilizadas para adentrarse en este campo de investigación.

Pese a todo el interés que ha suscitado este tema en los últimos años, traducido en proyectos de investigación y en publicaciones, aún no está agotado. Las hipótesis explicativas acerca del proceso de aparición de las élites son abundantes, pero todavía insuficientes. A los estudios referentes a los grupos de campesinos incipientes ("neolíticos") y de campesinos aldeanos estables ("calcolíticos") (las tradicionalmente denominadas "Cultura de Las Cuevas", "Los Millares"), se han sumado en la década de los 90 y los primeros años de la del 2000 estudios sobre procesos de larga duración, como la "neolitización", el desarrollo de los primeros estados en la Península Ibérica, etc. avanzándose, con ello, en el ámbito del conocimiento de los procesos de cambio en la Prehistoria.

Pero todavía hay grandes lagunas en la explicación del modo y las causas por las que las comunidades de cazadores recolectores y agricultores incipientes optaron por modificar su relación con el medio y entre sí para configurar un nuevo modelo de sociedad. Los análisis efectuados suelen ser regionales, quedando territorios sin abarcar aún, se detecta cierta desigualdad en los grados de profundización de los mismos y cierta disparidad en los enfoques, lo que dificulta la extracción de conclusiones globales. Faltan estudios comparativos entre yacimientos, entre espacios culturales, análisis macro espaciales de ocupación del territorio que

incorporen explicaciones diacrónicas del mismo, y sobre todo, hay pocas teorías explicativas que además de mostrar la evolución de las sociedades del "Neolítico-Calcolítico", se planteen cómo surgen las élites.

Los procesos dinámicos de transformación social no han gozado, hasta nuestros días, de la atención debida en relación a su importancia para la profundización en el conocimiento y por tanto, la comprensión de nuestra historia y de nosotros mismos.



2. Dibujo de un dólmen de Gorafe (M. Góngora)

I.1.2. Objetivos.

Así pues, son muchos los interrogantes que aún se pueden plantear y a los que pretendemos acercarnos en esta tesis doctoral:

¿Se podría hablar de situaciones de superioridad y por lo tanto, de control de unos grupos sobre otros en las formaciones sociales *neolíticas* del sur peninsular?

¿Se desarrollaron en primer lugar, las relaciones de poder entre miembros de una misma comunidad y en segundo lugar, las relaciones de competencia entre diferentes comunidades de una misma área, o bien fueron dos procesos simultáneos?

¿En qué nivel se habrían generado dichas relaciones desiguales: en el ideológico - religioso (control de los modos de actuación colectivos), en el económico (organización de la cadena productiva), o bien en el control o posesión exclusiva de la capacidad de decidir sobre el colectivo?

¿De qué modo se podría constatar esto en el ámbito de la cultura material, concretamente en el de los elementos funerarios?

El intento de responder a todo ello nos ha llevado a escoger una orientación de trabajo que concretamos a continuación, a través de los objetivos establecidos:

Objetivos Generales:

- Proponer una *teoría explicativa del proceso* de surgimiento de los primeros grupos sociales con acceso diferencial al poder, desigualdades sociales internas y relaciones de dominación (interna y

externa), mostrando su relación con la explotación económica y con la configuración de una construcción ideológica destinada a justificar el nuevo orden social: el culto funerario colectivo a los antepasados.

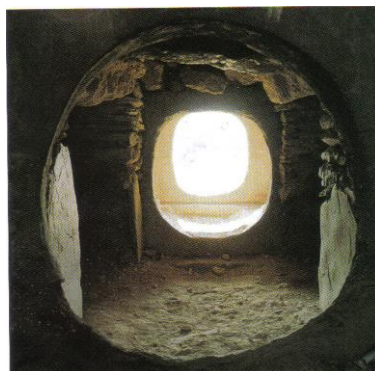
- Centrar las aportaciones de dicha teoría explicativa en los *aspectos sociológicos e ideológicos*. La estructura socioeconómica de una formación social suele contemplarse desde el Materialismo Histórico como una entidad única, diferenciada en todo caso, de la estructura ideológica. Conforme a este enfoque epistemológico, todas las estructuras están interrelacionadas, consistiendo en una abstracción conceptual de una realidad en la que no son evidentes las diferencias entre unas y otras. En los estudios actuales que recogen este enfoque suelen enfatizarse los aspectos económicos en las interpretaciones del proceso histórico: las relaciones de producción, las relaciones de propiedad sobre el territorio, y demás mecanismos económicos que rigen las relaciones humanas son los pilares sobre los que se apoyan las explicaciones del proceso de jerarquización social. Pero los mecanismos específicamente sociales (interdependencia personal y familiar, asociación y solidaridad, atribución de funciones y desempeño de papeles, adscripción a un grupo, etc.), también tienen su peso. Pretendemos demostrarlo a través del *análisis del registro funerario megalítico*. Veremos qué tipo de organización de las *relaciones sociales y de la estructura política se deducen del mismo* y si se corresponde con el que caracteriza una formación social jerárquica y con acceso diferencial al poder.
- Corroborar con todo el registro de yacimientos funerarios de Andalucía, la teoría que establece que el ritual del colectivismo y la monumentalización funeraria del megalitismo es una expresión material de una ideología política encaminada a mantener el orden social emanado de la desigualdad en las relaciones sociales mediante su negación sistemática. Esta construcción ideológica, ya en el Calcolítico, sería controlada por la élite, a quien beneficiaría, además de cumplir otras funciones de carácter religioso. (J. A. Cámara Serrano, 2001).
- *Analizar el proceso desde sus orígenes*, en el seno de las comunidades neolíticas de Andalucía. Dicho proceso comenzaría antes de que se construyan sus manifestaciones materiales más evidentes (grandes tumbas megalíticas y poblados fortificados). Dado que las cronologías conocidas hoy día para los primeros megalitos rondan el final del VI Milenio a. C., se puede pensar, a modo de especulación, que los mecanismos que dan paso a la diferenciación social y las jerarquías se pudieron haber generado anteriormente, durante el mismo proceso de "neolitización".

Objetivos específicos:

- En primer lugar, llevar a cabo una *sistematización de los yacimientos funerarios* de Andalucía correspondientes a los tradicionalmente

denominados períodos *Neolítico Final/Calcolítico*: catálogo de megalitos y cuevas funerarias con enterramientos colectivos.

- En segundo lugar, hacer un *estudio comparativo de los yacimientos* de tipo funerario de la zona, tanto a nivel temporal (los de similares cronologías entre sí), como espacial (los de cada ámbito geocultural). Contemplar en dicho estudio las características de las *estructuras funerarias* (morfología-tipología, restos de ajuares y enterramientos donde los haya y evidencias culturales), analizando a través de ellas los datos que ofrezcan información sobre la evolución de las formas de expresión del poder y, al tiempo, los elementos que permiten *establecer las relaciones de asociación entre tumbas para constituir conjuntos* que respondieran, lo más certeramente posible, a las agrupaciones originales. Presentaremos así una propuesta de Agrupaciones Funerarias para el Sur peninsular.
- En tercer lugar, llevar a cabo un estudio de las *necrópolis o agrupaciones funerarias* para establecer los posibles *patrones de ubicación espacial* que presenten a nivel regional o comarcal y proponer las líneas de evolución temporal de las mismas. A continuación, plantear las relaciones de cada conjunto o necrópolis con los asentamientos cercanos y su vinculación y dependencia jerárquica con ellos. Aplicar el modelo teórico de Centro-Periferia para su contrastación y realizar una propuesta concreta de territorios Sacro-políticos.
- Acompañar este trabajo con el *estudio del marco teórico* en el que se han desarrollado los modelos explicativos del proceso de complejización social y en concreto del de aparición de las élites en el área meridional de la Península. Prestar atención, al hacerlo, a *las deficiencias en la investigación*, mediante un análisis crítico de los estudios realizados hasta la fecha y de las propuestas explicativas vigentes.



3. Vista interior del tholos 40 de los Millares

I.1.3. Esquema del trabajo.

La Organización de los contenidos del mismo queda definida a través de cinco grandes Bloques Temáticos que se corresponden con diversos capítulos:

Introducción: Bloque coincidente con el Capítulo I, que incluye una presentación de los planteamientos generales, del tema de investigación, los objetivos y la estructura del estudio y un apartado dedicado a la valoración crítica del estado en que se encuentra la investigación sobre este tema en la Península Ibérica.

Concepto y Método: Bloque coincidente con el Capítulo II, que incluye una definición del enfoque epistemológico escogido y la metodología empleada: una definición a nivel genérico de las Arqueología de la Muerte, del Paisaje y de la Etnoarqueología, que sustentan el acercamiento a la realidad arqueológica más directa en este caso concreto de estudio.

Planteamientos Teóricos Generales: Reflexiones acerca de los conceptos de Sociedad Compleja y Megalitismo: Bloque que destina el capítulo III a la reflexión en torno a los problemas epistemológicos y terminológicos característicos del estudio de la "Complejidad Social" en la Prehistoria y la síntesis de las diferentes teorías acerca de su origen publicadas hasta la fecha. Se añade a todo ello, en el capítulo V, la presentación de los conocimientos actuales acerca del papel que jugaron las prácticas funerarias en el contexto de la religión y más ampliamente, de la mentalidad de las primeras sociedades aldeanas, centrándose en concreto, en las prácticas englobadas bajo el epígrafe de "megalíticas" en la Europa de los milenios IV y III a. C.

Análisis de datos: Bloque en el que se recogen las interpretaciones regionales específicas del sur peninsular y las hipótesis sujetas a contrastación en esta tesis doctoral, en el capítulo VI. En el siguiente, el capítulo VII, se presenta la propuesta de Agrupaciones Funerarias y la de los Territorios Sacro-políticos, así como el análisis de los mismos conforme a los criterios establecidos. Se completa este bloque con las conclusiones preliminares del estudio y la discusión sobre las hipótesis de partida.

Conclusiones: Bloque que se concreta en el capítulo VIII y recoge, no sólo las conclusiones generales acerca del análisis de los datos, incluyendo las propuestas de interpretación histórica que se puedan desprender del mismo, sino también las derivadas de las valoraciones críticas acerca del estado de la investigación sobre el tema y las relativas al propio trabajo de investigación.

Apéndices: La tabla de síntesis de información (Apéndice 1) y la del catálogo de yacimientos (Apéndice 2), en el que quedan recogidos los datos disponibles a nivel bibliográfico, organizados por agrupaciones funerarias, se encuentran al final del trabajo.



I.2. APUNTES SOBRE LA INVESTIGACIÓN DE LAS SOCIEDADES CAMPESINAS JERÁRQUICAS EN LA PENÍNSULA IBÉRICA:

I.2.1. Introducción. Avance de los estudios en las últimas décadas.

En los últimos 25 años se ha producido el principal desarrollo de los trabajos de campo y los análisis interpretativos de corte arqueológico en general en la Península Ibérica, y en particular en el ámbito de estudios que nos ocupa.

Desde que la arqueología científica arrancara a comienzos de la década de los 80, se observa un incremento constante, primero en las excavaciones de yacimientos, después en las prospecciones sistemáticas de grandes áreas y en la publicación de los resultados de las mismas, con avances en cuanto a la precisión de las dataciones, las reconstrucciones paleoambientales, modelos de doblamiento, etc.

Así mismo, es destacable el auge, a partir de la década de los 90, de los Proyectos de investigación interdisciplinares con orientación hacia la interpretación del proceso histórico global en determinados espacios regionales. En el plano teórico, las grandes corrientes de pensamiento que han marcado la orientación de estos estudios han sido en primer lugar, el neopositivismo de la Nueva Arqueología (el procesualismo o el ecologismo ambiental de tradición anglosajona son enfoques característicos de nuestra prehistoria desde los 80 a la actualidad), el funcionalismo y estructuralismo, la corriente de la Arqueología contextual y simbólica (la influencia de la escuela de I. Hodder es también evidente en los últimos trabajos de diferentes autores) y finalmente, el Materialismo Histórico en sus múltiples variantes: Materialismo Dialéctico (A. Gilman), Cultural (A. Ramos Millán), Neomarxismo, Marxismo Estructuralista (F. Nocete, O. Arteaga, F. Criado), la Arqueología Social y las corrientes radicales (J. M. Vicent, M^a P. Román), etc.

Las mencionadas arriba pueden considerarse como las grandes líneas de evolución de la investigación en la arqueología de la prehistoria reciente, pero pese a que han marcado tendencias fundamentales, en el desarrollo de todas ellas encontramos lagunas que podrían resumirse en los siguientes puntos:

- los problemas metodológicos que todavía lastran la excavación y conservación de yacimientos y dificultan la obtención de estratigrafías y cronologías absolutas de referencia en todos los casos

- la necesidad de trabajar aún con datos procedentes de excavaciones antiguas
- la aplicación de los nuevos enfoques teóricos que se van desarrollando, unas veces con poca coherencia, y otras con escasa efectividad (A. Hernando, 1987-88)
- la utilización aún de conceptos tipológicos muy restrictivos (M^a Paz Román, 1996)
- la regionalización de los estudios y la consiguiente fragmentación de sus conclusiones y sobre todo la enorme heterogeneidad de los trabajos de investigación, con problemas de uniformidad teórico-metodológica entre los diferentes proyectos, así como la constatación de que en muchos de ellos, no se contempla, ni siquiera se pretende concluir con interpretaciones del proceso de cambio histórico.

J. M. Vicent (citado por M^a P. Román, 1997), coincide con esta valoración advirtiendo acerca de las notables lagunas que aún hoy existen en el conocimiento sobre el *Neolítico* peninsular, debido a los "agujeros negros" del registro arqueológico y de la investigación: vacíos de información en importantes áreas geográficas, parcialidad en los estudios, interpretaciones crono-culturales basadas en secuencias regionales muy restrictivas, etc. Todo ello, redundando en las dificultades para definir los pasos de un período a otro y en el cuestionamiento de la entidad del *Neolítico Medio* en los últimos tiempos, hasta el punto de que muchos autores ya ni siquiera lo contemplan como fase cultural (A. M^a. Muñoz Amilibia, 2004, Pérez Bareas *et al.* 1999).

La conjunción entre los avances y las lagunas de la investigación sobre las primeras sociedades campesinas de la Península Ibérica conforman un panorama de conocimientos amplio pero aún por completar y mejorar, del que hacemos una síntesis a continuación.

1.2.2. Síntesis de conocimientos actuales sobre las primeras sociedades campesinas en la Península Ibérica.

Situación General:

En primer lugar, nos centraremos en los *aspectos terminológicos y cronológicos*. El establecimiento de categorías de clasificación es fundamental para la organización sistemática del conocimiento científico y en los últimos años, la preocupación por renovar dichas categorías ha presidido diversas obras de referencia. Ya desde los años 90, son frecuentes las continuas llamadas a la reflexión conceptual sobre la utilización acrítica de las periodizaciones clásicas en Prehistoria.

Diversos autores, como J. Alcina (1989), A. Hernando (1992, 1993, 1994), M^a Paz Román (1996), J.M. Vicent (1990, 1991 a y b), J. A. Cámara,

(2001), etc., han mostrado en obras recientes el anacronismo que supone emplear una secuencia de clasificación tripartita, tomada de una excavación concreta situada fuera de la Península Ibérica (Arene Cándide, Italia) para definir nuestro *Neolítico* y ajustar a ella las evidencias materiales del registro arqueológico artificialmente.

El mero uso de los términos *Neolítico* o *Calcolítico* (de origen más antiguo aún) da lugar a inconsistencias conceptuales importantes, pues obliga a adscribir grupos humanos, ya hoy día estudiados siguiendo enfoques que tienen en cuenta modos de vida (actividades económicas, tecnología, relaciones sociales, formas de organización política, sistemas de intercambio, mentalidades y creencias) a dos categorías con una significación tecnofuncional muy restrictiva.

¿Qué se puede hoy día considerar como *Neolítico*? ¿Y la diferencia con respecto al *Calcolítico*? Esta sigue siendo una de las cuestiones que crea confusión en los debates científicos actualmente y sobre la que los autores mencionados, y otros muchos no nombrados, suelen llamar la atención en dichas reuniones. Las propuestas alternativas de caracterización de estas comunidades de campesinos estables se suceden, pero aún no existe un consenso suficientemente amplio para que podamos hablar de una revolución conceptual a este nivel en la Prehistoria Reciente peninsular, ni europea. Así pues, en muchos trabajos se sigue utilizando el *Neolítico* y el *Calcolítico*, con sus respectivas divisiones internas, como clasificación de referencia.

Junto a lo dicho, A. Hernando (1999) plantea una interesante reflexión sobre la asociación del *Neolítico* con el concepto de cambio trascendental en los modos de vida, con el inicio de la domesticación de la naturaleza y la contraposición (inconsciente, pero subyacente aún al discurso) entre "civilización" frente a "salvajismo", que parece estar todavía presente en nuestros estudios sobre esta etapa histórica.

Y en lo que respecta a las cronologías, el principal avance de las últimas décadas ha sido el incremento del número de dataciones absolutas por C 14 calibradas y las modificaciones a las que éstas han dado lugar en las secuencias tradicionales: la cronología general de los inicios de la neolitización y de los primeros monumentos megalíticos están siendo retrotraídas en casi un milenio de antigüedad, y por ende, las de toda la prehistoria peninsular se están viendo afectadas. (A. Gilman, 1992, I. Rubio, 1995, P.V. Castro *et al*, 1996, etc.).

La sistematización de cronologías para establecer secuencias de desarrollo histórico es una tarea igualmente compleja y que no ha alcanzado aún un desarrollo uniforme para toda la Península.

Desde que en los años 80 se procediera a establecer las secuencias cronológicas de las principales regiones conocidas (en el caso del *Neolítico*, por ejemplo: Cataluña y Aragón, Andalucía, Valencia, Portugal, País Vasco), se ha podido avanzar en la depuración y corrección de las misma a nivel "local", pero la perspectiva global que ofrecería una sistematización única de todo el período en la Península Ibérica en conjunto está aún por lograrse (I. Rubio, 1995).

Características de cada período:

En este apartado y en el que sigue mantendremos la terminología convencional que los autores consultados emplean para facilitar la comprensión de la síntesis y la identificación de los períodos citados en ella.

Según Ana M^a Muñoz Amilibia (2004), el *Neolítico Inicial o Antiguo* se daría en la Península Ibérica en cronologías del VI-V milenios a. C. (disponiendo ya para hacer tal afirmación de numerosas dataciones C14 calibradas). No obstante, otros autores, como Pérez Barreas *et al.* (1999), mantienen su datación final a mediados del IV.

Los asentamientos más relevantes del VI milenio en el Levante serían: Les Cendres, Cueva de L'Or y Cova Fosca, y en la Costa del Sol, Nerja y La Dehesilla.



4. Ejemplo de cerámica cardinal simbólica

Pese a la disparidad y el localismo de los estudios sobre comunidades de primeros agricultores, parecen detectarse en el registro arqueológico dos grandes grupos con diferencias ergológicas: los que usaron cerámicas con decoración cardinal y los que la usaron con engobe a la almagra e incisiones. La agricultura como tecnología de producción se generalizaría durante el VI milenio, pudiendo constatarse, ya a fines del V, una economía de producción agrícola plenamente asumida. Igualmente, destaca la dualidad característica de los tipos de asentamiento en este período: asentamientos al aire libre y en cueva, aunque los patrones poblacionales estarían conformados por ambos tipos en interrelación, pues formarían parte de un mismo modelo de explotación del territorio. De hecho, tal y como destaca M^a P. Román (1996), la dicotomía en los modelos poblacionales que se defiende en la actualidad es la establecida entre el patrón diversificado (múltiples asentamientos estacionales) y el concentrado, por lo que la distinción no estribaría en la tipología del asentamiento, sino en la duración de su uso (P. Aguayo *et al.*, 1989-90, B. Gavilán, 1991, J.M. Vicent, 1990). Un patrón de población de un territorio puede ser complejo y basarse en la integración de lugares funcionalmente dispares incluso cuando la base económica que lo sustenta es sencilla, de amplio espectro y no implica sedentarismo total (M^a P. Román 1996).

B. Gavilán (1997) destaca a este respecto que los primeros agricultores no debieron ser totalmente sedentarios hasta adentrado el *neolítico medio*, sin que ello implique asumir que su desarrollo económico y social fuera "retardatario" sino que se basaba en una explotación de

distintos medios y ecosistemas. Esta autora insiste también en la existencia de contactos, tanto de intercambio de productos como de ideas, entre áreas alejadas, como evidencian los brazaletes de mármol, las cuentas de variscita, las conchas o el cinabrio usado como colorante en yacimientos del interior.

Por otro lado, gracias a las prospecciones sistemáticas, podemos descartar ya la existencia de áreas despobladas en el *Neolítico* y además se están incrementando notablemente los asentamientos al aire libre, como constata en el último congreso de *Neolítico* de la Península, J. Zilhão (2005).

Finalmente, son características de esta fase histórica las manifestaciones simbólicas de las pinturas macroesquemáticas y esquemáticas, aunque aún no hayamos explicado su función y significado específico en el contexto del modo de vida *neolítico*.

Al tiempo, se construían los primeros megalitos en la costa atlántica y cantábrica. En determinadas zonas de la Atlántica se han publicado dataciones de tumbas megalíticas de fines del VI milenio, lo que pone sobre la mesa la cuestión de la vinculación de este tipo de construcciones (y los conceptos a ellas asociados) con comunidades *Mesolíticas* (concheros) de cazadores recolectores especializados.

Los sistemas de enterramiento característicos de las fases iniciales de este período, en general, habrían sido las inhumaciones individuales (o dobles) en entornos domésticos, bajo cabañas o en cuevas. Pueden aparecer restos de ajuares cerámicos, conchas o cuentas de collar de piedra y evidencias de ritos presepelio, como la impregnación con colorante ocre de los huesos e incluso algún caso de antropofagia ritual. Sin embargo, las investigaciones más actuales muestran una mayor complejidad aún de las tipologías de ritos de enterramiento neolíticos, como evidencia I. Rubio en un artículo reciente (2001-2002): hay restos constatados de auténticas necrópolis de enterramientos individuales en fosa, de mediados del V milenio a inicios del IV a.C. (Los Cascajos, Navarra), así como otras fosas con cadáveres aislados bajo estructuras tumulares de carácter colectivo ya del IV milenio y tipología megalítica (en la meseta, por ejemplo).

El *Neolítico* peninsular ha pasado por diversas etapas de estudio desde que comenzara a individualizarse como período con identidad propia en el s. XIX. Las grandes etapas de la investigación que distinguen autores como D. Martín, M^a D. Camalich y P. González (2004) muestran la evolución desde el interés por la caracterización de los útiles y las estructuras, así como la evolución tecnológica de la fase anterior a la Guerra Civil, con Siret a la cabeza de un importante elenco de investigadores extranjeros, a la localización de yacimientos y la determinación de su antigüedad en la fase del franquismo. A continuación, se produciría la fase de renovación conceptual, que ellos ubican a finales de los años 60, con la irrupción del enfoque antropológico de la Nueva Arqueología. Ya en los 80 y 90 asistiríamos a la influencia del procesualismo y el materialismo histórico, con la consiguiente apertura a nuevos marcos teóricos y metodológicos que darían cabida a la arqueología espacial o a los procedimientos analíticos del tipo de los traceológicos, los paleobotánicos, etc. El interés por la

reconstrucción de los procesos de desarrollo socioeconómico empieza a marcar el horizonte de la investigación y ello llevaría a centrar el debate, ya desde finales de los 90 y hasta la actualidad en la cuestión de la "neolitización".

Dicho debate se establece aún hoy día ente dos grandes propuestas de modelo explicativo: la difusionista y la autoctonista. Ambas han sido largamente analizadas, dando ello lugar a la aparición de propuestas alternativas que matizan sus presupuestos.

Así, de entre los partidarios de considerar que la tecnología de producción alimentaria llegó a través de influencias exógenas a la Península Ibérica, los hay que plantean una influencia a través de colonización física (llegada de gentes procedentes del Mediterráneo con un conjunto completo de técnicas agrícolas y ganaderas y los agriotipos de especies), como Bernabeu y Badal o Gavilán Ceballos, por ejemplo. El "modelo dual" que éstos defienden define, tanto el proceso de "aculturación" en tierras de la Península, como la supuesta llegada de las novedades neolíticas siguiendo los patrones del principio de la difusión démica y la creación de "fronteras agrícolas" (A. Hernando, 1999). Pero también hay autores que defienden una influencia de tipo ideológico, llegada a través de los intercambios y las relaciones a larga distancia, un difusionismo "no colonial", dependiente de las teorías basadas en la aplicación del "modelo percolativo o capilar" (J. M. Vicent, 1988), como Arribas, Molina, Fernández Miranda, Jiménez Muñoz, etc. E incluso otros autores, como Fortea o Guilaine, Aparicio, etc. apuestan por un difusionismo mixto, que adoptaría una estructura de colonización o no según la región de la Península Ibérica analizada.

Por otro lado, son también numerosos los partidarios de la explicación del proceso en términos de desarrollo interno y autóctono de sistemas de organización social con almacenamiento a partir de modelos económicos de recolección intensiva (como los *mesolíticos*), que habrían dado lugar a otros de tipo aldeano de forma progresiva. Olaria, Pellicer y Acosta, Asquerino, Muñoz, Hernando y Vicent, e incluso los representantes del Materialismo Histórico en la investigación sobre el Neolítico Peninsular, como Ramos Millán, Cámara, Gilman, Lizcano y Nocete, son más proclives a entender el proceso de neolitización como una transformación interna de las comunidades mesolíticas que se centraría, en principio, en el desarrollo de estrategias de control del territorio, aprovisionamiento planificado y gestión estructurada por funciones, a la que se añadiría la técnica de domesticación de animales en primer término y después la de producción de cereales, con sus útiles asociados, esta última, ya por efecto de la influencia y por transmisión de conocimientos, vía contactos con otras comunidades mediterráneas. Así, el proceso de transformación de las sociedades recolectoras y cazadoras en aldeanas se podría haber producido sin necesidad de entender que la tecnología de producción llegó antes o constituyó el arranque de dicho proceso.

I. Rubio (1989) y M^a Paz Román, (1996) plantean la evidencia de continuidad entre *epipaleolítico* y *neolítico inicial*, en el plano económico y a tenor de las similitudes entre los útiles (en cuanto a técnica de fabricación y tecnología) y entre los patrones de asentamiento de ambos períodos. Se han documentado restos cerámicos en contextos *epipaleolíticos* (A. Hernando, 1999), y viceversa, restos de animales domésticos en contextos

acerámicos, más similares a los del *Epipaleolítico* que a los *neolíticos* clásicos. Igualmente, es bastante probable la protodomeesticación de las leguminosas localmente, así como del buey y el cerdo (A. Hernando, 1999). Así pues, sólo restaría por demostrar la existencia de agriotipos de animales domésticos en la Península Ibérica para confirmar las teorías autoctonistas de la neolitización, y por tanto, el carácter continuo del proceso de desarrollo del modo de vida *neolítico*. I. Rubio defiende expresamente este carácter gradual, rechazando el planteamiento del difusionismo total, aunque plantea que aún es excesivo defender el modelo del autoctonismo como alternativa. Y pese a la fuerza que cobra esta tendencia, todavía se encuentran publicaciones en las que se defiende la discontinuidad entre las poblaciones *mesolíticas* y *neolíticas* en determinadas zonas, como Cantabria (A. Díez Castillo, 2005) o País Vasco.

Las características del *Neolítico Reciente*, datado ahora según A. M. Muñóz Amilibia (2004) desde fines del V milenio a fines del IV a.C. (aunque otros autores mantengan cronologías más modernas: 3500-2700 según Pérez Bareas *et al.* 1999) serían las siguientes:

-Se detectan, a través del registro arqueológico, nuevas estrategias de poblamiento (agregación poblacional y sedentarización), consistentes en la generalización de asentamientos estables con carácter de Lugar Central en territorios que serían explotados con ritmos estacionales desde otros asentamientos semi-permanentes, dependientes de los primeros. Para J. Zilhão (2005), los estudios regionales muestran la existencia de redes de organización jerarquizada incipiente en territorios como Andalucía, Alicante, Sur de Portugal, etc.

-Se afianzan las estrategias de explotación secundaria de los recursos, con almacenamiento y obtención de productos secundarios o derivados, al tiempo que se desarrollan nuevas tecnologías como la minería (minas de Can Tintoré, por ejemplo) y la metalurgia (ya desde la segunda mitad del IV milenio). Se manifestaría igualmente el inicio de la definición de identidades colectivas por oposición entre comunidades, observándose una diferenciación jerárquica también entre clanes.

-Igualmente, se generalizan prácticas funerarias que responden a una mentalidad religiosa nueva: los espacios de los vivos y los muertos se separan y alcanza un gran auge el culto a los antepasados, expresado a través de los hipogeos/panteones megalíticos y del rito colectivo de enterramiento. Los megalitos se complementan con cuevas sepulcrales y los sepulcros de fosa en Cataluña (éstos con enterramientos individuales). La ideología del colectivismo funerario comienza a expresarse también como ideología justificadora del orden social (Pérez Bareas *et al.*, 1999).

-Las manifestaciones simbólicas alcanzan también una gran dimensión al expresarse mediante pintura y grabado rupestre esquemático en espacios sacros y funerarios. Para J. M. Vicent (ver M^a P. Román 1996), es destacable la evidente continuidad entre el *Neolítico Final* y el *Calcolítico*, hasta el punto de que es difícil establecer una separación entre ambas

fases: no habría transito de una a otra, sino transformación paulatina de las estructuras en el marco de un proceso de sedentarización y complejización social de larga duración.

Hoy día, el énfasis de la investigación está puesto en el análisis de la dinámica interna de cambio de las sociedades *neolíticas*. De hecho, las últimas investigaciones apuntan a que el cambio más relevante se producirían entre el *neolítico* antiguo y el reciente, a inicios del IV milenio. Este punto parece confirmarse incluso al nivel de los patrones evolutivos de las manifestaciones simbólicas, no sólo de las de tipo económico. J. Martínez (2004) identifica dos etapas en dicho patrón de evolución de las pinturas y grabados, coincidentes con estas fases en su cronología.

Pero, en opinión de M^a P. Román (1996), la cual compartimos, este tipo de análisis requiere la mejora, en determinados aspectos, de la investigación actual. Así sería necesario:

- reflexionar con seriedad acerca de la diferencia que existe entre las discontinuidades arqueológicas documentables en los yacimientos y las históricas. Ambas tienden a confundirse, extrapolándose las secuencias arqueológicas locales a las interpretaciones globales.
- interpretar adecuadamente el funcionamiento de las relaciones sociales de producción, algo necesario para explicar estrategias económicas y de organización social.
- incrementar nuestro conocimiento sobre el grado de sedentarización de las comunidades del *neolítico final*, pues ésta juega un importante papel en el proceso de complejización de las estructuras sociales, aunque habría que precisar aún más cómo influye sobre los mecanismos de presión política-territorial de unas comunidades sobre otras.
- comprobar hasta dónde llegaban en realidad las posibilidades de almacenamiento de estas comunidades, pues también es un factor crucial en el proceso de aparición del estatus y la propiedad.
- afinar los diferentes grados de control del territorio (económico e ideológico) en el espacio y en el tiempo, incidiendo aún más en los estudios espaciales.
- analizar si existen evidencias o no de competencia por la tierra en el *Neolítico Final*.
- definir la relación entre el enterramiento colectivo y el modelo del parentesco y de organización social clánica.



5. Detalle de calco de pinturas levantinas del Cingle de la Mola Remigia, Barranco de la Gasulla (Obermaier)

En cuanto al *Calcolítico*, la caracterización de esta fase ha recibido nuevas aportaciones, fundamentalmente a partir de mediados de los 90 a nivel de estudios peninsulares en general. Las teorías que explicaban el *calcolítico* del Sureste en los 70 y 80 (R. Chapman, A. Gilman, etc.) también se han visto corregidas, completadas o integradas en nuevos marcos teóricos a partir de esa fecha y gracias a los avances en el conocimiento e interpretación del registro arqueológico que han proporcionado los Proyectos de Investigación que más adelante comentaremos.

A modo de síntesis, podemos decir que el final del IV y III milenio a. C. supuso el mantenimiento de las líneas de desarrollo iniciadas en el *Neolítico Final*, con un especial avance de aquellas que marcaban el incremento progresivo de la complejidad, en clave de jerarquización, de las estructuras de organización social y política en cada territorio y del afianzamiento del modo de vida aldeano (campesinos sedentarios) y de las tecnologías metalúrgicas. (A. M^a. Muñoz, 2004).

J. Clemente Martín de la Cruz, acuñaba en 1990 (publicado en 1995) el término "calcolitización", para equiparar este proceso al de Neolitización. Se trata de un concepto poco utilizado posteriormente, pero que contribuyó en su momento a generalizar la idea de proceso derivado del primero y que daría lugar en el *Bronce* a otro período de cambio histórico, a su vez. Este autor también destacaba entonces el valor, como elemento de identificación más que de promoción, del factor del desarrollo metalúrgico en el cambio cultural del *Calcolítico*, cuestión que hoy día ya no se discute, así como el carácter autóctono del proceso de calcolitización en la Península Ibérica (aunque tuviera en consideración los otros dos posibles marcos teóricos de explicación del cambio histórico: el aloctonismo y la aculturación).

Nuevamente, hay que constatar que esta discusión ha quedado zanjada en el marco de los estudios sobre el *Calcolítico* peninsular y ningún autor considera actualmente las influencias exteriores más que como consecuencias del tráfico de productos a larga distancia y de los contactos culturales establecidos a través de ellas, como factor de homogeneización entre comunidades y como evidencia de la existencia de intercambios de tipo paritario (entre miembros de una misma clase social) de productos de

lujo y simbólicos, como el ajuar campaniforme, por ejemplo (R. J. Harrison, 1995), cuya función, de índole exclusivamente política e ideológica, sería la de afianzar las relaciones de clase y afirmar su posición social de privilegio (según la teoría enunciada por Shennan en 1986) Esto, a su vez, sería indicativo de la consolidación de la verticalización y jerarquización de la estructura social del *Calcolítico*.

Respecto a las relaciones de intercambio, se incrementaron en este período y abarcaron áreas hasta entonces poco exploradas, como el Norte de África (de allí provenían los marfiles).

Igualmente, se mantuvieron las grandes líneas del pensamiento y las creencias religiosas, pues tanto los ritos funerarios como las estructuras donde éstos se desarrollaron, los megalitos, perduraron hasta el final del *Calcolítico*.

Otra característica propia del mismo es la convivencia a nivel temporal y espacial de comunidades con diferentes grados o tipos de desarrollo sociopolítico: grupos con características todavía neolíticas mantendrían su modo de vida mientras se relacionaban (con estatus de comunidad dependiente o no) con otros de mayor "complejidad" social (J. C. Martín de la Cruz, 1995, J. A. Cámara Serrano, 2001).

Esta situación daría como resultado un esquema de organización de la explotación territorial muy jerarquizado, con diferentes tipos de asentamientos integrados en una misma red política y cultural (formando parte de una misma formación social con varios modos de producción de entre los que uno sería dominante y los demás, recesivos). Estos asentamientos, tal y como muestra el registro arqueológico, serían:

- Lugares Centrales fortificados (fosos y empalizadas) desde donde se controlaría la actividad económica de todo el sistema y se ejercería el poder sobre los asentamientos integrados.
- Asentamientos estables, de menor tamaño, con funciones productivas específicas repartidos entre los valles, las laderas de cadenas montañosas y zonas de pastos, o bien en áreas mineras (de sílex o cobre).
- Asentamientos pequeños, fortificados, destinados a ejercer funciones de control de vías de comunicación y otros espacios estratégicos y por ello, ubicados en alto (cerros con visibilidad), en zonas montañosas, etc.

Las construcciones funerarias también se distribuyeron conforme a un esquema definido para contribuir a conformar el territorio político de estas formaciones sociales:

- Grandes necrópolis concentradas con tumbas de diferentes tipologías y límites bien definidos se situaron cerca de los grandes asentamientos estables del llano o el valle (los Lugares Centrales y los poblados subordinados).

- Agrupaciones de tumbas dispersas, sin límites precisos y que, en muchos casos, constituían auténticas redes lineales que cubrían pasillos entre montañas, pasos estratégicos, laderas con pastos, etc. Los dólmenes que las configuraron pueden en ocasiones aparentar encontrarse aislados, dadas las enormes distancias que llegaron a cubrir dichas agrupaciones.

Estos territorios, definidos tanto por criterios económicos y políticos como ideológicos, se caracterizarían también por albergar otro tipo de yacimientos: los espacios rituales.

En la Península Ibérica, como en otras regiones de Europa, se conocen lugares de agregación de diferentes grupos sociales, donde se realizarían alianzas para refrendar las relaciones de dependencia intergrupales mediante ceremonias religiosas (entre otras actividades culturales) como los cromlechs y las denominadas "enclosures". Estas últimas serían grandes terrenos rodeados por una empalizada o fosos en cuyo interior se han documentado lo que hasta ahora se consideraban como "fondos de cabaña". Así pues y según autores como G. Vega Toscano, Bernabeu y T. Chapa (2003) o J. E. Márquez (2001), algunos de los "poblados fortificados" de gran extensión conocidos habrían podido desempeñar otra función en el período que nos ocupa.

El final de este período histórico, conocido tradicionalmente como "fase campaniforme", estaría marcado, por un lado, por la relativa apariencia de uniformidad cultural que otorga la presencia de los útiles del "paquete campaniforme" en prácticamente todos los espacios funerarios (y algunos domésticos también: casas, silos) y por otro, por las evidencias de tensiones regionales (tendencias centrífugas) en el panorama de las relaciones de interdependencia estructuradas en los territorios calcolíticos de toda la Península.



6. Cerámica campaniforme

A fines del III milenio, en el sur peninsular parece producirse una ruptura del esquema de dependencias jerárquicas respecto de los Lugares Centrales ("capitales de territorio") de los siglos anteriores, manifestado a través de transformaciones en el patrón poblacional, como el abandono de algunos grandes asentamientos y aparición de otros nuevos conforme a una lógica distinta de explotación del espacio. Ello conllevaría una reordenación de la organización política territorial que se consolidaría ya en el *Bronce* en

el II Milenio. En el resto de la Península, este proceso parece desarrollarse con más lentitud, perviviendo formas de vida y organización político territorial *calcolíticas* hasta más tarde, pero en esencia, habría sido el mismo. Algunos autores coinciden en considerar esta fase de fragmentación, regionalización cultural y reorganización como *la crisis del Calcolítico*.

En este sentido han avanzado diversos autores (F. Molina *et al.* 2004) al proponer una nueva periodización específica para el *Calcolítico* del SE (incluyendo también el alto Guadalquivir) a partir de las últimas dataciones radiocarbónicas calibradas obtenidas en numerosos yacimientos de la zona. Se trata de una propuesta más exhaustiva y precisa que las preexistentes, por lo que permite plantear las tendencias del proceso de transformación histórica con mayor detalle y rigor cronológico que las anteriores, aunque desde luego, las recoge como referencia (especialmente la de P.V. Castro *et al.*, 1996).

En esta propuesta que comentamos, el *Neolítico final* (3500-3300/200) supondría el proceso de expansión de las aldeas a tierras de explotación agrícola y la concentración poblacional y sedentarización general que ya comentamos al inicio del apartado.

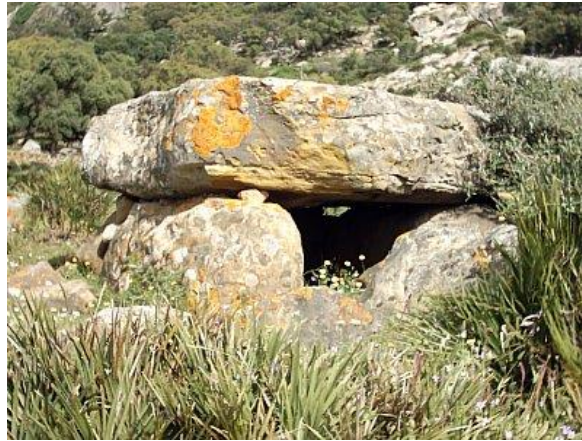
El *Calcolítico antiguo* (3300/200-3000/2900), el de fundación de los grandes asentamientos que ejercerán la centralidad de los territorios del S.E., como Millares y Almizaraque, con sus *tholoi* expresivos del poder de las élites.

El *Calcolítico pleno* (3000/2900-2700/2600) sería el momento de apogeo de Millares, Vila Nova de São Pedro, Valencina y de desarrollo de las redes de intercambio a larga distancia.

El *Calcolítico Tardío* (2700/600-2500/400) traería el máximo desarrollo de las fortificaciones calcolíticas, con la consiguiente expansión del sistema de control territorial y el complemento de las estrategias ideológicas de control con la coerción ejercida desde fortines. Es también el momento de la aparición de los primeros campaniformes (tipo marítimo).

Por último, El *Calcolítico Final* (2500/400-2200/2150) supondría el inicio de la que hemos visto denominada como crisis del *Calcolítico*, con el abandono de Millares, la desaparición de las redes de larga distancia, la interpretación local del campaniforme y la ruptura del sistema centralizado a nivel territorial.

Ente el 2200 y el 1900 se produciría la transformación total del patrón de poblamiento para dar lugar al que caracteriza el *Bronce* en el SE mientras se inicia al tiempo la crisis *calcolítica* en el valle del Guadalquivir.



7. Dólmen del área de tarifa (Cádiz)

I.2.3. Principales líneas de investigación sobre el mundo funerario de las primeras sociedades campesinas en las distintas regiones de la Península Ibérica:

En este apartado recogemos, también de forma sintética, las principales tendencias que caracterizan cada una de las grandes regiones de nuestro territorio para, con ello, completar con un mayor grado de concreción, la visión general del punto anterior.

Portugal

Los investigadores sobre el *neolítico* y *calcolítico* y sobre *megalitismo* en el país vecino muestran en los últimos años una tendencia marcada hacia la búsqueda de los orígenes de las construcciones funerarias monumentales. La cronología y la relación con los asentamientos centran los trabajos sobre este tema. Los análisis del uso del territorio se están realizando también en los asentamientos *epipaleolíticos* de concheros y de primeros neolíticos.

En lo concerniente a la *cronología*, destacaremos el principal problema que dificulta el avance en el conocimiento científico: ausencia de dataciones absolutas fiables, pues algunas de las obtenidas por termoluminiscencia podrían ofrecer dudas (J. A. Cámara Serrano, 2001).

En cuanto a los *orígenes*, J.A. Cámara Serrano (2001) critica que algunos autores mantengan explicaciones de corte difusionista para el *Neolítico* de la franja atlántica, como sería el caso de Susana Oliveira (citada por él), quien defiende que la presencia de campesinos y dólmenes se debió a una colonización desde el interior peninsular.

Y por último, hablaremos de los *estudios de poblamiento*. La problemática que afecta a esta zona es la general para toda la Península: heterogeneidad de estudios y conclusiones diferenciadas por regiones y por áreas geográficas.

En su mayoría, analizan por separado los espacios montañosos y los llanos o valles, sin llegar a integrarlos, por lo que las interpretaciones

históricas al uso suelen consistir en la defensa de la existencia de modos de vida nómadas o estacionales en las serranías, aislados de los de las áreas de los grandes poblados. También es frecuente asociar dicha estacionalidad con la práctica de la agricultura de roza y la explotación cíclica de los enclaves mineros.

Diversos autores son partícipes de esta visión, en mayor o menor medida: F. Nocete (1989 y 1994) F. Criado (1988, 1989 y 1991), F. Criado y R. Fábregas, (1989), P. Aguayo de Hoyos *et al.* (1989-90), J.L. Cardoso *et al.* (1997).



8. Dólmen del sur de Portugal

Galicia

El trabajo en esta región está marcado por el liderazgo que el grupo de investigación de Felipe Criado Boado ejerce desde la Universidad de Santiago de Compostela. Su orientación es de corte neomarxista y presta una especial atención al proceso de apropiación y utilización ideológica y simbólica del paisaje (el territorio y su significado) por parte de las sociedades *neolíticas* y *calcolíticas*. El instrumento de dicha manipulación serían los megalitos, tanto los de función funeraria como los cromlech, menhires y los propios petroglifos.

Dentro de este enfoque general, autores como J.A. Cámara Serrano (2001) observan una duplicidad de *corrientes* en los trabajos publicados:

- a) Una corriente de base más empírica, con raíces en los planteamientos de la Paleoecología de Cambridge (E.S. Higgs, 1976 y M.R. Jarman, 1982) que atiende a los elementos indicadores de las estrategias económicas de los grupos que construyeron los megalitos (paleodemografía, áreas de explotación, potencialidades productivas de los suelos, análisis de la fuerza de trabajo, etc.) y a la relación entre estas estrategias y los propios megalitos, mediante análisis de intervisibilidad, de dominio visual del territorio económico, etc.

Defienden, en términos generales, la función de los megalitos como demarcadores territoriales y como la expresión material de la transformación antrópica del paisaje agrario. Evidencian incluso su distribución como marcadores de rutas de comunicación, como "caminos tumulares o rutas megalíticas", en palabras de J. Gómez Vila (2005).

Son representantes de esta corriente: J.M. Vázquez Varela, *et al.*, (1987), A. Rodríguez Casal, (1990), J. Vaquero Lastres, (1989), V.

Villoch Vázquez, (1995) y el propio F. Criado en alguna publicación conjunta con estos autores. Sus tesis se recogen ya incluso en publicaciones de síntesis como la de G. Vega, J. Bernabeu y T. Chapa (2003).

- b) Un segundo conjunto de aproximaciones, más teórico, enfocado al estudio del simbolismo de los megalitos y de su función dentro del esquema mental y de la concepción de la sociedad neolítica y calcolítica. Los autores adscribibles a este enfoque abogan por considerar los megalitos como instrumentos al servicio de la ideología y del orden social dominantes. (F. Criado Boado (1989, 1993), F. Criado y J. Vaquero (1991 y 1993), J. Vaquero Lastres (1989), R. Fábregas (1994), V. Villoch (1995), F. Criado y V. Villoch (1998)). Basan sus análisis también en relaciones de conexión entre los megalitos en las necrópolis (intervisibilidad a niveles micro espaciales), de ubicación espacial de los mismos y de relación con otras necrópolis y asentamientos en marcos macro espaciales.

Según sus interpretaciones, los monumentos funerarios serían elementos materiales que concretan y expresan un pensamiento (no el modelo de organización social directamente).

Dicho pensamiento serviría para explicar, en su momento, el orden social, para justificarlo y para demostrar también el grado de apropiación del espacio y del tiempo de cada una de las sociedades que pudieron vivir en este período histórico.

F. Criado los define como "símbolos territoriales socialmente activos" que responden a un "sistema de saber-poder" determinado. Expresarían para él la transformación conceptual de la mentalidad de los grupos de cazadores recolectores en la mentalidad aldeana, caracterizada por la domesticación del espacio y la domesticación social de los propios hombres, a través de la tradición y su sacralización.

A esta corriente contribuyen con sus trabajos sobre *cromlech*, *menhires* y *petroglifos* autores como: J.M. Bello (1995), A. Díez y J. Ruiz (1995), J. Ruiz Cobo *et al.* (1995), C.T. Silva (1987), J. Soares y C.T. Silva (1992), R. Bradley y R. Fábregas (1996), F. Criado y V. Villoch (1998), etc. Éstos consideran, en general, que los petroglifos de cazoletas serían más antiguos y que poseerían una relación más evidente con los dólmenes, pudiendo llegar a estar vinculados con ritos funerarios externos o ritos religiosos de otra índole (indicadores de espacios sacros) y que los grabados naturalistas y las pinturas rupestres serían más recientes. Estos planteamientos coinciden a grandes rasgos con los que se vienen defendiendo en Portugal y la franja Norte peninsular.

La tendencia a las explicaciones simbólicas del megalitismo se completaría en esta región con el interés por la *evolución cronológica de las tipologías* de tumbas y de los modelos de poblamiento generales, así como con la atención prestada a la alta variabilidad interregional (considerada en algunos estudios como reflejo de la existencia de "tradiciones locales") y de tipos dentro de una misma necrópolis.

Así mismo, es también frecuente encontrar en la bibliografía una aceptación, casi general, de la teoría de F. Criado (1988) que vincula la distribución espacial de los megalitos gallegos con el ejercicio de la agricultura de roza o semi-itinerante y que (a diferencia de los modelos portugueses) implicaría aquí una complementariedad entre el llano y la montaña.

Cornisa Cantábrica

Nuevamente, destaca la enorme compartimentación de los estudios, condicionada por la actual división administrativa: Asturias, Cantabria y P. Vasco suelen aparecer por separado en las publicaciones, y dentro de cada territorio, los estudios locales contribuyen a acentuar esa dicotomía ficticia que destaca J. A. Cámara Serrano (2001) entre la realidad de los valles y de las montañas.

En las obras de los autores más destacados, como P. Arias Cabal (1994, 1991), R. Ontañón Peredo (1994), M.A. Blas Cortina (1987), L. C. Teira Mayolini (1994), M. R. Serna González (1991,1997) se pueden observar las siguientes *líneas de investigación*:

- El interés por el *origen y la evolución cronológica* de la construcción de los megalitos, que se rastrea ya desde el *Mesolítico* (grupos de concheros de Asturias y Cantabria). En estos yacimientos, se encuentran en primer lugar (V milenio) enterramientos individuales en fosa, pero después (IV milenio), enterramientos colectivos en estructuras de tipo dolménico. Las fosas individuales son más propias del P. Vasco, quizá por cercanía con el área catalana, aunque también hay que destacar que los dólmenes más antiguos se han localizado en este mismo territorio (Álava principalmente). Algunos de los dólmenes de mayor antigüedad aparecen sobre restos de asentamientos temporales neolíticos o sobre concheros, al igual que en Galicia y Portugal.
Otra cuestión interesante es la aparición de ofrendas funerarias de fauna tanto doméstica (cordero y perro) como cazada (jabalí) desde los primeros enterramientos. Esto ocurre también en zonas tan alejadas como Jaén. Concretamente en el yacimiento de El Polideportivo de Martos (J. A. Cámara, 2001).
- La explicación de las *causas posibles del rito de enterramiento colectivo* monumental conforme a varias teorías: Por un lado, P. Arias Cabal (1994) mantiene que podría deberse a la transformación económica consecuente con la domesticación del medio, principalmente, para uso ganadero (agricultura con una importancia relativa en estas zonas) y la necesidad de controlarlo desde los asentamientos más estables del valle mediante la configuración de territorios simbólicos. En ellos, cada comunidad situaría sus orígenes y su ámbito de agregación e identificación grupal, expresados a través de los megalitos y su rito funerario específico.

Esta transformación del modelo de apropiación del territorio sería un proceso largo y lento, iniciado en el seno de las comunidades mesolíticas de concheros y consistente en una progresiva sedentarización en los valles, compatible con la movilidad estacional restringida del *Neolítico*.

La mayor competencia por el territorio y la necesidad de asegurar los recursos habría conducido a estas gentes hacia un modelo social con mayores necesidades de cohesión interna (reforzada por los primeros síntomas de disimetría entre los diferentes grupos de cada comunidad). Dicha cohesión y la nueva estructura social emergente precisarían de una construcción ideológica basada en la autojustificación y la uniformidad, aspectos que proporcionarían la vinculación atemporal del grupo con unos antepasados sacralizados.

No obstante lo dicho, en una de sus últimas publicaciones, este mismo autor matiza este planteamiento al explicar una serie de nuevas dataciones radiocarbónicas que muestran un proceso interesante: el fenómeno de construcción de gran número de tumbas dolménicas en un período muy reducido de tiempo (en torno al 4000 a.C., cal.), pese a que se utilicen sin interrupción hasta el II milenio, momento en el que disminuye drásticamente su construcción.

La hipótesis explicativa de P. Arias y otros (2005) para este fenómeno combina datos de distribución espacial y cronologías para establecer que los pobladores de la región, descendientes de las comunidades mesolíticas, adoptarían la ideología del culto a los antepasados junto con el modo de vida campesino que habrían sido introducidos desde otras zonas de la Europa atlántica (propuesta de tipo mixto, de aculturación, para el proceso de neolitización).

Por otro lado, M^a T. Andrés (1990), que coincide con la primera teoría de Arias en los aspectos relativos a la interpretación del sentido que pudo tener el rito colectivo de enterramiento, difiere sin embargo de ella en las causas de la transformación de la estructura socioeconómica de los cazadores recolectores *mesolíticos*. Ella aboga por la influencia de determinados cambios climáticos y demográficos sobre la configuración de los nuevos territorios *neolíticos*.

- Los *estudios espaciales* (de ubicación de los dólmenes y de relación entre ellos) están sirviendo de apoyo a las teorías de Arias, mostrando una vinculación entre las necrópolis de los valles (asociadas directamente con asentamientos) y las cadenas lineales de dólmenes de las serranías (interpretadas como líneas de demarcación de rutas de tránsito y de comunicación, y por tanto, elementos de control del territorio).

En cambio, los estudios de visibilidad a nivel micro espacial están menos desarrollados que en Galicia, aportando pocos datos significativos. El desarrollo de las prospecciones sistemáticas en los últimos años está contribuyendo a que los enfoques de los estudios de poblamiento sean más globales, aunque aún no se haya generalizado esta tendencia entre todos los investigadores, y a que avancen los estudios de asociación de dólmenes y menhires en el territorio cantábrico.

- La definición de *áreas*: Parecen estar de acuerdo los investigadores de esta región en que se observa, ya desde el epipaleolítico, una línea divisoria entre la cornisa occidental y la oriental de la Cordillera Cantábrica, a partir de la cuenca del río Sella (Asturias). Los últimos estudios sobre manifestaciones simbólicas megalíticas parecen contribuir a esta teoría, pues se detectan más grabados y pintura en rojo sobre dólmenes y túmulos en la zona occidental (M. A. Blas Cortina, 1987) quizá por influencias recibidas desde Galicia, mientras la zona de Cantabria y País Vasco estaría más relacionada con el Valle del Ebro (L.C. Teira Mayolini, 1994).
No obstante dicha separación de ámbitos, las sepulturas megalíticas parecen presentar caracteres comunes que P. Arias (2005) resume en los siguientes: una estandarización de formas arquitectónicas tendente incluso al normativismo; la orientación de las cámaras hacia el este/sudeste, como ocurre en Galicia y Norte de la meseta (la salida y el creciente solares en el solsticio de invierno) y la realización de rituales externos con evidencias de hogares.
- La tendencia a encuadrar las diferencias sociales y el desarrollo de las élites en esta región en la fase *calcolítica*, por entender que los dólmenes que pueden interpretarse como "panteones" familiares, propios de estructuras sociales jerarquizadas con clanes, etc. aparecen más tardíamente.
En este sentido, en nuestra opinión, no estarían hablando del origen de este nuevo modelo de organización social, sino del momento en que se hace patente a través de las construcciones monumentales funerarias, al igual que ocurre en el resto de la Península. De hecho, lo que se constata en cronologías calcolíticas son grandes necrópolis ya estructuradas.
- El estudio del fenómeno de la *violencia intergrupala* detectada en diversos yacimientos de la zona de Álava, La Rioja y Navarra. Este aspecto de las relaciones sociales intergrupales en el *Neolítico-Calcolítico* ha centrado la atención de diversos investigadores y está dando lugar a numerosas publicaciones en los últimos años.
Los dólmenes con enterramientos colectivos simultáneos de grupos de población muertos por la acción violenta de otros grupos (constatada por las heridas y restos de armamento encontrados en sus cuerpos) crecen en número con rapidez y los estudios arqueológicos y paleoantropológicos sobre ellos son de enorme interés.

San Juan *Ante Portam Latinam* (Álava) (Vegas *et al.* 1999), Atalayuela de Agoncillo (La Rioja) (T. Andrés Rupérez, 1989-90), el Sepulcro de Longar (Viana, Navarra), (J. Armendáriz y S. Irigaray, 1995) son sólo algunos de ellos, apareciendo recogidos en estudios de carácter más global como la obra de J. Guilaine y J. Zammit (2002) sobre la violencia en la Prehistoria.

Cataluña

La investigación se encuentra dividida entre dos ámbitos de estudio: los Sepulcros de Fosa y los megalitos del Pirineo (Alto Ampordá). La compartimentación regional de los estudios alcanza aquí un mayor grado que las zonas antes mencionadas, faltando la necesaria visión de conjunto sobre el fenómeno funerario del *Neolítico-Calcolítico* del noreste peninsular.

También hay que destacar el problema terminológico que supone el empleo por parte de los investigadores catalanes de una secuenciación cronocultural no equivalente a la del resto de la Península. Continúan catalogando como correspondientes al *Neolítico medio* los vestigios arqueológicos de los Sepulcros de Fosa, cuando presentan analogías ergológicas y de modos de vida (estructura socioeconómica) con el *Neolítico final*.

- a) En cuanto al grupo de los *Sepulcros de Fosa*, las últimas investigaciones vienen a corroborar lo que ya se había puesto de manifiesto en las últimas décadas: aparecen cistas con enterramientos individuales que presentan diferenciación de ajuares entre sexos y por edad ya en el V milenio a. C. y continúan siendo el modelo general de sepultura hasta el III milenio. En ellas, se observa el proceso de jerarquización social de sus constructores conforme avanza el IV milenio. El número y la calidad de los objetos de prestigio acumulados en determinadas cistas exclusivamente, aumenta y aparecen cadáveres con evidencias de muerte violenta por proyectil.

Aparecen Sepulcros de Fosa en yacimientos como Bòbila Madurel (el único de gran tamaño en la zona del Vallés), aunque también son representativos los de la necrópolis de Camí de Can Grau, por ejemplo. Fueron reutilizados en diversas ocasiones, pese al carácter individual de cada deposición, lo que lleva a pensar que pudieron, igual que los dólmenes, haber llegado con el tiempo a ser espacios de manifestación del concepto de vinculación parental clánica, típico de las sociedades ya jerarquizadas del *neolítico final* (A. Hernando, 1999).

En algunos de los sub-grupos de sepulcros de fosa aparecen asociaciones con dólmenes (aunque no en todos): los grupos de Solsonés y Ampurdán. Algunos de los yacimientos que pueden entrar en esta clasificación son los dólmenes de Font de Vena, Costa dels Gavías del Caballol, Sureda I, etc.

En estos yacimientos (necrópolis de Bòbila Madurel y de Camí de Can Grau) se han efectuado recientemente estudios paleodemográficos con intención de determinar las diferencias de género. J. F. Gibaja (1996-97) ha analizado las diferencias en la dieta y en la distribución del trabajo, observando que los hombres habrían acaparado labores como la ganadería, la caza y la talla lítica y que los niños se habrían incorporado muy jóvenes a tareas de tipo femenino.

En el caso de las Minas de variscita de Gavá, las diferencias más evidentes se detectan entre hombres y mujeres y entre el grupo de la élite (enterrados en cistas fuera de la mina, pero con ajuares ricos) y el

grupo de los mineros-trabajadores que se entierran todos juntos, aunque en fosas individuales, en las galerías. (A. Blasco *et al.*, 1997). Los últimos datos publicados sobre los enterramientos de esta formación social (F. Borrel *et al.* 2005) indican la existencia de diferencias de riqueza de los ajuares también entre los difuntos y se manifiesta más claramente la relación con los sepulcros de fosa. No obstante hay otros estudios, de autores como Bosch, Strada, Vicent o Gibaja que apuntan a una interpretación diferente, en la que no tendría tanta relevancia la posible diferenciación social en el seno de estas comunidades.

Para A. Blasco, M. Edo y M^a. J. Villalba (1995), estas formaciones sociales serían sociedades complejas con una organización vertical entre clanes, que a partir de los excedentes alimentarios construye un "capital simbólico" (objetos de estatus, rituales y dotes). La élite reinvierte estos productos para acumular poder (intercambio en forma de dote matrimonial).

La razón de que esta formación social no desarrollara el ritual de enterramiento colectivo con la misma arquitectura funeraria (dólmenes) que el resto de las formaciones de la Península Ibérica está aún sin determinar.

De hecho, prospecciones y excavaciones de urgencia, como las efectuadas por F. Borrel y otros (2005), insisten en destacar el papel de las inhumaciones no colectivas en este caso, por mostrar la existencia de enterramientos individuales (o dobles a lo sumo), en otros sectores de las minas, alejados de los más conocidos en la bibliografía actual, que se caracterizan precisamente por el enorme esfuerzo invertido para sellar las tumbas con losas y piedras pequeñas, evitando así su reutilización.

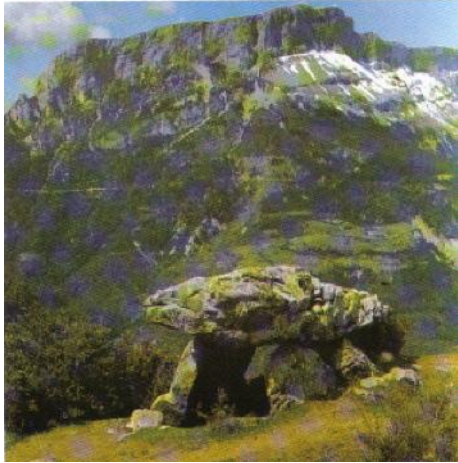
La mera existencia de este otro tipo de uso funerario de las minas lleva a plantear diferentes hipótesis sobre los pobladores de esta región, aún en discusión.



9. Venus de Gavá

- b) Los *megalitos* y *cuevas sepulcrales con rito colectivo* comienzan a aparecer también en el V milenio en la zona oriental de los Pirineos, Pirineos Centrales y Prepirineo, siendo las cuevas más características de la zona de Zaragoza, mientras que las cámaras, galerías y cistas megalíticas lo son de la zona oriental. (J. Tarrús i Galter, 1992 y M^a. A. del Rincón, 1992). Los dólmenes de corredor son más característicos del

IV milenio y entre sus materiales cerámicos se observan influencias del Grupo de Veraza, del SE de Francia. Estas estructuras suceden a los enterramientos en cistas, pudiendo haber derivado de ellas en determinadas zonas, como El Solsonés o el sur de Anposta (A. Arribas y F. Molina, 1984, A. Fernández Vega y E. Pérez, 1989, A. Alaminos *et al*, 1991, J. Guilaine, 1996).



10. Dolmen de Tella, Pirineos

No parece que pueda establecerse una secuencia clara de evolución tipológica de los dólmenes en esta región, como indica J. Guilaine (1992) y las hipótesis explicativas de su origen y función están en la línea del resto de la Península: responderían a la necesidad de controlar un territorio conformado por llanos agrícolas y pastos para ganado en las sierras y de legitimar un modelo de organización social, si bien, no todos los autores coinciden en considerar que existan evidencias de jerarquización en el IV milenio. M.R. Jarman (1982), quien no la defiende, es criticado por M^a A. Rincón (1992) y por J.A. Cámara Serrano, (2001), que sí se muestran partidarios de explicar la realidad social del N.E. en términos de desigualdad y dominación.

Por su parte, A. Blasco y otros (1995) también afirman la existencia de patrones de asentamiento jerarquizados en Cataluña en el IV milenio (tres tipos distintos de asentamientos relacionados con necrópolis por tamaños y función), así como una intensificación productiva y la fabricación de objetos de lujo y su distribución desigual. Hablan también de la existencia de estatus adscrito desde el nacimiento y por tanto, de una estructura social de linajes ya jerarquizada.

Estas evidencias se completarían con las de sepulturas colectivas en cuevas halladas en zonas no pirenaicas, en el ámbito tradicional de los sepulcros individuales en fosa, con cronologías antiguas, de fines del V milenio. (A. Blasco *et al*. 2005). Ello llevaría a ampliar el espectro de expansión de la ideología del culto a los antepasados, igual que la estructura social en proceso de jerarquización que se detecta posteriormente.

Así también, resulta interesante destacar que han aparecido indicios del ejercicio de la violencia intergrupala, similares a los casos de Navarra o Álava o incluso en el de los propios sepulcros de fosa, en una tumba colectiva de la Costa de Can Martorell. Esta presenta casi doscientos individuos depositados en diferentes momentos, con puntas de flecha clavadas, según O. Mercader *et al.*, (2005).

Baleares

En las Islas Baleares el registro funerario de las sociedades del *neolítico calcolítico* está poco estudiado, pues se le ha concedido mucha más atención a las construcciones talayóticas del *Bronce-Hierro*. Aún así, podemos destacar a diversos autores y diversas obras en la investigación del megalitismo balear: J. Coll Conesa (1993), P.V. Castro Martínez *et al.* (1996), M. Calvo Trías *et al.* (1997), M. Díaz Andreu (1996), M. Díaz Andreu y M. Fernández Miranda (1991), G. Ribé i Monje (1999), J.F. Esenyat (1995), V. M^a Guerrero Ayuso (2005), etc.

Las principales *líneas de investigación* son:

- La búsqueda de los *orígenes y la evolución*: Los primeros dólmenes con enterramiento colectivo datan del III milenio a. C., perdurando hasta el II, y aparecen agrupados en los llanos, conformando necrópolis con una diversidad de tipologías constructivas similar a la constatada en otras zonas de la Península.
- Se conocen igualmente hasta 115 cuevas con inhumaciones múltiples, relacionadas con las necrópolis y los asentamientos de esas fechas y que fueron reutilizadas posteriormente en época talayótica.

Las necrópolis más elaboradas corresponderían a las fases más avanzadas del proceso de complejización social en las islas, siendo interpretadas por diversos autores como auténticas expresiones de poder territorial.

V. M. Guerrero (2005) plantea que el poblamiento completo de las islas coincidiría precisamente con la fase de los primeros sepulcros megalíticos (2900-2600 a.C.) aunque se dieran tanteos previos y probablemente una planificación por parte de las comunidades neolíticas de la costa levantina y catalana, que ya poseerían técnicas adecuadas de navegación.

- Los *estudios espaciales*: Las teorías explicativas mayoritarias conciben las necrópolis dolménicas de Mallorca como elementos de demarcación espacial de las zonas de influencia de un determinado clan, así como expresiones materiales del grado de agregación del mismo. (representarían el poder territorial de la comunidad, no de un grupo social privilegiado). Les atribuyen igualmente, la función de hitos sagrados de cada uno de los paisajes rituales controlados por un clan. (J. Coll Conesa, 1999, M. Díaz Andreu, 1996 y M. Díaz Andreu y M. Fernández-Miranda, 1991).

Para otros autores, como J. A. Cámara Serrano (2001), el registro arqueológico balear permite extrapolar la hipótesis que explica el carácter y función social y la ubicación espacial de estas necrópolis en base a la relación entre un modelo de organización social jerarquizado y una ideología dominante justificativa y enmascaradora de la desigualdad derivada de dicho modelo. Pese a todo, en esta obra, Cámara no aporta documentación probatoria de la existencia de comunidades complejas en Baleares durante el IV o el III milenios a. C. Faltan estudios espaciales de relaciones de jerarquización entre asentamientos que permitan corroborar dicha hipótesis a nivel global.

La Meseta

En el interior peninsular es destacable el fuerte empuje que ha recibido la investigación acerca de este período histórico en los últimos 10 años: el desarrollo de proyectos de prospección sistemática y la reflexión teórica que los ha acompañado ha conseguido modificar el panorama conocido hasta entonces de dispersión de megalitos y de su relación con los asentamientos *neolítico-calcolíticos*.

El teórico “despoblamiento” y el carácter retardatario de la “introducción” del concepto del ritual colectivo y los monumentos funerarios megalíticos en la meseta ha quedado superado a raíz de los trabajos llevados a cabo en Burgos, Valladolid, Cáceres y Toledo, etc. por diversos autores de los que sirven de ejemplo: Rojo Guerra, Bueno, Balbín, Díaz Guardamino, Navascués, Delibes de Castro, Campillo Cueva, Galán, Martín, etc.

Las principales líneas actuales de investigación son:

- La *datación y explicación de los orígenes* de las sociedades neolíticas calcolíticas y sus manifestaciones funerarias (megalitos con enterramiento colectivo). Una de las cuestiones a las que parecen prestar más atención los excavadores es la determinación del rito colectivo *sensu stricto* en los dólmenes más antiguos. Éstos se datarían, según las nuevas fechas aportadas por ellos, en los inicios del IV milenio a. C. (La Abuela en Soria, Miradero en Valladolid, Ciella en Sedano –Burgos– Azután, La Estrella y Navalcán en Toledo, Valencia de Alcántara en Cáceres, etc.), lo que implica reconocer un megalitismo temprano, tanto en la Meseta norte como en Extremadura. (P. Bueno, 1988 y P. Bueno y R. Balbín, 1998, M. Díaz-Guardamino, 1997, G. Delibes de Castro *et al.* 1986 y P. Bueno y R. Balbín 1996). El concepto de colectivismo funerario se iría asentando poco a poco y la perduración del mismo abarcaría hasta el *Bronce*, en el II milenio a. C.

En Extremadura, pese al impulso de la catalogación de nuevos yacimientos de tipo megalítico que se vivió a fines de la década de los 90, aún a comienzos de la primera década del 2000 seguía siendo inferior el número de yacimientos funerarios publicados del período que nos ocupa con respecto a los conocidos, según J. Jiménez y C. Barroso (2000).

No obstante, en la actualidad la investigación ha avanzado considerablemente, pudiendo disponer de teorías interpretativas sobre los modelos de organización de las comunidades constructoras de

megalitos extremeñas, sus patrones de implantación en el territorio y su evolución temporal. Según P. Bueno (2000), las teorías de la dependencia de la zona extremeña respecto de Portugal están ya ampliamente superadas, siendo más riguroso hablar de una evolución interna de las comunidades del *neolítico inicial*, que no podrían ya catalogarse de periféricas o marginales. Los cerca de 300 yacimientos conocidos se ubican en territorios que cumplen diversas condiciones al tiempo, como la cercanía a fuentes de agua, las zonas de paso y la relación con asentamientos y áreas de función sacra, como espacios con pinturas o grabados esquemáticos, tanto en la zona oriental como en la occidental de la comunidad y a lo largo de los dos valles del Tajo y el Guadiana indistintamente. Un cada vez mayor conocimiento de los asentamientos del IV y III milenios en esta región está permitiendo identificar territorios a gran escala, como el caso de Valencia de Alcántara, Montehermoso, Las Hurdes, el valle del río Alagón y las comarcas de la Vera y el Jerte, o la zona de Aliseda, Malpartida y Cáceres por un lado y los de Pijotilla, San Vicente de alcántara, Alburquerque y Barcarrota, o Zalamea. El acusado polimorfismo de las arquitecturas funerarias es otra característica destacada por la investigación más reciente, incrementándose en el tránsito del IV al III milenios a.C. y estando vigente hasta ya entrado el II. Todos los dólmenes poseen túmulo y una rampa en la entrada, siendo a juicio de P. Bueno, bastante evidente la relación entre la arquitectura con ortostatos y la de las cuevas artificiales. Por otro lado, es destacable también la escasa importancia de la intervisibilidad y la monumentalidad (en términos generales, sin incluir los casos de sepulturas de gran tamaño), aspectos que si son propios de este tipo de yacimientos en otras regiones, como hemos señalado. Pero por el contrario, su asociación con áreas de pinturas y grabados, incluso con menhires y "altares pétreos" es mucho más evidente y constante.

- En cuanto a las teorías referentes a los orígenes, prácticamente todos los autores coinciden en afirmar que la evolución social y de mentalidad se produce desde el sustrato *Neolítico inicial* local, sin "introducciones" desde ninguna otra área. Parece poder constatarse la continuidad poblacional en el caso de los asentamientos, y la evolución formal desde los sepulcros individuales en fosa hasta los dólmenes del calcolítico. También evidencian la continuidad con el *Neolítico* los elementos simbólicos grabados, como cazoletas, plaquetas y ortostatos de dólmenes que otorgarían parte del carácter sagrado a los lugares donde aparecen. Finalmente, algunos dólmenes se ubican sobre anteriores asentamientos estacionales *neolíticos*, al igual que ocurre en otras regiones del Norte, Andalucía y en Portugal. P. Bueno y R. Balbín (1998) vinculan los dólmenes de Toledo con los de Portugal, extendiendo así el ámbito de interrelación entre las comunidades constructoras de los mismos.
- La realización de *estudios de corte espacial* para comprender en profundidad la distribución de las sepulturas (análisis de visibilidad, de potencialidad de explotación de tierras, etc.) siguiendo el ejemplo de otros investigadores en Galicia, como ya hemos mencionado. Es

característico de la Meseta la existencia de áreas de alta concentración de tumbas que se alternan con espacios sin dólmenes (distribución de restos arqueológicos muy desigual fruto de deficiencias en la investigación, o de estrategias de control del territorio todavía sin determinar). Por otro lado, son también muy frecuentes, al igual que en el resto de la Península, las diferencias formales entre monumentos. Pese a todo, M. Díaz-Guardamino (1997) y A. Bellido-Blanco (1993) detectan ciertas similitudes entre los dólmenes de serranía, con posiciones de control visual y pertenecientes a núcleos dispersos de tumbas, que suelen ser pequeños y de planta circular y, a su vez, diferencias entre éstos y los que forman parte de necrópolis concentradas relacionadas con llanos fértiles y asentamientos estables, que son de mayores dimensiones.

La escuela gallega (F. Criado Boado) ha ejercido una gran influencia en el ámbito de la interpretación de función y significado social e ideológico de los dólmenes en la Meseta. Las principales teorías que explican las evidencias arqueológicas de la ocupación del territorio en la Meseta son las siguientes:

- M. Díaz-Guardamino (1997) plantea que los monumentos megalíticos se construirían en principio para fomentar la agregación grupal, enterrándose en ellos sólo determinados individuos, pero en tanto que símbolos de la comunidad completa. Defiende que los territorios delimitados por ellos, tendrían sólo un carácter simbólico.
- J. Campillo Cueva (1985) habla también de territorio sacro, pero lo atribuye a comunidades ganaderas nómadas o seminómadas que continuarían sin muestras de evolución social interna hasta el Hierro. En otras publicaciones son frecuentes también las referencias a estas formaciones sociales como seminómadas (E. Galán y A.M^a. Martín, 1992, P. Bueno, 1988 y 1991, J. Campillo Cueva, 1985), aunque han recibido críticas desde diversas posiciones teóricas, pues es evidente la existencia de grandes poblados permanentes, fortificados (la Pijotilla como máximo exponente) y la de grandes necrópolis concentradas asociadas a otros asentamientos, lo cual induce a pensar en relaciones de jerarquización de asentamientos y de territorios locales en toda la Meseta.
- J. Vaquero Lastres (1989) y otros autores como Criado (F. Criado *et al.*, 1994), C. Boujot (C. Boujot *et al.*, 1993), M.A. Blas Cortina (1993), etc. proponen interpretar las alineaciones de dólmenes en las sierras como marcadores de rutas de desplazamiento de población de unas áreas a otras (en las que se encontrarían los asentamientos permanentes). Esto implicaría que los territorios estructurados serían de menor tamaño que otras zonas de la Península, y que las conexiones entre unos y otros se realizarían a través de rutas de más larga distancia y de auténticas zonas de tránsito, más o menos despobladas, lo cual podría explicar los vacíos detectados en las prospecciones en determinadas regiones (Cámara Serrano, 2001), A. González Cordero, (1993) y R. Lizcano Prestel *et al.* (1997), ofrecen explicaciones similares en sus estudios sobre la Cuenca del Tajo. Por su parte, V. Villoch (2001) destaca que la percepción visual en las necrópolis dispersas gallegas estaría determinada por la necesidad

de marcar el itinerario (tránsito) y la búsqueda de monumentalidad, configurándose así un modelo del paisaje concebido culturalmente como un espacio cerrado, circular, que transmitiría un código semántico de vínculo entre el camino físico y el simbólico, recorrido en el tránsito de la vida a la muerte. El escenario creado tendría un carácter dramático y la percepción circular del espacio actuaría como metáfora de la domesticación del territorio. Su estudio detecta cierta simetría en la organización espacial de las necrópolis. También integra en este trabajo las cazoletas y petroglifos, a los que otorga la función de ser elementos delimitadores de las necrópolis.

G. Morán (2005), concretando el enfoque espacial en un estudio específico, relaciona las estructuras funerarias del Valle de Ambrona con determinados elementos del paisaje (cursos de agua, promontorios, asentamientos, tierras de cultivo) para identificar sus parámetros de "emplazamiento".

- M. Rojo Guerra (1990) interpreta los dólmenes como símbolos visuales, límites de territorios culturales que se irían agrandando por efecto de tendencias colonizadoras de nuevas tierras cuyo objeto sería superar la presión demográfica. Este autor también ha llevado a cabo estudios sobre el ritual funerario, fundamentalmente, sobre el papel del fuego en el mismo, en colaboración con otros (2002). En concreto, se destaca por sus aportaciones en el ámbito del conocimiento en la Península de un tipo de tumba, la denominada por él como "tumba calero". Ésta se habría diseñado como panteón, siendo usada como tal durante un tiempo, pero finalmente habrían sido clausuradas ritualmente por el fuego, en el marco de un programa prediseñado desde el momento de su construcción (empleo de caliza como material).

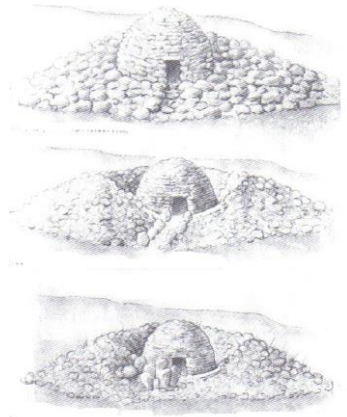
En su publicación de 2005, *Un desafío a la Eternidad*, este autor junto con otros, estudia como ejemplo de dicho tipo de panteón la Peña de la Abuela y el Túmulo de la Sima (Fase I). Éstos serían los más antiguos de la serie de monumentos dolménicos que se desarrollarían después, durante el IV milenio, conforme a una concepción más estándar.

Para Rojo y sus colaboradores, el elemento simbólico de vinculación e identificación grupal de los individuos muertos en una tumba calero se reforzaría ostensiblemente con el hecho de ser quemado en el espacio sacro y fundidos unos con otros y con el propio panteón, conformando una única masa.

Respecto al III milenio, plantea un mayor desconocimiento de la realidad arqueológica funeraria de la zona, hasta la época campaniforme. En éste periodo, a diferencia de lo que ocurre en otras regiones, se construyen nuevos sepulcros y se incrementa su uso, también con reutilizaciones de los túmulos *neolíticos*. Estas sepulturas son de carácter individual, no obstante.

Para él, la evolución de los ritos funerarios mostraría así una tendencia desde el colectivismo de tipo "integrador", conducente a eliminar todo

rastros de diferenciación entre vivos y muertos, entre individuos y grupo, hacia otro de carácter más individualizador.



11. Reconstrucción de una tumba del Valle de Ambrona en sus tres fases de utilización

En un plano más general, hay autores que han ofrecido interpretaciones globales del proceso histórico para los milenios IV y III en la meseta:

- P. Díaz del Río y S. Consuegra (1999) establece una evolución desde sociedades segmentarias con economía plenamente agropecuaria, muy adaptada al medio, que resistieron los procesos de cambio (producidos por la concentración de poder y las influencias del sur) hasta finales del III milenio. Se convirtieron en sociedades de jefaturas (tipo *big-man*) con sistemas tributarios poco desarrollados ya en el *Bronce* (pone los grupos de las Motillas como ejemplo de este tipo de sociedades) y bastante dependientes si no periféricos, de la formación social del Argar.
- R.J. Harrison (1993) aplica a la meseta la teoría del "Policultivo Ganadero" (una versión de la de la Revolución de los productos secundarios) al decir que el proceso habría partido de una especialización de la explotación ganadera a nivel regional, que unida a una baja densidad demográfica y al clima habría desembocado en un modelo de movilidad social en lugar de intensificación agrícola. Así, las relaciones de dependencia y exacción del excedente en forma de tributo, propias de las sociedades jerarquizadas, se habrían ralentizado en la meseta, eludiendo la verticalización social hasta fines del calcolítico. Para este autor sería en este momento en el que surgirían la explotación, la acumulación de riqueza y los sistemas clientelares, desarrollados más adelante durante el II milenio.

Por último, citaremos la propuesta de G. Delibes de Castro y M. Rojo Guerra (2002), de orientación más marxista que las anteriores. Defienden ambos autores (en su estudio de los dólmenes de la Lora Burgalesa) que el III milenio de la meseta norte habría registrado un proceso de larga duración de evolución social cuyo reflejo más claro estaría en la propia evolución morfológica de los monumentos funerarios.

Éstos habrían pasado de ser pequeños túmulos pre-megalíticos a dólmenes bajo túmulo y de ahí a grandes sepulcros de corredor, avanzando correlativamente desde el concepto de tumba cerrada, de un solo uso, aunque colectivo, a tumba abierta o panteón familiar.

Ello les lleva a plantear una sociedad segmentaria que evoluciona hacia otra jerarquizada aldeana caracterizada por el incremento de la inversión social en la invocación a los antepasados, con el consiguiente incremento de la monumentalidad de los edificios de culto. Esta sociedad jerarquizada sería el fruto de la resolución de los conflictos sociales internos mediante la agregación de pequeños grupos independientes en una red política de explotación. Estas comunidades mayores, jerarquizadas, tendrían a la vez más capacidad y más necesidad de invertir esfuerzo en aspectos simbólicos para reafirmar una cohesión forzada, ya sólo sostenible desde la teoría justificativa del nuevo orden que ofrecería la nueva ideología dominante.

En su publicación más reciente (2005) no defienden una estructura jerárquica de las sociedades de fines del *neolítico* en la meseta, sino un modelo de tránsito, previo a la jerarquización, de tipo "transigualitario" en sus propias palabras, aunque posteriormente pueda evolucionar en el sentido mencionado.

Terminamos este apartado refiriéndonos a otra tendencia marcada en la investigación en esta zona: el estudio de la fase final, denominada "*campaniforme*", con su especial atención a la sustitución del rito colectivo por el individual en las tumbas, aunque éstas continuaran siendo megalíticas (las mismas en uso desde el IV milenio), como ya hemos visto. Los enterramientos individuales también aparecen en la meseta fuera de los dólmenes, cubiertos con túmulo y con enterramientos subordinados o cámaras con ofrendas asociadas (C. Blasco Bosques, 1997).

Así mismo, parece poder establecerse una relación entre estos enterramientos campaniformes y el auge de los motivos antropomorfos en las manifestaciones simbólicas, pintadas o grabadas sobre los dólmenes, lo que se identifica con un posible signo de transformación de la mentalidad (G. Balbín y P. Bueno, 1996), acorde con el que se está produciendo a nivel socioeconómico a fines del III milenio y principios del II a. C., como también manifestamos antes. El último paso en este proceso se constataría en la aparición de necrópolis de enterramientos individuales con diferencias de ajuar entre ellos, como la de Fuente Olmedo en Vale Duero, Valladolid.

El Levante

En la zona de Valencia es destacable la ausencia de prospecciones sistemáticas que, combinada con fuertes procesos de destrucción de yacimientos en grandes áreas costeras, redundaría en la *existencia de relativamente pocos datos*. Sólo se conocen algunas cuevas artificiales con enterramientos colectivos organizadas en necrópolis (J. A. Soler Díaz, 1997), cercanas a asentamientos fortificados o bien en dispersiones de serranía, que no parecen estar en relación con las grandes vías de comunicación.

Surgen en los mismos inicios del proceso de domesticación del paisaje, según J.M. Vicent y F. Criado (citados por J. Bernabé *et al.* 2003). A falta de estudios espaciales y de las mencionadas prospecciones, mantenemos que predominan las cuevas con grandes ajuares de prestigio (adornos personales, ídolos) que en opinión de J.A. Soler Díaz (1997) serían evidencias de unas creencias en el funeral como despedida del difunto que iniciaría su tránsito al más allá. También se conocen enterramientos en silos con una fuerte perduración en su uso, hasta el campaniforme.

Muy pocos autores se ocupan en esta zona de los estudios sobre las comunidades campesinas complejas. Sólo J. Bernabé podría destacar entre los investigadores valencianos en este sentido. Este autor, junto a G. Vega y T. Chapa (2003) defiende que las grandes inversiones en el aparato ideológico hechas por los grupos neolíticos en esta área podrían haber permitido la consolidación de cierta clase de desigualdades sociales, aunque mantienen que los destinatarios de la movilización de este capital simbólico serían las comunidades en su conjunto y no ciertos individuos o clases sociales.

Para terminar, comentaremos una de las últimas aportaciones de J. Bernabé y T. Orozco (2005), referente a un tipo de yacimiento poco documentado en general en toda la península, pero del que vamos teniendo noticias cada vez más frecuentes. Estos autores identifican el yacimiento de Mas dais, en el Valle del Serpas (Peri águila, Alicante) como un espacio ceremonial no funerario. La cuestión más llamativa al respecto es su cronología alta, en torno a fines del VI milenio, con perduraciones en su uso hasta el V (a.C. cal.). Para ellos, podría ser el referente del inicio del proceso de territorialización y definición de un sistema de poder "centralizado" en el *neolítico inicial* del levante.

En nuestra opinión, se trata de un yacimiento excepcional, que puede aportar gran cantidad de información, pero precisamente debido a su carácter de *unicum*, por el momento, mantendremos la cautela al identificarlo como un exponente claro de un modelo centralizado de poder (con todo lo que ello comporta, y que no se observa en el registro arqueológico del territorio circundante en esa cronología) en el VI milenio peninsular.

El Sur: Andalucía y Murcia

Más adelante ampliaremos el estado del conocimiento a nivel regional en este área, pero ahora, a modo de síntesis de las principales líneas de investigación, podemos decir que destaca el avance sustancial en los estudios de corte espacial, en la interdisciplinariedad de los trabajos de excavación y en las interpretaciones globales del proceso histórico, aunque éstas todavía se circunscriban a ámbitos provinciales o de áreas geomorfológicas concretas, sin conexión con el resto del territorio.

Las principales *líneas de investigación y novedades* aportadas son muchas. Hoy es cada vez más evidente, gracias a las nuevas dataciones radiocarbónicas y por termoluminiscencia, que las fechas de *inicio del*

proceso de complejización social y de las manifestaciones que lo acompañan, los dólmenes, se acercan a las del *Neolítico Inicial*, Fines del VI milenio principios del V a. C. y que los primeros enterramientos en megalitos o cuevas sepulcrales ya poseían un carácter colectivo.

Así también, se puede afirmar que las tradicionales *divisiones territoriales* establecidas en función de la presencia de cuevas o dólmenes y de las pretendidas diferencias entre tipologías, ya no se corresponden con los nuevos datos de que disponemos. La convivencia de *diferentes tipos y tamaños* en las estructuras funerarias es lo más frecuente en todos los territorios de Andalucía y el hecho de que se relacionen y se integren en un mismo *patrón de poblamiento*, correspondiente a una misma formación social, es una conclusión constante en las publicaciones. La mayoría de éstas se conciben ya como estudios regionales que analizan las características de los modos de vida de las comunidades *neolítico-calcolíticas* en su contexto territorial, teniendo en cuenta las interrelaciones entre asentamientos y entre éstos y las necrópolis.

Los estudios más concretos sobre caracterización, fabricación o dispersión de materiales y/o extracción de materias primas también ocupan un lugar importante en la investigación actual, pero más subordinado a la comprobación de teorías explicativas de carácter histórico global.

El principal factor que ha contribuido a desarrollar estas tendencias ha sido la puesta en marcha de numerosos *proyectos de investigación* por parte de Instituciones Universitarias y de la Administración Pública, aspecto éste que D. Martín y otros (2004) destacan como un elemento crucial. Algunos de los más significativos que podemos citar son los desarrollados en:

La Cuenca del río Vera y el Bajo Almanzora (Almería): dirigidos por Dimas Martín y M^a D. Camalich, otro, de excavación y prospección, por Shubart, Arteaga y otros, el denominado como Archeomedes; sobre la arqueo-ecología del cauce del Vera, por Castro Martínez y otros; sobre los inicios de la metalurgia, dirigido por M^a D. Camalich y D. Martín.

La Cuenca completa del Río Almanzora (Almería), por M. Fernández Miranda, G. Delibes, Fernández-Pose y D. Martín, actualizado por la Junta de Andalucía con el destinado al estudio del Proceso Histórico durante la Prehistoria y la Antigüedad; por C. Díez y M^a P. Román como coordinadores y un nutrido grupo de colaboradores en el denominado Proyecto Ulises; por F. Miranda centrado en la desembocadura de los ríos Almanzora, Antas y Aguas.

La cuenca alta del río Gata y su entorno (Almería), por V. Lull y R. Chapman, (Proyecto Gatas);

La cuenca del río Andarax y el Pasillo de Cúllar-Baza y Chiribel, por F. Molina y otros, quien también dirige el de Los Millares, en Almería igualmente;

Zona de Terrera Ventura (Almería), por Gusi y Olarías en un principio y por Molina, Cámara, Gádor Maldonado y otros, después. Y el los pasillos de Tabernas y Fiñana (Almería).

Marroquíes Bajos y otras zonas de la Serranía de Jaén, a cargo de Contreras y otros; en la Campiña del Guadalquivir (depresión Linares-Bailén, territorios de Jaén, Sevilla y Córdoba), por Nocete Calvo y otros, dentro del dirigido por A. Ruiz y M. Molinos sobre poblamiento ibérico.

Porcuna (Jaén), por O. Arteaga, Nocete, Ramos y Roos.

Antequera (Málaga), por Marqués, Balamero, Aguado y Ferrer;

La Depresión de Ronda (Málaga) por Aguayo de Hoyos; y Ardales, por J. Ramos, Espejo y Cantalejo, así como uno específico para el Guadalhorce.

El Sur de la provincia de Córdoba, La Subbética (Serranía de Cabra, Estrella y Priego), por Gavilán, Vera y Moreno.

La Campiña central del Guadalquivir (Córdoba), por Martín de la Cruz.

El Valle bajo del Guadalquivir (Huelva), por Cruz Auñón, Moreno, Cáceres y otro dirigido por Escarcena y Carrasco.

La región de Huelva, por V. Hurtado.

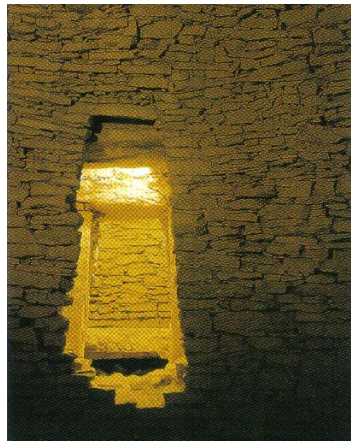
La Campiña litoral y banda atlántica de Cádiz, por Ramos, Castañeda, Montañés, Herrero.

La comarca N.O. de Murcia, por J.M. Vicent y otros así como el de la provincia completa, dirigido por Muñoz Amilibia.

La zona sur de Extremadura, en Badajoz concretamente, con prospecciones en Tierra de Barros por Rodríguez Díaz, en Mérida, por Navascués, en Jeréz de los Caballeros y el Arrollo Valdemedel, por otros autores, etc.

Como puede observarse, se trata de iniciativas de grupos de investigadores adscritos a cada una de las universidades provinciales de Andalucía, estando la de Granada a la cabeza, tanto en número de proyectos puestos en marcha, como en su carácter pionero.

Pero pese a que se han venido desarrollando proyectos que pretendían explicar la evolución histórica en las grandes regiones de Andalucía y Murcia, las prospecciones objeto de estos trabajos han quedado restringidas, por múltiples razones, a territorios más o menos reducidos, por lo que aún restan por estudiar e integrar en esas interpretaciones regionales espacios culturales amplios. En todas las actuales provincias hay aún zonas sin prospectar en las que, a tenor de lo observado en las que lo han sido ya, es más que probable que aparezcan yacimientos de enorme interés.



12. Interior de la cámara de El Romeral, Antequera (Málaga)

Murcia aparece en este apartado relacionada con Andalucía por hallarse evidencias de una gran vinculación cultural entre estas regiones en la prehistoria. De hecho, sólo podría considerarse como frontera entre formaciones sociales, el río Segura. Desde éste hacia el sur, los asentamientos y necrópolis parecen formar parte de los territorios de agregación de formaciones sociales de Almería (J.A. Cámara 2001).

Los patrones de dispersión/agrupación de estructuras funerarias son similares a los ya comentados para otras áreas y sólo destaca como característica específica de esta zona, la mayor abundancia de ajuares con elementos de prestigio en las cuevas artificiales y abrigos como Murviedro, Los Blanquizaes de Lébor, etc. (M. San Nicolás del Toro (1994), J. Lomba Maurandi (1989), J.J. Eiroa García (1986)).

En resumen, son muchos y trascendentes los avances realizados en la investigación en el sur peninsular, pero todavía habría que incrementar el número de dataciones absolutas de que disponemos, mejorar las reconstrucciones paleoambientales de los contextos de los yacimientos y de regiones enteras (para lo cual, hace falta una mayor compenetración con especialistas en paleobotánica y arqueozoología) y sobre todo coordinar todos los proyectos para cubrir las lagunas espaciales y temporales que aún quedan y unificar los planteamientos de los estudios, pues las divergencias en los enfoques suelen acarrear problemas a la hora de interpretar históricamente.

M^a Paz Román llamaba la atención en 1996 sobre una serie de *problemas de la investigación sobre el Neolítico del sur peninsular* que eran extrapolables también al *calcolítico* (ya mencionamos arriba que la separación entre ambos períodos es algo artificial) y que en la actualidad han sido subsanadas sólo en algunos aspectos. Comentaremos los que diez años después siguen estando vigentes:

- sigue habiendo pocas interpretaciones sobre las transformaciones sociales globales de las comunidades neolíticas, pues el avance en las reflexiones teóricas todavía no ha conseguido desbancar totalmente a las tendencias tipologistas, más preocupadas por las secuencias cronoculturales que por la historia de las gentes que vivieron hace 7000 años.
- la existencia aún de cierta descompensación entre la cantidad de modelos propuestos para el IV-II milenio (*Calcolítico-Bronce*) y los propuestos para el neolítico inicial, pese a que los proyectos regionales a los que hacíamos referencia anteriormente, analizan la evolución del poblamiento desde el *Paleolítico* en muchos casos.
- la reticencia a abandonar la referencia a los viejos conceptos de "cultura de las cuevas", "cultura de los silos" o "cultura de Almería". Pese a estar ya superada la cuestión de la identificación de asentamientos y territorios con estos "grupos culturales" en función de criterios

ergológicos, todavía se emplean los términos en la bibliografía al uso generando cierta confusión.

- el número de reuniones científicas específicas sobre *Neolítico* y /o *Calcolítico* sigue siendo escaso: el encuentro El Canvi Cultural a la Prehistoria (1989) y los dos Congresos del Neolítico en la Península Ibérica (1996, 1999) o los encuentros temáticos, como las Mesas Redondas sobre el Megalitismo de Oporto (1979), Madrid (1984) el *Symposium* de Arquitectura Megalítica de la universidad de Barcelona o la Reunión del Megalitismo en la Península Ibérica de 1987, se han complementado recientemente con las reuniones de la Cueva de Nerja (1998 y 2000), las Jornadas de Arqueología Andaluza (2001), el Coloquio sobre el paisaje en el Neolítico Mediterráneo, del año 2002, y el último Congreso del Neolítico en la Península Ibérica celebrado en Santander, en 2003 (publicado en 2005).

En éste último han quedado patentes las líneas más actuales de la investigación sobre el *neolítico*, incluyendo sus fases finales y los inicios del *calcolítico*. Una investigación más centrada en dar a conocer novedades que en presentar estudios de síntesis o propuestas globales de interpretación histórica. Los avances en la aplicación de nuevas tecnologías se orientan hacia los estudios de dendrocronología y palinológicos con objeto de reconstruir paleoambientes (Valle del Tajo y del Río Sever en el IV-III milenios o los de Barcarrota en Badajoz y la Laguna de Madres en Huelva). Los métodos de identificación de procesos de deforestación por acción antrópica y los estudios de "remontajes operativos" en los núcleos de extracción de los ortostatos, son otras áreas de aplicación de planteamientos de investigación novedosos.

Por otro lado, los tradicionales estudios tecnológicos de producción de materiales como piedra, sílex o cerámica se van completando con los de la madera o la concha, así como con los de minería. La gestión de materias primas y la representación de ideas sobre la sociedad a partir del análisis simbólico de los motivos decorativos cerámicos son también campos de trabajo en desarrollo en los últimos años.

Parece igualmente que se avanza en la incorporación de nuevas áreas o regiones al estudio del *neolítico*, como Castilla y León o Extremadura, y se están abriendo nuevas líneas de investigación al aplicar los planteamientos y el método de la arqueología espacial a las relaciones territoriales entre asentamientos y otras manifestaciones simbólicas, como los abrigos pintados.

En el ámbito funerario, el dinamismo ya observado en décadas anteriores sigue siendo patente, con la aplicación de nuevas tecnologías y la publicación de trabajos multidisciplinares, aunque escasean las interpretaciones globales. Los estudios de síntesis siguen siendo poco numerosos en el *neolítico* peninsular (M. Molinst, 2005) y los enfoques antropológicos y sociológicos, aún lo son menos (J. M. Vicent, 2005).

Por ello, sería aconsejable que los especialistas en esta materia tuvieran la oportunidad de encontrarse, quizá no tanto para presentar novedades

(que desde luego, pueden y deben ser publicadas), sino para debatir y poner en común enfoques y planteamientos, para consensuar teorías explicativas o para hacer que fructifiquen otras nuevas.

En este capítulo se han definido las principales líneas del trabajo de tesis doctoral que presentamos, especificando sus objetivos el interés del tema y el punto de partida del mismo.

Se ha resumido a modo de introducción, el conjunto de interpretaciones y valoraciones de síntesis que componen el conocimiento actual sobre los milenios IV y III a.C. en la Península y sobre el mundo funerario de aquellos que la habitaron en dicho período.

CAPÍTULO II CONCEPTO Y MÉTODO

II.1. ENFOQUE EPISTEMOLÓGICO:

II.1. 1. General.

Previo al desarrollo de cualquier investigación histórica es necesario hacer explícito el enfoque global de la misma en el plano teórico, pues éste condiciona su planteamiento, su evolución y sus conclusiones, así como el nivel de comprensión que la comunidad científica puede llegar a tener de ella. En este sentido, coincidimos con A. Hernando cuando escribe que: "...sólo manifestando inicialmente el posicionamiento teórico por el que se opta, se puede alcanzar una coherencia entre objeto, presupuestos y métodos" (A. Hernando, 1987-88 pág. 37).

Así pues, como marco general de esta investigación, escogemos el **Materialismo Histórico**, actualizado y en su aplicación concreta a la arqueología prehistórica.

Esta corriente de pensamiento constituye en sí misma una forma determinada de entender la realidad y, en concreto, al ser humano en su dimensión social, proponiendo explicaciones a los principales *por qué*s de la investigación histórica: la evolución temporal (a través del concepto de proceso histórico), el cambio social (a través del concepto de sistema social), de estructura y coyuntura y del modelo cíclico de transformación de las mismas (tesis-antítesis-síntesis), la relación entre factores a través de la dialéctica, etc.

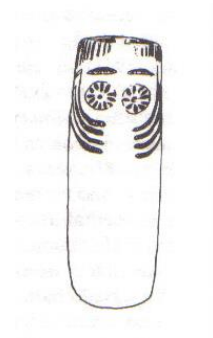
En suma, la antropología y los presupuestos principales de la Filosofía de la Historia de Marx, enriquecidas con las aportaciones de Engels, primero y de un sinfín de historiadores después (M. Godelier, L. Fevre, P. Vilar, etc.), ofrecen un esquema interpretativo de la realidad social, en su evolución histórica, riguroso, sistemático y completo. Ello nos lleva a creer que se trata de uno de los que ofrece el mayor número de posibilidades de interpretar, en todas sus dimensiones, las diferentes etapas de la historia de la humanidad.

Optar por el materialismo histórico como marco teórico permite el acercamiento a nuestro pasado y por tanto, a nuestro presente y a nosotros mismos a partir de una concepción explícita de quién es el ser humano y de las razones por las que éste padece, evoluciona, cambia (a sí mismo y a lo que le rodea) y construye planes de futuro.

Pero el Materialismo Histórico vigente hoy día es el resultado de una larga evolución, acontecida sobre todo durante el pasado siglo XX y en la que, además de las aportaciones de investigadores concretos, ha recibido influencias de diferentes enfoques ideológicos, enriqueciéndose y también fragmentándose en múltiples subcorrientes.

Para afrontar la perfecta comprensión de este trabajo de tesis doctoral, creemos conveniente ofrecer una muy breve síntesis de los

presupuestos del Materialismo Histórico que han sido tenidos en cuenta en su planteamiento y de las diferentes "arqueologías marxistas" a las que haremos referencia más adelante en diferentes apartados.



I. I. 2. El materialismo histórico en arqueología. Síntesis de sus características y evolución de subcorrientes.

El Materialismo Histórico surge como corriente epistemológica en el s. XIX, a partir de la formulación de la teoría filosófica de Marx y Engels (tanto la Antropología como la Política) aplicada a la teoría de la Historia. Desde ese momento, ha estado en permanente evolución y cambio, surgiendo una gran variedad de enfoques relacionados o que lo matizan en diferentes aspectos.

Su gran aportación a la humanidad estriba en que proporcionó una formulación nueva de la Historia. Por primera vez, (aunque existieron precedentes como Vico y Hegel, de los que el marxismo recibió influencias) se puede hablar de una reflexión intelectual compleja y rigurosa sobre la misma, que se constituyó en una auténtica Filosofía de la Historia. Desde el s. XIX hasta nuestros días, su influencia en el ámbito de la investigación histórica ha sido de enorme trascendencia, convirtiéndose en un marco teórico de referencia obligada, incluso para quienes no lo comparten, y aportando conceptos fundamentales hoy día totalmente asumidos por todos los historiadores tanto de occidente como de oriente y de países desarrollados como subdesarrollados. Y todo ello, pese a que ha sido utilizado por parte de regímenes políticos de corte dictatorial para orientar la producción intelectual de sus países, generándose, sobre todo en la primera mitad del siglo XX, la denominada corriente ortodoxa o soviética y dando cabida a las consiguientes críticas vertidas hacia ella, incluso desde otras posiciones marxistas.

Características:

Resumimos a continuación sus principales características, tomando como referencia las obras de los siguientes autores: J. Alcina Franch (1989), A. Hernando (1992), L. F. Bate (1998), B. Trigger (1992), J.M. Vicent (1994 b).

El punto de partida se encuentra en el concepto de ser humano marxista y las implicaciones del mismo en el concepto de sociedad: los seres humanos, eminente y esencialmente transformadores, actúan

continuamente sobre su entorno social, por lo que éste se encuentra en permanente estado de transformación. El cambio se produce así a partir de la realidad precedente siendo la búsqueda de la utopía aquello que motiva la construcción continuada de la historia.

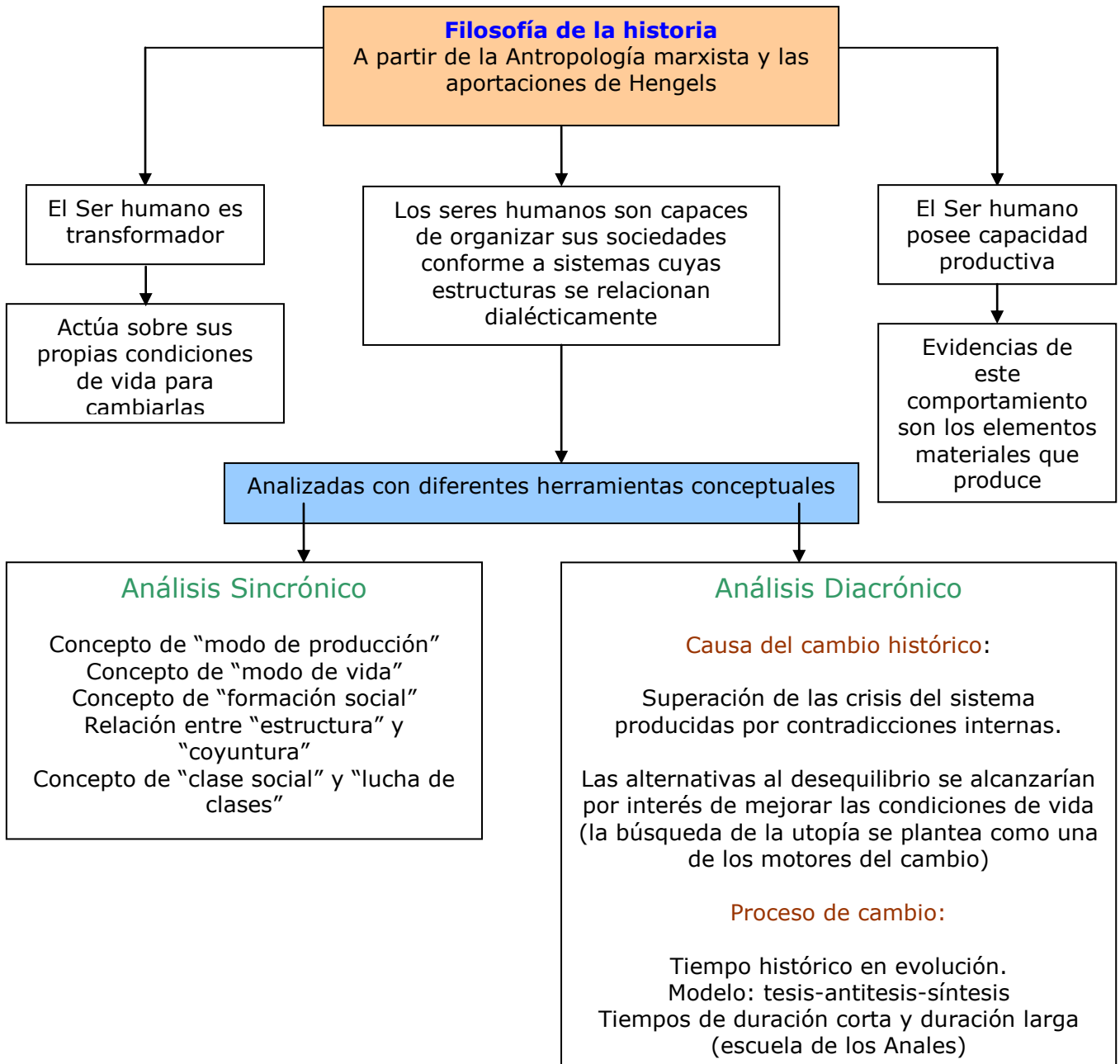
El Materialismo Histórico clásico se caracteriza por la búsqueda de una comprobación empírica de la realidad histórica, por lo que centra la atención en los elementos materiales. De entre todos los elementos materiales recuperados del pasado, los concernientes a la producción poseen una especial relevancia, pues el ser humano se caracterizaría entre otras cosas, por su capacidad para producir (crear, construir, transformar).

Por ello, los denominados "modos de producción" se consideran objeto de análisis histórico, aunque ello no excluye de dicho análisis otros elementos producidos referentes a otros aspectos de la vida social, como la ideología.

Algunas de sus categorías de análisis fundamentales (además del modo de producción) son las de estructura, (infraestructura –economía sociedad- y superestructura –política, ideología y religión-), coyuntura, formación social... y la diferenciación entre los tiempos históricos que les afectan (tiempo estructural o de larga duración y coyuntural o de corta duración). Otra característica específica sería la aplicación del concepto de relación dialéctica al estudio de las conexiones existentes entre factores y entre elementos constitutivos de un sistema social (interinfluencias multidireccionales que provocan transformación mutua).

El origen o causa que propone para el cambio histórico es la transformación interna derivada de las contradicciones inherentes a todo sistema social. Por último, otra de las grandes aportaciones de esta corriente es la del concepto de clase social y del papel desempeñado por la lucha de clases en el desarrollo de las contradicciones internas y, por tanto, en el proceso de cambio social.

EL MATERIALISMO HISTÓRICO EN ARQUEOLOGÍA



Evolución de la corriente en el s. XX:

El Materialismo Histórico sufrió durante el pasado siglo profundas oscilaciones acordes con las de la propia sociedad occidental.

Fue especialmente influyente en ámbitos tanto políticos como académicos durante los años 30, con motivo de la crisis socioeconómica del período de entreguerras en Europa y EEUU, estableciendo relaciones con el Evolucionismo Multilineal dominante en la época. En este período surgen las figuras de dos de los grandes representantes de la corriente en la arqueología occidental: G. Childe y L. White. Pero el trabajo de ambos no impidió, a juicio de B. Trigger (1992), que tanto los años 30 como los 40 y 50 constituyeran una etapa de empobrecimiento intelectual de la Antropología y la Historia en general.

Las fuertes convulsiones de la 2ª guerra Mundial y el escenario derivado de la misma en la postguerra (la "Guerra Fría") produjeron una fuerte reacción anticomunista en los EEUU y el endurecimiento de la política de Stalin en la URSS, ambos, contextos restrictivos para el desarrollo de la investigación y el avance conceptual del Materialismo Histórico.

El período de máxima influencia y de renovación conceptual se produciría en los años 60 y 70, fruto de la convergencia de diversos factores: La muerte de Stalin da paso a la renovación de la escuela soviética, mientras el marxismo inglés y francés experimentan un nuevo empuje que repercute en las aportaciones de diversos autores y en la constitución de la Escuela de los Anales. Los principales representantes de esta escuela, L. Fevre, P. Vilar, F. Braudel, etc. avanzan sustancialmente en el campo teórico, creando los conceptos de estructura y coyuntura y los tiempos históricos asociados a cada una de ellas, mientras M. Godelier (1973-74) propone el concepto de Historia Social.

El marxismo aplicado a la historia se desarrolla conforme a la especificidad de las diferentes realidades históricas de países como Cuba, China, Latinoamérica en general, etc. y participa de las críticas que, desde la perspectiva de la Nueva Arqueología o Antropología Arqueológica, se vierten contra el positivismo y el historicismo (arqueología tradicional).

Esta coincidencia inicial entre la Nueva Arqueología y el Materialismo Histórico estará representada por L. Binford (1968), Bartra (1964 y 1975), etc. aunque no tardarán en surgir las discrepancias y la disociación entre estas dos corrientes por motivos ideológicos y filosóficos.

La principal de todas estas discrepancias es la oposición de dos conceptos básicos: cultura y sociedad. La primera, defendida como el objeto de estudio de la Antropología-Arqueología por la Nueva Arqueología /el Neopositivismo y la segunda, por la corriente marxista.

En los años 80 y 90, las transformaciones sociopolíticas que provocan la caída del Muro de Berlín y la desestructuración de la URSS dan paso a una situación política e intelectual de crisis del Marxismo Ortodoxo y eclecticismo epistemológico generalizado dentro de la corriente marxista.

Actualmente, el Materialismo Histórico se muestra antidogmático, abierto a posicionamientos diversos y a posibles fusiones con formulaciones de otras corrientes. Al tiempo, intenta superar el economicismo con el que algunos de los investigadores de décadas anteriores habían desequilibrado el papel desempeñado por los factores económicos en la teoría marxista original. Ésta misma muestra haberse gestado en varias fases de redacción, evolucionando en los presupuestos que enunciara en un principio y ofreciendo por ello diversas lecturas.

El debate que se ha generado, tanto a nivel político como intelectual, acerca del Marxismo y la Historia es denso y está muy ramificado, tanto, que en opinión de L. F. Bate (1998) es necesario hacer explícitos los nexos con la tradición marxista por parte de los autores que dicen seguirla. Para B. Trigger (1992), el problema fundamental estriba en que la mayor parte de las interpretaciones marxistas en Arqueología se basan en la selección previa de algunos de los principios de la teoría de Marx y Engels en lugar de hacerlo en su sistema filosófico en conjunto.

Corrientes internas:

Como hemos visto pues, la diferencia entre escuelas o subcorrientes en el Materialismo Histórico reviste cierta importancia a la hora de explicitar el enfoque ontológico de una investigación.

Dicha diferencia radica en el peso que cada una concede a los factores socioeconómicos e ideológicos (medios de producción, fuerza de trabajo, relaciones de producción, coerción ideológica) o al tipo de relaciones dialécticas que establecen entre ellos, cuando se adentran en la explicación del proceso histórico.

A partir de los años 70 se puede observar una fractura en la corriente que afecta al Procesualismo, por un lado, desarrollado en EEUU y al Materialismo Histórico europeo, por el otro, aunque éste también encuentra seguidores en América Latina y los EEUU.

Pero dejando aparte esta bifurcación de tendencias, las principales corrientes internas que podemos destacar son:

1. El Marxismo Ortodoxo de la URSS

Representado por autores como L.S. Klejn (1971, 1973), se caracterizó por la defensa de la ortodoxia y el purismo entendidos desde la óptica de la interpretación soviética del marxismo. Su reivindicación de los "factores económicos" condujo a numerosos desequilibrios según los propios autores mencionados han criticado en sus obras recientes.

L.S. Klejn (1993) revisa la postura sostenida por esta corriente en las décadas anteriores, considerando que su acercamiento al marxismo como teoría de la Historia había pecado de simplista o superficial.

2. Materialismo Cultural.

Denominado también Materialismo Vulgar por Friedman, (aunque hay quien no lo considera una corriente marxista siquiera) se ha desarrollado principalmente en los EEUU y sufrió fuertes influencias del Funcionalismo, en la línea de las Ciencias Sociales en Norteamérica en general. La importancia alcanzada por estas influencias en algunas obras ha hecho que muchos autores ni siquiera lo consideren como una subcorriente estrictamente marxista.

Muestra una gran tendencia a los planteamientos empiristas y engloba dos tendencias a su vez: El Materialismo Cultural de la escuela de M. Harris y la Antropología Ecológica de Vayda o de Rappaport.

Sus orígenes se encuentran en la obra de L. White, y en cuanto a sus planteamientos, éstos son considerados simplistas e incluso reduccionistas por parte de autores como A. Hernando (1992). Determinista también es un apelativo aplicable a esta corriente, por cuanto uno de sus planteamientos teóricos básicos es que la superestructura – las estructuras sociales- sería un reflejo condicionado de la infraestructura –modo de producción- , fundamentalmente, de la tecnología de producción. Así también, los seguidores de esta corriente plantean la adaptación al medio como argumento explicativo de los conflictos internos y, por tanto, del cambio histórico.

La principal diferencia con otras corrientes internas, como pueda ser el Materialismo Dialéctico, estriba en la definición de la Infraestructura, como veremos a continuación. Por último, mencionaremos que otros autores, como Service y Fried podrían relacionarse con esta corriente, aunque sólo en algunos aspectos, al igual que las primeras obras de A. Ramos Millán, entre los autores españoles.

3. Materialismo Dialéctico.

Esta corriente engloba a su vez varias tendencias, tales como: el *Marxismo Anglo-francés*, representado por Godelier, Friedman, etc.; el *Marxismo Estructuralista* de Trigger y la *Arqueología Social Latinoamericana*.

Su iniciador y valedor principal fue G. Childe aunque más recientemente, destacan otros autores como Gilman, Carandini, Randsborg, Kristiansen, Pearson, etc. y en la Península Ibérica, A. Ruiz, F. Nocete (marxismo estructuralista), M^a P. Román y J.M. Vicent (Arqueología Social), V. Lull, A. Hernando, M^a. S. Navarrete, F. Criado (con tendencia al neomarxismo), etc.

Sus principales características serían la concepción de la existencia de una relación dialéctica entre todos los niveles de organización de una sociedad, (el económico, el social y el ideológico), el rechazo a cualquier tipo de determinismo y mecanicismo en la interpretación de la realidad histórica y la consideración de que las transformaciones sociales se producen por la ruptura del equilibrio de cada sistema, desequilibrio

acarreado por un conflicto o contradicción interna (no por las transformaciones en alguno de los tres niveles anteriores).

Las críticas que ha recibido por parte de diversos autores se refieren a la tendencia que manifiestan sus seguidores a extrapolar al pasado los modelos de conflicto del sistema capitalista actual, a la utilización del concepto de "clase social" en Prehistoria (cuestión que algunos autores y en determinados casos, evitan hablando de Grupo social o grupo de interés) y la concepción de que los conflictos surgirían por motivaciones individuales y egoístas ("cada ser humano busca su propio interés"), cuando el Marxismo defiende precisamente que las motivaciones que pueden estar detrás de una actuación humana son diversas, incluyendo entre ellas las de carácter altruista, como la mejora de las condiciones de vida generales (utopía).

a. El marxismo Anglo-Francés es una de las tendencias que hemos encajado dentro del Materialismo Dialéctico, como lo está también el *marxismo estructuralista*. Éste último posee ciertas características que lo individualizan, tales como su relación de influencia con el Estructuralismo y la atención que le concede a los aspectos super-estructurales. De hecho, hay autores que lo denominan *Neo-Marxismo*. Encontraría sus raíces epistemológicas en la influencia del pensamiento de Althusser y diversas interpretaciones de la filosofía de Hegel.

El autor que lo aplicó a la Antropología fue Godelier y sus representantes en Arqueología serían Tilley, Sahlins, Shennan, Shanks, Miller, etc. Dicha influencia se detecta en el hecho de que las explicaciones referentes a la estructura social son más complejas y en que la ideología se concibe como un factor activo en las relaciones sociales, otorgándole un papel importante en el origen de los conflictos-contradicciones internas motores del cambio histórico. Los autores encuadrados en esta tendencia suelen inclinar sus investigaciones hacia el mundo de las mentalidades, la interpretación de la simbología, etc.

En cuanto a las críticas que recibe, éstas se centran en que, pese a que algunos autores manifiestan el equilibrio entre la ideología y los demás elementos, otros extreman el valor que le conceden a ésta, llegando a ocupar el lugar opuesto al del Materialismo Vulgar. Esta preponderancia de la influencia ideológica se aproxima en ocasiones al determinismo y el idealismo. También es objeto de crítica la tendencia a asumir el relativismo de la corriente postmoderna en Arqueología y sus dudas acerca de la posibilidad de llegar a conocer el pasado.

b. La Arqueología Social Latinoamericana aparece también enmarcada en el Materialismo Dialéctico, pero al igual que en el caso de la tendencia anterior, posee señas de identidad distintivas: Se trata de un movimiento muy activo, que ha aportado novedades importantes al marxismo aplicándolo a la Historia en el plano teórico y en el práctico. Posee una enorme proyección sociopolítica por su alto grado de compromiso social (fruto de las circunstancias que vive el continente). El investigador, el arqueólogo, se ha convertido en un vehículo de la lucha social activa y de la lucha intelectual contra la influencia de la arqueología norteamericana.

La renovación conceptual mencionada arrancó en las diversas reuniones o encuentros de debate celebrados en las últimas décadas: El 39 Congreso Internacional de Americanistas, (Lima 1970), la Reunión de Teotihuacan y la de Oaxtepec (1975 y 1983), el Simposio de la Fundación de Arqueología del Caribe, (1984), etc. A través de ellos, se ha avanzado en la homogeneización teórico-conceptual del Materialismo Histórico contemporáneo y en la generación del debate necesario para mantener el marxismo activo y para actualizarlo. Los principales representantes de esta corriente son L. Lumbreras, L. F. Bate, M. Sanaoja, Vargas, Fonseca, Veloz, etc.

En general han recibido críticas por constituir un grupo de trabajo excesivamente teórico, pero se les reconocen sus aportaciones fundamentales: la sustitución del concepto clásico de Modo de Producción por el de "Modo de Vida", hoy día bastante asumido en la bibliografía marxista en Europa, la apuesta por la generalización del concepto de "formación social" frente al de Sociedad o Cultura para definir a los grupos humanos de cada período histórico, y la defensa constante del carácter social de la investigación arqueológica, generalizando la idea de que lo que el historiador (de cualquier período) debe estudiar es la sociedad (entendida como formación social, como comunidad de seres humanos) y no la cultura (entendida como el producto material e intelectual de la misma).

En cuanto a la evolución de la corriente epistemológica del Materialismo Histórico en general en nuestro territorio, podemos observar el auge que ha experimentado en las últimas décadas.

Según J.M. Vicent (1994 b), sorprende la escasa influencia del procesualismo frente al desarrollo del Materialismo de corte europeo, fruto quizá de la preponderancia que el Historicismo y el discurso etno-cultural tuvo en la época de Franco y la consiguiente necesidad de crítica y renovación de estos planteamientos.

A partir de los años 80, diversos arqueólogos e historiadores marxistas comienzan a desarrollar esta labor de crítica a la arqueología tradicional en España, constituyendo un grupo de trabajo teórico muy activo. Surge en determinados departamentos de Universidades, manteniendo una fuerte vinculación con el ámbito académico de sólo algunos centros, por lo que esta corriente no está aún, totalmente generalizada. Pero de su trabajo de investigación y reflexión teórica han surgido las principales líneas de renovación de nuestra arqueología.

Las principales críticas vertidas contra sus planteamientos específicos para la prehistoria peninsular han sido las siguientes:

- la constante confusión entre causalidad y evolución temporal en las interpretaciones históricas;
- teorías explicativas del cambio algo acientíficas en los métodos aplicados;
- excesiva dependencia del aparato técnico cuando no se posee un *corpus* teórico sólido que respalde el uso de esos instrumentos;

- la utilización de paradigmas tradicionales (difusionismo) e incapacidad de superar las lecturas "culturales" del registro arqueológico.

En definitiva, a juicio de Vicent, Roman, Lull y otros, sigue siendo necesario profundizar en la elaboración de una teoría crítica que permita formular propuestas serias de interpretación del proceso histórico y que reconozca e instrumentalice las implicaciones sociopolíticas que posee cualquier postura que se adopte cuando se trata de entender al ser humano.

EVOLUCIÓN DE LAS CORRIENTES DEL MATERIALISMO HISTÓRICO EN EL S. XX

AÑOS 30

Período de entreguerras
Polarización ideológica

Influencia del
Evolucionismo Multilineal de
G. Childe y L. White

AÑOS 50

Post-guerra y "Guerra Fría"
Reacción anticomunista en
Occidente
Defensa soviética de la
ortodoxia

Restricciones al avance de
la corriente a nivel
intelectual

AÑOS 60-70

Renovación conceptual en la escuela soviética tras la fase estalinista

Resurgimiento del marxismo en Francia e Inglaterra.
Escuela de Los Anales: L. Febvre, P. Vilar, F. Braudel y los conceptos de
estructura/coyuntura y tiempos de duración larga/corta
Historia Social: M. Godelier

Crítica al positivismo y al historicismo en Arqueología tradicional: coincidencias con
Nueva Arqueología y Antropología americana: Binford, Bartra.
Conflicto con estas corrientes por la disyuntiva entre conceptos de Cultura (N.A.) -
Sociedad (M.H.)

AÑOS 80-90

Caída del régimen soviético y crisis del marxismo ortodoxo
Eclecticismo epistemológico

Fusiones de conceptos entre corrientes: superación del economicismo dominante en
fases anteriores.
Revisión de la teoría marxista: equilibrio de factores económicos, sociales e
ideológicos en la construcción del modo de producción.

SUBCORRIENTES DEL MATERIALISMO HISTÓRICO

Marxismo Ortodoxo

Contexto e influencias:
Ortodoxia soviética

Autores:
Semenov, Klejn

Aportaciones: Economicismo en la interpretación del Proceso histórico

Materialismo Cultural

Contexto e influencias:
Desarrollo en EEUU,
Influencias del
funcionalismo
Referente: Obra de L.
White

Autores:
M. Harris, Vayde,
Rappaport
(Materialismo
Ecológico)

Aportaciones:
Cierta determinismo ambiental
Superestructura reflejo de la infraestructura
Importancia de los factores tecnológicos en la producción

Materialismo Dialéctico

Marxismo Anglo-francés

Contexto e Influencias:
Resurgimiento del
marxismo en Europa

Autores:
Godelier,
Friedman, Gilman

Aportaciones:
Relaciones dialécticas entre infraestructura y superestructura y valoración de las transformaciones en las relaciones técnicas de producción para explicar el cambio histórico

Marxismo Estructuralista

Contexto e Influencias:
Estructuralismo

Autores:
Trigger, Hurtado,
Vicent, Nocete,
Arteaga

Aportaciones:
Atención a elementos superestructurales, pero destacando la relación dialéctica constante entre las relaciones sociales de producción y las condiciones técnicas productivas

Arqueología Social

Contexto e Influencias:
Desarrollo especial en
Latinoamérica, con
influencia en Europa

Autores:
Lumbreras,
Sanaoja-Vargas

Aportaciones:
Concepto de Modo de vida y de Formación Social frente a sociedad/cultura/civilización. Implicación social del investigador

Neo-marxismo

Contexto e Influencias:
Evolución desde el
Marxismo Estructuralista,
Referencias a Godelier

Autores:
Tilley,
Sahlins,
Shenan,
Kristiansen,
Criado

Aportaciones:
Defensa de la ideología como factor activo en la determinación del modo de producción. En ocasiones, considerada ámbito donde se encuentra el motor del cambio histórico. Idea de que las estructuras dominantes en cada formación social se conocen por su proyección ideológica.



II. 2. EL ESTUDIO DE LA MENTALIDAD EN LA PREHISTORIA. UNA REFLEXIÓN SOBRE LOS ENFOQUES TEÓRICOS PARA LA INTERPRETACIÓN DEL MUNDO FUNERARIO Y SIMBÓLICO.

Según hemos expuesto en el apartado anterior, la vinculación expresa de esta tesis doctoral con el enfoque materialista no presupone, pese a todo, ninguna contradicción con su foco de atención: el mundo de las ideas de las sociedades de nuestra prehistoria reciente meridional.

Muy al contrario, nuestra pretensión, tal y como queda reflejada en el epígrafe de objetivos, es la de acercarnos a la interpretación de la estructura social de las gentes de los milenios IV y III a.C., pero a través de aquellas manifestaciones que nos hablan directamente de sus creencias y cosmovisión, no de las que manifiestan sus condiciones directas de producción.

Pese a la dificultad inherente a este empeño, de la que hablaremos más adelante, queremos exponer a continuación los argumentos que permiten abordarlo desde la óptica del materialismo histórico con garantías de obtener resultados contrastables y valorables, por tanto, a nivel científico.

Pero antes de entrar en la definición del marco conceptual que nos permitirá trabajar en este sentido, es imprescindible resumir los planteamientos de la corriente que ha influenciado y que aún hoy sigue interactuando con el materialismo, acrecentando las capacidades de análisis del neo-marxismo: la corriente postprocesual.

II. 2. 1. Enfoque Postprocesual: (neopositivismo y postmodernismo)

El estudio de la mentalidad y las creencias en la Prehistoria es uno de los campos que goza en los últimos decenios de mayor atención por parte de numerosos investigadores. Algunos han llegado a crear escuelas, como es el caso de los principales representantes de la corriente Postmoderna, (en terminología de J. Alcina Franch).

La denominada **Arqueología Cognitiva o Arqueología Simbólica**, liderada por I. Hodder, representa el *corpus* de reflexiones teóricas y propuestas metodológicas más influyente en este campo hoy día (siempre desde la óptica del neopositivismo).

Esta escuela es deudora de los principios conceptuales de la Nueva Arqueología y el Positivismo, aunque recoge las críticas vertidas sobre éstos desde los años 80 en adelante. C. Renfrew y P. Bahn, en su obra de 1993,

definen con claridad sus presupuestos y sus aplicaciones concretas a la Prehistoria. Según ellos, esta corriente se centra en el estudio de las formas de pensamiento del pasado, tomando como punto de partida los restos materiales de cualquier yacimiento y ha supuesto la recuperación del interés por los aspectos ideológicos en las sociedades del pasado, fundamentalmente en aquellas carentes de textos escritos en los que pudieran haber quedado plasmados.

La investigación sobre el modo en que el ser humano imaginaba lo sobrenatural y la forma en que sus prácticas culturales respondían a estas concepciones se fundamenta principalmente en los avances aportados por la Lingüística y la Semiología, así como del Estructuralismo en general.

Este último preconiza que la creación y la utilización de símbolos, una característica definidora del ser humano, se produce arbitrariamente, por lo que el estudio exclusivo de la forma del elemento simbólico representado no permite inferir su significado. Hay que saber cómo se utilizaba el símbolo y, para ello, es necesario analizarlo en su contexto.

Renfrew y Bahn no comparten el rechazo de los autores más estrictamente positivistas (Binford entre otros) a la validación científica de las interpretaciones sobre el significado de los símbolos y su aseveración de que son las acciones y no los pensamientos los que pasan a formar parte del registro material. Ellos defienden que: "lo que se encuentra en los yacimientos prehistóricos es, en parte, el resultado de los pensamientos e intenciones humanas" (C. Renfrew y P. Bahn, 1993, pag. 356).

Afirman igualmente que existe un "mapa cognitivo" o "mapa mental", es decir, una perspectiva concreta del mundo, en todas nuestras mentes, pues el ser humano no sólo actúa en relación a sus impresiones sensitivas, sino a su conocimiento del mundo real, que es el marco en el que interpreta las impresiones y les da significado.

Pues bien, una comunidad de personas que viven juntas, comparten una misma cultura, hablan una misma lengua, etc. poseen la misma visión del mundo, un mismo "mapa mental" compartido. (Casi literal de texto de la pág. 357). La expresión material de ese mapa suelen ser los signos (pintura, escritura) y también otros elementos de la cultura material, como edificaciones, adornos y vestimenta, ritos y ceremonias festivas, etc., todos ellos, multi-significantes. De ahí que se pueda defender que la mentalidad de diferentes colectivos humanos es interpretable a partir de los restos arqueológicos.

En definitiva, el estudio de los significados y la funcionalidad de los signos es complejo y está sometido a limitaciones que nos impiden acercarnos a la comprensión total del mismo, pero, pese a ello, podemos aproximarnos relativamente, sobre todo a través de los estudios sobre las relaciones entre los símbolos (del tipo que sean) y entre éstos y su contexto.

La Arqueología Cognitiva recoge, pues, algunos de los principios teóricos y metodológicos característicos de la *Arqueología Contextual*. Éste es el marco teórico referencial para el estudio de los significados culturales de los elementos materiales en Arqueología. Su principal valedor es I. Hodder, quien en su obra "Interpretación en Arqueología" de 1988 (citada edición de 1994) expone el surgimiento y desarrollo de esta corriente epistemológica y su validez y trascendencia actuales.

Su argumentación en defensa de este enfoque teórico parte de la crítica a las tres corrientes de las que surge, pero que este autor considera incapaces de ofrecer respuestas a la cuestión del significado: la *Procesualista*, con la Teoría de Sistemas al frente, la *Estructuralista* y la *Marxista*. I. Hodder explicita claramente su concepción de Arqueología Contextual cuando escribe que "independientemente de las preguntas que nos hagamos acerca del pasado del hombre, aunque sólo se refieran a la tecnología o economía, siempre intervienen marcos de significado" (I. Hodder, 1994, pag. 133).

Respecto a los métodos de identificación y análisis de contextos, (elementos necesarios para la interpretación del significado), aclara que hay dos tipos de contextos (entendiendo "contexto" como el conjunto de asociaciones y contrastes que afectan a un objeto de la cultura material): el estructural, referido al medio físico y al conjunto de relaciones establecidas entre elementos culturales en el momento histórico estudiado (sincrónico) y el temporal, referido al proceso de modificación entre dichos elementos secuenciados (diacrónico).

Finalmente, hace referencia al hecho de que la Arqueología Contextual vincula explicación con descripción, demostrando así que la descripción de casos concretos no es antagónica de la teoría y de la generalización (contextualismo no es sinónimo de particularismo), y que éstas deben ser entendidas también en el contexto en el que son producidas, estando sometidas a revisión y crítica permanentemente.

En definitiva, I. Hodder, en su obra ya mencionada, demuestra que los métodos de excavación e interpretación basados en la noción de contexto están ya muy avanzados. Partiendo de la idea de que el significado se construye mediante conjuntos estructurados de diferencias y del reconocimiento de la importancia del análisis crítico, afirma: "...que la información contextual procedente del pasado puede permitirnos entender significados funcionales e ideacionales. Por consiguiente, es posible reconstruir la Historia a largo plazo y contribuir así al debate en el marco de la moderna teoría social y en la sociedad en general." (I. Hodder, 1994, pag. 202).

Ahora bien, la aportación de la Arqueología Contextual y Cognitiva al estudio de la mentalidad, las creencias y su expresión simbólica se encuentra en la actualidad en el centro del debate teórico debido a las críticas vertidas contra sus planteamientos de base (ideológicos). Diferentes autores de la corriente marxista analizan los *pros* y *contras* de este enfoque al participar en el denominado "Debate Post-procesual".

B. Trigger (1995) centra dicho debate en la distinta valoración que las corrientes procesual y post-procesual hacen de la potencialidad de la Arqueología para interpretar los sistemas de creencias y pensamientos prehistóricos. Este autor considera positivamente algunas de las aportaciones del estructuralismo y de la Arqueología contextual, tales como posibilitar la apertura de nuevos campos de investigación y anular el dogmatismo positivista y del marxismo radical de los 60. Apuesta, así mismo, por explicar históricamente mediante la combinación de todos los factores (económicos, sociales e ideológicos) y por encontrar un punto medio entre los extremos del determinismo economicista de algunos autores materialistas y el del relativismo espiritualista que defienden autores como Stewards, Feyerabend o Preucel, etc.

Pero, por otro lado, se muestra crítico con el postmodernismo en otros aspectos: critica la falta de rigor científico de muchas de las interpretaciones idealistas en arqueología y pone de manifiesto las limitaciones de la reconstrucción del mundo de la mentalidad, pues coincide con Renfrew en que no podemos identificar los códigos significantes de los elementos de la cultura material prehistóricos, solo podemos acercarnos a ellos. Evidencia también los problemas de la aplicación de los métodos comparativos etnográficos (muy utilizados en Arqueología Contextual) y en las analogías que se establecen entre los resultados de éstos y las sociedades históricas (sobre todo las del Próximo Oriente, Egipto, Creta y Micenas).

En este sentido, hace una serie de reflexiones que juzgamos de gran interés a nivel teórico y que compartimos. Para él, es demostrable la existencia de regularidades y estructuras similares entre sociedades de un mismo tipo o nivel de organización social en todo el mundo, aunque cada "cultura" posea aspectos que la particularizan, y que éstos pueden llevar a los seres humanos que las conforman a traducir los universales sobre el sentimiento religioso (incluso los que afectan a su uso con fines coercitivos), con formas muy diversas, expresadas a través de diferentes símbolos. También afirma que podemos documentar en la historia de la Humanidad estructuras mentales e incluso construcciones ideológicas concretas (religión del poder en Egipto o el Confucionismo en China) que perduran durante milenios, manteniéndose activas incluso a través de sucesivas transformaciones coyunturales de tipo socioeconómico. Pero al tiempo, existen evidencias (en otros casos históricos) de que dichas transformaciones pueden afectar, si no al sistema de creencias dominante, sí al conjunto de elementos materiales con el que éste se expresa. Consecuentemente, los *items* arqueológicos relativos a la ideología y la mentalidad son siempre polisémicos y están siempre sometidos a cambios de interpretación, incluso dentro de un mismo e inalterado orden ideológico.

En definitiva, para este autor y otros muchos, la corriente postprocesual ha aportado algunos beneficios a la investigación arqueológica, tales como considerar la cultura material una expresión, además del modo de organización de la economía y las relaciones de producción, de la organización social, las costumbres, los ritos y creencias, añadiendo nuevos campos de estudio como la etnicidad, la situación de género, etc. a los ya

existentes. Ha permitido otorgar la necesaria relevancia en la interpretación histórica al papel de la ideología y la mentalidad como vehículos de construcción social: los seres humanos no sólo responden ante los problemas de supervivencia o de organización y desequilibrio interno con cambios en la tecnología, los sistemas de producción, los regímenes de propiedad y la ideología política. También lo hacen construyendo sistemas de creencias y prácticas simbólicas. Las transformaciones en dichos sistemas se encuentran igualmente implicadas en los procesos de cambio histórico.

G. Childe expresaba la importancia de los factores ideacionales en toda formación social con la siguiente frase: "El ser humano no se adapta al mundo real, sino que lo modifica para que sea como él imagina que debe ser el mundo". (G. Childe, 1956, p. 79).

Ahora bien, el peso que tenga cada conjunto de factores (económico, social político o ideológico) en el proceso de cambio de una sociedad, depende siempre de las condiciones en que se produce dicho cambio, de las razones que lo motivan y de las características de la misma, porque a pesar de todo: "...los seres humanos construyen su propia historia..., no bajo las condiciones elegidas por ellos mismos, sino bajo las directamente dadas y transmitidas por el pasado..." (K. Marx, 1869 –citada edición de 1984-).

Junto a las valoraciones ya enunciadas, recogemos ahora las principales críticas a esta corriente referidas al ámbito de la ideología subyacente a la misma, según J.M. Vicent.

Para él, "...toda propuesta de las CCSS es implícitamente o explícitamente la expresión de una forma específica de conciencia social" (J.M. Vicent, 1990, p. 105), por lo que está vinculada con un conjunto de valores éticos y con un concepto de la realidad sociopolítica definidos. "Puede ser verdadera o falsa, como cualquier otra propuesta científica, pero siempre va a tener implicaciones sociales en el presente"... "de tipo conservador, reaccionario, o de tipo progresista, reformista o revolucionario, en función del sistema de valores movilizado y de su proyección social, de quién sea el sujeto que la elabore y de sus intereses" ((J.M. Vicent, 1990, casi literal de p. 105).

Por ello, considera de vital importancia que la crítica en el debate postprocesual haya permitido profundizar en el alcance de la influencia ideológica del neopositivismo en Arqueología.

Según Vicent, el exponente más claro de dicha influencia es el representante de la corriente contextual, I. Hodder, a quien considera un arqueólogo conservador, por cuanto sus planteamientos sobre la teoría y la práctica arqueológicas se constituyen en realidad (pese a que él aparenta criticar el neopositivismo) sobre los aspectos verdaderamente criticables del mismo: centra la problemática de las CCSS en general en los términos de la dicotomía entre objetividad y subjetividad (un problema epistemológico) en lugar de hacerlo en términos de teoría y práctica social (un problema ético), con lo que niega las implicaciones sociales del trabajo del historiador-arqueólogo.

En su reflexión sobre la objetividad y la subjetividad, obvia una de las cuestiones fundamentales que la crítica postprocesual ha puesto de manifiesto sobre el neopositivismo: su vinculación con la teoría sociológica

de M. Weber (a través de la interpretación funcionalista de Talcot Parsons y su escuela) y su fundamentación en los principios epistemológicos de las CC Naturales, para así producir interpretaciones del orden social supuestamente "científicas" y protegidas del dominio de los "valores", propio, según ellos, de las CCSS. Hodder se hace eco de este pretendido "cientifismo", a través del principio de la contextualización. Niega también la Historia universal, en la línea de Popper y su crítica al marxismo, con el único argumento de que la generalización de procesos históricos a gran escala implicaría la negación de la "libertad individual" de elección, otra evidencia clara de su carácter conservador a nivel ideológico.

En resumen, Vicent llama la atención sobre la tendencia detectada en los últimos años a que los planteamientos del neopositivismo, más o menos encubiertos en las corrientes postmodernistas, se estén convirtiendo en paradigma dominante al desplazar a los de la arqueología conservadora tradicional.

II. 2. 2. Enfoque Neomarxista:

Como pudimos comprobar en los apartados anteriores, una nutrida representación de autores marxistas aborda, desde hace unos años, la cuestión del estudio de la ideología y la mentalidad religiosa de las sociedades prehistóricas desde un punto de vista materialista, llegando a constituir una auténtica subcorriente de investigación dentro del Materialismo Histórico.

Los presupuestos que comparten los autores que mencionamos al hablar del Neomarxismo son los siguientes:

En primer lugar, la separación que la tradición marxista establece entre estructura y superestructura o entre las tres estructuras (económica, social e ideológica) es sólo un recurso, una categoría de análisis. La ideología no es un mero "epifenómeno" derivado de las condiciones de producción, sino una de estas condiciones.

En segundo lugar, los elementos de cultura material que estudiamos los arqueólogos son productos sociales, pero también expresiones de dicha sociedad, de alguno de los aspectos que la caracterizan a cualquier nivel, ya sea económico, de relación social entre grupos o de creencias y representación mental del mundo. No existe una "cultura inmaterial". "El pensamiento actúa siempre sobre las relaciones sociales desde su materialidad, desde su apoyo en los hombres que lo crean y lo utilizan y desde su concreción en los productos que llegan físicamente hasta nosotros". (J. A. Cámara Serrano, 2001, p.9).

El conocimiento de cualquiera de los aspectos de la realidad social no puede separarse de los demás, sean éstos tecnológicos, sociológicos, ideológicos u otros.

Según K. Kristiansen (2003), la institucionalización en una formación social de la tradición y el significado se traduce normalmente en objetos

materiales y ritos, existiendo una estrecha relación entre las formas y los significados. Ello ayuda a determinar las regularidades, las pautas que gobiernan el mundo ritual. De esta forma, la dimensión del análisis funcional-sistémico se puede añadir a la del análisis estructural-simbólico, sin por ello desvirtuar el esquema materialista.

La defensa del análisis del papel desempeñado por la estructura ideológica en las sociedades prehistóricas se fundamenta en diversas consideraciones: Toda organización social, se organice conforme a uno u otro esquema, posee siempre una ideología, o incluso varias, relacionadas entre sí en términos de convivencia más o menos jerarquizada (una de las ideologías suele ser la dominante). La ideología no es más que el conjunto de ideas diseñadas para comprender racional o irracionalmente el mundo y así poder controlarlo.

Toda comunidad de seres humanos elabora una concepción definida de ellos mismos (su identidad individual, colectiva, su función en el mundo), de la sociedad que conforman (su forma, estructura y normas de funcionamiento) y del universo que los rodea (su origen, las fuerzas que lo mueven, las causas de los fenómenos naturales, etc.).

Según Therborn (1987), la ideología puede clasificarse como de *pertenencia* (al mundo y a una comunidad) y de *posición* (lugar que se ocupa a nivel individual dentro de un grupo y como grupo dentro de una sociedad). Así pues, ejerce siempre de elemento de cohesión grupal y permite el mantenimiento de los sistemas de autoorganización, porque les da sentido.

Pero como decíamos anteriormente, la ideología es una de las condiciones de las relaciones sociales de producción. "Toda relación social contiene en sí un elemento mental que constituye una de las condiciones de su formación" (P. Scarduelli, 1988, p.98). En función de cuáles sean estas relaciones, así la ideología cumple una u otra función como factor de estabilización y ordenación de las mismas.

En una sociedad de clases (jerarquizada y construida sobre la desigualdad entre los miembros de diferentes grupos, en la que dichos grupos poseen un acceso desigual al poder que distribuye los bienes y servicios desequilibradamente, dando lugar a los privilegios y a la explotación de unos grupos por parte de otros), la ideología dominante es la que beneficia a la clase alta, pues se impone como un elemento más de las relaciones de poder para justificar y mantener el orden establecido. Es un producto, una condición y una expresión del modelo de organización social dominante. Por ello, es fundamental llevar a cabo un análisis histórico de sus características y función en el caso de las sociedades de nuestro pasado más remoto: es un elemento imprescindible para conocer, por medio de hipótesis interpretativas, sus modos de vida.

En el caso de las primeras sociedades jerarquizadas, este aspecto del análisis de su estructura organizativa es aún más crucial si cabe, pues posee una enorme potencialidad explicativa. Las relaciones de clase con

explotación estarían ya presentes en las formaciones jerarquizadas incipientes, según autores como J. A. Cámara (1998, 2001), F. Nocete (1995 y 2001), y otros, aunque se articularan conforme a mecanismos diferenciados de los de la sociedad capitalista (utilizan el concepto de clase social para referirse a los grupos entre los que existen relaciones de explotación y de resistencia a la misma aunque no exista conciencia de ello a nivel global. Esta concepción se basa en el pensamiento de G.E.M. Ste. Croix (1988) y E.C. Wright (1993).

Por lo tanto, en la comprensión del proceso por el cual estas clases dominantes llegaron a existir, es revelador el propio proceso de cambio que siguió la mentalidad de las sociedades desde el Neolítico. Las evidencias arqueológicas que pueden remitir a las formas de pensamiento de las comunidades aldeanas pueden aportar datos importantes acerca de la configuración de las relaciones de poder y dominación que se estaban generando en su seno.

También hay que tener en cuenta que la ideología, al tiempo que expresa una realidad social determinada, es un instrumento manipulable de forma intencional. Puede servir a unos intereses de grupo o clase, como son la legitimación de la explotación y el control diferencial de los recursos "sociales" y la concienciación de los explotados de que la situación que viven es necesaria o inamovible o la mejor de las posibles o que ni siquiera es real, evitando con ello las tendencias a la transformación social que generan los desequilibrios internos del sistema.

Para Cámara, el ritual funerario es una expresión de una determinada forma de pensamiento a la que la arqueología puede acercarse para conocer la ideología que subyace a los mismos porque "...todo producto social es susceptible, como cultura, de ser utilizado ideológicamente en la lucha social... Los elementos culturales son usados ideológicamente en las manifestaciones rituales" (J.A. Cámara, 2001, p. 19).

Es igualmente importante no olvidar que en todo sistema social con una ideología dominante existen contra-ideologías o formas de pensamiento alternativas (más o menos explícitas y organizadas) que entran en conflicto con la primera y que en ocasiones, son igualmente utilizadas por el poder para contener tendencias revolucionarias, reformulando las críticas que éstas puedan verter contra él.

Por todo esto, podemos concluir que el estudio de las manifestaciones materiales de la ideología y la mentalidad es complejo y requiere del rigor y la claridad teórica que aporta el pensamiento marxista, cualidades que permiten a nuestro juicio y el de otros autores ya mencionados, profundizar en ella, indagar sobre sus orígenes y características y deducir de la misma cuanto sea posible (dentro de las innumerables limitaciones por todos ya conocidas) para comprender el modo de vida de las primeras comunidades aldeanas jerarquizadas y el de las demás comunidades de seres humanos de cualquier época y lugar.

EL ESTUDIO DE LA MENTALIDAD EN PREHISTORIA

OBJETIVO

El estudio de las formas de pensamiento en el pasado a partir de los restos materiales de cada formación social

Afrontado desde diversas perspectivas

Enfoque postprocesual: Arqueología Cognitiva

Planteamiento:

El ser humano actúa, además de por otras motivaciones, en función de su percepción de la realidad (mapa mental colectivo).

El registro de su actuación responde también a dicho esquema mental.

Ámbito de estudio:

La interpretación de los símbolos.

Influencia marcada del estructuralismo y la lingüística (semiótica)

Método de trabajo:

Inferir significados a partir de los significantes a través del análisis del contexto arqueológico: deducir las relaciones entre los materiales producidos en un determinado contexto.

El "análisis contextual de significados" sirve tanto de marco temporal como estructural para una valoración crítica de diferencias y especificidades.

Se centra en el primer nivel de la interpretación arqueológica (la identificación) más que en la explicación procesual.

Críticas a la ideología neoliberal subyacente y por la tendencia al relativismo conservador.

Enfoque materialista: Neomarxismo

Planteamiento:

La mentalidad abarca la ideología y se encuentra en el ámbito de la superestructura en el esquema de organización de toda formación social. Es un aspecto más de las condiciones de producción y de vida.

Los elementos de cultura material pueden expresar, por tanto, también la mentalidad, por ser productos derivados de cualquiera de las actividades humanas del ámbito de la producción y la organización social y política. El pensamiento se puede rastrear desde una óptica materialista.

Ámbito de estudio:

La ideología en concreto y la mentalidad en general.

El análisis estructural simbólico no se reduce a los objetos y no debe concebirse particularmente, sino como parte del análisis estructural del "todo" que es el modo de producción/vida.

Método de trabajo:

Determinación de regularidades, no de especificidades.

Estudio del significado y el pensamiento en el marco de los procesos históricos: ideología y religión como formas de expresión de una realidad que no sólo materializa concepciones sobre el mundo, sino que las construye, las manipula y las utiliza para sustentar intereses de clase.

Opción escogida para el presente trabajo de tesis doctoral:

Teniendo en cuenta la enorme complejidad que presenta la teoría de la investigación en la arqueología contemporánea, resulta difícil adscribirse a una corriente de investigación sin precisar una mayor o menor cercanía a los presupuestos de sus diferentes subcorrientes y sin precisar los matices que puedan existir. Tampoco sería positivo, una vez escogido un enfoque, asumir un cuerpo cerrado de planteamientos teóricos que puedan limitar la necesaria flexibilidad con la que creemos se debe afrontar cualquier acercamiento a la realidad histórica.

Así pues, y partiendo de la elección del enfoque del materialismo histórico para el desarrollo de esta investigación, consideramos oportuno manifestar que asumimos del materialismo dialéctico el rechazo a los determinismos (ya sean de carácter económico o de cualquier otro), la concepción de las relaciones dialécticas entre los factores económicos, sociales e ideológicos en toda comunidad histórica y la tesis de que el motor de los cambios históricos es el desequilibrio interno y la conflictividad generada, en ocasiones, en el seno de las comunidades sometidas al mismo.

Pero también entendemos, como lo hacen los partidarios del neomarxismo, que algunas de las aportaciones del estructuralismo pueden ser de utilidad para la comprensión de nuestro pasado remoto. En concreto, el método de análisis comparativo posee una especial relevancia si se pretende lograr inferencias a partir del registro arqueológico, así como la atención (que no preponderancia) concedida a los aspectos simbólicos que forman parte del entramado ideológico de toda organización social.

La mentalidad, su estructura y su transformación, así como su relación de interinfluencia con otros aspectos de la vida social, tiene un peso específico en los procesos de cambio de cualquier sistema. No obstante, su análisis debe realizarse en conexión con la estructura económica y social para evitar caer en posicionamientos pseudoidealistas.

En lo referente al relativismo epistemológico que, procedente de las corrientes postmodernas, es asumido por algunos investigadores neomarxistas, creemos que es una apuesta cómoda, pero poco consistente. Consideramos más aceptable mantener permanentemente una posición de flexibilidad, una actitud abierta, incluso a posibles modificaciones de planteamientos previos (si las evidencias resultantes de la investigación invitasen a ello), pero sin perder la claridad conceptual y la coherencia necesarias en todo trabajo científico. V. Oliveira Jorge (1999), con quien compartimos este punto, propone entender ese relativismo como expresión tan sólo del pluralismo, en aras de la autocrítica y del diálogo a nivel teórico. Defiende que "...hay varios tipos de racionalidad, que puede haber varios tipos de ciencia, que existen ciertamente varios tipos de legitimación de los conocimientos y las técnicas.....sobre los que un científico debe "reflexionar" con la modestia de ser apenas un ciudadano entre muchos y no con la soberbia de poseer la verdad" (V.O. Jorge, 1999, p. 147).

Cualquier afirmación tajante desde el conocimiento es reduccionista y limita nuestra capacidad para comprender la complejidad de lo que nos rodea. Por ello, este autor propone que seamos conscientes del relativismo que acompaña a toda corriente de pensamiento y que intentemos que se trate de un "relativismo progresista" (término del sociólogo Boaventura Sousa Santos), que movilice, que abra el debate y fomente las influencias y no de una postura de indefinición. En sus propias palabras "...aceptar la relatividad de los puntos de vista es aceptar que no hay uno que esté por encima de los otros, que los aglutine,....eso sería tendenciosamente dogmático. Es rico... el sistema que comporta una gran heterogeneidad interna con relativa autonomía de cada subsistema (de pensamiento) y una capacidad de confrontarse con los demás. Este relativismo científico, así entendido no se puede confundir con el relativismo vulgar del "todo vale"; este último sería apenas la cara oscura del dogmatismo" (V.O. Jorge, 1999, p. 149-150).

El marco teórico actual de la arqueología refleja esa heterogeneidad que Víctor Oliveira Jorge considera importante. La multiplicidad de los puntos de vista enriquece el trabajo arqueológico y le confiere pluralidad, siendo crucial que cada investigador realice una reflexión constante para ser coherente con la postura elegida y ejerza una constante autocrítica, ampliando conocimientos, verificando las hipótesis o negándolas, según proceda. Coincidimos con él cuando afirma que esta actitud no es relativizante o subjetivizante sino la actitud propia de la racionalidad científica, que pasa por el protocolo de la prueba y la discusión permanente.

Siguiendo esta línea de argumentación, consideramos necesario hacer una reflexión más sobre el concepto de subjetividad y objetividad en lo concerniente al conocimiento científico. Creemos, junto a autores como J. de Alarçao (1999), que el conocimiento, sea del tipo que sea, posee historicidad, en la medida en que es producido por personas concretas en un contexto sociocultural concreto y conforme a los conceptos apriorísticos que conforman los modelos globales de inteligibilidad de lo real en dicho contexto. Pero esta historicidad no es necesariamente asimilable a la subjetividad. La distinción fundamental que afecta a la investigación histórica es la establecida entre el conocimiento objetivo y el conocimiento verdadero. La objetividad no implica veracidad y es de esta última de la que no podemos responder.

Según el autor antes mencionado, "Un conocimiento objetivo es un conocimiento argumentado, una conjetura que sobrevive a la refutación y reúne el consenso de la comunidad científica.....debe ser justificable, independiente del capricho personal. Una argumentación será objetiva si puede ser sometida a prueba y comprendida por todos...El conocimiento objetivo se construye socialmente." (J. de Alarçao, 1999, p. 139-140).

Así pues, sería lícito plantear la búsqueda de respuestas objetivas desde la investigación de las Ciencias Sociales y por tanto, de la Arqueología, tal y como pretende la corriente marxista.

Desde esta óptica también se plantea la posibilidad de encontrar regularidades, elementos comunes en los niveles estructurales y en el

devenir de los procesos de cambio histórico que afectaron a diferentes sociedades de áreas geográficas distintas y cronologías variables.

Esto no implica que las regularidades a las que hacemos mención sean necesariamente extrapolables a todas las formaciones sociales del planeta, ni que ello conduzca a la enunciación de "leyes" generales de comportamiento, como pretendían los exponentes de la Nueva Arqueología. Al contrario, las similitudes detectables responden normalmente a la aplicación de un esquema de análisis metódico y organizado a todas ellas, además de a la innegable equivalencia de las respuestas humanas ante los problemas en cualquier contexto y situación. Pero abren la puerta a la posibilidad de la comparación y de una mejor comprensión de los procesos globales, lo cual, incrementa la potencialidad de los estudios realizados.

En este sentido, compartimos con K. Kristiansen (2001) la idea de que un enfoque epistemológico generalista permite buscar e identificar esas regularidades de acuerdo con una concepción global de la teoría social. Es una necesidad de las CCSS el emplear categorías teóricas generales que permitan ser al tiempo referente y voz crítica del presente, pese a la base subjetiva del conocimiento histórico.

El último aspecto en el que cabría detenerse para aclarar la postura escogida a nivel epistemológico en esta tesis es el papel que juega la decisión personal en el desarrollo de los procesos históricos. El marxismo más ortodoxo no acepta que la voluntad individual sea un factor a tener en cuenta en el análisis estructural (aunque sí en el coyuntural).

Sin embargo, la capacidad para tomar decisiones (con los márgenes de libertad que cada situación socioeconómica e ideológica permita) es una característica definitoria del ser humano, y por tanto, de su existencia en sociedad. La capacidad de decisión de grupos de interés o determinados colectivos sí pudo, a nuestro entender, estar presente en el desarrollo de procesos de cambio histórico de mayor o menor duración y trascendencia.

Por otro lado, siguiendo los planteamientos de la corriente de la Arqueología Social Latinoamericana, creemos que nuestro cometido como historiadores es desentrañar las características de los "modos de vida" de las gentes de la prehistoria reciente y que para ello, es fundamental recurrir al concepto de "formación social", definible como el sistema de relaciones generales y fundamentales de la estructura y causalidad social, entendida como una totalidad: la base material y la superestructura en un espacio y un momento concretos.

En este trabajo de investigación, hablaremos de *grupos* cuando nos refiramos a conjuntos de personas con características similares derivadas de sus condiciones de vida (clase o grupo), de *comunidad* al referirnos a un conjunto de grupos sociales que comparten un mismo espacio vital y que se encuentran integradas en el mismo sistema y de *formaciones sociales* cuando mencionemos a un conjunto de comunidades que, aún viviendo en diferentes lugares, forman parte de un sistema mayor de relaciones de complementariedad o subordinación que les otorga vinculaciones de diverso

tipo: estructura macroeconómica, organización política supracomunitaria e identidad grupal definida y por tanto, diferenciada de otras.

Además de los planteamientos conceptuales más relevantes de esta corriente de la arqueología social o radical, consideramos fundamental recoger sus principios: la apuesta por entender la arqueología como una ciencia que "produce conocimiento sobre la sociedad" a partir del estudio de los restos materiales de determinadas sociedades para transformar, para promover el compromiso con unos valores humanos consensuados y para activar la crítica al orden establecido en clara actitud alternativa a la de la aceptación (conservación) del mismo que preconizan las demás posturas (J.M. Vicent, 1990).

Para Vicent, la apuesta marxista en arqueología (y en Historia) es la del ejercicio de una praxis radical, opuesta a la procesual por un lado, (positivismo-neopositivismo) y a la idealista y subjetivista del postmodernismo, por el otro. Ma^a Paz Román (1996) se adhiere a esta opinión, asumiendo que cualquier postura epistemológica puede tener implicaciones políticas y sociales. La Arqueología es para ella un proceso cognoscitivo que, al tiempo, es acción social. Compartimos estas premisas con ellos, así como la de la utilidad que tiene el empleo del concepto de "lucha de clases" (incluso en la prehistoria) para poder con ello entender cualquier sistema social como el resultado de los conflictos y relaciones de equilibrio y desequilibrio entre grupos humanos con distintos intereses. (J. M. Vicent, 1990). Y cuando el análisis histórico se orienta hacia el problema de la explotación y la división social, se puede proceder a un análisis de clase (J. M. Vicent, 1995).

Así, la elección del materialismo histórico como enfoque epistemológico responde también a consideraciones éticas. En nuestra opinión, todo esquema conceptual de explicación –comprensión de la realidad–, sobre todo si ésta se refiere a cualquier sociedad humana, lleva implícito un concepto ético del ser humano. La ética está en la base de la ideología y ésta guía el tipo de preguntas que le hacemos los historiadores a la realidad que observamos y el tipo de respuestas que obtenemos. Por ello, escoger un marco conceptual en el que la dimensión ética del concepto de ser humano y de sociedad sea explícita posee a nuestro entender una gran relevancia.

El fin de la investigación científica debiera ser aportar al mundo actual herramientas de análisis crítico que permitan construir un futuro mejor. La investigación en el campo de las ciencias sociales posee esa función social todavía más acentuada y los arqueólogos, como investigadores del pasado, tenemos la responsabilidad de trascender con nuestro trabajo nuestro propio tiempo y construir positivamente el que está por llegar.

No obstante, no pretendemos que el aspecto ético de esta elección funcione como un prejuicio sobre la realidad que se pretende analizar, sino sólo como una guía en el proceso de opción que cualquier científico hace sobre qué, por qué y para qué estudiar.

En resumen, consideramos que el materialismo histórico proporciona un punto de partida (presupuestos éticos) y un conjunto de herramientas intelectuales, tanto a nivel conceptual como en el método de análisis, muy válidas para afrontar una investigación sobre nuestro pasado. Las aportaciones que muchos otros autores han hecho antes que nosotros son referentes de su efectividad y abarcabilidad, así como las enormes posibilidades que ofrece para la interpretación histórica, pese a los matices y limitaciones ya comentados.



II. 3. METODOLOGÍA

II. 3. 1. El papel de las llamadas "Teorías de Alcance medio":

Hemos comentado anteriormente que nuestro propósito para esta investigación es acercarnos a la realidad, al modo de vida, de las comunidades y formaciones sociales aldeanas del sur peninsular, lo cual requiere de un esfuerzo de interpretación global, de la generación de un modelo explicativo de gran alcance, tanto a nivel espacial como temporal y de carácter eminentemente teórico. Pero para llegar a la formulación de explicaciones globales, antes es necesario elaborar explicaciones parciales, de cada uno de los aspectos constitutivos de la estructura social de estas formaciones sociales y de su transformación.

Dado que el aspecto concreto que hemos escogido como punto de partida para este trabajo son las manifestaciones funerarias megalíticas, será el mundo de la ideología y las creencias el que focalice la investigación en primer término (claro está que sin desestimar sus interrelaciones con la producción, el intercambio, etc.). Para acercarnos al ámbito de la ideología en la prehistoria con suficientes garantías de credibilidad, la mejor estrategia es la utilización de la metodología elaborada para las diferentes "teorías de alcance medio" (B. Trigger, 1995).

No obstante, presentamos solamente una síntesis de sus planteamientos de partida, sin intención de exhaustividad y sólo a modo de introducción, para explicar nuestro posicionamiento.

Las denominadas *Arqueología de la Muerte* y *Arqueología Espacial* son las más adecuadas para alcanzar esta meta, poseyendo cada una un cuerpo teórico y metodológico elaborado con suficiente especificidad como para ofrecer las herramientas necesarias en el análisis de las variables que nos ocupan.

La investigación sobre los procesos de expresión de la mentalidad se inició en los años 60 del s. XX, pero fue rápidamente abandonada por los arqueólogos anglosajones (exceptuando los esfuerzos de C. Renfrew y Cherry (1986) con su teoría del "*Peer-Polity Interaction*"). Por tanto, la comprensión teórica del cambio y la persistencia de elementos en la esfera de la ideología ha estado menos desarrollada que la de las transformaciones socioeconómicas hasta los últimos años, en los que se ha producido un incremento considerable de la investigación en este campo de la mano de la Arqueología Contextual y otras corrientes postprocesuales.

La Arqueología de la Muerte, apoyada en otras disciplinas, como la Etnoarqueología, proporciona el marco teórico y metodológico más completo para abordar esta tarea, pero requiere (a juicio de numerosos autores como B. Trigger, 1995, J. O' Shea, 1981, etc.) el establecimiento de unos parámetros de rigor que impidan las extrapolaciones sin la adecuada reflexión previa y que nos mantengan alerta frente a la idea de la continuidad de las estructuras de pensamiento a lo largo del tiempo y a su traducción automática en manifestaciones materiales.

Este tipo de estudios requiere de la combinación de diferentes disciplinas para poder realizar un análisis exhaustivo de los contextos arqueológicos. Sólo así se puede abordar el estudio diferenciado de las regularidades y de las particularidades de cada sistema de pensamiento de las comunidades prehistóricas. Los resultados de las investigaciones deberían huir del relativismo (en el sentido en el que lo definimos anteriormente) y tender siempre a ser evaluables, comprobables en algún nivel, para marcar con claridad la distinción entre Arqueología y fantasía (cuestión que en algunos estudios no queda del todo definida).

B. Trigger (1995), entre otros, apuesta por el continuo desarrollo y fortalecimiento de los fundamentos de estas teorías de alcance medio, pues aunque nunca nos permitirán alcanzar el significado original de los objetos arqueológicos, sí nos pueden acercar un poco más a él y ayudarnos a abrir nuevas vías de interpretación. Pese a sus enormes limitaciones, aportan un método de trabajo que contribuye a suavizar las siempre presentes influencias del medio sociocultural que afectan a toda investigación.

II. 3. 2. La Arqueología de la Muerte:

a. Consideraciones generales:

Para afrontar cualquier estudio sobre yacimientos funerarios es hoy día imprescindible la aplicación de los presupuestos de la Arqueología de la muerte.

Formular una interpretación histórica sobre la formación de la estructura social de las comunidades campesinas es mucho más factible tomando como punto de partida la teoría de que los restos funerarios son, en toda sociedad humana, una forma de expresión de sus concepciones simbólicas y de su pensamiento y un reflejo indirecto del sistema de relaciones sociales dominante en ella.

Este enfoque es complementario de otros, como el del análisis de distribución espacial de asentamientos y de organización de redes de comunicación e intercambio, de explotación de suelos y materias primas, etc., pero posee una especial importancia en sí mismo al facilitar nuestro acceso a uno de los ámbitos de interés universal: el impacto de la muerte en una organización social y la forma en que ésta la afronta, la supera y la utiliza.

El estudio de esta cuestión sufrió a mediados de los 80 y durante la década de los 90 un resurgimiento importante, debido al incremento de la producción científica y al desarrollo del cuerpo de teoría que sirve aún hoy de referente para todo estudio del comportamiento funerario. La obra fundamental que posibilitó este auge fue la publicada por R. Chapman *et al.* (Edt.) en 1981, en la que numerosos autores anglosajones ofrecieron valiosas aportaciones. Ya en la fecha en que salió a la luz, Chapman y otros mencionaban el considerable avance que estaba suponiendo la incorporación de la semiótica al estudio arqueológico, los análisis de paleo-ADN y de paleodietas, las reconstrucciones de rituales funerarios y la interpretación en clave simbólica de los espacios sepulcrales y su localización espacial en función del espacio ocupado por los vivos, así como las inferencias etnoarqueológicas, que (pese a todas las reservas y precauciones con las que hay que utilizarlas) estaban abriendo nuevas posibilidades interpretativas no contempladas hasta ese momento.

Desde que L. Binford (1968, 1971) generalizara el empleo del método científico y la concepción procesual en el estudio de las manifestaciones funerarias prehistóricas, tanto él como otros muchos, entre los que podemos citar a autores de la Nueva Arqueología, a funcionalistas como Renfrew o el propio Chapman, neomarxistas como Shennan y diversos representantes de la Arqueología cognitiva o simbólica, han advertido de las bondades y posibilidades de la Arqueología de la Muerte, completando su *corpus* teórico y aplicándolo con buenos resultados.

Pero también han puesto de manifiesto sus deficiencias y las precauciones que han de observarse a la hora de emplearla para la interpretación arqueológica:

- Las principales dimensiones de un individuo a nivel social, tales como la edad, sexo, vínculos familiares y grupales, estatus o rango económico o ideológico, etc. suelen representarse a través de aspectos como la posición del cadáver, su orientación espacial, la relación entre éste y el espacio funerario que lo alberga, los objetos de ajuar que lo acompañan, las ofrendas funerarias depositadas antes, durante y después del rito de enterramiento o de preparación del cadáver, etc. Un análisis detallado de estas variables puede aportar datos fundamentales.
- Pero también es posible que no queden restos de algunas de estas prácticas, bien por no manifestarse físicamente con intención de perduración (como demuestran estudios realizados por Hunter, 1975 o por O'Shea, 1981, con presupuestos etnográficos), bien por haber desaparecido, fruto de procesos postdeposicionales, o incluso porque la interpretación de los restos materiales constatados en la excavación responda a otras premisas diferentes. Diversos estudios antropológicos apoyan esta última argumentación, como los efectuados por W. L. Ratje (1979) sobre los cementerios de los Mexican de Tucson (sociedades con estatus) en los que las diferencias de tamaño de las tumbas y de riqueza de los ajuares dependían de la causa de la muerte y no de la posición social de cada individuo.

- Por otro lado, los ritos funerarios y los *items* empleados en ellos, aún encajando dentro de un esquema general más o menos común a todas las sociedades humanas, no tienen que ser necesariamente similares. Las diferencias cronológicas, geográficas y sobre todo, de tipos de organización social establecen distinciones palpables entre formaciones sociales. No es conveniente hacer extrapolaciones de resultados ni establecer conclusiones por analogía, mecánicamente. Es más, los mismos *items* funerarios o simbólicos pueden haber poseído significados distintos y haber sido empleados en ritos diferentes en distintos momentos históricos. Las comparaciones y las analogías se podrían establecer por el hecho de existir regularidades en el comportamiento funerario y en los esquemas de mentalidad e ideológicos entre determinadas sociedades, pero siempre con precaución y rigor.

Las limitaciones son grandes y merman la capacidad para deducir del mundo funerario rasgos relativos a la estructura social e ideológica, como advierte J. O'Shea, (1981), pero tanto este autor como otros muchos ya citados (K. Kristiansen, 2001, por ejemplo), siguen esforzándose por buscar las líneas comunes de evolución de los cambios del sistema de manifestaciones funerarias prehistóricas, comprobando la existencia de dichos rasgos comunes en varios estudios de casos concretos (comunidades indias de Norteamérica con jefaturas, los Yuko, los Yoruba de Nigeria, etc.), y siendo optimistas con respecto a la potencialidad del método de la Arqueología de la Muerte.

b. Aportaciones de la Arqueología de la Muerte al análisis de las diferencias sociales en las primeras sociedades campesinas jerárquicas:

En el presente trabajo, el principal objeto de la aplicación de los presupuestos de esta teoría de alcance medio es determinar la existencia de diferencias sociales (su momento de origen y la evolución del proceso) en el seno de las primeras comunidades campesinas. La determinación del "rango" a través de los vestigios funerarios es una de las cuestiones que más estudios genera. Éstos se abordan empleando diferentes líneas de investigación:

- El estudio de la *inversión de esfuerzo-trabajo* (o energía) en la construcción de tumbas y en la realización de rituales funerarios es una de ellas desde que L. Binford (1971) y J.A. Tainter (1973, 1975 y 1978) comenzaran a aplicarla. Según estos autores, cuanto mayor sea el tamaño -esfuerzo constructivo- de una tumba, mayor debiera ser el estatus de los enterrados en ella (en términos generales). Esta hipótesis se sigue empleando por parte de algunos autores en la actualidad, aunque implica en ocasiones interpretaciones simplistas y mecanicistas y en algunos casos puede conducir a confusiones entre los diferentes niveles de estatus de los individuos de un grupo y los criterios por los que se establece dicho estatus. Nosotros prestamos atención a las diferencias de tamaño entre tumbas dolménicas, pero no entramos en

este trabajo a valorar cuantitativamente la inversión en ritual efectuada para cada dolmen o conjunto dolménico.



13. Estudio experimental del esfuerzo constructivo en el levantamiento de un dólmen

- El *análisis de los objetos del ajuar y las ofrendas funerarias* como elementos expresivos en sí mismos de rango es otra de estas líneas de investigación, comenzada por autores como L.H. Larson (1971), C.S. Peebles (1971), S.J. Shennan (1975). Esta hipótesis ha sido posteriormente criticada por las dificultades para su contrastación que aportan los diferentes niveles de simbolismo asociados a estos objetos. Según autores como J.A. Brown (1981), la identificación de los que podrían considerarse como símbolos de autoridad en un contexto funerario es muy controvertida. La variabilidad de los sistemas de representación de la realidad social y sobre todo del rango es muy elevada entre los humanos y además, sería necesario poder distinguir con claridad entre los ritos de enterramiento y los de funeral, entre los objetos asociados a uno u otro individuo (en el caso de los enterramientos colectivos) etc., para poder afinar la interpretación que otorgamos a cada uno de ellos.
- El *análisis antropológico de las enfermedades y la dieta* de los individuos enterrados constituye otra de estas líneas de trabajo, en desarrollo aún, pero con grandes expectativas de ofrecer datos interesantes sobre las diferencias en el acceso a los recursos y las comodidades (privilegios) en una comunidad. Se trata de análisis caros que aún son escasamente empleados por parte de los excavadores, pero que deberían comenzar a generalizarse, en pro de una investigación efectiva.
- El estudio de los *patrones de relación espacial* entre los elementos de un contexto funerario (los elementos materiales dentro de las tumbas) y los de corte macroespacial, que incluyen la ubicación de los cementerios en el espacio y las relaciones (también espaciales) entre necrópolis y asentamientos, son hoy día los ámbitos de trabajo más potenciados y que mas información están aportando sobre la estructura social de las formaciones sociales prehistóricas.
Los estudios pioneros en este campo (que supone la aplicación de la metodología de otra de las teorías de alcance medio de la que

hablaremos más adelante, la Arqueología Espacial), fueron desarrollados en Europa del Norte por Klint-Jensen (necrópolis del Hierro de Bornholm, Dinamarca) o Bradley (Edad del Bronce en Inglaterra), y según R. Chapman (1981), demostraron que los patrones de ubicación espacial de las necrópolis en la prehistoria obedecen a factores de carácter simbólico-ideológico en mayor medida que a los de tipo económico (la apropiación del espacio y el control de la tierra tendrían motivaciones fundamentalmente ideológicas en los comienzos de este proceso, en las sociedades aldeanas constructoras de megalitos).

L. Goldstein (1981) matiza esta afirmación al decir que el componente espacial existente en la formación de territorios funerarios o simbólicos es multidimensional y refleja siempre diferentes niveles de interrelación entre elementos. Estas interconexiones son las que aportan realmente una mayor cantidad de información sobre las características de la estructura social de una comunidad. Y dichas conexiones son observables cuando se traducen a un lenguaje gráfico, como el que proporcionan los Sistemas de Información Geográfica (SIGs).

Uno de los ámbitos donde se establecen esas conexiones es el de la constante relación entre los vivos y los muertos. Majó *et al.* (1999) proponen acometer los estudios espaciales sin establecer separaciones radicales entre ambos, pues los comportamientos funerarios juegan papeles muy activos en la dinámica de las relaciones sociales de producción y reproducción (no sólo las reflejan).

El caso que nos ocupa es el de las primeras formaciones sociales que establecen una separación entre espacios de vida y de muerte, por lo que se presta especialmente a la realización de esta clase de análisis espaciales. Diversos autores han propuesto esquemas aplicables al estudio de estos espacios y sus relaciones. J. Leclerc (1997), por ejemplo, pretende avanzar en la interpretación funcional y simbólica de los espacios de enterramiento megalíticos (cuevas y dólmenes) mediante la identificación de espacios en el sepulcro:

1. espacio de enterramiento (lugar donde residen los cadáveres tras su deposición y donde encontramos los huesos y el ajuar individual, pudiendo tratarse de un espacio definido o no para ello);
2. espacio para la preservación de los restos (osario);
3. espacio ceremonial (lugar de celebración de ritos antes, durante y después del óbito, destinado al uso por los vivos y donde aparecen restos de ofrendas y depósitos colectivos);
4. espacio sagrado (inviolable, sin restos ni trazas de uso);
5. espacio técnico (rampas, puertas, etc. para introducir cadáveres o manipular los osarios).

Las relaciones entre estos espacios (que pueden aparecer todos, sólo en parte o no hacerlo en los yacimientos arqueológicos) serían de complementariedad y de oposición, pudiendo ser contemporáneos o consecutivos en el tiempo (se podrían realizar análisis diacrónicos y sincrónicos). Según se desprende de su publicación, este es un modelo teórico, un conjunto de hipótesis razonables sobre las manifestaciones

empíricas de un sistema funerario que trata ritualmente los cadáveres para paliar el impacto de la muerte en un plano afectivo y social, (J. Lecler, 1997).

También en un nivel de análisis micro espacial, podemos mencionar otro ejemplo, como el de la propuesta de Majó *et al.* (1999), consistente en aplicar el concepto de *unidad funeraria* (que englobaría dos elementos diferenciados: la estructura sepulcral o continente y el enterramiento en sí, el contenido).

A nivel macroespacial, mencionaremos la propuesta de J.A. Cámara Serrano (2001) para la utilización de un conjunto de categorías de análisis de las relaciones de contexto de las necrópolis megalíticas, que consiste en el estudio de las relaciones establecidas entre el monumento y el exterior a varios niveles (la tumba y el espacio sacro exterior; la tumba y el asentamiento; la tumba y el resto de la necrópolis), así como las de las diferentes partes que lo componen a nivel morfoestructural (túmulo, cámara y corredor). Este autor plantea la necesidad de integrar en el análisis espacial aspectos como la entidad de la construcción, la dificultad del acceso a ella, la dificultad del acceso a las materias primas empleadas en su construcción, la disposición de las tumbas, (lineal o integradas en un diseño concentrado) y su situación en el paisaje en relación con la altitud, los pasos de montaña, la cercanía o lejanía respecto a los asentamientos centrales, etc.

También son interesantes a este respecto los estudios sobre las líneas de visión que se tendrían desde los propios túmulos y su relación con el paisaje (otros elementos naturales del mismo) y con fenómenos astrales, como la salida y la puesta del sol o la luna. Los análisis efectuados por P. Devereoux (1991) sobre la relación entre la línea superior de los túmulos de Avebury y de Silbury Hill (Inglaterra) con la línea de horizonte a la salida del sol, son un ejemplo de la aplicación de nuevas metodologías al estudio del papel que desempeñó el contexto en la definición de la morfología y el ritual.

Todos estos elementos pueden aportar información sobre el sistema social de aquellos que las construyeron y usaron.

En el presente trabajo de tesis esta es la línea de investigación que recogemos, por considerarla más fructífera. Aporta un método aún en desarrollo (las aportaciones al mismo son constantes y se realizan a nivel individual, como hemos podido ver en el párrafo anterior) pero con grandes potencialidades y es la más adaptable a la realidad arqueológica sobre la que nos centramos.

La escasez de materiales recuperados en las excavaciones, muchas de ellas antiguas, y de estudios publicados en los que ya se hayan llevado a cabo análisis antropológicos de los restos óseos, adscripciones de útiles a cadáveres concretos, etc., la conocida acumulación de restos en osarios y la constante utilización de las tumbas durante más de mil años, dificultan la aplicación de las líneas antes comentadas. Todos estos condicionantes serán

tenidos en cuenta en aquellos yacimientos que por su nivel de investigación lo permitan, pero avanzamos que son muy pocos.

Así pues, el principal camino para establecer las posibles inferencias referentes al origen del proceso de diferenciación social y jerarquización en el sur peninsular es aquí el análisis de las relaciones entre las tumbas en cada necrópolis o agrupación dolménica (su cercanía/lejanía, relaciones de tamaño y forma y distribución espacial) y entre éstas y los asentamientos centrales identificados así por sus excavadores en cada espacio geográfico diferenciado.

c. Principales problemas de la aplicación de los presupuestos de la Arqueología de la Muerte al estudio de los espacios funerarios megalíticos:

En primer lugar, debemos atender a la variable de la evolución temporal. Los enterramientos colectivos monumentales suelen ser utilizados durante mucho tiempo, sufriendo con ello transformaciones en la forma y el significado, alteraciones de los depósitos iniciales, etc. La precisión en la determinación de la cronología de cada período de uso de una tumba es fundamental, cuestión que en este campo de trabajo resulta especialmente compleja.

Los métodos de datación son aún tipológicos, hay pocas cronologías absolutas y cuando éstas existen proceden de una fase o de dos a lo sumo, las referencias bibliográficas existentes provienen en muchos casos de excavaciones ya desaparecidas y antiguas, a lo que hay que sumar las circunstancias de los propios restos, sometidos a expolios constantes (muy pocos se han conservado *in situ*).

Un aspecto a tener en cuenta es que las variaciones en cuanto a tamaño y nivel de riqueza, que podrían interpretarse como evidencias de diferenciación social, podrían ser en realidad el reflejo de una evolución temporal y estar hablándonos de la transformación diacrónica de una comunidad que se entierra durante decenios en la misma necrópolis y no de una sociedad caracterizada por una estructura vertical (jerárquica) en un determinado momento de su historia (I. Kinnes, 1981).

En segundo lugar, hay que mencionar que se han constatado variaciones en el comportamiento funerario entre formaciones sociales contemporáneas y con el mismo tipo de organización socioeconómica. El alto grado de variabilidad en la forma de afrontar la muerte podría incluso llegar al punto de manifestarse en rituales de anulación o inversión de determinados elementos, como los de ostentación del rango o de identificación grupal o incluso de identidad del propio individuo (R. Huntington y P. Metcalf, 1979; J. Okely, 1979).

En torno a esta cuestión trabajan antropólogos y arqueólogos desde diferentes ópticas, pero coinciden en la advertencia de que el estudio de los elementos de cultura material no es suficiente por sí mismo para alcanzar el

conocimiento necesario sobre los procesos de estratificación social (K. Randsborg, 1981).

Por último, en cuanto a la Etnoarqueología, en este trabajo se han tenido en cuenta las aportaciones de la Antropología a nivel teórico y de determinados estudios comparativos de corte etnoarqueológico a modo de complemento, dado que la propia metodología de trabajo de esta disciplina se escapa del ámbito de esta investigación. Aún así, dada la importancia que tienen aquí los aspectos sociológicos, dichas aportaciones juegan un papel importante.

II. 3. 3. La Etnoarqueología:

La Etnoarqueología es una disciplina relativamente moderna que permite combinar las posibilidades del método arqueológico y el antropológico en la interpretación de los procesos históricos, de las formas de vida y de la construcción de la identidad de los grupos humanos que poseyeron o poseen formas de organización pre-estatales, aunque también podríamos hacerlo extensivo a las preindustriales en general.

En la bibliografía especializada aparecen con frecuencia diferentes definiciones del objeto de esta disciplina, pero siguiendo a V.M. Fernández (1994), tanto las de sentido más amplio como las más estrictas remiten siempre al mismo concepto, que I. Rubio recoge también al decir que la etnoarqueología es: "la disciplina que establece las relaciones entre el comportamiento humano y sus residuos tangibles mediante la observación de grupos actuales que viven al margen de la sociedad industrializada" (I. Rubio, 1998, p.9).

Siguiendo la tesis de N. David y C. Kramer (2001), la Etnoarqueología es tanto una teoría como un método. Es también una estrategia de investigación que abarca un amplio conjunto de aproximaciones a la relación existente entre la cultura material y la cultura en su conjunto. Permite interpretar el registro arqueológico en el contexto mismo de su producción, entre los vivos, por lo que sitúa al investigador en una posición privilegiada para la comprensión de su comportamiento.

El término "Etno-arqueología" nace en 1900, en un artículo de J. W. Fewkes, pero se empieza a definir formalmente como una sub-disciplina de la antropología a mediados del siglo XX. Diversos autores, anglosajones fundamentalmente, comienzan a experimentar con este nuevo marco teórico y metodológico de trabajo, resultando de ello un uso y una caracterización de la disciplina muy variada.

La principal disyuntiva en la que se mueven los investigadores es la de la óptica desde la que se escoge la Etnoarqueología como herramienta de análisis: unos (principalmente la escuela alemana) abogaron por emplearla como apoyo a la interpretación del registro arqueológico (la contrastación – comparación y analogía como método- de los restos materiales encontrados en excavaciones con los producidos por grupos estudiados desde el prisma

de la antropología para deducir funciones y significados de los primeros). Otros pretendieron lo contrario: utilizar el método sistemático de documentación arqueológica para encontrar claves interpretativas del comportamiento socioeconómico de los grupos actuales estudiados (reforzando así la perspectiva *etic* del estudio antropológico).

En los años 80, Susan Kent (1987) todavía hacía distinciones entre "Arqueología antropológica" o "etnografía arqueológica" (término tomado a su vez de P.K. Watson, 1979) para designar la investigación exclusivamente basada en la analogía entre artefactos arqueológicos y etnográficos y "Etnoarqueología", como la formulación y comprobación de interpretaciones arqueológicas a partir de datos etnológicos. Sin llegar a ser exactamente lo mismo, las dos tendencias se entremezclan en los estudios recientes, incluyendo ahora también la lingüística y lo que David y Kramer denominan como "etociencia" o el estudio del comportamiento, hasta el punto de que definiciones más recientes, como la de R.H. Thomson (1991) las fusionan bajo el único término de Etnoarqueología, ya definitivamente.

Así pues, podríamos considerar que esta disciplina pretende el estudio completo de culturas actuales para establecer inferencias arqueológicas sobre culturas ya desaparecidas, mediante el establecimiento de comparaciones entre las evidencias materiales de ambas y las interpretaciones que de ellas hacen los grupos estudiados etnográficamente.

La multidisciplinariedad y la síntesis entre diferentes enfoques epistemológicos son fundamentales, por tanto, para su desarrollo, prueba de lo cual es su evolución desde el año 1956 hasta el presente.

Durante los años 60 predominaron los estudios influenciados por el estructuralismo y la antropología simbólica de C. Geertz y V. Turner, así como la reflexión sobre la relación ente arqueología, etnología y antropología (R. Ascher 1961).

En el período que David y Kramer consideran como la fase de la "Nueva Etnoarqueología" (años 68 a 81) la principal evolución vendría de la mano de los principios de la Nueva Arqueología y la aplicación del neopositivismo y el procesualismo que la publicación de obras como *Analytical Archaeology* (D. Clark), *New Perspectives in Archaeology* (S. y L. Binford) o *Man the Hunter* (Lee y De Vore) introdujo en la antropología y la arqueología. De hecho, I. Rubio (1998) considera estos últimos principios como uno de sus principales elementos impulsores.

A. Hernando (1995) coincide en atribuir a los presupuestos de la Nueva Arqueología el avance hacia los estudios sistemáticos de tipo etnoarqueológico, pero destaca que en esta primera fase, los trabajos se centraban en los grupos actuales con objeto de deducir de su comportamiento analogías útiles para comprender modos de vida prehistóricos. Este enfoque habría invertido la tendencia dominante hasta los años 60, dando lugar a que la Etnoarqueología se considerase una de las denominadas "teorías de alcance medio". No se habría caracterizado por

tanto, por pretender aportar explicaciones globales sobre el cambio social, sino sólo interpretar comportamientos específicos de diferentes formaciones sociales, en función de una nueva perspectiva de análisis de sus elementos de cultura material. En esta fase, los estudios abarcarían ya sociedades de agricultores y ganaderos e incluso pre-estatales, acentuándose el interés por el análisis del simbolismo y los sistemas de pensamiento ya a fines de la década de los 70.

En la década de los 80 irrumpen en los estudios etnoarqueológicos los planteamientos de I. Hodder. El cambio de enfoque epistemológico que supuso este hecho permitió sustituir los presupuestos positivistas por otros marcados por el interés en el análisis del contexto social y conceptual de la cultura material estudiada. También posibilitó la crítica a las principales asunciones inherentes a los primeros (el uniformismo, la idea de que el registro material es un reflejo directo del comportamiento, etc.) (A. Hernando, 1995), dando paso a nuevos planteamientos.

Así, el post-estructuralismo, el post-procesualismo, el marxismo estructural y la teoría social empiezan a marcar los enfoques de estudios que ahora ya se centran en cuestiones relativas a la ideología, la legitimación de privilegios, el rango y el poder, los símbolos en relación a la estructura social, etc. a través de su materialización espacial, principalmente (áreas de actividad, arquitectura comunitaria y monumental, etc.). (N. David y C. Kramer, 2001). También las cuestiones de género adquieren protagonismo en este período (S. Kent, 1984; H. Moore, 1986, y otras).

La producción científica desarrollada en la pasada década continúa marcada por la influencia de las premisas post-procesuales, aunque siguen presentes determinados enfoques procesualistas en algunas publicaciones. Destaca la gran cantidad de autores formados en países no occidentales que aportan nuevos puntos de vista y han renovado el interés por la reflexión sobre la teoría en esta disciplina.

Por otro lado, la escuela francesa, heredera de una rica tradición académica en investigación antropológica y etnológica (desde los primeros trabajos de Breuil, Leroy-Gourhan, Mauss, Durkheim o Levi-Strauss) ha derivado en la actualidad en dos tendencias, una de corte más positivista y centrada en el desarrollo metodológico de tipo arqueológico y otra más dependiente de un enfoque antropológico y liderada por P. Lemonnier u O. Gosselain (según A. González, 2003). Pero hoy día, ni la escuela francesa ni la alemana plantean una alternativa sólida a la escuela anglosajona, que sigue marcando las directrices a seguir.

Los significados simbólicos, la metáfora como herramienta de análisis y objeto de estudio al tiempo, son característicos de los trabajos de los últimos años, aunque comienza a abordarse la explicación de procesos de cambio social y cultural y la interconexión entre ideología y modos de producción.

Destacamos como lo hace A. Hernando (1995) que todavía hoy existe cierta confusión en torno a determinados aspectos de la etnoarqueología,

como el de identificarla con el procedimiento (la técnica) de investigación de campo, continuar relacionándola con la analogía etnográfica y mantener cierta indefinición en torno a su objeto de estudio. Dicha confusión, no obstante, no impide que podamos decir, siguiendo a A. González (2003) que se trata ya en el presente de una disciplina rigurosa, dotada de un método que nos permite acercarnos a la diferencia a través de la experiencia del "otro". Su objeto de estudio, según O. Aurenche (1995) serían las sociedades humanas y el método, según I. Rubio (1998), la construcción de modelos explicativos consistentes por sí mismos. La cuestión sobre la que aún hoy día se debate en torno al método etnoarqueológico es, a juicio de V.M. Fernández (1994), la reformulación de la analogía como forma de deducción, cuestionada, tanto desde la óptica epistemológica del positivismo, como desde la hermenéutica (escuela post-procesual). Aunque para este autor, que recoge las aportaciones de otros como Kosso o David, ambas aproximaciones serían igualmente válidas en tanto que son complementarias. Los principios de generalidad y objetividad con que se aborda hoy el razonamiento analógico son útiles para construir "esta ciencia de la cultura material y los hombres" (V.M. Fernández, 1994:162-163).

II. 3. 4. La Arqueología Espacial:

a. Evolución de la Arqueología Espacial en España.

La Arqueología espacial es una de la teorías de alcance medio que más empuje está adquiriendo en los últimos años.

Según F. Molina (1995), la evolución historiográfica de la misma arranca en España en los años 60, con el estudio de tres variables principalmente: el emplazamiento de los poblados, el diseño urbanístico y la organización y tipología de las necrópolis. En los 70, los trabajos de Gilman incorporan nuevos elementos de análisis, como el estudio de la potencialidad de explotación económica de los suelos a través del "Site Catchment Análisis".

En los 80, la Arqueología Espacial despierta en nuestro territorio gracias a los coloquios de la Universidad de Teruel y se centran los trabajos en el estudio de la distribución territorial de asentamientos y de las relaciones entre ellos. La prospección sistemática se abre paso y la geografía y la teoría económica aplicadas comienzan a ocupar un lugar destacado en las publicaciones arqueológicas. La importancia del territorio como indicador a nivel arqueológico supone un serio avance en la interpretación de las características socioeconómicas y de los procesos de cambio en un plano sincrónico, principalmente.

En Andalucía en concreto, se ponen en marcha en esta década los primeros Proyectos interdisciplinares de análisis del territorio en la prehistoria, con la aplicación del concepto de "patrón de asentamiento", comenzando los estudios en la campiña del Guadalquivir (Jaén), la depresión de Ronda (Málaga), el Bajo Almanzora (Almería) y la cuenca del Andarax -Los Millares (Almería), así como la comarca Noroeste de Murcia y la Cuenca media del Guadiana.

En estos años domina en la investigación la influencia de los presupuestos funcionalistas, evidenciados en los trabajos de Mathers (1984) sobre el sureste español y su teoría de las "zonas nucleares". A juicio de F. Nocete (1995) esta circunstancia determinó que las matrices de análisis espacial se diseñaran para demostrar procesos de integración económica conforme a las reglas del mercado (coste-beneficios) y para comprobar las tesis que establecían el origen de la "complejidad" social en el proceso de apropiación del excedente por parte de las nuevas "jefaturas".

A efectos metodológicos, destacaron también las aportaciones de diversos autores que aplicaron modelos de "análisis de captación" para yacimientos particulares (A. Gilman y J.B. Thornes, 1985 por ejemplo), dando lugar a estudios sobre las posibilidades de explotación agrícola en el sureste peninsular.

Igualmente, se pusieron en marcha los estudios conforme a las estrategias de "polígonos de Thiessen", principalmente en el alto Guadalquivir. Según D. Martín *et al.* (2004), esta estrategia, junto a la de los "modelos de gravedad" (de menor repercusión en España) y la del "lugar central" (en ocasiones muy dependiente de variables económicas y de los criterios funcionalistas de minimización de costes de producción y distribución) configuraron el eje vertebrador de las relaciones entre asentamientos en el espacio, incluso en la década siguiente.

Son interesantes también los avances que proporcionó la aplicación a la arqueología prehistórica de la teoría de los "sistemas mundo". I. Wallerstein (1993 y 1995) estableció el concepto de "World System" durante los años 70 y 80 para desarrollar la teoría de la dependencia de A. G. Frank y utilizarla en el análisis del origen de la complejidad social y del estado desde una óptica economicista, pero que integraba también aspectos de la organización social, como la división del trabajo, y observaba el proceso en su dimensión espacial-geográfica (F. Nocete, 2001). No obstante, el ámbito de aplicación de este enfoque ha sido, y lo es aún, el de la aparición y desarrollo de las formaciones de tipo estatal y no tanto las de las primeras jerarquías.

La afirmación de que los cambios sociales no se producen nunca en un nivel estrictamente local, sino que están en correlación con los que acontecen en otros territorios llevó a diferentes arqueólogos del ámbito anglosajón a diseñar los modelos de la interacción "cluster" o la denominada como "*Peer-Polity Interaction*" (Frankenstein y M.J. Rowlands, 1978, C. Renfrew y S. Shennan, 1982, etc.).

Aunque se trata de propuestas que priorizan los factores del control sobre el intercambio y la distribución del excedente en el proceso de complejización, (cuestión por la que han sido criticadas por diferentes autores, como F. Nocete, 2001), permitieron centrar la atención en el reflejo de los mecanismos de transformación social en el territorio, a través del estudio de las conexiones intralocales e interregionales entre formaciones sociales.

Ya en los años 90, las teorías acerca del proceso de construcción cultural del paisaje permiten avanzar los presupuestos de la arqueología espacial hacia nuevos escenarios. El espacio no se concibe como un mero contexto para los yacimientos, sino como el resultado de la relación entre los elementos geográficos y la actividad social, económica y simbólica, como la experiencia que tienen de ellos los seres humanos que los conocen, utilizan y transforman. Es comprendido como un lugar para la socialización y que permite la generación de identidad grupal (H.P. Chapman y B.R. Gearey, 2000). La reconstrucción del paisaje incluirá ahora sus características paleoecológicas y su configuración como reflejo de la cosmovisión de los diferentes grupos humanos en cada período histórico.

Siguiendo con la línea interpretativa del espacio como construcción social, abundaremos en su aplicación a nuestro campo de estudio. La denominada *Arqueología del Paisaje* es deudora del materialismo histórico pero con fuertes influencias de la Arqueología cognitiva al tiempo y en la Península Ibérica se podrían adscribir a la misma, autores como F. Criado, Vaquero, Villoch, Fábregas, etc. de la escuela gallega, principalmente.

Este enfoque pretende, a través de la aplicación de métodos derivados de la arqueología espacial, estudiar las formas de percepción del espacio propias de las sociedades constructoras de megalitos. Esta orientación psicologista lleva a tratar de encajar todas las dimensiones perceptivas del paisaje (entendido como el producto cultural de la acción del ser humano sobre el medio): la ambiental (la forma física del espacio), la social (su función), la ideológica y simbólica (el espacio pensado).

Siguiendo a V. Villoch (2001), para evitar al máximo la subjetividad inherente a los procesos de percepción de gentes que vivieron hace 2500 años (fueron impresiones colectivas y traducibles a elementos materiales, pero subjetivas) sería necesario encontrar las pautas repetibles, los rasgos visibles que pudieran ser fruto de estrategias de interpretación de la realidad socialmente definidas y estandarizadas. Los efectos escénicos, la transformación evidente que pudieran producir en el paisaje los túmulos artificiales podrían quizá deducirse de los patrones de emplazamiento de los mismos y de sus relaciones de intervisibilidad.

El método de trabajo comportaría dos niveles de interpretación:

- Local: Establecer el modelo interpretativo de cada yacimiento diferenciando los elementos formales que constituyen el espacio físico del mismo.
- Regional: Plantear el modelo interpretativo general de un área en la que existan diferentes yacimientos relacionados crono-culturalmente para detectar las regularidades posibles. Determinar a continuación el código expresivo genérico del paisaje analizado.

Para diferenciar los elementos formales de cada yacimiento, en los estudios de arqueología del paisaje se tienen en consideración diferentes aspectos:

- La distribución de todas las evidencias arqueológicas a nivel micro espacial.
- La distribución de las tumbas en cada necrópolis (meso espacio). En este nivel de análisis también se valoran las opciones de accesibilidad a cada una, a pie, así como las de la organización del ritual funerario dentro de la necrópolis.
- La ubicación de cada necrópolis en la región y su relación con otros elementos del paisaje (vías de tránsito naturales, elementos que por su carácter, espectacularidad visual, etc. sean especialmente llamativos en el entorno), con los asentamientos y con otras necrópolis sincrónicas más cercanas, con otras manifestaciones simbólicas como abrigos pintados, petroglifos, menhires, etc.

Así, los estudios de este tipo distinguen entre dos categorías fundamentales: la visibilidad desde el túmulo (tumba en estado original) y la "visibilización" del túmulo desde el espacio exterior a él.

La visibilidad se mediría tanto en términos generales (hasta línea del horizonte) como en los límites inmediatos (el terreno que se puede observar sin interrupción).

La "visibilización", por otro lado, sería: zonal (si se ve dónde se emplaza el túmulo pero no éste), directa (del túmulo en si) y recortada (sólo en parte).

En definitiva, este tipo de análisis, aplicado al tema que nos ocupa, permitiría establecer la importancia que pudieran tener para la construcción de las tumbas megalíticas, y del paisaje del que formaron parte, aspectos como su relación con el "tránsito" (el movimiento de los humanos por ese espacio construido) y con la monumentalidad (el afán por marcar la visibilidad de los edificios con fines socio-ideológicos), así como la existencia de otros lugares en el territorio desde donde la función simbólica de los megalitos pudiera haber sido aprovechada (lugares con visibilidad especial de los túmulos) y quizá determinar también las rutas o pasos susceptibles de haber sido utilizados (así como su fin) en los IV y III milenios a.C.

Por otro lado, ya desde mediados de los años 80 y sobre todo, en la década de los 90, nuevos presupuestos se incorporaron a los trabajos de arqueología espacial o del paisaje: los provenientes de la corriente marxista. Nocete Calvo es precisamente uno de los máximos exponentes de los estudios de este corte.

Los modelos diseñados por los autores anglosajones se sustituyen entonces por otros en los que se tienen en cuenta las huellas que dejan en la configuración de un territorio las relaciones de producción y de dominación (expresadas físicamente a través de la coerción tanto física como ideológica).

b. Propuesta marxista para la interpretación de los espacios construidos por las primeras sociedades jerarquizadas:

La desigualdad social, la jerarquización y el funcionamiento de un "Estado" se pueden rastrear a través de la interpretación de la estructura socioeconómica, política e ideológica y su evolución temporal en un territorio definido, según F. Nocete (1995) y otros autores de su corriente, porque el proceso de configuración de un "Estado" posee una expresión territorial concreta: la jerarquización de tamaños y funciones entre asentamientos inter-coordinados.

Esta estructuración territorial sería el reflejo de las relaciones de desigualdad trasladadas al plano político: la existencia de diferentes grupos con acceso diferencial al poder se manifestaría no sólo dentro de cada comunidad, sino en las relaciones de dependencia entre varias comunidades, configurándose "territorios políticos" casi desde los comienzos del proceso de "complejización" de las sociedades aldeanas. Ya que desde la óptica marxista el principal efecto sobre el territorio de la existencia de diferencias de clases y de organización política bajo control sólo de la élite sería la coerción impuesta por unas comunidades sobre otras, la constatación de esas relaciones de tamaños jerárquicas en el registro arqueológico se ha convertido en uno de los principales puntos de apoyo para las hipótesis explicativas sobre este período histórico en la Península Ibérica. En la actualidad, esta hipótesis se ha extendido hasta ser admitida incluso por autores de otras corrientes, generalizándose principalmente en la bibliografía científica referida al sur peninsular.

Uno de los primeros modelos explicativos de la lectura de la desigualdad social a través del territorio, además del ya citado de las relaciones de *Coste-Beneficio* entre asentamientos, fue el del *Lugar Central*. Pero pronto aparecieron otros modelos considerados más dinámicos y capaces de enfocar la realidad arqueológica de un modo diacrónico:

- El *modelo modular*: También de origen anglosajón, como los anteriores, sería el reflejo de un proceso de intensificación económica, válido por tanto, sólo en los lugares donde dicha intensificación se pueda constatar a través de otros estudios complementarios (paleo-ecosistema, generación de excedentes acumulables en silos o similares, evidencias de transformaciones tecnológicas adecuadas para ello, etc.).
- El *modelo Centro-Periferia*: Representativo de un proceso de expansión territorial desde un núcleo ("capital") para ampliar las tierras explotables (imposibilidad técnica de incrementar la producción por intensificación, quizá) mediante algún tipo de control (anexión, extorsión...). Esta estrategia derivaría en el establecimiento de redes jerarquizadas de asentamientos (diferenciados por rango, tamaño y función) en las que poseería una especial relevancia la intervención estratégica en el territorio (control de tierras, de rutas y de personas en tanto que fuerza de trabajo). Este proceso de configuración de un espacio definido por la existencia de una "periferia" vinculada con un

“centro de poder” o lugar central, diferenciado políticamente de otros territorios vecinos, conllevaría la formación de las primeras fronteras.

Veremos en el presente trabajo de tesis que la mayor parte de los territorios prospectados en Andalucía hasta el momento muestran una estructura territorial de este tipo (centro-periferia modular) durante el IV-III milenios a. C.

Según los presupuestos marxistas, existen relaciones en un plano político en aquellas sociedades organizadas conforme a una estructura de clases, y éstas son en sí mismas territoriales: en las sociedades donde dominan las relaciones de desigualdad y una estructura vertical, jerárquica, el esquema parental se sustituye por otro de corte político y la expresión territorial de este proceso es la jerarquización espacial.

Para F. Nocete (1995), la propia crisis del sistema en el II milenio evidenciaría su carácter político, puesto que la explicación más plausible de los cambios detectados en el patrón de asentamiento del *Bronce* (II Milenio) es precisamente una desestructuración del modelo de control del territorio desde cada lugar central por las dificultades inherentes al mantenimiento de la coerción sobre espacios cada vez más lejanos y la consiguiente “independización” de zonas estratégicas. La fragmentación territorial o atomización es característica del *Bronce Inicial* hasta que surjan nuevas “potencias” en el *Bronce Medio* como el Argar, por ejemplo.

En este capítulo dedicado al enfoque epistemológico y al marco metodológico de referencia empleado en la presente tesis doctoral, se pretende, por un lado, hacer patente la reflexión ontológica previa a cualquier investigación en el ámbito de las ciencias de la sociedad y explicitar la elección de un enfoque específico, el Materialismo Histórico, como marco teórico general.

Por el otro, queremos presentar las tres principales líneas de acercamiento a la realidad arqueológica que sirven de enlace entre los datos y las construcciones explicativas generales.

COMPARATIVA DE METODOLOGÍAS ESCOGIDAS

El estudio de las transformaciones en la estructura social, derivado del análisis de las relaciones espaciales entre espacios sepulcrales (IV-III milenios a.C.), se puede afrontar desde tres ámbitos metodológicos principales

1. ARQUEOLOGÍA DE LA MUERTE

Estudio de contextos funerarios específicamente
Análisis de cultura material

Método arqueológico
Arqueología experimental

Datos sobre las diferencias de riqueza y trato (evidencias de jerarquía) entre individuos/colectivos a partir de sus ajuares, ofrendas, estructuras arquitectónicas funerarias...

2. ETNOARQUEOLOGÍA

Estudio de sociedades actuales
Análisis de cultura material y contextos culturales

Método antropológico

Datos sobre función y significado de cultura material y estructuras arquitectónicas similares a las encontradas en yacimientos y que son producidas por sociedades conocidas en el presente, de tipo jerarquizado o en proceso de estarlo.

3. ARQUEOLOGÍA ESPACIAL

Estudio de contextos, tanto funerarios como habitacionales
Análisis de cultura material y de espacios geográficos

Método arqueológico
Métodos específicos de la Arqueología espacial: *site catchment analysis*, modelos de gravedad, etc.

Datos sobre relaciones jerárquicas y de dependencia entre asentamientos por establecimiento de categorías de tamaño, cercanía/lejanía entre sí, a recursos críticos, capacidad de aprovechamiento económico del territorio, intervisibilidad, etc.

**PLANTEAMIENTOS TEÓRICOS GENERALES: REFLEXIONES
ACERCA DE LOS CONCEPTOS DE "SOCIEDAD COMPLEJA Y
MEGALITISMO".**

CAPITULO III

LA PROBLEMÁTICA EN TORNO AL CONCEPTO DE SOCIEDAD COMPLEJA

Hace ya varios decenios que la comunidad científica reconoce lo inapropiado de seguir empleando términos como “*neolítico*”, “*calcolítico*” o “*edad de los metales*” para referirse a los períodos culturales y a las sociedades de la prehistoria reciente. La concepción cronocultural propia de los enfoques historicista y positivista está ya ampliamente superada en el ámbito teórico de la discusión epistemológica. Pero desgraciadamente, resulta difícil prescindir del vocabulario acuñado hace más de un siglo, debido por un lado al peso de la tradición en entornos académicos, y por otro, a los problemas que surgen a la hora de sustituirlos por otros términos más apropiados.

A medida que la crítica a la arqueología historicista iba cobrando forma, diferentes autores proponían alternativas acordes con concepciones de la historia igualmente diferentes. Así, el enfoque antropológico de la Nueva Arqueología dio paso al empleo de términos relativos a la estructura social, como los de sociedad compleja, sociedad jerarquizada o sociedad de jefaturas, mientras desde las corrientes marxistas se acuñaron otros pretendiendo englobar tanto las relaciones sociales de producción como los sistemas de organización política, como son los de sociedad aldeana, sociedad pre-estatal o estado inicial.

Pero la enorme complejidad inherente al intento de definir con una sola palabra los colectivos humanos en proceso de cambio, con variaciones sustanciales entre regiones y sobre los que disponemos de un conocimiento a nivel arqueológico aún incompleto, ha conducido a que todavía hoy día no exista acuerdo sobre qué termino o términos se adecua mejor o es más fácilmente comprensible por parte de todos los investigadores especialistas.

No obstante, y pese a esta enorme dificultad para unificar, el trabajo intelectual del análisis y la interpretación histórica de las evidencias arqueológicas necesita del empleo de categorías de clasificación y definición que, aunque no consigan expresar todos los elementos característicos de una formación social concreta o del período en el que se desarrolló, ofrezca un marco de referencia conceptual válido para hacer avanzar la investigación.

Por esta razón, consideramos especialmente significativo incluir en este capítulo una reflexión en primer lugar, acerca de los términos aún empleados y sobre los que otros autores trabajan y también reflexionan y en segundo lugar, acerca de las clasificaciones temporales en las que se suele presentar la evolución del proceso histórico de transformación de las sociedades agrícolas iniciales en estados.

III. 1. Dificultades derivadas de la variabilidad terminológica:

Los términos neolítico y calcolítico responden a una definición basada sólo en una de las características de la tecnología de producción de una sociedad a la que responden. Ello es claramente inadecuado, sobre todo, teniendo en cuenta el enfoque epistemológico escogido para este trabajo de investigación, pero mientras sean los conceptos en torno a los que se articula la formación de los especialistas en prehistoria, seguirán sirviendo como referencia. Es de esta forma como aparecen recogidos en esta tesis doctoral.

En nuestro caso, posee un mayor interés metodológico la reflexión sobre los conceptos de complejidad social, sociedad compleja, sociedad de jefaturas, o estado.

El empleo de los términos "**complejidad**" y "**sociedad compleja**" tiene todavía hoy un enorme alcance en la investigación arqueológica. Son términos básicos para todos los especialistas en los milenios V a III en prehistoria y protohistoria peninsular (y general), pero su alto grado de ambigüedad y polivalencia induce a que se empleen con orientaciones diversas. Como apunta K. Kristiansen (2001) recogiendo a otros autores, cubren una gama de variantes excesivamente amplia y se asocian entre sí de forma muy asistemática. Por ello, es preciso aclarar su significado para evitar el problema que supone su utilización imprecisa en estudios de carácter explicativo y globalizadores.

Por "*complejidad*" se entiende normalmente un estadio o nivel de desarrollo de las sociedades. Posee una clara connotación temporal y suele emplearse, por ello, en contextos de análisis diacrónicos. En cambio, por "*sociedad compleja*" se entiende el tipo de sociedad, haciendo referencia expresa a su estructura y por tanto, empleándose en un contexto de análisis sincrónico.

Ambos términos se relacionan con una gran variedad de conceptos como resultado de su evolución desde que Gordon Childe los empleara científicamente por primera vez. En terminología cronocultural, se asocia "sociedad compleja" al tipo de organización social propia del Calcolítico y el Bronce Inicial, o incluso del *Neolítico Final* en algunas zonas. A nivel antropológico se relaciona con conceptos como "sociedad de rango", "sociedad urbana", e incluso, autores de la corriente marxista lo hacen con los de "estado" y "sociedad de clases". Y más frecuentemente, hoy día delimitan su significado, los términos acuñados por E. Service (1962) y M. Fried (1967) de "sociedad jerarquizada", "sociedad estratificada" o "sociedad de jefaturas".

Sigue a continuación, una muestra de la enorme variabilidad a la que hacemos referencia con la selección de otros términos empleados para referirse o intercambiar por el de sociedad compleja. Según M.J. Rowlands (1980) y Thomas (1988), podríamos hablar de sociedad clánica de linajes o comunidad de tipo "germánico". Según C. Renfrew (1973), se podría usar la denominación de jefaturas individualizantes o de orientación grupal. K. Kristiansen (2001) emplea el término de sociedad de jefaturas, pero

plantea que éste se referiría a una fase de tránsito que daría paso a otra, "sociedad estratificada" o "estatal incipiente", antesala de los modelos organizados de estados con administración/burocracia. Un ejemplo concreto de sociedad tribal de jefaturas, la sociedad megalítica, podría catalogarse como una sociedad pre-estatal, denominable también como de "estructura ritual de autoridad", según otros autores.

Otros términos que aparecen en la bibliografía, y sobre los que autores como G. Vega, J. Bernabeu y T. Chapa (2003) plantean la necesidad de reflexión teórica, son los de "sociedad de roles de prestigio" o "sociedades heroicas", aunque, por otro lado, proponen emplear en su lugar el de "sociedad jerarquizada comunal/comunalista", que en sí mismo es un término contradictorio y confuso. Fue acuñado por V. Hurtado y García San Juan (1997) en un intento de integrar diferentes enfoques epistemológicos implícitos en el concepto de jerarquización incipiente (como el de "clan cónico" o el del "big-man").

Por último, otros conceptos referidos a este tipo de sociedad son los de modo de producción comunal (G. Patterson, 1988-98), modo de producción doméstico intensivo (M. Sahlins, 1983), sociedad de grandes hombres con intensificación y redistribución (M. Godelier, 1971 y M. Harris, 1989), sociedad jerárquica tribal (B. Sarmiento, 1992), sociedad de cacicazgo, etc.

III.2. Discusión sobre el empleo de los términos:

III.2.1. Terminología referente a la "complejidad":

Diferentes autores cuestionan las asociaciones arriba mencionadas y coinciden en la necesidad de clarificar y unificar el empleo de los términos referidos.

Para Ma Paz Román (1996), no es apropiado el empleo del término "*sociedad compleja*" en relación a los niveles de organización social de la producción, pues implica contraponer la existencia de sociedades simples a otras complejas, posteriores a éstas consecutivamente (conforme a planteamientos evolucionistas lineales). Está ya ampliamente aceptado por la comunidad científica, a tenor de los últimos estudios antropológicos, que no existen sociedades simples, pues las de cazadores-recolectores muestran unos elevados niveles de complejidad organizativa en general. (existen sociedades igualitarias "complejas" como los Ikun, los Marti, algunos Bosquimanos, los Samai de Malasia, etc., -I. de la Cruz, 2002-).

De la misma manera, tampoco resulta apropiado contraponer sociedad compleja a sociedad igualitaria, puesto que no son conceptos antagónicos y no se puede asegurar que las sociedades catalogadas como "simples" fueran totalmente igualitarias. La cuestión de las relaciones de explotación y de apropiación en el seno los grupos de campesinos iniciales están todavía siendo debatidas. Para I. de la Cruz (2002), el concepto antagónico al de sociedad igualitaria o "modo de subsistencia comunitario o comunal, con intercambio social generalizado recíproco" sería el de sociedad jerárquica, con un modo de subsistencia con estratificación e intercambio redistributivo.

Por otro lado, nos centraremos también en la variedad de asociaciones y definiciones que afectan al término de "*sociedad de jefaturas*". La polisemia del término es criticada por numerosos autores quienes, al igual que ocurre con el de sociedad compleja, proponen la utilización de otros alternativos, o que, a su juicio, maten su significado. Veremos a continuación la diferencia existente entre unos y otros (sociedad jerarquizada o de rango, sociedad tribal-clánica y otras, de entre todas las ya mencionadas anteriormente).

III.2.2. Terminología referente a los sistemas de organización social y política:

Antes de adentrarnos en la definición de los términos que afectan a las sociedades del período que nos ocupa, en el contexto de la investigación prehistórica, haremos un alto para identificar con más claridad qué se entiende por estructura social, organización política y los orígenes y límites de cada concepto asociado a ellas. Haremos un sencillo repaso a estos conceptos desde la esfera de la antropología, pues es en este ámbito en el que se desarrollaron en origen.

Según la sociología y la antropología actual (P. Laburthe-Tolra y J.P. Warnier, 1998), la estructura social es el armazón sobre el que se articulan las relaciones de interacción entre los diferentes grupos en los que los individuos de una sociedad nos clasificamos. Cada grupo posee internamente diferentes categorías. Éstas son polifuncionales y admiten diversos grados, siendo flexibles en lo concerniente a la adscripción de los individuos a sólo una o a varias de ellas al tiempo. L. Mair (1975) abundaba más en esta idea, afirmando que en toda sociedad los individuos están organizados simultáneamente en diferentes grupos, que pueden definirse desde dentro de los mismos y desde fuera, por parte de extraños. Cuando la sociedad reconoce un grupo puede considerarlo también una categoría.

Partiendo de esta descripción, aceptada en términos generales, encontramos diferentes explicaciones del carácter y origen de los diferentes grupos sociales y sus relaciones.

Atendiendo al enfoque funcionalista anglosajón, muy influyente en la antropología desde mediados del s. XX a la actualidad y basado en los estudios etnológicos de Malinowski, Radcliffe-Brown, Fortes, Evans-Pritchard o Durkheim, los grupos sociales se diferencian e identifican por su función, por el conjunto de acciones sociales y roles que desempeñan en el conjunto de la sociedad: integración, resolución de conflictos, reproducción del orden social, defensa de la mentalidad dominante, etc. Los grupos sociales que existen desde las primeras formaciones sociales son los familiares y el parentesco sería el sistema de relación social más antiguo.

Para autores como I. de la Cruz (2002), el sistema de parentesco sería el sistema de organización social basado en los hechos biológicos de la fecundación, el nacimiento, la muerte, etc. que se ordenan y definen culturalmente en base a una determinada ideología. Se trataría por tanto, de un sistema arbitrario de representaciones que sólo existe en la mente de

los que lo crean y lo usan socialmente. No obstante, es un sistema utilizado de forma generalizada por toda clase de grupo humano.

En dicho modelo se integran clanes y linajes. Los *big-men* y las jefaturas se habrían desarrollado en él como sistemas políticos, no como estructuras internas de organización social y sólo las sociedades estatales, con gobiernos centrales, habrían roto el esquema parental para sustituirlo por otro basado en la estratificación socioeconómica.

El funcionalismo estructural ha sido criticado por ignorar el conflicto y el cambio, el dinamismo de las relaciones sociales, así como las relaciones de explotación, pero ha producido la mayor parte de los estudios sistemáticos sobre formaciones sociales de cazadores-recolectores y campesinos, por lo que sus presupuestos y sobre todo los conceptos y términos de referencia que ha generado son todavía utilizados incluso por autores de otros enfoques epistemológicos, gozando de una enorme influencia y vigencia.

Por otro lado, según el materialismo histórico, más influyente en los estudios de carácter histórico que en los antropológicos (aunque algunos sociólogos europeos incorporen determinados conceptos propios del mismo ya desde los años 60), los grupos sociales que realmente existen en una formación social dada se definen por las relaciones sociales de producción, - la forma en que sus componentes producen y obtienen los beneficios de la producción (ya sea como servicios o excedente)-.

Por ello, sólo distinguen dos grupos o clases sociales en las sociedades ya jerarquizadas: la de los explotadores y la de los explotados. En el caso de las sociedades de cazadores-recolectores y primeros agricultores, encontramos muy pocos estudios realizados con un enfoque materialista, además de fuertes reticencias al análisis y la discusión intelectual acerca de la posibilidad de aplicarlo a los mismos. No obstante, la antropología marxista defiende que el parentesco es un elemento fundamental en el análisis de las relaciones sociales de producción de sociedades sin estado y las relaciones entre clan, género y clase son objeto principal de estudio (I. de la Cruz, 2002).

Pero estos trabajos no han permitido aún que desde el materialismo histórico se haya desarrollado un modelo explicativo de los diferentes grupos que podrían encontrarse en formaciones sociales sin relaciones de explotación. Por tanto, la controversia en torno a la cuestión de si se puede hablar de clases sociales en formaciones pre-estatales está aún abierta.

A continuación, definiremos los principales tipos de grupos sociales, organizaciones sociales y sistemas políticos aceptados por la antropología y etnología (por criterios de función e identidad), así como el concepto de clase social (definido por criterios económicos).

a. Sistemas de organización social:

- *Grupos de edad y género:* En todas las sociedades humanas se emplean dos factores de clasificación social que operan como delimitadores de grupos con mayor o menor trascendencia, según el tipo de sociedad

dada: la edad y el sexo permiten establecer grupos de edad y de género que a su vez se organizan por grados internamente. La edad social se establece normalmente a través de rituales y sobre cada grado de edad actúan una serie de normas que sancionan las funciones, responsabilidades y derechos asociados al mismo. Los grados de edad encierran en si un principio de organización de rango que estaría presente en todas las sociedades, pues determinan la accesibilidad, la exclusión y las diferencias entre los grupos, aunque no sería necesariamente de tipo vertical ni permanente.

- *Parentesco*: De igual forma, todas las sociedades han estado hasta el presente organizadas por el parentesco en diferentes grados. Los grupos de descendencia y de residencia (unas veces coincidentes y otras no) determinan también la adscripción de los individuos a grupos dentro de cada estructura social. El lugar de cada persona en ella depende de sus relaciones genealógicas siendo así la línea de descendencia (paterna, materna (unilineal en ambos casos), ambas combinadas (cognaticia) o indiferenciada) la que permite que se establezca el parentesco, definido por L. Mair (1975) y otros antropólogos como el reconocimiento social de los lazos biológicos. P. Laburthe-Tolra y J. P. Warnier (1998) definen por su lado la descendencia como el conjunto de reglas que determina la transferencia de identidad, obligaciones y derechos entre los individuos relacionados por vía filial. Estas normas establecidas por la sociedad en su conjunto repercuten en el modelo de organización del parentesco, que en consecuencia, es diferente en cada caso y fruto de un concepto subjetivo de "pariente" que cada colectivo define según sus necesidades e intereses. De hecho, el parentesco, además de por filiación (relación de consanguineidad), puede definirse por afinidad (relación parental obtenida por vía contractual), según I. de la Cruz, (2002).

Para otros autores la filiación cognaticia (bilateral o ambilineal) sería más propia de sociedades de cazadores-recolectores, mientras la unilineal se daría con más frecuencia entre las sociedades sedentarias, con un sistema de organización social más elaborado, mayores necesidades de solidaridad intragrupal e ideologías que ya defienden la exclusividad de determinados derechos sobre recursos y personas. Por otro lado, la mayoría de los estudios antropológicos evidencian que la unilinearidad suele asociarse a una filiación por línea paterna y a una residencia también patrilocal. Incluso podemos mencionar que algunos antropólogos plantean que la preeminencia de un tipo u otro de sistema de filiación está muy condicionada precisamente por las normas de residencia postmarital, que a su vez están relacionadas con el tipo de trabajo que desarrollan los varones y con factores demográficos y ecológicos.

□ *Tipos de grupos de parentesco:*

- *Familia*: Es el más básico de los grupos corporados o corporativos (aquellos basados en la consanguinidad y que se perpetúan o poseen bienes comunes por vínculos de descendencia). Su definición es

imprecisa, pero en términos generales se puede considerar como la estructura más nuclearizada dentro de un sistema de parentesco. Se encuentra en transformación constante mientras que éste es estable y perdura. Las familias suelen ser co-residentes, por lo que se denominan en muchas formaciones sociales como "casas". Según P. Laburthe-Tolra y J.P. Warnier (1998) son un instrumento fundamental del proceso de condicionamiento sociocultural que afecta a todo individuo en una formación social, por ser el ámbito de su educación básica (donde aprende conceptos y tradiciones) y de la formación y reproducción de la mentalidad, al tiempo que de determinados intereses económicos, sociales y políticos (junto con el matrimonio). Contribuye incluso a generar estilos afectivos.

- *Linaje*: Sería una familia extensa en constante transformación por procesos de fisión, denominados "segmentación". Posee un antepasado común que no suele remontarse más de tres o cuatro generaciones en el tiempo, por lo que la línea de descendencia es conocida por los miembros del linaje. Según C.P. Kottak (1999), su línea de filiación es demostrada y no estipulada, como ocurre en los clanes. En la mayoría de las sociedades campesinas, según P. Laburthe-Tolra y J.P. Warnier (1998) estudiadas antropológicamente, se detecta la existencia de una figura (paterna generalmente) que aglutina la autoridad religiosa, política, económica y jurídica dentro de cada linaje. (estos autores no determinan si este esquema de relaciones de autoridad es extensible a los linajes en sociedades de cazadores-recolectores y primeros agricultores). L. Mair (1975), apuntaba también que en determinadas sociedades la adscripción a un linaje se puede hacer por elección del individuo y del grupo, mediante mecanismos de afinidad, como vimos anteriormente (adopción, matrimonio, etc.).
- *Clan*: Se puede definir un clan como un conjunto de linajes, una agrupación amplia que basa sus vínculos en una línea de descendencia común a partir de un antepasado mítico (héroe fundador) que se remonta a un tiempo igualmente mítico. Suelen reconocerse por el respeto a unas normas comunes, por poseer un nombre, emblemas y ritos de agregación definidos e inalterables de generación en generación. De hecho, su permanencia y su carácter inmutable suelen ser otra característica que los define y diferencia de los linajes y familias. Por tanto, los linajes se diferenciarían de los clanes en función del carácter real (linaje) o mítico (clan) del antepasado común que los vincula, y por su grado de perduración. La unión de varios clanes se denomina "fratría".
- *Casta*: También "estamento", sería aquél grupo social (corporado) cuya principal característica es su imposibilidad de mezclarse genéticamente (de establecer relaciones de filiación biológica) con otras castas y su posición de superioridad o inferioridad respecto de los otros estamentos en el marco de una estructura jerarquizada de la sociedad. La separación radical entre los miembros de una casta

y los de otras se manifiesta a todos los niveles de la vida cotidiana: los circuitos de intercambio de objetos, la distribución de castas en el territorio (barrios-gueto en las ciudades), etc. Aunque es propio de sociedades estatales, se trata de un tipo de agrupación social que se fundamenta en el parentesco y la transmisión del mismo por vía hereditaria.

□ *Otros tipos de grupos:*

- *Clase social:* El concepto marxista para clasificar la población de un colectivo es el de "clase". Pero se trata de un concepto en torno al que ha existido polémica desde finales del s. XIX, por darse la circunstancia de que K. Marx no llegó a definirlo en ninguna de sus obras. Fueron sus seguidores, entre ellos Lenin, por ejemplo, pero también más recientemente Kautsky, Lukàcs y Gurvitch, quienes desarrollaron *a posteriori* el sentido del término.

Recogemos aquí la aportación de M. Harneker quien establece que el término se podría definir en dos niveles, el del modo de producción y el del contexto concreto de cada tipo de formación social. Pero en general, dice de las clases sociales que son grupos antagónicos diferenciados por ser uno el que se apropia del trabajo del otro a causa del diferente lugar que ocupan ambos en la estructura económica de un modo de producción determinado. (M. Harneker, 1969, p.168).

- Así, resultarían, en principio, sólo dos clases sociales en todo modo de producción: la de los explotadores y la de los explotados, pudiendo, eso sí, subdividirse cada una de ellas en subclases o fracciones de clase.

Pero también podría darse el caso, en una formación social determinada, de que convivieran diferentes modos de producción, más o menos estáticos o en transición, por lo que podrían desarrollarse paralelamente más de dos clases y fracciones de clases correspondientes a diferentes sistemas económicos, unas desde posición dominante y otras, subordinadas.

Como podemos ver, el criterio empleado por los autores marxistas para definir las agrupaciones de los individuos en el contexto de una formación social es el de su posición en el marco de las relaciones sociales de producción. Por tanto, no sólo tiene en cuenta el papel que desempeñan en la organización del trabajo (su función: qué hacen y cómo lo hacen) sino también el modo y la proporción en que reciben la parte de la riqueza generada con ese trabajo (la posición en que los colocan tanto la distribución del producto y el excedente como la "política laboral" vigente). Se trataría de un criterio de clasificación más amplio que el meramente funcional, por lo que M. Harneker, con otros autores, plantea que los términos de grupo social y clase social no son intercambiables.

No obstante, pese a que los criterios empleados para establecer las categorías de grupos sociales pueden ser diversos, la mayoría de los investigadores, tanto antropólogos como prehistoriadores, plantean la

enorme complejidad de la organización social de todo tipo de colectivos conocidos- **formaciones sociales**-, (entendiendo este concepto como el que define a las sociedades reales, que se concretan en un tiempo y un espacio específicos, frente al concepto de modo de producción, que es un modelo teórico).

Independientemente del tipo de organización económica o política que impere en ellas, suelen darse al tiempo (tanto de forma inconsciente como socialmente reconocida por sus propios protagonistas) diferentes formas de agrupación, cada una en función de uno o varios criterios específicos, incluyendo los de tipo socio-biológico (edad y género), de función social (también laboral, pues la división del trabajo es una constante en todas las sociedades conocidas, según P. Laburthe-Tolra y J.P. Warnier, 1998), de grado y tipo de implicación en el sistema económico, o de interés (asociación voluntaria en agrupaciones definidas a nivel ideológico generalmente - por religión o ideología-).

En toda formación social (y no sólo en las más recientes o consideradas "complejas", de tipo estatal) se podrían identificar grupos o clases de cada tipo de los mencionados, interactuando entre sí en relación dialéctica, pues un mismo individuo suele poder agregarse a varios de estos grupos a la vez dentro del marco normativo ("legal") de su propia sociedad y además ser clasificado por observadores externos en varias categorías de agrupación también al tiempo. Podríamos concluir, por tanto, que hablamos de categorías no intercambiables, pero sí compatibles entre sí.

De esta manera, la clasificación de modelos de organización social existentes entre los humanos habría de hacerse teniendo en cuenta, no el único sistema detectado en el seno de cada formación social (puesto que no parece darse sólo uno), sino el **sistema dominante**, el que posee un mayor peso, vertebrando las relaciones entre sus miembros de forma más directa o que condiciona el resto de sistemas coexistentes (al igual que ocurriría con los modos de producción, según J.A. Cámara, 1998).

Pero ése tampoco puede ser el único criterio para determinar el tipo de organización social de un colectivo humano, pues las relaciones sociales no se establecen sólo en función de los tipos de grupos o clases en que se divide la población, sino también en función de la forma en que estos grupos interactúan entre sí. Que su forma de articularse sea de tipo **horizontal o vertical** establece diferencias importantes entre los sistemas de organización social y es un factor crucial en la determinación de si se puede o no hablar de clases sociales e incluso de castas-estamentos en su seno.

Como decíamos anteriormente, ésta es la única cuestión que sigue en discusión: en qué modelos de organización social y en qué momento temporal comienzan a darse unas relaciones de tipo vertical entre los grupos sociales, generándose así estratificación económica y jerarquización interna (dicho de otra forma, situaciones de superioridad-inferioridad), y pudiendo, en consecuencia, comenzar a clasificar a su población en clases sociales.

□ *Tipos de estructuras sociales y conceptos asociados:*

- *Tribu:* Normalmente, la antropología actual cataloga una tribu como un conjunto de clanes que comparten unos rasgos culturales (lengua, religión) y un territorio determinado. El concepto de tribu, por tanto, hace referencia más directa a un modelo de organización social de los grupos corporativos que la componen, teniendo en cuenta su tiempo y su espacio concretos, que a un determinado tipo de grupo. Sería más correcto por tanto hablar de *sociedad tribal*.

Así pues, no parece existir una diferencia muy marcada ente ésta y lo que determinados autores catalogan como *Sociedad clánica*. Ambas se caracterizarían por basarse en el parentesco para establecer la agrupación de los individuos y la configuración de segmentos dentro de la comunidad. Su identidad se justificaría en el mantenimiento de dicha filiación con los antepasados muertos en los dos casos. El empleo de uno u otro término parece responder exclusivamente al énfasis concedido, bien al tipo de grupos que la componen o bien al conjunto resultante.

- *Sociedades segmentarias:* Por segmentación se entiende antropológicamente el proceso de segregación de subgrupos dentro de un grupo corporativo mayor. En principio, esas subdivisiones no llevarían implícita ninguna diferenciación de derechos, deberes, funciones, o un reparto desigual del trabajo y la riqueza, por lo que se considera que sus relaciones sería de tipo horizontal. L. Mair (1975) recoge los estudios efectuados sobre los Nuer y los Talensi africanos a principios del s. XX, y C. P. Kottak (1999) añade también a los Tiv de Sudán, definidos como sociedades segmentarias porque todas sus divisiones grupales (linajes en estos casos) poseían a ojos de los antropólogos una estructura semejante y actuaban en el mismo plano a nivel socioeconómico, aunque internamente, cada linaje poseyera su propia estructura de rangos y un jefe -patriarca- con autoridad definida. Así, muchos autores contemporáneos utilizan aún este término para referirse a organizaciones sociales no disimétricas.

No obstante, también hay autores que prefieren no considerar estas sociedades como horizontales, sino sólo como carentes de jerarquización política, pues la estratificación económica existiría en ellas, aunque a un nivel bajo de desarrollo. Investigadores como M. Carrilero (1991), desarrollando según M^a P. Román (1996) una idea a su vez de Testart, incluyen es este modelo de sociedad a las que denominan como *sociedades de linajes* con "explotación limitada", por considerar que aunque existe dicha explotación en su seno, ésta no es dominante en las relaciones de producción. Para él, la sociedad de los constructores de megalitos se podía considerar de este tipo precisamente porque en ella, las relaciones de parentesco empiezan a servir como instrumento de encubrimiento de las relaciones de dependencia que genera la explotación incipiente. La considera un modelo de sociedad en transición hacia el sistema estratificado y jerarquizado.

- *Sociedades de rango:* El rango puede definirse como un estatus que lleva implícita ciertas diferenciaciones de tipo económico y /o político con

respecto a los demás rangos. La base de la agrupación por rangos es siempre filial, transmitiéndose los privilegios alcanzados por cada rango por vía hereditaria. Las sociedades de rangos organizarían sus grupos y subgrupos verticalmente, con relaciones de superioridad-inferioridad entre ellos, por el acceso diferencial a los recursos y servicios y el ejercicio de actividades políticas diferenciadas también. Hay ejemplos etnográficos del proceso de establecimiento de rangos por efecto de la aplicación paulatina, generación tras generación, de una relación verticalizada en la reagrupación de segmentos de varias tribus diferentes.

- *Sociedades jerarquizadas*: Una jerarquía supone la existencia de relaciones de subordinación y dominación entre grupos sociales en términos políticos-ideológicos principalmente. El término, cuyo significado en griego equivale a "orden sagrado" hizo en sus orígenes referencia al poder de orden religioso, para después comenzar a ser empleado antropológicamente con un sentido más amplio, pero todavía asociado a los conceptos de autoridad y de obediencia entre rangos y entre individuos. Los diferentes segmentos de población que compondrían una Sociedad jerarquizada se relacionarían entre sí conforme a un esquema vertical, con diferencias de acceso a la riqueza o a determinados servicios/privilegios, y con diferencias de nivel de vida entre sí. En todas las sociedades conocidas con jerarquías, existe algún nivel de explotación y por tanto, de disimetría social. Por último, pese a que en una sociedad jerarquizada, rango y autoridad suelen darse juntos, no necesariamente tiene que ser así, según muestran diversos estudios etnológicos recogidos por L. Mair, y entre los que son paradigmáticos los efectuados sobre los Nuer, del sur de Sudán.
- *Sociedades estratificadas*: En la literatura antropológica, la estratificación es entendida como la superposición de capas. Para la mayoría de los autores (aunque no todos), cada capa se diferenciaría de las otras por la atribución de derechos, privilegios y atribuciones para sus miembros superiores respecto a los de otra capa, siendo muy poco permeables entre sí. Este término se podría diferenciar del de jerarquía por atender a aspectos socioeconómicos en el establecimiento de las diferencias entre los grupos. De cualquier forma, las relaciones entre ellos serían igualmente verticales y desiguales, con situaciones de explotación.
- *sociedades clasistas (iniciales)*: serían aquellas en las que la población estaría dividida en grupos relacionados entre sí jerárquicamente (verticalmente) y entre los que existirían relaciones de dominación y explotación y diferencias evidentes de riqueza y nivel de vida, por la acumulación diferencial de los excedentes a que daría lugar dicha explotación.

Como vimos anteriormente, el concepto de clase social está aún sujeto a interpretaciones diversas. Mencionamos la definición más estricta, pero conviene también aclarar que se suele utilizar el término con otras connotaciones. Para la sociología americana, las diferencias en

el nivel de riqueza serían la característica definitoria de las clases. Sin embargo, para otras corrientes marxistas, las clases sociales se establecerían en relación al concepto de propiedad privada, siendo las dos clases principales la de los propietarios y la de los trabajadores no propietarios. En determinados casos, las clases sociales se han definido también como grupos con conciencia de su propia identidad diferencial. En este caso, el concepto de conciencia de clase se refiere al conocimiento por parte de una clase social de sus intereses específicos en una situación objetiva (M. Harneker, 1969).

Por último, nos referiremos al empleo del término en el campo de investigación que nos ocupa. Entre los prehistoriadores de corrientes marxistas que lo tienen como referente (Nocete, Cámara Serrano, Arteaga, etc.) existe cierto consenso acerca de que bastaría la constatación de la apropiación del trabajo de otros (entendido éste como medio de producción) por parte de un grupo de población y no necesariamente a través de fórmulas de privatización tal y como se entienden en las sociedades capitalistas, para poder decir que las diferencias de acceso a los servicios sociales y de dominación derivadas de dicha apropiación generarían la diferencia de clases. Esta diferenciación, además de ser de carácter económico lo sería funcional, puesto que cada clase se ocuparía de un tipo de actividad (trabajadores del campo, artesanos especialistas, gestores-organizadores, especialistas religiosos, etc.).

Por tanto, este término, aplicado a la prehistoria reciente europea, haría referencia al modelo de organización social, incorporando aspectos relativos a la redistribución de la riqueza, a la apropiación (más que propiedad) y a la especialización laboral (división del trabajo). Podríamos decir también, que en el modelo de organización social clasista, predominarían los factores de índole económica en el sistema de diferenciación grupal y de adscripción de los individuos a cada grupo, por encima de los de tipo filial (aunque éstos estén presentes), llegando sus propios protagonistas a ser conscientes de ello y a sancionarlo moral y jurídicamente.

b. Sistemas de organización política:

- *Poder, autoridad, legitimidad, obediencia, gobierno:* Son los conceptos básicos en el discurso antropológico para definir los sistemas políticos de toda sociedad.

Por "**poder**" se entiende la capacidad de un individuo o grupo para ejercer una coacción y obtener de otro alguna cosa o algún acto que desea (P. Laburthe-Tolra y J.P. Warnier, 1998), aunque una definición más genérica, que recoge la de M. Weber, es la de la capacidad para imponer a otros la voluntad propia.

En cambio, la **autoridad** sería el ejercicio socialmente admitido y aprobado del poder (C. P. Kottak, 1999), el poder legítimo. La **legitimidad**, por tanto, sería una construcción social que otorga validez y reconocimiento a una forma de expresión del poder y la **obediencia**, el resultado de la aplicación de dicho poder, entendido como la imposición de una voluntad

ajena al que obedece, tal y como hemos visto anteriormente. Ambos conceptos son inseparables de la idea del ejercicio del poder en todas las sociedades conocidas.

Por último, nos referiremos al **gobierno**, entendido, por un lado, en tanto que acción y por otro, como institución. La acción de gobernar suele entenderse en la literatura antropológica como el ejercicio del poder en el marco de una determinada organización política, por lo que el término podría emplearse en relación a cualquier tipo de sociedad. En cambio, la existencia del gobierno como institución es objeto de discrepancias, desde que Evans-Pritchard y Fortes establecieron que se trata de algo exclusivo de las sociedades estatales y otros autores lo discutieran, entendiendo como formas de gobierno las encarnadas por las jefaturas o los *Big-men*.

En cambio, en torno al concepto de **organización política** si parece haberse alcanzado un consenso en los últimos decenios (pese a que en los años 60 y 70 fuera también objeto de discusión científica). Hoy día se admite que toda formación social posee una organización política (dentro del nivel de la superestructura, desde la óptica marxista – I de la Cruz, 2002) cuya expresión cotidiana son las diferentes actividades políticas que regulan y dan soporte al sistema de normas, derechos y obligaciones (L. Mair, 1975). Estas actividades podrían resumirse (desde el punto de vista funcionalista) en la organización de actos públicos o colectivos, la toma de decisiones por los demás, la representación del colectivo y el mantenimiento del orden.

Por último, con respecto a la relación ente los sistemas políticos y los sistemas de organización social, diremos que en las sociedades pre-estatales ambas son esferas muy interconectadas, existiendo grupos establecidos por criterios no filiales con funciones políticas en prácticamente todas las sociedades conocidas, así como diferentes tipos de autoridades que se ejercen de forma diferente sobre cada tipo de grupo social.

- *Sistemas descentralizados:*

En este grupo de sistemas políticos se integran, según la mayoría de los antropólogos, los sistemas característicos de las bandas de cazadores-recolectores y de algunas tribus con sistemas de relaciones sociales de tipo horizontal (siguiendo la terminología de Service y los conceptos a ella asociados).

Son considerados **sistemas "acéfalos"** o sin una única entidad que aglutine las funciones políticas principales. Éstas existirían y se ejercerían, pero a diferentes niveles y por parte de diferentes individuos y grupos, apareciendo repartidas o distribuidas entre ellos en función de diferentes criterios y con una duración también cambiante según cada formación social.

Así pues, el rasgo distintivo de estos sistemas políticos sería, no la inexistencia del ejercicio del poder, sino el reparto del mismo entre determinados individuos (que tampoco todos, pues los niños, las mujeres y

determinados hombres suelen estar siempre fuera del circuito de reparto) como los jefes de linaje o clan e incluso chamanes, o grupos, del tipo de los consejos de ancianos o de jefes de familia o de clan. Igualmente, este tipo de ejercicio del poder estaría restringido/delimitado por dos factores: su carácter temporal en muchos casos y el hecho de que en otros muchos sea impuesto a quienes lo detentan por parte del colectivo y generalmente, debido a su rango de edad, sus especiales cualidades personales o por las necesidades derivadas de una determinada coyuntura de crisis.

Los estudios realizados con los Aborígenes australianos o los Bosquimanos africanos muestran este sistema de jefes electivos y circunstanciales en su expresión más básica (que no sencilla), mientras que los referidos a los Beti de Camerún, los Tiv de Nigeria o los Nuer de Sudán evidencian un grado mayor de complejidad por producirse la integración de numerosas tribus bajo un mismo esquema de "gobierno" descentralizado. P. Laburthe-Tolra y J.P. Warnier (1998) incluyen en esta categoría incluso a las tribus de Tuareg, los Beduinos y los Beluches.

En estas sociedades, la actuación política, que aparece distribuida ente los grupos de edad, los grupos de descendencia y los generados por asociación voluntaria, suele ir encaminada a la resolución de conflictos por vía pacífica y dialogada, alternándose las "jurisdicciones" familiar y no familiar con relativa frecuencia. No existen instituciones específicas para el ejercicio de ninguno de los diferentes tipos de poder y aunque existan rango/status en el seno de sus unidades de linaje, éste no se hace perceptible en los procesos de toma de decisiones. Las estrategias de limitación del ejercicio exclusivo del poder y de su concentración en pocas manos que mencionamos anteriormente suelen ser sancionadas por la "costumbre", o legislación de tipo consuetudinario, que marca el comportamiento colectivo de la sociedad. Las sanciones impuestas por el incumplimiento de dichas normas suelen ser bien de tipo moral o bien la exclusión social, en raras ocasiones son del tipo de la coacción física. Finalmente, la religión juega siempre un papel preponderante como instrumento de vertebración de la ideología dominante y por tanto como el marco de definición y afirmación de las normas y del propio sistema político diseñado para cumplirlas.

- *Sistemas Centralizados pre-estatales:*

En esta categoría incluyen los antropólogos los dos modelos conocidos (también siguiendo la terminología de Binford y Service) como de **Big-men** y de **Jefaturas**. En ambas, el poder se encontraría ya centralizado, aglutinado en un individuo o grupo con características especiales.

En el caso del **Big-man**, aún se trataría de un poder concedido y no heredado (diferencia con respecto a los modelos aristocráticos), personal e intransferible, pero diferenciado del poder del jefe de tribu, de clan o del consejo de ancianos del modelo anterior en su grado de concentración. Son las sociedades tribales, pero con evidencias de estratificación económica y por tanto, disimetrías sociales, de Melanesia, Papuasias, los Ejick e Igobo de

África, entre otras, las que han proporcionado los ejemplos etnográficos de este sistema político.

Una **jefatura** sería, por el contrario, un grupo de población ya establecido como "poseedor" de los privilegios y responsabilidades derivados de la aplicación del poder, ejercido ya de forma permanente. Es frecuente que se trate de un grupo vinculado por parentesco, o incluso sea en si mismo un clan diferenciado del resto (C. P. Kottak, 1999). No obstante, también se dan casos (más escasos) en que una jefatura puede englobar otros grupos diferentes de filiación, no emparentados entre si, que se vinculan por el principio de territorialidad (Islas Hawai, según P. Laburthe-Tolra y J.P. Warnier, 1998). En algunas situaciones, este territorio llega a poseer fronteras incipientes.

Las consideradas etnográficamente como sociedades de jefaturas muestran ya una jerarquización interna plena, con un grupo social especializado en el ejercicio del poder (élite), aunque se han constatado muchas formas posibles de materializarse, tantas como formaciones sociales estudiadas, estando la frontera con el modelo de organización política estatal poco definida. Ello da lugar a continuas discrepancias aún en torno a si considerarla de uno u otro tipo, en la actualidad, como hemos comentado páginas atrás.

En algunas de estas formaciones sociales, como la de los Bamileke del sudeste de Camerún (P. Laburthe-Tolra y J.P. Warnier, 1998), se documentan todavía grupos de poder como los consejos de jefes o de ancianos, pero con tendencia ya a disolverse o a ser absorbidos por la élite emergente. Suelen primar en ellas los vínculos filiales sobre los de tipo socioeconómico, pero ya comienza a darse la estratificación. La explotación ejercida por este grupo puede incluso materializarse a través de sistemas tributarios, generando modelos de esclavitud y clientelismo y la religión sigue ejerciendo como vehículo de legitimación y justificación del status de poder de la jefatura.

En los casos en que la tendencia autocrática se concreta en la acumulación de poder unipersonal, la figura del "jefe" aparece como un *primus inter pares*, sucesor del héroe fundador del principal linaje de la élite política y como intermediario con los dioses o sacerdote principal, si la religión ya está institucionalizada. El poder ya se asocia con prestigio y con cierto tipo de ostentación.

Antropólogos como C. P. Kottak (1999) consideran la "sociedad de constructores de megalitos" como un tipo de sociedad de jefaturas, estableciendo comparaciones entre el registro arqueológico y diversos estudios etnológicos efectuados en la Polinesia.

Independientemente del tipo de relaciones sociales subyacentes, este término haría referencia al modelo de organización de la toma de decisiones y la representatividad grupal.

Pero aún habiendo aclarado esta cuestión, sigue siendo un término algo ambiguo. Han sido varios los autores que han intentado acotar su significado mediante la diferenciación entre tipos de jefaturas. K. Kristiansen (2001) aboga por seguir el ejemplo de Earle y Steponaitis

quienes proponían diferenciar entre jefaturas simples (las propias de economías de productos básicos a gran escala) y jefaturas complejas (las correspondientes a economías de bienes de prestigio con atesoramiento).

- *Sistemas centralizados de tipo estatal:*

En este modelo de organización política el poder estaría ya totalmente concentrado en manos de un individuo o grupo. El ejercicio del mismo se desarrollaría a través de instituciones dotadas de identidad, con una estructura de funcionamiento interna con normas propias, la administración. El grupo de personas ocupadas en tareas administrativas seguiría formando parte de la clase explotadora, pero se convierte en un nuevo grupo desde el punto de vista funcional, incrementándose así el grado de diferenciación laboral en el seno de la formación social en cuestión. Los vínculos filiales se mantienen como garante de la transmisión del poder de generación en generación, pero el grupo funcional no tiene por qué estar relacionado por vía hereditaria.

El poder se ejerce siempre desde un ámbito territorial definido (el estado se define en un espacio concreto, diferenciado de otros por fronteras) y suele ir acompañado del uso de la coacción directa, de tipo físico, además de la ideológica. Las sociedades que suelen organizarse políticamente como estados son ya totalmente estratificadas, primando los aspectos económicos como criterios de diferenciación y el sistema clánico de organización social no posee ya relevancia.

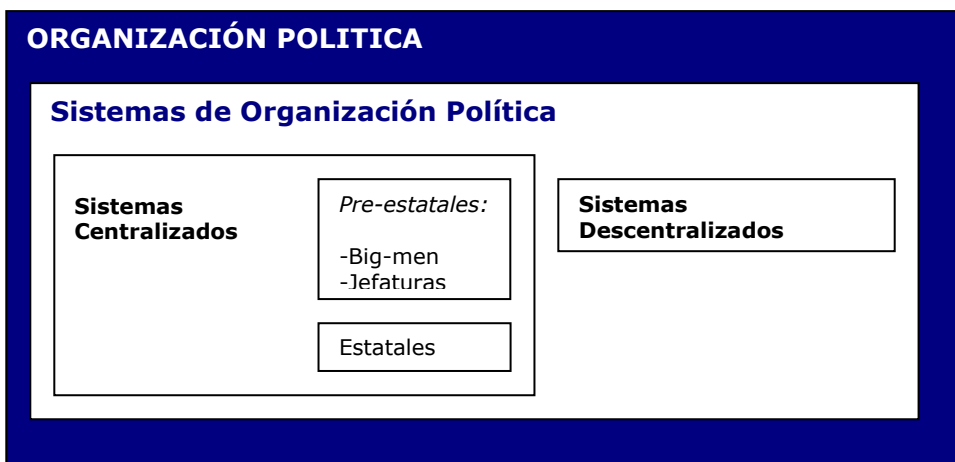
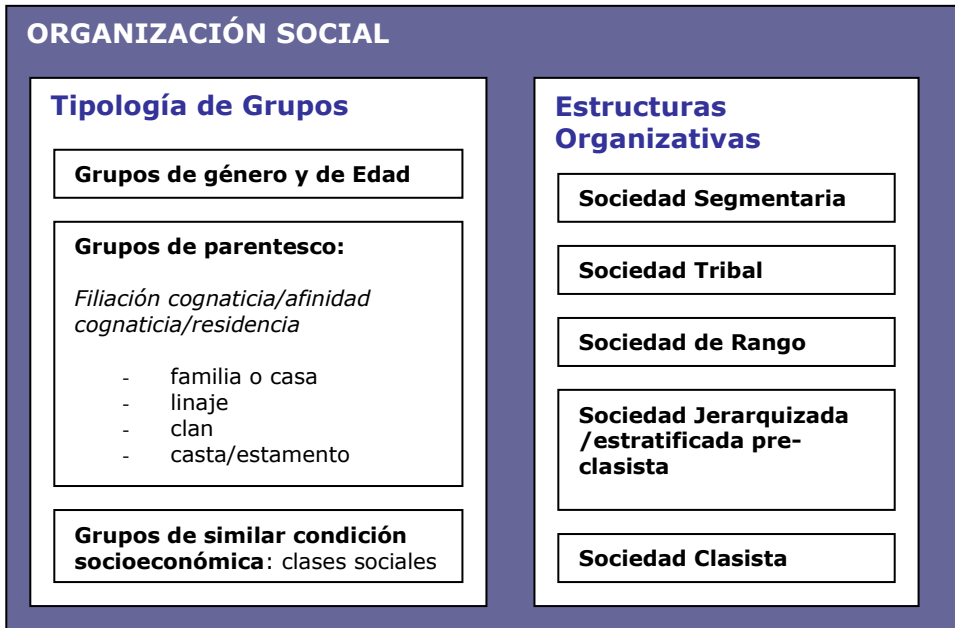
Esta definición de **estado**, vigente desde mediados del s. XX y depurada por autores como Redman (1990), se aplica a formaciones sociales muy diversas, entre las que encontramos muchas en transición desde modelos de jefaturas y otras en las que aparecen interactuando varios sistemas de organización social y política al tiempo.

Los estudios etnográficos sobre sociedades pre-estatales o estatales iniciales del tipo de las de los Talensi, los Alus de Uganda o los Shilak del alto Nilo, (L. Mair, 1975) revelan que pueden existir sistemas políticos de tipo estatal en sociedades relativamente pequeñas (formadas por dos tribus exclusivamente), igual que en aquellas que aglutinan grandes cantidades de población. También evidencian que el gobernante puede delegar funciones y mantener consultas acerca de las decisiones políticas a adoptar con otros órganos de gobierno característicos de sociedades no estatales, como ya hemos visto: consejos de ancianos y de clan. Se mantendría así, hasta cierto punto, el papel de los vínculos filiales en el sistema de organización interna de la sociedad, a través del control de algunas actividades de tipo ritual principalmente.

La cuestión candente en la actualidad es la de la confusión entre el concepto de "estado", entendido como sistema político, y el de "estado" como tipo de sociedad. Desde la óptica marxista, el estado podría desarrollarse en tres modelos diferentes de modos de producción (el esclavista o asiático, el germánico y el capitalista, así como en otros modelos de transición), siendo entendido por tanto, como un esquema de organización política, como hemos visto hasta hora.

Pero en la literatura arqueológica de corte marxista encontramos en ocasiones que se emplea el término "sociedad estatal" para definir un modelo de organización global, llegando a aplicarlo al nivel del reconocimiento de formaciones sociales específicas, con lo que sólo se contribuye a la confusión en el debate.

CUADRO RESÚMEN DE CONCEPTOS RELATIVOS A SISTEMAS DE ORGANIZACIÓN SOCIAL Y POLÍTICA



III. 3. Propuesta de definición alternativa a los términos de "sociedad compleja" o "sociedad de jefaturas":

Volviendo a la caracterización de las sociedades del IV y III milenios a.C. en el occidente europeo y al empleo de los términos funcionalistas o

marxistas para definir sus sistemas de organización, desarrollaremos un poco más la idea anteriormente expresada de la utilización indiferenciada o escasamente rigurosa de muchos de los términos definidos y los problemas de comprensión a que da lugar este hecho.

Como acabamos de ver, los conceptos empleados por los prehistoriadores para referirse a las formaciones sociales constructoras de megalitos responden a diferentes aspectos de la organización social y política de unas sociedades con características económicas igualmente diferenciadas. Tal y como hemos visto, y manteniéndonos en la esfera de la terminología funcionalista, sabemos que pudieron haber existido sociedades tribales con o sin jefaturas; jefaturas con diferentes niveles de estratificación social en su organización interna y sociedades jerarquizadas que mantuvieran el sistema clánico como fundamento de su organización mientras otras ya estaban estrictamente estratificadas. Por lo tanto, es conveniente tener presente que los términos referentes a la estructura social y los definitorios de modelos políticos no son intercambiables, aunque si se pueden asociar para proporcionar una imagen completa de la estructura socioeconómica y la superestructura política de una formación social dada. Todo lo cual reviste una enorme "complejidad".

El objeto de las definiciones genéricas y las clasificaciones en prehistoria debería ser el de permitir a toda la comunidad científica emplear un único término válido y comprensible por todos. Los graves problemas de incomunicación derivados de la utilización de unas terminologías demasiado específicas y cargadas de connotaciones pocas veces explicitadas por los autores que las emplean, limita las posibilidades descriptivas. El empleo poco riguroso de un vocabulario a veces, también impreciso, y por tanto, simplista, da lugar a confusiones interpretativas cuando se utiliza en ámbitos académicos y de investigación.

Para evitar esta circunstancia, autores como J. Alcina Franch (1989) y otros han reivindicado homologaciones terminológicas y conceptuales en Arqueología y en Historia en general para progresar en los estudios. F. Molina, (1998) hace este llamamiento referido concretamente al panorama de la investigación del *Neolítico y Calcolítico* Peninsular, es decir, en el marco en el que se sitúa este trabajo. Con él coinciden otros como L. García Sanjuán y V. Hurtado (1996) en su análisis del *Calcolítico* del Sur Oeste, y A. Blasco, M. Edo y M^a. J. Villalba (1995).

Para O. Arteaga (2002), sería necesario incluso prescindir del todo del empleo de los términos neoevolucionistas de bandas, tribus, jefaturas porque contribuyen a mantener el enfoque funcionalista con que fueron acuñados y utilizados en su momento por los autores de la corriente de la ecología cultural y el procesualismo funcionalista. Critica igualmente la homologación entre el modelo antropológico mencionado con el esquema de la evolución lineal del *Paleolítico* (bandas), *Neolítico* (tribus) *Calcolítico-Bronce* (jefaturas). Desde su punto de vista, que compartimos, esta asimilación artificial de conceptos ha generado una enorme problemática con implicaciones epistemológicas y a nivel interpretativo.

Pero dado que los esfuerzos por uniformizar, realizados con vocación integradora en unos casos, y para plantear alternativas válidas en otros, no han logrado aún ser concluyentes, creemos que puede ser útil que optemos aquí por una definición terminológica que consideramos apta para acotar conceptualmente el tipo de sociedades sobre las que versa este trabajo y que, como hemos visto, se relacionan con las tradicionalmente consideradas "complejas" o de "jefaturas".

Utilizaremos el término **sociedades campesinas jerárquicas** (o en **proceso de jerarquización** en el caso en que sea necesario introducir el factor diacrónico en la descripción).

En primer lugar, el concepto de "sociedades campesinas" hace referencia al modo de producción dominante (definido por autores como J.M. Vicent y otros). Abundaremos en este concepto más adelante, para aclarar su sentido y definirlo más extensamente.

En segundo lugar, consideramos que es pertinente completar su significado con el concepto de jerarquización (antes que el de estratificación) porque es el que mejor se adapta a las evidencias arqueológicas existentes hasta el momento.

Aunque el concepto de formación social campesina implica en sí un determinado modo de organización, no sólo económica sino también social, creemos que queda mejor explicitado el tipo de relaciones entre segmentos sociales característico de las comunidades a las que aquí nos referimos si se acompaña del término "jerárquica" (pues podríamos hablar de sociedades de primeros campesinos en las que no existieran aún unas relaciones de tipo vertical ni disimetrías sociales plenamente desarrolladas).

Por otro lado, preferimos emplear el concepto de relaciones jerárquicas al de relaciones de clase (pese a provenir de un contexto funcionalista) por considerar que ambos llevan implícita la idea de la existencia de relaciones diferenciales, de dominación-subordinación y de explotación incipiente entre los grupos sociales integrados en una estructura vertical, por lo que no sería necesario recurrir al segundo para dejar clara esta circunstancia. Coincidimos con Nocete y Cámara Serrano en su interpretación del término para aplicarlo a los estudios prehistóricos, pero las connotaciones del mismo remiten a estructuras sociales más desarrolladas, en las que la implicación de la propiedad-apropiación (ya sea del trabajo o de los excedentes del mismo) estaría más consolidada. Las sociedades del IV-inicios del III milenio estarían en tránsito hacia la configuración de las clases, poseyendo ya muchas de las características que las definen, pero pensamos que sería quizá más explicativo de su situación real el denominarlas como pre-clasistas, más que como clasistas con toda su rotundidad. Y ciertamente, el término "jerárquico" transmite más que el de "pre-clasista", por lo que consideramos el primero más útil para comunicar a otros especialistas (de ámbitos no marxistas incluso) el sentido de la definición.

Por último, no incluimos en la denominación propuesta una referencia explícita al modelo de organización política por entender que acerca de este

particular, las evidencias arqueológicas son más vagas (no sabemos con certeza si estaríamos ante sociedades con jefaturas, ni de qué tipo serían éstas). Preferimos que la referencia a la esfera política que lleva implícito el término "jerarquizado" transmita el sentido de estructura dotada de instituciones de gobierno interconectadas a diferentes niveles y supeditadas unas a otras, pero sin especificar el grado de centralización y acumulación del poder, al menos a un nivel genérico.

III. 4. Distintas propuestas de organización del proceso histórico de incremento de la complejidad social:

Una vez hechas estas reflexiones sobre los significados y aplicaciones de los términos, (principalmente el de la complejidad social), podemos profundizar en el sentido con el que se utilizan, definiendo con más exactitud qué entendemos por sociedad de jefaturas o por sociedad jerarquizada.

Pero en la bibliografía al uso la mayoría de los autores afrontan esta definición estableciendo lo que sería y diferenciándolo de lo que no, por lo que utilizan un enfoque diacrónico para presentar sus definiciones.

Estas sociedades se insertaron en procesos de transformación histórica de larga duración, (el proceso de complejización social) pudiendo entenderse como un estadio de los mismos. Por ello, las definiciones de este tipo de sociedades (por supuesto, generalizaciones y simplificaciones de la realidad histórica, pero imprescindibles para el análisis) aparecen en la bibliografía especializada relacionadas con los modelos sociales que habían poseído antes y con los que llegaron a poseer después.

Para facilitar el acercamiento a este segundo nivel de reflexión, presentamos ahora una síntesis de los modelos de secuenciación de las fases evolutivas de la prehistoria reciente propuestas por autores de diferentes corrientes.

a. Jefaturas tribales en transición:

K. Kristiansen (2001) defiende el estudio de las variables que podrían definir una sociedad de jefaturas como un todo organizado, atendiendo a las relaciones dialécticas entre ellas. Así, asocia las jefaturas con la organización tribal, basada en las relaciones de parentesco, pero también con la relación vertical (jerarquía) entre los grupos tribales y con la existencia de explotación entre ellos. Para Kristiansen, las sociedades de jefaturas habrían ejercido de plataforma para la evolución paulatina hacia las sociedades estratificadas (término acuñado por Fried, como se mencionó anteriormente).

Por lo tanto, para él no se trataría del mismo tipo de sociedades, aunque advierte de que una organización tribal constituye una forma muy general de organización social y que incluye una basta gama de formas específicas y de diferentes trayectorias evolutivas. Entiende que existirá entre ambas (jefaturas y sociedades estratificadas) una relación de

evolución, de transformación de la una en la otra, admitiendo que el propio *constructo* que es una sociedad de jefaturas no sería en sí más que un estadio, una fase de transformación.

Las sociedades estratificadas se encontrarían, a su vez, en proceso de tránsito hacia el Estado, debido a la tendencia constante observable en los estudios antropológicos sobre ellas, hacia el incremento de la explotación, no sólo grupal, sino también individual, hacia la formalización de la jerarquía, hacia modelos de organización más permanentes e institucionalizados y hacia el surgimiento de complejos sistemas religiosos. Las presenta también, por tanto, como "sociedades estatales incipientes" por poseer los rasgos básicos de una organización con pronunciada división social y control jerarquizado del territorio, pero sin instituciones burocráticas desarrolladas.

b. Clanes cónicos con jefaturas:

T. C. Lewellen (1981) plantea un modelo evolutivo en función del grado de centralización política y especialización de las instituciones, así como del grado de estratificación o jerarquización social por acceso diferencial a los recursos estratégicos. Así, distingue entre sistemas no centralizados y sistemas centralizados.

Los primeros se caracterizarían por un sistema de poder temporal y fragmentario, con liderazgo situacional, rotativo o revalidable y una estructura social basada en las relaciones igualitarias entre grupos de filiación unilineal (clanes y linajes). Los grupos de poder serían los consejos de ancianos, los grandes hombres o los consejos de pueblos asociados. No existiría en ellas un monopolio de la fuerza coercitiva ni un sistema tributario centralizado. Tampoco habría diferencia de clases y el uso del derecho sería comunitario y vendría determinado por la costumbre o la tradición. Menciona como ejemplos etnográficos a los Nuer de Sudán, Yanomano de Venezuela, Cheyene de Estados Unidos.

Por el contrario, los sistemas que él llama centralizados se caracterizarían por una mayor densidad de población y su sedentarismo, por una economía de base productiva especializada y la estratificación social en rangos o clases con roles laborales especializados. El ejercicio del poder en ellas no sería igualitario, pudiendo estar vinculado a la pertenencia a una determinada clase social –élite-. Aunque pudieran seguir funcionando los sistemas de parentesco, la organización sociopolítica ya no se establecería tomándolos como referencia. La especialización y profesionalización política (burocracia) sería otra de sus características definitorias. El liderazgo profesional asumiría la autoridad y haría cumplir un orden (la ley) específico establecido arbitrariamente.

Dentro de este grupo incluye Lewellen la "jefatura". La define específicamente como un sistema político con órganos centrales de gobierno, relativamente estables y permanentes, con una autoridad central que preside una estructura de unidades jerarquizadas por su grado de poder. El jefe ejercería una autoridad sobre grupos sociales definidos y podría poseer propiedades, incluyéndose en sus tareas la redistribución y administración de los excedentes acumulados.

A diferencia de los jefes de tribu o big men, este tipo de jefatura poseería acceso exclusivo a cierto grado de coerción, pero no poseería un carácter permanente, absoluto o hereditario. No dispondría de un aparato formal y legal para ejercer la represión o administrar el uso de la fuerza y mantener el dominio. Éste se sostendría por otros medios, de carácter ideológico (religión).

Según este autor, el modelo de organización social que suele asociarse etnológicamente con una jefatura sería el de "clan cónico". En este modelo, la posición social y política de cada individuo se define en función de su proximidad al antepasado común del clan. Este criterio establece la jerarquía entre miembros de un clan y entre los clanes en sí. Cuando este esquema se consolida, las clases en las que se divide la población quedan fijadas, establecidas de forma permanente por la vía hereditaria. Los clanes principales tienen un acceso privilegiado a los recursos y al poder, convirtiéndose en "aristocracias". Ejemplos etnográficos de este modelo sociopolítico serían a su juicio los Kwkiult de Canadá, los Tikopia de Polinesia o los Dagurs de Mongolia.

c. Jerarquías tributarias:

A. Gilman (1987, 1996) equipara sociedad compleja a sociedad jerarquizada. En su definición de la misma aparecen unas élites incipientes que organizan la producción colectiva a través de un sistema político de jefatura. La diferenciación social entre las élites y el resto de la población estribaría en al detracción coercitiva de una renta sobre la producción y los medios para obtenerla (ya sean tierras o infraestructuras). Con esta aportación se convirtió en el precursor del concepto de "modo de producción tributario". La explotación directa sobre los productores comenzaría en el "calcolítico", con el desarrollo de las economías de rendimientos aplazados y las posibilidades que éstas ofrecen de extorsión y apropiación del excedente.

El siguiente estadio para este autor se caracterizaría por un modelo aún de jefaturas, con relaciones parentales de tipo clánico, pero en el que empieza a observarse una jerarquización entre los propios clanes, preludio de la estratificación social a que daría lugar el desarrollo de la estructura de clases. La superestructura ideológica en esta fase mantendría los esquemas "igualitarios" del modelo parental previo, quizá intencionalmente o quizá por la mayor lentitud con la que se modifica la mentalidad normalmente, encubriendo así los cambios sustanciales en el sistema socioeconómico. Pero el énfasis en los ritos comunales también podría haber constituido un intento de solución del incremento de la tensión social y el conflicto interno.

En el siguiente período, (conocido como del Bronce), la clase dirigente ya estaría consolidada siendo la única detractora de la renta agraria y poseedora de bienes de prestigio con los que haría manifestación pública de su poder. Gilman plantea que ésta posiblemente comenzara en esta fase a desarrollar cierta conciencia de clase (a considerarse como un grupo diferenciado de los otros, con intereses propios) y haría también uso de la fuerza para mantener sus privilegios en este modelo de sociedad estratificada de clases, aunque pre-estatal por no haber desarrollado aún "instituciones" burocráticas.

También se plasmaría este proceso en los cambios ideológicos y por consiguiente, del ritual religioso, ya patente a nivel de cultura material, pese a que el "lenguaje" del parentesco pudiera seguir siendo utilizado para establecer la normativa de las relaciones entre los señores y los trabajadores.

d. Agrupaciones jerarquizadas de clanes:

V. Lull, (1984) asocia sociedad de jefaturas a un modelo jerarquizado, en el que existiría un grupo dirigente que controlaría el trabajo del resto mediante coerción extraeconómica. Para él este tipo de sociedad se dio en nuestra Península en el *Bronce* y la base del poder político de la élite provendría del control de los intercambios de productos, de la redistribución. Mientras que para otros autores como A. Blasco, M^ªJ. Villalba y M. Edo (1997), las sociedades complejas no serían necesariamente jefaturas, pero sí agrupaciones jerarquizadas de clanes.

J. M. Vicent (1990) comparte esta idea, al afirmar que en el momento en que las contradicciones internas implicadas en las relaciones de producción de los modelos parentales de tipo clánico del neolítico alcanzaran su desarrollo máximo, evolucionarían hacia un sistema de relaciones jerarquizado, en el que la desigualdad entre los clanes quedaría cada vez más asentada dentro de un modelo tribal. La inmovilidad característica de las relaciones de parentesco filial unilineal (basado en la consanguinidad) acabaría por adscribir a los individuos a determinados clanes de forma permanente, perpetuando las disimetrías en el acceso de éstos a los recursos y servicios. La explotación de los clanes no privilegiados por los que se configurarían en élites se haría así también permanente, conduciendo a un modelo estratificado de sociedad, ya en el II milenio.

e. Modelo "Great Man":

Por su parte, J. E. Robb (1999) distingue claramente entre sociedad tribal igualitaria del tipo "*Great man*" (siguiendo a M. Godelier, 1986), de las demoninadas de "*Big man*" y de "jefaturas". Para él, un modelo de "*Great man*" implicaría una estructura social de clanes co-residentes en el que una autoridad ritualizada gozaría de prestigio y estatus de forma inestable, sometida a cambios coyunturales y estructurales. En cambio, el modelo de "*Big man*" describiría una sociedad, también clánica, pero más dependiente de la cohesión intra-grupal y en el que la autoridad estaría más definida y asentada, basándose en la competición, el prestigio adquirido con ella y en el control ideológico, expresado a través de referentes simbólicos.

En este modelo de sociedad, para este autor más evolucionado que el anterior, el "*Big man*" haría ya uso de mecanismos de control y extorsión, así como de manipulación para mantener estable su situación de privilegio. Finalmente, sitúa como estadio más avanzado en el proceso de complejización, al modelo de Jefatura. Según su criterio, este sistema de organización social implicaría una centralización de la autoridad y una expresión y reproducción del poder a través de la acumulación de riqueza (excedente laboral transformado en bienes de prestigio). Las jefaturas

estaría más jerarquizadas internamente y el peso del ritual como elemento controlador de la vida cotidiana sería mayor también.

f. Tribus jerarquizadas pre-estatales:

O. Arteaga (2002), desde la óptica del materialismo histórico y siguiendo en algunos aspectos a F. Nocete (2001), plantea las diferencias existentes entre las comunidades aldeanas en las que se produce el proceso de "tribalización" (término equiparable en parte al de "neolitización" utilizado por otros autores), conducente a la desigualdad socio-parental que caracterizaría el segundo estadio de evolución de las formaciones sociales complejas: las sociedades tribales. Éstas, ya jerarquizadas y con grupo dirigente instituido, evolucionarían a su vez hacia el modelo de "estado prístino", con organización social clasista y un alto grado de explotación y dominación.

g. Sociedades jerarquizadas tributarias de tipo teocrático:

Por último, recogemos la propuesta de definición de la sociedad compleja y clasificación de modelos de organización social de J. A. Cámara Serrano (1998, 2001), también enraizada en el marxismo estructuralista. Para él, las primeras comunidades productoras serían del tipo que denomina como "sociedades comunales tribales", con rasgos de comunismo primitivo pero evidencias ya de explotación de mujeres y niños, así como de los comienzos de la agresividad inter-tribal.

Éste tipo de sociedades evolucionarían para resolver sus conflictos internos hacia las de tipo tributario "teocrático". En ellas, ya existiría disimetría social entre grupos o clases sociales, por existir unas relaciones de explotación entre ellos. La explotación se manifestaría a través del control del trabajo y la detracción de renta mediante tributos.

La acumulación de privilegios por parte de la clase social detractora de los tributos daría lugar al desarrollo de modelos de organización social en los que empezaría a aparecer el esclavismo y a sistemas de control cada vez más sofisticados, pese a que la tasa de explotación sería aún baja, afectando a la mayoría de la población, salvo la élite. Todos serían "siervos del grupo en el poder".

En este modelo, la religión jugaría un papel principal, proporcionando el mecanismo de manipulación necesario para mantener la ficción de la comunidad igualitaria que proporcionaría la cohesión interna al grupo. El poder, cada vez más centralizado, tendría por tanto, una justificación de orden divino. Pero pese a todo, seguiría presentándose como una contribución a la comunidad por parte del clan dominante (siguiendo aún el esquema del *big man*).

Una vez que las sociedades tributarias llegaran al límite de su capacidad de expansión, con la jerarquización territorial característica de los sistemas centro-periferia, la ideología comunitaria se sustituiría por la "nobiliar", del grupo o clase dominante y los conceptos de "propiedad" y "posesión" adquirirían una dimensión más individualizada. El tributo agrario cobraría fuerza y la exhibición de poder y riqueza comenzaría a caracterizar a las

“élites aristocráticas” en el siguiente estadio evolutivo, el de las sociedades de tipo “aristocrático simple”.

En ellas, varios modos de producción distintos (tributario, esclavista) convivirían articulados en una situación de equilibrio-conflicto permanente y estarían basados en una alta tasa de explotación. Las relaciones de intercambio crecerían, apareciendo ya determinados rasgos de “capitalismo incipiente”. Desde ese momento, las formaciones sociales occidentales llegarían a configurarse como “sociedades gentilicias” con mayores niveles de esclavitud (siervos adscritos a familias) y un protagonismo completo de la clase dirigente (nobles) en la toma de decisiones pero conforme a un sistema político descentralizado, tipo “germánico”. Las relaciones de tipo comunitario ya serían mínimas o se mantendrían como una ficción.

Cámara plantea que una alternativa al modelo gentilicio en el proceso de desarrollo de la complejización social habría sido la de las “sociedades estatales teocráticas” (primeros estados de tipo “oriental”). En los que habrían dominado las relaciones tributarias y esclavistas, generando estructuras de gobierno muy centralizadas y dotadas de un aparato burocrático.

La selección de propuestas explicativas recogida arriba no abarca todas las existentes, por supuesto, pues podríamos incluir también las de autores como C. Redman (1990), más genérica, o las de M^a Paz Román (1998) y J. M. Vicent (1995), similares a las ya descritas). Sólo pretende mostrar la variabilidad de las definiciones y modelos explicativos del proceso de aparición de las sociedades “complejas” que existen en la actualidad y no únicamente entre defensores de tendencias divergentes, sino también entre autores de corrientes epistemológicas afines o que comparten en ciertos aspectos sus planteamientos teóricos.

Todo ello nos lleva a terminar este apartado proponiendo nuestra propia definición del tipo de sociedades que nos ocupa y de las fases de su proceso de transformación histórica, en términos generales.

h. Propuesta propia para la caracterización de las formaciones sociales de los IV y III milenios a. C. en el occidente europeo y su clasificación dentro de un esquema de los periodos históricos del proceso de complejización:

h.1. Definición:

Una determinada "formación social" se definiría por el tipo de relaciones establecidas entre los individuos del colectivo a varios niveles: *productivo*: fuerza de trabajo, medios de producción, tecnología, niveles de interacción con el ecosistema, división técnica del trabajo... *redistributivo*: relaciones sociales de producción, es decir, la organización de la producción, el sistema de propiedad, el sistema de reparto de las rentas... *reproductivo*: reproducción del estatus, reparto de roles sociales, estrategias de poder... y

organizativo: organización a nivel sociocultural: normativas de conducta, estructura política, estructura ideológica y creencias.

Así, entendemos que en los primeros momentos del proceso de complejización, se desarrollaron comunidades campesinas, de productores agroganaderos con sistemas de explotación de la tierra del tipo de las economías de rendimientos aplazados y de productos secundarios, pero aún sustentados por una baja inversión tecnológica. Con un sistema de propiedad de tierras comunal (pastos fundamentalmente, tierras de cultivos en zonas de valles fértiles), el medio de producción objeto de detracción, control y uso político sería el trabajo (fuerza de trabajo humana).

Las relaciones sociales de producción girarían en este tipo de sociedades en torno a los clanes que ejercerían de células básicas de organización de las relaciones interindividuales en el grupo. Por lo tanto, el sistema de relaciones sociales de cada grupo sería de base parental (filiación unilineal). Varios grupos-clanes podrían vivir unidos bajo la estructura de la tribu, iniciándose en algunos casos un modelo de estructuración vertical del tipo del de los clanes cónicos citados por diversos antropólogos.

Pero en las sociedades complejas que estudiamos (IV y III milenios a. C) además de este modelo de producción-organización social, existiría otro superpuesto a él, en el que se integrarían, en un marco macro-territorial, más de una tribu y que se caracterizaría por la jerarquización inter-clánica y la existencia de explotación económica de unos clanes por parte de otros, así como de niveles generales de especialización laboral: unos grupos serían productores primarios, otros intermediarios, otros se dedicarían a la producción de materiales específicos, como el cobre o el sílex y otros ejercerían de redistribuidores y de controladores de la actividad productiva y reproductiva de cada formación social completa.

La explotación directa, de tasa baja, por ejercerse desde un grupo reducido –élite- a otro amplio de población –trabajadores-, se ejercería a través de la detracción directa de los productos del trabajo (mediante tributos y servicios no recíprocos), no mediante la apropiación privada de los mismos.

En lo concerniente a la estructura política, convivirían varios niveles y tipos de organización del proceso de toma de decisiones, al igual que ocurre con los modelos de organización socioeconómica. En cada clan, la estructura familiar patrilocal (la más frecuente y extendida según estudios antropológicos) marcaría un régimen de dependencias de los miembros respecto del cabeza de familia o jefe del clan, al que se añadiría la dependencia respecto del jefe (grupo dirigente) de la tribu en la que cada clan se integrara.

A estos dos niveles se superpondría un tercero, marcado por la dependencia respecto de la élite, situada en la cúspide de la pirámide jerárquica de cada formación social a la que la tribu perteneciera. Esta clase social en desarrollo -o transición- (calificable quizá como pre-clase, como

vimos anteriormente) sería la clase explotadora y detentadora de los privilegios derivados de apropiarse de los beneficios de dicha explotación y ejercería un poder sancionado por las alianzas (marco jurídico de referencia para las relaciones de explotación a través de la tributación o detracción de servicios en forma de trabajo) y justificado ideológicamente a través de la religión. La coacción física (a través del empleo discrecional de la violencia) podría haberse dado también de forma más esporádica.

Este modelo de formación social campesina jerárquica presentaría así una organización política e ideológica centralizada superpuesta a otra atomizada que generaría una red de relaciones compleja y que probablemente se definiría a nivel ritual, precisando por ello de constantes celebraciones de reafirmación para mantenerse en activo. La disimetría vertical se sancionaría ritualmente también, así como la transmisión hereditaria de los privilegios de la élite. Así, estas formaciones sociales tendrían un modelo de identidad colectiva muy fragmentado, que igualmente sería necesario reafirmar con frecuencia para perpetuarlo.

h.2. Propuesta de clasificación de las formaciones sociales históricas:

La necesidad de ser coherente con la opinión manifestada anteriormente lleva a tener que proceder a la definición de todos los tipos de organización social, no sólo de la campesina jerárquica. Consideramos más consecuente, y útil, a efectos tanto de investigación como de debate y divulgación, definir las formaciones sociales que se han ido sucediendo en el tiempo histórico, pese a admitir que la evolución no tiene necesariamente que seguir siempre una línea ni única, ni continua.

El hecho de ordenar la siguiente clasificación conforme al criterio de incremento de complejidad no implica necesariamente que esta línea evolutiva fuera única ni rígida. La investigación arqueológica muestra que en las diferentes áreas culturales del planeta la progresión histórica de los grupos humanos presenta particularidades: algunas de estas etapas son inexistentes, otras muy matizables en sub-etapas diferenciadas, otras han tenido lugar tan rápidamente que apenas si se detecta su existencia, las manifestaciones materiales de cada Formación Social son diferentes, etc.

Todos los tipos de formaciones sociales que aquí se individualizan están definidos estructuralmente, pero se enmarcan en un proceso de progresión temporal que, unido al carácter dialéctico de la relación entre todos sus elementos, aporta a todos ellos el factor de la variabilidad y la transformación constantes.

También es imprescindible diseñar esta propuesta usando términos referentes a sus modelos de organización socioeconómica y política y no sólo a un elemento del nivel productivo como es la tecnología.

Por todo ello, con la presente propuesta sólo se pretende aportar un esquema general, susceptible de todo tipo de precisiones y concreciones tanto a nivel conceptual como en el ámbito de estudios regionales.

En primer término, definiremos las **Sociedades de Bandas de Cazadores-Recolectores:** (parangonables en principio con el Paleolítico Inferior y Medio). Se caracterizarían por desarrollar una economía de subsistencia depredadora fundamentada en las estrategias de explotación del medio de tipo carroñero o de caza menor y de recolección extensiva. Emplearían un instrumental elemental, polivalente y no especializado. Se trataría de grupos reducidos y organizados en bandas en las que no existirían más diferenciaciones internas que las derivadas de la distinción sexual o de edad, por tanto, no habría división técnica del trabajo. La distribución de funciones por grupos dentro de la colectividad no estaría bien definida y el reparto de los recursos sería igualitario. El mundo ideológico y su expresión simbólica ya se manifestarían a través del mundo funerario.

A partir de ellos, se desarrollarían las **Sociedades de Tribus de Cazadores-Recolectores:** (*Paleolítico Superior y Epipaleolítico*, aunque con diferencias por la adaptación a medios distintos). Modelo de formación social caracterizada por una economía de subsistencia basada en la caza y la recolección intensivas y especializadas. Crearían útiles complejos morfológicamente, especializados funcionalmente y por lo tanto bastante diversificados. Se organizarían socialmente en colectivos de mayor envergadura a nivel demográfico (varias familias extensas) divididos internamente en grupos diferenciados por criterios funcionales y definidos incluso mediante la asociación a cada uno de ellos de una serie de valores y características ideológicas concretas: cazadores-protección, subsistencia del grupo; ancianos-sabiduría; chamanes o curanderos-relaciones con lo espiritual. Poseerían ya un corpus ideológico definido y representado simbólicamente mediante pinturas, y grabados rupestres o muebles, festividades, ritos, etc. Y se desarrollan los conceptos de territorialidad, identidad grupal, etc.

A continuación, hablaremos de las **Sociedades de Tribus de Productores Incipientes:** (*Neolítico Inicial*). Sociedades que desarrollarían una economía de producción agrícola y ganadera combinada con la recolección y la caza y asociada a un proceso de sedentarización paulatina y por tanto de apropiación del territorio. Esta economía se caracterizaría por estar todavía poco especializada y apoyarse en una tecnología elemental en la que destaca la adición de instrumental específico para la transformación de productos agrícolas al conjunto de útiles propios de la actividad cazadora y de trabajo de la piel etc. de modelos anteriores.

En el ámbito de la organización social, el modelo de relaciones de producción sería el del reparto de funciones entre los diferentes grupos internos, con división técnica del trabajo, pero un acceso paritario a la riqueza (sólo propiedades colectivas, familiares o del grupo). Dicho modelo se iría haciendo más complejo a medida que las estrategias de almacenamiento de parte de la producción (semillas para la siembra) y el desarrollo del sistema de redistribución se fueran afianzando y también conforme se incrementara el número de funciones necesarias para la vida

cotidiana (fabricación de cerámica, textiles, construcciones permanentes e infraestructuras).

La ideología seguiría manifestándose como en el tipo de sociedad anterior, aunque semánticamente, sus contenidos serían radicalmente novedosos, por lo que la expresión simbólica de la concepción del universo, del papel del ser humano en él, etc. también cambiaría hacia esquemas telúricos, donde la progresiva tendencia a la personificación de las fuerzas divinas en la figura femenina se iría haciendo patente.

Las **Sociedades Campesinas, tribus productoras especializadas: (Neolítico Final)** Sociedades con economía productora excedentaria (agricultura y ganadería) y una explotación más intensiva del territorio, así como con tecnología de producción básica similar a la del momento anterior pero más especializada en el campo de las manufacturas. Su organización social se basaría en los grupos definidos por filiación, clanes que a su vez se integrarían en tribus y en la división en grupos diferenciados funcionalmente, dado que comenzaría a ser patente un grado importante de especialización laboral incipiente.

Pese a ello, en principio se mantendría la distribución equitativa de la riqueza, aunque progresivamente este principio iría sustituyéndose por el del reparto diferencial. El desarrollo de estrategias de redistribución del excedente a nivel interno y externo permitiría la aparición de los primeros grupos de no productores y la potenciación de las redes de intercambio y comunicación con otras áreas, que junto al desarrollo de la capacidad de control de unos grupos sobre otros, daría paso al inicio del proceso de estratificación social.

Serían colectivos amplios demográficamente y asentados en grandes aldeas o pueblos cohesionados por relaciones de tipo parental. Poseerían así mismo, una estructura ideológica ordenada y tipificada, una normativa de conducta bien definida y una ritualidad compleja. Y en cuanto al modelo de organización política genérico que podría identificarse en este tipo de sociedades, se trataría de un sistema no centralizado, según lo hemos descrito en páginas anteriores.

Continuando con el proceso de jerarquización social, podríamos definir a las **sociedades campesinas jerarquizadas con jefaturas**. En estos tipos de formaciones sociales, el conocimiento sobre sus posibles sistemas políticos se incrementa progresivamente, por lo que recibe más atención en las descripciones, pero en cambio, el modelo económico sufre pocas modificaciones, lo que nos lleva a seguir considerándolo "campesino" *grosso modo* y no abundar más sobre sus características.

Las **Jefaturas iniciales (Neolítico Final-Calcolítico)** se caracterizarían por una economía productora excedentaria especializada, desarrollada con una tecnología más avanzada y por un alto grado de especialización productiva y laboral (aunque todavía a tiempo parcial) y la consiguiente diferenciación interna de grupos además de por su función, por la diferencia de riqueza que proporcionaría el incipiente sistema de acceso diferencial a los recursos, los servicios, etc.

El progresivo desarrollo de las relaciones de explotación y las disimetrías resultantes se verían acentuadas en los niveles de dependencia entre clanes y entre éstos y otras tribus, más que entre individuos concretos. El reparto desigual de la renta comenzaría a favorecer a uno o a varios grupos del colectivo, sustituyéndose progresivamente las relaciones de tipo parental por las de base económica y surgiendo un modelo de organización social estratificado en cuya cúspide se encontraría la élite detentadora del poder. Aunque el modelo político de la jefatura no es exclusivo de sociedades jerárquicas, en estas que definimos, sería probablemente el modo de organización más plausible. No obstante, se trataría de un modelo en transición desde formas descentralizadas de poder en sus inicios, en las que las jefaturas fueran electivas, no permanentes, hacia las centralizadas que se traducen en la jerarquización territorial y la tributación de modelos pre-estatales.

La ideología religiosa sería ya muy compleja y estaría bajo control de un grupo concreto (especialización sacerdotal), siendo utilizada para mantener los nuevos roles sociales. La polarización de la riqueza en manos de la élite permitiría el desarrollo y expansión de las rutas de intercambio a larga distancia, los conflictos intergrupales, etc.

Por otro lado, podemos establecer las características específicas de las **Jefaturas nobiliarias**: (*Bronce-Hierro Inicial* europeo). Serían formaciones sociales con un elevado grado de jerarquización social (mayor especialización laboral -división técnica del trabajo-) fundamentada en el reparto desigual de la riqueza y donde el ejercicio del poder (representación del colectivo, toma de decisiones, control sobre la organización y la ideología) pertenece a la élite que mantiene su estatus a través de la transmisión del mismo por vía hereditaria.

Las jefaturas complejas y estables administrarían los recursos y el trabajo. Se trataría de grupos amplios asentados en "proto-ciudades" con servicios comunales, divisiones funcionales de espacios, construcciones monumentales y con contactos externos a través de rutas fijas y con un tráfico de productos (de prestigio y básicos) importante, con un incipiente militarismo... Una religión definida, con especialistas, sería también un rasgo distintivo.

La distinción establecida entre jefaturas sencillas y nobiliarias obedece tan sólo al hecho de que generalmente sus expresiones materiales (ritos funerarios, plantas de asentamientos, tecnología metalúrgica) son diferentes entre sí, aunque las estructuras organizativas a nivel social no sean radicalmente distintas. En realidad, se trata de dos fases de un mismo proceso que se concreta en diferentes grados.

Las **Sociedades con sistemas Estatales iniciales** habrían sido modelos desarrollados con posterioridad en determinados lugares del mundo, pese a que no todas las áreas presentan este esquema de sociedades en su desarrollo histórico. En ellas se produjeron o bien involuciones, o derivaciones hacia modelos intermedios entre las jefaturas y los estados, o bien se desarrollaron los estados avanzados, autóctonamente o por inducción de colonizaciones y conquistas territoriales.

Pero en las zonas en las que si se constatan, estas sociedades se caracterizarían por una economía excedentaria intensiva y especializada, por el empleo de la tecnología del metal aplicada a la producción (antes sólo se utilizaba para la fabricación de *items* de prestigio) y por un alto grado de jerarquización social (estamentalización). La élite poseería un carácter político y religioso y ostentaría el control de la producción, la organización interna (administración) y la ideología, perpetuando su situación de privilegio mediante la ostentación (monumentalización) y la coerción tanto ideológica (religión institucionalizada) como física (ejército).

Estos sistemas estatales, también denominados como "estados teocráticos", diseñarían una organización territorial basada en la existencia de asentamientos urbanos autónomos políticamente (modelo de las ciudades-estado Mesopotámicas, Griegas o Mayas). Las actividades políticas y religiosas estarían institucionalizadas y unidas en un mismo marco de ejercicio del poder, con la administración central y la defensa, organizadas y el comercio, la escritura, los conocimientos intelectuales, ya desarrollados.

Las Sociedades con sistemas Estatales Expansionistas: En este tipo de formación social el modelo antes descrito se complejiza a causa de la expansión territorial del poder del Estado. La conquista o anexión (bien sea a través de la guerra o de tratados diplomáticos) conduciría a una diversificación interna de la administración que se centralizaría y especializaría aún más y a una territorialización jerarquizada con núcleos de población diferenciados funcionalmente.

El poder estaría controlado por la élite político-religiosa (teocrático generalmente, aunque puede darse la situación del control del poder político por parte del ejército y por tanto su disociación con respecto a la élite sacerdotal) y el proceso de integración territorial conduciría a la uniformización de la lengua y la escritura, los ritos, las expresiones materiales, etc. Las relaciones sociales se establecen a través de la legislación y la fuerza se convierte en el elemento sancionador por excelencia de la situación social.

En este capítulo presentamos una referencia sintética a los conceptos básicos que son necesarios en un trabajo de interpretación arqueológica de índole sociológica. Como vimos al comienzo del mismo, muchos de los grandes obstáculos con los que nos enfrentamos los investigadores a la hora de concretar y, sobre todo, trasladar al resto de la comunidad científica, resultados de trabajos, modelos explicativos, teorías generales, etc. estriba en la indefinición terminológica. Por ello, esta cuestión goza de un apartado específico en esta tesis doctoral.

CAPITULO IV

EL ORIGEN DE LAS ÉLITES. LA APARICIÓN DE LA DIVISIÓN SOCIAL EN GRUPOS CON ACCESO DIFERENCIAL AL PODER

Tras la reflexión acerca del concepto de "sociedad compleja" y "complejidad social" de definir sus características y proponer términos alternativos, en este apartado se profundiza en el origen y las causas de su desarrollo. Para ello, se presenta una síntesis de las explicaciones aportadas hasta el momento desde diferentes ámbitos de la investigación y que pretende ayudar a la comprensión del proceso.

IV. 1. TEORÍAS EXPLICATIVAS DE LAS CORRIENTES DEL ÁMBITO NEOLIBERAL.

En este apartado se estudian los enfoques del Particularismo Histórico, el Evolucionismo, el Funcionalismo, el Positivismo y las que en los últimos años intentan integrar los enfoques anteriores con los del Materialismo Histórico, el Estructuralismo, etc. ya desde la óptica de la postmodernidad.

Particularismo Histórico:

La corriente particularista surge del "idealismo" en filosofía, asociándose conceptualmente con el "normativismo" y el historicismo (M. Vicent, 1985). Plantea que la cultura es un producto de la mente del individuo, por lo que niega la existencia de principios generales o leyes, salvo las que son de índole psicológica, de imposible acceso en prehistoria (A. Hernando, 1987-88). Explica cada cultura como el resultado de sus circunstancias particulares y niega el evolucionismo radicalmente, configurándose como un auténtico "anti-enfoque", en palabras de I. de la Cruz y A. Piqueras (2002).

Su marco teórico de desarrollo fue la escuela histórico-cultural alemana del s. XIX y su modelo explicativo se denominó de los "círculos culturales" o complejos de rasgos culturales que han perdido su inicial unidad geográfica y se dispersan por todo el mundo mediante el fenómeno de **difusión**.

Desde esta óptica, los difusionistas británicos hicieron derivar todos los rasgos culturales existentes del foco originario de Egipto, mientras los alemanes lo centraban en el Próximo Oriente. Dado que defendían la idea de que el proceso de desarrollo histórico sólo se produjo una vez, la explicación de las similitudes y diferencias (principalmente estas últimas) la encontraron en los únicos elementos que consideraron inmanentes a toda cultura: la lengua y la raza. Así, esta corriente epistemológica se vinculó inmediatamente con los presupuestos nacionalistas.

El particularismo histórico no ofrece por sí mismo una explicación para el proceso de complejidad social, puesto que interpreta cada cultura como

un mundo único, cuyos procesos son igualmente específicos. Al acentuar su carácter particular deriva en el relativismo, anulando la posibilidad de establecer relaciones, comparaciones o de estudiar los contextos históricos. En antropología los autores más influyentes de esta corriente fueron F. Boas, A. Kroeber y R. Lowie.

A España, llegó de la mano del arqueólogo Bosh Gimpera (A. Hernando 1987-1988). Él asentó el paradigma difusionista y la teoría de los Círculos Culturales, traducida aquí en la "Cultura de las Cuevas", de los megalitos portugueses o de Almería.

Pero también contribuyeron a asentar este enfoque difusionista los hermanos Siret y los Leisner, a través del llamado "modelo colonial" que fue seguido por otros, como Bosch Gimpera o Cuadrado, Schüle, Pellicer, Schubart o Sangsmeister, Arribas o Ferrer Palma hicieron que este modelo continuara teniendo cierta vigencia hasta los años 80, aunque actualmente esté ya superado.

Evolucionismo:

Desde el Evolucionismo unilineal o clásico (desarrollado durante el s. XIX y principios del XX) se explica la aparición de las élites y la jerarquización como un paso necesario en la línea de desarrollo y complejización innata a las sociedades humanas, como una consecuencia lógica del progreso. El punto de partida se encontraba en la afirmación de la unidad de la "psique" humana, en la idea de que todos los seres humanos reaccionan igual ante los mismos problemas o necesidades, por lo que las diferencias entre una sociedades y otras debían deberse a su distinto grado de evolución. Ésta es una concepción monolítica y teleologista de la complejización social.

Posteriormente, los autores de las subcorrientes *Neo-evolucionista* (G. Childe, L. White) y del *Evolucionismo Multilineal* (Steward y también Childe) e incluso los del evolucionismo más reciente, el esgrimido por la tendencia de la *Arqueología Ambiental* británica o el *Ecologismo Cultural* antropológico, de W. T. Sanders, han matizado mucho esta explicación, vinculándose más con las que han aportado corrientes como el Funcionalismo y la Nueva Arqueología. No obstante siguen recibiendo críticas en la actualidad, por hacer depender demasiado ostensiblemente los procesos de cambio del determinismo ambiental (J. Boone y E. Alden, 1998), sin considerar que los factores socio-históricos de una cultura son a menudo más importante para explicarla que su medio y que las Interacciones culturales con éste pueden estar sujetas a la intervención de la capacidad técnica y de la creatividad de los seres humanos (I. de la Cruz y A. Piqueras, 2002).

En la Península Ibérica fue Renfrew quien rompió el paradigma difusionista definitivamente para el *Calcolítico* del Sureste demostrando que el proceso de complejización debió realizarse autóctonamente (J. A. Cámara, 2001).

Funcionalismo:

Las aportaciones novedosas que hizo el funcionalismo a la Arqueología fueron principalmente la integración de la Antropología y en concreto de su método analógico en la investigación, el interés por la cultura entendida como un modo de vida y el estudio sincrónico-funcional de la configuración de las diferentes culturas, así como de las relaciones entre ellas y sus ambientes naturales, la interpretación procesal, etc. Todas ellas modificaron el modo de investigar y de explicar los procesos complejos a los que se ven sometidos las sociedades.

La arqueología recogió de la antropología funcionalista británica una mayor implicación con la sociología, incorporando los conceptos de estructura social y relaciones sociales como elementos externos a los individuos y que los condicionan, así como la idea de que la cultura es un sistema de subsistemas que se interrelacionan. En el análisis lo importante es la función de cada sub-sistema, de cada individuo en él y de la forma de las relaciones, por lo que priman los estudios sincrónicos frente a los diacrónicos (I. de la Cruz y A. Piqueras, 2002). Malinowski, Radcliffe-Brown, Evans-Pritchard o Leach fueron autores representativos de esta corriente que influyeron considerablemente en la aplicación del funcionalismo a la arqueología, donde destacan otros autores como Willey, Philips y Taylor cuya gran aportación fue la aplicación del "enfoque conjuntivo", es decir, la integración de todos los datos existentes para la reconstrucción de los modos de vida y G. Clark. Éste último explica el cambio histórico en términos economicistas, de búsqueda de ahorro, defendiendo que cuando el mantenimiento del sistema social anterior es más costoso que la transformación del mismo se producen los cambios.

Se podría aplicar esta teoría a nuestro tema de estudio y decir que el sistema de organización jerárquico con una élite dominante era menos costoso en términos de energía social que el de relaciones parentales en las sociedades del IV-III milenios a.C.

Pero en general, la explicación funcionalista es la de la aparición de las élites a través del proceso de especialización laboral, que sería a su vez una respuesta "adaptativa" a determinados problemas de transformación del medio. Sería pues, una consecuencia también ineludible de dicha especialización y no buscada por los miembros de dichas élites. El reparto de funciones en la sociedad les habría otorgado el papel de controladores del colectivo y les habría permitido aprovechar las prerrogativas asociadas al mismo, pues los "servicios esenciales" prestados al resto de la población acabarían por proporcionarles privilegios y superioridad sobre los demás.

El funcionalismo, como el evolucionismo, ha sido muy criticado desde diversos ámbitos intelectuales, tanto por haber sido esgrimidos ambos (si no creados) para justificar las desigualdades del sistema social del presente, como por no ofrecer ninguna explicación real a la aparición de la élite dominante (A. Gilman (1981), F. Nocete Calvo (1995) y otros).

Almudena Hernando ofrecía ya a finales de los años 80 una síntesis de la aplicación del funcionalismo a las teorías explicativas del proceso de surgimiento de las élites en una región concreta de nuestra prehistoria: la Almería de los Millares (1987-88). Resulta ilustrativo de las características de este enfoque el resumen que hacemos a continuación:

- Para C. Renfrew, en sus obras de los años 60 y 70 el servicio esencial que un subgrupo de población habría ofrecido al resto sería el de la redistribución del excedente productivo. De esta forma habría contribuido al desarrollo y acentuación de la propia especialización laboral, convirtiendo la redistribución de productos en la herramienta de poder inicial de las élites. Constituyó en su momento una aportación fructífera, dando pie a numerosos trabajos de investigación que hicieron avanzar nuestro conocimiento de la realidad de las sociedades de este período.
- Chapman, en sus trabajos de los 70 y 80, avanzó las tesis de Renfrew (no las modificó del todo) hacia la teoría de la "circunscripción de recursos", estipulando que el grupo privilegiado por haber asumido la función redistribuidora adquiriría realmente su posición de poder controlando recursos críticos o escasos, con lo que ejercería así cierto nivel de coerción sobre el grupo. Éste no habría aceptado su liderazgo sino "obligado" por la situación de necesidad crítica, en el caso del sureste español, de agua para el regadío. El incremento de la producción se habría debido a la mejora de los recursos y a la adaptación progresiva a las nuevas condiciones ambientales de las tierras de expansión bajas), mientras que el ascenso de la élite se produciría por competencia entre si y por las tierras. Aunque esta tesis recibiera críticas posteriormente (los estudios paleoecológicos desmintieron que el ecosistema almeriense se encontrase en situación crítica por falta de agua en el III milenio, por ejemplo) y no consiguiera explicar totalmente cómo se llegaron a jerarquizar estas formaciones sociales, asumiendo un "gradualismo sin conflicto" (J. A. Cámara 2001), su planteamiento fue un paradigma de la investigación prehistórica hasta fechas muy recientes.
- Por último, la teoría de C. Mathers (1984) hacía llegar en los 80, el planteamiento funcionalista aún más allá, al apoyarse sobre la de Chapman para definir el "área nuclear" del sureste español como uno de los espacios donde los grupos se jerarquizaron por el desarrollo del control restringido de los recursos escasos (tierras y agua) y la intensificación productiva. La inversión de excedente en bienes materiales no perecederos (objetos de prestigio, metálicos en la mayor parte) y su uso para generar alianzas mediante el intercambio habrían dado lugar a la denominada "economía de prestigio" que habría supuesto el elemento fundamental de consolidación de la élite en su posición de privilegio. Su tesis explicaría cómo llegaron a establecerse las jerarquías, pero no cómo surgieron, aunque ofrecía novedades metodológicas interesantes, como el análisis de las conexiones espaciales entre asentamientos para determinar áreas nucleares, periféricas y redes intralocales de relación.

Nueva Arqueología:

Esta corriente, surgida en los años 60 en el ámbito anglosajón, se podría entender como el resultado de la síntesis del Neoevolucionismo o Evolucionismo multilíneal, el Funcionalismo, el Neopositivismo lógico (uso del razonamiento hipotético deductivo), el procesualismo y la teoría de sistemas (una aplicación de la cibernética a las Ciencias Sociales que permitió añadir el método analógico al deductivo).

Esta corriente trajo consigo una nueva orientación del estudio arqueológico, ahora entendido en clave antropológica y tendente a la búsqueda de las regularidades en el comportamiento humano a lo largo de la Historia a través de su reflejo material y por tanto a la formulación de leyes y a la predicción de los comportamientos sociales.

Por estas razones, promovió una auténtica revolución epistemológica en el campo de la Arqueología, dotándola de carácter científico. El nuevo enfoque y los nuevos métodos permitieron la elaboración de teorías explicativas que parten del análisis de los diferentes elementos constitutivos de una sociedad y tienen en cuenta su interacción en el tiempo y el espacio (desarrolla los modelos sistémicos y presta atención a los procesos). En el amplio contexto de esta corriente se inscribe la explicación del origen de las élites en la desigualdad derivada del proceso de jerarquización, de verticalización de la estructura organizativa de la sociedad.

Al igual que ocurre con los modelos elaborados por autores de las corrientes anteriores, los adscritos a ésta asumen en general ese planteamiento, aunque no terminan de explicar el por qué de la desigualdad.

A continuación, citamos algunos enfoques que bien pueden ser más representativos de un único aspecto de entre los que caracterizan a la corriente de la Nueva Arqueología y no compartir el resto o bien haber experimentado una evolución en sus planteamientos que les haya llevado a defender unos u otros en momentos diferentes (dado el carácter genérico de este apartado aparecen en él todos juntos).

Así pues, los presupuestos que se pueden encuadrar en esta corriente son los siguientes:

- determinar que la desigualdad existe en todas las formaciones sociales, no siendo prescriptiva de las campesinas avanzadas (Testart (1982) e Ingold (1983)).
- defender que "el almacenamiento social" (Halstead y O'Shea, 1982) fue el factor desencadenante de una economía de rendimientos aplazados con producción de excedentes acumulables y utilizables para obtener privilegios de forma exclusiva y no colectiva. En este caso, en realidad se está hablando de la diferenciación de grupos, no de la desigualdad.

- situar fuera del sistema de organización social los factores que desencadenan el cambio y explicar éste por causas dependientes del medio. Los autores que mantienen en sus obras este planteamiento recogen diversas formas de determinismo ecológico, situándose dentro de la *Ecología Cultural*. Explican generalmente la desigualdad como una respuesta a la necesidad de adaptación al medio para garantizar la subsistencia. Una forma de mantener el equilibrio frente a las presiones demográficas y a las transformaciones en el sistema económico producidas por la intensificación productiva y la economía excedentaria desarrollada en el período anterior.

Esta subcorriente, muy en boga actualmente, evolucionó desde los presupuestos evolucionistas de postguerra (teorías de Childe, Stewart, White) y está dando paso a los "ambientalismos", la "arqueología espacial", etc. También denominada *Arqueología Ecológica*, defiende el concepto de cultura como un sistema adaptativo con respecto al medio y responsabiliza de los cambios sociales a las alteraciones que este sufre por su interrelación con los seres humanos. Sus defensores, autores como L.R. Binford (1962, 1968), D. Clarke (1968), C. Redman, Watson y Le Blanc (1974, obra publicada por los tres) y como J.A. Brown (1971 y 1981) y Cohen (1977), abogan por el estudio de los sistemas culturales en general, pero se centran en la investigación de los modelos de subsistencia.

Para Brown, quien diferencia con claridad entre los conceptos de rango social, autoridad o liderazgo, y poder, este último se conseguiría cuando los dos primeros coinciden en una misma figura (chamán, *big-man...*), pero siendo también necesaria la concurrencia del control de los recursos críticos por su parte, pues de no ser así, dicho poder no se estabilizaría. Comparte pues con R. Chapman el énfasis concedido a la función de control restringido de unos recursos productivos condicionados por el medio, mientras que la afirmación del poder estaría ya determinada por otros factores, como la posición geoestratégica del grupo dominante (Frankenstein y M.J. Rowlands, 1978) y su capacidad para convertir sus privilegios en herencia.

En general, las explicaciones positivistas de la Nueva Arqueología tienden siempre a enfatizar el papel de los factores tecnológicos, comerciales, productivos, etc. (B. Trigger, 1992), aunque hay también otras propuestas.

En concreto, Binford (1962, 1968), uno de los máximos exponentes de esta corriente, defiende que la desigualdad comenzaría cuando el coordinador o grupo de personas a quienes el grupo encomienda la toma de decisiones y la representación del colectivo corrompen su función y comienzan a aprovechar las posibilidades que ésta le ofrece en su beneficio (se enriquece haciendo uso de su posición). Esta es la denominada teoría del "*Big Man*", de la que participan otros autores como C. Renfrew o como G. Delibes y M. Fernández Miranda en fechas más recientes (1993).

Arqueología Postmoderna:

Este término es el que J. Alcina Franch (1989) utiliza para denominar el conjunto de tendencias que comienzan a asentarse en los años 80 en el panorama de la investigación y que surgen de las críticas que autores como K.V. Flannery (1973), P. Coubin (1982), A. Gándara (1982), Morgan (1973) y otros vertieron contra los excesos de la arqueología Neopositivista, de las que se realizaron desde la Arqueología Marxista y como consecuencia de la influencia conceptual del Estructuralismo sobre sus presupuestos.

- **El Estructuralismo**, surgido en el campo de la lingüística, y desarrollado para las CCSS por la antropología de la mano de Levi-Strauss (E. Durkheim gozó también de gran influencia dentro de este campo) tiene como precursor principal en la arqueología a Leroi-Gouran. Otros de sus principales valedores en la Arqueología actual son Ian Hodder (1982, 1984), Binthiff o Huffman, etc. Sus grandes aportaciones fueron el interés por la búsqueda de significados y su interpretación social mediante la aplicación del "análisis formal" y de análisis asociativos. Desde este enfoque se promueve el acercamiento a todos los aspectos posibles de una cultura para comprender el significado de cada parte de la misma y de la estructura latente a los mismos. También presta especial atención a los aspectos ideológicos y aplica el enfoque antropológico al estudio tanto del registro material como del contexto cultural, utilizando el método comparativo a nivel temporal y espacial.

Al Estructuralismo se han aunado en los últimos tiempos las influencias de la Nueva Arqueología, y también de la vertiente de la Arqueología Social, de corte marxista, dando lugar a la tendencia más actual de la investigación arqueológica. Uno de los representantes más significativos de la misma, I. Hodder expresa en su obra publicada en el año 1988 la asimilación de ambas influencias cuando afirma que la cultura material no sólo refleja la organización socioeconómica, sino también la ideológica que la articula y además es utilizada por sus creadores como un elemento activo de interacción social. El individuo es considerado un agente activo en el proceso de creación del registro arqueológico.

Este enfoque engloba muchas variantes, perceptibles incluso a nivel individual, pues cada autor desarrolla matices de la misma diferentes. No obstante, se resume, como vimos anteriormente, en las denominadas **Arqueología Simbólica, Estructural y la Arqueología Contextual** y se aplica actualmente a estudios concretos, referidos principalmente a iconografía (cerámica, expresiones simbólicas pintadas o grabadas en piedra, etc.), a los análisis micro y macro-espaciales (relaciones funcionales-estructural de los objetos tras su deposición, patrones de asentamiento, etc.) y otros.

Desde esta óptica, se pretende otorgar a lo simbólico y a la mentalidad el tratamiento adecuado para que puedan ser analizados, aunque siempre desde un "concepto diferente de ciencia". Éste permitirá entender que los

símbolos (convenciones arbitrarias pero colectivamente aceptadas y utilizadas y por tanto, con entidad tangible) se pueden llegar a interpretar dentro de su contexto, aunque sólo parcialmente. Este enfoque ha llegado a influir incluso en análisis de corte marxista, como los de Shennan o Tilley.

Un ejemplo de la aplicación de esta corriente a la configuración de una teoría explicativa de los orígenes de la jerarquización social puede ser la teoría de John E. Robb (1999) sobre la evolución de las tribus con liderazgos no permanentes (modelo de "great man" de Godelier) a las formaciones sociales jerarquizadas con jefaturas estables del III milenio en Italia.

Según este autor, habrían sido los cambios en la esfera de la mentalidad los causantes del proceso de jerarquización. Una reorganización en el sistema de atribuciones de estatus y prestigio entre los géneros habría fomentado la asunción de prerrogativas y privilegios permanentes por parte del género masculino, pasando entonces a ocuparse (funcionalmente) de la redistribución y el control de las redes de intercambio y alianzas interclánicas.

Así, el desarrollo de un nuevo modelo de representación del mundo, una nueva construcción mental promovida por necesidades quizá de tipo psicológico más que materiales, se encontraría en la base del ascenso de un grupo al poder, siendo el prestigio concedido socialmente lo que lo constituiría y no la riqueza (ésta se adquiriría después). Su tesis es criticable desde diferentes frentes, pero muestra con claridad la tendencia actual a aplicar los preceptos de la postmodernidad a la interpretación en Prehistoria.

Otro de los elementos característicos de esta corriente es la fuerte irrupción en el campo de la investigación de la mentalidad postmodernista, en concreto del *relativismo*. Este hecho está llevando a los especialistas a retomar el particularismo en sus estudios, a aceptar la variabilidad de los significados de los registros y aportar explicaciones individualizadas para cada caso, a rechazar la existencia de determinados rasgos de homogeneidad en el comportamiento humano a nivel histórico y por tanto, también las explicaciones generalistas.

Esta concepción relativista suele ir acompañada del *subjetivismo*. De acuerdo con B. Trigger (1992), consideramos que ambos son enfoques interesantes por cuanto llaman la atención acerca de la enorme complejidad y variabilidad de la realidad social humana, promueven una reflexión crítica sobre el presente y sobre el papel del investigador y de la ciencia y por acoger las formas marginales de la investigación, pero también creemos que convertir esta perspectiva en una auténtica corriente, normativizada, puede llevar a la paralización y a la incapacitación para obtener conclusiones globales y constructivas, a una autolimitación innecesaria.

IV. 2. TEORÍAS EXPLICATIVAS DESDE LAS CORRIENTES MARXISTAS:

El conjunto de subcorrientes que se engloban en este epígrafe tienen su origen en el evolucionismo historicista de Marx y Engels del s. XIX y se desarrollaron paralelamente y en constante proceso de interinfluencia con el Funcionalismo, la Nueva Arqueología, el Estructuralismo y la Arqueología Postmoderna.

Las subcorrientes más activas y destacables de esta ya se describieron en el capítulo II, pero las resumimos a continuación para mantener la referencia e introducir este apartado: el Marxismo ortodoxo, el Materialismo cultural norteamericano (M. Harris, 1982), el Materialismo Dialéctico, (M. Godelier, 1973, 1974) y J. Friedman (1974) y de la Arqueología Social Latinoamericana, (Bartra, 1964; L. Lumbreras, 1974; Sanaoja-Vargas, 1974 y otros). También destacamos el Marxismo estructuralista, de B. Trigger, L. Hurtado (1988) y otros, como F. Nocete (1995), etc. y el Neomarxismo de S.J. Shennan (1989) o de F. Criado (1995), en la Península.

Como ya se explicó anteriormente, en general, y salvando los matices propios de cada corriente, para los partidarios de este enfoque ideológico la explicación de los procesos de cambio que experimentan las formaciones sociales radica en el desequilibrio interno.

Cada formación social, al tiempo que resuelve unos problemas, genera otros, debido a la enorme cantidad de factores (y a la complejidad de su interrelación) que afectan a las relaciones humanas (tanto de tipo productivo como reproductivo del orden social). Cuando los problemas que afectan a una determinada formación social alcanzan niveles elevados y desembocan en el desequilibrio del modelo, el conflicto interno lleva a los propios integrantes de dicha formación social a generar nuevos modelos.

Así, el motor de los cambios en la Historia sería la superación constante de las contradicciones intrínsecas a cada tipo de sociedad, lo cual no implica necesariamente que ésta se traduzca en conflicto entre contrarios. La contradicción debe entenderse en términos más ricos en matices que los de la simple oposición de dos grupos de interés enfrentados.

Las transformaciones no se producirían por adaptación al medio, sino para superar los desequilibrios sociales, siendo los factores ambientales externos meros factores coadyuvantes. Así, este enfoque sitúa la causa de las transformaciones dentro del sistema social y otorga a los seres humanos, a su consciencia y su voluntad, un papel central en el proceso de cambio cultural.

En el caso del origen del proceso de estratificación y de surgimiento de la sociedad de clases, recogemos a continuación, a modo de ejemplos explicativos, las propuestas de algunos de los autores más destacados.

Desde la óptica del **Materialismo cultural** o Ecologismo cultural la causa de la aparición de las élites estaría siempre en las condiciones de reproducción de la vida material, en los factores socio-económicos (medios de trabajo, tecnología, distribución de excedente, etc.).

El determinismo tecno-ambiental, tecno-económico o demográfico ha llevado a autores como A. Ramos Millán (1999) a explicar el empuje de las élites por la necesidad de adaptación de la organización social a las condiciones dadas por la competitividad por la tierra y el desarrollo tecnológico que permitió la producción de objetos sobre los que pesaba una demanda ideológica, por su alto valor simbólico. El intercambio extradoméstico, en régimen de reciprocidad, de éstos productos habría dado lugar a una "economía política" que se encontraría en la base del desarrollo del rango y el asentamiento o institucionalización del liderazgo de la élite.

Esta teoría comenzó siendo planteada años atrás como el proceso por el que la explotación entre clases sería fruto del intento de control sobre la producción-intercambio de bienes para resolver un problema de desequilibrio población-recursos, pero evolucionó después hacia un enfoque más funcionalista y carente de reflexión sobre el conflicto que generaría la respuesta de la población a la llamada por Ramos "economía política" y su consecuente "redistribución asimétrica".

Pero ¿por qué optar por una economía de riqueza basada en el valor simbólico de los objetos y cómo justificar la ruptura del modelo segmentario que atribuye a las formaciones sociales hasta fines del III milenio para el desarrollo del rango y el estatus político asociado al poder? Esta teoría no explica estas cuestiones. Así como tampoco concibe el proceso de jerarquización como un conflicto, ni asume el papel del colectivo ni la manipulación ideológica como factores en el mismo (J.A. Cámara, 2001).

Por su parte C. Mathers (1984), a quien ya incluimos anteriormente en el grupo de los funcionalistas, podría entenderse al tiempo exponente de este enfoque materialista cultural al decir que las sociedades campesinas "complejas" serían el resultado de la respuesta de los grupos no jerarquizados a problemas derivados de la economía de rendimientos aplazados que hace del excedente un bien acumulable sobre el que hay que realizar una inversión tecnológica y de seguridad, estabilidad y permanencia en el control sobre las tierras.

Como representante de la subcorriente del **Materialismo Dialéctico** escogemos a Gilman, por la trascendencia e influencia de sus tesis en los trabajos posteriores de innumerables prehistoriadores marxistas.

El énfasis en la relación dialéctica entre la infraestructura económica y social y la superestructura ideológica y política, rechazando determinismos de cualquier tipo, llevó a este autor a plantear ya en los años 70 y 80 (A. Gilman, 1976 y 1987) que las causas de la jerarquización social estarían en varios factores conjugados: El incremento de la especialización laboral, que desencadenaría una fragmentación del grupo tribal, junto a la intensificación productiva y el aplazamiento de los rendimientos en el tiempo podrían haber generado una serie de conflictos internos al comenzar a diferenciarse intereses de grupo. La crisis de los conflictos de intereses habría invitado a las poblaciones del IV milenio a cambiar el modelo de relaciones sociales, acentuando el grado de poder de los "jefes" temporales

de la tribu. Éstos se habrían esforzado a partir de ese momento en mantener su nuevo estatus mediante diferentes sistemas de coacción: la fuerza o la ideología (adscripción de valor de rango a los objetos simbólicos, por ejemplo). La coacción se habría materializado en la imposición de una detracción de renta a los productores por parte de la nueva élite, fijándolos a la tierra, con lo que este autor inaugura el modelo de los "sistemas tributarios" o "modo de producción tributario" que posteriormente ha sido completado por otros autores.

Así, para Gilman, los cambios en las condiciones técnicas de producción habrían transformado las relaciones sociales de producción invalidando el modelo parental de organización social (A. Hernando, 1987-1988). Pero este autor también habría introducido en su teoría, desarrollada posteriormente en diversos trabajos (1991, 1995-96 y A. Gilman y J.B. Thormes, 1985) factores de tipo psicológico, generados en la esfera de la mentalidad, como el de la tendencia de la población a buscar la seguridad frente a la crisis del modelo social escogiendo otro alternativo que se la ofreciera, aunque conllevara la aceptación de un sistema de explotación mediante la dependencia económica del pago de tributos.

Así mismo, también incorpora a su tesis la idea de la intencionalidad, por parte de las élites de aprovechar su posición para asentar este nuevo sistema. Es lo que Lewthweite (1981) denominó como el "modelo mafioso" y M^a Paz Román (1996) reafirma como hipótesis explicativa al decir que el ejercicio del "gansterismo", es decir, la oferta de protección a cambio de rentas, se pudo haber convertido en una ideología encubridora de la explotación incipiente durante todo el III milenio a.C. en la Península.

A este respecto, diversos autores han criticado el peligro de reducir esta estrategia "egoísta" a la actuación de determinados individuos, por lo que podría representar de giro hacia posturas idealistas (J.A. Cámara, 2001, A. Hernando 1987-88, S.J. Shennan, 1987). Por último, destacamos, como hiciera Cámara en su obra del 2001, que este autor no utiliza el término "estado" para definir las sociedades que nos ocupan, aunque se refiera con claridad a la existencia de explotación.

Desde otra de las sub-corrientes mencionadas, el **Neomarxismo**, el proceso de estratificación social y del auge de las élites, recibe explicaciones más centradas en la importancia de la superestructura ideológica como eje del cambio. Incorporan los preceptos de los antropólogos franceses de la década de los años 60 (Meillassoux, Terray o Bloch, incluso Godelier) resumidos en la idea de que las estructuras dominantes de una sociedad no pueden conocerse sólo por su forma real, pues ésta se proyecta en la sociedad a través de una imagen creada como construcción ideológica que puede mistificarla, esconderla, matizarla... Por ello, la creación de estas "imágenes" y su perpetuación en relación dialéctica con las estructuras a que se refieren, genera mecanismos de reproducción del sistema que es imprescindible conocer para poder comprender los procesos de cambio histórico. También es perceptible en algunos aspectos de sus teorías sobre el origen de la complejidad la influencia de Hodder.

Así, autores como S.J. Shennan (1989), J. Friedman (1975, 1979), pero sobre todo C. Tilley (1984) plantearon que el desarrollo de la explotación y

la dependencia (propios de toda sociedad con economía excedentaria) daría lugar a una estratificación permanente cuando al control sobre los bienes de subsistencia se une el control sobre las estrategias de reproducción social (las categorías sociales, el conocimiento socio-ritual, el significado del uso de los objetos de lujo, etc.). Para este último autor, sería la imposibilidad de seguir manteniendo la estrategia de la imagen de igualitarismo social como fórmula de control encubierto de las condiciones de reproducción social lo que habría desencadenado el conflicto y abierto la posibilidad al cambio.

Shennan demuestra también el papel que juega la ideología en el proceso de jerarquización, pero no lo hace derivar de cambios en la esfera de la mentalidad directamente. Este autor, aún encuadrado en esta corriente, mantiene cierta tendencia dialéctica en la explicación de las causas, pues defiende también la implicación de los cambios en el sistema productivo en dicho proceso.

Junto a él, K. Kristiansen (1982, 1984, 2001) defiende que un análisis de la cultura material en términos de significado y no de función permite entender que la ideología del igualitarismo habría servido para controlar las relaciones de desigualdad incipiente en el seno de los grupos de campesinos, justificándola y abriendo camino al ejercicio de la represión sin contrapartidas. Esta "ideología" dominante serviría además para mostrar modelos alternativos que, partiendo de la realidad social auténtica, modificaran sus características para unir principios opuestos.

Por último, comentaremos la óptica del **Materialismo estructuralista**, más cercano a una interpretación dialéctica de las relaciones entre los cambios en la base estructural y la superestructural en una formación social dada, siguiendo a Godelier.

F. Nocete Calvo (1995) ejemplifica la tendencia de esta corriente planteando que los modelos de relaciones sociales de producción aldeanos alcanzan el estado de colapso por no ser capaces de responder adecuadamente a las situaciones derivadas de la enorme complejidad que la creciente especialización productiva y laboral aporta a las diferentes formaciones sociales. Ésta genera la circulación desigual de excedente con la consiguiente aparición de especialistas no-productores y una consecuente situación de conflicto interno.

Más tarde, este autor amplía su teoría con una explicación más específica que aduce primero, al bloqueo del sector productivo, principalmente de alimentos, debido al bajo nivel tecnológico de los grupos de campesinos incipientes. El mencionado bloqueo habría llevado a la introducción intencional por parte de la pre-élite, (como respuesta al conflicto) de modificaciones en el modelo que conducen al desarrollo de mecanismos de control sobre la fuerza de trabajo para compensar la baja productividad con un incremento organizado de la inversión de trabajo humano (F. Nocete 2001).

El grupo que desarrollara este primer sistema de explotación directa, detraería una plusvalía de dicho trabajo, con lo que comenzaría a acumular, tanto el excedente como el poder sobre los trabajadores. La parte de la población controlada por la élite sería la que produce el excedente y los bienes de prestigio puestos en circulación por instancias políticas y motivos

socioeconómicos, más que económicos estrictamente (no se puede hablar de mercado ni comercio). Progresivamente, este grupo de población adquiere prerrogativas exclusivas que mantienen la desigualdad y utiliza la coacción como instrumento para el mantenimiento de su posición social y del privilegio del ejercicio del poder. La ejerce directamente sobre la población que controla para mantener la obtención de la plusvalía en forma de cobro de rentas o tributos. Así, esta teoría explicativa recoge el planteamiento de Gilman, ya mencionado anteriormente, del "modelo tributario".

O. Arteaga (2002) y J. A. Cámara Serrano (2001) coinciden con Nocete en que en este modelo social de los primeros sistemas clasistas (o pre-clasistas), la tributación sería colectiva, ejercida por el grupo dominante sobre poblaciones enteras (tribus independientes), los medios de producción seguirían estando en manos de los productores, por lo que sólo se desarrollaría un sistema de tributación incipiente, limitando la capacidad de extorsión de la élite. Este sistema de "tributos humanos" habría funcionado al principio por su bajo riesgo de conflictividad social, apoyado en el mantenimiento de las construcciones ideológicas del comunalismo y el "ethos colectivo", pero no habría permitido el desarrollo de instituciones para la detracción permanente de la renta en trabajo y por ello acabaría derivando en una nueva situación de conflicto interno a fines del III milenio.

Todo el proceso se desarrollaría dentro de la lógica de las relaciones dialécticas entre los factores que lo conforman. Pero pese a la coherencia en la explicación del proceso, esta teoría hace recaer el peso de la transformación del modelo de organización social en la solución a un bloqueo económico mediante la aparición de un grupo que "moviliza" fuerza de trabajo y la organiza conforme a una autoridad concedida por el colectivo que después "pervierte" en beneficio propio. Por ello, recoge también algunos presupuestos funcionalistas relacionados con el modelo *Big-men*.

Las relaciones de explotación aparecerían por la acumulación de poder de decisión sobre otros por parte de una minoría y por la utilización que ésta haría de ella para situarse en una posición de privilegio, ya de corte clasista. En cuanto a la concepción del enmascaramiento del "poder sobre" real como "poder para" el beneficio colectivo con el que la élite incipiente se asienta, coincide con el enfoque neomarxista comentado más arriba.

En esta misma línea parece situar también J.M. Vicent su teoría explicativa de la complejidad social en general y para la Península Ibérica en concreto. En un artículo del año 1996 este autor plantea, siempre desde la perspectiva marxista ya comentada, que la complejidad social y, por tanto, el inicio de la desigualdad y la diferenciación de las formas de poder puede rastrearse ya en el *Neolítico*, preferentemente en aquellas comunidades donde se presume que se practicaban estrategias de "almacenamiento social". Se haría eco, por tanto, de los estudios de A. Testart (1982), Halstead y O'Shea (1982) e Ingold (1983) y se puede observar que participa de la teoría que otorga al control del excedente

almacenable, junto a la competencia por las tierras (J.M. Vicent, 1990), un papel primordial en el proceso de transformación de las estructuras paritarias y de las relaciones de reciprocidad social de los grupos de los primeros productores, el "modo de vida campesino". Éste sería el elemento motriz del proceso de surgimiento de las élites, junto al interés o búsqueda de la estabilidad y la seguridad en la subsistencia.

Por "modo de vida campesino", entiende un modo de vida global, no dependiente sólo de la tecnología, un proceso de "revolución social" largo, reconocible cuando sus marcadores materiales estuvieron plenamente desarrollados, ya en la fase en la que la apropiación del excedente se habría "institucionalizado" y legitimado (1988, 1991c) (comenzaría en el *Neolítico*, aunque no se materializaría hasta ya entrado el *Calcolítico*).

CUADROS ESQUEMÁTICOS SOBRE LA EXPLICACIÓN DEL PROCESO DE COMPLEJIZACIÓN SOCIAL

PLANTEAMIENTOS DE LAS DIFERENTES CORRIENTES
DE LA INVESTIGACIÓN ARQUEOLÓGICA PARA
EXPLICAR LA TRANSFORMACIÓN DE

Sociedades Segmentarias o
de Rango incipiente
con acceso paritario al poder

Sociedades Jerarquizadas
con acceso diferencial al
poder

1. EVOLUCIONISMO CLÁSICO

Proceso:
Cambio natural, evolución social innata

Causa:
El "Progreso Social"

2. FUNCIONALISMO

Proceso:

1. Especialización productiva y laboral
2. Especialización funcional por grupos
3. Aparición de élite con función de control y organización del colectivo

Causa:
Progreso social, avance natural.

3. NUEVA ARQUEOLOGÍA

Proceso:

1. Economía excedentaria-especialización artesanal
2. Especialización funcional entre grupos dentro del colectivo
3. Corrupción de la función del grupo que asume la representación del colectivo por enriquecimiento
4. Élite enriquecida asume el control económico: acceso diferencial a los excedentes
5. Élite asume progresivamente otras prerrogativas y privilegios: acceso diferencial al poder

Causa:

Desequilibrio población-recursos:
Necesidad de adaptación al medio tras un desequilibrio provocado por la presión demográfica.

Intensificación productiva:
Transformación del sistema de producción económica

4. ARQUEOLOGÍA "POSTMODERNA"

Proceso:

1. Especialización productiva y funcional
2. Diferenciación de grupos por funciones
3. Uno de los grupos segmentados asume el control de uno o varios elementos de la organización social: producción/redistribución de excedente / intercambio / ideología
4. Enriquecimiento del grupo con control con los beneficios derivados del mismo
5. Élite enriquecida asume el control del resto de elementos y perpetúa su situación de privilegio

Causa:

Crisis o desequilibrio interno

Proceso de **adaptación** a nueva situación productiva lleva a la diferenciación funcional.

5. ARQUEOLOGÍA MARXISTA

Proceso:

1. Incremento productivo: economía excedentaria
2. Incremento de especialización laboral
3. Desequilibrio en acceso a riqueza entre grupos derivados de la diversificación
4. Beneficio intencional por parte de uno de los grupos de la circulación desigual de excedente: acceso desigual a la renta
5. Nueva élite (con privilegios) desarrolla estrategias coercitivas para mantener su estatus y asume progresivamente el control de la producción, el intercambio, la mentalidad, el uso de la fuerza...

Causa:

Conflictos internos de orden estructural: desajustes derivados de las contradicciones intrínsecas al modelo de organización social precedente

Búsqueda de estabilidad y resolución de desajustes mediante la creación de nuevas formas de organización.

Para finalizar este apartado realizamos una **síntesis de los puntos de vista más generalizados**, prescindiendo ya de su vínculo con corrientes concretas.

Se podría decir que en el panorama actual de la investigación acerca del tema que nos ocupa, la teoría más defendida por una mayoría de autores es la que explica la complejidad como un proceso iniciado por la especialización productiva y la división laboral que desencadena la estratificación social y la aparición de la élite como grupo de poder. Pero en lo referente al por qué y el cómo del tránsito entre la especialización económica y la desigualdad social existe una mayor diversidad de opiniones.

La conversión de un grupo de población en un colectivo o de un colectivo entero en élite dominante con poder sobre otros se puede hoy día explicar por su acceso a algún tipo de "control":

- **control de los mecanismos de intercambio.** Los defensores de la aplicación de la teoría del "sistemas mundo" o sistemas globales a la prehistoria reciente europea abogan por la importancia de la integración de diferentes grupos humanos en amplias redes regionales de interacción (*Peer-Polity Interaction*) en las que el control sobre rutas, mercados, ritos de intercambio, etc. habría derivado en la disimetría entre dichos grupos (unos con mayor acceso a privilegios que otros).
- **control sobre la redistribución del excedente.** El control sobre los propios productos, no sobre su producción o distribución o sobre los productores sería identificativo de las propuestas de autores como V. Lull (1992). Otros autores, como A. Blasco, M. Edo y J. Ma Villalba (2005) enfatizan este punto centrandolo la idea del control sobre los productos en los de carácter prestigioso.
- **control sobre la producción** directa, sobre todo, la tecnología que permite la intensificación productiva (J. Gamiz, 1997), cantidades o tipos de productos que generar, distribución de tierras y otros medios de producción, etc. F. Molina (1983), Tavares da Silva (1987) o R.J. Harrison (1993) habrían defendido el papel crucial también de la intensificación productiva para generar excedente acumulable.
- **control sobre la fuerza de trabajo, las personas,** mediante los tributos directos. Para J.A. Cámara Serrano (2001), que sigue a F. Nocete (1994), este control habría tenido varios niveles sucesivos en el tiempo, comenzando a producirse sobre las mujeres (aspecto compartido por P.V. Castro Martínez *et al*, 1999), después sobre los "extranjeros" o gentes de otras tribus y después sobre los propios miembros del colectivo, pasando a la apropiación de los rebaños y al desarrollo de la propiedad privada sobre la tierra en fases posteriores. Según este autor: "...la presión sobre las fuerzas de trabajo (y no la intensificación) es la máxima constante de las sociedades clasistas...para elevar el excedente." (F. Nocete, 1994, p. 165)
- **control sobre los conocimientos y la información,** el conocimiento en exclusividad de ciclos agrarios, lenguas, "medicina", religión especializada... y por tanto sobre la ideología. Éste conllevaría igualmente el control sobre los objetos cargados de simbolismo e indicadores de prestigio.

La tendencia actual, pese a las diferencias descritas, es la de la **explicación multicausal**. Todos los investigadores asumen que, en términos generales, todas las grandes líneas explicativas antes

mencionadas están implicadas en el proceso de aparición de las élites, aunque priorizan alguna de ellas.

En cambio, en lo que si parece haber una diferenciación clara es en la atribución de voluntariedad por parte de la élite en dicho proceso de apropiación progresiva de capacidad de control (derivada de la situación según unos, buscada intencionalmente para obtener provecho según otros), así como en los mecanismos diseñados por ésta para lograr que el resto de la población acepte la nueva situación de disimetría sin reticencias (coacción física, coacción ideológica o enmascaramiento del poder y la jerarquización incipiente con una ideología contraria).

Nosotros aportamos a este esquema descrito un elemento más para completar la explicación del origen de las élites. Éste radicaría, no tanto en el tipo de control ejercido por ellas, sino en el hecho mismo de **“asumir el control”**.

Como ya vimos anteriormente, la diferencia real entre un sistema de organización política –un modelo de ejercicio del poder- descentralizado, que no comporta jerarquización social, ni por tanto explotación, y otro centralizado, que sí lo hace, estaría en que el primero de ellos se delega, se otorga por parte del colectivo, siendo por tanto cuestionable, revocable, limitable en capacidad y temporalidad, etc., mientras que el segundo modelo es un privilegio exclusivo, indiscutible y permanente de unos pocos.

Así, y siempre haciendo un ejercicio de reflexión especulativa, lo que marcaría en inicio de la configuración de este último modelo descrito en el seno de las formaciones sociales campesinas sería su “apropiación”, su “privatización” por parte de la pre-élite y una vez apropiado, se podría emplear para ejercer el tipo de control más útil y/o provechoso.

PROPUESTA EXPLICATIVA

Proceso:

1. Incremento de la especialización productiva y funcional
2. Diferenciación de grupos por funciones
3. Desequilibrios internos por conflictos de intereses entre grupos
4. Grupo de "no productores" privatiza la capacidad de tomar decisiones del colectivo: proceso de apropiación del poder por parte de una minoría
5. Élite hace uso de su privilegio para enriquecerse, asumir el control de la producción / intercambio / redistribución/ fuerza física y/o la ideología
6. Utiliza la coacción (ideológica o física) para perpetuar su estatus y hacerlo inamovible.

Causa:

Desequilibrios internos estructurales producen conflictos/desajustes en el sistema de organización precedente

Búsqueda de estabilidad general

Interés particular de una minoría por apropiarse de la capacidad para decidir del colectivo, decidiendo por los demás: **creación del concepto de "poder"**

En resumen, en el capítulo IV avanzamos las distintas teorías de autores de las corrientes epistemológicas más volcadas en el estudio del proceso que nos ocupa, para explicar la aparición de las desigualdades sociales y del poder ejercido de forma permanente por un mismo grupo social.

La comparación entre sus planteamientos y la síntesis ofrecida al final permiten comprender las diferencias entre enfoques que aún domina el panorama del análisis arqueológico en la Prehistoria Reciente a un nivel teórico.

CAPITULO V

TEORÍAS SOBRE LA MENTALIDAD, LA RELIGIÓN Y LAS PRÁCTICAS FUNERARIAS EN LAS SOCIEDADES CAMPELINAS JERÁRQUICAS (IV-III MILENIOS A.C. EN EUROPA)

En el Capítulo II de este trabajo de tesis doctoral se repasaron las principales aproximaciones al estudio de la mentalidad de los grupos sociales prehistóricos. Vimos cómo, pese a las dificultades que entraña la interpretación de las estructuras ideológicas y el pensamiento de sociedades inexistentes, no sólo es posible realizar un acercamiento a las mismas desde una óptica materialista, sino que además es necesario, puesto que un análisis de la realidad histórica que pretenda ser global, y dar pie a interpretaciones de los procesos de cambio, debe tener en cuenta los aspectos socioeconómicos que se relacionan dialécticamente con los superestructurales en toda formación social.

Diferentes autores consideran no sólo viable, sino necesario, abordar la interpretación de las manifestaciones religiosas de las sociedades prehistóricas desde presupuestos eminentemente materialistas. De entre ellos, citaremos a F. Criado, quien plantea que desde la arqueología se puede y debe afrontar el estudio del hecho simbólico por constituir éste una parte de la ideología, más genéricamente, de la superestructura de toda sociedad.

Creencia, ritos, normas, fenómeno artístico, etc. corresponden en toda sociedad al universo de experiencias mentales organizadas en una corriente de pensamiento y de imaginación para la que es necesario contar con una teoría y un método de análisis adecuados. En su opinión, la antropología estructural es la que ha articulado el corpus de conocimiento científico más completo hasta el momento y más útil para pensar lo imaginario, para relacionar la realidad social en el espacio, el tiempo, las creencias... pues lo interpreta todo como un conjunto. Dice que "una cultura, cualquier actividad humana tiene una proyección material, otra mental y otra imaginaria" y que admitir esto no implica necesariamente incurrir en posturas idealistas o "mentalistas", pues "cualquier reflexión sobre la superestructura tiene que ser una reflexión materialista" (F. Criado, 1995, pág. 146).

Por otro lado, y una vez mostrada su conformidad con estos postulados, la doctora Lucas Pellicer añade (en la misma obra) que la relación dialéctica existente entre los elementos materiales y los inmateriales en la cultura no debe dificultar el análisis científico de los mismos. Análisis que para ser efectivo debe recurrir a la compartimentación, a la categorización de cada parte y al estudio de su problemática específica, pero dentro de una perspectiva global.

Con objeto de avanzar en este análisis, introducimos a continuación los diferentes elementos que resultan imprescindibles para abordar el tema de estudio que nos ocupa desde la perspectiva mencionada.



V.1. PROBLEMÁTICA CONCEPTUAL GENERAL ACERCA DE LA MENTALIDAD EN LA PREHISTORIA RECIENTE EUROPEA.

Para avanzar en el estudio de la relación entre ritos y creencias funerarias y las transformaciones sociales conducentes a la estructuración jerárquica de las sociedades del IV milenio a.C. se hace imprescindible aclarar en qué medida la muerte se incardina en el conjunto de creencias religiosas de una mentalidad campesina y de qué forma se conecta todo ello con una ideología de la dominación y el mantenimiento del orden social que planteamos sería inherente a este modelo de sociedad.

Existen diferencias de significado entre los conceptos de **ideología, religión y creencias relativas a la muerte**, propios de las sociedades que estamos estudiando. En realidad, se corresponden con tres niveles de análisis diferenciados de un mismo sistema de saber y de interpretación-representación del universo y el orden social de las mismas.

Todas ellas constituyen lo que denominamos como **mentalidad**: el conjunto de ideas y construcciones mentales que una sociedad crea para dotar de sentido al universo natural y social que la rodea y para conferirle un orden. En ella tienen cabida, tanto las relaciones entre los individuos vivos como las de los vivos con los muertos, las de los grupos entre sí y las normas de conducta que las rigen, las de los seres vivos con los seres inertes, y las de los seres materiales con los que pueblan la imaginación colectiva. El discurso mental que articula, explica y conforma todas estas relaciones forma parte de cada sociedad en conexión dialéctica con los demás elementos (modos de vida y organización social y política) que la configuran. Por ello, defendemos con J. A. Cámara Serrano (2001) y F. Criado (citado por Cámara) entre otros muchos autores, que pese a todas las dificultades que entraña determinar significados (arbitrariamente atribuidos) a partir de significantes (escasamente conocidos), diversos aspectos de la mentalidad de las sociedades prehistóricas pueden permitirnos avanzar en nuestro conocimiento de sus estructuras sociales.

V. 1. 1. La ideología en las formaciones sociales campesinas jerárquicas:

El conjunto de ideas que permiten explicar el orden social y político de un grupo humano y que lo regulan y definen es lo que se suele entender por ideología.

Para nuestro estudio, resulta importante determinar hasta qué punto es diferente este concepto del de mentalidad y del de religión, pues en un gran número de publicaciones se utilizan indistintamente. En realidad, en las sociedades prehistóricas no debió existir distinción entre las ideas racionalmente organizadas que conformaran la estructura de pensamiento sobre la realidad social tangible de las de índole religiosa, pues no existía aún la línea divisoria entre razón y creencia que caracteriza la mentalidad occidental actual.

Sólo resulta interesante esta disquisición a efectos analíticos, de estudio de los componentes de cada manifestación material de dicha ideología-religión. Y precisamente es interesante porque permite determinar, en el estudio de los ritos funerarios megalíticos, qué elementos son expresivos de un pensamiento religioso y cuáles lo son de la ideología dominante, pese a que ambos estuvieran indisolublemente unidos para sus creadores y ejecutores. A nosotros, que investigamos lo que pensaban y sentían desde el presente, esta distinción analítica nos facilita la labor.

No obstante, es también fundamental recordar que ni siquiera podemos concebir que la parte de los ritos funerarios que vehiculaba planteamientos ideológicos fuera "subyacente" a la religiosa o estuviera subordinada a ella u oculta. Para quienes los representaban, esas distinciones no existían, por tanto, ambos aspectos debieron ser igualmente evidentes.

Así, resulta de especial trascendencia para el objeto de este trabajo que los ritos y su significado ideológico fueran un único aspecto de la realidad funeraria en las sociedades campesinas jerárquicas, pues ello explicaría no sólo su función inmediata, la que el colectivo le atribuía en la vida de los individuos, sino también su función a largo plazo, la que el mismo colectivo le otorgaba en la configuración y mantenimiento de la estructura social.

El "*pensamiento calcolítico*" como lo denomina F. Criado (1995), poseería unas características esenciales que influenciarían las creencias religiosas y su expresión cultural. Para este autor, las sociedades campesinas dotadas de una organización clánica (tribal o segmentaria evolucionada) serían muy dependientes del *pensamiento mítico* o mitológico (término tomado de Levi-Strauss), por lo que el contexto inmediato de un símbolo sería ese conjunto de ideas sobre lo mitológico, el mundo figurado de los ancestros y otros seres espirituales.

A. Whittle (2003) habla también de la importancia del **mito** en estas sociedades, pero en su caso, lo entiende como un recurso para la construcción del pasado. Lo recordado a nivel individual, (personal) se convertiría en memoria colectiva a través del mito y habría estado presente tanto en las ceremonias, como en la vida cotidiana de las sociedades campesinas.

La **creación del pasado** es uno de los aspectos más interesantes de la conformación de una ideología dominante. Según las investigaciones etnoarqueológicas de A. Whittle, (sobre grupos de Madagascar, los Apaches, los Jíbaros, los Foi de Nueva Guinea, los Daribi y otros pueblos del Amazonas y el S.E Asiático), existirían diferentes formas de construir el

pasado colectivo, que sería por tanto, subjetivo y estaría sujeto a múltiples manipulaciones. Igualmente, existen diferentes productos derivados de la actividad de recordar y construir el pasado: selecciones acumulativas de datos (anales, edictos, listas), las narraciones o historias, las sagas y los mitos. Las sociedades campesinas generalmente recuerdan mediante la normativización y la ritualización de la memoria (Converton 1989, citado por A. Whittle, 2003). Las ceremonias conmemorativas serían la forma más eficaz de construir una memoria histórica común y con ella, una identidad basada en la relación con el pasado. Así mismo, la memoria social es muy selectiva, por tanto, posee la misma importancia lo que se recuerda que lo que se olvida. Y tanto una cosa como la otra pueden almacenarse transfiriéndose a determinados objetos. Estos elementos de cultura material servirían para actualizar la memoria colectiva en los ritos. Las ceremonias conmemorativas habrían servido así, para transmitir la identidad a través del pasado común y también para transmitir la ideología inmanente a ellas.

Resulta muy interesante constatar que en sus investigaciones, este autor ha encontrado enormes similitudes en la forma de contar historias de carácter mítico entre todas las sociedades campesinas mencionadas anteriormente. Detecta diferencias en la forma narrativa, pero encuentra elementos que se repiten en todas ellas, principalmente en la estructura de las historias y en los rituales relacionados con su narración. Este enfoque estructuralista es el más comúnmente aplicado al análisis de los mitos desde que Malinowski lo defendiera ya en los años 60.

Según los estudios de este tipo, son prácticamente comunes a todos los mitos las referencias al "principio de todo/origen del mundo", que son transmitidas por el chamán o personaje con funciones de vinculación con los espíritus o de tipo religioso (los Fo, los Daribi, los Lugbara, de Congo-Uganda, por ejemplo) y presentan convenciones marcadas.

Sin embargo, no son intentos de explicar el universo, no tienen un carácter cosmológico o metafísico, sino de explicación del orden social y la normativa moral vigente en el presente. Suelen ser moralizantes, pues definen las normas de comportamiento colectivo correctas y critican las incorrectas para su comunidad. Por ello, sirven por lo general para legitimar las pretensiones políticas del grupo que los defiende o los hace suyos (L. Mair, 1975).

Los mitos explican la formación de los clanes y de la organización sociopolítica y se basan en la figura del héroe-ancestro fundador. Poseen por ello carácter de testimonio fundacional, de "estatuto". También relatan secuencias de hechos y las transformaciones que ha sufrido el paisaje de su territorio por la acción humana. Presentan en general una realidad estática, originada en un pasado lejano, pero en realidad atemporal, pese a que dicha realidad sea cambiante y esté en permanente transformación (estudios de Middletown y Weiner, citados por A. Whittle, 2003).

Por último, comentaremos también que los mitos prescriben los comportamientos rituales del colectivo, pues no sólo definen rituales genéricos en sus contenidos, sino también en el propio acto de ser

narrados. Algunos antropólogos los consideran la parte verbal de un sistema ritual.

Por otro lado, F. Criado (1995) destaca que en estas sociedades preliterarias, toda la información-ideología se transmitiría de forma oral, lo que implica una forma específica de formulación de las ideas. La **oralidad** daría lugar a mecanismos específicos para generar, comunicar y controlar el pensamiento, como la estandarización de los mensajes (para poder repetirlos de memoria) la organización de las principales ideas en forma narrativa, a modo de historias, para facilitar su reconocimiento con sólo escuchar el comienzo o con asociarlas a un signo (ideograma), y el empleo de claves, códigos abstractos, para expresar las ideas más complejas (que podrían corresponder a los signos del llamado ciclo abstracto *neolítico-calcolítico* del "arte rupestre").

La invariabilidad y permanencia de los mensajes orales se correspondería con la lógica de la mentalidad de estas sociedades en general. Éste **carácter estático** afectaría a los conceptos esenciales del **tiempo** y el **espacio** de forma importante.

Criado defiende la tesis de que para las sociedades campesinas del IV-III milenios a.C. el espacio sería un lugar domesticable, dominable, pues de su control y uso intencional dependería su subsistencia y este dominio se manifestaría a través de la apropiación del mismo. Esta habría tendido a ser una apropiación permanente, para satisfacer las demandas de la población y de la nueva estructura social verticalizada. Esto podría contribuir a explicar y dar sentido al desarrollo de una mentalidad de la permanencia y la inmovilidad.

En cuanto a la otra categoría fundamental del entendimiento, el tiempo, a tenor de las interpretaciones de las evidencias arqueológicas y los datos etnográficos, parece que la concepción del tiempo de estas sociedades agrarias sería igualmente estática, pese a su permanente movilidad estacional, por el carácter cíclico, de ritmo repetitivo, pero constante y estático, en el que la transformación es recurrente, no trascendente (M. Bloch, 1981).

V. 1. 2. Un aspecto específico de la mentalidad: la construcción de la identidad individual y colectiva.

Por otro lado, otro concepto fundamental que afecta directamente a la configuración de la "mentalidad *calcolítica*" es el de **individuo**. El concepto de individuo tal y como lo conocemos en la actualidad es relativamente reciente, pudiendo rastrearse su origen en la Grecia Clásica, más que en cualquier sociedad prehistórica.

No obstante, diferentes elementos de los ritos funerarios y de las estrategias de poder y representación de las sociedades del *Bronce* y del *Hierro* parecen mostrar evidencias del proceso de individualización y de aparición de dicho concepto a efectos sociales.

En las fases precedentes no hay indicios de que este concepto juegue ningún papel. Todos los seres humanos poseemos una identidad individual a nivel psicológico, pero en las sociedades prehistóricas, la individualidad psicológica no parece haberse trasladado a la realidad social. Los individuos lo son en tanto que parte de un grupo y entre los campesinos jerarquizados del IV-III milenio, son incluso explícitamente negados como tales en el momento de la muerte. Por lo tanto, otra característica de esta "mentalidad calcólica" sería la de la **anti-individualidad**. La moral colectiva, el conjunto de normas que rigen las relaciones sociales de un grupo es uno de los elementos fundamentales de la mentalidad campesina, porque son los aspectos relativos a la identidad colectiva los que están más desarrollados en ella. (A. Whittle, 2003).

Para A. Whittle, la arqueología social y la cognoscitiva (psicóloga) pueden fusionarse y dar frutos interesantes en el estudio de la identidad y de las "redes morales" o corpus de normas de comportamiento social, en definitiva, en el estudio de la ideología que define las relaciones entre individuo y colectivo.

Definir la identidad individual y colectiva en las sociedades prehistóricas reviste una especial dificultad, y no sólo por las deficiencias de método o la pérdida de información, etc. sino porque se trata de conceptos que no estaban aún totalmente definidos en su propia estructura mental. Serían conceptos muy cambiantes, susceptibles de transformarse con facilidad en función de factores de muy diversa índole, a nivel sincrónico y diacrónico. Y no sólo habrían existido tensiones permanentes entre individuo y colectivo, familia nuclear o extensa, etc., sino también entre los propios sistemas de parentesco. Pese a nuestros intentos por uniformizarlos bajo el término de "sociedades clánicas o tribales", los estudios antropológicos muestran que las sociedades campesinas en proceso de jerarquización basculan entre diferentes modelos de filiación y de organización (de más horizontales a más verticales y viceversa) en cuestión de entre 150 y 200 años. La definición de la identidad del individuo dentro del colectivo también puede variar constantemente, con ciclos de menos de una generación.

Por ello, este autor aboga por no sobredimensionar la interpretación genealógica y evitar extrapolar modelos actuales de comprensión de las relaciones de filiación a los milenios V-III. No se pueden admitir modelos simplistas o lineales dadas las referencias etnográficas, pues parece evidente que los grupos de parentesco son bastante abiertos, y pese a tener una ideología que los define, la realidad de los individuos que los componen es muy variada y no tendría por qué corresponderse con dicha ideología en todo momento.

Sin embargo, a esta visión relativista del papel de conceptos fundamentales de la mentalidad de cualquier sociedad, como son el de individuo y colectivo, se puede contraponer una más integradora, en la que todos ellos serían entendidos como estructuras de pensamiento, parte de un todo coherente y ordenado, que aunque se transformara en el tiempo, no sería tan altamente variable en los tiempos cortos de evolución histórica como plantea Whittle.

La mentalidad, como defendíamos anteriormente es un elemento más de la cultura, relacionado dialécticamente con la estructura socioeconómica. Por ello, resulta interesante la propuesta de A. Hernando (2002). Esta autora, analiza a partir de modelos estructuralistas y materialistas (neomarxismo estructuralista) el proceso o procesos de construcción de la **identidad**, mostrando la conexión existente entre sistemas de parentesco y sistemas de representación de la realidad, (lo que venimos definiendo como la mentalidad). En su obra "Arqueología de la Identidad" aborda de forma global, pero precisa, las características que definirían las estructuras mentales (la representación del universo natural y social) de las sociedades propias de cada fase histórica, desde las más sencillas en cuanto a su estructura de organización se refiere, las de cazadores-recolectores, a la más compleja, la capitalista occidental actual.

El modelo explicativo que propone para entender la configuración de la mentalidad de un colectivo integra el papel que desempeñan en ella, tanto las categorías básicas del entendimiento -tiempo y espacio-, como la relación entre los conceptos de grupo e individuo con el tipo y grado de desarrollo socioeconómico, lo que contribuye a completar el análisis que hacemos aquí de la mentalidad en las sociedades prehistóricas. De hecho, la tesis de A. Hernando abre caminos interesantes en el estudio de esta problemática.

Para esta autora, la identidad -mentalidad- es una construcción, una elaboración colectiva que cada sociedad desarrolla en función de sus necesidades de supervivencia y de comprensión de la realidad circundante. Diferentes modos de representación y por tanto de selección, en primer lugar, de los fenómenos percibidos y de ordenación de los mismos, en segundo lugar, darían pues cabida a diferentes modelos de identidad. Ella define la identidad como "el mecanismo por el cual los seres humanos se hacen una idea de la realidad y de su posición en ella que les permita sobrevivir eficazmente con unas condiciones materiales dadas" (A. Hernando, 2002, pag. 10).

Los mecanismos de identidad constituirían un instrumento cognitivo esencial para que los seres humanos sientan control sobre sus condiciones de vida. Se construyen conforme a diversas relaciones estructurales.

También plantea que los grupos humanos ordenarían la realidad conforme a dos parámetros-categorías de entendimiento- básicos: el tiempo y el espacio. Una concepción de la misma basada en el espacio, dará lugar a un modelo de identidad estática, mientras que si está basado en el tiempo, la mentalidad resultante será de tipo dinámico.

Por otro lado, el modo de expresión formal de la representación de la realidad en los grupos humanos oscila entre sistemas "metonímicos" (el todo se representa por la parte) y sistemas "metafóricos" (el todo se representa a través de signos arbitrariamente asociados a ello y a través de conceptos abstractos).

En definitiva, la identidad de las personas en todo grupo social se establecería en función de su relación entre ellos. Ésta puede ser de tipo relacional o de tipo individual (extremos en ambos casos), según se

desprende de los estudios etnoarqueológicos. La identidad se forja en base a las relaciones comparativas de similitud y diferencia entre los seres humanos. Así un modelo de identidad relacional implicará que las personas saben quiénes son por su identificación con el grupo a partir de las similitudes que detectan entre éste y ellos mismos. En cambio, un modelo de identidad individual significaría que cada persona se define por sí misma, en función de aquello que lo diferencia con respecto a los demás.

Partiendo de estas premisas, la autora establece cómo debió concebir la realidad cada modelo de sociedad que se constata arqueológicamente en la prehistoria. Plantea un proceso de transformación progresivo, evolutivo (aunque no necesariamente lineal), desde un modelo de identidad propio de las sociedades de cazadores recolectores, a las que les atribuye el menor nivel de "complejidad socioeconómica" (por su elevado nivel de dependencia respecto del medio y su baja capacidad de transformación y control del mismo), a otro propio de la sociedad capitalista occidental del presente, la más compleja en términos de diferenciación funcional del trabajo y con mayor control sobre el medio. Al primero, le atribuye la identidad de las **"gentes del espacio"** y al segundo, la de **"las gentes del tiempo"**.

Para nuestro tema de trabajo resulta especialmente interesante que nos detengamos en la caracterización que A. Hernando propone para el primero de los modelos en una fase ya avanzada del mismo, en el inicio de su transición hacia el que nos define a nosotros mismos.

Así, plantea que el tipo de identidad (mentalidad) de las gentes del espacio se definiría por:

- Representar la realidad en términos metonímicos, a través de elementos de la realidad misma, lo que implicaría su sacralización y la imposibilidad de desvincularse emocionalmente de ella por parte de los seres humanos. Éstos estarían unidos al medio natural y social emocional y conceptualmente, considerándose a sí mismos parte de un todo.
- Identificar cada miembro del grupo en tanto que parte de éste, en base a un modelo de identidad relacional. Cada persona encontraría la seguridad necesaria para vivir en su colectivo por sus similitudes con los demás miembros. Este modelo de identidad se relacionaría dialécticamente con los diferentes modelos de parentesco grupales (desde tribus a clanes) en cada momento histórico.
- Priorizar la categoría espacial sobre la temporal en su visión del mundo. Sus referencias básicas serían los hitos permanentes del territorio, espacios experimentados, vividos, y su concepción del transcurso de la vida sería altamente estática, sin noción de cambio. De hecho, este modelo de mentalidad implicaría convertir el miedo a lo incontrolable en miedo a los cambios, por el riesgo implícito a ellos.
- Explicar su realidad a través del mito. La explicación de la naturaleza, la representación imaginaria de la parte de la realidad cuya lógica se

desconoce, habría servido para evitar la frustración y el desamparo, la desorientación derivada de la ausencia de orden en el mundo. La realidad que ordenan y a la que dan sentido los mitos aparece siempre representada a través de sus partes (metonimia).

Según su investigación etnológica acerca de la construcción de los mitos, (que coincide con los presupuestos defendidos por Whittle que vimos anteriormente), éstos se manifiestan narrativamente, cuentan historias, pero suelen hacerlo con un sentido estático del tiempo. Pueden presentar la realidad globalmente (mitos de creación del mundo) o fragmentariamente, pero siempre a través de las experiencias del grupo. En ellos, sujeto/objeto, naturaleza/cultura no son dicotomías como las entendemos en la cultura occidental, sólo existe una realidad esencial, que es la vida.

El mito, tal y como decíamos más arriba, es concebido por tanto como una "revelación" de la verdad, más que como una explicación. En su esfuerzo por presentar una realidad ordenada y coherente, propone como punto de orientación básico al propio ser humano (el colectivo humano que crea el mito), y que está ubicado "mágicamente" en el centro del mundo. Suele ser además "elegido" por instancias divinas para poblar el territorio. Los "humanos verdaderos" (no hay mitología estudiada en que esta concepción no aparezca) obtienen así, el máximo de autoestima y seguridad.

Ahora bien, dichas instancias sagradas aparecen en ellos antropomorfizadas, con voluntad propia y deseos. Para obtener su favor y asegurar la supervivencia, se desarrolla una relación de intercambio de favores manifestada a través de los ritos.

Por último, los estudios antropológicos sobre los mitos revelan también que el vínculo de los miembros de un grupo con los mitos es emocional y que forman parte de su realidad y de sí mismos, sin independencia conceptual. En estos grupos, no es el sujeto el que decide asumir un mito, no puede decidir lo que creer, pues la propia realidad es el mito.

La propuesta de A. Hernando es una herramienta útil de trabajo para el análisis de las estructuras mentales de la prehistoria por cuanto permite entender la relación dialéctica existente entre los elementos que las configuran y entre éstos y el tipo (más o menos "complejo") de organización social y económica.

El único aspecto cuestionable en su planteamiento, es a nuestro juicio, que interpreta la "complejidad socioeconómica" en términos de diferenciación funcional y especialización del trabajo exclusivamente. Esta visión, más funcionalista que materialista, adolece de ser muy restrictiva y deja de lado otras variables importantes como son las relaciones sociales de producción, los propios modelos de organización social, la ideología dominante y su incardinación en la mentalidad, etc.



V. 1. 3. Las creencias de tipo religioso. La religión como fenómeno social.

Por religión, podemos entender la expresión mental de la forma en que un colectivo humano entiende el mundo y su sociedad, desde un orden de realidad diferente del material (la más antigua de todas ellas, pues la filosofía y la ciencia surgieron más tarde).

Desde el ámbito de la antropología, E. Durkheim define la religión, en términos generales, como "... el sistema solidario de creencias y prácticas relativas a las cosas sagradas... que unen en una misma comunidad moral, llamada iglesia, a todos aquellos que se adhieren a ella." (E. Durkheim, 1982, p. 42).

Para Durkheim, la religión es algo eminentemente social, directamente ligado por tanto al concepto de "iglesia", o conjunto de personas unidas por la misma forma de representar el mundo de lo sagrado y lo profano y por traducir esta representación (las creencias) en unas prácticas (los ritos) idénticas. A través de su estudio de las características de las religiones propias de sociedades prehistóricas, define las características fundamentales de toda construcción religiosa:

- Sería una expresión y *explicación* de lo que hay de constante y regular en las cosas, no de lo sobrenatural o misterioso.
- Establecería la *diferencia entre lo sagrado y lo profano*, dos ámbitos de la realidad que aparecen en toda religión explícitamente separados. Esta disociación del mundo real en dos esferas absolutamente distintas sería una constante universal, propia de todas las religiones de todas las épocas históricas, aunque cada una establezca sus características y las ubique en un espacio propio. Lo puro y lo impuro serían otra pareja de contrarios característica de toda religión, según P. Laburthe-Tolra y J.P. Warnier (1998). Estos mismos autores plantean que el universo de las entidades espirituales suele ser en todas las religiones paralelo al de los humanos, aunque diferente. En esta lógica incluyen también a las religiones de tipo animista y manista (con cultos a manes y antepasados). De hecho, esta idea de la duplicidad de espacios se suele complementar con la de la duplicidad de identidades individuales: el doble, el espíritu gemelo, la sombra del cadáver (conceptos que evolucionan hacia el de alma) están presentes también en casi todas las construcciones religiosas conocidas.
- *Ordenaría la relación entre los seres humanos y lo divino* (lo espiritual en sentido más amplio). Para P. Laburthe-Tolra y J.P. Warnier (1998), dicha

relación se establecería mediante un sistema de comunicación, de afección y de posesión que podría manifestarse por decisión voluntaria de los humanos o de las entidades espirituales. Toda religión, según ellos, implica un mínimo de *organización y jerarquía entre humanos y espíritus*.

- Se definiría por establecer dicha organización mediante *unas creencias y unos ritos* asociados a ellas. El conjunto de creencias sería las expresiones de la naturaleza de lo sagrado, la relación entre las cosas sagradas y entre ellas y lo profano y los ritos serían las reglas de conducta que prescriben cómo debe comportarse el hombre en relación a las cosas sagradas.
- Admitiría la pluralidad de las cosas sagradas y nunca se fundamenta en un único culto, sino que es un *sistema de ritos organizados*, subordinados y/o yuxtapuestos, entre los que pueden convivir otros de religiones minoritarias o incluso no pertenecientes a ninguna religión constituida como tal.
- Se diferenciaría de la magia y el folklore por su *carácter colectivo*, por su función como *elemento ideológico de cohesión* (el grupo se suele considerar como tal, entre otras cosas, por el hecho de compartir creencias y ritos). La magia se realiza a nivel individual y no establece lazos duraderos entre personas. Tiene una finalidad pragmática, no de representación, ni define normas de conducta colectivas.
- Sus ritos serían maneras de actuar que surgen del seno de grupos constituidos y cumplen la función de suscitar, mantener o rehacer ciertas categorías mentales colectivas. Estos ritos se fundamentan en las creencias, que son igualmente representaciones de realidades colectivas, y en las categorías básicas de entendimiento de la realidad, como el concepto de tiempo o el de espacio, que a su vez son productos sociales pues se conciben y aprenden socialmente. Son especialmente trascendentes para el mantenimiento de una religión y su arma más eficaz, pues al tratarse de un conjunto de actos regularmente repetidos y asumidos por todos, proporcionan al fiel emoción, sentimiento de poder o salvación frente al mal o la inquietud y otorgan la felicidad que refuerza su creencia y por tanto, su visión preestablecida de la realidad.

El análisis sociológico de las religiones de las sociedades prehistóricas de Durkheim se encuentra en la base de otros posteriores, de autores diversos, pero que avanzan en los presupuestos que hemos resumido arriba. Por ejemplo, Horton (antropólogo citado por L. Mair, 1975) define también la religión como "la extensión de las relaciones de las personas más allá de los confines de la sociedad humana" y junto con Taylor y Malinowski, defiende que habría surgido como respuesta a necesidades emotivas, para ayudar a superar el dolor, la ansiedad o como instrumento de integración del individuo en la sociedad.

P. Laburthe-Tolra (1998) añade que en todas las religiones, las personas muestran su sumisión a lo sagrado aceptando voluntariamente los ritos y creencias (aunque, por supuesto, bajo la presión social de la ideología dominante). También indica que toda actitud religiosa se inscribe en la historia (tiene dimensión histórica), pues se vincula a un esquema de relaciones con los espíritus/divinidad que tiene un origen en el pasado y un desarrollo hasta un futuro que aún está por llegar (fin del mundo). Por último, destaca que otro aspecto que caracteriza a casi todas las religiones estudiadas es el proselitismo que ejercen sus fieles, tratando de universalizar (o concibiendo como universal) sus creencias. Éstas suelen expresarse como dogmas (verdades que no se pueden probar) y se narran como mitos.

En su aplicación a la prehistoria, el estudio del concepto de religión nos lleva a mencionar las tesis de la profesora Rosario Lucas Pellicer, quien definió la religión prehistórica como el conjunto de "... mecanismos que adopta cada cultura -o una en particular- para relacionarse y servir de elemento intermedio o mediador en la comunicación con fuerzas superiores o entes suprahumanos..." (R. Lucas, 1995, p. 117).

F. Nocete, desde la perspectiva del materialismo histórico, a su vez, habla de ella como del "cuerpo de creencias institucionalizadas que posee un conjunto de cultos afines". (F. Nocete, 1995, pág. 128), como un sistema -aparato ideológico- generado por los vivos para explicar la realidad de éstos y la de los muertos y para utilizarlos a ambos dentro de una lógica de relaciones interpersonales.

La doctora Lucas Pellicer apunta, también en la obra arriba mencionada, que la experiencia de los vivos está siempre en lo religioso, porque ninguna sociedad puede expresarse religiosamente por encima de la experiencia acumulada. Plantea que debe ser entendida en su contexto, (siguiendo los enfoques de la arqueología contextual de Renfrew, Hodder, etc., por tanto), manteniendo la conexión existente en la prehistoria entre lo funerario y la vida cotidiana, y entendiendo su capacidad coercitiva, muy alta en estas sociedades.

Una religión formalizada (la que Wallace clasifica como de tipo politeísta o monoteísta) contaría siempre con "especialistas religiosos", mientras que las religiones chamanísticas o comunales contarían sólo con profesionales a tiempo parcial (C.P. Kottak, 1999). Sus expresiones materiales serían muy variadas, incluyendo entre ellas, las representaciones "artísticas, pictóricas o de arte mueble, que podrían entenderse como parte del código "lingüístico sagrado" que tradujo las representaciones del universo natural y social de las sociedades prehistóricas.

Un enfoque más idealista, el defendido por J. Cauvin (2002), entre otros autores (principalmente, antropólogos americanos que trabajan sobre las primeras formaciones estatales en Norteamérica o el propio I. Hodder), permite llegar a afirmar incluso que en la religión se encontraría el germen de la "complejidad social".

Aunque no compartimos el planteamiento, creemos que resulta interesante explicar con más detenimiento la tesis de este autor. Así, vemos cómo establece que la religión como tal nacería en el *Neolítico* (sus investigaciones se centran en el Próximo Oriente, en concreto en contextos Natufienses y Khiamian, -sociedades del 10.500-9000 a.C- y en general, en el PPNB -*neolítico* precerámico B-, del 9000 al 7000 a.C). Para él, el desarrollo de una religión estructurada habría formado parte del proceso de transformación de la mentalidad asociado a la producción de alimentos. Pero la personificación de lo divino (en la figura de la diosa madre) desde los inicios de esta "revolución de los símbolos" habría sido uno de los factores previos que impulsara el cambio social y no una consecuencia o un factor en relación dialéctica con los tecnoeconómicos y sociopolíticos. Mantiene que el concepto de ser humano se habría definido en términos de su capacidad de acción y modificación del medio a partir de una proyección mental nacida de la imaginación colectiva.

Para Cauvin, también la concepción de la jerarquía y las relaciones de dependencia se habrían diseñado primero en el ámbito de la mentalidad, concretamente, a través de la ordenación piramidal de las relaciones entre los humanos (inferiores) y los dioses (superiores) inherente al pensamiento religioso. Una vez asumido este esquema de relaciones, habría sido utilizado para promover -y consecuentemente, justificar- la existencia de este tipo de relaciones entre los humanos también, varios milenios más tarde de que el concepto surgiera y se empleara para explicar la realidad.

En nuestra opinión, no se puede afirmar que la proyección mental de la idea de jerarquía ente humanos y dioses fuera el precedente o causa de la jerarquización social, sino en todo caso, un proceso simultáneo, en relación con los demás ya mencionados.



14. Ídolo de Antequera
(Almargén)

Volviendo a la función social de la religión, en definitiva, ésta sería la de proporcionar a los creyentes una visión ordenada del mundo, la de explicar la realidad y proponer unos principios de actuación, una moralidad. Pero además de las creencias, la religión se basa en los ritos, como hemos visto, cumpliendo así no sólo una función emocional, sino cognitiva también (C.P. Kottak 1999).

El **rito**, sería un acto simbólico sin finalidad práctica (diferenciado por tanto de los actos mágicos) que además de vehicular las creencias religiosas se usaría para sancionar en cada sociedad los cambios de estatus, regular la interacción social, regular situaciones de crisis (individual y grupal), etc. En la literatura antropológica, desde Malinowski, los ritos se consideran parte de un sistema ordenado que se incardina con los demás mecanismos de organización de la sociedad para estructurar los ritmos de vida (P. Laburthe-Tolra y J.P. Warnier, 1998). También funcionarían como estrategias de integración y de solidaridad a nivel interno, reforzando la identidad grupal.

En las sociedades pre-estatales estudiadas por los antropólogos, se detecta una tipología de ritos muy repetida: ritos de prevención, de defensa, de control (prohibición), conmemorativos, de paso-tránsito y de iniciación (con rasgos de secretismo y normas de ocultación que refuerzan un vínculo muy marcado con la idea de conexión entre vida y muerte y resurrección). También son característicos los ritos de nacimiento, matrimonio y muerte. Por regla general, se componen de actos simbólicos en los que se utilizan objetos y palabras imbuidas de sacralidad, pudiendo encontrar entre ellos los sacrificios, las ofrendas y las libaciones. Se diferencian de los cultos en que éstos son un homenaje directo a la divinidad.

Las ceremonias de culto se componen de ritos, pero no todos los ritos son cultuales (P. Laburthe-Tolra, 1998). De entre los ritos, en todas las sociedades estudiadas destacan los sacrificios, por constituir un sistema de comunicación especialmente elaborado entre los humanos y lo espiritual o divino. El mediador entre lo sagrado y lo profano es la víctima (consagrada y destruida) y la comunicación se establece a través de una cadena de pequeñas comunicaciones directas entre oficiante y "sacerdote" o sacrificante, entre éste y la víctima y entre ésta y los habitantes del otro mundo. El sacrificio más simple es la libación y siempre se ofrece como un regalo, sin esperar nada a cambio.

En lo que concierne a la interpretación de la función ideológica de los ritos, podemos decir que, en general, son procedimientos tan estereotipados por su carácter repetitivo que anulan el paso del tiempo a través de su ejecución y perpetúan la ideología del no-cambio.

Para J.A. Cámara Serrano (2001), un ritual, entendido como el sistema de comunicación repetitivo y estructurado que se destina a la reproducción social (P. Scarduelli, 1988) tendría además otras funciones, como la de transmitir conocimientos indispensables (Thomas, 1990) y habría sido susceptible de ser monopolizado por las élites en el momento en que éstas desarrollan sus privilegios.

Este tipo de privilegio habría contribuido a reforzar las diferencias de rango y de prestigio, constituyéndose, según las evidencias etnográficas, en un atributo característico y distintivo de la autoridad, también cuando ésta se desarrolla e institucionaliza.

Así, podríamos destacar la relación existente entre el control de las creencias y los rituales asociados a ellas y el desarrollo de la verticalización de la sociedad y la aparición de las élites, que existe prácticamente en todas las sociedades de estas características que han sido estudiadas hasta la fecha.



V. 1. 4. Las creencias específicamente relacionadas con la muerte y las expresiones asociadas a ellas: ritos y espacios funerarios.

La muerte produce en todas las culturas y lo ha hecho en todos los momentos históricos, dolor y sentimiento de pérdida (a un nivel individual, social, o ambos). Por ello, los ritos funerarios suelen cumplir una función psicológica y emocional relacionada con la mitigación, expresión o canalización del dolor.

Pero no todos los cultos relacionados con la muerte han sido ni son iguales. Las diferencias entre ellos pueden llegar a ser muy evidentes en función de los demás factores funcionales que los caracterizan y fundamentalmente, de las creencias religiosas y funerarias que expresan.

Podemos destacar a continuación una posible clasificación de las creencias relacionadas con el mundo de la muerte en prehistoria. Rosario Lucas Pellicer (1995) plantea la diferencia entre los dos tipos más habituales de religiones en relación a la forma de entender la muerte en ellas: las de "*salvación*" y las de "*prevención*".

Las primeras suelen incorporar creencias de ultratumba, asociadas a conceptos de vida ulterior, renacimiento o reencarnación y en ellas, el muerto mantendría parte de su identidad de vivo, por lo que los ritos asociados al mundo funerario suelen estar destinados a la preparación, la preservación, el mantenimiento del difunto.

Las segundas, por el contrario, plantean una separación radical entre el mundo de los vivos y el de los muertos y conciben éste como un espacio peligroso, por lo que los ritos van encaminados a alejar a los muertos, a propiciar su aislamiento y su no intervención en la vida cotidiana. No obstante, según P. Laburthe-Tolra y J.P. Warnier (1998), casi ninguna sociedad estudiada etnográficamente concibe la muerte como el fin de la existencia. Ya se dimensione en relación o totalmente separado del mundo de los vivos, la de los muertos es una realidad comúnmente aceptada.

Una clasificación diferente, en función de criterios relacionados con el objeto de veneración, del ámbito del cual proceden las fuerzas o entidades espirituales o divinas, es la que establece T. Andrés (1998) entre religiones de tipo *telúrico* y las de tipo *astral*. Según se desprende de referencias

etnográficas, en las telúricas se adoraría a las fuerzas de la naturaleza terrestre y su expresión funeraria, sería la inhumación.

El enterramiento en la tierra, en una cueva o en el interior de alguna construcción que la recuerde, podría interpretarse como expresión del deseo de volver a las raíces terrenas, las generadoras de vida para una sociedad agrícola. Ello llevaría implícitos modelos de concepción cíclicos del tiempo y quizá la creencia en la reencarnación o la resurrección en otro espacio-tiempo hacia el que la muerte sería el camino.

Las de tipo astral o "uránicas" estarían desligadas del ciclo recurrente de la vida en la tierra. El cielo, con sus manifestaciones planetarias, sería el referente del tránsito a través de la muerte. Los ritos funerarios presumiblemente relacionados con lo astral serían los de descarnamiento y exposición del cadáver a los elementos, debido a la idea, presumiblemente implícita a ellos, de ascensión del "espíritu" hacia el cielo directamente. También los de cremación, por similares creencias, como la de que la esencia del muerto se elevaría a través del humo de la pira, sublimándose al tiempo que purificándose para dar paso a otro nivel o tipo de existencia.

Según se desprende de estudios antropológicos (P. Laburthe-Tolra y J.P. Warnier, 1998), los ritos funerarios en las sociedades pre-estatales se suelen concebir como los indicadores de los pasos a dar por el difunto en su viaje al más allá o la otra dimensión. Marcaría la dirección correcta, pues siempre está presente la opción incorrecta que genera espíritus peligrosos para los vivos. Por ello, suelen acompañar a los ritos básicos, otros de exorcismo (alejamiento), halago y reconciliación (libaciones y ofrendas). La corrupción del cuerpo suele considerarse un fenómeno negativo, asociado a la idea de impureza (por lo que los ritos destinados al tratamiento *post-mortem* del cadáver gozan siempre de especial atención).

Sin embargo, es interesante destacar que los huesos (individualmente y en osarios) se consideran generalmente como "reliquias" que pueden conservarse de diferentes modos para honrar a los muertos ya convertidos en antepasados.

La correcta identificación de los ritos funerarios en contextos arqueológicos podría por todo ello facilitar la interpretación de las creencias inmanentes a ellos.

T. Andrés (1998) defiende que los ritos funerarios poseen una raíz económica, (es su carácter utilitario a nivel económicos y social lo que es observable arqueológicamente y analizable para poder comprender su significado trascendente e ideacional), su función práctica para la subsistencia del grupo sería la de dulcificar la muerte, pero al tiempo, sirven para transmitir la idea que de ésta tiene la sociedad. Convierten el cadáver en muerto, otorgándole una categoría diferente a nivel social. Piensa también que el ritual confiere control sobre la realidad. La repetición de actos que la experiencia muestra como beneficiosos emocional y socialmente tiene una utilidad cotidiana y es además una actividad colectiva, del grupo.



15. Dólmen de Gorafe

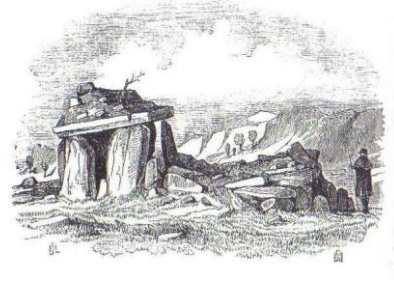
Veremos ahora la *interpretación materialista* de las funciones que podrían cumplir los ritos funerarios y lo que ellos implican en las sociedades jerarquizadas o en proceso de estarlo.

Según J.A. Cámara Serrano (2001) la muerte y el tránsito hacia ella no son los únicos elementos del ritual funerario. En él, juega un papel fundamental la manipulación ideológica y el control de la población a través de la coacción ideológica por parte de la élite dominante.

La utilización de las emociones más primarias, el miedo y el dolor, es una de las estrategias más efectivas para establecer relaciones de dependencia y control a nivel individual y colectivo. Si a ello se le añade una concepción de la muerte, formulada ritualmente, que la presente como un elemento de cohesión y renovación permanente de la comunidad, y como un vehículo de tránsito hacia otro mundo, podría llegar a convertirse en una potente herramienta de refuerzo de la aceptación y sometimiento a dicha realidad terrena y por tanto, de reproducción del orden social vigente.

Este autor entiende que la concepción de la muerte y su ritual característica de las sociedades campesinas trasluce el dominio humano sobre la naturaleza, la "domesticación del medio" y el proceso de apropiación diferencial del producto social y la consiguiente desigualdad, además del sentido de la muerte y su manifestación material.

Sus afirmaciones son muy genéricas y existen pocas evidencias formales de ellas, pudiendo incluso cuestionarse que todas las manifestaciones rituales funerarias a partir del neolítico manifiesten control sobre el medio. No obstante, ciertos elementos del ritual funerario sí podrían indicar jerarquización social, así como haber servido para manifestar unas realidades mientras ocultaban otras, ejerciendo de elementos sancionadores del orden establecido, como veremos más adelante.



V. 2. EL MUNDO FUNERARIO DE LAS PRIMERAS SOCIEDADES CAMPESINAS JERÁRQUICAS EN EUROPA: EL IV Y III MILENIOS A.C. Y EL "MEGALITISMO".

V.2.1. El concepto de "megalitismo":

El término "megalitismo" comienza a generalizarse en la bibliografía arqueológica a comienzos del s. XX, en correspondencia con el inicio de la investigación sistemática de las construcciones de "grandes piedras" en Europa. Pero como ocurre con otros muchos términos específicos en arqueología, hoy día su utilización es muy genérica y acrítica, debido a una serie de problemas que es necesario definir antes de pasar a profundizar en los significados y funciones sociales de los dólmenes y cuevas sepulcrales.

Se trata de un término excesivamente ambiguo, en primer lugar (L. García Sanjuán, 2000). Su enorme abarcabilidad se debe a que designa exclusivamente un aspecto del fenómeno que describe, esto es, el tamaño de los materiales empleados en la construcción. Por lo tanto, quedan englobadas bajo su paraguas evidencias arqueológicas muy diversas a nivel cronológico, morfológico y funcional.

Pero el principal aspecto problemático a nuestro juicio, sería el de su identificación con un "fenómeno cultural" con independencia e identidad propia. Todavía hoy se parcializan los estudios –artículos de investigación– en función de si se centran en el "megalitismo" o no, por lo que posee el rango de "ismo", de movimiento cultural. A ello subyace una concepción historicista que no ayuda a centrar la interpretación histórica de las sociedades que se designan como afectadas por este supuesto "movimiento cultural".

No consideramos apropiado utilizar el término tal y como se ha estado haciendo hasta la fecha, como algo independiente de las sociedades que levantaron las construcciones megalíticas, que sobrevuela por encima de ellas, desconectado de su realidad específica. El hecho de que aparezcan edificaciones de grandes piedras con funciones rituales (religiosas exclusivamente o también funerarias) en diferentes partes del mundo, asociadas a diferentes grupos humanos y en diferentes cronologías, sólo indica que éstos grupos compartieron (convergió en) una serie de aspectos relativos a su mentalidad (y por tanto a su estructura social y económica), su visión del universo y concepción de la muerte, pero no que se trate de un fenómeno único "difundido" desde un foco de origen y

asumido (¿cómo? por "aculturación" quizá?)" como reflejaba, de forma más o menos explícita, la investigación en los últimos decenios. Un ejemplo de ello podría ser el de J.E. Márquez Romero (2002), autor que hace unos años hablaba aún del megalitismo como elemento unificador de grupos neolíticos diferenciados y de cronologías dispersas en todo el occidente europeo.

Pese a que determinados elementos puedan considerarse características recurrentes, a tenor de estas últimas investigaciones y del avance en los trabajos de campo (proyectos de amplio espectro territorial, con análisis de los procesos históricos) y las nuevas tendencias interpretativas, se hace necesario estudiar las manifestaciones arquitectónicas megalíticas como parte de un conjunto de elementos materiales expresivos de organizaciones sociales específicas, que se parecen entre sí, pero no como un "fenómeno" del que ellas participan.

Intentar caracterizar grupos humanos por el hecho de construir megalitos exclusivamente no está conduciendo a resultados satisfactorios en la investigación arqueológica. De hecho, ya en 1985, R. Joussanme recalca esta idea al intentar estudiar globalmente el "megalitismo" conocido en todos los continentes del planeta. Este autor definía el megalitismo como un conjunto de rasgos similares en el aspecto material y ritual de la expresión del concepto de "muerte", por lo que describía las necrópolis cuyas características arquitectónicas y de concepción ritual general coincidían con un patrón, pero destacaba ya entonces que dichas coincidencias eran fruto de fenómenos de convergencia formal y semántica entre las manifestaciones materiales de sociedades con rasgos socioeconómicos y de mentalidad similares, pero con diferencias entre sí, especialmente cronológicas.

Desde luego, son destacables las enormes coincidencias entre las soluciones al problema de formular simbólicamente el cambio hacia un modelo jerárquico en grupos humanos con mentalidades estáticas, que no comprenden el cambio social. Como lo son las que se refieren a la forma de hacerlo a través de la creación de un mundo paralelo para los antepasados al que se accede a través de grandes portales monumentales –dólmenes- y que se adoptaron en la Europa Atlántica, la Mediterránea, incluyendo el norte de África, el Cáucaso, el Oriente Próximo (Palestina), el Sureste Asiático y Sudamérica. Pero estas similitudes no responderían a un proceso de difusión de ideas o gentes. Tan sólo serían aceptables las interinfluencias que ayudaron a homogeneizar morfologías, ritos y ajuares y a generar un paradigma religioso que abarcó las diferentes expresiones ideológicas de formaciones sociales diferentes en Europa Atlántica (la mediterránea mostraría interinfluencias más marcadas desde el Próximo Oriente).

Así pues, pese a los elementos comunes existentes, ninguno de los grupos sociales analizados debería definirse por un elemento aislado de su rito funerario dominante. T. Andrés Rupérez (1998) advierte, junto con otros muchos autores, de que las sociedades del IV-III milenio en Europa no se caracterizarían por el colectivismo funerario exclusivamente.

Todas las formaciones sociales que construyeron megalitos compartieron determinados aspectos económicos, de organización social y de mentalidad y actitud ante la muerte, pero no todas fueron iguales. Por ello, es igualmente fundamental analizar estas manifestaciones desde la base de la realidad socioeconómica, política e ideológica de los grupos que las levantaron y no al revés, poniendo el énfasis en las gentes y su organización como colectivo más que en las expresiones materiales de su cultura (o utilizarlas para llegar hasta estas cuestiones, como pretendemos en este trabajo).

Es más conveniente hablar de sociedades campesinas, jerarquizadas o en proceso de estarlo, con una mentalidad en tránsito, en transformación también desde el modelo de mentalidad del mito al de la mentalidad de la razón y el individuo (A. Hernando, 2002). En ellas, la que algunos autores denominan la religión "megalítica" expresaría una creencia en la muerte como proceso, como lugar de tránsito y una identidad en vías de individualización.

Todas estas afirmaciones son suficientemente complejas como para requerir un mayor grado de desglose y un análisis más detallado. Por ello, presentamos a continuación una síntesis de los conocimientos actuales sobre la cultura material que nos ocupa para presentar después las interpretaciones más actuales sobre los mismos.



V. 2. 2. Síntesis de las principales evidencias arqueológicas y etnoarqueológicas:

A. EVIDENCIAS ARQUEOLÓGICAS:

La arqueología aplicada al estudio los restos materiales de los espacios y ritos de culto funerario -dólmenes y cuevas sepulcrales- permite, en síntesis, hacer las siguientes deducciones:

1. Cronologías y procesos: los dólmenes en el tiempo histórico.

Los dólmenes, los cromlechs y otras estructuras megalíticas de corte sacro, abarcan un amplísima gama de **cronologías** (del VI milenio a.C. al I). Las fases de máximo desarrollo se centran en períodos de en torno a 1000 años (diferenciados por regiones). Estas cronologías aparecen ya en las publicaciones recientes como calibradas (aunque aún queden algunos casos en los que no se especifica) y se contemplan en esta tesis siempre en términos *a.C.* (antes de Cristo-antes de nuestra era).

Las cronologías más altas conocidas para construcciones megalíticas se remontan a fines del VII y principios del VI milenio, en Portugal y costa nord-atlántica de Europa. Parece que las primeras manifestaciones de la separación del mundo de los vivos y el de los muertos y la monumentalización de éste último podrían estar asociadas a los primeros grupos que empiezan a desarrollar modos de vida agrícola, comunidades domésticas, en términos de C. L. Melliasoux, 1987), tal y como apunta Tavares da Silva (1997) en su estudio de los megalitos del sur de Portugal. A. M. Muñoz (1996) defiende por su parte, la continuidad cultural con los grupos de "mesolíticos" de los concheros atlánticos. Para Tavares da Silva, existiría incluso una fase Premegalítica o Protomegalítica, de transición, que coincidiría con la neolitización, durante el VI milenio. En este sentido, R. Bradley (1998) habla también de una fase inicial del megalitismo no colectivista entre los grupos *mesolíticos* de las costas inglesas, de la Bretaña francesa y de Escandinavia.

A mediados del V milenio aparecerían ya el colectivismo funerario y el culto a los antepasados pero en el seno de sociedades aún segmentarias, no jerarquizadas ni excedentarias (I. Montero, 1999). En regiones del norte peninsular (Cantabria, según estudios de M.A. Blas Cortina, 1997), el surgimiento de los megalitos estaría igualmente vinculado a sociedades todavía muy basadas en sistemas de recolectores especializados (mesolíticos) o primeros *neolíticos*, agricultores sin intensividad productiva, que combinan también la recolección con la ganadería bovina. Para este autor, el desarrollo del concepto religioso-funerario asociado a los megalitos podría haber sido un factor más en el proceso de avance hacia modelos campesinos, como asumen otros autores citados por él para los casos escandinavos, como Suecia, (Larson) o Irlanda (Jeen y Zvelebil) e incluso Bretaña y norte de Portugal (Bradley) y el S.O. francés (Roussot-Larroque y Burnez).

Por otro lado, R. Bradley (1998) indica que el proceso de "neolitización" en Europa Central (desde Polonia al Danubio) y Occidental fue largo y complejo y avanzó en términos económicos al tiempo que en los ideológicos. La "revolución de los símbolos" en palabras de J. Cauvin (2000), habría tenido varias fases, comenzando por la aparición de edificios monumentales relacionados con la muerte (cámaras o cistas individuales con túmulo) en el V milenio y siguiendo con el desarrollo del rito colectivo y el culto a los antepasados en los dólmenes de corredor de grandes dimensiones o los túmulos circulares del IV, III y II milenios.

Este esquema encaja con el detectado en el noreste de la Península Ibérica y sur de Francia e incluso con el que puede subyacer a los enterramientos en concheros del *mesolítico* atlántico. Representaría un primer momento de escasa incidencia de la tecnología de producción alimentaria sobre los modos de vida, pero en el que comienza a expresarse materialmente la diferencia mental entre el mundo de los vivos y el de los muertos (el carácter cerrado de estas tumbas sería significativo de ello).

Con la evolución en el tiempo del modo de vida campesino se desarrollaría el concepto de clan y el culto a los antepasados, definiéndose el conjunto de ritos funerarios ya específicos del entorno megalítico y por tanto, la forma de los espacios para la muerte cambiaría en consonancia (R. Bradley, 1998).

Así pues, la configuración de este esquema mental no se hace patente hasta mucho más tarde en Europa occidental, IV-III milenios, en el seno de sociedades plenamente campesinas y más tardíamente en el resto de las áreas. El afianzamiento del modo de vida campesino (fines *neolítico* inicios del *calcolítico* en terminología tradicional) llevaría implícito, además, una economía de rendimientos aplazados (fruto de la llamada Revolución de los Productos Secundarios por A. Sherratt, 1981) con producción de excedentes acumulables, la sedentarización definitiva, aunque aún pervivan hábitos de movilidad estacional o funcional, la ocupación de territorios definidos por "fronteras", con el consiguiente proceso de apropiación de la tierra, la estructuración social interna en grupos de parentesco vinculados a antepasados heroicos (clanes) y la organización de una religión acorde con una mentalidad no individualizada, en la que el colectivo es el referente fundamental.

Las prácticas funerarias colectivas y un patrón monumentalizado del paisaje habrían sido el exponente material de la transformación de la mentalidad y por tanto, de la estructura socioeconómica y política de estas formaciones sociales.

2. Los dólmenes en el mundo.

La distribución espacial en el globo de las manifestaciones dolménicas y cuevas de enterramiento múltiple es significativamente amplia. Sin pretender hacer un repaso exhaustivo de las manifestaciones dolménicas en todos los continentes, exponemos a continuación una rápida síntesis de las referencias a los mismos que se conocen, a modo de complemento a la visión general sobre el megalitismo que proporcionamos en el presente capítulo.



16. Ejemplo de dólmen en Holanda

El megalitismo más estudiado correspondería al de la fachada atlántica europea, pero hay megalitos también en **Escandinavia** (K. Kristiansen, 1984) **y norte de Europa** en general: R. Joussaume (1985) estudió los dólmenes de Alemania, Polonia, Bélgica, Dinamarca y Holanda identificando

cámaras trapezoidales con evidencias del empleo de madera en las cubiertas y el rito de inhumación secundaria, el culto a los cráneos, banquetes funerarios, etc. Estas manifestaciones funerarias, datadas en el IV-III milenios a.C. se adscribirían a formaciones sociales alejadas culturalmente de los grupos danubianos y convivirían con los túmulos sin dólmen que también caracterizan otras áreas, como la francesa o la inglesa. Como allí, estos túmulos serían más antiguos y conservarían restos de estructuras de madera en su superficie, lo que podría llevarnos a pensar en su uso como plataformas culturales, más que como espacios funerarios.



17. Ejemplo de Dólmen en Gales
Ynys Môn, Isla de Anglesey.

Islas del Mediterráneo: Son conocidos de antiguo los enterramientos dolménicos de Córcega y Cerdeña, aunque poco estudiados en su contexto. Parece detectarse en ellos una evolución desde las cistas megalíticas semiexcavadas y los dólmenes de corredor y alineaciones de menhires del IV-III milenios a.C. En Cerdeña destacan también las cuevas sepulcrales y las "Tumbas de Gigante", así como necrópolis dolménicas (D. Cocchi, 1994). Según esta autora, las necrópolis dolménicas más destacables se relacionan con las denominadas "cultura di Ozies", del IV, y la de "sub-Ozies", con sus necrópolis de Parnu Malteddu di Goñi y di LiMuri, del III. También en Sicilia localiza hipogeos y estatuillas de tipo megalítico.

Tanto para determinadas formas arquitectónicas como elementos de ajuar Joussanne encuentra paralelos tanto entre los grupos del sur de Italia como entre los dólmenes de la fachada atlántica anglo-francesa. En las Islas Baleares también se registran dólmenes y cuevas sepulcrales del período denominado pre-talayótico y en Creta se han estudiado cuevas con enterramientos colectivos (M. Hoskin, 1997). Pero es las Islas de Malta, Comino y Gozo donde se localizan construcciones altamente llamativas por su complejidad estructural: los templos y los hipogeos polilobulados del IV milenio a.C. En este caso, la influencia próximo oriental en determinados aspectos rituales y elementos materiales es más evidente y también más lógica, por la cercanía y la existencia de rutas de intercambio y comunicación marítima activas en estos períodos.



18. Ejemplo de Dólmen de Cerdeña

Italia: En el sur de esta región se han estudiado cuevas con enterramientos colectivos (S.Tusa *et al.*, 1991, Tylcot, 1999, J.E. Robb, 1999) y las necrópolis del sureste, de la zona de Bari-Taranto. En ésta son destacables los dólmenes de ortostatos que conviven con los de mampostería y la variedad tipológica, como ocurre en la Península Ibérica. Fueron reutilizadas hasta el período micénico. Parecen estar muy vinculadas con los demás restos funerarios megalíticos del mediterráneo. En el norte, según D. Cocchi (1994), las últimas excavaciones evidencian también el empleo de hipogeos como sepulturas colectivas en el IV-III milenios a.C. Cistas y cuevas artificiales completarían las tipologías en las zonas de la "Cultura Serra d'Alto y Diana-Bellavista".

Norte de África: Esto mismo ocurre con los dólmenes estudiados en el Magreb, aunque R. Joussaume (1985) diferencia en ellos dos grupos: los del norte de Marruecos, más relacionados con el mundo atlántico y los de Argelia-Túnez, dentro de la órbita del megalitismo mediterráneo. En el norte de Marruecos los enterramientos colectivos en estructuras megalíticas cubiertas por túmulo se construyeron tanto con ortostatos como con mampostería y las cistas dolménicas parecen anteceder a los dólmenes de corredor, como en otras zonas circundantes. Se datan en el III milenio a.C., destacando entre los yacimientos conocidos la necrópolis de Tayadirt, con restos de materiales campaniformes. Las tipologías características de los dólmenes de Argelia-Túnez son muy parecidas a las de Malta y en algunos aspectos a las de Palestina (necrópolis de Bou Nouara), aunque también hay referencias culturales a los grupos de la Europa atlántica, como la existencia de túmulos para varios dólmenes, monumentos "paramegalíticos", etc.

Otros restos de tipología megalítica han sido estudiados en África (E. Zangato, 1999 y R. Joussaume, 1989). Algunos se han descartado como indicadores válidos para interpretar formaciones sociales como las que nos interesan por no responder a las características básicas del ritual del colectivismo funerario.

Oriente Próximo: el área de Palestina-Israel, Siria, Líbano y Jordania albergan también monumentos funerarios del tipo que nos ocupa. Las primeras investigaciones llevadas a cabo por Breuil y por M. Stékalis dieron como resultado el conocimiento de varias necrópolis concentradas, entre las que destaca por su carácter dolménico más puro la de Ala-Safat, en el Valle del Jordán, cerca de Jericó. En ella se documentaron, ya en los años 60, cámaras trapezoidales cubiertas por túmulos y orientadas al norte, con una característica entrada perforada en círculo. También hay túmulos que cubren varios dólmenes y piedras erigidas (menhires) en alineamientos y cerca de las tumbas, a modo de estelas, todos datados en el IV milenio a.C. Más tarde se estudiaron las dispersiones de túmulos (necrópolis dispersas) de Jordania, con túmulos muy monumentales, y de Siria y Líbano, donde los dólmenes del grupo conocido como Freiké o los de Akkar, del III milenio, presentan orientaciones al este y se acompañan de estelas y de alineamientos de menhires que han recibido muestras de adoración y rituales posiblemente de consagración (R. Joussanme, 1985), al igual que ocurre en Irlanda, África y la India y que aparecen mencionados en la Biblia.

El **Cáucaso:** En determinadas regiones de Euroasia (J. Guilaine, 1999), principalmente entre el Mar Caspio y el Mar Negro se han estudiado concentraciones de dólmenes bajo túmulo del III milenio a.C. Descartando como ejemplos de "megalitismo" a los kourganes (enterramientos individuales de sociedades muy jerarquizadas, pre-estatales), si se destaca por parte de diversos investigadores el interés de las necrópolis dispersas de la región del Valle de Kouban, o de la Abbasie, con dólmenes de cámara trapezoidal y puertas perforadas en círculo en las lajas de separación de la cámara y el corredor, bajo túmulos, similares a las de Palestina y la India, aunque, por supuesto, con variaciones tipológicas y de cultura material.

Península Arábiga: Los túmulos de la Isla de Bahreim, en el Golfo Pérsico responden a las características de los megalitos que venimos recogiendo, datándose además en el IV Milenio a.C. aunque parecen corresponderse con sociedades muy jerarquizadas (fosas y grandes cofres asociados a pinturas rupestres). También en Yemen se han estudiado restos del culto a los antepasados (F. Maillo, 2003), posiblemente más relacionados que en otros casos con el mundo del Indo y de Mesopotamia.

Madagascar: Región investigada por M. Bloch (1981) y R. Joussaume (1985) que presenta el interés especial de ofrecer la posibilidad de conocer a una de los pocos grupos de campesinos en proceso de jerarquización social que levantaron dólmenes y mantuvieron un culto a los antepasados hasta épocas recientes, los merina, por lo que posibilita aportaciones de tipo etnoarqueológico relativas a los procesos de construcción y los rituales funerarios. Este grupo construyó dólmenes con ortostatos y túmulo y levantó menhires con finalidad conmemorativa, para albergar el espíritu del difunto.

La **Melanesia**: Diversos autores han estudiado los restos megalíticos en Melanesia y Polinesia, dejados por diferentes grupos humanos que han sido también estudiados desde la óptica etnoantropológica.

India: Región estudiada desde el s. XIX, principalmente la zona de Cachemira, la frontera con Nepal y Paquistán (Norte de Karachi y Assan-Bangladesh). Destacan los alineamientos de menhires, semejantes a los de Carnak y Yemen, las piedras levantadas en honor del difunto, o para marcar las estaciones, los solsticios y equinoccios, mostrando una convergencia interesante. En el Sur y el Centro de la India, la Península de Deccan, el Norte de Rajasthan, el Indo Central y Uttar hay megalitos con inhumaciones múltiples secundarias (descarnación) en cámaras separadas de los corredores por lajas perforadas. Las puertas presentan forma circular. R. Jousaume (1985) interpreta la relación de los materiales con los grupos de la cultura Harappa del III milenio, en uso hasta el II a.C. Las últimas investigaciones abarcan desde los estudios de B. Allchin y R. Allchin, (1982), hasta los de S. Moorti, (1994).

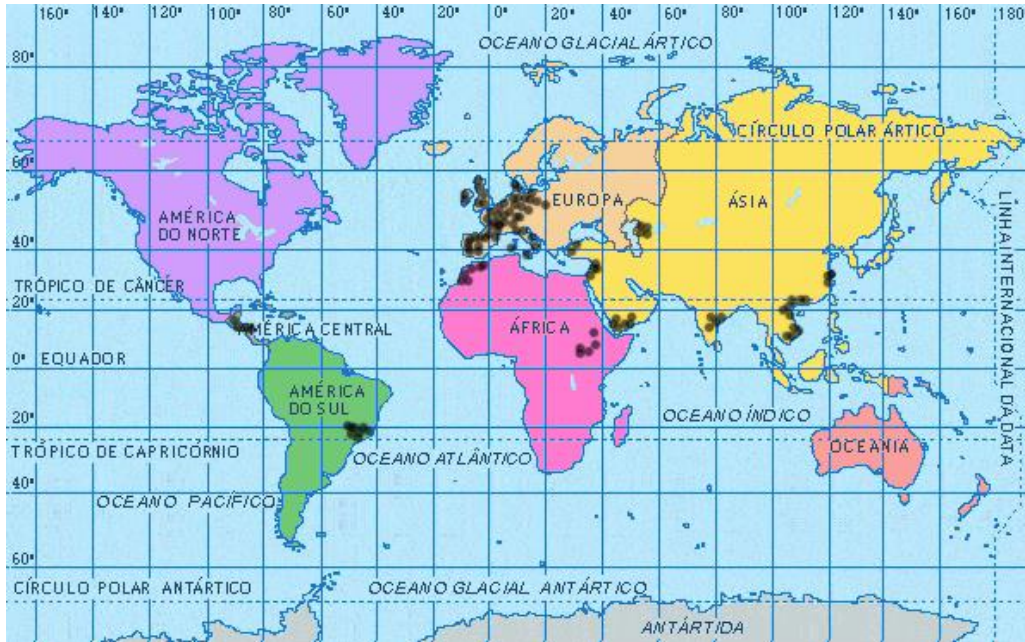
El **sureste asiático** y **sur de China**: En esta región los dólmenes se conocen igualmente desde el s. XIX, pero no ha sido hasta los últimos decenios del s. XX cuando se han comenzado a analizar como posibles espacios megalíticos. En Corea del Sur, Manchuria y Sur de Japón la mayoría de los yacimientos son enterramientos de tipo individual, de grandes líderes de sociedades pre-estatales o de los primeros emperadores de Japón. Sólo se consideran dólmenes de culto a los antepasados algunas tumbas del período Jomón (III milenio) en la necrópolis de Harayana (Nagasaki).

América del Sur:

En Colombia, R. Jousaume (1985) remite a los trabajos de S. Cassen sobre el grupo de San Agustín (ribera del río Magdalena). Esta formación social construyó tumbas megalíticas con morfología de dólmen de corredor bajo túmulo, semiexcavados con ortostatos grabados en la cara interna con serpentiformes y antropomorfos. Estos enterramientos son de carácter colectivo, con lo que nuevamente nos encontramos ante un fenómeno de convergencia interesante.

En el caso de la costa atlántica de Uruguay-Brasil, encontramos las referencias de F. Criado a los *cerritos* y *aterros*, túmulos monumentales que articulan y construyen el paisaje en tanto que receptáculos de enterramientos colectivos (aunque carezcan de "estructura interior-edificio sepulcral permanente") acompañados de ritos y de un simbolismo de conjunto claramente explicitado para sus constructores. La particularidad de estas manifestaciones sacras es que corresponden a formaciones sociales de cazadores recolectores especializados, sin conocimientos de agricultura, aunque empleen estrategias de "almacenamiento social" y posean una organización interna incipientemente disimétrica. Estas gentes gestionan sus recursos, principalmente la fuerza de trabajo, conforme a esquemas de dependencia y su patrón de asentamientos muestra evidencias de cierta diferenciación funcional y jerarquización local, por lo que no resulta muy

difícil pensar que se trata de sociedades con un modelo de organización similar a las de los constructores de megalitos europeos (F. Criado, P. Mañana y C. Gianotti, 2005).



19. Mapa de distribución de áreas con enterramientos colectivos monumentales.

El desarrollo de este modelo de complejidad social, asociado a la mentalidad de los megalitos, se habría producido de forma autóctona en todas las áreas conocidas por la investigación. No se observan evidencias de difusión de una idea o un *corpus* de creencias o religión organizada. La evolución en este período se habría producido sin solución de continuidad entre los grupos de primeros agricultores y los de carácter campesino en el occidente europeo (Dennel y Cassen, citados por M.A. Blas Cortina, 1997 y R. Bradley, 1998). Tan sólo se podría pensar en una red de inter-influencias recíprocas entre las regiones más cercanas (principalmente la Europa Atlántica y la mediterránea, en menor medida) que habría contribuido a uniformizar un concepto religioso amplio, el de la religión "megalítica" que comentaremos más adelante.

Respecto a lo que ocurre en términos de transformación histórica con los grupos constructores de megalitos de Asia central, el Sureste asiático o la India hay aún controversia.

3. Cultura material:

3.1. Colectivismo funerario: dólmenes como panteones

El rito funerario al que aparecen asociados, en su momento de expansión, es el de la **inhumación colectiva**, generalmente (aunque no

sólo) secundaria, con tratamiento previo del cadáver, una vez enterrado y posterior, con manipulaciones para acumular restos en diferentes osarios a lo largo del tiempo (R. Lucas, 1995).

Joussaume establecía ya en 1985 la necesidad de definir con precisión qué es una tumba megalítica para identificarla correctamente en el registro arqueológico y en esa labor resulta fundamental la relación entre morfología arquitectónica y ritual funerario. Por "dólmen" se entiende en la comunidad científica el lugar de enterramiento (edificio monumental) cubierto por un túmulo, pero abierto a recibir múltiples inhumaciones a lo largo del tiempo (con posibilidad de abrirse y cerrarse desde el exterior). Esta característica devendría de su concepción como panteón, tumba para el clan y lugar de paso hacia el mundo de los antepasados. Todo ello, lleva a descartar de esta definición aquellas tumbas que pese a sus características morfológicas compartidas (empleo de ortostatos, o forma en planta) se concibieran desde el principio como tumbas individuales o de un sólo uso.

La realización de ritos de culto a los antepasados, no sólo de enterramiento, sino de conmemoración, revitalización, etc. (G. Delibes y M. Rojo Guerra (2002) implicaría un culto complejo, dividido en fases, en el que incluso podrían haber circulado "reliquias". Estos huesos movidos de unas tumbas a otras, a espacios especiales o incluso a asentamientos, pudieron componer reliquias individualizadas o de conjunto y en ocasiones aparecen ordenadas dentro de una misma tumba por criterios como el de las diferentes partes del cuerpo. Casos de almacenamiento específico de reliquias han sido estudiados por R. Bradley (1998) en Inglaterra, Irlanda y la Bretaña francesa.

La muerte se entendería como un tránsito, como un proceso, más que como una situación concreta en el tiempo. A. Hernando (2002) siguiendo a R. Hertz (1990) y P.H. Ariés (1982) añade que el tránsito del individuo muerto hacia la otra vida culminaría con su renacimiento en otro orden de existencia. A su vez, también podría indicar según T. Andrés (1998) una veneración o temor hacia el muerto y una creencia en el mundo de ultratumba, en el más allá. Esta interpretación supondría entender que también el enfoque propio de las que denominamos anteriormente como religiones de tipo preventivo estaría presente de algún modo en los rituales megalíticos.

Los movimientos periódicos de los restos óseos podrían interpretarse según N. Cauwe (1997) como un rito para ayudar a los muertos en el tránsito al más allá o su otra dimensión de existencia a través de los "pasajes hacia la muerte" en palabras de Bradley. El movimiento parece ser cíclico, a tenor de los registros arqueológicos de megalitos franceses, con lo que el concepto del cambio recurrente, del movimiento estático que parece caracterizar la mentalidad de estas sociedades se vería reflejado en ellos. Para este autor, el origen de los ritos de manipulación post-mortem podría rastrearse en el Paleolítico superior (*Magdalenense*), pues no parece haber habido interrupción en su uso, al menos en la Europa Central (zona del Danubio).

El conjunto de ritos funerarios megalíticos podría haber consagrado este rito parcial, como símbolo de la tradición de los antepasados, al igual que el empleo del ocre.

En nuestra opinión, no haría falta justificar el sentido de elementos culturales tan coherentemente imbricados en las creencias de las sociedades campesinas. No son ajenos a su mentalidad, por lo tanto, no tienen por qué entenderse como residuos de tradiciones anteriores. Su planteamiento continuista refuerza las teorías autoctonistas sobre el desarrollo de la mentalidad funeraria campesina, pero de forma simple, desatendiendo factores de cambio y transformación que sí están presentes en el tránsito de la mentalidad de los cazadores recolectores a la de los agricultores sedentarios jerarquizados.

Respecto al carácter colectivo de los enterramientos, que T. De Andrés Rupérez (1995 y 1998) denomina como el *Colectivismo Funerario*, podemos distinguir entre la inhumación colectiva simultánea (en fosas comunes, por motivos coyunturales generalmente, como epidemias o ataques violentos, con cadáveres en posición anatómica, etc. y que en las fechas de referencia para este estudio pudieron realizarse en dólmenes igualmente (ejemplo de San Juan *ante Porta Latinam*, Navarra-) y la inhumación colectiva por acumulación. Este último tipo, sería el característico de los ritos megalíticos, como hemos apuntado antes.

Además de asociarse a una arquitectura funeraria específica, también generaría los osarios mencionados anteriormente, pues implicaría la reutilización del espacio cada vez que un individuo o grupo de individuos se enterrara en el dolmen. Por tanto, para esta autora, este rito no sólo habría convivido sin demasiada controversia con el individual puro, sino que sería catalogable como un tipo de inhumación individual (idea con la que coincidía A. M. Muñoz Amilibia en 1995).

R. Lucas (1995) defiende que esta controversia, pese a haber sido importante en los años 80 y 90, hoy carece de relevancia, pues la acumulación de cadáveres individuales en una necrópolis delimitada se habría podido concebir como una "comunidad de los muertos" en el seno de estas sociedades, por lo que seguiría teniendo sentido hablar de colectivismo funerario. En nuestra opinión, compartida con la de F. Criado (1995) este tipo de enterramiento individual sería relativo a una concepción colectiva de la muerte.

Según T. de Andrés, el rito universal es la inhumación individual, pues las muertes se producen escalonadamente, individualmente. No se puede esperar para enterrar a varias personas juntas por motivos higiénicos, ni siquiera bajo condiciones de ritos "pre-sepelio". En cambio, también es una constante universal la acumulación progresiva de los cadáveres en las necrópolis. La muerte es siempre un hecho individual, pero el enterramiento lo es colectivo, por lo que ésta puede llegar a concebirse como algo colectivo también. Por ello, podría quizá considerarse cada dolmen como una necrópolis en sí, un espacio sacralizado y delimitado para el enterramiento progresivo de los miembros de un colectivo con una identidad definida, lo que también podría denominarse como "panteón".

En la mentalidad de las sociedades campesinas, los individuos no estarían definidos como tales ni en la vida ni en la muerte, y su integración en el colectivo sería tanto simbólica como física. Se mezclarían poco a poco con los antepasados (sus huesos – osarios-) y ocuparían un espacio plural en el que seguirían siendo objeto de ritos posteriores igualmente colectivos. La constante reutilización es pues una característica fundamental de los dólmenes y cuevas sepulcrales.

En función del tiempo que estuviera en uso un dolmen o cueva, autores como G. Delibes de Castro y M. Rojo (2002) distinguen entre tumbas “cerradas”, de uso corto, enterramientos casi sincrónicos, que se sellan o destruyen rápido (pre-megalíticas en la meseta, pequeñas y construidas para ser recordadas) y tumbas “abiertas”, utilizadas durante largos períodos, diacrónicamente y de mayor tamaño, tumbas pasadas, presentes y futuras, construidas para la eternidad. Esta diferenciación parece corresponder también al registro arqueológico de Bretaña, según ambos autores.

No obstante la preminencia del modelo de rito funerario colectivo, los dólmenes y cuevas, a lo largo de los mil años en que estuvieron en uso en la mayor parte de las regiones estudiadas, evolucionaron en su función y usos, e incluso en su semántica. En sus orígenes (primeros agricultores) y fase de desarrollo pleno pudieron ser el osario-panteón, lugar de enterramientos secundarios, y con el paso del tiempo fueron dando cabida a las inhumaciones primarias e incluso a las de individuos tratados como tales, ya durante el II milenio a.C. Aunque, como hemos visto antes, también pudo darse la evolución desde las inhumaciones individuales en dólmenes de cámara -tumbas cerradas de un solo uso- hacia las de tipo colectivo, abiertas. E incluso a veces, se constata la convivencia de diferentes ritos en una misma tumba.

De cualquier forma, la transformación de la mentalidad *neolítica* se evidenciaría con éstos últimos, no con los primeros. Pese a tratarse de estructuras arquitectónicas similares, los ritos serían diferentes. Por lo tanto, podríamos estar ante dos sistemas simbólicos e ideológicos diferenciados que indicarían dos fases en esta denominada “revolución de los símbolos”: el primero, en torno al IV milenio y el segundo, en el II (Edad del *Bronce*).

3.2. Otros ritos para los enterramientos colectivos.

En muchos casos, se empieza a constatar el **empleo del fuego** en el ritual. La cremación de cadáveres es parcial o completa. En ocasiones, se documentan diferentes grados de cremación, incluyendo la carbonización (a los 300-350° C) y la incineración completa (a más de 600) que suele ser más infrecuente. Es el caso de los cráneos una vez descarnados, (ejemplo de los Millares y el Barranquete) (F. Etxebarria y G. Delibes, 2002).

Este tipo de uso ritual del fuego, denominado por T. Andrés como post-deposicional o "higiénico" se habría realizado *in situ*, dentro del espacio sepulcral. Aunque J. F. Ibáñez (1986) consideraba que la cremación de los restos óseos que afecta también a los restos del ajuar podría producirse tanto dentro como fuera de la tumba según algunos ejemplos de cuevas de inhumación colectiva (la de Murviedro, Lorca, por ejemplo). Por otro lado, A. J. Lorrio y I. Montero (2004) apuntan la posibilidad de que estas cremaciones parciales fueran realizadas en los momentos de reutilización de los dólmenes del sur peninsular, ya en el *Bronce*.

Por otro lado, son cada vez más los dólmenes y cuevas en los que aparecen huellas del fuego en espacios rituales dentro de los espacios funerarios, pero no asociados al cadáver. El uso del fuego en el exterior de la tumba se documenta en la Bretaña francesa y el Inglaterra según C. Masset, (2002). Este mismo autor habla de los estudios efectuados en la Chassée-Tiranent sobre el empleo del fuego para modificar la estructura arquitectónica interna del edificio funerario (para romper ortostatos con el fin de abrir nuevas cámaras). Destaca que fenómenos similares se constatan en Inglaterra, Irlanda y otras zonas de Francia.

Finalmente, es igualmente destacable el uso del fuego para la condenación de la tumba, como parte de un ritual expresamente definido desde el momento de la construcción de la misma o como resultado de una situación coyuntural. N. Cauve (1997), como otros muchos autores, opta por defender las causas coyunturales para explicar estos fenómenos (fin de un linaje, sustitución de grupos en la élite por otros, traslados de territorio, etc.). En los casos estudiados por M. Rojo Guerra (2002) en la Meseta, y por otros autores, en el sur peninsular, se documenta el fuego en el sellado ritual de las tumbas (con cal quemada) una vez utilizadas como panteones. Y muchas de ellas fueron reutilizadas después como lugar sacro para enterrar otros individuos en el túmulo, perpetuando así el culto a los antepasados durante el II milenio.

El rito de condenación por fuego parece haber estado bastante estandarizado en el centro de la Península Ibérica, afectando a yacimientos tan diversos como el Murviedro (Valladolid), Los Morcales, Gumiel de Izán (Burgos), la Peña de la Abuela, el Túmulo de la Sima, la Terayuela (Soria), algunos casos en Cataluña y Valencia, como el Abric de l'Escrupenia. También es posible que se produjera por accidente, dada la cantidad de madera y otros materiales combustibles que se emplearon para las cubiertas, los lechos, etc. (M. Rojo, M. Kunst y A.L. Palomino, 2002)

Estas destrucciones rituales de tumbas podrían haber sido la expresión simbólica de la pérdida de poder o representatividad social del grupo enterrado, aunque también pudieron tener exclusivamente un sentido cultural. El fuego suele poseer en todas las culturas un significado de purificación, pero el alcance socioeconómico de estas "purificaciones" de tumbas es difícil de determinar.



3.3. Objetos implicados en los ritos.

Otros aspectos del ritual funerario característicos de los enterramientos en dólmenes-cuevas son los referidos a los objetos rituales empleados para las ceremonias o depositados como ajuar. Es característica la variedad de elementos de ajuar asociables a contextos dolménicos, en cuanto a los aspectos formales de los mismos se refiere.

Pero los **tipos de objetos** en sí no son tantos en realidad. Encontramos frecuentemente piezas cerámicas (cuencos, platos y ollas), con diferencias marcadas por sus cronologías (*neolíticas* con incisiones e impresiones, a la almagra, *calcolíticas* lisas o impresas campaniformes, pintadas, incisas o con decoración simbólica), restos de ocre, puntas de talla lítica y hachas pulimentadas, brazaletes de mármol (*Neolítico*) y puntas de metal junto a hachas, cuchillos y puñales de cobre (*Calcolítico final*), vasos tallados en piedra; ídolos esquemáticos oculados tallados en hueso o en placas de pizarra; restos de semillas y de alimentos, (en los recipientes cerámicos generalmente); elementos de adorno personal, como cuentas de concha o de variscita, restos óseos de animales, (ovicápridos frecuentemente, aunque también aparece vacuno y perros) como parte de las ofrendas-ajuar funerario; cristal de cuarzo (posiblemente cargado de significado simbólico, como muestran estudios antropológicos que lo interpretan como la piedra de la luz, de la resurrección en el otro mundo –S. Bergh, 1997-); objetos manufacturados en marfil, azabache o ámbar (reflejo de conexiones de intercambio a larga distancia); fragmentos de pirita (en tumbas de la meseta norte), posiblemente para obtener el fuego en los rituales funerarios (I. García y G. Morán, 2005); etc.

Hay también evidencias de adormidera, posiblemente empleada en los ritos funerarios, tanto del entierro como de la rememoranza de los difuntos (parece poder hablarse de su domesticación en la Península Ibérica en el *Neolítico* según H. Küster, 1984). Algunos de los hallazgos de adormidera se encuentran en Los Murciélagos de Zuheros, Los Murciélagos de Albuñol, Cueva del Toro, Can Tintoré, Buraco da Pala, en Portugal, etc. Según E. Guerra Doce (2002 y 2005) esta sustancia podría haber poseído el valor simbólico de la referencia a la muerte como sueño, siendo empleada para anestésiar, como viático para facilitar el éxtasis en la práctica ritual (creando estados extáticos de conciencia inducidos) y como psicotrópico iniciador e incitador de ese “sueño-muerte” comentado.

En general, se puede concluir que los elementos materiales integrantes de los ajuares y ofrendas responden a un esquema, que aunque aún está sin interpretar definitivamente, parece poseer coherencia y uniformidad, pese a que los aspectos formales específicos de cada tipo de objeto difieran regionalmente. Parecen haberse depositado, bien acompañando los restos óseos ya descarnados en cada deposición ritual, o bien en acumulaciones que supondrían la mezcla intencional de todo tipo de materiales a modo de ofrendas colectivas (P. Bueno *et al.* 1999). La religión de las sociedades campesinas del IV-III milenios a.C. parece haber permitido, o aceptado las adaptaciones locales de los significantes tipo para expresar un mismo significado, una misma concepción de la vida y la muerte, incluso con el paso del tiempo y las variaciones estilísticas propias.

Los ajuares funerarios de los dólmenes no suelen presentar grandes diferencias entre sí (los de un dolmen o cueva con los de otro, pues en una misma construcción, suele ser casi imposible individualizarlos, dado el carácter colectivo de la tumba). La aparición de materiales de importación, comúnmente asociados con objetos de prestigio, difícilmente marca la distinción entre grupos sociales privilegiados y los que no lo son (salvo en las fases finales, con enterramientos individuales), puede que debido a que los privilegios de las élites no se habrían traducido aún en la apropiación y acumulación de bienes materiales y a que la mentalidad dominante hizo probablemente prevalecer los criterios de similitud frente a los de diferenciación como referente identitario.

El caso del **campaniforme** sería, por el contrario, un ejemplo de normalización de las formas cerámicas del ajuar y de los elementos decorativos de las mismas difundido a un nivel continental. Se encontrarían habitualmente dentro de dólmenes y cuevas (asociados a enterramientos individuales, generalmente los últimos en depositarse en la tumba), en cistas megalíticas y en pozos de ofrendas de los "enclosures" y se trata de una cerámica especialmente fabricada con más calidad que la encontrada en contextos domésticos. Según M. Lazarich (2002), en los ajuares campaniformes del suroeste peninsular los cuencos, los vasos y las cazuelas no suelen aparecer como un trío, asociándose entre sí, sino como parte de un conjunto mayor, en el que aparece uno o dos de los tipos característicos campaniformes y otros vasos lisos, útiles líticos (tallados -flechas- y pulimentados -hachas-), objetos de adorno de materiales exóticos, puntas *palmela* y brazaletes de arquero.

Esta tendencia a unificar el tipo de ajuar funerario, contraria a la de la interpretación local de las formas de los elementos integrantes del complejo ergológico funerario "megalítico", podría interpretarse como la evidencia de la transformación de la mentalidad funeraria y por tanto, de la materialización de una nueva concepción de la realidad natural y social. De hecho, los últimos enterramientos de tipo campaniforme (con más elementos metálicos, oro y plata, del "Horizonte Montelavar" de Harrison y el Ferradeira del suroeste peninsular) se consideran como el eslabón entre las "reutilizaciones" de los megalitos y los enterramientos en cista individual del II milenio.

Según los trabajos de W.H. Waldren (1995), sobre campaniforme en contextos pre-talayóticos de las Baleares (III-II milenios a.C), los objetos con decoración campaniforme poseerían una enorme significación sacra, no circunscrita exclusivamente al ámbito funerario, sino también al cultural. Se asocian a ritos relacionados con el trabajo del metal, con la ingestión de bebidas especiales en ceremonias domésticas o durante las ofrendas votivas de ritos de fundación de edificios de uso religioso y como regalo-ofrenda en santuarios.

Pero la interpretación de su significado excede el ámbito religioso. El complejo funerario campaniforme se define también actualmente como el ajuar tipo de las élites de los grupos calcolíticos de toda Europa occidental (R. Garrido Pena y K. Menroz, 1997 y M. Lazarich, 2002 y 2004). Es entendido como expresión formal de una estrategia de establecimiento de lazos identitarios (que llevarían implícitas alianzas y relaciones de reciprocidad de favores, etc.) entre los miembros de los grupos privilegiados entre sí, en lugar de con los otros segmentos no privilegiados de sus comunidades respectivas. Se habría introducido a través de contactos a larga distancia pero acabaría siendo copiado localmente, perdiendo con ello su exclusividad y su referencia como marcador de estatus a inicios del II milenio (M. Lazarich, 2004). Por tanto, también habría servido para legitimar las diferencias sociales.

De ser así, se estaría haciendo evidente el inicio (o un intento) de la prevalencia de las relaciones de clase frente a las de filiación clánica (O. Arteaga, 1992). Los cambios en la estructura socioeconómica subyacentes a esta transformación de la mentalidad estarían ya presentes en otros órdenes y se habrían gestado durante la última fase del largo proceso de jerarquización social que sufrieron estas comunidades campesinas.



20. Cuenco Campaniforme

En cuanto a **los ídolos**, podemos comenzar haciendo referencia a sus tipologías. En tanto que ideogramas, pueden responder a numerosas formas y las tipologías efectuadas hasta el momento se han llevado a cabo con este criterio principalmente. Tras un siglo de investigación, contamos con numerosas propuestas, sobre todo para la clasificación de los ídolos oculados, como son las de M. y J.M. Almagro, P. Acosta, T. Escoriza o M. Socas, C. Barroso, V. Hurtado y A. Caro (R. Maura, 2004).

Según Maura, estos trabajos se centran más en los materiales de los soportes y la forma externa que en el contenido (formal y semántico). Por

ello, propone establecer las características que definen un ídolo oculado, en tanto que contenedor de un mensaje para sus creadores, con objeto de poder identificar correctamente los objetos rituales que se pueden considerar como tales y para avanzar en la fase previa a la interpretación de significados. El conjunto de atributos que permitirían, a su juicio, identificar un oculado serían los ojos (humanos, de lechuza, soles o senos), los "tatuajes" faciales, las líneas de zig-zag o serpentiformes en torno a la cara (pelo, barba o cola de milano), las cejas y los símbolos sexuales, como el triángulo invertido (fecundidad femenina, vida-renacimiento), incluso las extremidades superiores cuando aparecen y la decoración geométrica.

Pero no todos los ídolos son ocualdos y sus interpretaciones son muy genéricas. R. Lucas Pellicer (1995) los califica como objetos polifacéticos. Su función y simbolismo son difíciles de establecer. Una de las hipótesis más defendida es la de podrían haber sido (según se desprende de referencias etnográficas) representaciones de una divinidad funeraria o también del propio muerto, a modo de "Ka" o doble espíritu. Esta transferencia simbólica del espíritu del difunto a la piedra/hueso para otorgarle materialidad, pudo haberse dado también con los menhires hincados al exterior de las tumbas, pintados o con forma antropomorfa (según las referencias etnográficas recogidas por M. Elide, 1976), con lo que podríamos estar ante un fenómeno más generalizado, no exclusivamente circunscrito al ámbito de los objetos rituales mueble.

Por otro lado, los ídolos podrían ser igualmente amuletos protectores e incluso haber poseído varias significaciones al tiempo, aunque siempre la misma para sus creadores. Es también bastante clara su relación con el código sagrado de las pinturas y grabados esquemáticos asociados a los dólmenes y cuevas sepulcrales, apareciendo representados en sí mismos incluso en algunas tumbas, por lo que resulta factible atribuirles igualmente un carácter de signo ideográfico.

Otras interpretaciones posibles son las que recogen J. A. Belmonte y M. Hoskin (2002), referidas a los ídolos placa oculados del k.o. específicamente. Éstos podrían estar representando lechuzas, los animales asociados con la muerte o la divinidad funeraria en todo el Mediterráneo. Pero además, podrían ser plataformas para expresar ciclos temporales relacionados con la luna. En su estudio sobre los motivos geométricos grabados sobre los ídolos placa de pizarra (ciento setenta en total), detectan ciertos patrones numéricos (en la repetición de determinados signos, como triángulos o zig-zaga y sus relaciones entre sí), especialmente el de 12-13, que corresponde con el número de lunaciones de un ciclo estacional y 27-30, con una media predominante de 29, que es el número de noches de un ciclo mensual (y del menstrual).

Por otro lado, cabe destacar la propuesta de V. Hurtado para interpretar la aparición de los ídolos oculares antropomorfos, estatuillas de cuerpo completo, con rasgos sexuales masculinos, a fines del período que estudiamos (III milenio, *Calcolítico final* en términos tradicionales).

La sustitución de las representaciones totalmente esquemáticas de ídolos características hasta entonces por las de principios divinos masculinos podría significar para él, la evidencia de la transformación de mentalidad y por tanto de creencias religiosas, asociada a la transformación socioeconómica general que caracteriza la "crisis del Calcolítico" y que hemos mencionado anteriormente.

Dicha transformación reflejaría un proceso lento de antropomorfización de las entidades espirituales paralelizable al de individualización de personajes de las élites que comienzan a enterrarse manteniendo su carácter personal diferenciado, aunque lo hagan en la tumba colectiva del clan. Estos nuevos jefes-militares podrían haber jugado el papel del héroe o *padres* de la supuesta divinidad femenina de las sociedades campesinas anteriores, como hicieron las formaciones sociales del Próximo Oriente un milenio antes.

No obstante todo lo dicho también es necesario destacar que se están empezando a datar signos oculados en el *Neolítico*.



21. Ídolos calcolíticos oculados

3.4. La forma de los espacios rituales

Los ritos de enterramiento, en el caso que nos ocupa, están íntimamente ligados con la morfología de los espacios de enterramiento. Según Teresa de Andrés (1998), las formas sepulcrales se configuran en función de las necesidades rituales. Y al igual que ocurre con los ritos, están arqueológicamente constatados diferentes tipos de construcciones sepulcrales o cultuales, dentro de las que destaca el dolmen de ortostatos, con cámara simple (circular, cuadrada semiesférica...) o corredor, monumental y con túmulo como forma más generalizada (igual que lo es la inhumación colectiva por acumulación), aunque existen otras muchas en convivencia con ésta.

El "polimorfismo" es pues una característica del conjunto de la arquitectura funeraria de las sociedades campesinas de los IV-III milenios (P. Bueno *et al.* 2002, M. Rojo Guerra y G. Delibes de Castro, 2002). Dicho polimorfismo se manifiesta además tanto sincrónicamente como diacrónicamente, dando pie a diversas interpretaciones sobre su posible significación. Las diversas

formas que podemos considerar dentro del arco de la arquitectura "megalítica" son:

- los dólmenes, tanto construidos en superficie como semi-excavados en el suelo, hechos de grandes lajas o de mampostería, de cámara simple, de corredor, con o sin puertas que separan ambientes con sólo una o varias cámaras y cubiertos por un túmulo, (como parte integrante de la construcción), aunque no se haya conservado hasta el presente en muchos casos;
- las cuevas sepulcrales, tanto naturales como artificiales, excavadas en la roca o semi-acondicionadas para simular la forma y espacios interiores de un dolmen;
- los *tholoi* cubiertos con bóvedas de mampostería;
- los "silos" o fosas excavadas en roca con enterramientos múltiples, también llamados "hipogeos", que suelen estar cubiertos por lajas de piedra "megalíticas";
- los "cenotafios" o túmulos sin tumba interior (a veces sólo un osario);
- las estelas o piedras hincadas, soporte, a veces, de representaciones grabadas y policromadas de signos esquemáticos que se asocian a los dólmenes (apareciendo en muchas ocasiones dentro de los mismos, separando ambientes);
- los menhires o piedras hincadas de significado sólo sacro, no funerario;
- los cromlechs o círculos de piedras hincadas con función sacra, relativa generalmente a cultos celestes (tanto solares como lunares, J. Briard, 1995);
- los túmulos sin dólmen (tipo Castillejos, Toledo), o acumulaciones de piedras (redondiles) o de adobes tipo la Velilla (Toledo), consideradas por autores como P. Bueno (2002) como arquitecturas para-megalíticas y que según ella podrían ser el reflejo de la influencia de las formas de enterramiento de los grupos de concheros de las costas atlánticas (en cronologías tempranas).



22. Ejemplo de cámara megalítica
Dólmen de Vamprim (Francia)

La interpretación inmediata de lo que pueden significar estas diferencias es aún objeto de discusión. En principio, parece estar clara la distinción entre las arquitecturas destinadas a usos funerarios y las que lo tienen exclusivamente religioso ("templos" primigenios, espacios sacros), aunque en el caso de los túmulos sin dolmen, esa línea podría no estar tan definida.

Igualmente, los círculos de piedras pueden aparecer tanto aislados como asociados a enterramientos en túmulos o en torno a cistas megalíticas como en el caso de los Pirineos, Córcega y Cerdeña e incluso en las "enclosures". Por ello, resulta difícil otorgarles una función cultural ajena al mundo funerario (J. Briard, 1995). Incluso hay autores como R. Bradley (1993) que optan por considerar los propios dólmenes más como monumentos de significación sacra que como tumbas exclusivamente. Las construcciones funerarias han sido objeto de múltiples estudios en los que se suelen diferenciar los dólmenes de las cuevas con enterramientos múltiples.

Comúnmente, se interpretan los dólmenes como estructuras para ser vistas, como monumentos, mientras que las cuevas se consideran espacios de ocultación. M.A. Blas Cortina, 1997 y R. Lucas, 1995 hablan de las tumbas visibles frente a las tumbas ocultas, y tienden a concederles una dimensión semiótica diferente y por tanto, también una función socio-ideológica distinta. Para Shanks y Tilley, (citados por Blas Cortina) el papel social que pudieron cumplir los personajes enterrados en dólmenes o cuevas escandinavos habría sido distinto. Según Cortina, serían evidentes las diferencias en el patrón de ocupación y demarcación del territorio que establecen los dólmenes y las cuevas por lo que podrían estar configurando dos modelos distintos de afirmación del control territorial.

En nuestra opinión, la única diferencia entre ambos sería la de la economía de medios en el caso de las cuevas naturales, pues incluso las artificiales requirieron una inversión de trabajo colectivo en consonancia con lo que podría implicar la construcción de un dolmen. A nivel funcional, ambas construcciones habrían servido igual, como espacio de transformación de los vivos en muertos y de tránsito al más allá, de conexión con la tierra "madre". La diferencia establecida entre cuevas y

dólmenes conforme al criterio de "visibilidad", (tumbas visibles o tumbas ocultas) tampoco parece sostenerse, a nuestro entender. La teoría hasta ahora más extendida establece que la monumentalidad, característica innegable de la arquitectura de los megalitos, se expresaría formalmente en el impacto visual sobre el territorio.

Se han considerado los dólmenes como tumbas visibles, y por tanto, expuestas eternamente, construidas con vocación de recordar permanentemente su significado a los humanos. Por su parte, las cuevas estarían ocultas en el seno de la tierra, de las montañas, no siendo perceptibles en el territorio por lo que no poseerían teóricamente el impacto monumental característico.

Pero centrémonos en la forma en que veían los dólmenes sus constructores. No debemos olvidar el hecho de que los dólmenes se cubrían con túmulos que, por su forma, imitaban montañas o colinas artificiales. Así, la monumentalidad propia de las tumbas recaería más bien en el tamaño de la "**montaña artificial**" y en el hecho de que los habitantes de ese territorio sabrían (gracias a la pervivencia de la memoria colectiva, a la continua reutilización de las tumbas y a algún tipo de señalización específica, probablemente) que había sido levantada por sus propias manos.

Así pues, las cuevas excavadas dentro de montañas naturales tendrían el mismo aspecto, simbólicamente, que los túmulos y su monumentalidad podría equipararse a la de éstos. Nuevamente, sería el imaginario colectivo el que dotaría a la cueva del valor simbólico de ser una construcción artificial humana, con todo lo que ello pudiera conllevar en términos de definición de las creencias religiosas, como veremos más adelante.

Sobre la imagen de la montaña artificial volveremos a hablar en el siguiente apartado, pero recalamos aquí su carácter de elemento del paisaje antropizado y construido, pero también mimetizado, integrado en ese mismo entorno natural, hasta el punto de ser en realidad una copia o reproducción del mismo.

Su monumentalidad radicaría más en el esfuerzo que llevaría implícita su construcción, y por tanto, requeriría de una segunda lectura, (sólo posible previo conocimiento compartido), ya que en la visión inicial, en primera lectura, no se apreciarían los ortostatos.

El hecho de que en el presente, los restos de estas estructuras sean sus "esqueletos" no debe hacernos perder el sentido de su imagen original. Puede que de ello derivara la diversidad de formas de construcción de las estructuras de soporte de las "montañas artificiales". Puesto que no se verían nunca desde el exterior, el hecho de que hubiera tradiciones regionales para el empleo de una técnica u otra (mampostería por ejemplo) o de que estuvieran excavadas en parte, etc. no sería tan relevante como queremos pensar los investigadores actuales.

Los elementos realmente trascendentes para la valoración del monumento serían el tamaño final del mismo, los costes de su construcción (movimientos de tierras, de dónde proceden los materiales empleados...), y la estructura interior de los espacios, con sus signos pintados o grabados,

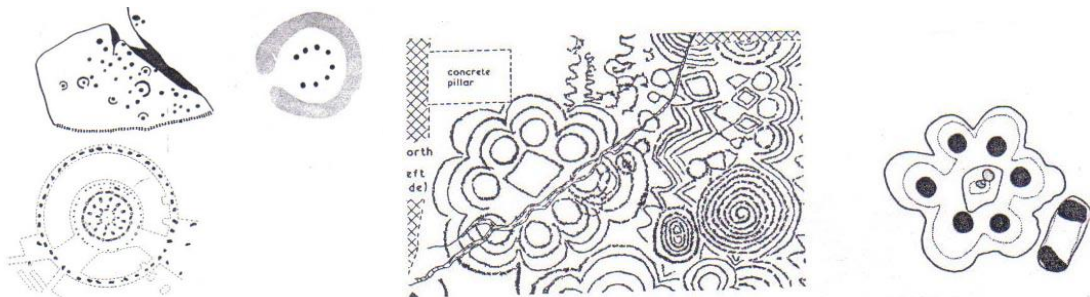
dado que el edificio/cueva se vería sólo desde dentro y sólo en el transcurso de los ritos funerarios periódicamente desarrollados en él.

Así, la morfología y simbología de dólmenes y cuevas, desde el exterior, desde el punto de vista de los vivos, sería siempre la misma. La naturaleza sagrada de ambos iconos se expresaría a través del concepto de la "montaña" y en ambos, los ritos funerarios poseerían un carácter cerrado, realizándose en el interior de los mismos de forma restringida. Los ritos externos llevados a cabo en la boca de cuevas y en el perímetro de los dólmenes posiblemente no afectarían al sentido último de los ritos secretos y selectivos del culto a los ancestros, por ser sólo una parte de los mismos.

Otros aspectos deducibles de la arquitectura ortostática son los que L. Van Berg (1997) identifica en su estudio comparativo entre los **códigos expresivos** (formas arquitectónicas, tanto funerarias como domésticas, y elementos decorativos, cerámicos principalmente) del *Neolítico* de la Europa occidental y nórdica, el danubiano y el próximo oriental.

Según su investigación, la arquitectura de las sociedades que construyeron megalitos refleja irregularidad, por la enorme variabilidad de formas empleadas, pero al tiempo, refleja una concepción geométrica del espacio. Las asociaciones formales son espontáneas, poco ordenadas, con tendencia a la nuclearización (agrupación de elementos pequeños en torno a uno mayor), lo que también puede interpretarse como jerarquización de formas por tamaños y en el espacio. La repetición de formas es también una constante, reutilizándose éstas con mucha frecuencia, lo que mostraría una intención de ocupar el espacio, aprehenderlo. Las formas más frecuentes serían las de tendencia circular (aunque no son exclusivas).

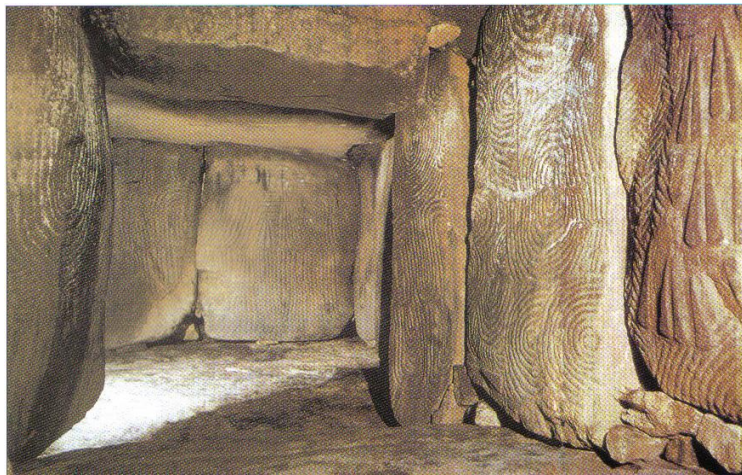
Para este autor, expresarían una concepción cíclica de los fenómenos de la naturaleza y por tanto de la realidad social. El tiempo cíclico, y la continuidad en el cambio, la reiteración continua serían conceptos proyectados visualmente a través de la arquitectura, no sólo de los dólmenes, sino de los asentamientos y otras manifestaciones arquitectónicas asociadas a ellos. La heterogeneidad, la diversidad y la multiplicidad serían por tanto, elementos característicos del pensamiento subyacente a esta arquitectura.



23. Imágenes comparativas de motivos grabados y plantas de henges

Por el contrario, el mundo de las sociedades campesinas danubianas y el del Próximo Oriente, se expresa con formas cuadradas, ordenadas conforme a una geometría estática y más estandarizada. Pese a todo, los signos geométricos que aparecen sobre los megalitos sí recogen elementos de la geometría cuadrada danubiana-oriental, lo que para este autor podría ser un signo de relaciones culturales e influencias.

En nuestra opinión, es más probable que lo sea de la heterogeneidad y sincretismo propio de las formas expresivas megalíticas, pues en Occidente, estas representaciones geométricas cuadrangulares son bidimensionales, como lo son las circulares (ídolos-placa, signos grabados), mientras que las de las otras dos sociedades estudiadas son tridimensionales (esculturas de bulto redondo y maquetas de casas) y ello podría estar evidenciando una diferencia importante de uso y significado.



24. Interior de la sepultura de Gavrinis (Francia)

3.5. Signos esquemáticos funerarios: "arte necrolático"

Una característica esencial de las estructuras funerarias megalíticas es la constante aparición de **signos esquemáticos** sobre sus ortostatos o en las paredes de las cuevas.

Los signos asociados se presentan en pintura (en colores rojo, blanco, amarillo azul y negro normalmente y pudiendo darse casos de policromía) y grabado (desde simples incisiones a bajorrelieves). Los signos asociados a contextos funerarios se corresponden con el conjunto de los que conforman el llamado tradicionalmente "ciclo esquemático de la pintura rupestre", destacando sobre todo las formas geométricas circulares, (meandros, espirales, ondas, soles), las serpientes (el animal funerario), armas (cuchillos y hachas), cuadrúpedos y los antropomorfos (ancoriformes, en phi, rectángulos compartimentados y triángulos-vestidos talaes, así como formas más específicas de los dólmenes y cuevas). Los antropomorfos parecen ser los signos más puramente funerarios, especialmente en la Península Ibérica, y pueden aparecer tanto aislados como conformando "escenas", en asociación con otros signos.

El programa iconográfico que aparece en los dólmenes es complejo y aunque aún hay que resolver el significado de cada tipo de asociación (la sintaxis), parece claro que la figura humana preside los monumentos funerarios, los compartimenta interiormente, determina con su presencia y ausencia, las funciones de cada espacio, etc. En definitiva, debió cumplir un papel primordial en la mitología funeraria. No obstante, no sabemos tampoco qué representa exactamente el signo antropomorfo, ni siquiera en el caso en que todas sus iconografías representasen lo mismo (podría darse la misma multiplicidad de significados que con los ídolos): los muertos, la divinidad/personificación de la muerte, el héroe fundador mítico del clan y antepasado común, etc.

Hoy día se acomete, ya de forma generalizada entre la comunidad científica, el estudio de estas manifestaciones desde la óptica de la arqueología cognitiva y contextual, apelando a los planteamientos del neo-estructuralismo, para interpretar el significado de lo que se entiende como un elemento más de la mentalidad de las sociedades campesinas. Los signos esquemáticos serían expresiones plásticas de ideas, tanto ordinarias como religiosas, cuya raíz se encuentra entre los primeros agricultores, pero que se desarrolla, ya como un "lenguaje simbólico", en las comunidades campesinas (*calcolíticas*) del IV-III milenios (P. Bueno y R. Balbín, 1994 b).

Con respecto a la cronología, mencionaremos los estudios de datación relativa y absoluta por datación radiocarbónica AMS de pintura sobre dólmenes gallegos efectuadas por F. Carrera y R. Fábregas (2002), que apuntan a los comienzos del IV milenio como referencia más antigua. Pero en todo el Occidente europeo las cronologías se amplían del V al II milenios según J. Briard (1995).

Los signos que aparecen en contextos funerarios poseerían un significado definidamente religioso (incluyendo también los ídolos, las estelas antropomorfas y las estatuas menhir en esta categoría), mientras que las pinturas rupestres al aire libre y la decoración cerámica, pese a compartir el código formal con las anteriores, poseerían quizá un significado más polivalente.

No obstante, autores como L. García San Juan (2000) son de la opinión de que tanto las manifestaciones rupestres como las aparecidas sobre dólmenes o en cuevas son elementos del mismo código expresivo religioso. Según P. Bueno y R. Balbín (1997 y 1997 b), la gramática de este lenguaje ideográfico giraría en torno a dos grandes temáticas: la de los antropomorfos y la de las formas geométricas, siendo similar en todo el arco atlántico europeo.

La aportación de la investigación reciente (que supera la de la clásica síntesis de E. Shee, 1975) permite afirmar que se trata de un fenómeno generalizado en el que los mismos signos, sus asociaciones y ubicación espacial inducen a pensar en un mismo sistema de comunicación (mismo código y mismo mensaje) compartido por las comunidades constructoras de megalitos, desde la Península Ibérica a la Bretaña, la cuenca de París y el sur de Francia, Suiza y las costas atlánticas.



25. Panel con signos esquemáticos
Sepultura de Cairnt

La pintura y el grabado, contemporáneos y en algunos casos, complementarios (hechos para destacar el signo con relieve y color al tiempo), se utilizan en entornos funerarios desde el V milenio, perdurando hasta el II y aparecen sobre todo tipo de arquitecturas megalíticas, sin distinciones de tamaño o forma. El programa iconográfico de cada tumba habría sido concebido junto con ésta (P. Bueno y R. Balbín, 1995) asociándose su significado con el de la tumba en sí y posiblemente esté relacionado con los ritos funerarios desarrollados en su interior, formando parte de ellos activamente.

Por esto, se puede interpretar que el mensaje transmitido a través de ellos sería la concepción de la muerte y de la vida, del tránsito de una a otra y del mundo de ultratumba, del ser humano y de su sociedad, característico de los grupos de campesinos en proceso de jerarquización. De todas formas, el carácter "supra-regional" de esta mentalidad no asegura que en todas las formaciones sociales de características similares se entendiera exactamente igual.

Uno de los aspectos que está siendo objeto de estudio en la actualidad es la ubicación de los signos en el espacio interior de las tumbas. Es posible que de las relaciones constatadas entre signos y funciones de los diferentes espacios funerarios se puedan deducir significados más precisos de cada "ideograma" de este lenguaje funerario del IV-III milenios.

P. Bueno y R. Balbín (1994 y 1997) estudiaron esta variable en los dólmenes de la Península Ibérica, constatando que los antropomorfos pintados o grabados, suelen aparecer en el ortostato frontal de la cámara principal, mientras que el resto de los temas se distribuyen en el espacio sepulcral como complementos.

En ocasiones, un antropomorfo esculpido (exento, en forma de estatua o estela) serviría de delimitador o demarcador de espacios simbólicamente diferentes, e incluso, jerárquicamente ordenados (A. Fernández Malde, 1993), situándose a la entrada de la cámara o del corredor, en el exterior del dólmen, señalizando el acceso, etc. (P. Bueno *et al.*, 1999). Los antropomorfos pueden aparecer aislados o en asociación con otros signos, como soles, serpientes o armas.

Algunas estatuas antropomorfas podrían interpretarse como representaciones femeninas, por los senos y collares esculpidos en ellas

(ejemplos en el suroeste de la Península y en Bretaña, del III milenio). En definitiva, pese a ser un signo muy estandarizado en todo el arco atlántico, los antropomorfos son los que presentan un mayor grado de variabilidad y flexibilidad por su carácter polisémico (P. Bueno y R. Balbín, 1995).

A veces aparecen todos los ortostatos completamente grabados y/o pintados, habiéndose "decorado" antes de ser hincados en la tierra. Estos investigadores concluyen que los encargados de elaborar las incisiones y trazos pintados debieron ser especialistas, conocedores del código figurativo. Los programas iconográficos constatados suelen ser bastante homogéneos y uniformes, aunque pudieron darse situaciones de repintado o incluso de modificación de los signos que habrían podido transformar dichos programas completamente en las sucesivas utilizaciones de la tumba.

Apuntan la posibilidad incluso (apoyada en analogías etnográficas) de que el acto de repintar, re-grabar o modificar un signo pudiera formar parte del propio ritual funerario o de culto a los antepasados, por lo que algunas alteraciones del programa serían normales, inherentes al propio concepto de transformación continua y cíclica de la realidad que imbuye toda esta concepción religiosa.

Las mismas conclusiones pueden extrapolarse a las cuevas sepulcrales, incluso cuando los motivos y las técnicas de grabado o pintura difieran algo más que en el caso de los dólmenes, como ocurriría en el caso de las de la meseta norte y zona cantábrica en la Península (M. Aguado, 2000). En el noroeste de la Península (Galicia principalmente), autores como V. Villoch (2001) han estudiado las relaciones entre dólmenes, túmulos sin tumba y petroglifos, en el marco paisajístico generado por cada "agrupación dolménica" reconocida. Según ella, los signos grabados de los petroglifos habrían jugado un papel delimitador, aunque no establece de qué exactamente. Plantea que podrían ser elementos "adjetivos" que añadirían significado al conjunto de la necrópolis, más que elementos "sustantivos" del mismo. Pero cualquiera que fuera su función, parece estar claro que tanto para Villoch como para Criado fueron recursos importantes para las estrategias de organización espacial de cada formación social constructora de las necrópolis.

Para otros autores, como J. A. Cámara Serrano (2000), las pinturas esquemáticas en abrigos podrían ser tanto los precedentes como las alternativas (según el caso) a los propios dólmenes entendidos como signos, pero en su caso, el énfasis de su significado estaría en la ocultación del mismo, en su carácter restrictivo. Habrían jugado un importante papel en la creación y desarrollo de los ritos secretos relacionados con la clasificación y diferenciación de las personas y por tanto, en la jerarquización social.

A. de la Peña Santos y J. M. Rey (1997) establecen diferencias entre los códigos de la región N.O. de la Península y el resto, insinuando la posible diferencia en base a la cronología más tardía del "estilo" noroccidental. La asociación de pintura-grabado en dólmenes y petroglifos al aire libre en

Galicia se produciría en el tránsito del III-II milenio, (asociación de iconografía con asentamientos calcolíticos).

Esta diferenciación sólo indicaría en realidad el desarrollo de una o varias formaciones sociales en el Noroeste, de las características de las de un milenio antes en otras zonas. No obstante, también cabe la posibilidad, como indican ambos autores, de interpretar las escenas de "caza", con antropomorfos y cuadrúpedos esquemáticos, como la representación de una actividad de prestigio social, asociada a varones con privilegios. Ello induciría ya a incluir estas sociedades en el tipo de las que manifiestan la jerarquía con rasgos de individualización (campesinas especializadas, jerarquizadas con inicios de diferenciación por clases, no parental, del *Bronce*) en el mismo período de tiempo.

De cualquier forma, escenas de "caza" y asociaciones de antropomorfos con armas aparecen también en el programa iconográfico de los dólmenes del IV milenio en el suroeste peninsular, por lo que no habría razón para considerar necesariamente estas manifestaciones como propias de un tipo de sociedad diferente.

Ahora bien, creemos que habiendo demostrado que las representaciones icónicas son parte del concepto general de esta "religión megalítica", el hecho de que aparezcan sobre dólmenes y que estos grupos los usaran como tumbas, implica ya de por sí que su mentalidad y por tanto sus características de organización productiva y social eran más similares a las de los colectivos campesinos del resto de la Península en el IV milenio que a cualquier otro modelo.

No obstante, para poder confirmar que estamos ante formaciones sociales bien con similar estructura socioeconómica e ideológica o bien con otra diferenciada sería necesario completar el estudio de las mismas en todas sus variables.

Una posible interpretación específica de las representaciones geométricas de este código megalítico que interesa destacar aquí, es la que hiciera P. L. Van Berg en 1997. Según él algunos de los motivos geométricos pintados y/o grabados en dólmenes podrían haber sido representaciones de planos de edificios funerarios o sacros.

Las comparaciones formales que encuentra entre motivos de las regiones galaica, atlántica en general (Irlanda, Escocia, Bretaña e incluso las Islas Canarias, asociables a algunos grabados del Ahaggar) y plantas de dólmenes y henges son bastante significativas. Los paralelos son claros incluso en algunos casos de plantas de poblados, reproduciendo esquemas arborescentes, agrupaciones en constelación, etc. relacionados con los denominados meandros, espirales, círculos concéntricos, etc. como el caso del panel de Antelas (Beira, Portugal). Sus signos son interpretables como un sol, meandros, semejando ríos, y montañas que se pueden fácilmente reconocer como un "mapa".



26. Motivos geométricos del dólmen de Antelas (Portugal)

Ahora bien, cabría también la posibilidad, en nuestra opinión, de que tanto los signos como la arquitectura de los edificios fueran representaciones, las unas bidimensionales y las otras tridimensionales (con volumen), de un mismo concepto, expresado formalmente como el círculo en sus múltiples variantes.

En otro orden de cosas, destacaremos el papel simbólico del elemento del color. Siguiendo las observaciones de M. Rojo (M. Rojo *et al.*, 2005) sobre diversos estudios en las Inglaterra, Escocia y en la meseta norte (Peña de la Abuela y Sima I, en el Valle de Ambrona), se puede plantear que la elección de los colores, tanto de las representaciones pictóricas como de las propias rocas de los ortostatos o incluso de determinados objetos del ajuar, pudiera haber tenido una significación simbólica específica por sí misma. Los colores se perciben tanto física como simbólicamente. Su significado se construye culturalmente y por tanto, depende de su contexto ideológico referencial.

Diversas investigaciones etnoarqueológicas evidencian este hecho, mostrando cómo cada formación social les atribuye a los colores una categoría simbólica y una función social, empleándolos escenográficamente en una variada gama de actividades colectivas. Por ello, coincidimos con M. Rojo en que resulta interesante, a efectos de ampliar el campo de investigación sobre el mundo ritual de la muerte, prestar atención a la predominancia de unos colores sobre otros o a su combinación, en cada monumento estudiado.



27. Panel con pintura esquemática.
Antropomorfos de la Cueva de los Letreros (Los Vélez).

Con respecto a las asociaciones entre signos y dólmenes no hay ya discusión, pero las que se plantean entre los signos al aire libre y los henges están aún por determinar con precisión. La investigación arqueológica no ha concluido aún la relación espacial entre rocas pintadas o grabadas y los lugares de culto no funerarios, pero revestiría el máximo interés poder hacerlo.

De hecho, J.M. Vicent (1988, 1991) ya planteaba que los signos pintados en abrigos pudieran haber desempeñado el papel de marcadores de los límites de necrópolis dispersas (marcadores fronterizos). Pero aunque en los últimos años se viene constatando un incremento de los trabajos de investigación relacionados con este tema, aún son necesarios estudios generales.

Por último, comentaremos las teorías de P. Garrido Pena y K. Menroz (1997) acerca de la interpretación en clave chamánica de los signos esquemáticos. Su estudio de los signos megalíticos y decorativos de la cerámica campaniforme sigue las directrices de los efectuados por R. Bradley, A. Peña y otros y Vázquez, citados por ellos.

Aplican las investigaciones etnoarqueológicas sobre pintura rupestre de cazadores recolectores (Lewis-Williams y Dowson) al código simbólico del megalitismo. Según ellos, los signos geométricos podrían haber sido el resultado de las alucinaciones derivadas del consumo de sustancias psicotrópicas en el transcurso de las ceremonias funerarias. Los "fosfenos" aparecerían en la mente de los iniciados tras el consumo de determinadas drogas, de cuyo empleo en rituales megalíticos se han encontrado rastros en el neolítico europeo.

Para Garrido Pena y Menroz, el peculiar conjunto de vasijas del ajuar campaniforme podría haber estado asociado al consumo de alguna bebida ritual específica que pudiera inducir la experiencia alucinógena que luego se plasmaría en los grabados y pinturas. De igual modo, hay estudios sobre la posible vinculación de los ídolos oculados con prácticas de magia "extática" (citado por A. González Ruibal, 2003).

Resulta interesante la traslación del principio del chamanismo al estudio del lenguaje dolménico, pero esta teoría no parece ser demasiado concluyente. Por un lado, el empleo de los signos geométricos es muy anterior a la aparición del ajuar campaniforme, por lo que no se sostiene la relación causa efecto entre el consumo de los alucinógenos y la utilización del fosfeno como símbolo. Por otro, las formas geométricas analizadas son fácilmente imaginables en un estado de conciencia normal, no alterada, mediante un procedimiento de abstracción sencillo, por lo que no sería necesario buscar explicaciones más complejas a este fenómeno (P. L. Van Berg, 1997).

En realidad, son signos arbitrarios, que no representarían elementos parciales de la realidad, alterados o no psicotrópicamente, a no ser que aceptemos la interpretación anterior de que son dibujos bidimensionales de los propios dólmenes. Pero incluso en este caso, no podríamos considerarlos fosfenos propiamente dichos. Por último, la mentalidad subyacente al empleo de estos signos sobre los dólmenes y cuevas funerarias es radicalmente diferente a la de las pinturas paleolíticas.

Pese a no excluir la posibilidad, como apuntamos anteriormente, del empleo de sustancias como la adormidera en los rituales, la especificidad del código expresivo megalítico es tal que no parece oportuno igualarlo a los de las sociedades de cazadores recolectores sobre las que se han efectuado los estudios de chamanismo. La "religión megalítica" no parece haberse sustentado sobre los principios característicos de una concepción chamánica.

3.6. Los dólmenes y las estrellas.

La orientación de las puertas de los dólmenes es otro de los aspectos que se analiza en diversos proyectos de investigación y que de generalizarse a todos los yacimientos megalíticos quizá pudiera aportar información relevante acerca de las creencias subyacentes a los mismos.



28. Proyección de la luz solar en el solsticio de Invierno
Interior sepultura de Cairnt.

La aplicación de los presupuestos de la **arqueoastronomía** al estudio de las manifestaciones dolménicas fue impulsada por G. Daniel en los años 60, junto a R. Atkinson, F. Huyle y Hawkins, J. Hawkes y A. Thom, entre otros.

A este último se deben los primeros estudios acerca de la relación entre la arquitectura megalítica y los sistemas matemáticos. Fue especialmente interesante en su momento la tesis que elaboró sobre la "yarda megalítica" (unidad de medida bastante estandarizada entre los yacimientos de la Europa nord-atlántica, a su entender) y sobre el empleo de proporcionalidad volumétrica en el diseño y construcción de círculos de piedras (henges). También apuntó la existencia de un modelo de medición del tiempo, un calendario deducible de la forma y posición de los círculos megalíticos y establecido en función de la posición del sol (o la luna) a su salida y puesta en el horizonte y otro de tipo anual, derivado de la señalización mediante monumentos conmemorativos, de fechas importantes (con ocho divisiones internas en tramos temporales equivalentes, etc.).

Sin embargo, la rigidez de sus planteamientos fueron criticados posteriormente por diferentes autores (Moir, Ruggles, Norris, D. Heggie, etc.). Durante los años 70 y 80 se puso de manifiesto que la arqueoastronomía podía ofrecer herramientas de análisis para centrar la atención en aspectos hasta ese momento olvidados por la investigación (aplicación de metodología rigurosa para determinar las orientaciones de las puertas en función de la declinación del sol y la luna, por ejemplo), pero que no se podía probar la aplicación de rigurosos conocimientos astronómicos ni matemáticos a las técnicas de construcción ni a los rituales megalíticos (C. Ruggles y G. Barclay, 2000).

Y ya en los 90, las aportaciones de otros autores como E. Mackie, Ruggles y Barclay introdujeron el planteamiento post-procesual en el resurgimiento del interés por la arqueoastronomía aplicada a este campo. Actualmente se considera que las referencias astrales se utilizaron en un sentido amplio y las mediciones calendáricas se harían en función de un concepto del tiempo "subjetivo", no basado en una especie de conocimiento proto-científico del cosmos.

Más bien, se podría decir que los astros sirvieron a las sociedades de constructores de dólmenes para componer tridimensionalmente su propia visión del cosmos. Por ello, habría que concluir que esta disciplina ha servido para aclarar confusiones y para ayudar a identificar las "geografías sagradas" de las sociedades que estudiamos aquí.

Por último, comentaremos que una de las aportaciones más recientes de los estudios de relación entre dólmenes y estrellas es la efectuada por P. Devereux (1991) acerca de las "líneas de visión". Este autor apuesta por añadir un elemento más al análisis de visibilidad de los túmulos dolménicos: su altura y la forma en que su silueta encaja con la línea del horizonte, con los puntos de salida y puesta del sol y con otros accidentes geográficos, naturales o artificiales del paisaje circundante.

Este acercamiento a un aspecto nuevo del megalitismo a través del estudio de Avebury y Silbury Hill (Inglaterra), aplicado en la Península a

yacimientos como Antequera (J. A. Belmonte y M. Hoskin, 2002), ha puesto en relieve la importancia simbólica que pudo tener la altura de las "montañas artificiales" de las tumbas.

Volviendo sobre los estudios de **orientación de los dólmenes** (los más generalizados por el momento), hay que hacer constar que actualmente, son todavía escasos los que recogen un número significativo de estructuras analizadas, por lo que sus conclusiones no son totalmente extrapolables al conjunto de las manifestaciones megalíticas.

No obstante, algunos trabajos revelan datos interesantes, como los de E. Pásztor y C. Roslund (1997) sobre el cementerio de Tarxien (Malta, III milenio), el de A. Belmonte y M. Hoskin (2002), que revisa las orientaciones de diversos yacimientos de todo el Mediterráneo ampliando la información que aportaban los trabajos anteriores de M. Hoskin (1997), sobre la orientación de dólmenes de la Península Ibérica (principalmente la zona de Évora, Cataluña y Andalucía en los IV-III milenios), la de las Taulas mallorquinas (del II milenio) y los templos de Malta y Gozo (IV-III milenios), así como las cuevas de enterramiento colectivo de Creta (II milenio, Minoico antiguo).

Pásztor y Roslund detectaron la orientación de los dólmenes de Tarxien hacia los cuatro puntos cardinales. Por su parte, Hoskin (siguiendo las indicaciones específicas del método riguroso de toma de medidas para tener en cuenta el movimiento de los astros en los últimos 26.000 años según el catálogo de la estrellas en la prehistoria que hicieron M. Hoskin y Rosenthal, en los años 60) determina que la orientación de las tumbas con respecto a fenómenos astrales parece haber sido una variable considerada generalmente por sus constructores, junto a todas las otras concernientes a ubicación en el territorio, tamaño, visibilidad, etc.

La orientación suele relacionarse con el movimiento de los astros celestes. Así, en Évora, por ejemplo, las cincuenta y siete tumbas estudiadas por él reflejan una orientación mayoritaria hacia la salida del sol en el solsticio de invierno. La relación de las tumbas con los solsticios es característica también de los megalitos de Inglaterra.

En la Península Ibérica, la salida del sol marca igualmente la orientación de las puertas de los dólmenes en los Millares, Montefrío y otras necrópolis de Andalucía oriental, mientras que en Gor, Alhama y otras de Córcega y Cerdeña, la orientación mayoritaria es el sur. En la necrópolis del Padul oscila ente el este y el sur y en Valencina, son las estrellas Arturo y Sirio las que parecen haber gobernado el principio de la orientación de los grandes dólmenes. Pero en general, son las llamadas por J. A. Belmonte y M. Hoskin (2002) "tradiciones del sol naciente (este) y sol creciente (sur-este)" las que predominan en el sur peninsular.

En Cataluña, Sur de Francia y Mallorca, es el oeste, el ocaso del sol, el punto cardinal escogido. Los constructores de los templos de Malta del IV-III milenios escogieron la Cruz del Sur como referente. En cambio, en Creta, parece cambiar el esquema general y la orientación establecida es la de la

salida de la luna, lo que podría estar indicando una tendencia diferente en la concepción funeraria subyacente.

De cualquier forma, la relación entre la construcción de los monumentos funerarios y los fenómenos celestes se puede entender como una constante que reforzaría la idea defendida por diversos autores (L. García Sanjuán, 2000; T. Andrés, 1995 y 1998) de que la religión que estructuraría el ritual en estos edificios orientados hacia las estrellas habría tenido un carácter cosmológico, además de telúrico.

Otro de los niveles de análisis de las tumbas megalíticas del IV-III milenios en Europa Occidental, en el plano de la relación entre la arquitectura y los ritos, y que complementa los de visibilidad, los de relación con los astros o con elementos del paisaje, etc., es el de **la acústica** en el interior de las tumbas.

El avance que ha experimentado en los últimos años la denominada por Darvill y Malone (2003) como "*touchy feely archaeology*" o "**arqueología de los sentidos**" ha provocado un interés por explorar los sentidos y su papel en la construcción, uso y simbolismo atribuido a los dólmenes. Concretamente, y como complemento de los análisis de aspectos visuales, de luminosidad, etc. se ha avanzado en los de resonancia acústica con objeto de determinar hasta qué punto pudo haber influido el tipo de ritual y el acompañamiento del mismo con cánticos, música de percusión y oralidad en el diseño arquitectónico de los edificios funerarios y en la elección de los materiales, su disposición, etc.

Se trata de estudios ambiciosos y con muchas limitaciones, pero aunque no pudiéramos llegar a saber si se tuvieron en cuenta estos factores o no en la configuración de la morfología característica de los dólmenes, siempre se podrá conocer, aunque sea por simulación (y además, parcial), las sensaciones y emociones que posiblemente experimentarían los constructores de megalitos cuando enterraban a sus muertos.

A modo de síntesis sobre los estudios de acústica dolménica presentaremos las conclusiones de los trabajos de P. Devereux y R.G. Jahn (1996) y de A. Watson y D. Keating (1999) sobre sepulcros de corredor en Inglaterra e Irlanda: dadas las condiciones de recepción del sonido en estos edificios, debió ser más probable que se utilizara la voz humana (cánticos) que músicas más complejas, orquestadas con diferentes instrumentos. Las voces humanas son las más aptas para producir el tipo de ondas que dan lugar a efectos más significativos en el interior de un dólmen de corredor: las *ondas estáticas*. Éstas, al reverberar (rebotar y volver en forma de eco al lugar de procedencia), dan lugar a un sonido envolvente que cambia de intensidad según el lugar de la cámara o el corredor en que se sitúe el oyente (más fuerte en el interior de la cámara, la puerta de la misma y la puerta del corredor). Así mismo, generan un tipo de sonido constante que se altera derivando en distorsiones espectaculares (de intensidad, timbre, tono y hasta vibraciones) con un simple movimiento de los cuerpos en el interior.

Contemplan también el empleo de tambores, por el efecto que producen los batidos rítmicos en la propagación de las ondas graves y subsónicas, amplificadas considerablemente por la forma de caja de resonancia que poseen estos dólmenes (efecto de amplificación Helmholtz). Las ondas infrasónicas no son perceptibles por el oído humano, pero producen efectos físicos sobre quien las escucha, que podrían haber sido utilizados para incrementar el carácter dramático de la ceremonia.

Al exterior de los túmulos, sus estudios demuestran que el sonido se percibe con diferencias de intensidad en cada lugar y son las ondas graves las que más presencia tienen (proceso en el que entran en juego el material de construcción y la técnica empleada: tipo de piedra, huecos que quedan entre ellas, características del túmulo, etc.). Así también, estos autores comprobaron que en algunos casos, el sonido se transmitía por vibración a través de la tierra de unos dólmenes a otros en una misma necrópolis dispersa (estando separados por una distancia considerable, de varios Kilómetros.)

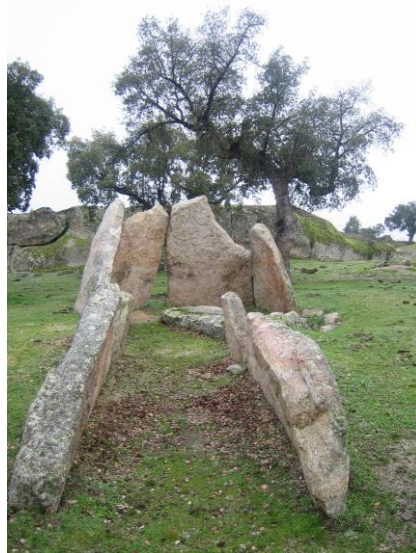
Las inferencias que se podrían hacer respecto de los ritos funerarios a través de la generalización de esta clase de estudios son interesantes, pese a sus limitaciones. Pero mientras se aplican a otras tipologías y otras regiones, se puede afirmar, como lo hacen A. Watson y D. Keating (1999) que "el mundo no era silencioso en la prehistoria" y que en concreto, el mundo de los ritos megalíticos debió generar sonidos especiales, muy diferentes de los escuchados por la población en su vida cotidiana y exclusivos del contexto funerario (la arquitectura doméstica constatada en estos períodos no serviría para producirlos). Esta exclusividad y los efectos sonoros conseguidos debieron contribuir potentemente a diferenciar la experiencia vivida en el interior del dólmen de la vivida en el exterior, lo que constituye un argumento más a favor de la teoría del carácter oculto y privativo de determinadas fases de los cultos, así como la de la separación entre el mundo de los vivos y el de los muertos.

3.6. Ritos públicos-ritos ocultos.

El acceso restringido al enterramiento debió acompañarse del acceso restringido a las ceremonias, sobre todo en las tumbas más complejas, dotadas de varias cámaras, corredor, programa iconográfico elaborado, etc. En muchos de estos monumentos aparecen barreras físicas levantadas alrededor del mismo con tal fin (especialmente en los excavados en Inglaterra, según R. Bradley, 1998).

Se da incluso la circunstancia de que existen algunos monumentos en diferentes regiones de la Europa Atlántica (incluyendo algunos de los de la necrópolis de Valencia de Alcántara, Cáceres, según E. López-Romero y S. Walid (2005), a los que aplican una metodología adaptada de los modelos digitales de elevaciones topográficas) que parecen haber sido erigidos en lugares que priman el factor de la restricción del acceso, en lugar del de la visibilidad.

Por tanto, no se trataría de un elemento a considerar sólo en el ámbito de los ritos de sepelio, sino también en el de la construcción de los dólmenes para la creación de "espacios interiores" en el propio paisaje funerario de cada región.



29. Dólmen de Zafra.
Necrópolis de Valencia de Alcántara, Cáceres

No obstante, es posible que la participación del colectivo al completo se produjera en determinadas ceremonias o fases de las mismas, articulándose así un complejo sistema ritual que combinara ritos comunitarios, desarrollados y compartidos en los espacios abiertos, frente al dólmen o cueva, con otros ocultos, realizados en el interior del edificio y de carácter secreto, a juzgar por las características del diseño de los espacios sepulcrales (Majó *et al.* 1999).

Los primeros serían imprescindibles en una sociedad cuya mentalidad se basa en el concepto de colectividad y mantenimiento de la identidad grupal y los segundos podrían estar relacionados con el desarrollo de una religión organizada, con el proceso de especialización laboral y con el de jerarquización social que favorecería (y se vería favorecido a su vez) la progresiva apropiación del conocimiento y el poder que esto lleva implícito por parte de los especialistas religiosos o sacerdotes (R. Garrido Pena y K. Menroz, 1997).

El monopolio de la relación con lo divino y de la capacidad de regulación social que posee la religión sería la expresión de la polarización del poder en el seno de las formaciones sociales que levantaron megalitos.

4. Configurando territorios. Los paisajes simbólicos.

Uno de los aspectos fundamentales que parece haber condicionado las características de la mentalidad de los constructores de megalitos es el **control del territorio**. Ello se deduce principalmente de la ubicación de los dólmenes y cuevas en el espacio, a nivel meso y macroespacial.

Las construcciones megalíticas son los primeros edificios con una función no subsistencial que se levantan en la prehistoria europea. Son específicamente funerarios, (lo que nos llevará a establecer inferencias acerca de la concepción de la realidad y el establecimiento de la identidad de estos grupos humanos más adelante), pero ahora nos detendremos en lo que implica el hecho de que se localicen jalonando el paisaje.

4.1. Dólmenes y cuevas en la construcción del paisaje:

Tumbas de rito colectivo con carácter monumental aparecen asociadas a los poblados, en los valles fértiles y llanuras aluviales, conformando lo que autores como J. A. Cámara Serrano (2001), F. Nocete, (2001) etc. denominan como *necrópolis concentradas*.

También aparecen diseminadas por valles medios y altos de ríos y en las laderas de serranías de mediana altitud, configurando *necrópolis dispersas*.

Lo que parece ya desterrado de la bibliografía es la consideración de que pudieran haberse levantado dólmenes aislados. El hecho de que aparezcan así en el registro arqueológico obedece tan sólo a los problemas de conservación y a la deficiencia de la investigación. Las tumbas megalíticas (incluyendo cuevas) configuran siempre el conjunto de las piezas del puzzle que vertebra un territorio, no sólo física, sino simbólicamente.

Suelen aparecer en ubicaciones estratégicas, como pasos de montañas, valles fluviales, etc. Por ello, para la mayoría de los investigadores, son marcadores especiales polisémicos: además de la significación estrictamente funeraria de ser el lugar para los muertos, podrían haber sido centros ceremoniales para los ritos de agregación y definición de la identidad grupal, señales de posesión de determinadas fuentes de recursos económicos (zonas de extracción de cobre, por ejemplo o de cursos de agua y fuentes, como apuntan E. Pazstor y C. Roslund, 1997), y como símbolos de dominio sobre un territorio de explotación directa o sobre rutas de paso e intercambio.

La tesis de que los dólmenes pudieran haber servido como marcadores de la propiedad sobre el territorio procede en origen de los planteamientos de Meillasoux, aunque fue desarrollada posteriormente por Renfrew durante los años 70 y por R. Chapman, R. Bradley etc. hasta el presente. P. Bueno y R. Balbín (1997), como otros muchos autores, establecen que dicha afirmación de propiedad sería de carácter grupal, siendo todo el colectivo el que expresa su capacidad de control y "domesticación" del paisaje, aunque internamente, los beneficios de la explotación de la tierra así apropiada, no

tuvieran por qué repartirse simétricamente/equitativamente. (Lévy-Bruhl, citado por A. Hernando, 2002). Ahora bien, el mensaje transmitido por unos elementos tan marcadamente ideologizados debió ser también el de la ideología dominante. Una ideología que, aún reflejando la realidad socioeconómica con la que interactuara dialécticamente, podía estar enmascarando dicha realidad en lugar de manifestándola abiertamente.

Para F. Criado (también M.A. Blas Cortina, 1997, Senna-Martínez, *et alii*, 1997, G. Delibes de Castro y M. Rojo Guerra, 2002, L. García Sanjuán, 2000), lo que demuestran las construcciones megalíticas es la materialización definitiva del proceso de domesticación de la tierra, su consideración como medio de producción por parte de comunidades ya plenamente campesinas, sedentarias (aunque mantengan ciertos niveles de movilidad especializada) que necesitan asegurar la explotación de la misma a largo plazo y por ello desarrollan, por vez primera, el concepto de propiedad. Pero pese a los puntos de encuentro que parecen existir, este debate sobre la interpretación del significado de los dólmenes en clave de marcadores de propiedad sigue aún hoy abierto.

También podría pensarse que no serían tanto una forma de apropiación del territorio dado como de construcción de un territorio nuevo, de implantación sobre los accidentes geográficos de un mapa mental, un espacio humanizado o cultural. V. Villoch (2001), plantea que para ello, habrían aprehendido e integrado los elementos físicos del paisaje natural más relevantes en el esquema simbólico definido por los elementos artificiales construidos por ellos -los dólmenes, henges, abrigos pintados...-.

Desde esta perspectiva, sería más determinante la domesticación simbólica del espacio que la apropiación de hecho del territorio y su uso político-ideológico. Aunque en nuestra opinión, ambos aspectos debieron afectar igualmente al proceso de transformación de la mentalidad de las sociedades del IV-III milenios a.C.

Por otro lado, la forma que estas comunidades demostraron los derechos adquiridos de uso y control de la tierra fue el de la vinculación con ella a través de la filiación con los antepasados. La legitimidad de estos derechos se apoyaría por tanto, en la indivisibilidad del territorio y el clan (A. Hernando, 2002). Reforzando la conexión parental con los ocupantes y explotadores de la tierra del pasado, establecerían el derecho consuetudinario de su uso en el presente y asegurarían el del futuro. Este complejo sistema de normas y reglamentación de la producción y el intercambio se habría justificado y sancionado mediante la religión, por lo que los demarcadores empleados para establecer la propiedad serían las tumbas, construcciones sacras que otorgarían a todo el territorio un carácter igualmente sacro a su vez.

Por ello, F. Criado habla de "territorios simbólicos". De hecho, se podría hablar también de fronteras sacralizadas para referirnos a las áreas delimitadas por monumentos de características similares o asociados a núcleos de población importantes.

Así, las grandes necrópolis dispersas, los “cementeros de cementeros” otorgarían a todo el territorio el carácter de espacio antropomorfizado (serían agentes de antropización, según G. Delibes y M. Rojo, 2002), modificado por el ser humano en general y por un grupo concreto de hombres y mujeres específicamente, que aunque no residan físicamente en cada colina o ladera están presentes en ellas porque hacen un uso estacional de las mismas (pastoreo de rebaños o rutas de intercambio – J.E. Márquez Romero, 2000-).

Senna-Martínez *et alii* (1997) apuntan incluso la posibilidad de que hubieran servido para trasladar de forma física, inmutable, al espacio, la regulación del tiempo, sirviendo como calendario de actividades estacionales, marcando las fechas cíclicas en que cada una debía realizarse.

En el caso de las necrópolis concentradas asociadas por cercanía a los asentamientos, la función económica y social de apropiación territorial no sería prioritaria. Suelen ser más abundantes en fases tardías en la Península (III milenio) y aparecen en los grandes poblados (fortificados o no) de concentración de la producción y redistribución agraria, los lugares centrales y secundarios de los territorios jerarquizados calcolíticos del sur peninsular.

Se caracterizan por la multiplicidad de morfologías y diversidad de tamaños de las construcciones dolménicas, cuevas, cistas y silos, aunque suele ser habitual en ellas, que los grandes sepulcros de corredor sean escasos, mientras las tumbas más sencillas son las más abundantes. Las necrópolis concentradas en cueva no presentan un polimorfismo tan acusado pero sí diferencias de ajuares.

En ocasiones, (según J. A. Cámara, 2000) se aprecia una relación de oposición-complementariedad ente éstas y las necrópolis dispersas que habría servido para completar el significado de ambas en un sentido u otro, siempre en función de su grado de visibilidad y ocultación intencional (algunas necrópolis parecen haber sido creadas expresamente para no ser vistas, para esconder, más que para mostrar, como ocurre en el Pasillo de Tabernas, (Almería), por ejemplo). No obstante, para este autor, tanto si la intención es de ocultación como de visibilización, la lógica subyacente sería la misma: el ejercicio del poder corporativo de las élites incipientes.

Volviendo a las necrópolis concentradas, quizá el valor simbólico primordial recaería en ellas sobre la ostentación derivada de la monumentalidad de los grandes sepulcros y las relaciones de jerarquización establecidas entre éstos y los de menor tamaño. Podría decirse que estas necrópolis expresarían, con finalidad justificativa, las relaciones de dependencia y desigualdad en el seno de la formación social a la que pertenecen, y no sólo a nivel de comunidad locacional, en consonancia con el avance en el proceso de jerarquización y aparición de la explotación por parte de las élites en estas cronologías.

En otro orden de cosas, destacamos el incremento de datos acerca de un fenómeno que podría hacer avanzar la interpretación del significado de las construcciones funerarias colectivas. En los últimos años, la excavación arqueológica de los niveles anteriores al de la construcción de los dólmenes

está permitiendo constatar la existencia en muchos casos de **restos de estructuras de hábitat o de espacios culturales no funerarios** bajo ellos.

Aparecen a veces fondos de cabaña con materiales neolíticos arrasados intencionalmente para levantar el dólmen, aunque en otras ocasiones, son muy anteriores. Suele tratarse de hábitats semi-permanentes (de en torno al VI milenio), según el análisis efectuado por P. Bueno y otros (2002) recogidos por I. Rubio (2001-2002) y más recientemente los recogidos por y P. Bueno (2004) en la cuenca interior del Tajo y otras áreas de la meseta.

No está consensuado aún qué inferencias se pueden obtener de este hecho, pero quizá a un nivel especulativo sirva para corroborar la teoría de la apropiación del territorio, al ubicar los monumentos sobre restos de una ocupación práctica, no sólo simbólica del mismo. También podría expresar la búsqueda, por parte de los constructores, de una huella física del hipotético lugar en el que viviera el héroe fundador del clan para establecer la conexión directa con él a través del dólmen-panteón-montaña mítica.

Otros trabajos, como son los de R. Bradley en la Europa Atlántica (1998), M. Rojo y M. Kunst (1999, 2002) en la meseta norte, B. Gavilán y J.C. Vera (1999 y 2005) o Ramos y Gilés (1996) en Andalucía, muestran casos de reutilizaciones de espacios sacros, donde se ubicaba menhires aislados antes de los dólmenes.

El caso del dólmen de Casas de Don Pedro (necrópolis de Belméz, Córdoba) podría ser ejemplificante. B. Gavilán y J. C. Vera (2005) estiman que éste se construyó sobre tres menhires levantados en momentos diferentes pero sucesivos (durante el V milenio a.C.), catalogando al conjunto como una expresión de "megalitismo pre-funerario". Otros casos similares se conocen en Portugal (Anta grande de Granja de San Pedro, Escorregadía), en Francia (Gavrinis) y quizá en Toledo (Navalcán o Dolmen de Soto).

4.2. Las relaciones entre las necrópolis y otros yacimientos.

La **asociación de las necrópolis con asentamientos** parece clara en el caso de las de tipo concentrado, como hemos visto anteriormente. Las dispersas son más difíciles de adscribir a un colectivo particular, identificable a través de los poblados más importantes del territorio. La aplicación de los modelos de análisis espacial basados en la teoría de las relaciones centro-periferia esta aportando avances a la investigación.

En la actualidad, determinadas zonas de la Península Ibérica cuentan ya con estudios territoriales completos (prospecciones sistemáticas y análisis de jerarquías espaciales entre asentamientos). La determinación precisa de la pertenencia de las principales agrupaciones dolménicas a los centros políticos calcolíticos podría definir la extensión y carácter de los principales territorios sacro-políticos del IV-III milenios.

Por otro lado, la **asociación entre las tumbas colectivas y otros espacios culturales** contemporáneos a éstos es también objeto de análisis arqueológico. Se trata de una línea de investigación más avanzada en la

Europa nord-atlántica que en la Península Ibérica, principalmente, debido a la dificultad existente aquí para determinar la presencia de restos de henges y la escasez de cromlechs conservados (exceptuando la zona portuguesa).

Por ello, estimamos que podría ser de gran ayuda la aplicación en nuestro país de las técnicas de excavación arqueológica desarrolladas por arqueólogos ingleses para la detección de los agujeros de postes de madera de construcciones circulares de función sacra.

Los espacios sagrados del IV-III milenio no tuvieron por qué ser exclusivamente construidos con grandes piedras. Otras regiones megalíticas muestran la convivencia entre los monumentos de ortostatos y los de madera, cuya monumentalidad pudo no ser tan inferior a la de los primeros (aunque el esfuerzo invertido en ellos no fuera parangonable).

Por otro lado, también hay que destacar la interpretación de los abrigos con pinturas esquemáticas al aire libre como espacios sagrados no funerarios por R. Lucas, (1995) y el llamamiento que hace esta autora a incrementar los estudios de relación ente éstos y los dólmenes para poder completar nuestro conocimiento de la "religión megalítica", como ya hemos destacado en páginas anteriores.



30. Círculo de Piedras de Bryn Cader Faner (Gales)

Paralelamente, diversos autores, entre los que se encuentra J. E. Márquez Romero (2001 y 2002), proponen interpretar espacios hasta ahora considerados como lugares de hábitat, como centros ceremoniales. Los aún hoy conocidos en la bibliografía como "campos de silos calcolíticos" o "enclosures", en el norte de Europa, podrían haber sido espacios sacros, templos al aire libre donde desarrollar rituales permanentes, de forma similar a los dólmenes. Su tesis completa las primeras interpretaciones no utilitaristas de estos yacimientos efectuadas por I. Smith a mediados de los años 60 (1966) y secundadas por otros autores más tarde, durante los años 80 y 90, como Madsen, Edwards, Bradley, Bender y Thormes, Evans y Whittle, etc.

Su estudio abarca las acumulaciones de depósitos de materiales del tipo zanjas o trincheras, los pozo-silos y los "fondos de cabaña". Éstos han estado interpretándose como estructuras funcionales para poblados que una vez perdida su utilidad se convertían en basureros, rellenándose de

deshechos, tanto productivos como culturales, pues en muchos casos parecen restos de cadáveres en ellos (considerados enterramientos individuales, esporádicos). Sistematiza los tipos de materiales hallados en el interior de estas estructuras, destacando los restos humanos y de animales (bóvidos y perros), los artefactos líticos y restos de talla, molinos de cereal fracturados, fragmentos cerámicos a veces quemados e ídolos.

Estos materiales son similares a los encontrados en depósitos parecidos de otras regiones de Europa, del área danubiana (fase final de la cultura *Linearband Keramik*, y en contextos funerarios del sur de Escandinavia, Islas Británicas, zona oeste de Francia, las "enclosures" o "camps neolitiques").

Pero además de los materiales de los rellenos, existen otras características comunes a todos estos yacimientos, como son una cronología del IV-III milenios (hasta fines del II en algunos casos); aparecer en amplios recintos de planta subcircular, delimitados por zanjas (más o menos discontinuas, en sección de V o U) con varios anillos concéntricos y a veces, empalizadas de madera; poseer grandes espacios vacíos en el interior y acumulaciones de silos-pozos-fondos, que se solapan unos a otros continuamente; ubicarse en zonas de fácil acceso, áreas costeras, estando bien comunicados y sin intencionalidad defensiva.

Todas ellas serían evidencias arqueológicas de un comportamiento estereotipado, por el alto grado de similitudes constatadas en el occidente europeo, bastante generalizado, como los ritos y estructuras arquitectónicas funerarias, que además muestran un alto grado de repetición en el tiempo y de selección de los objetos depositados en las estructuras excavadas, por lo que la aleatoriedad presumible en un depósito de basuras quedaría descartada. La integración de tres modelos de estructuras siempre presentes en espacios bien definidos hace pensar en un tipo de "construcción" específico. Y por último, la constante presencia de restos humanos y animales asociados a ídolos induce a suponer una intencionalidad y un significado ritual a estos "agujeros".

J. E. Márquez Romero (siguiendo a los autores escandinavos y anglosajones arriba mencionados) propone interpretarlos como un espacio de culto, creado por acumulación de estructuras excavadas y rellenas en cada ciclo ritual, pero diseñado conforme a un esquema espacial y arquitectónico específico, caracterizado por la forma circular (de nuevo). Círculos de madera (postes en los fondos de cabaña) dentro de círculos mayores (zanjas y empalizadas) asociados a otros círculos más profundos (silos) podrían haber configurado un paisaje sacro en permanente construcción, nunca acabado (CH. Evans, 1988). Su edificación sería acumulativa, redefiniendo el espacio a cada reedición de los cultos. Nunca serían estáticos, pues las prácticas rituales desarrolladas en ellos serían del tipo construcción-deconstrucción-reconstrucción.

Quizá fuera el escenario, fijo en el territorio, al igual que los dólmenes, de ceremonias anuales colectivas, que bien pudieron haber congregado a varios grupos distintos (por el tamaño de los centros), ejerciendo así de "meeting places".

A. Whittle (2003) menciona también los yacimientos de “cabañas”, rellenas de restos diversos (similares a los descritos arriba) y cíclicamente reutilizados de las llanuras húngaras (cultura Köros). Él los interpreta igualmente en clave ideológica y ritual, en relación a ceremonias comunales de tipo conmemorativo.

A modo de hipótesis, este autor plantea que los ritos desarrollados tuvieran como objeto reafirmar la ocupación del territorio mediante la apertura del límite entre la tierra y el exterior y rellenando el hueco con restos de actividad humana, de cultura, para mostrar así su dominio sobre ésta. También se podrían explicar los restos materiales hallados en las estructuras mediante la celebración de ceremonias de agregación intergrupales basadas en banquetes rituales con comida y bebida conjunta entre los miembros de los diferentes clanes.

Estos centros de culto habrían ejercido así de lugares de reproducción social. También cabe interpretar que pudieran igualmente servir, a nuestro juicio, como escenarios de confirmación de las relaciones de dependencia y de explotación diferencial entre los grupos humanos integrados en redes jerarquizadas. Los ritos desarrollados en estos espacios sagrados podrían haber tenido así un carácter de pacto y reafirmación de la adhesión a la estructura política central.

En definitiva, esta propuesta de interpretación ofrece una visión más compleja, pero en nuestra opinión, más ajustada a las evidencias arqueológicas existentes de los yacimientos de silos y fondos de cabaña, en términos de espacios subsistenciales en parte, pero sobre todo, simbólicos, en los que las gentes del IV-III milenio desarrollarían su visión de las relaciones sociales en el marco de una religión común.

A este respecto, sería posible interpretar la existencia de una cierta comunidad de planteamientos religiosos en determinadas áreas del planeta (Europa Atlántica), siempre manteniendo la prudencia (como ya indicamos al plantear la distribución de los dólmenes por el globo terráqueo).



31. Vista parcial de una alineación de menhires en Carnac (Francia)

4.3. La monumentalidad.

Volviendo a los dólmenes y cuevas, otra de sus características es la monumentalidad. La arquitectura monumental aparece por vez primera en la prehistoria en las sociedades productoras del *Neolítico* y las campesinas posteriores, como ya hemos visto, y se puede analizar desde varias ópticas distintas.

Por un lado, la monumentalidad implica *visibilidad*, hacer algo patente para todos en el espacio (dimensión sobre la que hemos reflexionado anteriormente).

Por otro lado, implica *permanencia* en el tiempo. Un monumento puede definirse como una intención que se concreta en un producto artificial visible a través del espacio y del tiempo (F. Criado, 1995). Según C. Holtorf (1997) "los monumentos megalíticos significan tiempo" (p.103), fundamentalmente el futuro, pues se originaron para que ciertos valores e ideas permanecieran en el tiempo construyendo y evocando la memoria colectiva. Se levantaron también para las generaciones futuras, para comunicarse con ellas y transmitirles un mensaje. Por tanto, el tiempo monumental difiere del tiempo humano, por ser permanente.

Los monumentos megalíticos llevarían a los humanos del presente hacia el futuro, además de emparentarlos con el pasado. L. García Sanjuán (2000) también destaca, junto a los aspectos de la *presencia* (en el territorio domesticado, controlado) y de *inmanencia* (significación socio-ideológica), la *permanencia*, la proyección en el tiempo de dicha significación y valor sacro.

Por último, la monumentalidad se fundamenta en el *esfuerzo social invertido* para la construcción del edificio (R. Lucas, 1995). Un espacio o construcción monumental se valora en todas las sociedades por lo que implica en cuanto al trabajo acumulado en ella. Cumple la función de mostrar el poder de creación de algo tan impactante como los accidentes naturales, que equipara, por tanto, al ser humano con los principios creadores del universo.

Muestra también la capacidad de adquisición y acumulación de materiales para la obra (locales o traídos desde distancias lejanas), ejemplo de poder económico y confirma la capacidad de organización del trabajo y la de convocatoria de trabajadores (movilización de fuerza de trabajo), que evidencia el poder político e ideológico de quienes levantan el monumento en cuestión.

En el caso de los monumentos megalíticos del IV-III milenios, desde que R. Chapman y otros autores empezaran a determinar el esfuerzo invertido en la construcción de los dólmenes mediante cálculos de carga de los ortostatos, la distancia desde la que se acarrearón, las técnicas empleadas para levantarlos e hincarlos en el suelo y colocar la cubierta, etc. este factor ha gozado de la atención de la mayoría de los especialistas, especialmente durante los años 80.

La aplicación de la arqueología experimental a dichos cálculos ha proporcionado datos de referencia suficientes para estimar la cantidad de personas que harían falta y el número determinado de horas y días necesarios para levantar cada tipo de monumento.

Pero no sólo debieron exigir esfuerzo la talla de los ortostatos y el levantamiento de los dólmenes con su túmulo. También el ritual funerario consume energía y efectuar este cálculo es más difícil (R. Lucas, 1995). De cualquier forma, las evidencias de constante reutilización de las tumbas y de los ortostatos de otras ya destruidas para levantar nuevas, de manipulación de los restos óseos, etc. pueden indicar el grado de esfuerzo realizado en cada tumba y ayudarnos así a valorar si la ostentación de poder que llevaría implícita la suma de esfuerzos cifrada en un dólmen es mayor o menor que la de otro. Igualmente, estas diferencias nos podrían permitir calibrar la existencia de relaciones jerárquicas entre los grupos-clanes enterrados en cada tumba-cementerio (ya que la variedad y tipo de los materiales del ajuar no presenta generalmente suficientes diferencias de riqueza como para emplearlo como variable de análisis).

El problema al que nos enfrentamos siempre a la hora de determinar la relación jerárquica entre tumbas mayores y menores (en términos físicos y de monumentalidad) es el de su grado de contemporaneidad.

Generalmente, los investigadores consultados tienden a considerar los monumentos pequeños, con menor inversión de esfuerzo y trabajo y mayor simplicidad arquitectónica y un patrón ritual más estandarizado y uniforme, como correspondientes a fases cronológicas más tempranas, y por tanto a sociedades no jerárquicas, de primeros agricultores.

En los monumentos grandes, con inversión de trabajo alta, áreas funerarias definidas y un acceso restringido al ritual, (muy complejo en este caso), la asociación se establece ya con grupos jerarquizados que viven una religión organizada, incluso con casta sacerdotal (especialistas religiosos que controlan el conocimiento y el tiempo), según S. Bergh (1997).

Pero dada la amplitud temporal de los períodos de uso de estas construcciones (varios siglos como mínimo) resulta difícil concebir que los dólmenes presentes en una misma necrópolis (los que son susceptibles de ser comparados para establecer relaciones de jerarquización y diferenciación social entre los grupos enterrados en ellos) no convivieran durante el tiempo suficiente para ser expresivos de la existencia de disimetrías.

En necrópolis del sur peninsular, autores como J. A. Cámara Serrano (2001) interpretan no sólo las diferencias de tamaño-monumentalidad sino incluso las de tipo formal, como signos de la presencia de representantes de grupos subordinados en el cementerio del asentamiento central (capital del territorio político), junto a los dólmenes de los grupos dominantes, para expresar dicho dominio. De hecho, ya en una comunicación oral, en 1994, V. Oliveira Jorge apostaba claramente por interpretar las construcciones dolménicas como parte de un código simbólico expresivo de unas relaciones de poder ocultas, como lugares de "dominación".

5. La paleodemografía de los enterramientos colectivos.

Existe otra línea de investigación que intenta aportar datos que verifiquen o desmientan la hipótesis inicial de que los dólmenes serían el cementerio de todo un grupo completo. En efecto, representarían a todo el colectivo, pero los estudios paleodemográficos efectuados por diversos autores (recogidos por M.A. Blas Cortina, 1997) y que toman como referencia datos demográficos de las sociedades preindustriales y del neolítico de Inglaterra elaborados por Renfrew o los estudios de R. Jousaume en Francia, 1985) revelan que el número de personas enterradas, incluyendo la estimación de restos no conservados, no sería nunca el suficiente para constituir el total de la población que debió habitar cada territorio en la Península (y en Europa) en los IV y III milenios.

De ello se desprende que los enterramientos estuvieron restringidos a determinados individuos. Ente ellos figuran hombres, mujeres y niños, aunque también es significativo que el número de estos dos últimos sea siempre inferior y que a veces, los infantiles se segreguen (P. Bueno *et alii*, 2002) y sean especialmente escasos, al menos en el sur-oeste peninsular, según los estudios de S.A. Jiménez Brobeil y otros (1994).

Por ello, parece más lógico asumir que se tratara de un privilegio propio de un subgrupo dentro del colectivo, posiblemente, personas que gozaran de una mayor representatividad por diversas razones (A. Hernando, 2002). El resto de la población, o bien no se enterró o bien lo hizo en otros lugares, no definidos arquitectónicamente y con ritos que no dejaran huellas evidentes.

En determinadas sociedades, se constata la convivencia de diferentes formas de facilitar el tránsito de la muerte a diferentes individuos del grupo, (R. Lucas, 1995) siendo a veces la exposición del cadáver sin manipulación posterior o su enterramiento en cofres de madera lo que les reserva a muchos de sus integrantes.

6. El final de las manifestaciones funerarias colectivas: dólmenes y cuevas para ensalzar individuos.

Para terminar, nos remitimos a las últimas manifestaciones funerarias megalíticas. A fines del III milenio, (*Calcolítico final*), dejaron de construirse nuevos monumentos en general y su uso a partir de entonces quedó también considerablemente restringido.

Primero, fueron las élites que se hacían enterrar con el ajuar campaniforme quienes aprovecharon el poder evocador simbólico de estos monumentos para afirmar su posición de privilegio. Probablemente intentaran justificarla mediante su vinculación con los antepasados poseedores de la fuerza y el carácter sagrado necesarios para levantar tumbas tan espectaculares, dado que por las características socioeconómicas de estos grupos resulta más difícil suponer que siguieran

compartiendo la misma mentalidad y por tanto en mismo concepto de la muerte. Por tanto serían motivos de tipo socioeconómico más que religiosos los que determinarían estas reutilizaciones (R. Lucas, 1995).

No obstante, autores (F. Criado, Vázquez y Bello, 1982; M. Carrilero, 1992, M. Lazarich, 1999 y 2004) prefieren no concebirlas como "reutilizaciones" no como intrusiones, sino como una modificación del valor de uso y simbólico, como una transformación.

Posteriormente, se produjeron reutilizaciones también durante el *Bronce*, siempre cuando el monumento estaba ya abandonado y en proceso de destrucción, quizá por la reactivación de las necesidades de reivindicación del control del territorio de las formaciones sociales del II milenio.

En estos casos, los enterramientos muestran un carácter individual más acusado, (se conservan los restos anatómicamente articulados, los ajueres se pueden asociar a cada persona, etc. como en el caso de los Bermejales, por ejemplo) aunque todavía mantienen el uso del dolmen como panteón.

A. J. Lorrio e I. Montero (2004) plantean la posibilidad de que algunas de estas reutilizaciones correspondieran a poblaciones, que aunque viviendo en el II milenio y utilizando objetos de bronce, todavía conservaran características socioeconómicas e ideológicas propias del milenio anterior.

Estas poblaciones marginales o periféricas podrían estar conviviendo con las pre-estatales del *Bronce inicial y pleno* sin haber abandonado la mentalidad megalítica.

Sin embargo otros autores, como L. García Sanjuán (2000) opinan que las reutilizaciones del bronce se producirían por parte de poblaciones diferentes, motivadas sólo por el valor sagrado del monumento.

Más adelante, ya desde el *Bronce final*, e incluso durante los períodos ibérico y romano, se producen otras reutilizaciones puntuales, posiblemente influenciadas por la pervivencia en el imaginario colectivo del carácter sacro de estos lugares funerarios. En determinadas zonas de la Península Ibérica se constatan incluso cultos litolátricos en los dólmenes.

7. Cuando las tumbas monumentales hablan de "violencia".

Las evidencias del empleo de la violencia entre individuos y entre grupos en el seno de las formaciones sociales del IV-III milenios no son muy abundantes, pero si significativas y aumentan a medida que la investigación sobre nuevos yacimientos avanza.

Antes de entrar a definir las implicaciones del uso de la violencia en los IV y III milenios a.C., creemos interesante sintetizar una serie de reflexiones de diferentes autores sobre la violencia en la Prehistoria en términos más genéricos.

J. Guilaine y J. Zammit (2002) advierten que la influencia de la corriente epistemológica de cada autor y del contexto social y cultural en que éste escribe también son muy trascendentes en este tema, como lo son en la

cuestión de la interpretación de la ideología o de los significados, tal como vimos en páginas anteriores. Así, las visiones invasionistas y de pueblos en lucha constante para los que el empleo de la violencia sería habitual, que caracterizaron las interpretaciones de los prehistoriadores de la primera mitad de s. XX serían un claro reflejo de las corrientes particularistas e historicistas y del ambiente de entreguerras que se vivía entonces.

Igualmente, las propuestas interpretativas centradas en sociedades pacíficas, con los intercambios y la aculturación como mecanismos de relación y cambio, y que asociaban violencia intencionada sólo a los estados militaristas (desde el Egipto predinástico, Uruk en Mesopotamia, Micenas, etc.) fueron características de los años 60, 70 y 80.

Sin embargo, en la Europa Prehistórica la Arqueología revela indicios del empleo de la violencia desde el *Paleolítico Final*. Por ello, es necesario establecer una serie de precisiones sobre qué tipo y nivel de ejercicio de la violencia nos interesa tener en consideración en nuestro campo de investigación.

Al concepto de violencia se vinculan los de agresión y conflicto. Una agresión puede manifestarse, como indican G. Aranda y M. Sánchez (2004), de forma individual y colectiva, puede ser fortuita (no premeditada) o intencional, arbitraria u organizada, física o ideológica y puede producirse de forma esporádica o sistemática.

La violencia individual que se produce sin organización y esporádicamente parece acompañar a los seres humanos desde que éstos lo son, solamente controlada y orientada conforme a las normas de comportamiento social establecidas por cada comunidad.

Pero la violencia organizada (la que responde a una planificación para conseguir unos intereses particulares, y que es colectiva y sistemática), por el contrario, no se encuentra entre los comportamientos de todas las formaciones sociales conocidas a través de la arqueología, la etnología o la historia.

Este tipo de violencia es el que puede equipararse al concepto de guerra o conflicto inter-grupal, y es el que nos interesa en nuestro caso, pues constituye el tipo de manifestación de agresión que se traduce en las matanzas colectivas conocidas por el registro material de determinados dólmenes y en el pictórico de paneles en abrigos y cuevas (los levantinos, con escenas de combates y de ejecuciones).

Además es uno de los mecanismos conocidos para el ejercicio del control, la coacción y el poder. Los seres humanos emplean la violencia inter-grupal como estrategia de resolución de conflictos cuando las circunstancias coyunturales lo favorecen o cuando la estructura socioeconómica y política se fundamenta en unas relaciones de poder inestables que llevan al grupo dirigente a querer mantenerlas por la fuerza (y recordamos que no es necesario pensar que estemos hablando de sociedades con estado).

Las evidencias más antiguas de enfrentamientos colectivos violentos (confrontación organizada y sistemática) proceden de enterramientos

mesolíticos, de cazadores recolectores especializados (en Europa y África e incluso el norte de la India), pero se incrementan considerablemente en el seno de las sociedades campesinas.

Se conocen fosas dentro de dólmenes y cuevas, con enterramientos comunes en los que los difuntos muestran los impactos de proyectiles que les causaron la muerte, datados en el IV y III milenios, en Francia (más de cincuenta yacimientos, como el de *Gottes à Roaux, Provence*), en la Península Ibérica (rondan ya la decena, entre los que destacan los de Longar, San Juan *Ante Portam Latinam* o el de la costa de Can Martorell, en Cataluña, y en el S.E. andaluz) y en Centroeuropa (enterramientos en las "enclosures").

Las interpretaciones más aceptadas del proceso de aparición e incremento de la confrontación armada entre grupos en el *neolítico* y *calcolítico* se concretan en la vinculación del mismo al desarrollo de la jerarquización y la aparición de las clases sociales, así como de la configuración del modelo de organización política de jefaturas o proto-estados.

De la caza como elemento de reforzamiento de la identidad colectiva se pasaría a la presión coercitiva de la violencia física para mantener la explotación. Esto último, a través de la manipulación de la fuerza de trabajo para servir también como "soldados" y del proceso de creación de la figura del "guerrero", con todo su simbolismo asociado.

J. Guilaine y J. Zammit (2002) defienden esta tesis de la emergencia de la figura del *guerrero* y de la *ideología del guerrero o de la guerra* como un elemento más del proceso de individualización, de adquisición progresiva de status y prestigio particularizados por parte de los dirigentes, que culmina durante el II-I milenios a.C.

Este proceso sería paralelo al del incremento constante de la estratificación y al de sustitución del sistema de control a través de la ideología de lo inamovible por el de la fuerza de las armas, que se apoyaría además en los avances tecnológicos de la rueda (carros), el ensillado de caballos, etc.

B. EVIDENCIAS ETNOARQUEOLÓGICAS:

La etnoarqueología, como vimos anteriormente, es hoy día una de las metodologías aplicada al estudio de las manifestaciones funerarias del IV-III milenios en Europa y de las que por sus características formales y semánticas son parangonables con éstas en otras partes del mundo.

Etnoarqueología de la mentalidad y la religión megalíticas.

En lo que concierne al tema que nos ocupa, la etnoarqueología ofrece actualmente interesantes perspectivas.

No existen demasiados estudios específicos sobre sociedades equiparables a las campesinas jerarquizadas que levantaron los megalitos, pues hay en la actualidad pocos grupos con características socioeconómicas y de mentalidad similares a las de éstas. Sin embargo, sobre las primeras

sociedades sedentarias de agricultores incipientes (sus predecesores) existen los trabajos de autores como M^a Paz Román (1999) quien ha estudiado a grupos de Mesopotamia, Palestina y Norte de África, o B. Hayden, A. Cannon y M. Deal en Mesoamérica o los de C. Kramer en Irán (ver en V.M. Fernández, 1994).

Con respecto al origen de la "complejidad social", la aplicación de la etnoarqueología a su estudio supuso la utilización de modelos diseñados por antropólogos (Shalins, Service, Harris) para explicar procesos históricos, con todos los avances que permitió pero también todos los problemas derivados de ello.

La clasificación de las sociedades humanas con un número reducido de etiquetas y la selección previa de modelos de referencia ha conducido, como argumenta A. González Ruibal (2003), a olvidar determinados grupos que podrían aportar información (los subsaharianos, por ejemplo) y a obviar algunas particularidades de los que si han sido estudiados, así como a menospreciar contextos fundamentales para la interpretación de los procesos de complejización social, como aquellos en los que dicho proceso se inhibe, se oculta o involuciona.

Este autor, al plantear el enfoque etnoqueológico sobre la cuestión de la complejidad social, destaca que desde la óptica antropológica no se puede hablar de sociedades "igualitarias", sino de grupos humanos en los que existe una oposición a cualquier forma de poder (o no se manifiesta de ninguna forma), configurándose en su seno un "ethos" igualitario ente sus miembros. De ellas partirían las sociedades con modelos de organización política en los que hay diferentes grados de ejercicio del poder.

En las primeras sociedades "desigualitarias", con clasificación de sus componentes, este hecho no deja registro alguno de tipo material, lo que obliga a ser muy cautelosos en la elección de las referencias etnográficas para elaborar modelos explicativos para la prehistoria. El *discurso de la desigualdad* no se formula de forma explícita, aunque sea rastreable y es necesario centrar la atención en sus condicionantes sociales y políticos.

Las relaciones que diferentes autores hacen entre las evidencias arqueológicas de las sociedades del IV-III milenios que construían megalitos y las de sociedades de primeros agricultores y campesinos actuales están aportando información relativamente útil para interpretar la realidad de las primeras.

Estos grupos de referencia son principalmente: los Malekula y Trobriand de Melanesia, y los habitantes de Nueva Caledonia o de las islas Nias y Sumba, de Indonesia, los Maya-Q'eqchí (agricultores de roza de Guatemala), los Luo (agricultores africanos), los Mapuche de Chile, los Merina, grupos de campesinos de Madagascar, los Apaches y Cherokee de Norte América, los Jíbaros del Amazonas, los Foi y los Daribi de Nueva Guinea, los Suku de Congo y los Lugbara, los Nagas y los Chasis/Khasis (Assan). Otros grupos ya con "jefaturas" que han servido a los estudios etnoarqueológicos son los Tuareg del Sáhara, los Polinesios y Hawaianos, los Maoríes, etc.

En cuanto a los resultados de las investigaciones sobre ellos, conforme a los enfoques etnoarqueológicos, encontramos una aplicación de los mismos a la función social y política de los megalitos y a la progresiva "complejización" de sociedades campesinas similares a las de los IV-III milenios a.C. en la obra de Chayanov (recogidas por J. M. Vicent (1995) y en la de Feinman-Neitzel, quien efectuó estudios sobre una treintena de sociedades de "jefaturas" actuales (entre los que constató la existencia de grupos privilegiados dominantes con anterioridad al reparto disimétrico de la riqueza).

V.M. Fernández (1994) nos remite a los trabajos de arqueólogos con visión antropológica, como Renfrew y Bahn, Binford, Stikel, Saxe o Goldstein, entre otros, para situar el origen de las interpretaciones sobre organización social jerárquica fundamentadas en observaciones etnográficas.

En esta misma línea de investigación encontramos diversos estudios (A. González Ruibal, 2003) que muestran cómo las sociedades caracterizadas por modelos más sencillos o primarios de relaciones de poder y jerarquía social (las primeras sociedades desiguales que comentábamos antes, como los Merina, los Yoruba o los Tuareg, los Polinesios, etc.) suelen manifestar su "discurso de la desigualdad" mediante "contratos sociales", acuerdos no escritos entre la élite y el resto de la población que establecen las condiciones de gobierno, en un principio restringido y limitado por el principio de la delegación de poder y después ampliado y afianzado como prerrogativa permanente con el carácter de ley.

La huella material de este proceso y que la arqueología puede tomar como referencia es muy diversa y se muestra en varios niveles:

- **En la construcción del paisaje.** La desigualdad incipiente se puede manifestar en él por tratarse de una construcción cultural que se percibe culturalmente y en la que se codifican principios que rigen la vida. El paisaje es el concepto espacial más amplio y abarcante.
- **En la construcción del tiempo,** aunque es ciertamente difícil asociar una determinada estructura de organización sociopolítica con un concepto del tiempo concreto que además se diferencie claramente de otras. No obstante, las sociedades de primeros campesinos sólo establecen grandes períodos temporales marcados por acontecimientos naturales o socio-históricos para medir el paso del tiempo. Sus medidas son relativas, no se computan, pero sí poseen un alto grado de importancia los fenómenos de conmemoración, de repetición del recuerdo, para lo que se fijan hitos físicos: monumentos. Estos lugares de recuerdo establecen las fases históricas, que otros objetos muebles ayudan a fijar aún más: las propias casas, reliquias y otros objetos con una historia propia acumulada por el uso sirven normalmente como invitaciones al recuerdo por su valor metonímico. El poder biográfico de los objetos se presenta así como un elemento a tener en cuenta en la interpretación arqueológica de los objetos singulares encontrados en las tumbas megalíticas o asociados a ellas.

- **En la construcción del género.** Las diferencias de género son anteriores a las primeras estructuras jerarquizadas, pero en éstas dicha desigualdad se acentúa y se incrementa la presión y el nivel de ejercicio del poder del género masculino sobre el femenino. La etnoarqueología permite detectar las diferencias y la desigualdad de género a través del estudio de la asociación de espacios domésticos y de funciones con la mujer o el varón en cada sociedad. También son frecuentes los estudios sobre el proceso de construcción del cuerpo como referente de dicha desigualdad, pero son menos relevantes para la investigación prehistórica, por no dejar huellas materiales tangibles.

En cambio, la plasmación de la desigualdad de género en la construcción doméstica y en la fabricación de objetos si puede servir de referencia para hacer deducciones arqueológicas. Así, sabemos que en las sociedades de primeros agricultores, incipientemente jerarquizadas, los hombres suelen asociarse a los aspectos estables, permanentes, de la arquitectura, mientras las mujeres se ocupan de la decoración, de lo temporal y complementario, que adjetiva y matiza el significado de la construcción. También es generalizable la asociación de la mujer a lo impuro o contaminado en determinadas situaciones vitales y la existencia de vetos, de prohibiciones y restricciones para ellas. Sería poco riguroso trasladar estas apreciaciones al mundo de los megalitos planteando que quizá el diseño de los dólmenes correspondiera a los hombres mientras que la elaboración y ejecución del programa iconográfico pudo ser tarea de mujeres que después serían uno de los grupos de población segregado de parte de los ritos funerarios. Pero pese a todo, se trata de especulaciones que podrían orientar ciertas líneas de investigación más profundas.

Por otro lado, la etnoarqueología ha influido también en los avances realizados por la denominada "**Arqueología de la Infancia**", en su empeño por encontrar el lugar que debieron ocupar los niños en la vida cotidiana de este tipo de sociedades. La visibilidad de las personas en el registro material suele depender de su papel en la sociedad (A. González Ruibal, 2003) y el caso de la infancia, como el de las mujeres es el de un colectivo poco representado públicamente. Por tanto, la interpretación del registro material que pudiera asociarse a ellos debe apoyarse en los conocimientos antropológicos que están generando los estudios sobre el papel de los niños en la producción de objetos manufacturados (proceso de aprendizaje de las técnicas) y los estudios de los sistemas de enculturación más generalizados (el "*habitus*", el juego de la imitación y los juguetes). Las únicas referencias a la infancia en los estudios sobre enterramientos megalíticos son las de la antropología forense y hasta hoy, quedan reducidas a valoraciones del número de individuos infantiles enterrados. A este respecto convendría, no obstante, precisar que la edad que marca el fin de la infancia en las sociedades campesinas es muy relativa, (la edad es en sí un principio de organización social) y que nuestras categorías de infancia no tienen por qué corresponder con las de los enterrados. Un esqueleto de diez-doce años, e incluso de ocho,

en un dólmen podría ser el de un adulto, recién incorporado a la "sociedad" con pleno reconocimiento, y no el de un niño.

- **En la construcción de la muerte.** En este caso, los procesos que aquí nos interesan específicamente son los referentes a las formaciones sociales que levantaron los megalitos y efectuaron en ellos cultos a los antepasados.

Los trabajos publicados giran en torno a:

- cuestiones genéricas de la actitud ante la muerte (R. Hertz, 1990, N. Elías, 1990 y 1992, P.H. Ariés, 1982, citados por A. Hernando, 2002 y N. David, 1992)
- la manipulación del ritual en beneficio de los vivos (I. Hodder, (1982) apoyando las tesis de Tilley y Shanks o de Parker Pearson)
- el significado de determinados ritos de enterramiento (M.A. Arnaiz, *et al.*, 1997),
- los cambios en los rituales y su significado social cuando son adoptados por imitación por grupos diferentes y el grupo originario recurre a influencias exógenas para reinventar aspectos del mismo y volver a diferenciarse
- la construcción de la identidad colectiva (A. Hernando, 2002).
- las relaciones de parentesco de tipo clánico (I. de la Cruz, 2002),
- el papel del mito en la definición de la mentalidad campesina (A. Whittle, 2003, Van der Merve y Scully en Sudáfrica, A. González Ruibal y Martínez sobre los Berta de Etiopía (2003), etc.
- los cálculos de esfuerzo social invertido en la construcción de monumentos megalíticos en otras culturas (Heizeran en Méjico y Madagascar, Atkinson en Stonenhenge, Heyerdahl en la Isla de Pascua, etc.). Éstos fueron los primeros estudios etnoarqueológicos aplicados al tipo de cultura material que nos ocupa. Estos estudios avanzaron después hacia la etnoarqueología de los significados, ya en trabajos más recientes.
- las relaciones entre las "gramáticas decorativas" y el grado de complejidad social. Son abundantes los estudios efectuados, pero sus conclusiones aún no se pueden generalizar (A. González Ruibal, 2003). Lo que sí constatan es el valor apotropaico de los elementos "decorativos" sobre los objetos en casi todas las sociedades. Suelen ser defensas simbólicas frente al mal, para proteger los alimentos, etc.
- las diferencias culturales que existen sobre el propio concepto del fallecimiento y la muerte. No siempre se concibe como una circunstancia dolorosa, pesando más las emociones de ira o de miedo. También es muy frecuente la dificultad en establecer la línea de separación entre la vida y la muerte, entendiéndola más como un estadio alternativo de existencia. Lo que sí suele quedar bien diferenciado es el estatus de "muerto" del de "antepasado". Se asocia generalmente con las nociones de fertilidad, renacimiento y vida.
- Las relaciones estructurales entre la casa y la tumba. Suelen existir muchas similitudes formales en las sociedades campesinas, a veces

traducidas en la morfología de los edificios, pero también manifestadas a través de otros elementos como la decoración, objetos, etc.

- La atribución al "pueblo de los gigantes", antepasado o anterior ocupante de las tierras de los actuales dueños de las mismas, de la autoría de los edificios monumentales de tipo dolménico, que es constante en prácticamente todos los casos conocidos de grupos preindustriales que habitan espacios donde hay restos de sepulturas colectivas. Esta leyenda sitúa en el imaginario mítico de los actuales pobladores el tiempo de los dólmenes, según R. Jousaume (1985).

Sobre los ritos funerarios, comentaremos aquí la información aportada por los antropólogos sobre los Merina de Madagascar (E. Crystal, 1974, R. Jousaume, 1985, Ch. Scarre, 1994). Dicha información versa principalmente sobre los sistemas constructivos, desde la cantería de los ortostatos al transporte de los mismos (en el que participa todo el grupo, niños incluidos) y a la erección de los bloques, la construcción del túmulo, etc. Este proceso constructivo se encuentra muy ritualizado, se efectúa sólo en una determinada época del año y se interrumpe con festines frecuentemente –banquetes rituales con buey- .

En cuanto a los ritos *post-mortem*, la investigación etnoarqueológica ofreció también interesantes datos acerca del vestido de los difuntos (sudarios de tela que determinaban su nivel de prestigio social), del traslado de huesos de antepasados de una tumba antigua a otra nueva (construida especialmente para efectuar dicho traslado), los ritos de exorcismo y purificación y consagración, tanto de la nueva tumba como de las estelas-menhir erigidas en conmemoración del difunto o para pedir por la fecundidad de las mujeres de la familia y del fenómeno de la amortización y desamortización de bienes de prestigio (riqueza) de la familia.

El enterramiento de determinados objetos con el difunto no se considera permanente entre los Merina, pudiendo abrirse la tumba cuando la familia precise para recuperar las riquezas enterradas en ella y volver a ponerlas en circulación. Así, los bienes del ajuar no se entenderían como propiedades del difunto, sino del clan, lo que encaja con la idea de la inexistencia del concepto de individuo y propiedad individual en estas sociedades.

Otra cuestión que resulta interesante destacar es que entre los Merina, existe la posibilidad de que un individuo escoja el grupo con el que quiere ser enterrado-vinculado, ampliando así las opciones de generación de alianzas y de manipulación de las mismas.

Por otro lado, y a modo de ejemplo de la elaboración de hipótesis explicativas diferentes de las habituales sobre el comportamiento funerario megalítico, a partir de estudios etnoarqueológicos, podemos mencionar el caso de una sepultura colectiva en fosa, poco visible, con osario, ajuar indiferenciado, restos de cremación y no reutilizada, en Burgos (Arnáiz *et al.*, 1997).

Estos autores acuden a los estudios antropológicos de Cannon, sobre los Hurones del Sur de Ontario en Canadá para explicar esta tipología de

enterramiento en clave de ritual de alianza entre grupos independientes (función política primordialmente). Los Hurones llevan a cabo lo que en su sociedad se denomina "festín de la muerte" y que consiste en una ceremonia de enterramiento de varios individuos muertos al tiempo en cada grupo que establece la alianza, todos juntos en una tumba construida específicamente para tal efecto y no reutilizada después (de hecho, es destruida con fuego una vez terminado el ritual, acentuando así su carácter de ocultación). El acto anula la individualidad de los enterrados, rompiendo incluso su filiación grupal y no posee ningún sentido religioso *sensu stricto*, pues la vinculación con la tierra o con los antepasados carece de significación.

El carácter efímero de la tumba pretende demostrar el carácter también temporal del acto que se suscribe con su construcción-destrucción.

La comparación entre los restos arqueológicos de muchas tumbas megalíticas destruidas por el fuego en la meseta con los que quedarían presumiblemente de este ritual de los Hurones, plantea similitudes que hacen posible considerar como posible una explicación para ellos en términos similares. Pero aunque resulte muy sugerente, no deja de ser una explicación hipotética, que posee más valor como especulación orientativa que como hipótesis interpretativa.

Para concluir, la aplicación de la etnoarqueología para resolver problemas de nuestra prehistoria es muy estimulante, pero precisa de una necesaria precaución a la hora de entenderla como posible herramienta de interpretación. Creemos que su principal valor radica en que ofrece marcos de referencia imposibles de conseguir en una excavación arqueológica y ello posibilita la apertura de puertas hacia nuevas opciones de comprensión de la realidad de los grupos prehistóricos analizados.

Los estudios acerca de la mentalidad en las sociedades campesinas actuales permiten establecer generalidades, encontrar elementos repetidos que podrían dar pistas acerca de los que pudieron llegar a pensar otros colectivos campesinos, pero siempre teniendo presente que entre las sociedades del IV o III milenios a. C. y las de agricultores actuales hay un abismo de miles de años, enormes influencias culturales de sociedades estatales, industriales, etc., cientos de kilómetros de distancia y paisajes y entornos muy distintos.

Sin embargo, el cada vez mayor volumen de estudios y el incremento en el rigor metodológico de los etnoarqueólogos que los realizan (y que les permite tener en consideración las cautelas antes mencionadas), está permitiendo empezar a publicar trabajos de síntesis sobre las inferencias globales más plausibles y mejor documentadas que permiten avanzar hipótesis explicativas sobre los aspectos de la mentalidad que nos ocupan.



V. 3. LA INTERPRETACIÓN DE LAS EVIDENCIAS. LA MENTALIDAD DE LAS SOCIEDADES JERARQUIZADAS CAMPESINAS Y SUS CREENCIAS RELIGIOSAS.

La combinación de los estudios sobre las evidencias arqueológicas comentadas y los de tipo etnoarqueológico sobre las culturas de los grupos campesinos actuales permite establecer deducciones acerca de la significación simbólica de los megalitos y sobre la concepción funeraria y mentalidad general de las sociedades que los levantaron.

A modo de breve resumen de tendencias historiográficas, presentamos las teorías y autores más influyentes en esta materia desde los años 70. Así es necesario remontarse a los primeros postulados de Renfrew y Chapman acerca de las relaciones entre las tumbas megalíticas y el territorio y el inicio de su interpretación como marcadores territoriales y como evidencias de la jerarquización social incipiente de las sociedades que las levantaron. En esa misma década, junto a las lecturas de corte socioeconómico, comenzaron también a defenderse las de tipo ideológico –simbólico, con A. Fleming (1973) como principal promotor de la idea de su uso como espacios ceremoniales cambiantes en función del tipo de actividades culturales desarrolladas en ellas.

En los 80, G. Daniel avanzó estos presupuestos, desarrollando sus tesis sobre la “religión megalítica” por un lado, mientras por otro, el post-procesualismo y el neo-marxismo se abrían paso con Shanks y Tilley como principales valedores a través de la interpretación de los dólmenes y henges en clave sociopolítica. Su teoría del papel que pudieron haber desempeñado como instrumentos y no sólo como manifestaciones del poder de las élites goza todavía hoy de gran influencia. Estos autores también contribuyeron a introducir en el ámbito de la investigación del *Neolítico-Calcolítico* (en terminología clásica) los estudios sobre colectivismo *versus* individualismo y por tanto, sobre la construcción de la identidad de los grupos que levantaron los megalitos en los milenios IV y III a.C.

Ya en los 90, la irrupción de los planteamientos de la arqueología contextual y cognitiva de la mano de I. Hodder (1990), abren la puerta a los estudios centrados en la mentalidad *neolítica*. J. Barret y C. Tilley son otros de los exponentes de esta tendencia en los últimos años, mientras que C. Richards centró sus investigaciones en la relación entre la arquitectura funeraria y la doméstica (a raíz de sus trabajos en las Orkney

Islands) y J. Thomas retomó el análisis del significado de esta arquitectura en el paisaje. R. Bradley (1993), por su lado, se centrará ahora en la continuidad cultural ente las sociedades del *Mesolítico* (cazadores-recolectores especializados con agricultura incipiente), y las de los constructores de megalitos. Desde la óptica de la postmodernidad como corriente de pensamiento, C. Holtorf se erige en el iniciador de un conjunto de estudios acerca de la trascendencia de los monumentos megalíticos en la mentalidad contemporánea y sobre la transformación del significado otorgado a un elemento de cultura material del pasado al ser observado desde el presente. La influencia de este principio de "actualismo" en el proceso de interpretación en arqueología y en el trabajo científico en general es hoy un tema de debate de gran interés en las reuniones especializadas.

En Francia, han destacado desde los años 80 las figuras de N. Cauve, C. Masset, C. Boujot, J. Cassen, P. R. Giot, J. Briard, J. Guilaine o R. Jousaume. De entre ellos, hay quienes abordaron el estudio de los megalitos desde la óptica postprocesual, mientras otros como Cauvin, pese a no dedicarse específicamente al mundo funerario neolítico de Europa Occidental, han contribuido a generar corrientes de interpretación interesantes en el ámbito del estudio de la religión de las sociedades campesinas.

En Italia, los estudios acerca del megalitismo están despuntando ahora, mientras que en Portugal, las principales interpretaciones a nivel teórico giran en torno a la significación social, ideológica y política de los monumentos, de mano de Víctor y Susana Oliveira Jorge, aunque el campo de la datación absoluta de los dólmenes también centra el interés de los investigadores lusos. Tavares da Silva es otro de los autores renombrados en esta área de investigación.

A la Península Ibérica, las principales teorías comentadas arriba llegaron con algunos años de retraso, ya en la década de los 80, pero se incorporaron rápidamente a la investigación. Desde los 90, la producción de teorías interpretativas abarca todas las corrientes, desde las de corte más materialista (Nocete, Cámara, Arteaga, Ramos) a las de orientación neomarxista (Criado, al frente de escuela de Santiago de Compostela, Villoch, Varela, Rojo, etc.). También hay autores de orientación idealista, pero gozan de menos predicamento en este campo específico. Algunos otros autores conocidos por sus aportaciones en este campo son García San Juan, Hernando, Delibes, De Andrés, etc.

Para finalizar, coincidimos con E. Shee Twohig (1997), en plantear que las líneas de investigación más preponderantes en estos últimos años han sido la revisión de excavaciones y materiales antiguos con nuevos enfoques epistemológicos, la aplicación de nuevas técnicas y métodos que han permitido valorar elementos rituales antes desestimados, como el empleo del fuego, por ejemplo, o los avances en aplicación del ADN, etc. y por supuesto, la integración de los estudios sobre "megalitos" en el marco de proyectos de investigación más amplios, que proponen interpretaciones

globales de procesos históricos y de la estructura socioeconómica, política e ideológica de las sociedades estudiadas, incorporando referencias supra-regionales.

V.3.1. Teorías sobre el significado de los monumentos y los ritos megalíticos: La "Religión Megalítica"

A modo de conclusión de este capítulo, resumimos a continuación, redefiniendo sus implicaciones interpretativas, las inferencias, tanto arqueológicas como etnoarqueológicas, que hemos comentado anteriormente.



32. Ídolo de Antequera

- *Las inferencias sobre las creencias religiosas.*

De la preminencia del rito de inhumación colectiva por acumulación, de tipo secundario, con tratamientos de los cadáveres y constitución de osarios, así como su combinación con ritos post-deposición, se ha deducido generalmente la atribución a la muerte de un carácter colectivo y colectivizador al tiempo.

Los individuos enterrados perderían su carácter de tales al pasar a formar parte del mundo de los muertos, que por otra parte, podría entenderse como una prolongación o una proyección del de los vivos (los ritos de disolución y desaparición del individuo irían, no obstante disminuyendo en importancia con el tiempo, según F. Criado, 1995).

El grupo -clan- al que cada individuo pertenecería en vida, seguiría manteniendo su carácter corporativo en la muerte, por lo que los difuntos nunca dejarían de pertenecer a éste, sólo cambiarían el tipo de vinculación con él.

Así la muerte se entendería como un tránsito, un proceso consistente en varias fases ritualizadas para permitir al muerto transformar su existencia y reubicarse socialmente en el mundo de los antepasados del clan, ejemplificado formalmente en el espacio de la tumba panteón (A. Hernando, 2002). Los cultos a los antepasados que probablemente se desarrollaran en los dólmenes -asociados a los osarios dentro de los mismos- se podrían haber dirigido tanto a las personas enterradas en ellos como al antepasado fundador, o incluso al propio concepto de grupo.

Parece, por tanto, plausible considerar que poseyeran una creencia en un espacio o tiempo de ultratumba, un "más allá" al que se accedería a través de puntos concretos en el paisaje, concebidos como puertas artificialmente construidas pero hechas a imagen de las entradas naturales en la tierra, las cuevas en las montañas. Los dólmenes serían la construcción interior de las montañas artificiales sagradas (túmulos) levantadas en el paisaje para domesticarlo incluso en la dimensión del más allá, como dijimos anteriormente.

A. Whittle (2003) destaca las similitudes existentes en la estructura de los mitos, principalmente, de los del origen del mundo, en casi todas las comunidades analizadas por él (como vimos con anterioridad). En ellos, el origen del universo se relaciona de una u otra forma con una montaña y plantea la relación ente los seres humanos y ella, en tanto que fuente de vida y casa de los héroes fundadores de los linajes. Resulta especialmente interesante constatar que la imagen simbólica de las montañas esté relacionada con los mismos elementos que los dólmenes, pues permite apoyar nuestra interpretación de que éstos, en realidad, quisieran emular la montaña del origen del mundo. Tendrían pues un significado mítico por ser una versión conmemorativa del mito de la creación.

Por otro lado, la interpretación de la inhumación en dólmenes y cuevas-cementerios- como signo de la fusión del ser humano con la tierra madre engendradora de la vida, (que es característica de las sociedades agrícolas) es también frecuente entre los autores consultados. El carácter telúrico de la visión funeraria de las sociedades campesinas megalíticas es destacado por T. Andrés (1998), por E. Pasztor y C. Roslund (1997), Senna-Martínez *et al.* (1997), quienes apuntan también la posible existencia de cultos megalíticos a la fertilidad por su relación con el agua (ubicación espacial en cursos de agua, marcando valles de ríos y fuentes) y por el carácter simbólico de la tierra excavada, horadada, como el vientre de la madre.

J. A. Soler (1997) indica que determinados elementos del ajuar podrían indicar un peso especial del agua como protagonista en el "banquete funerario" o ritual de "despedida" del difunto, en su connotación de agente regenerador de la vida. Ello implicaría quizá la idea de renacimiento o resurrección en una nueva vida dentro de la comunidad de los muertos, como hemos visto. No obstante, otros autores, como R. Bradley (1998) consideran este postulado un poco controvertido.

T. Andrés (1998) y R. Bradley (1998), señalan como indicamos anteriormente el carácter "omphálico" de la estructura de representación del universo que subyace a los dólmenes. Parecen haber sido construidos como el lugar de enlace con el otro mundo, siendo por ello el epicentro de su concepción cosmogónica. Serían una vía de comunicación, un camino que conectara esferas opuestas de existencia. Así, su forma podría estar relacionada tanto con la estructura de las cuevas, el lugar de entrada al mundo de la tierra madre, como con las de residencia, las casas o incluso

con la de la bóveda celeste, en el caso de los *Tholoi*. Serían pues, piezas de un complejo puzzle representativo de una geografía sagrada.

En nuestra opinión, las necrópolis podrían haber sido concebidas incluso como reproducciones a escala del mapa del universo, del universo completo que incluyera a los vivos y a los muertos, con sus respectivos tiempos y espacios de conexión.

Es más, la ubicación de los cementerios (interpretados en tanto que centros rituales), en territorios amplios, accidentados, articulados por rutas de paso y elementos geográficos especialmente significantes, daría lugar a un "urbanismo ritual" además de simbólico (término de G. Eogan, 1999). Este paisaje estaría construido por los asentamientos, los abrigos pintados o grabados, santuarios al aire libre, sin edificar y por una sucesión de centros rituales con *formato* arquitectónico-urbanístico, que incluiría los cementerios dolménicos destinados a los cultos a los antepasados, los henges dedicados a cultos celestes y las "enclosures" para los cultos de reproducción social y política.

El empleo del fuego en el tratamiento de los cadáveres, en algunos ritos *post-mortem* y en la destrucción de determinadas tumbas, indicaría así mismo, la necesidad de purificación, dado que este es el sentido que se le atribuye al fuego ritual antropológicamente. Es probable que algunos elementos del tránsito de la muerte a la otra vida poseyeran connotaciones negativas o que determinados comportamientos desarrollados durante la vida se expiaran con la muerte a través de la purificación ritual con fuego.

El sentido cíclico del tiempo inherente a una concepción de secuenciación entre la vida, la muerte y la resurrección de nuevo a la vida (en otra dimensión) se reflejaría también en la incorporación de elementos astrales a la concepción funeraria de los constructores de megalitos. De hecho, esta religión se caracterizaría por el sincretismo entre las esferas telúricas y cosmológicas. Se podría apreciar incluso un incremento de la presencia de elementos celestes conforme el modelo social evoluciona, siendo más evidentes en la fase final (fines III milenio, *Calcolítico final*), como ocurre con las referencias a elementos masculinos (ídolos sexuados, cipos y menhires fálicos, etc.).

Autores como Senna-Martínez y otros (1997) consideran los símbolos celestes como expresiones de carácter masculino, frente a los femeninos, vinculados con la tierra y la fertilidad.

Quizá se trate, en nuestra opinión, del momento clave de la transición de un modelo cosmológico expresivo de una mayor dependencia de los humanos respecto de la tierra a otro centrado en la relación ambivalente de miedo-control ente éstos y los fenómenos naturales. Esta relación podría interpretarse en términos de mayor independencia del medio por un lado, y por el otro, de ejercicio intencional del poder sobre el mismo, al igual que comienza a ejercerse sobre las personas.

La presencia de referencias a los astros y al movimiento cíclico de éstos en el firmamento (solsticios, salida y puesta del sol, etc.) tanto en la

construcción de los monumentos como en los ritos, reforzaría la idea de que el concepto del tiempo que subyace a todo ello es de tipo estático, de continuidad sin cambio, de regeneración constante.

El carácter monumental de los dólmenes, como vimos anteriormente, posee una dimensión temporal, que abarca el pasado (el tiempo de los ancestros) el presente (la realidad de los vivos que les dan uso) y el futuro (el tiempo de los que contemplarán el significado del monumento), pero los representa fusionados, conformando un único tiempo real inamovible, estático por definirse siempre conforme a las mismas categorías de entendimiento. De ahí que las formas empleadas para representar esta concepción sean las circulares.

Desde los signos pintados y grabados del código expresivo del IV-III milenio, hasta el propio mega-signo del dolmen en sí, junto a otras estructuras rituales (henges, cromlechs, recintos de cultos de agregación, etc.) todos los elementos iconográficos bidimensionales o tridimensionales de esta religión megalítica son de tipo circular. La recurrencia, la continuidad y el fluir sin principio ni fin, quizá la eternidad, parecen ser conceptos especialmente trascendentes en la mentalidad religiosa que analizamos.

Los propios monumentos son objeto de continuos cambios (de posición de los restos óseos, de ritos y ajuares, de programas iconográficos, etc.) pero en ellos, estas transformaciones reafirman su estatismo, pues lo sagrado, que es eterno, se vincularía con la manipulación y el dinamismo, con la elasticidad (P. L. Van Berg, 1997). Según este autor, la religión megalítica mantendría la estabilidad a través del sentido de inmediatez, de cercanía con los antepasados.

Otro aspecto que se deduce de las evidencias arqueológicas y las interpretaciones etnoarqueológicas es la constante articulación de los elementos de la realidad expresada a través de los megalitos en forma de pares contrarios. La dualidad y la confrontación de opuestos parece una característica de este complejo sistema religioso: La vida y la muerte aparecen separadas y en posición, aunque al tiempo integradas una en otra.

El espacio domesticado, controlado, aparece también enfrentado al que no lo es. La oposición doméstico-salvaje estaría igualmente implícita en la distribución territorial de las tumbas y de ello derivaría quizá la concepción de oposición entre el orden y el caos (M.A. Blas Cortina, 1997). La tierra y el cielo es otro par de opuestos significativos, del que Senna-Martínez y otros (1997) hacen derivar la oposición entre lo femenino y lo masculino, el día y la noche, la luz y las tinieblas.

○ *Reflexiones sobre la llamada religión megalítica:*

La heterogeneidad, el sincretismo y las tradiciones locales en las morfologías son características también de los restos materiales (formas arquitectónicas de las tumbas, tipologías de los objetos del ajuar, los ídolos, etc.), pero ello puede ser solamente el reflejo de que esta mentalidad

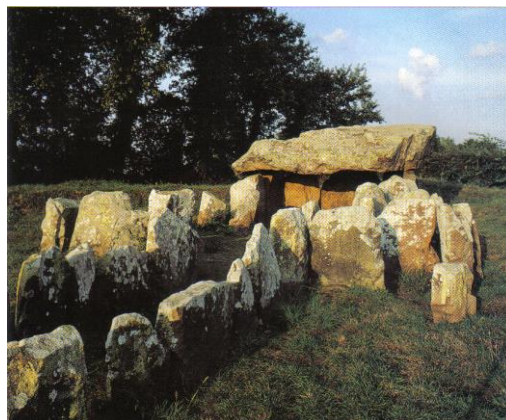
compartida por sociedades con estructura socioeconómica similar no fue una superestructura diseñada e importada-difundida entre ellas, sino el resultado de la convergencia de la evolución autóctona de esta mentalidad en cada región de Europa occidental (aunque no se deba descartar la existencia de contactos y la progresiva creación de una *koiné* cultural entre las sociedades del IV-III milenios).

Ahora bien, la similitud de creencias y de los ritos asociados a ellas no es lo único que conforma una religión. Además de por su marcado carácter social, una religión también se define por su organización, por poseer una estructura que permite encajar ese conjunto de creencias, ritos y calendarios de celebraciones dentro de un todo coherente en su esencia y en su formulación.

Quizá hablar de una religión megalítica podría resultar excesivo si entendemos que el término hace referencia a una única organización estructural de las creencias, común a todas las sociedades campesinas del IV-III milenios en Europa, (G. Childe, citado por T. Andrés, 1998).

Por el contrario, consideramos que cada formación social debió contar con su propia estructura de organización religiosa, siendo "iglesias" independientes. Por tanto, la entendemos como expresión sólo de la existencia de una concepción general compartida de la vida y de la muerte y de la relación entre lo sacro y lo profano, ente los humanos y lo divino (P. L. Van Berg, 1997), pudiendo así utilizar el término de religión megalítica para designar todo este complejo mundo de una forma asequible para todos los investigadores.

La así llamada Religión Megalítica, sería una de las primeras formas definidas de religión de la prehistoria, la primera manifestación del tratamiento religioso de la muerte, pues parece que en ella, los principios divinos o las fuerzas del más allá se definirían en función de su dependencia y sus vínculos con la muerte y se diferenciarían claramente de lo profano (característica propia de las religiones) a través del aparato ritual del megalitismo (R. Lucas, 1995 y E. Durkheim, 1982).



33. Dolmen de Faldouet, Islas del Canal.

V. 3. 2. El uso ideológico de la "religión megalítica": La relación entre la ideología del orden social y la del orden del Universo.

○ *Aspectos sociales de la religión megalítica:*

Las evidencias materiales relativas a dólmenes y cuevas sepulcrales permiten proponer hipótesis explicativas también sobre su función social e ideológica (además de sobre la estrictamente simbólica).

El carácter colectivo de los enterramientos y el de "cementeros de cementeros" de las necrópolis dolménicas permite afirmar la utilización de los ritos funerarios y de sus manifestaciones monumentales para reforzar la identidad del grupo-clan-, y para mantener así los lazos filiales con los antepasados, preservando la unidad interna frente a los "otros", la cohesión y la conciencia social de ser grupo (T. Andrés, 1998, M.A. Blas Cortina, 1997, A. Hernando, 2002).

La monumentalidad podría jugar un papel importante en las estrategias de competitividad extracomunal de estas sociedades de campesinos que ya no precisan de alianzas con otros grupos para subsistir. También podría haber servido de referente para la continuidad cultural, la pervivencia del clan en términos supraeconómicos, pues como dicen Beguiristain y Velaz, (citados por G. Delibes y M. Rojo, 2002): "un monumento tiene la virtud de permanecer en la memoria".

A ello contribuiría la costumbre de no establecer diferencias palpables entre los individuos enterrados a través de su ajuar o de cualquier otro elemento ritual. La similitud de todos ellos dentro de cada dolmen corroboraría este interés por eliminar las huellas de identidad individual (en la medida en que ésta existiera) y así reforzar los aspectos que lo igualan al resto de los enterrados en el panteón para permitir a cada difunto integrarse en el colectivo de los muertos. Así, dicho colectivo, parte opuesta pero inherente al de los vivos, se vería unificado y sostenido.

La ubicación de los cementeros en el territorio, interpretada como una muestra de control y domesticación de los mismos, estaría también evidenciando la evolución de las sociedades campesinas hacia modelos de explotación basados en la propiedad de los medios de producción como la tierra (sólo en parte y además de la de la fuerza de trabajo). Serían símbolos de poder y autoridad ejercida por un grupo frente a los otros, de nuevo, en competencia por los espacios fronterizos.

Algunas de las necrópolis dispersas documentadas en la Península Ibérica pudieron tener un carácter transterritorial, sirviendo posiblemente de barreras de contención de la tensión intergrupala y de los conflictos. Así, habrían servido, no sólo para domesticar la naturaleza, sino la sociedad en sí misma, pues la oposición entre esferas de pertenencia grupal diferenciadas ("nosotros y los otros") suele usarse en todas las sociedades como instrumento de manipulación ideológica (J.A. Cámara, 2000).

La polisemia de estas construcciones permitiría transmitir mensajes claros de índole religiosa, ideológica, económico-política, etc. todos al mismo tiempo.

En el caso de la monumentalidad de las construcciones y su polimorfismo, el esfuerzo y el trabajo invertidos en las tumbas mayores, de corredor, con grandes túmulos, habría servido según Tavares da Silva (1997) como vehículo de regulación y equilibración social al absorber los excedentes y evitar así que se acumularan disimétricamente. Pero la mayoría de los autores la consideran un vehículo de propaganda, de ostentación y una muestra de poder y autoridad (incluso alguna de las representaciones esquemáticas que figuran en sus paredes pudieron haber tenido este sentido, según P. Bueno y R. Balbín, (1994, 1997).

Pero, una muestra del poder ¿de quién? En principio, parece ser del grupo en su conjunto, pues ese es el carácter de la tumba, el de lugar de representación de la unidad grupal. Pero como hemos visto anteriormente, las evidencias paleo-demográficas muestran que el enterramiento en estos dólmenes y cuevas sería selectivo, incluso la participación en algunos de los ritos funerarios estaría restringida a un número reducido de personas.

Las incipientes relaciones de poder y subordinación jerárquica ente subgrupos dentro de cada colectivo se podrían entonces rastrear en el hecho de que en estas comunidades, unos individuos especiales poseyeran el privilegio de representar al grupo y ser enterrados como expresión del conjunto del mismo. Así también, la oposición al exterior por el establecimiento de límites se transferiría paulatinamente del colectivo al grupo dominante conforme éste fuera asentando sus privilegios. La manipulación de los elementos ideológicos e iconológicos que identifican a la comunidad pasaría de estar al alcance de todos a ser uno más de los privilegios de la élite (M. Godelier, 1989, J.A. Cámara, 2000).

El carácter restrictivo de algunos de los ritos realizados en el interior de las tumbas, ocultos, así como la complejidad de los programas iconográficos "decorativos", permite también hablar de la existencia de especialistas religiosos, conocedores de los ritos y la semántica y la sintaxis del Lenguaje sagrado de los signos esquemáticos (el necesario para dibujarlos, no sólo leerlos).

Esta circunstancia denotaría un alto grado de diversificación laboral, propio de sociedades ya complejas, jerárquicas en el III milenio a.C. Aunque ya desde el IV se observa la tendencia al incremento del sentido de privacidad y ocultación de los ritos, de delimitación y fragmentación del espacio ritual (primeras tumbas segmentadas, según terminología de A. Hernando, 1994) y de complicación de los propios ritos, que son fácilmente asociables al proceso de jerarquización social.

○ *La ideología del orden social y la del orden del universo:*

Ahora bien, todas estas inferencias de tipo social e ideológico son susceptibles de ser analizadas en conjunto, interconectadas y explicadas como parte de una compleja estrategia de creación de una ideología que enmascare y justifique la incipiente jerarquización y configuración de un

sistema de relaciones de clase en lugar de parental en el seno de las sociedades del IV-III milenios.

F. Nocete (1995 y 2001) y J.A. Cámara Serrano (2000 y 2001) enfocan esta cuestión desde una óptica, compartida en parte por otros autores como J.M. Vicent (1998), F. Criado, Shennan y Kristiansen (citados por Cámara Serrano), etc., de corte materialista y basada en el análisis de relaciones entre necrópolis y asentamientos, de las relaciones jerárquicas entre tumbas (de una misma necrópolis y entre diversos cementerios) y sus patrones de ubicación en el territorio.

Opinan que el mantenimiento del carácter grupal, igualitarista y de cohesión social que manifiestan los ritos dolménicos ya desde el IV milenio pero con perduración hasta el II, sería en realidad una estrategia diseñada por las incipientes élites para reproducir el orden social vigente (consistente en una estructura jerarquizada, social y políticamente, basada en relaciones de dependencia entre grupos y de explotación, de tipo tributario).

Otros autores (P. Bueno y R. Balbín, 1995) añaden además que la estrategia se complementaría con el empleo de la coacción física y la violencia (hay evidencias de armamento en los ajueres, estelas antropomorfas y pinturas y grabados funerarios representando armas). No se trata, desde luego, de una afirmación incuestionable, pero si es una hipótesis sustentada en el peso que parecen adquirir progresivamente las armas en el discurso de poder de estas formaciones sociales.

La mencionada estrategia consistiría en mantener la imagen propia de las sociedades de primeros agricultores en cuyo seno se gestó el concepto de tumba colectiva, para ocultar (evitar que se haga explícita) la realidad de desigualdad que vivirían de facto, anulando las corrientes de crítica interna y las crisis derivadas de la contradicción inherente al nuevo modelo de organización social dominante.

La insistencia en mantener la estructura mental del tiempo cíclico, inamovible, habría cumplido la función sociopolítica clara de perpetuar un sistema de pensamiento que no contempla el cambio, que no entiende una transformación generadora de nuevas condiciones de realidad, y que por ello, favorece el rechazo a corrientes contrarias al proceso de desarrollo de la estratificación social característico de todo el período estudiado.

En el transcurso de este proceso, esta forma de utilizar la ideología dominante beneficiaría al sector de la población que estaría asumiendo los privilegios y que poseería ya el control de los mecanismos ideológicos necesarios para poner en marcha esta estrategia. Según J.A. Cámara (2001), la ideología del grupo dominante suele ser adoptada por todo el colectivo como propia, ya se defina así intencionalmente o no.

Esta interpretación responde a la cuestión de la larga duración de los ritos de enterramiento colectivo y a su correspondencia con sociedades que demuestran, a través de otras evidencias arqueológicas, variaciones en el nivel de verticalización de sus estructuras sociales en momentos diferentes de su historia. La multiplicidad de asociaciones que es posible establecer

entre asentamientos *neolíticos*, *calcolíticos* y del *bronce* con monumentos megalíticos sería, por tanto, un reflejo de un doble proceso:

- Por un lado, la transformación gradual de la estructura sociopolítica y económica hacia modelos de relaciones de clase (con una explotación detentada primero gracias al control de la fuerza de trabajo (las personas), después por el control de determinados bienes muebles (rebaños) y por último, por el del medio de producción inmueble (tierra) ya en el II milenio a.C.).
- Por el otro, la permanencia intencionalmente inmóvil de la estructura ideológica y la mentalidad. Así, según estos autores, la ideología megalítica se habría convertido en el límite mental para las tendencias centrífugas, de reacción ante la explotación, que finalmente eclosionan durante la llamada "crisis del *Calcolítico*", a fines del III milenio, y acaban con el sistema teocrático centralizado de los territorios políticos del IV-III milenios.

El significado y la función de los megalitos no sería por tanto una traducción directa el modelo de organización social de sus constructores, sino sólo de su discurso de poder, su mentalidad (K. Kristiansen, 1984, K. Randsborg, 1989, Pearson, 1982, C. Tilley, 1990). Los dólmenes serían de hecho instrumentos de ideologización puestos al servicio de la lógica del poder de las élites.

- o *La construcción de una nueva identidad.*

Para terminar la reflexión general acerca de los procesos mentales que evidencian los restos de cultura material que analizamos en esta tesis, nos detendremos con mayor profundidad en el proceso de construcción de la identidad de las formaciones sociales del período que nos ocupa.

Para ello, comenzamos recogiendo de nuevo la tesis de A. Hernando (2002) sobre el tipo de identidad característica de los agricultores avanzados y los grupos jerarquizados, (que ella denomina como sociedades de reciprocidad positiva interna y negativa externa), de la prehistoria europea, pues ofrece una visión general de conjunto útil para sintetizar los puntos tratados anteriormente y avanzar hacia la definición del tipo de sociedades sobre las que trabajamos aquí.

Según esta autora, el progresivo avance en la domesticación de animales y de la propia tierra a través de la inversión de trabajo en estrategias de rendimiento diferido fue proporcionando una mayor seguridad en la propia supervivencia y una menor necesidad de la solidaridad exterior y de las dependencias intergrupales y de reciprocidad entre éstos. Los grupos se volcarían entonces sobre sí mismos, definiéndose por oposición a los otros y generando sistemas de reforzamiento de la cohesión social más rígidos. El desarrollo de sistemas de parentesco genealógico pudo ser una de estas estrategias.

La desaparición de la posibilidad de escisión del grupo en caso de conflicto derivaría presumiblemente en la búsqueda de otras formas de regulación de tensiones internas y de normativización de las relaciones sociales, que podría estar en la base del proceso de jerarquización (verticalización de las relaciones entre segmentos –grupos de parentesco– del mismo grupo).

De este modo, la apropiación de los medios de producción / la fuerza de trabajo / los excedentes, se produciría, no a título individual, sino por parte de cada segmento-grupo de parentesco.

En un sistema ordenado por relaciones de parentesco, la explotación y la subordinación pueden existir, pero siempre se dan en el seno de cada segmento, mediante la manipulación de los derechos y obligaciones que rigen su estructura interna. Tanto A. Hernando como J.M. Vicent (1998), plantean la dificultad de encontrar relaciones de disimetría social de tipo clasista en sociedades de parentesco clánico, pues en las primeras, la explotación se establece entre unos segmentos-grupos de parentesco y otros y no dentro de cada uno de ellos.

El proceso por el cual el modelo parental se transformó en una organización social de clases, (el que venimos denominando como proceso de jerarquización o verticalización), tendría como eje principal el desarrollo del Modo de Producción Tributario y de un modelo de identidad correlativo a éste en el que el proceso de la individualización sería principal.

La dependencia y subordinación entre diferentes grupos de parentesco propia del modelo clasista se produciría mediante la imposición de formas de agregación de varias unidades familiares dentro de una estructura política supra-territorial. Y esta nueva estructura de relaciones requeriría de una legitimación, pues se trataría de algo extraño a la lógica de las sociedades parentales. Dicha legitimación en principio parece haber tenido carácter ideológico y forma de sistemas religiosos organizados y/o de "ideologías heroicas".

Ahora bien, las sociedades con organización de tipo tributario podrían haber evolucionado hacia las clasistas siguiendo líneas distintas de desarrollo. En el caso que nos ocupa, diferentes autores (J. M. Vicent, 1998 J.A. Cámara Serrano, 2001 y F. Nocete, 2001) abogan por entender que los grupos-clanes dominantes empezarían a afianzar su estatus privilegiado debilitando la autonomía de los grupos subordinados mediante la creación de estructuras productivas supra-comunitarias, mientras se refuerzan ideológicamente los valores comunales propios de las sociedades de parentesco clánico.

Ello daría lugar a una ideología de la igualdad y la colectividad que enmascararía una realidad de disimetría social cada vez mayor, como vimos antes. Este complejo sistema de pensamiento se habría sustentado en una religión estructurada, centralizada y con especialistas-sacerdotes al modo de los sistemas de tipo templo-palacio.

Almudena Hernando plantea que las sociedades campesinas europeas tendieron hacia un modelo diferente en líneas generales, hacia un

progresivo desarrollo de la individualidad como sistema de diferenciación para afirmar el acceso diferencial al excedente y a los privilegios derivados de ello. El modelo del templo-palacio habría sido característico de las civilizaciones asiáticas.

Pero Cámara Serrano y Nocete son partidarios de considerar precisamente las sociedades del IV-III milenios en Europa Occidental como un paradigma de sistemas tributarios con centralización política y religión estructurada (la megalítica), y por tanto, un intento de desarrollo de una sociedad pre-clasista o clasista inicial de tipo templo-palacio que tuvo casi dos milenios de esplendor pero después desapareció, sumida en sus contradicciones internas, y dio paso a otro modelo diferente de sociedad pre-clasista en el II Milenio: las "jefaturas nobiliarias de corte guerrero" del *Bronce*.

La desacralización del entorno natural, debido al incremento de la domesticación del mismo y el inicio del proceso de individualización, derivado del incremento de especialización en las funciones de cada persona dentro de su grupo y su adquisición de consciencia independiente de sí mismo, serían, a juicio de A. Hernando, los elementos referenciales de esta identidad megalítica. Ambos procesos (graduales, lentos y complejos), no concluirían con el desarrollo del nuevo modelo de organización social de fines del *Calcolítico*, pero acompañarían transformaciones importantes en las formas de expresar formalmente la concepción del universo, natural y social, de los constructores de megalitos.

La principal transformación habría consistido en la concentración del significado sacro en determinados espacios, delimitados visualmente, en lugar de entender que toda la naturaleza poseía carácter sagrado. La aparición de recintos especialmente concebidos como lugares de culto (funerario y no funerario), los dólmenes, cuevas sepulcrales y "templos" de diversos tipos, marcaría este cambio conceptual. A partir de entonces, serían elementos construidos por los humanos los que representarían lo divino.

Los megalitos serían al mismo tiempo el espacio y el signo de lo sagrado en las sociedades campesinas. Pero también serían la expresión del tiempo pasado y futuro hechos presente, por su carácter monumental, como dijimos anteriormente. Estos monumentos, estáticos, inamovibles pasarían a formar parte del territorio, del paisaje sagrado, configurándose como un signo metonímico de una realidad ordenada por los seres humanos a través de ellos.

Los primeros edificios construidos con vocación monumental, romperían el paisaje natural para configurar otro paisaje. Sería un paisaje antropizado, entendido como un medio de producción y por tanto, susceptible de ser apropiado, pero igualmente sagrado, dado su carácter funerario primordial, y que todavía continuaría siendo el lugar del mito.

Así, y recogiendo los parámetros definitorios de la construcción de la identidad, que mencionamos anteriormente, estas sociedades continuarían representando la realidad por sus partes y explicándola a

través del mito, pero sus transformaciones socioeconómicas de base comenzaría ya a traducirse también en modificaciones de la ideología, sobre todo por la introducción de la categoría temporal como referente para la concepción de sí mismas y por la continua distinción entre elementos opuestos, conceptos ya definidos intelectualmente, casi racionalmente.

Para nosotros, la mentalidad propia de estas sociedades campesinas pre-clasistas del IV-III milenio se caracterizaría pues por ser un modelo intermedio entre los dos extremos propuestos por Hernando y a los que hicimos referencia al comienzo de este trabajo. Las "*gentes de los megalitos*", frente a las del *espacio* y a las del *tiempo* mencionadas, habrían diseñado un modelo identitario en el que comienzan a mezclarse elementos de estos dos sistemas genéricos en relación dialéctica con la estructura socioeconómica y política en transición en la que vivirían.



34. Dolmen de King ´s Quoit, South Penbrokeshire (Gales)

En este capítulo se han recogido los conocimientos que la comunidad científica comparte actualmente acerca de las expresiones simbólicas de las gentes de los IV-III milenios en Europa.

Se presentan de forma sintética y organizada conforme a criterios derivados del enfoque escogido para la interpretación de las evidencias arqueológicas y etnoarqueológicas: la interpretación del significado y de la estructura mental y social subyacente a las mismas. Con todo ello se pretende prestar la fundamentación teórica necesaria para abordar el análisis de los datos recogidos en el sur peninsular.

También se ha utilizado este apartado para avanzar algunas de las observaciones personales sobre significado, concretamente el referido a la morfología interior y exterior de las sepulturas y la cuestión de las "montañas artificiales", pues posteriormente se emplean como criterios de ordenación y asociación de los datos referidos.

**TERRITORIOS SACRO-POLÍTICOS EN CONSTRUCCIÓN:
LOS YACIMIENTOS FUNERARIOS DEL IV-III MILENIOS A.C.
DEL SUR PENINSULAR EN EL ESPACIO**

CAPÍTULO VI

LOS TERRITORIOS SACRO-POLÍTICOS DEL SUR PENINSULAR. TEORÍAS DE PUNTO DE PARTIDA E HIPÓTESIS EXPLICATIVAS

VI.1. INTRODUCCIÓN:

Avanzamos en los capítulos anteriores que el estudio de los patrones de relación espacial entre yacimientos funerarios (cuevas y dólmenes) del Sur Peninsular, correspondientes al IV y III milenios a.C., es uno de los elementos de análisis más interesantes y que más información puede aportar para abordar la interpretación histórica de las formas de organización social de las primeras comunidades aldeanas y su proceso de complejización.

Por ello, a continuación procederemos al estudio de las asociaciones entre necrópolis funerarias y la reconstrucción hipotética de las agrupaciones que pudieron haber correspondido en origen a una determinada formación social, así como de los territorios sacro-políticos que pudieron haber controlado cada una de las diferentes formaciones sociales campesinas jerarquizadas del sur peninsular en el período del IV-III milenios a.C.

Los datos analizados para lograr este propósito, tal y como referimos en el primer capítulo, son los vestigios arqueológicos funerarios de los pobladores del área del sur peninsular: el Sureste almeriense, la serranía de Granada, la Subbética y costa granadina, de Málaga y Cádiz, la campiña del Valle del Guadalquivir y las llanuras de Huelva y el sur de Portugal, así como la región de Murcia.

Estas *necrópolis o agrupaciones dolménicas* se estudian aquí con objeto de establecer los posibles *patrones de ubicación espacial* que presentan a nivel regional o comarcal y proponer las líneas de evolución temporal de las mismas. Así mismo, hemos planteado las relaciones de cada conjunto o necrópolis con los asentamientos cercanos y su vinculación o dependencia jerárquica con ellos, aplicando el modelo teórico de Centro-Periferia para su contrastación. (siguiendo los planteamientos de F. Nocete, 2001).

Y puesto que, como decimos, planteamos contribuir a determinar el tipo de organización social y política de las "gentes de los megalitos" deduciéndolas de los patrones espaciales de ubicación de sus tumbas y de la relación de éstas con los asentamientos, se hace imprescindible partir de la realidad conocida hasta el momento en este particular. Para ello, resumimos a continuación los conocimientos actuales sobre modelos de poblamiento para todo el sur peninsular.

VI. 2. MODELOS DE INTERPRETACIÓN DE LOS ESPACIOS CONSTRUIDOS POR LAS PRIMERAS SOCIEDADES JERARQUIZADAS EN EL SUR PENINSULAR:

Como vimos en el apartado de metodología, los modelos de análisis de los procesos de articulación de los territorios construidos (los paisajes culturales) en la prehistoria, que son aplicables a nuestro trabajo de investigación, son los denominados como modelo modular y de centro-periferia.

El *modelo Centro-Periferia*, del que derivan los de *redes nucleares*, propuestos por diferentes autores para explicar el sistema de poblamiento de las comunidades del IV y III milenios en la península, es el que encuentra un reflejo más explícito en el presente estudio.

Explica la existencia, constatada en el registro arqueológico, de yacimientos diferenciados por tamaño, función y relacionados entre sí de diversas formas mediante la teoría de la configuración de una red jerarquizada de espacios habitados o controlados por una comunidad, en la que un proceso de expansión territorial desde un núcleo ("capital") permitiría ampliar las tierras explotables mediante anexión o extorsión (se deduce una imposibilidad técnica de incrementar la producción por otros medios). Este proceso daría lugar a un espacio definido por la existencia de una "periferia" vinculada con un "centro de poder" o lugar central diferenciado políticamente de otros territorios vecinos.

Como vimos también anteriormente, desde la óptica del Materialismo Histórico, el principal efecto sobre el territorio de la existencia de diferencias de clases y de organización política bajo control de una élite privilegiada sería la coerción impuesta por unas comunidades sobre otras. En las sociedades donde dominan las relaciones de desigualdad y una estructura vertical, jerárquica, el esquema parental se sustituye por otro de corte político y la expresión territorial de este proceso es la jerarquización espacial. (F. Nocete, 1995, 2001 y otros autores).

Esta estructuración territorial en redes nucleares sería el reflejo de las relaciones de desigualdad trasladadas al plano político: la existencia de diferentes grupos con acceso diferencial al poder se manifestaría no sólo dentro de cada comunidad, sino en las relaciones de dependencia entre varias comunidades, configurándose "territorios políticos" casi desde los comienzos del proceso de "complejización" de las sociedades campesinas.

Por ello, la constatación de esas relaciones de tamaños jerárquicas y de la existencia de Lugares Centrales o "capitales" de territorio en el registro arqueológico se ha convertido en uno de los principales puntos de apoyo para las hipótesis explicativas de este proceso histórico en la Península Ibérica.

Veremos a través de la síntesis de los trabajos de diferentes autores sobre modelos de poblamiento, que la mayor parte de los territorios prospectados en Andalucía hasta el momento muestran una estructura

territorial de este tipo (centro-periferia modular) durante los IV-III milenios a. C.

No obstante, y dado que dichos estudios se han realizado conforme a enfoques epistemológicos diversos, los modelos teóricos explicativos del proceso de jerarquización territorial resultantes no son totalmente coincidentes. De las principales tendencias (la de las comunidades en proceso de jerarquización incipiente y la de los primeros estados teocráticos) se hablará en el siguiente apartado.

VI. 2. 1. La organización de la ocupación del territorio: la evolución del poblamiento en el proceso de jerarquización del sur peninsular desde el IV al II milenios a.C.

Los esfuerzos realizados hasta el presente por numerosos investigadores con objeto de plantear modelos explicativos del sistema de ocupación del territorio y por tanto, de conformación cultural del mismo, durante los dos milenios que nos ocupan han dado resultados interesantes a varios niveles.

Parece generalizado el establecimiento de varias zonas consideradas en una mayoría de estudios como grandes territorios, expresivos de un mayor o menor grado de jerarquización interna (en función del autor) pero diferenciables, a su juicio, entre sí. Son éstas divisiones genéricas las que nos servirán a continuación para presentar los modelos antes mencionados.

Por otro lado, en la mayoría de los casos, las cronologías que ofrece la bibliografía consultada aparecen ya calibradas, por ello, sólo destacaremos aquellas fechas que no lo están o sobre las que el autor de la que la tomamos no ofrece información suficiente sobre su carácter.

Sur de Portugal:

Los estudios de población efectuados en el sur de Portugal (área de Faro, el sur de la Estremadura portuguesa, etc.) no son muy regulares ni aportan cronologías fiables en todos los casos, como para afirmar una secuencia evolutiva clara. Sin embargo, parece que a mediados del IV milenio aún se detectan asentamientos estacionales (Tavares da Silva, 1997) a la vez que los poblados con los que se relacionan los sepulcros megalíticos de Marco Branco (Alentejo, litoral y de cronología anterior -V Milenio-) o Salema, Pipas, etc.

Será a partir del 3700 a.C. (*Neolítico reciente*) cuando se compruebe la existencia de asentamientos estables, fortificados en muchos casos y conectados entre sí mediante una red jerarquizada de distribución de funciones económicas y estratégicas. Este proceso sería paralelo al de incremento de productividad agraria y de bienes artesanales (trabajo especializado). Los asentamientos seguirán en uso hasta el II milenio, principalmente los que ocupan los llanos (J.A. Cámara 2001, siguiendo a S. Oliveira), de mayor tamaño, posiblemente interpretables como lugares centrales.

Los yacimientos funerarios han sido estudiados por V. S. Gonçalves (1989), J. A. Cámara Serrano (2001), y otros, evidenciándose la existencia de cistas premegalíticas en el V milenio en esta zona, en convivencia en algunos casos con los primeros dólmenes. Éstos se generalizan distribuyéndose por el territorio del sur portugués hacia mediados del IV milenio, aunque las inhumaciones estudiadas no son muchas. A fines del milenio proliferan los dólmenes de corredor de grandes dimensiones y las cuevas artificiales (como en la Estremadura portuguesa).

Parece que podría haberse dado aquí también el mismo fenómeno que en el Norte del país, donde las tumbas con morfologías más complejas y elaboradas aparecen asociados a los grandes asentamientos de principios del III milenio. Durante este período surgen los *tholoi* y se siguen reutilizando y construyendo nuevos dólmenes de grandes proporciones, así como se expanden las inhumaciones colectivas en cueva.

Para Cámara (siguiendo a Víctor Oliveira Jorge) sería a partir del segundo cuarto del IV milenio cuando los fenómenos de "monumentalización" y de "necropolización" (proliferación de necrópolis y diversificación de sus tipos) se generalizan, conformando el territorio con una estabilidad palpable ya hasta el II milenio.



Valle medio-bajo del Guadalquivir:

(desembocadura y serranías circundantes de Huelva, Cádiz, Sevilla y Córdoba):

En el Bajo Guadalquivir, la sedentarización plena parece constatarse a partir del V milenio (prospecciones de F. Nocete *et al.*, 1993, 1996 y A. Orihuela *et al.*, 1999). La jerarquización de asentamientos es palpable también en el IV, siendo muy evidentes las relaciones de interdependencia de diferentes tipos de lugares (de extracción y transformación de mineral - como Cabezo Juré, en Huelva-, de control de pastos o pasos para rutas de intercambio -fortines y asentamientos pequeños sin fortificar en alto-, o de control de la producción agraria del valle -de mediano tamaño-) con respecto a Valencina de la Concepción, el lugar central considerado como capital de un estado incipiente ya en el III milenio por F. Nocete (2003) y O. Arteaga (2002).

Los asentamientos se detectan en mayor abundancia en los valles de los ríos (desembocadura del Guadalquivir y el Tinto y el Odiel, en Huelva), presentando estructuras excavadas (fosos, silos, etc.), ya a fines del IV (Ferrer Palma, 1994). Otras prospecciones efectuadas en el valle bajo y medio del Guadalquivir y del Guadiana son las de M^a V. Abril (2003) que ya evidenciaban entonces el alto grado de jerarquización territorial en el III milenio a.C., pese a que estos investigadores interpretaran una estructura poblacional sin organización política compleja y más desarrollada en el

curso medio del Guadiana (en torno a la Pijotilla) que en el del Guadalquivir (Valencina de la Concepción).

Las tumbas megalíticas también evidencian rasgos de diferenciación estructural, tipológica y funcional entre sí a fines del IV milenio y durante el III (J.A. Cámara Serrano, 2001). La principal distinción se establece entre necrópolis concentradas y dispersas, localizándose las primeras en el valle, cerca de asentamientos permanentes y de gran tamaño (como Valencina, con la que se relacionan los dólmenes de Valencina de la Concepción, los Gandules y Cabezo de los Vientos) y las segundas en la serranía. Así también, se detectan dólmenes de grandes proporciones en emplazamientos que parecen haber poseído una especial significación estratégica (delimitando fronteras, según este autor).

F. Piñón Varela (2004) considera que el grupo del área de Huelva, abarcando éste desde la costa (Papa Uvas) hasta el Andévalo (estribaciones de Sierra Morena), poseería una unicidad específica, que lo diferencia del resto, pese a las evidencias de continuos contactos con los grupos circundantes e incluso a larga distancia, con el área del Algarbe y con el Sureste. Este autor habla ya de "agrupaciones dolménicas" cuando especifica que dentro del gran grupo onubense se detectarían diferentes territorios, aunque no aclara las características de éstos a nivel socioeconómico ni político-ideológico. Sus clasificaciones obedecen fundamentalmente a criterios morfológicos, aunque ya incorpora la correlación entre estructuras funerarias y el espacio geomorfológico que ocupan, axial como sus inter-relaciones en el territorio.

Volviendo a referirnos a toda el área, destacan los dólmenes de corredor, los *tholoi* (sólo en las necrópolis concentradas de mayor tamaño) las cuevas naturales y artificiales (con diferentes tipologías) enterramientos semiexcavados con ortostatos de cubierta, silos con enterramientos múltiples y cadáveres en fosas sin preparación ni ajuar (lo que remite a la convivencia de diferentes ritos en algunos casos, quizá aplicables a diferentes segmentos de población). La variedad tipológica se expresaría tanto entre regiones, como dentro de una misma necrópolis concentrada, interpretándose en este caso como evidencia del avance del proceso de jerarquización a fines del III milenio, proceso ya rastreado a nivel no sólo de formación social, sino del colectivo humano que vivía en cada lugar central.

En esta zona del sur peninsular, los estudios efectuados son más rigurosos que en otras, respondiendo al protocolo de aplicación de la metodología de análisis meso y macro espacial explicitado por los investigadores citados y aplicado con bastante homogeneidad territorial. Se trata por ello, de una de las regiones que aporta datos más fiables.

Dicha metodología remite al estudio de sepulturas tumulares diseñado por el Grupo de Estudios de la Prehistoria Reciente de Andalucía (GEPRAN) de la Universidad de Granada (F. Molina y otros), con variaciones para adaptarlo a la necesaria delimitación de las unidades geomorfológicas en las que aparecen las necrópolis, además de los asentamientos.

Las variables de análisis empleadas (expresadas en “índices de medición” específicos para cada una de ellas) serían las relaciones de las tumbas con su contexto geomorfológico (relieve y paisaje vegetal) y las relaciones de intervisibilidad entre ellas, para establecer las agrupaciones más plausibles. Así también, Se valoró el grado de homogeneidad interna en cada grupo de tumbas, midiendo las distancias entre ellas y la relación (también en distancias computables) con respecto a los asentamientos, junto a los análisis comparativos de tipologías, tamaños, objetos y restos humanos de los dólmenes o cuevas en cada necrópolis. (J. A. Cámara Serrano 2001).

El análisis multivariante de interacción entre las pendientes, la visibilidad y las distancias entre sepulturas se completó con otros datos de relación con respecto a fuentes de aprovechamiento económico y de datación, para establecer con más precisión los límites de cada grupo y su evolución temporal. Finalmente, J.A. Cámara propuso una interpretación, derivada del análisis que comentamos, de la función y significado de cada grupo de tumbas. Éstas serían elementos de sacralización del territorio, marcadores de rutas y de control de un espacio de explotación económica (especialmente las de carácter disperso), y manifestaciones de oposición de la comunidad frente al exterior u otras comunidades, así como elementos de exhibición del poder (las concentradas).

Por todo ello, las referencias que este estudio aporta son de especial relevancia para nuestro trabajo, sirviendo de apoyo para comprender la estructura de ocupación del espacio en esta región y la del Pasillo de Tabernas (Almería), también analizada conforme a esta metodología por J. A. Cámara, F. Nocete, y otros, como ya hemos visto anteriormente.

Valle alto del Guadalquivir: Córdoba-Jaén (Linares Bailén)

El desplazamiento poblacional de las cuevas a los asentamientos al aire libre y la progresiva sedentarización se plasmaría en el registro arqueológico del sureste cordobés (serranía subbética) en el *Neolítico final* (fines IV milenio) según M.R. Delgado (1997). El desplazamiento de población a los llanos también sería significativo y explicable quizá por el incremento de la producción cerealística, Los poblados se dotan de silos, zanjas y elementos defensivos (amurallamientos), apareciendo también asentamientos para el control de pasos y rutas en altos, lo que permitiría hablar ya de jerarquización territorial.

Este proceso es denominado “nuclearización poblacional” por Lizcano Prestel (R. Lizcano *et. al*, 1995) en su estudio de la zona de Linares-Bailén. A los resultados de la prospección en los valles del Guarrizas, Guadiel y Guadalimar estos investigadores le aplicaron el mismo método de análisis multivariante diseñado por el grupo de investigación de la Universidad de Granada y empleado en el bajo Guadalquivir, obteniendo una secuencia de poblamiento conforme a un patrón similar al manifestado en la región comentada.

La población de los centros (de gran tamaño pero escasos en número) activos en el *Neolítico final* parece distribuirse en el *Calcolítico* entre los

asentamientos amplios con control sobre zonas productivas de los valles (manteniéndose los ya existentes, creciendo en importancia algunos, como Cástulo o Marroquíes, que podrían ejercer de Lugar Central o creando otros nuevos), los asentamientos en alto con gran control visual (y por tanto geoestratégicos), los poblados en llano, cercanos ya a la serranía y los especializados en una actividad productiva concreta (ganadería o metalurgia, como el poblado del Tambor, por ejemplo).

En general, podemos indicar algunos de los asentamientos significativos, como son Martos y Fuentetablas (del IV), Albalate (del IV-III), y otros menores, ya del III, como Alcores, Cortijo de la Torre, Atalayuelas, Cerro de la Coronilla, Cerro de la Horca, Puente del Obispo o Peñalosa.

En el Alto Valle del Guadiato (zona central de Sierra Morena), la evolución de los patrones de poblamiento en torno a Sierra Palacios ha sido objeto de atención especial por parte de B. Gavilán y J.C. Vera (1994) y (1994) y más recientemente, por parte de éste último (J. C. Vera, 2004). Los resultados de diversas prospecciones y excavaciones (a los que Vera aplicó el modelo del *Site Catchment Analysis*) le llevan a interpretar la distribución de los yacimientos en el valle y penillanura del Guadiato como un reflejo de una complejidad en la jerarquización poblacional tardía, manifestada sólo a partir de mediados del III milenio a.C.

No obstante, ésta habría comenzado a gestarse en el IV, como ocurre en otras regiones del sur peninsular, en torno a los asentamientos de Sierra Palacios y Delgados. Cerro del Castaño, Calerillas o Grajuelas, Huerta del Caño, Castillejos de Fuente Ovejuna, Castillo de Belmés, la Calaveruela o el Peñón, corresponden al III milenio, evidenciando el incremento de núcleos poblacionales, su distribución por diversos nichos (altos, cerros defensivos, valle, penillanura, etc.), la especialización metalúrgica de algunos de ellos y la fortificación de otros.

La aparición de estructuras de centro-periferia se documenta a mediados del III milenio y el campaniforme aparece sin solución de continuidad, por lo que no hay evidencias de ruptura en el sistema de organización territorial hasta ya entrado el II milenio.

El curso del río y la disposición de los filones metalúrgicos (también lineal) parecen ser el eje que articula la distribución de asentamientos y necrópolis, según J.C. Vera.

En lo concerniente a los yacimientos funerarios, la investigación presenta más problemas, debido a la ausencia de datos por destrucción de tumbas, escasez de prospecciones o la antigüedad de algunas excavaciones. Pero en general, a juicio de Cámara Serrano, en esta zona predominarían las cuevas sepulcrales artificiales (en la serranía subbética, principalmente, no en el valle, aunque Marroquíes, en Jaén, se adecue a esta tipología) y los enterramientos en silos o fosas circulares, como en Martos, las estructuras mixtas (Loma de Úbeda) o dólmenes (necrópolis de Cazalilla, por ejemplo). Algunos monumentos funerarios presentarían vínculos con "santuarios" de pintura rupestre esquemática.

Para la zona de la Subbética cordobesa y la Sierra Morena, en torno al Guadiato, disponemos de algunos trabajos de prospección, recogidos en la síntesis de J. C. Martín de la Cruz y J.C. Vera (2002). En ella, ambos autores indican la ubicación y relación de los yacimientos funerarios y de los asentamientos, partiendo de referencias a la historiografía de su investigación.

Costa occidental de Cádiz:

Las prospecciones efectuadas en la comarca de la Janda por J. Ramos y otros (1998, 2004) evidencian una alta densidad de población con diversificación funcional de los asentamientos, algunos, estacionales, otros ya plenamente establecidos, como Cantarranas, Los Charcones o La Mesa, etc. desde fines del IV milenio a.C.

Ya en el III, con el afianzamiento del sistema agropecuario, estos grandes poblados ejercerían de Lugares Centrales, manteniendo un fuerte control territorial sobre otros espacios de la serranía o la campiña. Podría entenderse como un territorio periférico de Valencina en este período y hasta inicios del II milenio, cuando comienza en la desembocadura del Guadalquivir el proceso de reordenación de patrones de asentamiento. En esta fase del II milenio, los poblados adquieren más prestancia, ubicándose algunos en sitios estratégicos y con fortificaciones. Medina Sidonia, La Mesa, Loma del Puerto Hierro, Los Charcones o Base Naval de Rota-La Viña son algunos de estos asentamientos.

Los yacimientos funerarios se podrían clasificar conforme al mismo esquema de las regiones ya comentadas: cuevas artificiales, dólmenes configurando necrópolis dispersas (Purenque-Larráez o Aciscar) o concentradas cerca de los grandes asentamientos (ejemplo de Los Charcones), etc.

En lo que respecta a las asociaciones de yacimientos de diferente funcionalidad, indicaremos que algunos asentamientos, como Charcones podrían estar vinculados a abrigos con pinturas esquemáticas. El entorno de la Laguna de la Janda y Sierra Momia son ricos en este tipo de manifestaciones. En la Laguna del Gallo (cerca de Cádiz) también se localizan otro tipo de expresiones culturales, como estatuas-menhir, en esta ocasión, asociables al asentamiento de Pocito Chico (J.A. Ruiz, J.J. López, I. García, 2004).

Faltarían estudios en profundidad sobre las regiones limítrofes, para poder ampliar el conocimiento sobre el patrón de distribución poblacional y de necrópolis, pero la información que aporta esta área es significativa e interesante en sí misma, por representar uno de los espacios limítrofes de la desembocadura del Guadalquivir. Ello permite estudiar con más detenimiento las relaciones de correspondencia con el eje de centralización política de Valencina, como veremos más adelante.

Serranía de Málaga: Ronda y Antequera

Se trata de una región a la que se concede una entidad propia en casi todos los estudios, pero que carece de un análisis en profundidad sobre el patrón de poblamiento general. La información de que disponemos es escasa, conociéndose la prospección y excavación en Ronda y Acipino de P. Aguayo de Hoyos y otros (1989-90), quienes detectan un poblamiento estacional al aire libre y cueva durante el *Neolítico* (IV milenio) y un proceso de jerarquización territorial durante el III milenio que se materializa del todo, sólo a fines del mismo. Dicho proceso giraría en torno a las posibilidades de explotación de recursos mineros de la zona.

En los trabajos de J. E. Márquez Romero (1997, 2004), también se destaca una sedentarización definitiva con organización jerárquica del territorio a mediados del III milenio. Este autor defiende para la fase anterior un modelo que llama de "economía del sílex" incipiente, relativa a una economía de producción agropecuaria sin estabilizar aún.

Este dato es poco consecuente con la existencia de grandes necrópolis como Antequera y Ronda, por lo que la constatación durante el IV y gran parte del III de asentamientos pequeños, de escasa entidad o estacionales, junto a los poblados de los que estas necrópolis serían dependientes, podría interpretarse, bien como el reflejo de dicha falta de datos o bien como el de un modelo de poblamiento muy nuclearizado.

De hecho, en las últimas publicaciones de estudios territoriales de la zona, comienza a evidenciarse un proceso más relacionado con el que venimos observando en el resto de la zona meridional de la Península. A. Morgado y G. Martínez (2005), en su estudio sobre dos yacimientos (el Llano Espada -*Neolítico*- y Hoz de Peñarrubia -*Neolítico final-Calcolítico*), indican que la aparición de un modelo de articulación regional jerarquizado se constata a comienzos del III milenio, pero los primeros síntomas son ya del IV. Aparecen entonces diversas aldeas estables alrededor de las que continúa el poblamiento estacional, continuando el modelo en cuanto a expansión y sedentarización completa durante el milenio siguiente. Esta continuidad permite pensar en la existencia de un único modelo que se transforma paulatinamente.

D. Martín M^a D. Camalich y P. González (2004) también afirman un proceso de intensificación de la explotación e incremento poblacional para el IV milenio, culminado con la jerarquización del territorio en el III, fase en la que harían aparición las primeras fortificaciones (Cerro del Parque) y teniendo como lugar central el Cerro Marimacho.

J. Ramos y otros (J. Ramos *et al.* 1995 y J. Ramos, M^a M. Espejo y P. Cantalejo (2004) detectan un proceso similar en la zona situada entre las depresiones de Ronda y Antequera. Para ellos, el patrón jerarquizado del III milenio en la Zona de Ardales correspondería ya con el de la estructura básica de un territorio periférico del "Estado prístino" del Guadalquivir. Las prospecciones sistemáticas han aportado datos sobre asentamientos como

El Mirador, San Miguel u Olivo Curro, Cueva Ardales, Peña Ardales y el Abrigo Cafín, otorgando a Peña Ardales el papel de centro de control regional (desde el IV al III milenios).



35. Dolmen de Estepona

En otra de las zonas integradas en esta región, la situada entre Antequera y la costa del Mediterráneo (zona occidental de la provincia de Málaga, Depresión de Colmenar y la Axarquía), el modelo explicativo del proceso de poblamiento gira en torno a las excavaciones del Cerro de la Capellanía.

Según E. Martín y A. Recio (1999-2000 y 2004), la ocupación de la zona mostraría gran continuidad desde el *Neolítico al Bronce* identificando estos autores este proceso con el de desarrollo de las primeras formaciones clasistas. La configuración de territorios políticos se detectaría ya en el III milenio, aunque hay asentamientos y necrópolis dolménicas desde el IV jalonando el espacio (el Cerro de la Corona, por ejemplo).

El desarrollo de este modelo de distribución jerarquizado se incrementaría a inicios del III, siendo evidente entonces el conflicto por las rutas de comunicación, según estos autores. La concentración disimétrica de población afectaría a asentamientos como Peña Hierro, probablemente el Lugar central de la zona a fines del III milenio, y los de Cerro de la Capellanía, Morro de Mezquitilla, Araña, El Castellón, etc.

Esta misma disimetría de tipo "asentamiento central y secundario dependiente" se observaría en su opinión entre las propias necrópolis, considerando así, Antequera como la central y el resto como periféricas.

En la zona también se documentan abrigos con representaciones esquemáticas, como Peña Cabrera, Venta del Fraile, Cerro del Trébedes o Cherino.

Valle del Genil:

El territorio de tránsito entre el valle del Guadalquivir y la serranía que abarca los términos de Loja, Zagra, Algarinejo, Rute, Huetor-Tájar y Villanueva del Mesía, es un cruce de vías de comunicación y un punto de confluencia para el asentamiento de diferentes sociedades durante toda la Prehistoria.

Por ello, el equipo de investigación del Proyecto Tierra de Loja (M^a.S. Navarrete y Carrasco Rus –directores-) iniciaron una serie de campañas de prospección, con excavación de determinados yacimientos cuyos datos fueron analizados por J. Gamiz (1997) para establecer el patrón de poblamiento de la zona en los milenios IV y III a.C.

La metodología aplicada al estudio de las interrelaciones es la ya comentada de los estudios de Nocete y Serrano para el valle del Guadalquivir.

Sus conclusiones, apoyadas en reconstrucciones paleoambientales, determinan un esquema de asentamiento jerarquizado, distinguiendo entre núcleos primarios y secundarios integrados todos en una red con coherencia estructural interna en toda la región.

El eje de distribución de asentamientos se extendería por la llanura aluvial del río, sobre tierras de potencialidad agrícola, aunque también se detectan algunos asentamientos sobre promontorios rocosos, cerca de afloramientos de agua. Gamiz propone la existencia de una diferenciación ente dos subáreas: la septentrional (más abrupta y accidentada geográficamente, con Sierra Martilla como emplazamiento clave y castillejos en alto dispersos por lugares estratégicos) y la del valle bajo meridional, zona de expansión de población en el III. La aparición de nuevos asentamientos ligados a la explotación cerealística en el valle (el Manzanil, por ejemplo), se acompañaría de la estructuración de una red de asentamientos secundarios especializados funcionalmente (actividades más ganaderas).

No obstante, en general se detecta continuidad en el uso de los asentamientos durante todo el período de los IV y III milenios, aunque durante la primera mitad del IV abundarían más los asentamientos estacionales o de uso intermitente. No se constatan fortificaciones, aunque algunos enclaves aparecen sobre espolones, con clara tendencia a la búsqueda de defensas naturales (Fuentes del Cesma).

El Manzanil, Sierra Martilla, Los Arenales, La Esperanza, Iznájar y Fuente Camacho serían asentamientos importantes en el período que nos ocupa, asociándose también con necrópolis como El Coquino, La Covacha de la Presa (un enterramiento colectivo en cueva del IV) o Sierra Martilla (necrópolis de cuevas artificiales, del III milenio).

Este conjunto de lugares distribuidos en dos áreas diferenciadas por el proceso de evolución temporal del patrón de asentamiento, evidencian a través de los materiales hallados en las excavaciones, el tráfico intenso de productos manufacturados, desde las áreas controladas por Montefrío, al noreste y por Bermejales, al final del valle del Cacín, al sureste.

Vega y altiplanicies en torno a Granada:

Las zonas de Huetor Santillán y Monachil, las Subbéticas granadinas y Almerienses y la vertiente norte de Sierra Harana y altiplano de Baza son otros espacios con altos índices de ocupación en el *Neolítico Final-Calcolítico*.

En general, esta zona, como el resto del área sureste ofrece más información sobre los asentamientos, tanto de los vivos como de los muertos, incluyendo los materiales asociados a cadáveres y los propios restos humanos en las inhumaciones múltiples. Se han efectuado prospecciones en el marco de proyectos de investigación abarcentes que han permitido avanzar en el conocimiento de las relaciones entre asentamientos y entre éstos y las necrópolis más conocidas en la historiografía de la prehistoria reciente (J.A. Cámara Serrano, 2001), aunque aún haya problemas de adscripción de determinadas necrópolis a sus asentamientos en muchas zonas.

Según J. Gamiz (1997) durante el IV milenio se incrementa en estos espacios el número de asentamientos, más frecuentes en zonas altas, de serranía que en los valles. Estos asentamientos suelen ser en cueva (cueva de la Carigüela, de las Ventanas, del Agua de Prado Negro, etc.) con cierta continuidad de ocupación con respecto a períodos anteriores, pero también surgen nuevos asentamientos en la Tierra de Alhama y otras regiones de los bordes de la depresión granadina (Sierra Mica, Los Molinos o Los Castillejos de Montefrío y la Cueva de Malalmuerzo de Moclín).

También en la costa (área de Salobreña) se detectan nuevos asentamientos ya afines del IV milenio. Durante el III, se detecta la misma jerarquización entre asentamientos centrales y los secundarios especializados funcionalmente que en otras regiones.

Las necrópolis de esta zona están bien delimitadas y presentan grandes dimensiones, siendo en su mayoría dispersiones que ocupan todo el valle de un río, como las de Bermejales y Río Cacín, la de Fonelas y la de Gor-Gorafe, que podía incluir incluso a las de Las Viñas y la Sabina, en Guadix. (prospecciones en la Sierra de Baza-Gor, a cargo de L. Sánchez-Quirante, 1993).



36. Collar del ajuar de uno de los dólmenes de Gorafe

Montefrío por otro lado, se identifica como cementerio concentrado del asentamiento del mismo nombre y los Eriales, correspondería a Castellones de Laborcillas. Son en su mayoría dolménicas, con una gran variedad de tipologías arquitectónicas y se datan desde finales del IV a fines del III, con ocupaciones incluso durante el II a.C. mostrando así una gran perduración temporal y simbólica. Las tumbas más antiguas, cistas y cámaras simples sin corredor son objeto aún de discusión por no poder clarificar si fueron concebidas originariamente para enterramientos colectivos o no (J. A. Cámara Serrano, 2001).

Almería:

En la región más oriental del sur peninsular se han prospectado principalmente los valles del Andarax (Millares), del Almanzora, la Cuenca del Vera y el valle del río Cúllar, en el llamado pasillo de Cúllar-Baza. La especial atención concedida a esta zona en los últimos decenios de la investigación en la prehistoria andaluza ha proporcionado una gran cantidad de datos, tanto relativos a asentamientos, a sus características formales y a su distribución, como sobre las tumbas.

En el pasillo Cúllar-Chirivel (Cúllar-Baza) los primeros asentamientos estables se correlacionan con otros de tipo estacional (Cañada Solá, el Jaufí, Cortijos de Bautista y de M^a Luisa) a través del intercambio de bienes de prestigio entre si y con los asentamientos más lejanos de Cerro de las Canteras y el Cerro de los López a fines del IV milenio.

A lo largo del III, el poblamiento se desplaza hacia el este (zona de Chirivel), incrementándose la diferenciación de tamaño y función entre poblados y por tanto, la jerarquización de la red de asentamientos general para todo el valle: en el centro, la Zenaca I y II, asentamientos de llano, poseerían sus propios fortines asociados; hacia el centro-oeste, destacarían Las Vertientes y Tarifa, éste último un centro de explotación metalúrgica, o el Cerro de la Yesera; hacia el centro-sureste, sería el Malagón el lugar central destacado, posiblemente el de toda la región, poseyendo incluso una muralla y completando su capacidad de control territorial con el asentamiento de El Vinco. Ambos estuvieron en uso hasta fines del III. El Vinco pudo haber ejercido de centro de control también de la zona sur. El modelo centro-periferia se materializa con claridad en este espacio a tenor de los datos referidos según A. Moreno Honorato y otros (1991-1992) y podría estar relacionado con los yacimientos metalíferos (filones) de Sierra de las Estancias, así como con Gor, aunque esta última conexión está aún por determinar (F. Molina *et al.* 2004).

En el valle del Andarax, la formación social de Millares habría asumido el control de la gran cantidad de asentamientos que lo jalonan, ya desde el IV milenio, aunque su máximo grado de expansión territorial (definido por el alcance de los asentamientos que estarían bajo control de los Millares) se alcanzaría en el III milenio.

Otros autores, como M^a Paz Román (M^a P. Román (1995) y Sánchez-Quirante (L. Sánchez-Quirante *et al.* (1995) hacen hincapié en que no se

debe interpretar el proceso en clave de "conquista" territorial desde este centro de poder, ni aceptar una ruptura en el proceso histórico que no se comprueba con los datos arqueológicos estudiados hasta hoy. De hecho, la jerarquización territorial se detecta ya en el IV, con asentamientos defensivos en alto, poblados agrícolas de valle, etc. (D. Martín, 1995), haciéndose más compleja a medida que transcurre el tercer milenio.

En torno a Millares, se establecerían asentamientos de menor tamaño, en zonas tanto de llanura como de montaña, con sus correspondientes necrópolis dispersas y se comenzaría a fortificar determinados enclaves para abordar el control de un territorio ya altamente jerarquizado (F. Molina *et al.*, 2004).

Las prospecciones en el Pasillo de Tabernas y de Fiñana (G. Maldonado *et al.*, 1991-1992), ofrecen también datos relevantes acerca de la configuración del territorio del Andarax: la red jerárquica de asentamientos se complementa aquí con la de las necrópolis dispersas (aunque también aparecieran necrópolis concentradas en el valle, como la de Rubialillos, asociada a Terrera Ventura), mostrando una interesante división de asociaciones entre las tumbas de una vertiente del pasillo (asociadas al territorio de Millares) y las de la otra (¿pertenecientes quizá al del valle del Almanzora?) que indujo a Nocete a plantear que el pasillo de Tabernas incluiría una zona de frontera.

Para el valle del río Vera disponemos de la información aportada por las prospecciones de M^a P. Román y R. Maicas (2003), que complementan los análisis de distribución poblacional con los de reconstrucción paleoambiental de una región más amplia (que engloba el valle del Almanzora, el del Río Antas y el del Río Aguas). La zona parece haber sido más húmeda que en la actualidad hasta el II milenio, momento en que comienzan a notarse los efectos de la deforestación.

Así mismo, los estudios de Sánchez Picón (1996) han permitido delimitar la línea de costa de este período (en el marco de un proyecto del Instituto Arqueológico Alemán de Madrid en colaboración con la Universidad de Kiel) evidenciando al tiempo que muchos yacimientos ubicados hoy día en el interior, en realidad, estuvieron en la costa de un golfo al que desembocarían estos ríos, siendo probablemente navegables. Así, Almizaraque, Cabecicos Negros-El Pajarraco, El Garcel y La Gerundia habrían sido asentamientos costeros y Cuartillas habría estado también situado en la amplia ría del Río Aguas.

En general, estas autoras estiman que el poblamiento habría sido semi-permanente pero con una rápida tendencia a asentarse ya a comienzos del IV milenio y que se detecta en la zona una importante continuidad habitacional en todos los asentamientos, como corroboran las últimas prospecciones y dataciones con termoluminiscencia efectuadas en el Alto Almanzora (M^a. P. Román y C. Martínez Padilla, 2005).

La jerarquización territorial se observa temprana, a mediados del IV, ya asociada a la diversificación de la explotación del medio: cerealística, ganadera, de extracción minera, forestal y a su control estratégico. Las prospecciones y excavaciones desarrolladas por M^a Dolores Camalich (M^a D.

Camalich *et al.*, 1999) muestran una evolución de la estrategia poblacional sedentaria en el *Neolítico final*, con la habitual diferenciación de tipos de asentamientos por morfologías y función y evidencias de relaciones de jerarquización entre ellos, mostrando así las primeras señales de disimetría social en la región del Vera y el Alto Almanzora.

Según ella, el esquema más sencillo del *Neolítico final* se sustentaría en los lugares centrales como Almizaraque, El Garcel, Las Pilas/Huerta Seca en la desembocadura, Llano de los Pedregales/Casablanca y Cerro de los Navíos-Churuletas en la cuenca media y Los Cortijillos en la cuenca medio alta (completado por otros asentamientos dependientes y asentamientos en altura para control de rutas).

F. Molina y otros (2004) coinciden también con la posición predominante de Almizaraque y su posible función de Lugar Central mientras Las Pilas sería dependiente de éste, pero manteniendo su trascendencia como centro de entidad.

Adentrado ya el III milenio, este esquema se haría más complejo, intensificándose el grado de jerarquización territorial en la zona y configurándose varios territorios diferenciados pero siempre en torno a los mismos lugares centrales del milenio anterior: Las Pilas/Huerta Seca (con Cuartillas y las sepulturas de Las Lomas del Campo y Cerro de la Mata, asociados); El Garcel (con Las Ramiras, Alto de Cañada del Cura, Loma de Rutilla y La Pernera 1); Almizaraque (con Cerro Virtud y Zájara, Tres Cabezos, La Torrecica, Los Sifones, El Aretal); Llano de los Pedregales/Casablanca (La Quinta, Llano de las Ánimas); Churuletas (Cerro de los Navíos) y Cortijillos.

En el Alto Almanzora el poblamiento en cerros datado en la primera mitad del IV se diversifica y expande hacia nichos ecológicos diferentes durante la segunda mitad, asociándose a enterramientos dolménicos a ambos márgenes del río. Sierra del Madroño y Cerro Urraca son de la primera mitad del IV, mientras Libertao, Cerrá IV y Alamedilla corresponden a la segunda mitad y Cerro Almanzora ya se data en el III. Es significativo destacar, como lo hacen M^a P. Román y C. Martínez Padilla (2005), que mientras el número de asentamientos aumenta, el de necrópolis se mantiene, no construyéndose nuevas tumbas.

En lo concerniente a la distribución de las necrópolis y sus tipologías y evolución, J. A. Cámara (2001) recoge de las teorías de J. Guilaine (1996) cuando afirma que el patrón de evolución sería el mismo que en el resto de Europa, con la constatación primero de fosas redondas con pocas inhumaciones, para encontrar después las cámaras más o menos complejas y finalmente, los dólmenes con corredor y túmulo, con ajuares especialmente llamativos por la procedencia de los materiales, aunque muy mezclados debido a la perduración en el uso de las tumbas durante los dos milenios que nos ocupan.

Las necrópolis dolménicas más antiguas datarían del final del IV y se detectarían en el alto Almanzora principalmente: Urracal, Zurgüña, Cantoria, etc. Por su parte, los *tholoi* aparecerían más tardíamente, asociados a poblados fortificados como Millares y Almizaraque, destacando

en las necrópolis concentradas de éstos, Millares y la Encantada (aunque también en la zona de Antas y en Granada aparecen, como el caso de Las Angosturas). Las necrópolis dispersas, sobre todo las de Tabernas, se relacionarían con tierras de cultivo y rutas de comunicación principalmente, pudiendo interpretarse como marcadores de vías de desplazamiento según F. Molina y otros (2004).

Región de Murcia:

La región de Murcia ha sido estudiada desde la óptica de la arqueología espacial por autores como J. M. Vicent (1991) o A. M^a Muñoz. El primero realizó los estudios de distribución de poblamiento partiendo de un enfoque marxista, pero aplicando una metodología diferente a la que viene siendo común en los trabajos comentados hasta el momento. Este autor propuso una reinterpretación del modelo de las áreas de captación de Gilman y Thormes para comparar patrones de asentamiento de los milenios IV y III en el noroeste murciano.

Ana María Muñoz, por su parte centró sus trabajos en las áreas de tránsito especialmente, para comprobar si este factor ejerció la influencia que a priori parece en la configuración del patrón espacial de conformación del territorio en toda la región.

Así, en términos generales se podría decir que en Murcia la dispersión de asentamientos muestra una clara orientación al control de rutas de paso y tráfico de productos, manteniéndose un esquema de poblamiento disperso en el que las cuevas tendrían un papel importante hasta mediados del III milenio.

No obstante, se detectan, como en el resto del sur peninsular, los diversos tipos de poblados estables característicos del período: en llano o valle, de mayor tamaño y con control de zonas fértiles, en alto, a veces fortificados, especializados en algún trabajo específico, etc.

Ya en el III milenio, esta estructura aparece integrada en una red jerárquica que parece establecer un límite claro entre las formaciones sociales de Almería y las de Levante, según J. A. Cámara Serrano (2001). A partir del río Segura hacia el norte se evidenciarían las mayores relaciones de dependencia o filiación entre los asentamientos murcianos y los de levante.

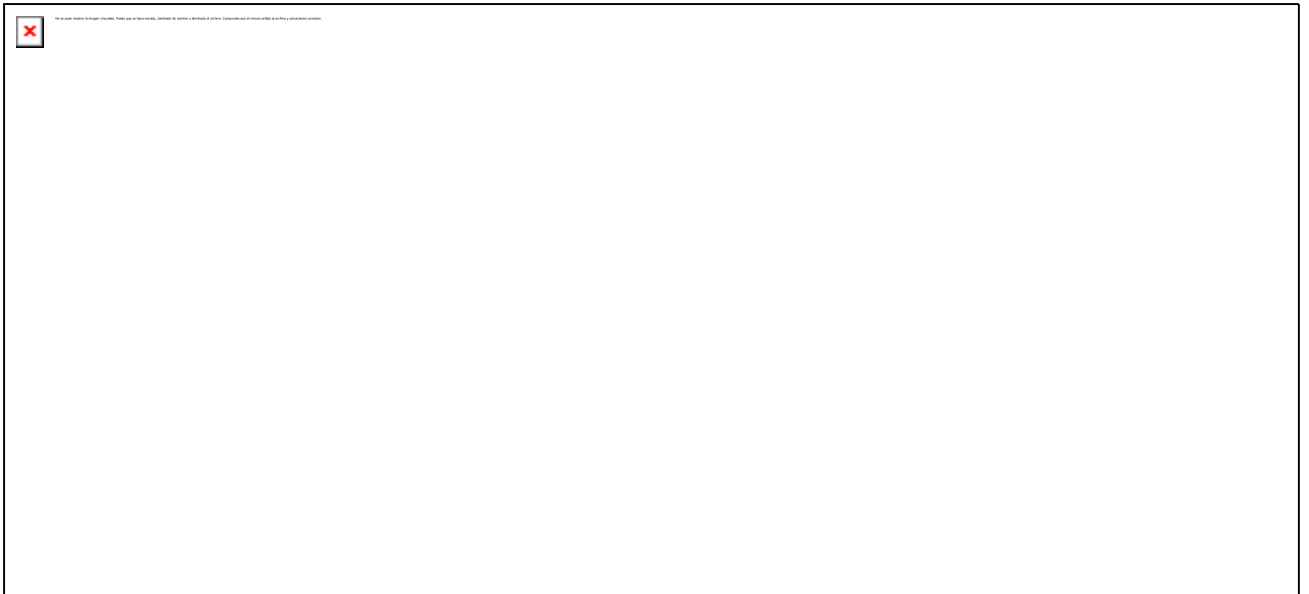
Los yacimientos funerarios no han sido estudiados con criterios espaciales y disponemos de pocos datos, pero aún así se conocen necrópolis cercanas a asentamientos principales, fortificados (de tipo dolménico, con o sin corredor, como Cabezo del Plomo, Bagil, Cerro Negro-El Capitán, etc.), dispersiones de dólmenes siguiendo el cauce de los ríos Corneros o Argos, por ejemplo, (con un marcado carácter delimitador de rutas de conexión con Almería y la altiplanicie granadina) y cuevas con enterramientos colectivos del III, con abundantes materiales de ofrenda y ajuar, situadas cerca de asentamientos y en zonas de fácil acceso (Cueva Sagrada o los Blanquizales de Lébor) (J. A. Cámara 2001). Los trabajos de R. Lacalle

(2000), M. San Nicolás del Toro (1994) y A. Bollaín (1986) han sido fundamentales a este respecto.

VI. 2. 2. Síntesis y valoración de las aportaciones a la comprensión de la organización del territorio:

Al valorar comparativamente los datos de que disponemos en el conjunto del sur peninsular, observamos que aunque ya existen prospecciones sistemáticas en todas las áreas genéricas, todavía quedan amplias zonas de territorio sin estudiar, de las que no tenemos noticias concluyentes.

La tendencia en la bibliografía actual es extrapolar los resultados de los estudios espaciales efectuados en un valle o dos a todo un marco regional amplio, aunque se haga sólo a nivel especulativo. Las zonas menos conocidas se aprecian en el siguiente plano:



37. Mapa del sur de la Península con las áreas sin suficientes estudios y trabajos de prospección. En negro, una aproximación a las antiguas líneas de costa en la desembocadura del Guadalquivir y el Almanzora.

Bien es cierto, que los resultados de todos los estudios comentados son bastante coincidentes en lo concerniente a los tipos de asentamientos constatados y su distribución espacial, por lo que no resulta especialmente grave tal extrapolación, pero si conviene ser conscientes de la posibilidad de que conforme los análisis poblacionales abarquen territorios nuevos, las inferencias sobre las redes jerárquicas de cada región puedan sufrir modificaciones.

Por la misma razón, es importante destacar que la distribución de poblamiento, así como las conexiones de intercambio y rutas de tránsito supralocales deducibles de la bibliografía publicada son muy dependientes

del carácter regional de los estudios realizados, pues coinciden claramente con las áreas prospectadas.

Por otro lado, son interesantes las aportaciones de los análisis de paleo-costa a los que se ha hecho referencia en el apartado anterior y que se están mostrando concluyentes en las desembocadura del río Vera y del propio Guadalquivir, cuyo gran estuario aparece vacío de yacimientos en los planos de dispersión, debido probablemente a su carácter de marismas, o de mar abierto incluso, durante el periodo que nos ocupa en este trabajo.

Se aprecia pues, una gran influencia de las condiciones de la investigación en el conjunto de datos que podemos analizar en la actualidad.

Es también llamativa la escasa atención a los yacimientos funerarios dentro de los esquemas de análisis aplicados. En su mayoría, los estudios se centran en yacimientos de hábitat, y como se aprecia claramente en la síntesis anterior, sólo Cámara Serrano (además de los ya citados Piñón, Vera, Bollaín, Del Toro o Lacalle, pero empleando metodologías diferentes) se ha centrado en el estudio de los de carácter funerario, en términos macro-territoriales. Pero incluso este autor, ha empleado los datos de las prospecciones ya publicadas en muchas zonas para elaborar su propia descripción de las dispersiones de tumbas. F. Nocete (2001) también recoge la ubicación de determinadas necrópolis y las integra en los estudios territoriales, aunque centrándose especialmente en el valle del Guadalquivir y Huelva.

En otro orden de cosas, los modelos de poblamiento descritos suelen acompañarse de una teoría explicativa de amplio espectro, que intenta mostrar la estructura sociopolítica subyacente al esquema territorial detectado en cada zona y su significación, en un plano sincrónico y su evolución temporal, en el diacrónico.

Dichas interpretaciones sobre los procesos históricos de conformación de estos patrones de poblamiento, muestran lo siguiente:

-Por un lado, la superación de determinadas teorías, propias de la prehistoria reciente peninsular hasta el último decenio y que hoy día ya no se defienden más que muy minoritariamente.

-Por otro, la existencia de coincidencias entre los diferentes modelos explicativos, como el esquema del poblamiento a fines del III milenio pero también de discrepancias entre ellos, en lo concerniente al modelo de sociedad que estaría detrás del esquema de dispersión territorial de asentamientos a inicios del período.

En este sentido, se muestra la gran influencia de los enfoques epistemológicos escogidos por los autores y que se corresponde con la diferenciación entre los modelos explicativos de todo el proceso histórico entre las corrientes epistemológicas que vimos en el capítulo III de esta tesis doctoral.

a. La superación de la tesis de la movilidad estacional y las necrópolis de pastores:

Este sería, por tanto, el primer hito del avance de la investigación en el sur peninsular para los milenios IV y III a.C. Esta teoría, defensora de la idea de que los constructores de megalitos eran poblaciones con un sistema de explotación del medio semiestacional, principalmente basado en la ganadería trashumante y que las dispersiones dolménicas serían un elemento de referencia para mostrar su control, por usufructo, de las tierras de pastos de las serranías, ha quedado ya obsoleta.

Se ha puesto en evidencia el complejo entramado de relaciones entre asentamientos de múltiples tipos y funciones, todos ellos coetáneos y en correlación lógica entre sí para el uso de la misma formación social por lo que las necrópolis dispersas y los asentamientos estacionales o temporales de pastores no serían independientes de los demás por el hecho de ocupar nichos ecológicos más elevados (serranías), sino que se integrarían en las redes jerárquicas globales descritas ya por casi todos los investigadores para el sur de la Península.

Aún hoy, hay quien se remite a este planteamiento para explicar el patrón poblacional de otras regiones, del área gallega o asturiana, principalmente, aunque también en ellas se encuentra en retroceso.

Como hemos visto, la mayoría de los trabajos de investigación efectuados en Andalucía, Murcia y sur de Portugal muestran un esquema poblacional jerarquizado para el III milenio, lo que remite a la aceptación por parte de la comunidad científica de la existencia de organizaciones sociales ya jerarquizadas, con diferenciación de grupos en su seno con un acceso diferencial al poder y los privilegios. Admiten incluso que las formaciones sociales calcolíticas de esta zona evidenciarían la tendencia a configurar territorios amplios organizados bajo el control de lugares centrales que supervisarían otros secundarios, con diversas funciones, tamaños y emplazamientos y que hacia mediados del III milenio habrían iniciado procesos de expansión y control de territorios anexos, dando como resultado tensiones internas e interregionales que concluirían con la denominada crisis del *Calcolítico* y la transformación del modelo de organización social y por tanto, del patrón poblacional, ya en el II.

Pero esta coincidencia en la explicación del final del proceso histórico contrasta con las divergencias que constatamos en los modelos sobre el inicio del mismo, en el IV milenio. Así, encontramos dos grandes grupos de teorías explicativas:

b. La tesis de las comunidades en proceso de jerarquización incipiente sin organización política supra-local en el IV milenio:

Autores como A. Ramos Millán (1998 y 1999), L. García Sanjuán y V. Hurtado (1997) o A. Pellicer y P. Acosta (1997), mantenían en sus publicaciones de los años 90 que el registro arqueológico de asentamientos

(su número, carácter, disposición en el terreno, etc.) en las zonas estudiadas por ellos, pese a evidenciar algún tipo de jerarquización espacial, no ofrecía suficientes datos acerca de la existencia de una jerarquización social consecuente, por lo que establecían que las sociedades del IV milenio, e incluso las de inicios del III, aún estando en proceso de complejización, serían de tipo parental, "igualitarias"- con relaciones horizontales-.

Para Ramos, las sociedades aldeanas de este período llevarían a cabo ya la acumulación de excedentes y la apropiación social del trabajo colectivo, así como la legitimación ideológica de las primeras formas de desigualdad, iniciándose las contradicciones internas que darían paso a la jerarquización social, pero aún se trataría de "tribus con organización segmentaria". Sólo superada esta fase de transición hacia las sociedades clasistas iniciales surgirían los territorios políticos controlados por asentamientos primarios como La Mesa o Los Charcones (costa atlántica de Cádiz), por ejemplo. El "liderazgo político" sólo aparecería a fines del *Neolítico* configurándose una geografía política de múltiples grupos sociales de pequeño tamaño, pre-clasistas, entrado ya el *Calcolítico*.

Sanjuán y Hurtado coincidirían en afirmar que, pese a que el patrón de poblamiento evidencie cierta diferenciación entre asentamientos, sólo se podría hablar de los inicios de la verticalización social y el liderazgo intraclánico, siendo aún predominantes las relaciones de tipo comunalista en las formaciones sociales del IV milenio.

c. La tesis de los territorios jerarquizados de tipo estatal teocrático:

En cambio, para otro grupo de autores, encabezado por F. Nocete, Cámara Serrano y O. Arteaga, y seguido por otros como M^a D. Camalich (1999), R. Lacalle (2000), o J. Gamiz (1997), la interpretación del registro arqueológico desde mediados del IV milenio meridional se podría hacer en términos de la expresión de las primeras formas de explotación y de ejercicio del poder entre clanes, lo que en términos marxistas equivaldría a afirmar la configuración de estados clasistas (aunque en estado embrionario, en proceso de asentamiento y definición).

Desde el momento de la configuración de un hábitat permanente conforme a un modo de vida aldeano, con especialización productiva y redes de intercambio de productos a escala supra-local en el alto valle del Guadalquivir, F. Nocete (2001) plantea la existencia de formaciones sociales autónomas aún pero que ya manifiestan los primeros comportamientos de dominio intergrupar. Las denominadas por él "puertas de entrada" o comunidades receptoras de los productos especializados intercambiados desde las Serranías Béticas y Sierra Morena hacia el interior del valle, habrían mantenido un esquema de organización territorial atomizado hasta que a mediados del IV milenio comienza a asentarse el sistema de dominación poblacional (y su reflejo territorial, la jerarquización espacial con control desde un centro político) que daría paso a la configuración de un estado prístino a comienzos del III, en el centro del valle y controlado en principio desde varios grandes asentamientos fortificados.

Así, durante la segunda mitad del IV milenio, las formaciones sociales de esta región (del tipo del clan cónico, según este autor) estarían evidenciando ya explotación y desarrollo de desigualdades a un nivel muy embrionario, que sólo se concretaría de forma efectiva en el registro material hasta más tarde. En el momento en que se detectan en el territorio aldeas estables, se podría pensar que surge el proceso de apropiación particular del trabajo, iniciándose la explotación de unas comunidades sobre otras, de unos clanes sobre otros, con lo que la estructura de clases inicial quedaría enmascarada bajo el esquema de división de linajes o de familias.

De esta manera, el proceso de maximización del sistema de jerarquización espacial habría comenzado en el IV milenio, aunque conduciría al llamado "territorio modular prístino del Valle del Guadalquivir" a comienzos del milenio siguiente. El conflicto generado internamente en estas sociedades, debido al incremento progresivo de la explotación, fruto del control de la fuerza de trabajo, se manifestaría en el auge de los sistemas defensivos, desde el segundo cuarto del IV (Los pozos, Higuera de Arjona, Marroquies, Alcores, Albalate, Porcuna, etc.), y durante el III y en el proceso de concentración poblacional detectado en todo el valle. Y la culminación del mismo llegaría con el incremento de las relaciones de poder y hegemonía de unas aldeas sobre otras (unos clanes sobre otros) ya en el marco de una estructura territorial de gran espectro, organizada políticamente como un estado inicial (con centros, periferias interiores, periferias exteriores especializadas productivamente (minerías, según Nocete), periferias de resistencia e interperiferias).

La superposición de diferentes niveles de explotación y control político sobre diferentes áreas del valle daría como resultado la configuración de un modelo complejo, con varios tipos de territorios (modular, a comienzos del milenio, modular disimétrico, a mediados y centralizado al final del mismo) a medida que se iría expandiendo hacia el alto valle y hacia la desembocadura.

En este último esquema centralizado, el centro o espacio "*primado*" de la única formación social resultante, Valencina de la Concepción y su necrópolis concentrada, se habría rodeado de otro círculo de asentamientos conectados en una red secundaria (un *territorio jerarquizado* dependiente de Valencina) en torno al doble asentamiento de Gandul-Carmona. Con ellos estaría en conexión por dependencia y dominación tributaria el territorio *modular disimétrico* y el *secundario* del alto valle, en torno a Albores-Albalate y Porcuna (el primero de los mencionados) y a Puente la Reina, Puente del Cerezuelo o Cástulo (el segundo).

Para Nocete, Las periferias "minerías" o relacionadas, en términos de dependencia pero no integradas en el marco político de control, con el estado Prístino del Guadalquivir a fines del III, serían las del Andévalo (Huelva), la de la depresión de Ronda (Málaga) y la Sierra Morena del alto Guadalquivir.

La zona de Jaén, con su centro político propio en Marroquies Bajos, aparece en su estudio también ligada al territorio jerarquizado de Valencina,

formando parte de su periferia. Quedarían ya más lejos de su radio de control los territorios del Algarbe y las Subbéticas granadinas y malagueñas.

Finalmente, añadiremos a este complejo modelo explicativo de la organización territorial del suroeste peninsular, que tanto Nocete como Lizcano (R. Lizcano *et al*, 1995) y J.A. Cámara (2001) plantean la existencia desde finales del IV milenio de las mismas tendencias a la jerarquización y expansión del control primado para configurar "estados prístinos" en el III, en otras regiones, como: El valle bajo del Guadiana, teniendo a La Pijotilla como centro principal y el valle del Almanzora, en Almería, con Millares como capital.

Respecto a la zona malagueña de Antequera, sólo R. Lacalle (2000) plantea que se pudiera tratar de un territorio también jerarquizado internamente y no dependiente de forma directa del gran estado del Guadalquivir.



VI.3. Hipótesis de trabajo: El Modelo de las Agrupaciones Funerarias que definen Territorios sacro-políticos autónomos.

Todos los modelos expuestos hasta ahora se refieren esencialmente a la configuración del espacio controlado a partir de la ocupación del mismo por parte de los vivos.

Nosotros pretendemos demostrar que las formaciones sociales del IV-III milenios de nuestro territorio meridional entendían su propia organización social teniendo muy presentes a los muertos, sus antepasados, y que por ello, la ubicación de los mismos en el territorio también es un claro reflejo, aparte de su cosmovisión y de la idea de su propia sociedad construida ideológicamente, también de las estructuras organizativas de base que la sustentaron.

Así pues, los enterramientos correspondientes a los IV y III milenios del sur peninsular han sido sistematizados en este trabajo para intentar corroborar, a través del análisis de los mismos, que:

1. El ritual del colectivismo y la monumentalización funeraria del megalitismo es una expresión material de una ideología política encaminada a mantener un determinado orden social. Este orden social, emanado de la desigualdad en las relaciones sociales, se sostendría mediante un complejo sistema de valores basado precisamente en la negación sistemática de dichas desigualdades.

2. Esta construcción ideológica estaría, ya en el III milenio a.C., bajo control de la élite, a quien beneficiaría, además de cumplir otras funciones de carácter religioso. (J.A. Cámara Serrano, 2001).

Pero no se trataría de una construcción elaborada por las jerarquías del III a partir de una concepción religiosa anterior, del IV, más colectivista y propia de sociedades aún en proceso de jerarquización, que habría sido replanteada y utilizada para ocultar una realidad social nueva. La aparición de los primeros cementerios dispersos, jalonando el territorio e integrados en una configuración territorial coherente durante todo el período (considerado como *Neolítico medio-final*-desde mediados del IV milenio a.C.) permite plantear que la ideología consecuente con el culto a los antepasados fue una herramienta de contención de los conflictos sociales derivados de la progresiva disimetría emergente desde sus inicios. Todo ello evidenciaría una organización estructurada ya jerárquicamente en estas fechas, aunque habría comenzado el proceso antes, aumentando su nivel de complejidad hacia finales del III milenio.

3. La jerarquización social habría empezado ya en el milenio anterior, siendo esto evidente dado que la distribución territorial de los monumentos funerarios es similar conceptualmente a la del III^o (aunque esté menos difundida): los monumentos funerarios que representarían el control-presencia de los antepasados de los clanes principales de cada formación social son ya utilizados, en relación estructural con los diferentes tipos de asentamientos, para definir su territorio, desde mediados del IV.
4. La distribución territorial de las necrópolis megalíticas complementa la tesis del modelo de centro-periferia, que evidencia la existencia de relaciones de dependencia entre grupos dentro de una misma formación social, unificada identitariamente y por tanto, de la existencia de relaciones de "poder", entendido como la apropiación de la capacidad de decidir por y sobre otros y de "explotación", entendida como la detracción del trabajo de unos en beneficio de otros.
5. La verticalización de la estructura social se materializaría de forma clara como un proceso homogéneo en toda la zona meridional, aunque se detecten diferentes ritmos entre zonas nucleares y periféricas. Las formaciones sociales que se pudieron definir en función de su modelado del territorio (a través de la ubicación en él de tumbas-panteón y de asentamientos) se distribuyeron por todo el sur peninsular, ocupando todos los nichos ecológicos. No parece que se pudiera haber configurado un único gran estado, sino diversas unidades políticas independientes.
6. Dicha distribución territorial de necrópolis comienza expresándose a través del modelo de cementerio disperso durante el IV milenio, para hacerse más complejo a fines del mismo y durante el III, con

necrópolis concentradas asociadas a Lugares Centrales, necrópolis dispersas sin formalización específica en las zonas periféricas y con la aparición de diferencias internas en el seno de algunas necrópolis entre diferentes morfologías dolménicas y riqueza de ajuares al final de período.

7. Las necrópolis dispersas manifiestan largos períodos de utilización (cerca de dos milenios), no constatándose variaciones en la ubicación de cementerios entre el IV y el III milenios: los ya existentes se amplían, construyendo nuevas tumbas y manteniendo abiertas las antiguas y surgen otras necrópolis en otros espacios anteriormente no ritualizados, (principalmente las de tipo concentrado) pero en conexión con los espacios sagrados preexistentes.

En resumen, hemos presentado las principales áreas del sur peninsular con sus respectivos estudios de poblamiento efectuados desde el enfoque escogido para llevar a cabo este trabajo de investigación doctoral.

Así mismo, hemos completado la visión global sobre el proceso de ocupación del territorio durante los milenios IV y III valorando las diferentes teorías que dominan hoy día el panorama de nuestra investigación.

Finalmente, y en coherencia con lo expuesto en los capítulos anteriores, hemos planteado las hipótesis de trabajo de las que partimos para analizar las evidencias materiales de tipo funerario (y su relación con las demás, de otros tipos) que centran nuestro trabajo.

CAPÍTULO VII ANÁLISIS DE LOS DATOS

VII.1. YACIMIENTOS ANALIZADOS. RESUMEN DE LOS DATOS:

Los yacimientos estudiados (tabla del apéndice 1) representan todos aquellos acerca de los que existen publicaciones científicas con datos relativos al tema de investigación que nos ocupa.

Cada yacimiento aparece mencionado tal y como ha sido estudiado por sus excavadores. Han sido recogidos aquellos datados en el período *Neolítico Final-Calcolítico*, prescindiendo de los que exclusivamente correspondieran al período del *Campaniforme-Bronce*, según la bibliografía consultada.

Ente ellos figuran yacimientos funerarios colectivos de todas las tipologías (Cuevas naturales, artificiales, dólmenes sencillos, de corredor, de cámaras circulares o trapezoidales, semiexcavados o con estructuras mixtas e incluso silos) sin que las diferencias morfológicas se hayan tenido en cuenta más que como factor coadyuvante para el establecimiento de relaciones entre yacimientos, como veremos más adelante.

No consideramos que la diferencia entre dólmen o cueva megalítica sea esencial para el objeto de la presente investigación, por no poder interpretarse con claridad en términos sociopolíticos o simbólicos. Ya comentamos anteriormente que las características formales de la construcción de los edificios funerarios debieron entenderse por sus constructores como el "andamiaje- esqueleto" de los mismos, no como un aspecto relativo a su función o simbolismo. Lo realmente importante debió ser la imagen proyectada por el espacio resultante, tanto externamente (las montañas sagradas) como internamente (volúmenes y formas, pinturas y grabados), al margen de los materiales y las técnicas de construcción. Probablemente fueran más dependientes de factores como la geomorfología del territorio o cuestiones coyunturales que de tradiciones culturales que puedan aportar información relevante.

Un caso distinto es el de los silos, que no se corresponden totalmente con el concepto de tumba en el interior de una montaña, ya sea artificial – túmulo- o natural –la propia colina en la que esté la cueva.

Los que aparecen en esta investigación son los que han sido interpretados como auténticas sepulturas colectivas, no como enterramientos por acumulación intencional o como parte de estructuras de culto tipo "*enclosures*", configurando algunas de ellas (como la de Las Valderas, en Cádiz) auténticas necrópolis.

No obstante, queremos manifestar nuestra cautela a la hora de interpretarlas en los mismos términos que las demás necrópolis o agrupaciones, por la razón mencionada. No podemos afirmar que un campo de silos, pese a su carácter sacro por albergar enterramientos, tuviera la misma significación simbólica que los cementerios construidos como

relieves artificiales de colinas para unas sociedades en las que ese aspecto del concepto funerario poseía tanta relevancia como parece.

Por otro lado, la información relativa a los yacimientos contemplados en esta investigación procede de publicaciones de otros autores, por lo que, pese a haber sido analizados con los mismos criterios y a haberlos combinado e integrado para la síntesis posterior, se trata de datos heterogéneos, fruto de excavaciones efectuadas con diversas metodologías, en épocas distintas y que han recibido tratamientos diferenciados, apareciendo en unas ocasiones como yacimientos aislados, otras como parte de conjuntos de mayor envergadura y en cada estudio, respondiendo a objetivos diferentes. En esta tesis han sido tratados con uniformidad, pero creemos conveniente indicar las dificultades inherentes a esta labor.

Uno de los problemas derivados de la circunstancia referida ha sido la necesidad de discriminar determinadas referencias a yacimientos funerarios del período, que aparecían en la bibliografía sin el suficiente rigor documental o sin ubicar espacialmente de forma conveniente, lo que ha hecho imposible contar con ellos para el presente estudio, pese a saber de su existencia. Sólo esperamos poder tener acceso a los datos precisos para poder cotejarlos en el futuro.

Otra cuestión a tener en cuenta es la de las cronologías, por haber suscitado igualmente dudas a la hora de establecer adscripciones entre yacimientos y entre determinadas áreas geográficas.

Se han recogido las referencias a dataciones radiocarbónicas calibradas en aquellos casos en los que aparecen publicados con este formato. Sin embargo, no todos los estudios que hemos consultado explicitan este aspecto. En muchas ocasiones, la datación de los yacimientos aparece bajo los términos genéricos de *Neolítico o Calcolítico*, que como ya indicamos al comentar su problemática, son bastante inoperantes a efectos explicativos, pero se siguen usando como referencias comparativas. Por esta razón, hemos tenido que seguir empleándolos, pese a no compartarlos y pese a ser conscientes de que las horquillas temporales que abarcan cada uno de ellos han ido variando en los últimos decenios (como vimos en el capítulo 1), por lo que se corre el riesgo de estar tratando como contemporáneos yacimientos de cronologías realmente diferentes.

Se trata pues, de una cuestión problemática que hemos abordado con prudencia, pero sin poder corregir las variantes que comentamos dada la enorme envergadura que revestiría semejante labor.

Los resultados se presentan a través de:

- La tabla de síntesis (apéndice nº 1), que refleja las agrupaciones dolménicas y sus características esenciales, así como su relación con los lugares centrales y con el territorio del que formarían parte.
- Los informes de ampliación de datos, referentes a todos los yacimientos integrados en las agrupaciones (apéndice nº 2), aunque mantengan el

criterio de organización de las Agrupaciones. En ellos, aparecen mencionados los yacimientos funerarios que componen cada agrupación (ofreciendo más detalles que en el texto sobre morfología, ajuares, ofrendas, rituales y asociaciones con pintura o grabado, etc.), así como algunos de los asentamientos conocidos en su área. No se reflejan todos, por estar publicados en numerosos artículos y ser innecesario recogerlos con exhaustividad en este estudio (nos remitimos a los modelos de poblamiento ya estructurados y publicados, sin pretensión de rehacerlos en este trabajo).

- Los mapas de dispersión (1 a 5), que reflejan en primer lugar la ubicación de las agrupaciones, después los territorios y además la diferenciación de cronologías entre agrupaciones.

Así pues y como en nuestra opinión, presentar el listado de yacimientos tal y como aparece en la bibliografía consultada no respondería a ningún planteamiento de corte sociocultural definido, hemos preferido trabajar con el concepto de *agrupación funeraria*.

Éste haría referencia al conjunto de tumbas que podrían haber constituido una unidad (cronológica y cultural) en origen.



VII. 2. INFERENCIAS INICIALES:

VII.2.1. AGRUPACIONES FUNERARIAS:

Pese a las dificultades derivadas de la pérdida de información por destrucción de las estructuras, de las lagunas existentes en la localización de tumbas (no todas las regiones están prospectadas) y de las deficiencias en la publicación de resultados, los dólmenes y cuevas de los que tenemos noticia pueden ser conectados entre sí para conformar unidades con significado histórico, es decir, que pudieran corresponder al cementerio que una determinada formación social creó y utilizó durante un determinado periodo de tiempo.

Las agrupaciones dolménicas que presentamos son, en primer lugar, conjuntos de dólmenes y cuevas que hipotéticamente remitirían a la reconstrucción de las originales necrópolis, más o menos extensas, que sirvieron a un mismo grupo social para conectar con el mundo de la muerte y definir su identidad.

Método de asociación de yacimientos: criterios establecidos

- a. En primer lugar, los vínculos establecidos por los excavadores o investigadores de cada conjunto de yacimientos que sean demostrables. Hemos procurado mantener las agrupaciones establecidas por los excavadores en aquellos casos en los que éstos aportan pruebas de la relación existente entre los dólmenes estudiados. Otras muchas aparecen como tales necrópolis en la bibliografía al uso y consideramos que pueden entenderse así para el propósito de nuestra investigación.
- b. En segundo lugar, hemos establecido relaciones entre dólmenes aislados o grupos de dos o tres en función de su cercanía, entre sí y con respecto al asentamiento con el que pueden vincularse.
- c. En tercer lugar, las similitudes ergológicas de sus materiales. Las morfologías de las estructuras son muy variadas en el sur peninsular y no creemos que sean indicativas de diferencias culturales, como ya vimos, por lo que no han sido valoradas como un criterio fundamental, sino tan sólo como elemento de apoyo en determinados casos.
- d. En cuarto lugar, hemos tenido en cuenta la ubicación de los dólmenes en una misma unidad geomorfológica. (vertiente de serranía, valle, llano, etc.). Pese a la lógica de este criterio, su aplicación presenta algunos problemas, puesto que estudios como el del J. A. Cámara (2000) sobre las necrópolis del pasillo de Tabernas muestran que una misma formación social pudo utilizar varias unidades geomorfológicas, (tales como un valle y las dos vertientes de una cadena montañosa, por ejemplo) para configurar el espacio sagrado de un único "cementerio" y establecer las "fronteras" de su territorio político. Por ello, hemos mantenido cierta cautela a la hora de usar este criterio para la determinación de la existencia o no de una Agrupación Dolménica en un espacio concreto.

Las agrupaciones funerarias que presentamos son un total de 121, habiendo sido denominadas atendiendo principalmente al término municipal en el que aparecen la mayoría de yacimientos integrados en ellas. Ello se debe a que el hacerlo con un criterio geográfico comportaría mayores dificultades de identificación.

En la tabla adjunta (apéndice 1), aparecen marcadas con diferente numeración, correlativa de este a oeste.

Agrupación 1: Jumilla. En ella se integran diferentes yacimientos en cueva artificial y natural, repartidas ente la Sierra del Molar y la vertiente norte de la Sierra del Buey (territorio elevado, de serranía). La Cueva del Peliciego conserva restos de pinturas esquemáticas que incluyen signos antropomorfos relacionados contextualmente con los enterramientos. Las sepulturas de esta agrupación podrían estar

vinculadas con el asentamiento de El Prado. Cronológicamente, se distribuyen entre el *Neolítico final* y el *calcolítico*.

Agrupación 2: Cieza-Calasparra. Son igualmente varias cuevas sepulcrales ubicadas en el valle del río Mundo. Todas ellas corresponderían a cronologías del III milenio, pero su relación con un asentamiento central no está clara en la bibliografía.

Agrupación 3: Baños de La Fortuna. Localizadas en una rambla en el piedemonte de la Serranía de la Pila, en una zona con surgencias de aguas (balnearios conservados en la actualidad), se conocen varias cuevas sepulcrales naturales, con una datación imprecisa, aunque adscritas genéricamente al periodo que nos ocupa.

Agrupación 4: Alguazas. Cuevas del IV-inicios del III milenio, en la zona de valle de la confluencia entre el Río Mula y el Río Mundo. La Loma de los Peregrinos fue ya excavada, en varias campañas desde los años 50, pero las últimas prospecciones han dado a conocer también la existencia de otras sepulturas en cueva artificial sin estudiar aún en el mismo territorio (A. Bollaín, 1986). El asentamiento con el que pudieran tener relación es El Cabezo del Plomo, en la zona de Mazarrón, pero se encuentra muy alejado y en un nicho ecológico muy diferenciado, por lo que no se puede confirmar dicha asociación.

Agrupación 5: Mula. En este caso, poseemos información acerca del yacimiento del abrigo de El Milano, ubicado cerca de la población actual de Mula y datado en el IV milenio, sin adscripción específica a ningún poblado en sus alrededores. En este yacimiento se conservan también pinturas esquemáticas relacionadas con el enterramiento colectivo.

Agrupación 6: Caravaca de la Cruz-Ceheguín: Área con abundancia de cuevas artificiales y naturales (la mayoría), también conocidas de antiguo y con numerosos elementos de ajuar y restos óseos con evidencias de cremaciones parciales conservados, que se concentran en el valle del río Argos, ente las sierras de Quípar, de la Puerta y las estribaciones septentrionales de la Sierra de los Álamos. El conjunto de cuevas de la Peña Rubia destaca también por las pinturas esquemáticas que se asocian a los enterramientos. Las cronologías abarcan desde el *Neolítico final* al *Calcolítico avanzado*, vinculándose en la bibliografía a los asentamientos de Virgen de la Peña y/o los Miravetes, aunque no existen estudios de poblamiento sistemáticos en esta zona (A. Bollaín, 1986).

Esta agrupación correspondería al Alto Valle del Argos, continuándose el poblamiento y la configuración sacro-política de este valle con la de Cieza-Calasparra, y con la dispersión dolménica que San Nicolás del Toro mencionaba en un estudio de 1994 (sin localizar estrictamente sobre el plano, pero aporta información interesante).

Pero por otro lado, según Almudena Bollaín (1986) los materiales estudiados en las cuevas más importantes de esta región (la Represa, Los Alcores), muestran similitudes con otros yacimientos de las agrupaciones de Totana y Lorca, como Murviedro o La Loma de los Peregrinos (principalmente los de tipo metálico y los ídolos).

Agrupación 7: Moratalla. Conjunto de dólmenes del III milenio concentrados en torno a la Muela de Moratalla, un alto de la Sierra del Cerezo. El Dólmen de Bágil formaría parte de la necrópolis (de hasta 6 dólmenes conocidos) del asentamiento del mismo nombre, de principios del III milenio, pero también se plantea la posibilidad de que esta zona tuviera vinculación con el poblado de Arrollo Tercero (más antiguo, de finales del IV, con perduración en el III), al que se adscribe el dólmen homónimo.

Agrupación 8: Cartagena: La Necrópolis de los Mejillones, constituida por cuevas del Calcolítico pudo haber pertenecido al asentamiento de Las Amoladeras, situado en la costa.

Agrupación 9: Mazarrón. También en la costa, la Cueva de los Tollos, y los dólmenes (entre los que se encuentran también tres *tholoi*, dos de ellos destruidos) de las necrópolis de la Rambla de los Ruíces y del asentamiento central fortificado de esta zona, el Cabezo del Plomo, abarcan cronologías amplias, desde el *Neolítico* hasta el *Calcolítico* final. Resulta interesante destacar que la necrópolis del cabezo del Plomo presenta cronologías de *Neolítico final* e inicios del *Calcolítico*, mientras el asentamiento sólo de fines del III milenio e inicios del bronce, por lo que se observa cierto desajuste cronológico.

Agrupación 10: Zarcilla de Ramos. La necrópolis de Cerro Negro-El Capitán es un conjunto de doce cámaras circulares tipo tholos asociadas al asentamiento fortificado en alto denominado El Capitán y datado a fines del IV milenio principios del III. La necrópolis se data por sus materiales a fines del IV y en el III milenio (M. San Nicolás del Toro, 1994). Se sitúa en la Sierra de Pericay, en el cañón de un afluente del río Luchena, el Turrilla, y parece que pudo haber estado también en relación con otro asentamiento, el del Cerro de las Canteras, de la Agrupación 14. También San Nicolás del Toro avanza ciertas referencias a la necrópolis de Marirías, entre Lorca y Caravaca, posiblemente cercana a la Zarcilla de Ramos, pero no se concreta lo suficiente como para plasmarlo en el mapa.

Agrupación 11: Totana. En una amplia zona en torno a Totana, que contempla los términos municipales de Torremocha y Las Alquerías, aparecen más de seis cuevas, estudiadas con diferentes niveles de profundidad, pero entre las que destaca la de Los Blanquizales de Lébor, de fines del IV, principios del III y relacionada con el asentamiento de Campico de Lébor. En este yacimiento, además de los estudios arqueológicos y antropológicos de sus abundantes materiales y restos óseos (de cerca de noventa y dos individuos), se

han llevado a cabo análisis de visibilidad, mostrando que se sitúa en un alto siendo localizable desde el exterior pero sin poseer control visual desde ella. También se conoce la existencia de megalitos en la región, en relación con zonas de paso o rutas de comunicación, así como una serie de cuevas funerarias, sin excavar pero localizadas por prospección, como Los Algarrobos, Cueva de las Muelas, Los Jaboneros, Casa Forestal de Mortí, Rincón de Yecar, Las Alquerías, etc. (A. Bollaín, 1986). El otro asentamiento de la zona podría ser La Loma de los Peregrinos, y quizá también pudieran establecerse ciertas conexiones con el de Murviedro, pese a corresponderse más rigurosamente con el área de Lorca.

Agrupación 12: Lorca. El valle del Guadalentín y el llano al pie de la serranía de la Tercia es una zona con dólmenes y cuevas del *neolítico* final al *calcolítico*, ente los que destacan los dos dólmenes de Murviedro y el abrigo-cueva mixta sepulcral del mismo nombre, por la abundancia de los materiales hallados, con objetos de plata y oro, así como por su perduración hasta adentrado el II milenio como espacio sepulcral, con enterramientos ya individuales. En estas tumbas, ente los restos óseos del IV-III milenios se constatan evidencias de cremación, como es habitual en los demás yacimientos de la zona murciana. Estarían en relación con el asentamiento de Murviedro y el del Cerro de la Iglesia de San Juan. Las cuevas funerarias Sagrada I y II pudieron estarlo con el de La Salud, sólo datadas en el III milenio.

Agrupación 13: Lorca-Vélez Blanco. Desde El Piar hacia el río Luchena, en la comarca del Guadalentín-Los Vélez, se ubicarían las necrópolis del Piar (diez sepulturas con cámara circular y evidencias de cremación) y la de tipo disperso del Río Corneros, con numerosos dólmenes, englobadas ambas en la agrupación ente la Sierra del Gigante y la de la Torrecilla. Junto a ellas, aparecen otros grupos sepulcrales o dólmenes, e incluso menhires. Debido a la cercanía, la correspondencia cronológica y ergológica podría haber estado vinculada con los asentamientos del Cerro de las Canteras o el del Cerro de los López, que figuran como lugares centrales de la zona de las agrupaciones 10 y 14, respectivamente, de la falda sur de Sierra María.

En general, en esta zona de Lorca, en torno al Guadalentín y Los Vélez, los dólmenes presentan cámaras con tendencia circular y se fabricaron con mampostería sobre zócalos de ortostatos. Algunos llegaron a cubrirse con vigas de madera o con falsas cúpulas y se ubicarían en terrenos de explotación ganadera más que agrícola, según M. San Nicolás del Toro (1994).

Agrupación 14: Vélez Rubio-Vélez Blanco. En esta zona en torno al actual municipio de Vélez Rubio y cerca de Vélez Blanco, se sitúan los asentamientos citados arriba y a los que corresponden sendas necrópolis concentradas del Cerro de las Canteras y del Cerro de los López.

La primera, con cuevas artificiales (doce) y varias cámaras circulares y semi-excavadas, cubiertas por túmulo, así como un *tholos* (*Calcolítico avanzado*) y un dólmen de corredor, presenta materiales simbólicos, de metal y marfil que fueron estudiados para establecer las diferencias en los niveles de riqueza en los años 80.

La segunda, con dólmenes y materiales más pobres, se data, como la primera, a fines del IV, principios del III y no están muy lejos del santuario de pintura esquemática de la Cueva de los Letreros, y del puerto de montaña de María, un importante paso para las comunicaciones en la zona.

Agrupación 15: Sierras de Jurema y Montilla. En esta zona entre Huéscar y Puebla de Don Fadrique, entre las sierras mencionadas, destacamos una dispersión de dólmenes y la Cueva Carada, artificial, con más de ciento cincuenta individuos enterrados y datada en el *Neolítico final*, aunque su excavación es antigua.

Agrupación 16: Orce. La necrópolis dolménica (que incluye también una cueva artificial) concentrada del Cerro de la Virgen, asentamiento calcolítico central fortificado de la zona de Venta Micena, se encuentra en las estribaciones del Parque Natural de Sierra María, cerca del paso de montaña de María. Ofreció materiales abundantes, entre los que destacan los de tipo metálico y de materias como el marfil, así como los ídolos.

Agrupación 17: Pasillo Cullar-Chirivel. Entre las Sierras de María, Las Estancias y Orce, el pasillo de los valles del Cúllar y de la Rambla del Chirivel aparece ocupado por diferentes grupos de dólmenes (El Gatar, Los Espinos) y la cueva artificial de La Fuentecica, etc., en lo que parece configurarse como una necrópolis dispersa datada entre el IV y III milenios (La Fuentecica con uso también en el II) y que parece haberse distribuido a ambos lados del puerto de El Contador, aunque la mayoría de los enterramientos, en cámaras circulares, se localizan en la zona de Cúllar, hacia el oeste del pasillo. Habrían dependido del asentamiento de El Malagón. Este poblado estuvo en uso durante el *Calcolítico pleno*, apareciendo como lugares controlados por él El Vinco y Las Vertientes, Tarifa o El Sauco, entre otros (más cercanos a las necrópolis integradas en el área de Cúllar de esta agrupación). En cambio, los asentamientos de la zona datados en el *Neolítico final* son los de Cañada Solá, El Jaufí y los Cortijos de Bautista y de M^a Luisa (A. Moreno *et al.*, 1991-1992).

Agrupación 18: Las Águilas. En esta localidad costera se conoce la Cueva C-6, construida artificialmente en el IV milenio y posiblemente relacionada por su cercanía con el asentamiento de Las Pilas o con el de Almizaraque, en la desembocadura del Almanzora.

Agrupación 19: Alto Almanzora. En la zona de Purchena, el valle medio del río Almanzora aparece salpicado de agrupaciones de dólmenes dispersos con cronologías de fines del IV y principios del III

milenio, de entre las que destacamos la necrópolis concentrada del asentamiento de Las Churuletas, con seis cámaras circulares y hasta otros quince túmulos sin excavar y cuyos primeros trabajos pese a que podrían discutirse en opinión de M^a Paz Román (1995), ofrecen el estudio de numerosos materiales funerarios, la constatación de restos de actividad crematoria entre los cadáveres y un análisis de captación de recursos desde el poblado. Asociados a esta necrópolis parecen otras agrupaciones, en mal estado de conservación, así como la Cueva del Niño y las necrópolis dispersas de Urrácal, Zurgueña y Cantoria. Ésta sería la otra gran concentración de tumbas del valle junto a la de Purchena, distribuidas por los meandros, en zonas con gran visibilidad. Sólo surgen en este espacio otras necrópolis en las mesetas, cerca de los asentamientos en el III milenio, mientras siguen en uso las dispersiones del IV (M^a Paz Román y C. Martínez, 2005). Otros asentamientos de la zona son los del Cerro de los Novios/Navíos, Casablanca y los Cortijillos.

Agrupación 20: Llano de los Pedregales. En el Cabezo de la Copa, Casablanca, los dólmenes se asocian a la necrópolis *calcolítica* del asentamiento denominado como Llano de los Pedregales, aunque otros poblados jalonan el valle, como La Quinta, Terrera Alcaina o El Llano de las Ánimas.

Agrupación 21: Cortijillos. En el valle alto del Almanzora parece que podríamos establecer una conexión entre los asentamientos antes mencionados y el de Serón, cuya necrópolis concentrada, del mismo nombre, se data en el *Calcolítico*.

Agrupación 22: Bajo Almanzora. En el término de las Cuevas de Almanzora, la desembocadura del río y el Valle Bajo del Vera, las necrópolis dolménicas más destacadas son de tipo concentrado, correspondiéndose con los tres asentamientos más significativos: Almizaraque, Loma del Aretal y La Encantada, fortificados y ubicados en el litoral, según se desprende de los estudios de reconstrucción de la línea de costa efectuados en la región. Almizaraque y La Encantada engloban fosas *Neolíticas* y *tholoi* de fines del *Calcolítico*, con puertas perforadas y vestigios de cremación, mostrando la perduración en el uso que es habitual en estos yacimientos en términos generales. De hecho, en La Encantada se han constatado reutilizaciones del Bronce avanzado en algunas tumbas, como ocurre igualmente en otras del grupo de Atalaya (asociada con Purchena) en el Alto Almanzora.

La dualidad entre Bajo y Alto Almanzora que mostramos aquí al diferenciar ambos en dos agrupaciones funerarias se apoyaría, además de en los factores ya comentados, en los estudiados por R. Maicas en su artículo de 2005. Éstas se refieren a la morfología de las tumbas, más sencillas y sin corredor en el Bajo Almanzora, a los diferentes usos del fuego en términos rituales y al tratamiento de los cadáveres, hecho que ha afectado a su grado de preservación, por haber cubierto determinados miembros con ocre en el Alto

Almanzora, mientras que en el Bajo no. Estas discrepancias en las tradiciones culturales podrían estar indicando la existencia de dos comunidades diferenciadas, que Maicas interpreta como formaciones sociales en sí. Nosotros creemos que efectivamente serían grupos distintos, pero se integrarían en un mismo territorio conformando una misma formación social (como veremos más adelante). R. Maicas identifica también una zona intermedia ente ambos extremos del valle con rasgos menos nítidos, que podría adscribirse tanto a una como a otra área.

Agrupación 23: El Garcél. Cerca de Las Cuevas de Almanzora, en el valle del Antas destacamos las necrópolis de Rutilla y de Pernerá I, ambas dolménicas y asociadas a La Loma de Rutilla y al Garcél, uno de los asentamientos importantes en la red jerarquizada del *Calcolítico* de esta zona. Junto a ellos, también parecen destacarse los de La Gerundia, Las Ramiras y el Alto de la Cañada del Cura.

Agrupación 24: Mojácar. En este término municipal, concretamente, en el valle del río Aguas, cerca ya de la costa y de la desembocadura del Almanzora y el Antas, se localizan varias necrópolis relacionadas con Las Pilas, asentamiento central en el *Calcolítico* de la región. También son importantes las referencias a Cuartillas y Atalaya de Garrucha (de los que podría depender la necrópolis de Raja de Ortega), así como a la Loma del Campo, el Cerro del Cabezo de la Mata o el propio Mojácar ya que cada uno de estos asentamientos poseyó su propia necrópolis.

Agrupación 25: Sierra de Gata. En la rambla Morales, cerca de Los Nietos se constatan una serie de dólmenes y *tholoi* (once, siete de los cuales presentaban el corredor dividido en tramos y las puertas orientadas al sureste) datados en el final del IV y el III milenios integrados en la necrópolis concentrada del asentamiento de El Barranquete y conocida como necrópolis del Tarajal. Los materiales encontrados en el interior de las tumbas remiten a los objetos funerarios del entorno de los Millares, apareciendo también evidencias de cremación de los cráneos.

Agrupación 26: Millares. En esta agrupación incluimos las necrópolis del asentamiento de Los Millares y las de los alrededores, junto con las que se han identificado en el pasillo de Tabernas, por considerar que pese a las particularidades de estas últimas (entre las que figura la de integrarse por grupos considerados por sus investigadores como marcadores "de frontera") se corresponderían con la zona de control inmediato de este asentamiento. Así, encontramos la dispersión de los dólmenes de esta zona entre los valles del Andarax, Sierra Alamilla-Tabernas y Gergal. De hecho, las tres grandes necrópolis que se pueden identificar son: Los Peñones de Gergal (necrópolis del asentamiento); Millares, (con los subgrupos de Mojón, Los Frailes, Loma de Galera, Rambla de Huéchar, Cañada de Verdepay y los grupos más lejanos pero dependientes de Alhama y Gádor); y

Tabernas, con una variada representación de subgrupos de tipo concentrado, en llano y cercanas a asentamientos, con *tholoi*, como las de Rubialillos (del asentamiento de Terrera Ventura), Peñones, La Torrecilla, Rambla del Buho, Serreta de Marchante o Serreta de Lucaicena, o bien de tipo disperso en las crestas altas de la serranía, igualmente cercanas a asentamientos pero de pequeño tamaño o estacionales, como Velefique, Senés, Rambla Sevillano o Marchante Nuevo y finalmente, las dispersiones intermedias, como Escalericas, Jaracillos, Majadas, Pilares, el Campillo, Sierra Bermeja, la Cená, etc. (J. A. Cámara Serrano, 2001).

Las tipologías de las tumbas estudiadas son variadas, encontrando desde dólmenes de corredor, cámaras circulares, algunas semi-excavadas, hasta *tholoi*, predominando la mampostería como técnica constructiva y las puertas perforadas en las sepulturas más modernas.



38. Vista de la excavación de un Tholos de Los Millares (Almería)

En otro orden de cosas, los cerca de setenta *tholoi* con corredor de Millares han proporcionado información sobre las orientaciones de las puertas hacia el sol naciente (aunque con excepciones). Algunos parecen atender también a criterios de orientación topográfica en su construcción, teniendo como referencia los picos prominentes de Sierra Nevada, de fácil observación desde la necrópolis (J.A. Belmonte y M. Hoskin, 2002). Estos autores han efectuado otros estudios cerca de Almería, en la zona de Alhama. Las cistas megalíticas muestran evidencias de orientación hacia el sol ascendente (sureste), lo que es interpretado por ellos como una discrepancia con respecto a Millares y una posible traba para integrarlas en esta agrupación.

Sin embargo, ellos mismos, admiten que la "tradición" característica de todo el sur peninsular es la que combina ambos modelos, el de sol naciente y el de sol ascendente, por lo que a nuestro juicio, no resultaría extraño que aparezcan igualmente combinadas en una misma agrupación funeraria de amplio espectro espacial, como esta. Finalmente, comentaremos que las prospecciones efectuadas en esta área han permitido documentar un elevado número de asentamientos del período que nos ocupa, de entre los cuales destacaremos Los

Millares como lugar central y otros poblados de referencia para las necrópolis mencionadas, como El Chucho, Cerrillo de los Gitanos, Planete, Cerro Redondo, Loma de Huéchar, Terrera Ventura y los Peñones de Gergal.



39. Reconstrucción esquemática de un Tholos de Millares

Agrupación 27: El Ejido. En esta zona de Almería se localiza un conjunto de sepulturas conocido como la Venta del Viso. Parece tratarse de una agrupación de valle y costera y que habría dependido del asentamiento de El Viso, aunque no existen referencias muy rigurosas acerca de sus características.

Agrupación 28: Albuñol. Lo mismo podemos decir de esta cueva sepulcral, la Cueva de los Murciélagos, datada a fines del IV milenio y de la que se conocen los excepcionales materiales arqueológicos (esqueletos momificados, adornos personales en oro, vestimenta de esparto conservada con restos aún de policromía, etc.) pero que fue excavada hace tiempo y no aparece integrada en ningún análisis territorial especialmente significativo. Su ubicación en un alto de valle cercano a la costa subbética granadina, parece responder a una distribución de tumbas colectivas en enclaves importantes por su capacidad de control de zonas con salida al mar y que salpica toda la costa mediterránea, incluyendo El Ejido, Albuñol, Nerja, El Rincón de la Victoria, Marbella y Tarifa.

Las cuatro últimas sepulturas mencionadas han sido integradas en un territorio diferente en función de la posible relación de función-utilidad que pudo tener para el espacio central de la misma, siguiendo la lógica del aprovechamiento y control multivalente del territorio que parece caracterizar estas formaciones sociales. Sólo la relación entre las dos primeras y un territorio concreto está poco clara a día de hoy.

Agrupación 29: Gor-Gorafe. Esta es una de las agrupaciones que comprende un mayor número de sepulturas, que aparecieron publicadas en principio (años 50 a 80) como grupos independientes pero que en la actualidad ya se mencionan en los últimos estudios como un único gran conjunto dolménico que discurre por el cañón del río Gor y la falda occidental de Sierra de Baza, desde Guadix a Villanueva de las Torres. El espacio ocupado por esta necrópolis habría servido de canal de comunicación entre las tierras del llano del Marquesado de Zenete, justo en la falda de la Sierra de Baza y las del llano de transición hacia el alto valle del Guadalquivir.



40. Dibujo de la planta de un dólmen de Gorafe

Así, los subgrupos de Baños de Alicún, La Sabina, La Gabiarra, Llano de la Carrascosa, Las Viñas, Villanueva de las Torres, Cerro de los Cabecicos, etc. se componen de cistas megalíticas y sepulcros de corredor de cámaras trapezoidales, presentando materiales de cronología *Neolítico final* y *Calcolítico*, aunque en los cuatro subgrupos mencionados en primer lugar también se han constatado evidencias de reutilizaciones durante el Bronce y el Hierro.

Se incluyen en esta agrupación también las cuevas artificiales de la zona de Guadix y las tres necrópolis de tipo concentrado correspondientes a los asentamientos de Cerro de los Cabecicos, el Puntal de la Rambla y de Las Angosturas, poblamiento central de la zona y del que dependerían los otros dos.

La evolución del poblamiento en el área permanece sin estudiar en profundidad, pese a la abundancia de asentamientos conocidos, y todavía hoy se plantean diferentes autores (F. Ferrer Palma, 1981, 1982, 1984 y M. Castellano, *et al.* 2001) el proceso de conformación de una necrópolis de tal dimensión, bien como resultado de la agregación de necrópolis surgidas autónomamente y pertenecientes a dos o más formaciones sociales que con el tiempo se agregarían entre sí o bien por ampliación del número de tumbas a lo largo del tiempo.

Nosotros nos inclinamos por la segunda posibilidad, dado el estado actual del conocimiento sobre la estructura jerárquica del poblamiento en la zona. Éste sólo evidencia una red nuclear de relaciones interdependientes de asentamientos durante el III milenio, no pudiendo adscribir con seguridad al período anterior, de fines del IV, determinados poblados con necrópolis propias, susceptibles de agregaciones posteriores a dicha red.



41. Dólmen de Gorafe

Agrupación 30. Piñar. La vertiente norte de Sierra Harana y el valle del Cubillas, entre los puertos de montaña de Óñitar y del Zegrí y de Torrecandela discurre otra agrupación de numerosos dólmenes y cuevas, tanto en dispersión como en necrópolis de asentamientos. Durante el período de fines del IV-III, destacan los dólmenes de Fonelas (más de quince, con grabados en los ortostatos en algunos casos), los del poblado de El Cerro de los Castellones de Laborcillas (Los Eriales), considerado como el lugar central de esta región, y de Pedro Ramírez, así como la cueva natural del Cerro del Castellón (asentamiento dependiente de Laborcillas). Del *Neolítico final* exclusivamente encontramos las cuevas de Torrecandela, cerca de otro asentamiento conocido como el Cerro del Molino, pero que presenta cronologías más avanzadas de fines del III milenio, y la de Piñar. A ésta última podría asociarse el Dólmen del Chillarón, cercano a ella. De fines del *Calcolítico y del Bronce* es la necrópolis del asentamiento, de similar período, llamado el Cerro del Greal.

Agrupación 31: Cogollos-Vega. La cueva CV-3 y el Dólmen de Calicasas responden en esta zona a las características de las sepulturas colectivas del período que nos ocupa, ubicándose sobre los terrenos elevados de la Vega del Genil, entre la zona del valle y la Sierra de Huétor.

Agrupación 32: Huétor-Santillán. Separada de la anterior por los puertos de La Mora y del Lobo, la necrópolis del Cerrillo de las Cabezuelas discurre en el espacio con diversas cámaras trapezoidales construidas y usadas en el *Neolítico Final*. No hemos incluido ésta necrópolis en la agrupación 31, ni en la 33, por no corresponderse las cronologías y no conocer con exactitud sus vínculos con asentamientos en ninguna de ellas. Esta zona no ha sido convenientemente prospectada, y ante las dudas, preferimos establecer las conexiones más plausibles, no en el nivel de la configuración de necrópolis, sino en el de construcción de territorios sacro-políticos, que al poseer una dimensión espacio-temporal más amplia, pueden incorporar territorios funerarios de diferentes épocas

dentro de la propia dinámica de evolución de una misma formación social.

Agrupación 33: Monachil. La Necrópolis de Monachil discurre por la falda de Sierra Nevada, posiblemente relacionada con las dos anteriores como hemos comentado, aunque disponemos de poca información sobre ella.

Agrupación 34: El Padul. Esta necrópolis de cámaras circulares y trapezoidales, con pequeños corredores y levantadas en mampostería con cubiertas de falsa cúpula fue estudiada hace ya varios decenios. Sabemos que sus más de treinta tumbas se distribuyen por el altollano entre la Sierra Nevada y la Sierra Almijara, en la margen meridional del puerto del Suspiro del Moro, que conduce a la costa a través de dicha serranía. Se data en el *Calcolítico* y no se conocen los asentamientos a los que pudo estar vinculada. Es destacable la ausencia de estudios espaciales en este sector de la provincia de Granada.



42. Sepultura de El Padul

Agrupación 35: Bermejales. La necrópolis del Pantano de los Bermejales, por el contrario, es una de las que ha sido objeto de una mayor cantidad de estudios recientemente (A. Arribas y J. Ferrer, 1997). Con una cronología que abarca del *Neolítico final al Calcolítico* avanzado y evidencias de continuidad en el uso de determinados dólmenes durante el II milenio, esta necrópolis de sepulcros de corredor y galerías presenta una gran abundancia de materiales, estudiados a nivel micro (posición dentro de cada tumba) y meso-espacial (relaciones morfológicas, de intervisibilidad, etc. entre tumbas). En Los Vínculos I y II parecen detectarse evidencias de violencia sobre los cadáveres (J.A. Cámara Serrano, 2001). Los diferentes subgrupos localizados podrían también estar en relación con los cuatro dólmenes y fosas excavadas del calcolítico del valle del Río Cacán, por lo que se incluyen en esta agrupación, junto con la Cueva de la Mujer. La correlación de todos ellos en el entorno del único valle entre los puertos del Suspiro del Moro y de Zafarraya es significativa.

Tan sólo resta por conocer la estructura poblacional de la zona para poder determinar a qué asentamientos pudo asociarse y cuál sería el lugar central de la región.

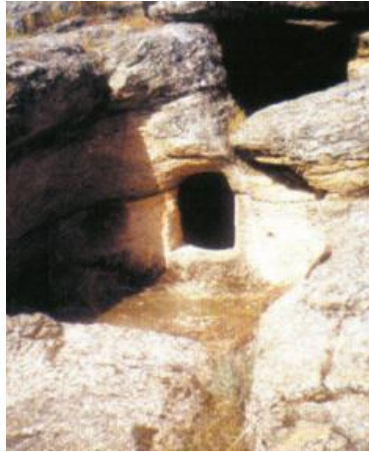
Agrupación 36: Nerja. Este yacimiento, de larga perduración, con inicios de ocupación en el *paleolítico* y ocupación calcolítica en torno al 2630 Cal. B.C. (A. Mederos, 1996), presenta enterramientos colectivos con materiales del *Neolítico Final* y *Calcolítico* y pinturas esquemáticas de antropomorfos asociadas a ellos en la Sala de la Torca, como ya comentamos anteriormente. La Cueva se sitúa a escasa distancia de la costa y podría haber tenido conexiones con la agrupación de Bermejales por razones estratégicas.

Agrupación 37: Zafarraya-Vélez Málaga En torno a las Ventas de Zafarraya y el puerto del mismo nombre, en la zona alta del valle del río Vélez se conoce la existencia de un dólmen. Esta zona está parcialmente estudiada, y poseemos nada más que referencias, pero su ubicación geográfica hace que sea interesante que quede constancia del yacimiento de Zafarraya, aunque sólo se conozca por menciones en bibliografía antigua. No obstante, parece poder establecerse relación entre éste y las sepulturas de la zona de Vélez-Málaga.

Al otro lado del puerto y desde el nacimiento a la desembocadura del río Vélez, se localizan una serie de dólmenes construidos en el III milenio. En los términos municipales de Vélez-Málaga y Arenas, en torno al río Seco y la Depresión de Colmenar se encuentran los dólmenes de Cortijo Zavas, de Arroyo Pivi, la necrópolis de Las Pelegrinas (del asentamiento de Peña del Hierro, probablemente), y ya cerca de la costa, los dólmenes de Cerro del Romeral, Cerro Cambero, Cerro Alto, Haza Honda y del Cerro de la Corona (éste del IV-III milenios). E. Martín y A. Recio (1999-2000 y 2004) los relacionan con asentamientos como Peña del Hierro, el principal de la zona, Cerro de la Capellanía o Morro de Mezquitilla (costa).

El carácter lineal de esta agrupación se debe a su fuerte dependencia del cauce del río para la distribución de lo que quizá pudiera considerarse una necrópolis dispersa, relacionada por un lado con Bermejales a través de Zafarraya y por el otro, con Antequera y Rincón de la Victoria.

Agrupación 38: Loja. Ente las comarcas de Loja y Huétor Tájar se distribuyen los yacimientos que configuran esta agrupación. Ocupan el nicho ecológico del valle del Genil y los llanos circundantes, piedemonte de la Sierra Martilla, estando muy cerca del puerto de los Ventorros. A la cronología de final del IV milenio-principios del III correspondería la necrópolis dispersa de Sierra Martilla (cámaras semi-excavadas cercanas al asentamiento *Calcolítico* del mismo nombre).



43. Puerta de una cueva sepulcral de Sierra Martilla

Al *Calcolítico pleno y final*, corresponderían la Covacha de la Presa (cueva natural con restos de hasta sesenta y ocho individuos, objetos de prestigio entre los ajuares, en marfil y oro, y con ocupaciones en el II milenio) y las necrópolis concentradas de los asentamientos de El Manzanil (dos cuevas) y Los Arenales (dos cistas megalíticas circulares y otras estructuras desaparecidas). La Cueva del Coquino es una cueva sepulcral *neolítica* que presenta una inhumación individual, pero se ha incluido en esta agrupación por la estrecha conexión que parece existir entre todos los yacimientos funerarios estudiados por J. Gamiz (1997). El trabajo de prospección y análisis espacial de distribución del poblamiento de esta zona no identifica el poblado *Neolítico* asociado a la necrópolis de Sierra Martilla, por lo que ésta se puede conectar sólo con el asentamiento homónimo en su fase más tardía, de principios del III milenio. Desde esta área, el centro de control territorial se desplazaría hacia la zona de El Manzanil, a fines del III, apareciendo éste como el lugar central de la región ocupada por esta agrupación funeraria. Los otros yacimientos de habitación destacables son La Esperanza y La Presa, Cueva Horá o La Caridad.

Agrupación 39: Montefrío. En los términos de Montefrío, Parapanda, Puerto Lope, Moclín y Arrollo de la Cañada se localiza esta agrupación, con la necrópolis de uno de los yacimientos más estudiados y referencia del *Neolítico final* andaluz, La Peña de los Gitanos en los Castillejos de Montefrío como eje del conjunto. Este asentamiento se configura como el centro desde el que se controlaría el territorio que abarca esta agrupación funeraria. Junto a los cerca de treinta dólmenes de corredor o semiexcavados, galerías y fosas de esta necrópolis, encontramos las cuevas sepulcrales de Las Tontas (también asociada este asentamiento), la Cueva de la Colá (también de fines del IV) y el Dólmen de la Pileta de la Zorra (datado ya en el *calcolítico*). Al igual que en otras zonas ya descritas, el asentamiento-necrópolis de Montefrío se sitúa cerca de un puerto de montaña, el de Puerto Lope.

Los trabajos de J.A. Belmonte y M. Hoskin (2002) sobre las orientaciones de las puertas de esta necrópolis muestran una elección del sol naciente (este) como norma general, aunque aparezcan casos de tumbas con patrón de sol ascendiente (sureste).

Agrupación 40: Alcalá la Real. En las tierras altas entre las localidades del Castillo de Locubín y Alcalá la Real, se conocen las cuevas artificiales *calcolíticas* de la Necrópolis del Cerro de las Canteras (tres excavadas, de tipo cámara circular, y otras posiblemente asociables en tres yacimientos cercanos). Los materiales y su ubicación la hacen conectar tanto con la zona de Montefrío como con la de Cabra.

Agrupación 41: Sierra de Cabra. La zona comprendida ente Priego de Córdoba, Cabra, Fuente Tójar, Luque, Encinas Reales y Zuheros es rica en cuevas naturales y artificiales, dadas las características del terreno (macizo calcáreo), habitadas desde inicios del *Neolítico*. Las que presentan enterramientos colectivos de fines del IV y el III milenios han sido estudiadas y publicadas de forma independiente, pero sus características tanto morfológicas como ergológicas permiten agruparlas en una única gran necrópolis de cuevas (más de quince, aunque también se conocen dólmenes como el de La Dehesa de la Lastra y el del Poyato –M^a R. Lopera, 1995-) ubicadas sobre los terrenos elevados que dan paso al valle medio del Guadalquivir. Algunas de ellas se considera necrópolis concentrada, como la del asentamiento de La Veleña, o las de La Piedra Preña, aunque los poblados de mayor importancia en la zona serían La Mesa (lugar central) y La Fuente del Río, dependiente del primero en el III milenio. En muchas de las cuevas sepulcrales de esta agrupación se conservan restos de pintura esquemática (Los Cholones, Los Murciélagos o La Murcielaguina, todas del *Neolítico*, son las más representativas).

Agrupación 42: Guta. En torno a Castro del Río y Espejo, localidades de la llanura aluvial del Guadalquivir-valle del Guadajoz, se localizan los dólmenes de Arrollo Sileras, Castro del Río y la necrópolis del asentamiento de Guta, igualmente dolménica y datada como los primeros en el III milenio. El poblado de Guta se perfila como el lugar central de un territorio más amplio, como veremos más adelante.

Agrupación 43: Martos. En este caso, mantenemos el yacimiento del Polideportivo de Martos como un caso independiente, sin agrupar en este nivel de análisis de relaciones debido a las características específicas del mismo y que lo diferencian de los que por cercanía, podrían estar en conexión con él: enterramiento en fosa en la zona de hábitat, del IV milenio, que pese a ser colectivo (dos mujeres adultas) difiere de lo que es habitual encontrar en otros yacimientos incluso en determinados rituales funerarios (ofrendas de animales domésticos, perros entre ellos, ajueres domésticos, etc.) (J.A.

Cámara y R. Lizcano, 1996, 1997; R. Lizcano *et al.*, 1997 y R. Lizcano, 1999).

Por ello, lo mantenemos en este estudio sólo como referente de los inicios del proceso de disociación ritual entre el mundo de los vivos y el de los muertos en un contexto de restricción del acceso al enterramiento que todavía no se expresa mediante la monumentalidad del contenedor, pero que ya avanza los principios del concepto de unidad del clan en la muerte. Por tratarse de una manifestación embrionaria del esquema funerario posterior, no ofrece información relevante sobre los mecanismos de construcción del paisaje sacro-político de la formación social a la que pertenecería Martos.

Agrupación 44: Marroquíes. En la ciudad de Jaén se ha constatado la necrópolis de Marroquíes Altos, asociada al asentamiento de Marroquíes, probable Lugar Central de control de su región durante el *Calcolítico*. Se compone de cuevas naturales y artificiales y de fosas (excavadas de antiguo y muchas de ellas, perdidas en la actualidad) que comienzan a utilizarse durante el *Neolítico Final* y perduran hasta el *Bronce*. En torno al asentamiento también se han localizado otra serie de cuevas artificiales y enterramientos en zanjas o fosas circulares con escaso ajuar (F. Hornos *et al.*, 1998; R. Lizcano, 1999; R. Lizcano *et al.*, 1996; A. Ruiz *et al.*, 1999; J. Zafra *et al.*, 1999). Sus cronologías aún son difíciles de precisar, pero podrían relacionarse con la necrópolis anterior.

Cerca del actual embalse de Quibrajano (ríos Valdearazo y Jaén) conocemos de la existencia de los dólmenes de Otiñar y de Cerro Veleta, aunque sus referencias provienen de estudios antiguos y no están cotejadas en ningún análisis de poblamiento de la región (inexistente), se pueden asociar a las fortificaciones de la zona de Cerro Veleta (N. Zafra y C. Pérez, 1995). Podrían estar también relacionados con la cercana agrupación de Píñar.

Por otro lado, ente Jaén y Arrollo del Salado, en la zona de la Sierra Mágina también se conoce de la existencia de otra cueva sepulcral artificial, Albánchez-Torres 5 (E. Rivero, 1988 y J. A. Cámara Serrano, 2001). Pese a la distancia, podemos pensar que se relacionaría con el territorio bajo control de Marroquíes.

Agrupación 45: Arroyo del Salado. En este caso, nuevamente mantenemos aislados un par de yacimientos: la cueva sepulcral de la Cabra de Santo Cristo y la Cueva de Albánchez Torres, por disponer de pocos datos para asociarlos con ninguna de las agrupaciones circundantes, de las que por otro lado, se encuentran alejados. No obstante, su ubicación cercana al nacimiento del Arroyo del Salado, afluente del Guadiana Menor, que lo es, a su vez, del Guadalquivir, podría poner a estas cuevas en conexión con las formaciones de Peal del Becerro.

Agrupación 46: Peal del Becerro. La Necrópolis de Haza del Trillo y el dólmen de La Sabina (en Quesada) se ubican en la zona baja del Guadiana menor, muy cercanos al valle del Guadalquivir. La primera, se compone de dólmenes datados a fines del IV, principios del III milenios, varios *tholoi calcolíticos* y una cueva artificial con cinco individuos enterrados en dos momentos diferenciados.

Agrupación 47: Castillar de Santiesteban. Al igual que ocurre con los yacimiento-agrupación 45 y el 48, la Cueva de la Sima (cueva artificial con cámara funeraria y enterramiento múltiple) se encuentra a demasiada distancia de los yacimientos circundantes, no existiendo otros intermedios ni estudios del poblamiento de la región que puedan correlacionarlos entre sí, por lo que aparecen en este estudio como agrupaciones diferenciadas. Sin embargo, podría, junto con la 48 y la 49, tener algún tipo de conexión con el territorio del alto valle del Guadalquivir.

Agrupación 48: Cuevas de Ambrosio. La cueva artificial de Cuevas de Ambrosio se localiza en las estribaciones de la Sierra de Cazorla, en el nacimiento del Guadalquivir.

Agrupación 49: Úbeda-Baeza. Entre ambas localidades, en el altollano del valle del Guadalquivir la bibliografía consultada muestra referencias genéricas a enterramientos colectivos, dispersos, muchos de ellos expoliados antiguamente. Concretamente, en torno a Los Horneros, en una zona de serranía, se ubican diversas estructuras dolménicas, con construcciones mixtas y cercanas a pinturas rupestres de tipo esquemático (J. A. Cámara, 2001). La relación con Cástulo, como asentamiento central en esta región se puede establecer por proximidad.

Agrupación 50: Cástulo. En el actual pueblo de Linares, la necrópolis de Los Patos se asocia directamente con el asentamiento *Calcolítico* de Cástulo, lugar central de la región del que dependerían otros asentamientos del área de Jabalquinto, entre los valles del Guadalén y el Guadiel.

Agrupación 51: La Carolina. El conjunto de cuevas artificiales denominado como Cuevas del Acebuchal se encuentra en la zona de La Carolina-El Acebuchal, entre el llano y el nacimiento del valle del Guadiel. Los Baños de la Encina y el Embalse del Rumblar son asentamientos menores que podrían vincularse con esta necrópolis, pero el de mayor importancia en la zona es Cástulo. Por otro lado, el Puerto de Despeñaperros, paso principal a través de Sierra Morena en esta zona, no se encuentra muy alejado, junto con sus abrigos con signos esquemáticos.

Agrupación 52: Cazalilla. En el Valle medio del Guadalquivir, la necrópolis de cuevas artificiales que existió en el término de Cazalilla está hoy destruida, por lo que no disponemos de muchos datos sobre

materiales o rituales funerarios. La Cueva artificial del Cortijo del Linde, con ocho individuos dispuestos por parejas radialmente en el interior de la cámara, es el único yacimiento de la necrópolis del que poseemos información de excavación (E. Rivero, 1988).

Por cercanía, se podría relacionar con las cuevas de las localidades de Arjona y La Higuera. El asentamiento más conocido de la zona es el Cerro de la Coronilla.

Agrupación 53: Arjona. En esta zona se localizan dos cuevas artificiales: La Cuesta del Parral (con hasta doce cráneos alineados en su interior) y Torrecillas. Están sobre terrenos llanos, de cultivos, cerca de pequeños asentamientos, aunque no vinculadas directamente con ellos. La primera muestra una cronología del *Neolítico Final*. Los estudios territoriales efectuados por Nocete muestran que los asentamientos centrales de esta zona serían Porcuna y Los Alcores, pero la adscripción de esta agrupación a su círculo es dudosa, por las discrepancias cronológicas.

Agrupación 54: Porcuna. En torno al asentamiento de Porcuna se distribuye la necrópolis concentrada de Cerrillo Blanco. Según diversos autores (F. Nocete 2001, principalmente), éste y otros poblados, como Albalate, habrían estado en relación de dependencia con el de Los Alcores, el lugar central de la zona del valle medio del Guadalquivir durante el III milenio.

Agrupación 55: Montoro. La necrópolis concentrada del asentamiento del Llanete de Los Moros es una necrópolis de enterramientos en silos. Se trata de una de las tres que hemos considerado puede interpretarse en los mismos términos que las de tipo dolménico o de cuevas en tanto que son significativas de la existencia del culto a los antepasados entre una población calcolítica importante por su ubicación estratégica dentro de la red nuclear de asentamientos jerarquizados de la zona (en este caso, el valle medio del Guadalquivir). Pero como ya indicamos anteriormente, el empleo de silos como sepulturas presenta dudas en cuanto a su participación del significado simbólico que pudiera haber tenido la otra modalidad de enterramiento en edificios monumentales.

Agrupación 56: Archidona. En la Sierra del Pedroso, entre Loja y Antequera, se ubica la necrópolis de Peñas Prietas, un conjunto de cuevas datadas en el *Calcolítico* y que podría relacionarse con el área de Antequera, y por tanto con el asentamiento de El Tardón, más que con la zona de Loja.

Agrupación 57: Casabermeja. Los dólmenes del Tajillo del Moro, Cerro Alcaide, Casa Arias, Era del Cura, La Roza del Caracol, Cortijo Mosampedo y los que conforman la necrópolis concentrada de Las Chaperas, en torno al asentamiento de Cerro García, se datan también en el III milenio y su ubicación en la parte alta de una de las ramblas que desembocan en la costa (actualmente en Málaga) y al

norte de un puerto de montaña (Puerto del León), permite pensar en la importancia de esta agrupación como elemento expresivo (o ejecutivo) de control sobre el acceso al mar desde las tierras altas del Torcal de Antequera.

Junto a Cerro García, parece que los asentamientos de referencia podrían haber sido los de Los Peñones, El Castellón y Aratispi, según E. Martín y A. Recio, 2004). Estos autores también destacan la existencia de abrigos con pinturas esquemáticas en esta zona.

Agrupación 58: El Rincón de la Victoria. En esta localidad costera se conoce la cueva natural del mismo nombre, así como otras grutas habitadas en el *Neolítico*. El Dólmen de la Araña se localiza al sur del Puerto del León, en la zona de la actual Totalán. En la cueva de la Araña se ha constatado un poblamiento continuado desde el IV al III milenios a.C. y cerca de Málaga se localiza otro asentamiento relativo a esta agrupación, el de San Telmo. En conjunto pudo tratarse de una serie de enterramientos igualmente integrados en la lógica de la organización territorial de la formación social de Antequera así como pudo también tener relación con la agrupación de Vélez-Málaga.

Agrupación 59: Embalse de Guadalhorce-Guadalteba. En los términos de Adrales, La Matraca y en torno al valle del río Abdalajis se localiza la necrópolis concentrada de Las Águilas o Aguilillas, asociada al asentamiento del Castellón (J. Ramos *et al.*, 1997b). También se conocen El Mirador, San Miguel y Peña Ardales (IV-III y posible yacimiento principal de la zona). Se trata de un conjunto de cuevas datadas en el *Calcolítico* al que vinculamos también la Sima de la Curra, una cueva artificial con enterramientos múltiples y signos esquemáticos asociados. J.L. Sanchidrián (1994-95) la considera un modelo de traslación del esquema arquitectónico dolménico a las cuevas, por su organización del espacio sepulcral interior y el tratamiento de éste a nivel ritual, con pinturas de antropomorfos esquemáticos ante la entrada a la cámara, entre otras cuestiones.

Agrupación 60: Antequera. Este conjunto de dólmenes y cuevas artificiales se organiza en torno a los asentamientos del Cerro Marimacho (D. Martín *et al.*, 2004) y el Cerro Antequera, discurriendo por el valle del Guadalhorce, entre la Sierra del Humilladero y la de Pedroso. La Necrópolis del Tardón la constituyen dos sepulturas colectivas con cerca de diez y seis individuos enterrados, excavadas en la roca pero delimitadas por ortostatos (arquitectura mixta) y que se asociaría con el poblado del mismo nombre, datándose en el *Calcolítico avanzado* (con cerámica campaniforme). También son cuevas artificiales (diez y ocho, con corredor y nichos laterales) las que componen la necrópolis de Alcaide, abarcando cronológicamente desde el *Neolítico final al Bronce avanzado*. El asentamiento de referencia en este caso sería el del Cerro del Cortijo de Alcaide. En cambio, la necrópolis de Antequera, que estaría en relación directa con los primeros asentamientos mencionados, y quizá con el del Peñón del Oso, se compone de los subgrupos de dólmenes de

Humilladero, Peñas Prietas, y las sepulturas de corredor de Menga, Viera, el *tholos* de El Romeral, etc. de grandes dimensiones, cubiertos por túmulo y datados en el final del IV-principios del III milenios a.C.



44. Dibujo de la entrada al dólmen de Menga (Siret)

La necrópolis de Antequera es una de las que ha sido estudiada por J.A. Belmonte y M. Hoskin (2002) en términos arqueoastronómicos, ofreciendo resultados interesantes que se escapan a la norma en el sur peninsular, salvo en el caso de Viera, que parece responder al patrón sureste (sol creciente) y por tanto, entrar dentro de la misma. Pero en el caso de Menga, se detecta una orientación hacia el Noreste, el norte de la salida del sol en el solsticio de Verano, que es bastante anómala. Estos autores argumentan que quizá sus constructores quisieron compaginar la orientación astral con la topográfica, llegando a condicionar esta última a la primera. La Peña de los Enamorados, cercana a la necrópolis, parece ser el hito paisajístico al que se orienta la visión desde la cámara del dólmen. El Romeral, por su parte, se orienta al Sur-Suroeste del horizonte, que se corresponde con la mitad occidental del cielo, convirtiéndose así en un caso único en la Península Ibérica. Es destacable el hecho de que se combinen tres sistemas de orientación diferenciados en la misma necrópolis.



45. Vista exterior de El Romeral

Agrupación 61: La Alameda. Esta necrópolis de cuevas artificiales de cámara circular con corredor, escalones interiores, etc., (veintiocho de las que se conservan sólo once) guarda mucha similitud formal con las de Alcaide y el Tardón (J. Fernández, *et al.*, 1997), por lo que la relación entre ellas a nivel macroespacial parece estar clara. El asentamiento más cercano es Alameda y su cronología abarca del

Neolítico final al Calcolítico, siendo éste un elemento de diferenciación con respecto al Tardón, aunque no con Alcaide, la más cercana.

El hecho de ubicarse a cierta distancia de ellas, más cerca del valle del Genil que del Guadalhorce nos lleva a mantenerla como una agrupación independiente, aunque vinculada en el plano territorial con Antequera, como veremos más adelante.

Agrupación 62: Estepa-Gilena. En la comarca de Estepa, cerca de la llanura aluvial de un afluente del Genil, se localizan las cuevas y dólmenes de El Negrón, Cueva Antoniniana, El Ronquillo y Juan Corrales, dependientes del asentamiento El Negrón (2915/2884 a.C. cal., según A. Mederos, 1996). En Gilena se concentran las cuevas artificiales del Negrón y la Antoniniana, con trece individuos enterrados, abundantes materiales y perduración en el uso hasta finales del III milenio, así como la de Juan Corrales, con evidencias del empleo del ocre en los rituales. Aunque algunas hayan desaparecido, constituyeron una fuente importante de información para los estudios de diferenciación de riqueza en los ajueres (Cruz Auñón *et al.* 1993). El Ronquillo, por otro lado es un grupo de dólmenes de galería, cercano a las cuevas mencionadas.

Agrupación 63: Santaella. En el valle del Genil conocemos la cueva de la necrópolis de La Calva. Se ubica cerca de los asentamientos de La minilla y olivar del Pósito, del III milenio. En la cueva se localizaron restos de un enterramiento campaniforme, pero M^a R. Lopera (1995) considera que se construyó y usó con anterioridad al final del *Calcolítico*.

Agrupación 64: Posadas. La Sierrezuela (I y II) es la necrópolis que se ubica en el término de posadas, cerca del embalse de Breña, en el valle medio del Guadalquivir. A ésta se puede añadir el yacimiento de Bramadero, en las estribaciones de la Sierra de Hornachuelos. También en Hornachuelos, aunque algo más alejados, están la Cueva de la Aljabra y el dólmen de Mezquetillas (M^a R. Lopera, 1995). No existe mucha información sobre estos yacimientos (salvo que posiblemente sean *calcolíticos*), al igual que sobre el de La Calva y por ello, los mantenemos con independencia, aunque planteando la posible vinculación entre ellos en el marco de un territorio mayor. No obstante, tampoco sería factible definir ni los límites, ni los asentamientos de referencia de dicho territorio, por lo que no lo afirmaremos, siquiera a nivel especulativo.

Agrupación 65: Obejo. En el Valle del Guadalquivir, cerca de su nacimiento y por tanto, alejado del Guadalquivir, se localiza el dólmen de La Camorrilla, datado en el *Calcolítico* y posiblemente asociado al asentamiento de Peña Calera. También en esta zona se documenta la Cueva de Cañaveralejo, datada en el IV-III (M^a R. Lopera, 1995).

Agrupación 66: Los Pedroches. Hacia el norte, ya en plena Sierra Morena, en concreto, en la zona conocida como Los Perroches, ha sido estudiada (B. Gavilán y J.C. Vera, 1994) la necrópolis dispersa de los Pedroches o Perroches, con unas fechas del IV milenio aportadas por los materiales de los dólmenes.

Agrupación 66 b: Villanueva. Cerca de la agrupación 66, en el entorno de Villanueva de Córdoba, un paisaje serrano al norte de la Sierra de Cardeña y Montoro y en la vertiente meridional del cauce del Guadalmeéz, se localizan cinco dólmenes y un *tholos*, posiblemente relacionados con los de Pedroches. Por este hecho y por extenderse en el mismo cauce fluvial que la agrupación anterior, la hemos denominado también 66, aunque mantenemos cierta diferenciación por la lejanía. Las sepulturas de Cruz Maestro, Minguillo, Moralejo, Aguilillas y Almagrera (I y II) son probablemente del IV-III milenio a.C. En las inmediaciones se conoce el asentamiento de Fuente de los Tinajeros.

Agrupación 67: Belméz. En la zona de los términos de Belméz, Peñarroya, Pueblo Nuevo, en torno al actual embalse de Sierra Royera, del Río Guadiato, los trece dólmenes (y un *tholos*) de la necrópolis de Sierra Palacios y Belméz se distribuyen en varios subgrupos (Sierra Palacios, Antonio Carbonel, Agudelo, Fuente del Corcho, Doña Rama, etc.), que formarían triángulos en algunos casos y estarían orientados al Este, según A. de Sánchez, (1999). Algunos están cerca del asentamiento de Sierra Palacios y otros se dispersan por los alrededores, pero constituirían una misma agrupación, conjuntamente con una cueva en los afloramientos calizos bajo el poblado (J. C. Vera, 1995, 1999). La necrópolis se extendería hacia el Sur (Villanueva del Rey-Espiel) donde se ubican las sepulturas de Los Prados y Mina de Antonio, un túmulo y un dólmen respectivamente, así como el dólmen de K17 y la Cueva del Cerro del Castillo. El asentamiento principal, fortificado, se data en el *Calcolítico*, pero la necrópolis muestra enterramientos desde finales del IV milenio y durante todo el III. También parece existir un antiguo filón de cobre en las cercanías, así como otro asentamiento importante, La Vaquera, que podría haber contado con su propia necrópolis concentrada (J.C. Martín y J.C. Vera, 2002).

Agrupación 68: Fuenteovejuna. La Necrópolis de la Calaveruela, en el valle alto del Guadiato se compone de dólmenes de diversas tipologías (de corredor, cámara, galerías y *tholoi*) datados en su mayoría en el *Calcolítico*, así como los dos asentamientos con los que parece guardar relación: La Cañaveruela (en un cerro defensivo, fortificado, *Calcolítico avanzado*) y los Delgados (en el llano, de principios del III milenio). Los subgrupos de Delgados, Gigante, La Horma, El pozo, Obatón y Sierrezuela presentan una gran uniformidad en los ajuares.

Agrupación 69: Lora del Río. En el valle medio del Guadalquivir, ya cerca de Carmona, se localiza el conjunto de dólmenes conocido como necrópolis de Los Majadales, acerca de la que disponemos de escasa información. Cerca de ella, en Puebla de los Infantes (entre la campiña y el valle) se localiza la Cueva artificial de La Copera (E. Romero, 2005), posiblemente relacionada con el asentamiento de Puerto de las Palmeras, de fines del IV-inicios del III milenio.

Agrupación 70: Carmona. En torno a la población de Carmona se conocen la necrópolis de este asentamiento, con *tholoi calcolíticos*, el Dólmen de Los Alcores y el de Las Canteras, de fines del IV milenio, y un conjunto de cuevas artificiales, distribuidas en varios grupos (Los Caleros y El Cebuchal), todas ellas del III milenio. Sobre cuatro de éstas se perpetuó el uso funerario del espacio con túmulos de época tartésica. Lo mismo ocurre en la necrópolis tartésica de los Alcores, donde se constatan inhumaciones en silos del *Neolítico final* y el *Calcolítico* campaniforme bajo los túmulos del *Hierro*.

Junto a este grupo de enterramientos de diversas tipologías esta agrupación engloba el campo de silos de Campo Real, por las mismas razones por las que interpretamos pertinente incluir en esta investigación el de Montoro. Los cuarenta y dos silos con enterramientos (aunque sólo se hayan estudiado diez) muestran evidencias de haber constituido una necrópolis y no sólo un espacio cultural, estilo "enclosure". Las cronologías de estos enterramientos abarcan también desde el *Neolítico Final al Calcolítico*, con reutilizaciones posteriores en diversos momentos del bronce final, hierro y época romana, etc.

Todos estos yacimientos habrían estado en relación con el asentamiento de Carmona.

Agrupación 71: Marchena. En torno a Marchena, en las tierras llanas y fértiles del valle del río Corbones, se ubican las más de cincuenta cuevas artificiales de la Necrópolis de Marchena. Sólo se han excavado dos de ellas, estando el resto destruidas, pero sus materiales las dataron a fines del *Calcolítico* (cerámica campaniforme). Posiblemente su asentamiento de referencia fuera el propio Marchena, aunque no se dispone de suficientes datos sobre distribución espacial de poblamiento en los alrededores como para asegurarlo.

Agrupación 72: Puebla de Cazalla. En esta zona sólo se localiza el Dólmen de Las Navas. Del que disponemos de escasa documentación. Por ello lo mantenemos cautelarmente diferenciado de los yacimientos más cercanos, como Morón, de tipología dolménica también y que podría relacionarse con éste.

Agrupación 73: Morón de la Frontera. En las estribaciones de la Sierra de Montellano, cerca de Morón de la Frontera ubicamos una agrupación que engloba a la necrópolis de dólmenes (túmulos sin excavar y una cueva artificial) de Morón (con sus subgrupos de La

Armija, La Morana, Las Encarnaciones, La dehesa del Parragás, la de San Pedro, etc.), El Dólmen de Guardachapine y el del Hoya del Gigante, que aparecen en la bibliografía como yacimientos aislados, pero no parecen serlo. La datación de todos ellos se corresponde con el III milenio. El Coronil y Las Aguzaderas, ubicados en torno a la actual población de Coronil, serían los asentamientos más importantes de esta zona y con los que se vincularía esta agrupación. Ambos poseen sendos dólmenes, también incluidos en esta agrupación.

Agrupación 74: Utrera. No muy alejada de la anterior, en la llanura aluvial del Guadalquivir, las necrópolis de La Cruz del Gato y de Los Molares presentan características ergológicas similares y se ubican suficientemente cerca como para unirlos en un mismo grupo funerario. En ambas, la bibliografía incluye dólmenes, túmulos sin excavar y cuevas artificiales, repartiéndose cuatro dólmenes y varias de estas cuevas, con hasta cincuenta individuos enterrados, en La Cruz del Gato y otros seis dólmenes en Molares, con los de Palomar y la Cañada Real como yacimientos más conocidos y dos estructuras sepulcrales destruidas. Su datación es probablemente del *Calcolítico*, con ídolos placa entre los materiales, y se adscriben al asentamiento de El Casar, muy cercano a los de Coronil, Aguzaderas y Amarguillo II, de entre 2560/2500 Cal. B.C. (A. Mederos, 1996).

Agrupación 75: Alcalá de Guadaíra. En esta zona, muy cercana a Valencina de la Concepción, se ubica la necrópolis de El Gandul, una de las mejor conocidas, con sepulcros de galería, *tholoi calcolíticos* (hasta siete) y túmulos todavía sin excavar (como Las Canteras, El Padreión, El Vaquero, La Casilla, Cañada Honda, El Término, etc.) J.M. Rodríguez Hidalgo (2001) ha estudiado sus características constructivas al restaurar, observando que las plantas se dibujaban previamente al comienzo de la excavación en la roca, entre otros detalles.

Todos se vinculan con el asentamiento de El Gandul, por lo que podría considerarse como una necrópolis concentrada, perteneciente a uno de los poblados de nivel secundario en la red jerárquica de Valencina, ya avanzado el III milenio.

Agrupación 76: Valencina de la Concepción. En torno al asentamiento del mismo nombre, en el valle bajo del Guadalquivir, se distribuye una necrópolis de grandes dimensiones, pero perteneciente al asentamiento, con cronologías del IV-III Milenio. La componen unas diez y seis sepulturas, con dólmenes, *tholoi*, cuevas y túmulos monumentales, como La Pastora, Matarrubilla, Ontiveros, Ronquecito, Caño Ronco, la Cueva, Castillo de Guzmán, Castillo de los Veinte, Cabezuelos, Cerro de la Cabeza, etc. Presentan diversas morfologías arquitectónicas y una distribución de ajuares con evidencias claras de diferenciación entre los niveles de riqueza de los mismos de unas tumbas a otras.

De sus orientaciones astronómicas conocemos los casos de varias sepulturas: Matarrubilla presenta un azimut ligeramente el este del norte geográfico, lo que constituye una orientación excepcional. En torno al 3100 a. C. la única estrella que podía observarse desde ese ángulo era Arturo, la tercera más brillante del firmamento de la época. La Pastora mira al sol poniente, siendo Sirio la estrella que podía contemplarse en el cielo ente 2300 y 2200 a.C. J.A. Belmonte y M. Hoskin (2002) plantean que podría considerarse este dato para aproximar la fecha de su construcción, que se sabe es más reciente que la de Matarrubilla, pero no está tan definida por criterios arqueológicos. De cualquier forma, parece que la tendencia en esta necrópolis es la de tomar como referencia astral las estrellas del firmamento nocturno en lugar de la posición del sol o la luna en el horizonte, como es normal en las demás.

Valencina (El Cerro de la Cabeza en concreto, con una cronología absoluta según A. Mederos (1996) de 2570/2510 Cal. B.C. y 2450/2410 Cal. B.C.) se considera el centro neurálgico del territorio del Bajo Guadalquivir (objeto de los estudios espaciales de Nocete, 2001, etc.), el lugar central del que dependerían los asentamientos secundarios y terciarios de que dependen las agrupaciones anteriores.

Agrupación 77: Guillena. En torno al embalse del Gergal, entre Guillena y Ronquillo se distribuye la necrópolis del mismo nombre, un conjunto de dólmenes, entre los que destacan las galerías de Las Canteras (1 y 2).

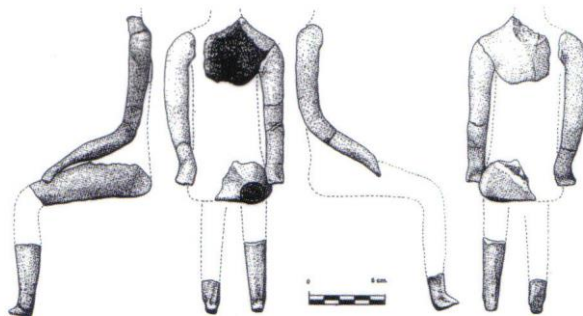
Probablemente se relacione con Valencina y su territorio, por cercanía. Esta agrupación se encuentra también muy cerca espacialmente de la de El Garrobo.

Agrupación 78: El Garrobo. Los dólmenes de Toril y Cabeza del Moro, se ubican muy cerca de los de el Ronquillo y del Castillo de las Guardas, por lo que podría tratarse de una única agrupación, pero no disponemos de suficientes datos acerca de materiales y cronologías como para asociarlos directamente en este estudio, por lo que hemos optado por mantenerlos diferenciados.

Agrupación 79: Castillo de las Guardas. En el valle del Crispinejo, la Necrópolis del Castillo de las Guardas se compone de siete dólmenes y once túmulos, junto a dos cistas megalíticas (El Caballero, Los Coqueones, Rancho del Marqués los Porrónes, la Cista del Cura, la Loma de la Mora, etc.). La posible presencia de *tholoi* hace llevar la cronología del conjunto a fines del III milenio, aunque no disponemos de datos suficientes acerca de los materiales de las tumbas más antiguas, por lo que no se puede asegurar que se ciñera exclusivamente a este período. Su cercanía con las dos agrupaciones anteriores, podría indicar que corresponden a una única necrópolis dispersa, como hemos comentado. E. Romero Bomba (1999) la vincula con las necrópolis de Aracena y ciertamente, podíamos

admitir que jugara un papel de conexión intermedia ente las agrupaciones 78 y 103 (área de Zufre, concretamente, la más cercana).

Agrupación 80: Coín-Marbella-Alozaina. Volviendo a la costa, cerca del puerto de Ojén y el de los Pescadores, aparece en la bibliografía el dólmen de la Cañada de Algane, con dataciones del final del IV milenio. Podría vincularse con el asentamiento del Llano de la Virgen, que a su vez posee una necrópolis concentrada, igualmente incluida en esta agrupación y que sería un lugar secundario, bien de Los Vínculos (Ronda), con mayor probabilidad, o bien de Antequera. Así mismo, el dólmen del Cerro de la Cruz Blanca (del III), junto a los de Cuesta de los Almendrillos (del IV-III) y el de la Llaná de Cerro Ardite (III milenio) se localizan en las cercanías, en el área del valle del Río Grande. En el término de Alozaina, el dólmen de Ardite, de galería, ubicado en una posición con visibilidad y parece que vinculado a un asentamiento aún sin excavar (J. Fernández y J.E. Márquez, 2001 y 2004), ha proporcionado fragmentos de una escultura de bulto redondo sedente, en barro cocido, que presenta características excepcionales en el conjunto de la cultura material mueble de la zona.



46. Imagen del ídolo de Ardite

En la costa de Marbella, la *cueva de Pecho Redondo* presenta enterramientos colectivos del *Neolítico* (aunque sería prudente mantener cierta cautela sobre su cronología) asociados a pintura esquemática de antropomorfos. Podría relacionarse como yacimiento con los dos mencionados arriba.

Agrupación 81: Estepona: También en la zona costera de Málaga, aunque situado en terrenos de la Sierra Bermeja, aparece otro yacimiento funerario, denominado como necrópolis de Corominas y relacionable con Ronda, posiblemente. Se ubica en la zona alta de Arroyo Vaquero y se datan (*a priori*) en el *calcolítico*, a tenor de los materiales recuperados en una excavación de urgencia reciente.

Agrupación 82: Ronda. Ubicados entre el Burgo y Ronda, en la Sierra de este mismo nombre se conocen varios dólmenes del *Neolítico final* y del *Calcolítico*, aunque sólo uno de ellos, La Planilla, muestra uso

continuado durante ambas fases. De los otros dos, corresponderían al momento más antiguo los de La Necrópolis de la Angostura y Los Gigantes. Todos ellos se vincularían con el asentamiento central de Ronda.

Agrupación 83: Alpandeire. Al norte de Sierra Bermeja y en el nacimiento del río Guadiaro se localizan la necrópolis de Encinas Borrachas, con tres dólmenes excavados del *Calcolítico pleno*, y el dólmen del Cortijo del Mimbres, posiblemente de esta misma necrópolis, aunque no disponemos de datos sobre distribución espacial de yacimientos en esta zona. El asentamiento de referencia sería Ronda, al igual que para las agrupaciones siguientes.

Agrupación 84: Benaojan. La Cueva de la Pileta, muy cercana a las anteriores agrupaciones, posee enterramientos colectivos del final del IV y III milenios, asociados a pintura esquemática de tipo necrolático, por lo que coincide, tanto a nivel cronológico como por el tipo de representaciones iconográficas, con Pecho Redondo, la VR-15 (pese a ser grabado) y La Curra (M. Aguado 2000). Ello podría hacer pensar en su posible inclusión en un mismo territorio, el de Ronda, como veremos más adelante. El asentamiento más cercano, aunque de pequeño tamaño es el de Peñón Gordo.

Agrupación 85: Benaocaz. Casi junto a la cueva anteriormente mencionada, aunque en el lado sur del puerto de montaña de Boyar, los enterramientos colectivos se localizan en otras dos cuevas. La VR-15 y la Cueva del Brazalete presentan diferentes niveles de investigación. De la del Brazalete sabemos que se ubica en una zona de hábitat y la VR-15 ha sido excavada recientemente, con estudios micro espaciales y de contextualización de los grabados esquemáticos funerarios y de otros objetos rituales. Ambas corresponden también a diferentes cronologías, pues la primera fue utilizada durante fines del IV-principios del III, y la segunda es del IV exclusivamente.

Agrupación 86: Montecorto. Al Norte del Puerto de las Palomas, el otro puerto de la región, ya en la Sierra de Grazalema, pero en el inicio del valle de un afluente del Guadalete, encontramos el dólmen del Moral, con cronología del *Calcolítico avanzado*.

Agrupación 87: Alcalá del Valle. La Necrópolis de dólmenes y fosas (estructuras circulares o rectangulares con enterramientos dobles o incluso algunos individuales) de fines del IV milenio de Alcalá del Valle se localiza al este del puerto de Cabañas, otro de los pasos que comunica la Sierra de Ronda con la llanura aluvial del Guadalquivir. Ronda sería también su asentamiento central de referencia.

Agrupación 88: Villamartín. En el Valle del Guadalete (cerca del actual embalse de Bornos) encontramos el dólmen de corredor de Alberite, excavado recientemente y que aporta gran cantidad de información

acerca de ritos funerarios, elementos iconográficos (como los colgantes en forma de creciente lunar), sistemas constructivos y de intercambio de productos en la zona durante el *Neolítico Final* e inicios del *Calcolítico*. Parece relacionarse con alguno de los diversos asentamientos de pequeño tamaño de la zona de Llanos de Villamartín, posiblemente El Retamar. Se data en el 3300 Cal. B.C. y se orienta al sol naciente. Es interesante destacar que uno de los ortostatos presenta grabados de cazoletas que podrían identificarse con la forma de la constelación de las Pléyades.



47. Vista del dólmen de Alberite

Con el número de 88 b podemos catalogar otro yacimiento dolménico en las cercanías de Puerto Serrano. Quizá constituyera un enterramiento de la necrópolis de Villamartín, por ello, mantenemos una nomenclatura similar, aunque diferenciada, por no poder afinar más su interrelación.

Agrupación 89: Algar. Hacia el sur, en el valle del Guadalcacín, y al norte de otro puerto, el de Galís se ubica la cueva *neolítica* de La Dehesilla, posiblemente relacionada con el territorio de Ronda, por su cercanía a la cueva VR-15, aunque no podamos adscribirla a ninguna agrupación específica por no disponer de datos suficientes.

En las cercanías, en la zona inundable de pantano de los Hurones (localidad de El Juncal, Ubrique) se excavó el dólmen del mismo nombre (a cargo del Museo del Puerto de Santa María). De corredor y datado en torno al 4000 (no calibrada) a.C., presenta restos infantiles, materiales de importación, como marfil africano y evidencias del empleo del ocre en los rituales. Por ello, guarda similitudes con el dólmen de Alberite, cercano también a esta agrupación.

Agrupación 90: Jimena de la Frontera. Al sur del mismo puerto mencionado arriba, en el valle de un afluente del Guadiato, fue localizado el dólmen de Jimena de la Frontera, que se encuentra hoy día destruido. Las noticias que poseemos acerca del mismo son antiguas, por lo que únicamente lo incluimos en esta investigación por la información que aporta a nivel de ocupación espacial de un

nicho ecológico interesante para la comprensión de la forma en que se pudo articular el territorio entre Ronda y la costa atlántica del sur de Cádiz (Campo de Gibraltar).

Agrupación 91. Tarifa. En el extremo más septentrional del área estudiada, la punta de Tarifa, ya en terreno costero, conocemos la necrópolis de cuevas artificiales de Los Algarbes. Las más de cuarenta y dos cavidades sepulcrales artificiales se datan en el *Neolítico Final-Calcolítico*, llegando a ser utilizadas durante el final del III milenio (cerámica campaniforme, objetos de oro, etc.) e incluso romana. Las cuevas presentan corredores en algunos casos y quizá se relacionen con la agrupación 92. También hay pinturas esquemáticas en abrigos en la zona de serranía, que podrían conectarse con este grupo de sepulturas.



48. Cueva artificial de Los Algarbes

Agrupación 92: Purenque-Larráez. En torno al embalse del Celemín, en la Sierra del Niño, la bibliografía consultada (J. Ramos *et al.*, 1998 y M. Montañés *et al.*, 1999) ya reconoce como un grupo funerario los diversos dólmenes con corredor o galerías y túmulo de la necrópolis de la Laguna de la Janda (fines IV-III) y los dólmenes del Aciscar (un subgrupo de varias sepulturas, como pueda serlo también Cueva de Levante y Tajo de las Figuras), Los Charcones y Casas Viejas, de similar cronología. Los asentamientos a los que se podría vincular la agrupación son Los Charcones (IV-III) y Tahivilla (sólo del IV). Este conjunto de tumbas se asocia también a las numerosas manifestaciones de signos esquemáticos en cuevas y abrigos que salpican la zona (J. Ramos *et al.* 1998 y J. Ramos, 2004).

Agrupación 93: Véjer de la Frontera. Un dólmen hoy destruido y dos cuevas sepulcrales, la de Véjer (casco urbano) y la de Buenavista (con corredor enlosado), datados en el *Calcolítico*, se relacionarían igualmente con Los Charcones, como asentamiento central de la zona, y quizá con otro secundario, denominado Punta Huevo. El emplazamiento de esta agrupación es casi costero, constituyendo con Tarifa otro punto de control de las salidas al mar (Océano Atlántico) de la costa andaluza en este período. Ramos (J. Ramos *et al.*, 1994)

relaciona estos yacimientos con una agrupación de sepulturas en Conil de la Frontera, más cerca de los yacimientos mencionados, pero desconocemos si podría tratarse o no de una posible necrópolis concentrada de El Charcón.

Agrupación 94: Puerto Real. En la bahía de Cádiz se localiza la necrópolis de Retamar, datada en el III milenio, y que podría estar relacionada con los asentamientos de Retamar (posiblemente su necrópolis) y la Mesa o Cerro del Moro, El Berrueco, Loma del Bautista o incluso con el Cerro de las Angosturas. El Estanquillo, Las Laguneras y la Loma de Puerto Huevo forman parte del territorio de la Campiña de Jerez y la Bahía de Cádiz, aunque estos son anteriores, del IV, según muestra el estudio espacial de esta zona, efectuado por J. Ramos y otros (1998).

Agrupación 95: Rota. En la zona de la Base Naval de Rota se encuentran las cuevas artificiales con cámara y corredor, dólmenes, fosos-pozo y silos con enterramientos colectivos *calcolíticos* de la necrópolis de las Viñas. Se vincula con el asentamiento del mismo nombre (3710 Cal. B.C. -silo 16- y 3630 Cal. B.C. -silo 50- A. Mederos, 1996) y posiblemente, a un nivel macro espacial con el de Cantarranas, aunque las sepulturas se datan más tardíamente, en el III.

Agrupación 96: Jerez de la Frontera. Hacia el interior, en torno a la actual población de Jerez se agrupan las cuevas de Alcántara (una cámara con corredor con tres o cuatro individuos enterrados), la Cueva del Picado (en la Sierra de las Cabras, del IV-III), la del Trobal y la necrópolis de silos de Jerez (casco urbano), datados en el *Calcolítico* con mantenimiento del uso en el *Bronce* en el caso de la cueva. Su acceso se realizaría a través de un pozo. El asentamiento de referencia habría sido el ubicado en el propio Jerez.

Agrupación 97: Gibaldín. Al noreste de Jerez, en el entorno de Gibaldín aparecen silos con sepulturas de fines del IV principios del III de difícil adscripción a un asentamiento concreto, pese a los abundantes estudios sobre poblamiento de la región, la necrópolis de Las Valderas. Se trata de silos excavados en la roca, conocidos a través de las excavaciones de urgencia de principios de los años 80.

Agrupación 98: Lebrija. Los silos de la necrópolis de la Quincena y la Cueva artificial de San Benito se ubican en la zona de marismas de la desembocadura del Guadalquivir. No disponemos de información más específica acerca de materiales y cronologías pero se encuentran muy cerca de la de Alventus, a la que mantenemos diferenciada como agrupación por esta razón.

Agrupación 99: Trebujena. La Cueva de Alventus, una cámara sepulcral con corredor y restos de dos individuos, se ubica en el Cortijo de Alventus, en el entorno del Parque de Doñana. Podría

constituir la misma agrupación que las cuevas antes descritas (Agrupación 98), pero al no disponer de la información necesaria para establecer correlaciones entre materiales o cronologías, aparece en este estudio como yacimiento independiente.

Agrupación 100: Sanlúcar de Barrameda. También en el entorno de Doñana y ya en zona costera se localizan el Dólmen del Hidalgo (posiblemente, perteneciente a la necrópolis del asentamiento del mismo nombre, de la que también formarían parte silos) y el conjunto de cuevas de la Loma del Agostado y del Cortijo de la Fuente. Se datan en el *Neolítico final-Calcolítico* y estarían vinculados con el asentamiento de Miraflores Alto.

Agrupación 101: Cazalla de la Sierra. En Sierra Morena, en la Sierra del Pedroso, en concreto, en la rivera del Huesnia, se localizan diversos dólmenes en la necrópolis del Pintado y el Túmulo del Valle. Es posible que los asentamientos relacionados con esta necrópolis sean los Castillejos y Loma de la Pradera, aunque están alejados de ésta. La Cueva de las Dos Hermanas se ubica también en este sector, pero su cronología neolítica también la separan de las tumbas, aunque podría marcar el inicio del poblamiento.

Al norte de la misma, ya en territorio de Badajoz, se localizan los dólmenes de Azuaga, un conjunto de sepulturas conocidas de antiguo (Siret) y que geográficamente se ubica en el valle alto del río Bembézar, cuyo cauce fluvial está entre las agrupaciones 101 y 68. Podría haber ejercido de conexión o frontera entre ambas.

Agrupación 102: Almadén de la Plata. Entre los valles de los ríos Rivera y Viar se dispersan los dólmenes de galería y los seis túmulos sin excavar de los subgrupos de Castillejos y Loma de la Cabrera (De Barras, de La Casa, de Palacio, de la Sartonería, Dehesa, Cañada Vera, Gatier...) Su cronología no es precisa, pero se relacionan con el asentamiento de Los Castillejos-Loma de la Pradera o con El Pintado, del *calcolítico*.

Agrupación 103: Aracena. En la necrópolis de la Sierra de Aracena, E. Romero Bomba (1999) incluye una serie abundante de sepulturas agrupadas a su vez entre sí y repartidas (necrópolis de carácter disperso) entre los términos de Zufre, Aracena, Calá, Granada de Riotinto, principalmente en el valle del río Rivera de Huelva y las estribaciones en llano que lo circundan. Algunos de los dólmenes de esta necrópolis son los de Jarrana, el de Adelfa, la necrópolis de Monte Acosta (con túmulos de gran tamaño y anillo perimetral, según J.A. Pérez Macías, 1993), de Los Llanos, el del Collado de las Liebres y del Pajarero. El poblado localizado en esta zona es El Castejón, posible lugar secundario, bien de Valencina o en relación con los la zona de Sierra de Cazalla y Almadén y Almonaster. Observamos que otros autores incluyen en la Necrópolis de Aracena otros yacimientos funerarios, como los Azulejos, El Fontanillo y Cueva

de la Mora. Para nosotros, esa vinculación no es tan clara, por lo que mantenemos la separación entre ellos.

Agrupación 104: Almonaster la Real. En las estribaciones de la Sierra de las Contiendas (Sierra Morena), entre los puertos de montaña de La Cruz y el Espino (términos de Almonaster y Jabugo) discurre otra agrupación de dólmenes, de similares características a los de la número 103 y entre los que destacan los de Azulejos, el Fontanillo y una cueva, denominada de la Mora. También se localizan aquí la Cortegana y Los Llanos de la Belleza, Los Praditos, El Torrejón, Montechico, Monteperros, Los Puntales, La Alcalaboza, La Portilla y Dehesa Boyal, un conjunto de sepulturas en la zona de Aroche. Según C. Cerdán y V. Leisner, en el 1952 se conocía la existencia de otros dos dólmenes, en Posada del Abad y en Rosal de la Frontera que podrían estar relacionados con esta agrupación por cercanía.

En la publicación citada para la agrupación 103 se establece que las tres mencionadas en primer lugar formarían parte de la misma gran necrópolis de Sierra Aracena. Nosotros planteamos esa relación a nivel territorial, pero en tanto que agrupaciones, consideramos que podrían haber sido distintas, debido a que ocupan dos nichos ecológicos diferenciados y alejados entre sí. No obstante, desconocemos los asentamientos correspondientes a la zona de Almonaster, por lo que resulta complicado establecer una asociación ente esta agrupación dolménica y el núcleo/s poblacional/es que le otorgara nuclearidad a ésta.

Hacia el norte, en la *Sierra de Aroche* se contabilizan hasta once dólmenes y treinta túmulos sin excavar. Según F. Piñón Varela (2004) en Aroche también se localizaría el menhir de Montechico.

Este mismo autor presenta las dos grandes áreas del norte de Huelva como territorios independientes: Aroche, por un lado, con una estructura territorial dispersa pero dispuesta en triángulos, siguiendo la línea del pie de monte los de menor tamaño y ubicados en la vega abierta los mayores. Esta ordenación con esquemas de equidistancia y que ocuparía una vega -valle fluvial- casi completa es lo que invita a F. Piñón a individualizar esta necrópolis de la de la Zarcita, de carácter más concentrado y cercano al asentamiento central de su territorio, así como de la de el Pozuelo. Desde nuestra óptica, a los argumentos para diferenciar Aroche de Santa Bárbara se pueden unir los de lejanía y ocupación de nichos ecológicos diferenciados. Sin embargo, resulta más sencillo encontrar posibles vínculos entre el grupo de Aroche y la necrópolis del Pozuelo (agrupación 105), por cercanía y por similitudes en el carácter disperso y en la estructura interna de ambas necrópolis (la de pozuelo también evidencia una distribución en alineamientos siguiendo los cursos de agua, etc.).

Por otro lado, esta agrupación podría tener relación con la de Encinasola (nº 113), una periferia fronteriza entre el territorio 21 y la zona extremeña.

Agrupación 105: Zalamea la Real. En las Minas de Riotinto y el Camaillo (rivera del río Tinto), en tierras llanas y fértiles, se localizan las necrópolis del Villar y el Pozuelo. Ésta última se data a fines del IV milenio y se compone de dólmenes con morfologías complejas y galerías cubiertas. Es característico en ellos la existencia de un programa iconográfico, manifestaciones de "arte megalítico" que Barceló (1991) considera como un elemento que permite identificar estelas o tótems clánicos. Su relación con el Villar (nueve dólmenes denominados de Pedras Jincas (2) Cerdán 15 y 19, Tejarero, Cabezo de la Mata, Valle de las Sepulturas, Cobache y Suerte del Águila) ya la establece Cámara en publicaciones recientes (2001) y a su vez, también se podía incluir en esta agrupación el conjunto de Zalamea la Real, comprendido por los dólmenes de La Paloma y La Venta. El *tholos* de El Naranjo, ubicado en las cercanías de éste conjunto también puede concebirse como parte de esta agrupación funeraria. La cronología de éste último se adentra en el III milenio.

Agrupación 106: Valverde del Camino. La necrópolis de Los Gabrieles aparece siempre diferenciada en la bibliografía consultada (F. Piñón Varela, 2004), aunque nosotros apreciamos ciertos indicios de que podría haber correspondido al mismo conjunto que las de la zona de Zalamea, antes descrita. Los dólmenes y galerías de Los Gabrieles (que en ocasiones presentan varias cámaras unidas por corredores bajo el mismo túmulo, siguiendo tipologías muy características de la zona atlántica de Francia y de Inglaterra) son del *Neolítico Final*. Discurren por la misma rivera del río Tinto y tanto su morfología como materiales son bastante similares a los de Pozuelo. No obstante, estableceremos esta correlación al nivel de definición del territorio 21 y no en el de las agrupaciones, debido nuevamente a que disponemos de poca información sobre patrones de ocupación del territorio en esta rivera y por tanto, no podemos aplicar aquí el criterio de contrastación de la estructura territorial sacra con la estrictamente política.

Agrupación 107: Niebla. En el valle bajo del río Tinto se ubican la necrópolis de Niebla y del Tajillo del Moro, un conjunto de dólmenes estudiado en publicaciones antiguas y acerca del que no disponemos de muchos datos actualizados. Junto a ellos aparecen los tres dólmenes de Huecas. Podría relacionarse por cercanía con la Necrópolis de Soto y pertenecer, como las dos agrupaciones anteriores a la estructura jerarquizada del territorio de Huelva, con Papauvas como sede central.

Agrupación 108: Trigueros-Beas. Muy cercana al embalse del Beas, se encuentran los dólmenes y galerías cubiertas del *Neolítico Final* conocidos como de Soto (I y II, F. Piñón Varela, 1994). Fueron reutilizados como sepulturas en momentos más avanzados de fines del III y el II milenios y según Barceló (1991) se caracterizan también por las "estelas-tótem" con motivos iconográficos esquemáticos, al igual que los dólmenes de Pozuelo. Además, en esta

zona se conocen los dólmenes de Labradillo, Cortijo Lobita y Gibraleón. Estos dólmenes se podrían considerar, como ya hemos apuntado arriba, parte de la agrupación 107 y dependerían de Papauvas en el plano macro espacial.



49. Vista parcial de un dólmen del Pozuelo

Agrupación 109: Aljaraque. En torno al asentamiento central de Papauvas (4350 Cal. B.C. y 3640 Cal. B.C., A. Mederos, 1996) se encuentra su necrópolis concentrada, datada en el calcolítico y compuesta por dólmenes de cámara poligonal con corredor, así como por otras pequeñas estructuras construidas también con ortostatos y con función igualmente funeraria. Se ubica cerca de la desembocadura del Odiel, ya en terreno costero.

Agrupación 110: Santa Bárbara de la Casa. También del III milenio avanzado son los dólmenes de la necrópolis de la Zarcita y los *tholoi* del Tesoro (I y II), Paymogo y Cabezas Rubias, así como los dólmenes y galerías cubiertas de Rosal de la Frontera y Cerdán. Dependerían del asentamiento del Cabezo de los Vientos, un lugar secundario de la red de Papauvas, aunque también podría tener relación con la estructura territorial del bajo Guadiana. Esta agrupación se ubica en las estribaciones de Sierra Morena, región del Andévalo Occidental, en un espacio de transición hacia el valle de este río.

Agrupación 111: Villanueva. Entre Puebla de Guzmán y San Bartolomé, en la Sierra Madroñera y entorno al embalse de Sancho, se ubican tres sepulturas (dólmenes de cámara simple) posiblemente relacionadas con el asentamiento de Cabezo Juré (F. Nocete, *et al.*, 1998 y 1998b), pese a que éste es una estación especializada en producción metalúrgica, no un lugar primado. También estaría cerca el asentamiento de Castelo de Santa Justa, ya en el valle del Guadiana. Otros yacimientos al lado oeste del valle, no muy lejos de esta agrupación, se datan en el *Neolítico-final-Calcolítico* Foz do Enxoé, Casa Branca 7 o Villa Nova (en Serpa, Beja, Portugal), que podrían haber estado relacionados con el Cabezo de los Vientos, desde fines del IV y durante el III milenios a.C.

Agrupación 112: Villablanca. En la localidad de Villablanca se conoce el dólmen de Cerdán nº 33, en un emplazamiento cercano a Papauvas, en el valle del río Piedras.

Agrupación 113: Encinasola. Al norte de nuevo, en Sierra Morena, cerca del pico de Aroche (Sierra de las Contiendas, cerca del valle del Ardila, afluente del Guadiana) se ubica otra sepultura. Se trata de un dólmen que posiblemente esté indicando la existencia de otra zona sacralizada (se sabe de otros seis, hoy día destruidos), periférica y fronteriza entre las dos estructuras territoriales de Huelva y Pijotilla, pues está cerca de las agrupaciones de Almonaster y los grupos de tumbas colectivas de Frenegal de la Sierra y Jerez de los Caballeros (dólmen de Toriñuelo) en Badajoz. Éstas últimas no se describen en este estudio, pero las incluimos en los mapas de dispersión para aclarar las relaciones entre espacios sacros políticos.

Agrupación 114: Cacela. En esta localidad costera de la desembocadura del Guadiana (Tavira, Portugal) se encuentran tres cuevas sepulcrales englobadas en la necrópolis de Torre dos Frades y Arrife. Pudo tener relación con Papauvas por su cercanía. También tenemos noticias de la existencia de tres necrópolis *calcolíticas* más, hacia el interior (M^a V. Abril, 2003), pero son muy parciales. Tan sólo se puede afinar en su cercanía a otros asentamientos del entorno de Santa Justa, como son Mestras o Corte Joao Marqués.

Agrupación 115: Mealha. Dependiendo del Castelo de Santa Justa con toda probabilidad aparece el dólmen de Pedras Altas, en Mealha. Esta zona se encuentra más cerca del litoral, en torno a Cachopo, entre las riveras de los ríos Foupana y Odeleite (afluentes del Guadiana) y entre las Sierras de Caldeirao y de Alcaria do Cume. Se data en el *Calcolítico* y aunque se trata de una sepultura aislada, alejada de los núcleos funerarios de la región, es indicativa de que también en este territorio debió existir una ocupación en términos de modelado del paisaje a través de los monumentos funerarios, como en otras zonas, pese a no quedar evidencias más palpables (por haber desaparecido o por deficiencias de la investigación).

Agrupación 116: Portimão. En la zona costera de Portimão, (Algarbe, Portugal) la necrópolis da Torre, del *Neolítico final y Calcolítico*, estaría vinculada con las otras agrupaciones funerarias de la Sierra de Monchique y el área del Cabo de San Vicente. Monte Canelas sería posiblemente el lugar central de este territorio.

Agrupación 117: Alcalar. Ente las localidades de Alcazar y Casas da Senhora do Verde, en la rivera do Farelo, en el Algarbe portugués, varios dólmenes y túmulos y el *tholos* de Alcalar constituyen la necrópolis del mismo nombre, cercana al asentamiento de Alcalar. Las cronologías varían, desde fines del IV a fines del III, fecha que

correspondería con el *tholos*. Este yacimiento fue objeto de numerosos estudios, mostrando evidencias del proceso de individualización del rito funerario ya en fase campaniforme y el depósito de un abundante y rico ajuar.

Agrupación 118: Monchique. Hacia el Norte, en la Sierra de Monchique se localiza otra necrópolis dolménica de cronología similar a la anterior (*Neolítico Final-Calcolítico*) y que como ésta, estaría vinculado con el asentamiento de Monte Canelas, aunque sólo podamos aventurar dicha relación como hipótesis por la inexistencia de estudios rigurosos sobre poblamiento en la región.

Agrupación 119: Aljezur. Cercanos a la costa atlántica, en la falda de la serranía de Espinhação de Cao, se ubican enterramientos en pozos (más de diez) y cuevas artificiales con cronologías tardías, de fines del III milenio y reutilizaciones del *Bronce*.

Agrupación 120: Santiago do Cacem. Por último, localizamos en el entorno de Santiago de Cacem, Chaos y el embalse de Mohino do Escaravelho, cerca de la costa atlántica portuguesa (distrito de Setubal), la necrópolis de Marco Branco. El conjunto de dólmenes que la compone se ubica cerca del asentamiento homónimo del que dependería, aunque conocemos otros asentamientos de la zona, como Salema. La cronología de estas sepulturas abarca del final del IV al III milenio.

Una vez establecidas las agrupaciones dolménicas plausibles a tenor de los datos existentes hasta el presente, pasaremos a establecer las posibles relaciones entre ellas y los asentamientos de su región, así como entre sí mismas, para determinar la configuración de cada territorio político y sacro al tiempo perteneciente a una formación campesina jerárquica del sur peninsular durante la mitad del IV milenio y el III a. C.



VII. 2. 2. TERRITORIOS "SACRO-POLÍTICOS":

Debido a que planteamos la posibilidad de interpretar los espacios definidos por las sepulturas que los jalonan dando lugar a territorios sagrados, como el referente arqueológicamente identificable de los territorios bajo control de una formación social concreta, la extensión del espacio determinado por una serie de agrupaciones dolménicas vinculadas entre si reflejaría sobre el mapa la extensión probable de cada uno de estos territorios con sus respectivas fronteras virtuales.

La delimitación de estos territorios "de los muertos" podría así ayudar a corroborar o a matizar y completar las propuestas ya publicadas para la definición de territorios a partir de los espacios de "los vivos", los asentamientos en sí. Pero también pueden aportar información sobre la cronología en que se comienza a definir cada territorio y la evolución del mismo, sus transformaciones en el tiempo así como en el espacio (aunque no sea exhaustiva y haya que mantener siempre la prudencia que aconsejan las deficiencias en la investigación que ya hemos comentado anteriormente).

Vimos que las sociedades objeto de este estudio formalizaron su sistema de organización económico social y político a través de una religión basada en el principio de la relación con los antepasados a través del tránsito a la muerte. Vimos también que esta concepción de un universo en el que convivirían los vivos y los muertos de cada clan en un espacio ritualizado sustentaría la estructura ideológica de cohesión de estas formaciones sociales.

Por ello, consideramos que la dimensión sacra del territorio (ya sea el empleado para la producción, para la reproducción social o para el ejercicio del poder en sus primeras manifestaciones) jugaría para ellos un importante papel, indisociable del de la funcionalidad técnica o estratégica en el plano económico y político de cada llanura cultivable, paso de montaña, filón metalífero o de sílex, cerro con defensas naturales, etc. Consecuentemente, la reconstrucción del patrón que habría articulado la concepción de su territorio precisa de, al menos, un intento de acercamiento a la lógica de la distribución de las necrópolis, incardinada en la de articulación de las estrategias productivas que reflejan los asentamientos.

La configuración del modelo de distribución de necrópolis en base a su agrupamiento en núcleos territoriales se ha determinado en este estudio

analizando las interconexiones entre los yacimientos funerarios (ya anteriormente asociados entre sí en agrupaciones) y los no funerarios, siguiendo unos criterios específicos.

Criterios para la definición de los Territorios Sacro-políticos:

- a. *Las relaciones de cercanía y lejanía entre agrupaciones:* Estos conceptos son ciertamente subjetivos, pudiendo variar su dimensión en función de múltiples factores. Sin embargo, los estudios sobre dinámica poblacional de las sociedades de la prehistoria reciente, efectuados por los autores (ya mencionados) de los análisis de patrones de poblamiento de la zona, permiten pensar que más allá de los cincuenta kilómetros de diámetro medio, las relaciones establecidas entre poblaciones campesinas jerárquicas ya serían del tipo del intercambio o de alianza, etc. exclusivamente (éste tipo de relaciones también se darían en el seno de una formación social, entre sus poblaciones integradas, pero siempre en combinación con otras de tipo coercitivo y de detracción de fuerza de trabajo, renta, etc.).

Así, sería más plausible determinar que las poblaciones alejadas entre sí más de cincuenta kilómetros (genéricos) pertenecerían a diferentes unidades políticas. Por supuesto en los momentos finales del Calcolítico, con el máximo desarrollo de las redes jerárquicas entre asentamientos, pudo haber poblaciones cuyo radio de control y dominación sobre otros fuera mayor (caso de Valencina de la Concepción, siguiendo la tesis de Nocete), pero como veremos posteriormente, esta situación no parece ser una constante.

Por ello, la "cercanía" entre agrupaciones, (criterio que se ha empleado para determinar relaciones siempre en combinación con los demás criterios, nunca por sí solo) no superaría dicho margen, aunque es necesario hacer otra serie de comentarios a este respecto: Las sociedades de campesinos jerárquicas del *Neolítico* y *Calcolítico* no habrían decidido establecer sus relaciones de mera convivencia o de control y explotación en función de las distancias que medimos nosotros en el presente, conforme a concepciones del espacio y la sociedad radicalmente distintas a las suyas.

Desde luego, su idea de las distancias variaría mucho en relación a sus necesidades de explotación, los tiempos de desplazamientos que estuvieran dispuestos a asumir en función de la compensación obtenida por ellos y las características geomorfológicas del territorio que les interesara mantener bajo control (en el caso de una formación social que quisiera establecerse en un valle, su territorio adoptaría forma longitudinal, cambiando la percepción de lo que para ellos estaría lejos-fuera (todo lo externo a ambos lados del valle) y lo que estaría cerca-dentro (desde el nacimiento del río hasta su desembocadura, como puede ocurrir con el del valle del Almanzora, por ejemplo).

Incluso la existencia de obstáculos difíciles de salvar entre zonas podría haber determinado la orientación de un territorio hacia un ámbito o hacia otro.

De esta forma, en nuestra propuesta de territorios sacro-políticos encontramos excepciones a este criterio, aunque haya servido como

referente general para empezar definiendo posibles asociaciones entre agrupaciones.

- b. *La relación entre las agrupaciones y su contexto geomorfológico*: de cara a determinar si varias agrupaciones funerarias cercanas pudieron haber estado integradas en un único territorio, constituyéndose en espacios de expresión, representación y control de una misma formación social, se ha valorado, en unos casos, la coincidencia entre todas ellas de su distribución en un nicho ecológico concreto (un mismo valle, una llanura aluvial de un río o una sierra). Pero la aplicación de este criterio no se ha limitado a la contrastación de similitudes en los tipos de nichos ocupados, sino también en las diferencias. Hay otros casos, en los que los restantes criterios aplicados muestran la posibilidad de que un territorio se hubiera distribuido por varios nichos diferenciados, controlando por ejemplo, un valle fluvial y una serranía o bien un altollano y sus vías de salida al mar. Por ello, este tipo de relación espacial ha sido empleada en el marco de todas las opciones que la coordinación entre criterios de agrupación ha ofrecido.
- c. *La función estratégica* que hubiera podido desempeñar una determinada agrupación para un territorio concreto por el hecho de ubicarse cerca de un lugar importante. Especialmente, como veremos más adelante, hemos tenido en consideración la ubicación de los yacimientos en relación con puertos de montaña, pasos susceptibles de ser controlados con fines sociopolíticos (recogiendo como orientación las tesis relativas a la función de los dólmenes como símbolos del ejercicio de dicho control sobre el territorio de F. Criado *et al.*, 1989, J.M. Vázquez *et al.*, 1987, A. Rodríguez, 1990, J. Vaquero, 1989, V. Villoch, 1995, entre otros).
- d. *Correlación con hábitats*. Hemos valorado igualmente el grado de coincidencia entre la distribución macro-espacial de varias agrupaciones funerarias y la de la red de yacimientos que (con mayor o menor grado de jerarquización) parece plausible para cada zona. No siempre ha sido posible establecer dicha comparación con el suficiente rigor, pero salvando las diferencias en el nivel de conocimiento que tenemos hoy día acerca de cada área del sur peninsular, en la mayoría de los casos, la delimitación de los territorios sacro-políticos cuenta con un análisis de la vinculación entre agrupaciones cercanas entre sí y asentamientos que se ha demostrado que podrían pertenecer a una red jerarquizada, con un lugar central reconocible, a tenor de los datos publicados (campañas de prospección y análisis territorial conforme al modelo de centro periferia o similar), y que por tanto, podrían haber conformado durante el IV-III milenio una unidad social con identidad política propia según diversos investigadores. Esta circunstancia ha permitido establecer las mismas relaciones jerárquicas también entre necrópolis.
- e. Por último, se ha empleado como criterio de correlación y agrupación territorial la existencia de convergencias entre las tipologías de los edificios y los materiales de las necrópolis. No se trata de que sean

iguales, sino que demuestren (en la medida de lo posible, pues unas veces la ausencia de datos y otras la homogeneidad formal del registro material hacen difíciles los análisis comparativos) cierto grado de coherencia que pudiera expresar a su vez cierto grado de uniformidad en las tradiciones de manufacturas, gustos de las élites por los materiales importados, etc. o bien vínculos con los materiales hallados en los asentamientos que se consideran relacionados jerárquicamente con otros acerca de los que haya mayor seguridad sobre la adscripción de otra agrupación funeraria.

Esta cuestión no se discute en profundidad en la presente investigación por salirse de los márgenes de la misma, pero se ha contemplado como criterio de descarte y corroboración.

Presentación de los territorios sacro-políticos:

A continuación, presentamos la propuesta de identificación de los posibles territorios políticos y funerarios, un total de 22, del sur peninsular en el periodo de los IV-III milenios a. C.

Para su denominación, se ha empleado unas veces el asentamiento más importante del territorio (su lugar central), sobre todo en aquellos casos en los que éste es suficientemente conocido como para ser explicativo por sí mismo de la realidad del territorio propuesto. Otras veces, el nombre utilizado es el del área geográfica en la que se encontraría y otras, responde al nombre de la localidad actual más conocida y que permite ubicarlo con mayor rapidez en el mapa.

Los territorios reciben también una numeración correlativa, de este a oeste, como en el caso de las agrupaciones.

Además de la descripción que sigue, la información de síntesis y de relación referente a los territorios sacro-políticos se presenta en el formato de la tabla del Apéndice 1 y los mapas 1 a 5).

En los mapas adjuntos señalamos las diferencias cronológicas entre las agrupaciones dolménicas (aquellas que lo permiten) de cada territorio para poder afrontar un análisis diacrónico de estas comunidades *neolítico-calcolíticas*. Tanto en la tabla como en los mapas, las cronologías establecidas para agrupaciones son las que se manifiestan de forma mayoritaria entre los yacimientos que engloban, pues no suele existir una coincidencia total entre ellos a este nivel.

Como ya se ha comentado, la evolución temporal de cada una de estas formaciones sociales podría aportar datos relevantes acerca del proceso de configuración de los territorios políticos a los que aludimos, en primer lugar, y acerca del proceso histórico general de aparición de las diferencias sociales y por tanto, de las relaciones de clase en esta fase de nuestra prehistoria, en segundo lugar.

Por otro lado, mencionamos que los territorios políticos resultantes del análisis de las relaciones posibles entre agrupaciones de sepulturas

colectivas en cada ámbito geográfico presentan diferencias en cuanto al grado de rigor en la identificación del Lugar Central del que dependerían y de las relaciones de dependencia sociopolítica entre agrupaciones. Por ello, algunos de los territorios ofrecerían más dudas que otros.

También la adscripción de determinadas agrupaciones a un territorio u otro es en ocasiones difícil de precisar, quedando planteada la posibilidad de que hubieran ejercido de zona fronteriza o hubieran cambiado de adscripción en diferentes momentos. Otras agrupaciones quedan en nuestra propuesta sin vinculación con ningún territorio.

Territorio 1: Valles de los Ríos Mundo, Argos y Sierra Cerezo:

Como se observa en el mapa adjunto, (nº2) las agrupaciones integradas en este territorio serían las número 2 a 6 (ambos inclusive). Las de los valles de los ríos Mundo, Argos y Mula (ya se distribuyan las tumbas en las tierras de aluvión o bien sea en piedemonte de las serranías circundantes) presentan la característica común de ser cuevas, naturales y artificiales o abrigos con enterramientos (ver descripciones de agrupaciones) con materiales similares y asociaciones frecuentes con pinturas esquemáticas de antropomorfos o con relación contextual con los enterramientos. Así, la asociación de estas agrupaciones a nivel territorial no presenta demasiadas dudas. Sin embargo, la escasez de datos referentes a asentamientos y las relaciones entre ellos, impide aseverar que esta relación sea definitiva.

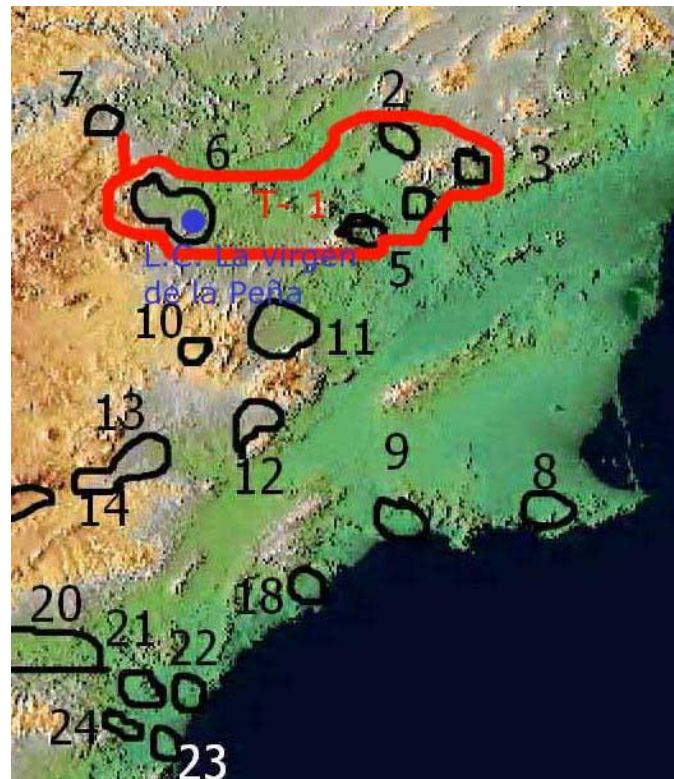
Esta área de serranía interior en torno al valle del río Argos y sus afluentes tendría como lugar central el asentamiento de la Virgen de la Peña, aunque con reservas, dada la comentada ausencia de estudios que relacionen asentamientos con necrópolis (exceptuando los de A. Bollaín y San Nicolás del Toro, que pese a recoger datos de tipo funerario con una proyección espacial, no concluyen las asociaciones con el nivel de precisión que hace falta en nuestro estudio).

Otros asentamientos secundarios, en términos de jerarquía, de esta zona serían el Barranco Grande de los Grajos y la Serrata (Cieza), El Hondo del Capitán y la Cueva del Buho (Mula), Los Miravetes, La Sierra de la Puerta y la Cueva del Calor (Ceheguín) según J. Ayala *et. al.* (1997).

En lo que respecta a las cronologías, desgraciadamente no constituyen un criterio de agrupación ni de descarte, por ser muy heterogéneas o imprecisas y no mostrar un patrón claro de organización espacial en el tiempo: al *Neolítico* exclusivamente (IV milenio) corresponde el Abrigo del Milano y las agrupaciones con cronologías de fines del IV-III y, que por tanto pudieron convivir en su uso con esta otra sepultura, son las cuevas de Alguazas y las de Caravaca-Ceheguín. Por su parte, las de Cieza-Calasparrá son sólo del III milenio.

El grupo de Moratalla (nº7) que, en principio, por cercanía podría integrarse en el mismo territorio, parece más desconectado de las otras agrupaciones. Se trata de un conjunto de dólmenes correspondientes a diferentes yacimientos y quizá sus vínculos se establecieran más claramente con otras formaciones sociales del área de Albacete, pues los asentamientos de referencia (Bágil y Arrollo Tercero o el de la Cueva del Gato), también están alejados del conjunto de las demás agrupaciones.

El grupo de Jumilla (nº1), por su parte, presenta particularidades de diferente tipo. Se trata de un conjunto de cuevas que por su carácter (tipo de enterramientos, materiales y asociación con paneles pitados) coinciden con las de este territorio, sólo aparecen algo alejadas de su centro. Al no detectar ningún ámbito de especial relevancia geoestratégica cerca de esta agrupación, no podemos justificar que la formación social afincada en este territorio del Río Argos tuviera necesidad de controlar el espacio de las Sierras del Moral y del Buey (no parece un paso importante o una zona de transición hacia tierra o pastos productivos, etc.). Por ello, la mantenemos separada, fuera de los límites territoriales de las élites de la Virgen de la Peña, a la espera de poder contar con prospecciones sistemáticas más actuales y datos más rigurosos (analizados con la metodología que permita conectarlos con el resto).



Territorio 2: Totana-Lorca:

Siguiendo con las agrupaciones del área de Murcia, destacamos las que reúnen características más evidentes para establecer un territorio sacro-político: la de Zarcilla de Ramos, la de Lorca y la de Totana. En las tres, las cuevas sepulcrales y los dólmenes o cámaras circulares tipo tholos se combinan entre sí para configurar necrópolis de tipologías arquitectónicas heterogéneas, pero en este caso, coincidiendo en las cronologías, de fines del IV-principios del III milenio. Sólo se conocen varias cuevas sepulcrales con datación exclusiva del III en Totana (dos) y Lorca (cuatro), relacionadas éstas últimas con un asentamiento también *calcolítico* (La Salud).

Este hecho podría interpretarse como un exponente del proceso de incremento de espacios ocupados y de apropiación física de nuevos nichos a medida que avanza el III milenio, observado, como tónica general, en el patrón de asentamientos. Así, se confirmaría esta tendencia de intensificación de la ocupación por parte de los vivos con la implantación también de la huella de los muertos en los mismos paisajes.

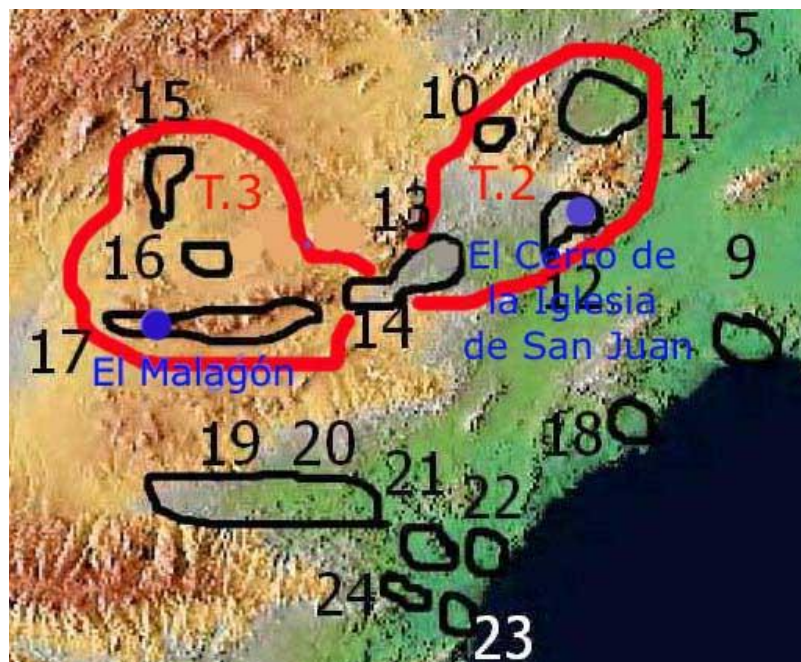
La estructura poblacional, como ya vimos anteriormente giraría en torno a los asentamientos del Cerro de la Iglesia de San Juan (de grandes dimensiones, posiblemente fortificado, del III) del que dependerían los de Campico de Lébor (fortificado, del III) o Murviedro (fortín *calcolítico*, para control territorial), según Cámara Serrano (2001). La Loma de los Peregrinos y La Virgen de la Salud estarían en conexión con éstos, pues todos ellos comparten adscripciones de agrupaciones funerarias entre Lorca (nº 12) y Totana (nº 11).

Pero en los estudios de la zona (efectuados sobre prospecciones más abundantes que en el caso del territorio nº 1) aparecen reflejados otros asentamientos de gran tamaño y capacidad aglutinadora de fuerza de trabajo y excedente, aunque se ubican más periféricamente a este núcleo que describimos: el más destacado sería el Cabezo del Plomo, en Mazarrón (agrupación nº 9).

Ello nos lleva a plantear posibles relaciones entre estas zonas, pero no una adscripción completa al territorio 2 en el caso de Mazarrón. En el caso de Zarcilla de Ramos, también más alejada del núcleo Totana-Lorca, la necrópolis de Cerro Negro-El Capitán, del asentamiento del mismo nombre, pudo haber dependido en origen (IV milenio) de la estructura política del territorio 2 y haber adquirido más independencia posteriormente (o convertirse quizá en una formación periférica) con el desarrollo de los asentamientos de mayor importancia del III (tanto en Lorca como en Almería). Este mismo proceso pudo haber afectado a Mazarrón, intensificado quizá por la mayor distancia (lejanía) respecto del resto de asentamientos. No obstante, apuntamos anteriormente que el de la "distancia" es un criterio flexible, pues en este caso, pudo resultar atractiva para la formación social de Totana-Lorca la posibilidad de integrar en su espacio de dominación una zona con puerto marítimo.

Por último, hacemos referencia a la vinculación con este territorio de la agrupación nº13, Lorca-Vélez Blanco. Dada su ubicación (Sierra del Gigante y cañón del Río Corneros, cerca de Vélez Blanco y Vélez Rubio) y su asociación más directa con asentamientos que se vinculan tanto con el territorio 3, como con el 2, es difícil su adscripción a alguno de los dos. Se ubica cerca del área de Lorca, por lo que no descartamos la existencia de conexiones entre las necrópolis dolménicas del Piar y Río Corneros y las de Lorca-Zarcilla de Ramos, quizá en forma de dependencias no continuadas de Murviedro, o jugando un papel de organización fronteriza ente ambos territorios, durante el III milenio, pues también estarían en relación con el Cerro de Las Canteras y Cerro de Los López (de la agrupación 14).

Finalmente, comentamos la dificultad de establecer ninguna filiación territorial para la agrupación de Cartagena (nº 8), pues se encuentra muy aislada de los núcleos poblacionales de los dos territorios murcianos descritos. Podría conectarse con la de Mazarrón, por tratarse también de cuevas sepulcrales, pero no existen evidencias palpables de que el criterio tipológico sea aquí pertinente.



Territorio 3: El Malagón:

Este territorio aglutinaría las agrupaciones nº 15, 16 y 17, existiendo muchas posibilidades de que la nº14 estuviese igualmente dentro de su radio de control, pese a la duplicidad de conexiones que ya hemos destacado en el epígrafe anterior, pues estaría relacionada con la nº 13 también.

Su espacio nuclear parece corresponder con el de la zona de Cúllar, en torno al lugar Central del Malagón (con los asentamientos de El

Vinco, Tarifa, Las Vertientes o El Sauco, dependiendo de su liderazgo durante el III Milenio). Pero las necrópolis dispersas con dólmenes y cuevas del cañón del Cúllar y la Rambla del Chirivel se datan, como vimos al describir esta agrupación, en el final del IV, perdurando su uso durante el III, por lo que resulta interesante destacar que serían los pobladores de los asentamientos del IV los que iniciarían el proceso de definición de límites territoriales en esta zona de serranía, en torno al puerto de montaña del Contador.

Pero formando un arco en el piedemonte serrano, en torno a la depresión de Guadix, también se localizan las agrupaciones de Orce y de las Sierras Jurema-Montilla. En ambos casos, se trata igualmente de necrópolis dolménicas con alguna cueva sepulcral destacada (Cueva Carada), diferenciándose entre sí sólo por el carácter concentrado en torno a un yacimiento (Cerro de la Virgen, fortificado) o disperso de las mismas y por las cronologías: del *Neolítico final* exclusivamente la agrupación nº15 y del *Calcolítico avanzado* la nº16.

Los asentamientos de estas agrupaciones, el Cerro de la Virgen y el Cerro del a Higuera son ambos calcolíticos.

Así, podríamos pensar que en el *Neolítico final*, el territorio de Cúllar no hubiera excedido su capacidad de control más allá de los asentamientos del pasillo Cúllar-Chirivel, manteniéndose la población enterrada en Cueva Carada quizá más independiente o periférica. En cambio, avanzado ya el *Calcolítico*, el dominio efectivo sobre un territorio mayor, que abarcaría desde Sierra María hasta Sierra de la Sagra, se manifestaría en la monumentalización del paisaje, en la apropiación del espacio sacro en torno a Huescar mediante las necrópolis del Cerro de la Virgen y de la Higuera, integrando todo el espacio.

Por otro lado, la agrupación Cúllar-Chirivel (nº17) parece tener una posible relación con la de Vélez Rubio-Vélez-Blanco (nº14), por razones de cercanía, por lo que el Territorio El Malagón podría haber incorporado esta agrupación. Su situación es muy estratégica, cerca el puerto de montaña de María, en una zona de serranía que marca uno de los extremos del territorio que permite el tránsito y las comunicaciones entre la depresión de Guadix-Baza y el valle alto del Guadalentín (afluente del Segura) y que tiene su otro extremo en Cúllar-Baza (controlado directamente por el Malagón). El Cerro de los López, con su necrópolis del final del IV y el III milenios, pudo haber jugado el papel de bisagra entre el Malagón y la zona de Lorca, ya desde los primeros momentos de ocupación de este espacio, reforzándose su posición más tarde, adentrado el III milenio con El auge del Cerro de Las Canteras y su necrópolis *calcolítica* de cuevas, cámaras con túmulos y *tholoi*.

La agrupación nº14 se encuentra entre dos territorios definidos mostrando conexiones con ambos y por ello presenta esta ambivalencia de adscripción política a uno u otro.

Territorio 4: Almizaraque:

Las evidencias de correlación entre materiales, complementariedad en las cronologías, cercanía, y vínculos con el patrón de poblamiento establecido para la zona del valle del Almanzora, permiten plantear que las agrupaciones números 19 a 24 (ambas inclusive) habrían formado parte del territorio 4, de Almizaraque.

La agrupación 18, Las Águilas podría haber estado vinculada con Almizaraque también (se trata de una cueva sepulcral del IV milenio), pero no se puede afirmar tal asociación.

En cambio, en lo que respecta al valle alto y medio del Almanzora, aquí se combinan diversas necrópolis dispersas (como Urrácal, Zurgueña o Cantoria) con otras concentradas, de los asentamientos homónimos (como Las Churuletas, Llano de los Pedregales, Serón, etc.) compuestas en todos los casos mayoritariamente por dólmenes y cámaras circulares con túmulo, aunque también se conocen algunas cuevas sepulcrales. Sólo en la zona de Purchena hay enterramientos del IV-III milenios, mientras las necrópolis de los poblados suelen presentar cronologías del *Calcolítico*, en general.

La distribución de los elementos de apropiación de este territorio de paso desde el llano de Baza a la costa mediterránea, entre dos formaciones serranas (Estancias y Filabres), sigue linealmente el curso del valle del río Almanzora y quizá el asentamiento de mayor importancia en este sector del territorio fuera Las Churuletas, además de por tamaño, por la mayor amplitud cronológica de su uso por parte de las poblaciones del valle (IV-III milenio). Sin embargo, los estudios territoriales (amplios y basados en prospecciones completas del valle, como ya vimos anteriormente) muestran una situación subsidiaria de los asentamientos de esta zona con respecto a los del valle bajo y desembocadura del río. Quizá pudo desarrollarse este sector con cierta independencia durante el IV milenio y ser asociado (mediante relaciones de dominación) por Almizaraque más tarde.

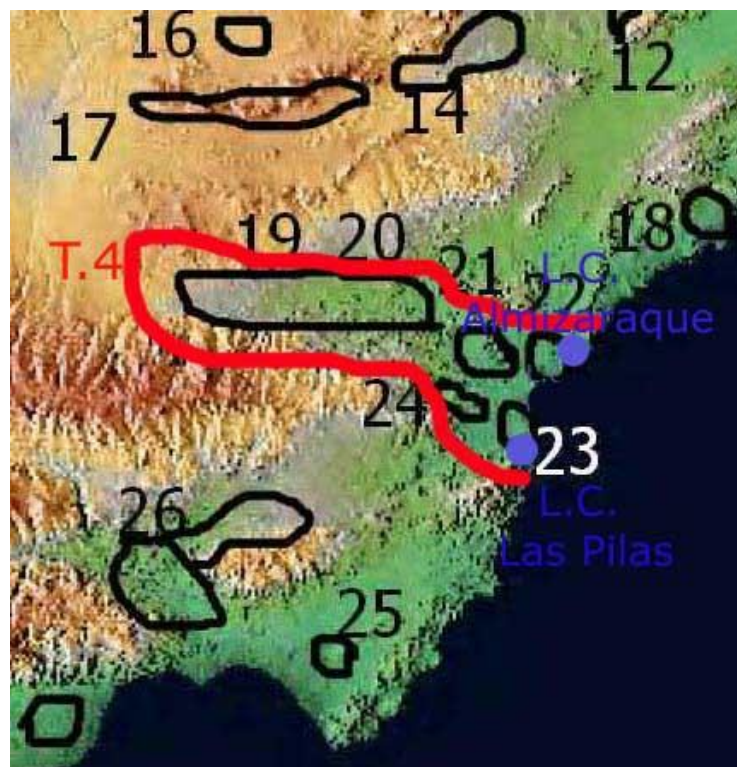
Por otro lado, la abundancia de necrópolis, dato significativo en relación a otros territorios del sur peninsular, podría ser lo que realmente mostrara el grado de cohesión entre las dos áreas del valle, ya desde el IV milenio, jugando los asentamientos un papel más secundario en este proceso de conformación de un territorio sacro y político dirigido desde Almizaraque (como receptores de la concentración poblacional derivada de los mecanismos de control del trabajo característica de estas formaciones sociales).

En el valle bajo, desde las Cuevas de Almanzora al valle y desembocadura del río Antas, las necrópolis son en su mayoría concentradas y de tipo dolménico, con cronologías del IV-III y largas perduraciones de uso hasta el *Bronce* (como también ocurre en la zona de Purchena). Se asocian a los poblados acastillados de diferentes tamaños y funciones que jalonan las desembocaduras del

Almanzora, el Vera y el Mundo (en la zona de Mojácar). Esta densa red de poblamiento, muy estructurada y jerarquizada ya desde el IV milenio, muestra a Almizaraque como lugar central, aunque Las Pilas también ocupó un lugar privilegiado a fines del *Neolítico* (M^a Paz Román, 1999 y M^a. P. Román y R. Maicas, 2003). Pudo producirse un desplazamiento de poder entre ambos, o simplemente, que la estructura propuesta por M^a D. Camalich *et al.*, (1999) de cuatro puntos neurálgicos en lugar de sólo uno, se mantuviera durante todo el período (ver capítulo anterior).

Por otro lado, respondiendo a la propuesta de R. Maicas de identificar tres áreas (por poseer tradiciones culturales diferenciadas en determinados aspectos) correspondientes a tres formaciones sociales distintas, nosotros interpretamos más bien la existencia de dos grupos diferenciados (con un área intermedia de ocupación transicional) que se integraron en la red de una formación social mayor correspondiente a este territorio político.

Así, otros lugares, como La Gerundia, El Garcel o La Encantada actuarían como importantes asentamientos secundarios, o como centros de sub-territorios más pequeños (principalmente El Garcel), aunque desde nuestro punto de vista, esta diferenciación no tendría relevancia, pues los efectos sobre el esquema de poblamiento de la región serían los mismos, sólo matiza el grado de dependencia de cada cabeza de territorio con respecto a Almizaraque. Y nosotros optamos por considerar que habría existido una única red de jerarquización y que por tanto, ésta sería más vertical, sobre todo en el III milenio.



Territorio 5: Los Millares:

En este territorio incluimos fundamentalmente el conjunto de grupos funerarios del valle del Andarax y de Tabernas, muy concentrados espacialmente, aunque también muy densos en lo que concierne a número de yacimientos integrados. Las otras agrupaciones que consideramos pudieran tener relación con el territorio Millares son las de Sierra de Gata y el Ejido, alejadas ambas de la primera (por distancia y por accidentes geográficos, como la Sierra de Gádor), pero con tipologías de dólmenes y materiales de vinculación con Millares (sobre todo en el caso del Tarajal, necrópolis del Barranquete, en Gata).

Ambas podrían haber sido consideradas como estratégicas por permitir el control de accesos a la costa y a otros nichos de explotación. Puede que Millares ejerciera sobre ellas un control más como periferias que como poblaciones integradas totalmente en su estructura política.

Los argumentos por los que se asocian sin grandes dudas las necrópolis de Millares y de las dispersiones y asentamientos secundarios circundantes (Gádor, Alhama, Rambla de Huéchar, Loma de Galera, Mojón, etc.), la de Los Peñones de Jergal y las del Pasillo de Tabernas están suficientemente desgranados en la bibliografía publicada sobre este territorio (ver capítulo anterior), por lo que no insistiremos más en ellos.

Pero sí es interesante hacer una reflexión acerca de la interpretación (J.A. Cámara, 2001 y G. Maldonado, 1991-92) de parte de las tumbas del pasillo de Tabernas como elementos vertebradores de una zona de frontera entre Millares y el territorio vecino, al lado norte de Sierra Alamilla. No conocemos de la existencia de agrupaciones dolménicas ente Tabernas y Mojácar, el conjunto más cercano y con más fácil acceso desde la primera zona. Y entre ésta y el valle alto del Almanzora hay también una distancia considerable y una sierra con puertos de montaña (puerto de La Virgen), por lo que resulta complicado imaginar una situación de tensión fronteriza que exigiera manifestar el grado de apropiación del territorio sacralizando su transformación material con "montañas sagradas"-túmulos justo en los márgenes de la agrupación de Tabernas.

Desde luego, la ausencia de vestigios dolménicos en estas zonas, puede deberse a una deficiente investigación, como en todos los demás casos en el sur peninsular y con ello contamos permanentemente, pero según el estado de conocimiento actual de los yacimientos de Almería, no podemos afirmar que haya ningún otro territorio lo suficientemente cerca y conectado con Millares como para entender que parte de las tumbas más alejadas de su centro fueran fronterizas. Entendiendo como fronteras los espacios de confluencia de intereses entre dos formaciones sociales de igual capacidad de control territorial (como el caso ya analizado de Veléz Rubio-Vélez Blanco), en el caso de Tabernas sería quizá más ajustado hablar de zonas periféricas que de fronteras.

En cuanto al lugar central de este territorio, parece claro que se trataría de los Millares, contando durante el III milenio, como lugares secundarios de su red, los de El Chucho, Cerro Redondo, Peñones de Jergal o Terrera Ventura. Éste último posee una fase del *Neolítico final* (F. Gusi y C. Olaria, 2004), por lo que podríamos pensar que en la zona de Tabernas pudo ser el asentamiento central de referencia hasta que se integrara en la órbita de Millares en el milenio siguiente. No obstante, establecer la evolución del patrón de relaciones de dependencia en esta zona desde el IV milenio, es más complejo, dado que sería necesario profundizar a nivel meso-espacial en la propia evolución interna de los asentamientos.



Territorio 6: Gor:

De Gor a Villanueva de las Torres, el cañón del río Gor acoge la necrópolis de mayor tamaño de la región, a la que se unen las cuevas artificiales de Guadix en la agrupación 29. Este río, que nace en la Sierra de Baza, es afluente del Guadiana menor, que a su vez desemboca en el Guadalquivir, abriendo un valle que supone una vía de comunicación ente el llano de Baza y el alto valle de este río. En otro de los afluentes del Guadiana menor aparece la necrópolis de Fonelas, de la agrupación 30. Ésta también integra la de Laborcillas y otros asentamientos del entorno de Piñar, así como la del Cerro del Greal, que aunque no se relacionan con la misma cuenca fluvial, tienen relación entre sí, como vimos en la descripción de las agrupaciones.

Así, junto a las dispersiones de Gor-Gorafe y Fonelas, coincidentes con cursos fluviales, se encuentran necrópolis concentradas de asentamientos, como los tres de la zona de Gor, serranos, y los de Sierra Harana-Cubillas. La orientación general de las puertas en Gor es el sur (tradicción de sol creciente) y existen evidencias de abrigos con pintura esquemática en Sierra Harana, datados en el *Neolítico* (J. Martínez, 2004).

Son del *Neolítico* exclusivamente las cuevas de Píñar y Torrecardela y del IV-III el resto, excepto la necrópolis del Cerro del Greal, en Iznalloz, en el extremo oeste del territorio. Así, no se pueden establecer claras líneas de evolución temporal en la configuración del territorio, pues los yacimientos con diferentes cronologías no muestran una distribución espacial significativa.

En cambio, la ubicación de las necrópolis de la zona oeste del mismo en un espacio marcado por un número alto de puertos de montaña si resulta reseñable (Torrecandela, Carretero, Oñitar y El Zegrí). Parece que el control de los accesos desde el altiplano a la zona de Alcalá y el valle del Genil tuvo importancia estratégica para los pobladores del territorio 6, como la debió tener también el control del acceso desde Baza al valle del Guadiana Menor a través de Gor, como ya manifestamos antes. De hecho, esta circunstancia es la que permite establecer sus límites y la diferencia entre éste y los territorios 7, 9 y 10, por el Sur y el Oeste. Al Norte no se observa la existencia de ningún territorio suficientemente cercano como para poder entender que existiera relación fronteriza.

Por otro lado, en lo que respecta a la estructura política del territorio, hay que mencionar que existen dudas a la hora de establecer Las Angosturas como Lugar Central, puesto que el Cerro del Castellón de Laborcillas también posee las condiciones de tamaño y similitudes ergológicas para ello.

Sería necesario llevar a cabo un estudio espacial más profundo en éste área para poder concretar si el control de este territorio se podría haber ejercido desde uno u otro asentamiento en diferentes períodos cronológicos, así como las relaciones de dependencia y los niveles de jerarquización entre los demás asentamientos.



Territorio 7: Granada

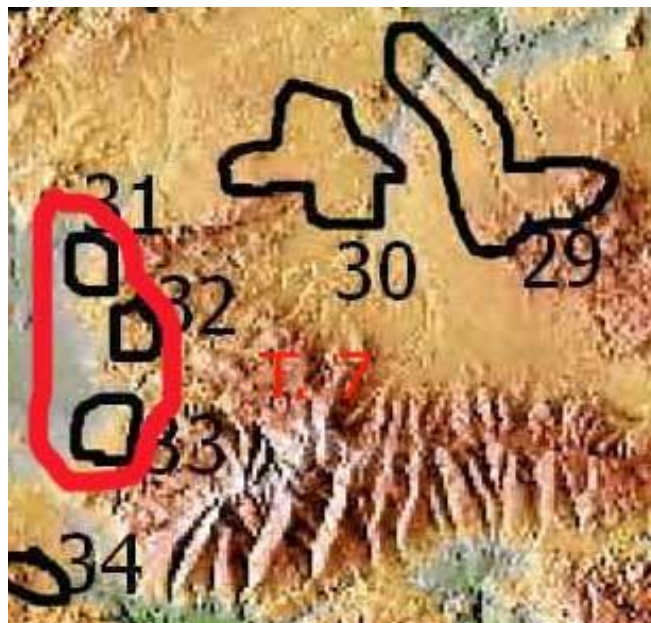
Este territorio abarcaría la falda de Sierra Nevada y el inicio del valle del Genil, integrando las agrupaciones de Cogollos-Vega (cueva y dólmen sin cronología segura), la de Huétor-Santillán (cámaras trapezoidales *neolíticas*) y la de Monachil, (también dolménica sin fechar). Dos de ellas son de tipo disperso, pero no se dispone de estudios de poblamiento en la zona y por tanto no hay referencias a asentamientos sobre los que analizar la estructura jerárquica del territorio.

Quizá estuviera vinculado con alguno de los otros territorios que circundan el valle alto del Genil ubicándose en las serranías de las que parten sus afluentes: las zonas del valle del río Cacán (con el territorio de Bermejales (nº 8) discurriendo en gran parte por su cuenca) y los alrededores de Parapanda (Montefrío, territorio nº 9).

Así pues, establecemos su carácter de territorio independiente con muchas reservas, pues también cabe la posibilidad de que se tratase de una serie de agrupaciones dispuestas a uno y otro lado de otros dos puertos de montaña de importancia estratégica (los de la Mora y el Lobo) para expresar los ámbitos de acción e interés de los territorios vecinos ya mencionados.

A la espera de conocer los asentamientos de la región, podemos plantear que se tratara tanto de un territorio autónomo del que aún nos faltan datos como de un grupo de formaciones sociales periféricas, dependientes de diversos lugares centrales.

Se puede aventurar, sin embargo, que de ser así, Montefrío se presenta como la opción más clara, por tratarse del asentamiento capital de un territorio que se expande por la zona al oeste del valle del río Cubillas, lo que permite pensar que entrara en la lógica de su estructura territorial controlar también el lado este del mismo, sobre todo, si esto supusiera asegurar el paso desde la Sierra de Huétor a la zona de Guadix.



Territorio 8: Bermejales:

En cuanto al territorio 8, Bermejales, encontramos dificultades a la hora de adscribir las agrupaciones de Padúl, Zafarraya y Nerja a la del Pantano de los Bermejales-Río Cacán.

La posibilidad más plausible sería la de considerar la necrópolis dispersa de Bermejales y Cacán (nº35) como el territorio sacro-político en sí, discurriendo por un valle fluvial que desemboca en el Genil durante el final del IV y el III milenio completo, incluso a inicios del II, pero que pudo haber podido establecer durante el calcolítico cierto control sobre las poblaciones que levantaron otra necrópolis dispersa en torno al puerto del Suspiro del Moro y que sacralizaron el entorno del de Zafarraya, a este y oeste de Bermejales, respectivamente.

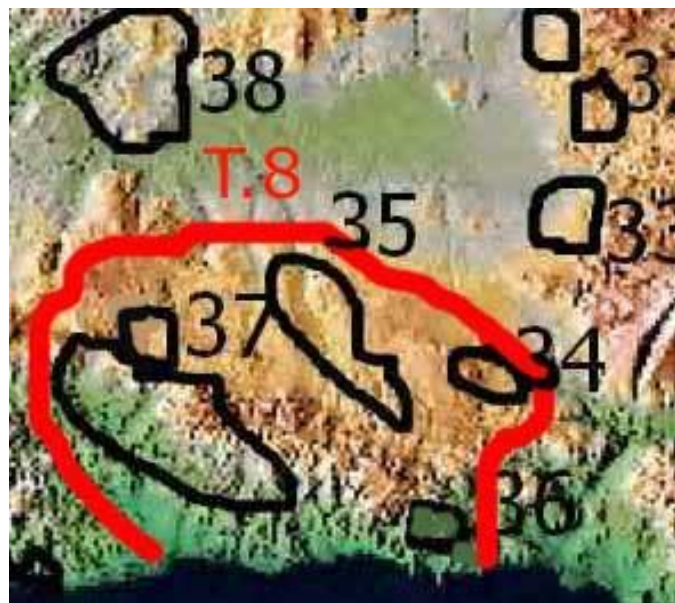
De esta forma, la lógica territorial del binomio cuenca fluvial-puertos de montaña que se viene observando en otros territorios del sureste

peninsular (Totana-Lorca - El Malagón; Gor; Loja-Montefrío; Antequera y Ronda) daría respuesta a la pregunta de las vinculaciones entre estas necrópolis.

Pero esta es una propuesta especulativa, pues las características y cronologías de las dos grandes necrópolis dispersas del territorio son diferentes entre sí y se desconoce el patrón de poblamiento de la región.

Por otro lado, la agrupación número 36, Nerja, podría tener un vínculo con Bermejales en tanto que se trata de el único lugar de enterramiento de la costa a la que da acceso el paso a través de la Sierra de la Almijara, en el que confluyen tanto Bermejales, en uno de sus extremos, como el Padúl. Pero también se encuentra alejada de ambas por la existencia de una estribación montañosa abrupta y no se ubica exactamente en la salida de dicho paso, sino algo más al oeste. Por todo ello, mantenemos las dudas acerca de su adscripción a este territorio.

Por otro lado, Zafarraya-Vélez Málaga es una agrupación con posibles vínculos con Bermejales, por ubicarse al otro lado del puerto del mismo nombre y discurrir por el valle del río Vélez, desde su nacimiento a la desembocadura en la costa, cerca de Nerja. Aunque también podría vincularse con el territorio de Antequera a través de Casa Bermeja, por lo que quizá podamos considerarla una agrupación de "periferia fronteriza" entre ambas, ejerciendo de bisagra en las relaciones entre ambas.



Territorio 9: Montefrío-Loja:

La cercanía entre sí, la ocupación de un mismo nicho ecológico, una zona alta de serranía, entre Sierra Martilla y Parapanda, con la apropiación a su vez de un área del valle fluvial del Genil por un lado y la integración de dos puertos de montaña (Ventorros de Zagra y Puerto Lope) por el otro, permiten pensar que las agrupaciones de Loja y de Montefrío pudieron constituir un único territorio.

Se habría integrado ya desde fines del IV milenio, controlando un área de la vertiente norte del valle del Genil, con zonas de paso y comunicación y tierras fértiles y de pastos, así como lugares defendibles, todos en un espacio relativamente reducido, que pudo completarse, ya avanzado el *Calcolítico* con el área de Alcalá la Real, hacia el norte de Parapanda. La necrópolis concentrada de cuevas artificiales del Cerro de las Canteras se data sólo en el III milenio, evidenciando que la expansión territorial por esta zona se hizo tardíamente.

En cambio, la necrópolis (heterogénea por integrar dólmenes y cuevas) de Montefrío, también del asentamiento, data de fines del IV y el III, así como la de Sierra Martilla (también del asentamiento homónimo). Las cuevas y otras necrópolis concentradas de la agrupación de Loja son *calcolíticas*, con excepción de la Cueva del Coquino y también lo es el dólmen de la Pileta de la Zorra, en la zona de Moclín.

Por otro lado, esta, la del cauce del río Velillos especialmente, es un área con abrigos de pintura esquemática del IV milenio (J. Martínez, 2004).

El lugar Central de este territorio estaría en Montefrío, coordinado con Sierra Martilla en el *Neolítico Final* y quizá con control directo sobre El Manzanil en el III, junto a los demás asentamientos secundarios y especializados del área (ver descripción de agrupaciones y tabla). Sobre la integración total de la agrupación 40, Alcalá la Real, quedan dudas, pues también se conecta fácilmente con la Mesa, lugar central del territorio 10, Cabra. Pudo quizá haber jugado un papel de frontera entre ambos y entre los dos y la zona del valle del Guadalquivir, con el territorio 11, Marroquies.



Territorio 10: Cabra:

Seguimos con el Macizo de Cabra, que integraría todas las necrópolis que ya asociamos entre sí en la agrupación 41 y la de Guta (nº42) ya ubicada en el curso fluvial del Guadajoz.

El macizo de Cabra posee una gran variedad de sepulturas, como ya mencionamos en su momento, pero de tipo cueva artificial en su mayoría y con materiales muy semejantes. Poseen necrópolis concentradas los asentamientos de Veleña, Piedra Preñá, Fuente del Río y La Mesa, que se perfila como lugar secundario de Guta en el III milenio (datación válida para ambos), según evidencian los trabajos sobre patrones poblacionales.

Esta referencia es la que induce a pensar en la vinculación de ambas agrupaciones en un mismo territorio, dado que entre otros criterios, el de las características formales de la necrópolis de Guta, de dólmenes, que no se corresponden con las del macizo de Cabra (aunque si lo haga la cronología) invita a dudar de que se tratara de una misma formación social la que ocupara este territorio. Aunque quizá por ello, podamos aventurar un posible proceso de configuración del territorio que comenzara en el IV milenio en Cabra y que acabara abarcando las tierras de aluvión del valle del Guadalquivir sólo en el *Calcolítico*, basculando desde el asentamiento de la Mesa hacia el segundo lugar central, Guta, el control sobre la red política de Cabra.

El subbético cordobés es también un área de cierta importancia en lo relativo a las manifestaciones simbólicas de tipo esquemático, ubicadas en abrigos (antropomorfos y zoomorfos) y cuevas (pintura necrolática), sobre cerámica, etc. (J. Martínez, 2004).



Territorio 11: Marroquíes.

La integración de dos agrupaciones como Marroquíes y Martos, a la que se podría añadir la de Arroyo del Salado, con dudas, obedece a la importancia que se le reconoce al asentamiento de Marroquíes como posible lugar central de un conjunto mayor de asentamientos (se conocen diversos poblados en todo el alto Guadalquivir) dadas sus características. Pero esta red de poblamiento en torno a Marroquíes está aún sin conformar, debido a la falta de estudios completos sobre el tema en la zona de Sierra Mágina.

Quizá se pudiera asociar a los poblados del valle medio del Guadalquivir, en torno a Andujar, pero sin confirmación. Lo único que por el momento sabemos es que en Martos se desarrolló un poblamiento del IV milenio y que posteriormente, la centralidad del territorio se encontraría en el actual Jaén, con un asentamiento de grandes dimensiones, fortificado y con su propia necrópolis concentrada de cuevas artificiales y fosas (en las que ya se enterraba parte de la población en el IV milenio también), durante el III y hasta el II a.C. (R. Lizcano *et al.* 2004). Las últimas excavaciones (parciales, dadas las características del yacimiento) evidencian continuidad, tanto de las estrategias de hábitat como de las de enterramiento en el yacimiento desde comienzos del III y con

respecto a Martos, por lo que quizá la continuidad pudiera extrapolarse a todo el territorio (R. Lizcano, *et al.* 2005).

Igualmente, conocemos de la existencia de sepulturas en el entorno de Sierra Mágina, que evidencian la sacralización (y por tanto, apropiación) de este espacio durante el *Calcolítico* principalmente: dólmenes de Otíñar y Cerro Veleta cerca del embalse de Quebrijano, posiblemente relacionados con el asentamiento fortificado de Cerro Veleta y una cueva artificial en Albánchez. La subbética jienense es un espacio en el que también se localizan abrigos con pintura esquemática (en el valle del Río Frío), con tendencia la ocultación en algunos casos (J. Martínez, 2004).

Por otro lado, la agrupación 45, de Arroyo del Salado, con una única cueva sepulcral, se ubica en un espacio alejado de cualquiera de las agrupaciones y territorios circundantes. Su tipología es similar a la de Albánchez-Torres, pero está en el nacimiento de un arroyo cuya cuenca desemboca en el Guadiana Menor, por lo que podría haber tenido relación, además de con Marroquíes, con el grupo de Haza del Trillo (Valle Alto del Guadalquivir 1). No hay datos suficientes como para considerarla integrante de un territorio por sí misma, ni siquiera como exponente de una zona de frontera o periférica, lo que sugiere prudencia en el establecimiento de vinculaciones culturales.



Territorio 12: Valle alto del Guadalquivir 1:

La configuración de este territorio presenta una mayor complejidad, por comprender diversos nichos ecológicos en torno al valle del gran río.

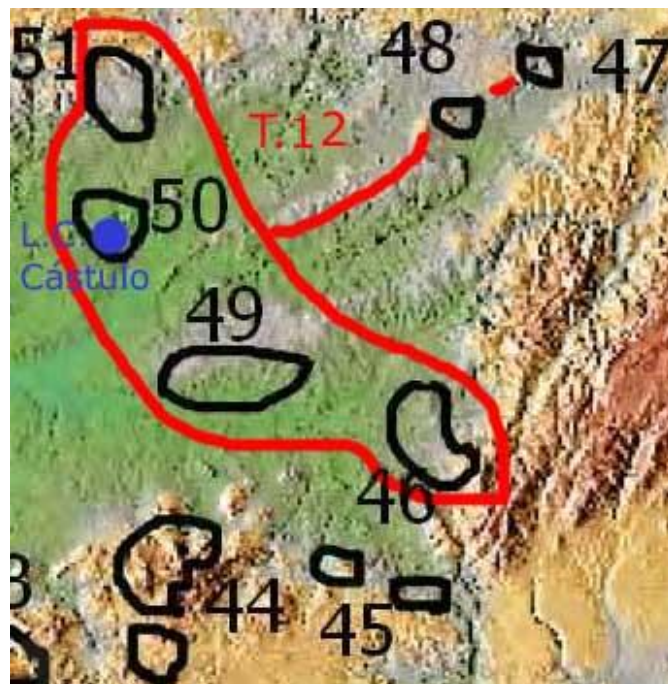
Por un lado, parece razonable la relación entre la necrópolis de Haza del Trillo y la Sabina (dólmenes y una cueva distribuidos entre el pie de serranía y el curso fluvial del Guadiana Menor) y la de Úbeda Baeza, que pese a no estar bien estudiada, muestra también un conjunto de dólmenes, igualmente dispersos por las tierras altas entre el valle del Guadalquivir y el del Guadalén.

Por otro lado, estas sepulturas se asocian con el poblamiento de Cástulo y su necrópolis concentrada *calcolítica* de los Patos, y a su vez, la zona de los valles del Guadalén y el Guadiel se vinculan en los estudios de patrones de jerarquización territorial con Cástulo, por lo que la zona de la Carolina, se puede incluir en el esquema del territorio 12.

Resultaría así un espacio marcado por necrópolis de cuevas y dólmenes dispersas en sus extremos en torno al lugar central de Cástulo, al que quizá pudieran vincularse, sólo por su ubicación entre los nacimientos del Guadalquivir y el Guadalimar, en los terrenos altos de transición entre Sierra de Cazorla y el Valle, las dos cuevas sin cronología precisa, pero probablemente de *Neolítico final*, de Castillar de Santiesteban y de Ambrosio.

De esta forma, la formación social capaz de aglutinar estos espacios, habría controlado las dos cuencas importantes que configuran el alto valle del Guadalquivir desde Cástulo, pero con lugares secundarios en las zonas altas, como Baños de la Encina o Embalse del Rumblar durante el III milenio. Además, la Carolina se encuentra muy cerca de otro puerto de especial relevancia, el de Despeñaperros (donde además se localizan pinturas esquemáticas), aunque no lo suficientemente cerca como para afirmar que la ubicación de las cuevas del Acebuchal respondiera principalmente a esa razón de tipo estratégico.

De la estructura territorial y por tanto política de este espacio en el IV no podemos adelantar nada a falta de cronologías más precisas de los yacimientos de Úbeda-Baeza y de La Carolina.



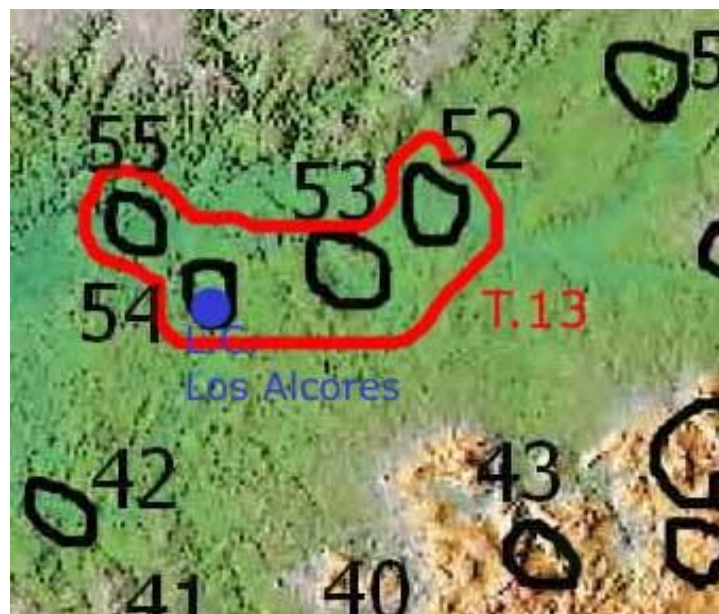
Territorio 13: Valle Alto del Guadalquivir 2:

Entre las poblaciones de Andújar, Porcuna y Montoro, ya en pleno valle alto del Guadalquivir, alineadas siguiendo el propio río en su vertiente sur, se encuentran las agrupaciones de cuevas (y silos) sepulcrales de Cazalilla, La Cuesta del Parral y Torrecillas, Cerrillo Blanco y Llanete de los Moros. Estas dos últimas, necrópolis concentradas asociadas a sus yacimientos: Porcuna y Llanete, respectivamente.

Exceptuando las de Arjona, datadas en el *Neolítico final*, las demás corresponden al *Calcolítico*, mostrando un proceso de administración del territorio del valle (por su ocupación y apropiación ideológica) tardío.

Según F. Nocete (2001), sería Los Alcores el asentamiento principal de esta zona, apareciendo como secundarios/dependientes los de Cerro de la Coronilla, Porcuna, Albalate o el Llanete de los Moros.

La cercanía y coincidencia tanto formal como cronológica con Cástulo, permiten pensar que quizá estos dos territorios (los nº 12 y 13) pudieran haber llegado a constituirse en una única formación política sacralizada ya en el III milenio, después de haber experimentado un proceso de ampliación de relaciones de control y dependencia entre los pobladores del alto valle desde el IV.



Territorio 14: Antequera:

Hacia el sur de nuevo, en las estribaciones de la subbética que dan paso al valle del Guadalquivir, las agrupaciones 56 a 61 podían haber constituido un territorio serrano, delimitado por varios pasos de

montaña que condicionarían el tránsito hacia la costa por un lado y hacia el valle del Genil por el otro.

Se ubican todas en torno a la gran necrópolis de Antequera, que asocia en torno a cuatro asentamientos diferentes (Aratispi, Cortijo de Alcaide, Cerro del Marimacho y Antequera) un conjunto de cuevas artificiales y mixtas (El Tardón, Alcaide) y dólmenes (Antequera) cercanas al curso fluvial del Guadalhorce. Así, continuando hacia el sur por el valle de este río se encuentra la necrópolis de las Aguilillas, del asentamiento del Castellón, (varias cuevas artificiales, como la Cueva de la Curra) y de Peña Ardales.

Por otro lado, en las inmediaciones de Aratispi, en Casabermeja y ente dos puertos de montaña (Pedrizas y el León) aparece la necrópolis de dólmenes del asentamiento de Cerro García, desde el que se tendría acceso a la costa por la actual bahía de Málaga.

Hacia el este de Antequera, cerca también de Loja y el Valle del Genil están las cuevas de Las Choperas (también necrópolis del asentamiento de Cerro García) y siguiendo el valle de este río, cerca del embalse de Malpasillo, se encuentran las cuevas artificiales de La Alameda.

Como puede observarse, se trataría de un territorio sagrado donde predominan las cuevas artificiales y mixtas, destacando sólo dos asentamientos importantes (Antequera por su centralidad y Cerro García por su ubicación estratégica) por el hecho de que sus necrópolis sean de grandes dólmenes, en el primer caso, especialmente monumentales.

En otro apartado de este trabajo hemos argumentado la escasa incidencia de las diferencias tipológicas entre dólmen y cueva en la lógica de la cosmovisión de estas formaciones sociales, pero al tiempo, apuntábamos que la única diferencia remarcable entre ambas morfologías sería quizá la inversión de trabajo en cada una de ellas. En este territorio, la distribución de las dos necrópolis de dólmenes en asociación específica con asentamientos principales y su contraste tan acusado con el resto de la realidad arqueológicamente observable, permite pensar, a nuestro juicio, que este factor hubiera jugado un papel específico y esta distinción entre dólmenes y cuevas fuera intencional. Pudo ser que las élites del asentamiento de Marimacho-Antequera hubieran recurrido a la construcción de grandes dólmenes con túmulos para expresar una disociación con respecto al resto y quizá también ostentar su poder desde fines del IV al III milenios, imitando su gesto posteriormente (*Calcolítico*) en el Cerro García para mostrar la trascendencia de su función como centro de control del único paso hacia la costa de este territorio.

En otro orden de cosas, ya hemos mencionado que el T.14-Antequera podría haber contado con Marimacho-Antequera como lugar central, desde el IV milenio, aunque también es posible que se produjera un desplazamiento de poder hacia el Tardón, a fines del III milenio.

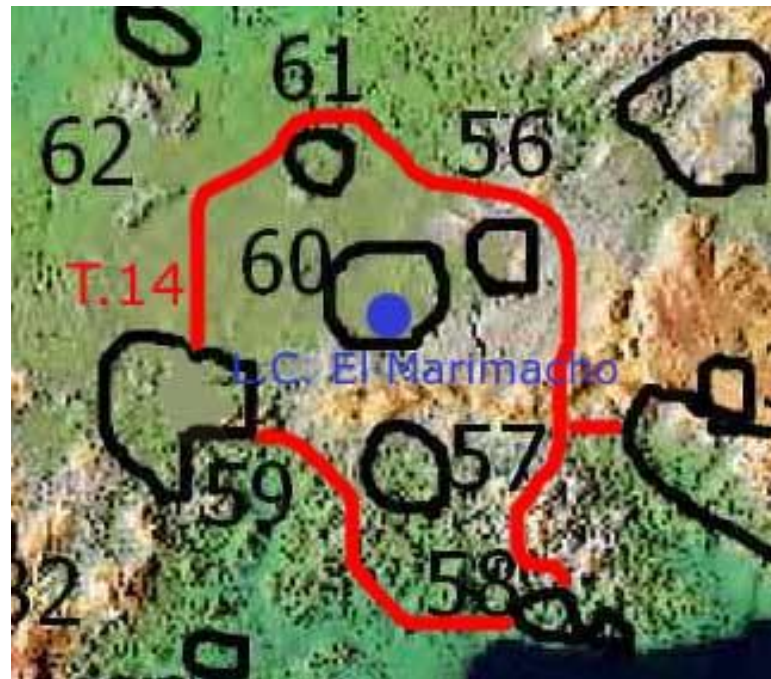
Por último, mencionaremos que existe la posibilidad de encontrar vínculos entre este territorio y las agrupaciones de El Rincón del Victoria, hacia el sur y de Estepa-Gilena, hacia el noroeste.

En el primer caso, la agrupación 58, de la que formarían parte tanto dos cuevas naturales (Cueva del Rincón de la Victoria, en la costa y Cueva del Cerro de la Corona, al sur del puerto del León) como un dólmen (El dólmen de la Araña, asociado al mismo asentamiento que la cueva del Cerro de la Corona) pudo haber sido "anexionada" por el territorio de Antequera para colaborar desde la otra vertiente, con el Cerro García en el control sobre el tránsito del puerto del León.

En el segundo caso, la agrupación 62, las cuevas artificiales del Negrón, Cueva Antoniniana y Juan Corrales y la dispersión dolménica del Ronquillo no se asocian a ningún asentamiento concreto, pero se ubican cerca de las cuevas de Alameda, entre la vertiente sur del valle del Genil y la última estribación de la Sierra de Humilladero.

La Agrupación de Santaella (nº63) también se ubica en el valle del Genil, pero ya a considerable distancia. El territorio en que está la necrópolis de la Calva es poco conocido y resulta complejo adscribirla ni a Antequera (poca vinculación con Estepa) ni a Cabra (no suficiente cercanía a Guta), ni a Posadas.

Con esta agrupación (nº 64) ocurre algo similar, pues la ausencia de datos para comprender la estructura poblacional del valle medio del Guadalquivir impide que podamos asociar la Sierrezuela a ningún asentamiento ni territorio específico.



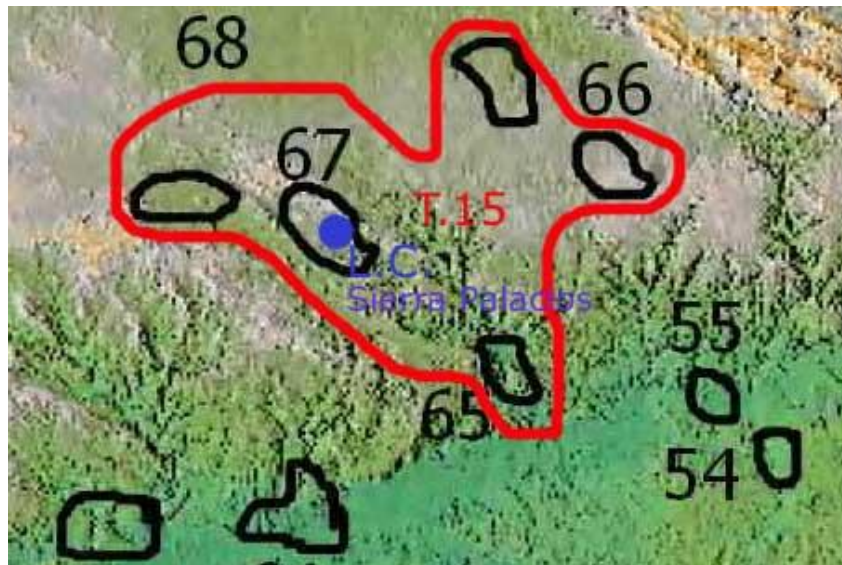
Territorio 15: Guadiato-Los Pedroches:

En la vertiente norte del Guadalquivir, la zona de la Sierra Morena donde discurren los valles del Guadiato, el Guadalmellato y las Serranías de Royera, Santos y Los Pedroches, hasta Cárdena, pudo haberse constituido en un territorio con organización política independiente a tenor de la existencia de varias necrópolis que le darían forma y sentido ocupando varios espacios: el que se ubica en torno al actual embalse de Sierra Royera (la Calaveruela, en la agrupación de Fuenteovejuna, nº 68, y Belmez, en la nº67), el valle alto del Guadalmellato (dólmen de La Camorrilla), la Sierra de los Pedroches (una necrópolis dispersa de dólmenes) y la dispersión de Villanueva de Córdoba.

Todas son de tipo dolménico y datadas mayoritariamente en el *Calcolítico*, aunque en Belmés hay enterramientos del IV milenio y Los Pedroches tiene esa cronología exclusivamente.

Así, este territorio podría haber comenzado a configurarse en el *Neolítico* en las zonas altas de la Sierra y del valle del Guadiato (Pedroches- Belmés, Villanueva), en torno al asentamiento de Sierra Palacios, con una necrópolis dispersa de serranía y posiblemente relacionada con el área de Sierra de Cardeña y Montoro. Después, podría haber orientado su distribución de redes de control sobre las poblaciones más arriba del valle y casi en su desembocadura en el Guadalquivir, sacralizando un punto desde el que se observan las dos cuencas fluviales mencionadas (La Camorrilla y su asentamiento, Peña Calera, así como La Calaveruela y La Cañaveruela, su poblado, junto a Los Delgados, son del III milenio). En esta fase, sería La Cañaveruela el lugar central del territorio 15, con probabilidad.

Sin embargo, también existe la opción de establecer Sierra Palacios como el Lugar Central permanente, fundamentándonos en su mayor perduración temporal (de *Calcolítico Inicial* a Campaniforme) casi exclusivamente. Y todo ello, hasta que podamos completar el estudio de correlación entre yacimientos y agrupaciones con los de Extremadura y comprobemos si Los Pedroches o Villanueva de Córdoba pudieran o no presentar vínculos con otras formaciones sociales del Norte.



Territorio 16: Valencina:

El territorio sacro político de Valencina ha sido ya defendido por los autores mencionados en capítulos anteriores (Nocete, Cámara, Arteaga, etc.). Prescindiendo de si aceptamos o no el gran alcance de la expansión de su control jerárquico sobre los territorios del medio y alto valle del Guadalquivir (cuestión que discutiremos más adelante), parece fuera de dudas que Valencina de la Concepción ejerció de lugar central o capital de un conjunto de asentamientos secundarios y terciarios distribuidos por las tierras de aluvión a ambos lados del valle, desde el Genil a las marismas de su desembocadura, que por otro lado, atendiendo a los datos aportados por las recientes reconstrucciones de costa para los milenios IV a II, habría estado muy cerca del propio asentamiento.

Ocuparían este nicho las necrópolis nº 70 a 79 (inclusive). En su mayoría son de tipo dolménico, con túmulos sin excavar y *tholoi*, aunque muchas de ellas incluyen cuevas sepulcrales también (en Carmona y Valencina; Marchena está totalmente integrada por cuevas).

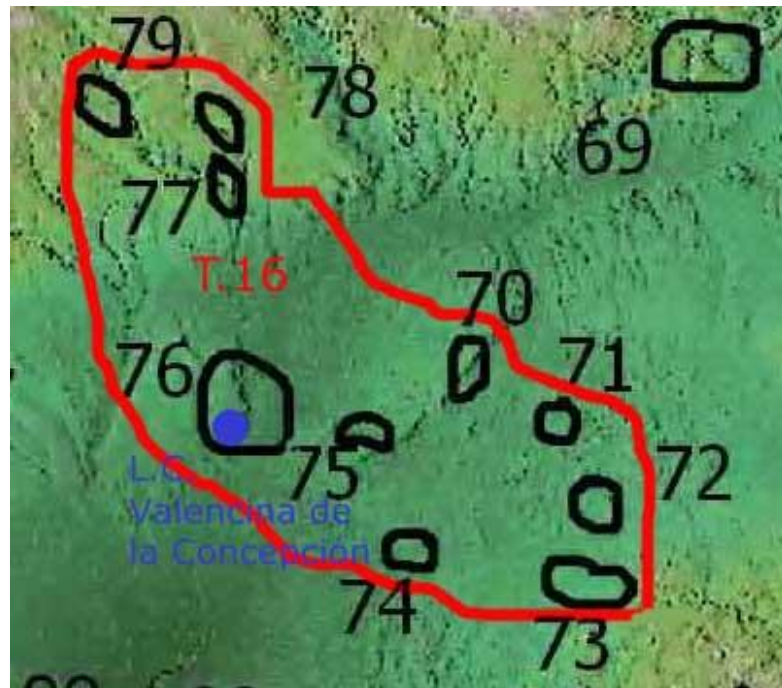
En lo que respecta a las cronologías, encontramos una mayor abundancia de enterramientos datados en el III milenio, aunque las necrópolis de Carmona y Valencina, nuevamente, existieran desde fines del IV (incluyendo los silos de Campo Real). Los dólmenes de Las Navas (en Puebla de Cazalla, nº72), Guillena (nº77), los cuatro de El Garrobo (nº78) y las tumbas más antiguas del Castillo de las Guardas (nº79) carecen de una adscripción cronológica fiable, por lo que no podemos descartar ni afirmar que estuvieran ya en uso en el *Neolítico*.

Estas últimas agrupaciones, las que se ubican en el valle bajo del Río Huelva, se incluyen aquí por cercanía principalmente, pero al no disponer de datos suficientes para asegurar esta adscripción,

podemos dejar al puerta abierta a la posibilidad de que también estuvieran relacionados con la agrupación del valle alto del mismo río, la nº 103, Aracena.

Lora del Río, por su parte, aparece algo más lejana del núcleo de Valencina, pero se trata de un conjunto de dólmenes (Los Majadales) que podría tener conexión con Carmona y se localiza en plano valle, junto al río. Sería interesante completar los estudios espaciales en esta zona para comprobar dicha relación.

Por otro lado, la estructura del poblamiento de la región (fruto de estudios sistemáticos) muestra las dependencias con respecto a Valencina de asentamientos como la propia Carmona, que habría sido quizá el lugar secundario principal, junto a El Gandul, y de otros de menor tamaño o acastillados, etc. como Marchena, Morón, El Coronil, Las Aguzaderas, El Casar o Castillo de las Guardas.



Territorio 17: Ronda:

Seis agrupaciones se pueden considerar el núcleo de este territorio, a las que complementarían otras cinco, en sus límites fronterizos.

Ronda, Alpandeire, Benaocan, Benaocaz, Montecorto y Alcalá del Valle (agrupaciones nº 82 a 87, ambas inclusive) se encuentran sobre el macizo de la Sierra de Ronda, un terreno alto desde el que se accede a la costa mediterránea y atlántica, a los llanos de Arcos de la Frontera y Morón de la Frontera (ya en el valle del Guadalquivir) a través de puertos de montaña. De la Sierra de Antequera la separa el cauce del Guadalhorce.

Coín-Marbella-Alozaina (nº 80) podría vincularse con este territorio por su posición estratégica, controlando los dos puertos de Los Pescadores y de Ojén en el camino al mar desde Ronda, aunque la cronología tanto del dólmen de Cañada Alange como la de la Cueva de Pecho Redondo, así como de otras sepulturas del área del Río Grande -Alozaina y Ardite- es sólo del *Neolítico*, sin perduración posterior en su uso. En esta zona, al interior del puerto del León, se conoce también una explotación de sílex (cerca del asentamiento del Charcón y de otros asentamientos secundarios como Cerro Ardite). J. A. Márquez Romero (2001) opina que uno de éstos, el denominado Los Villares, podría interpretarse como una de las "enclosures" o centros culturales delimitados por empalizadas de los que ya hemos hablado en capítulos anteriores.

La Agrupación 81, Estepona, parece poder relacionarse también con las de Ronda, aunque sólo por cercanía. Los dólmenes de Corominas se datan en el *calcolítico* exclusivamente.

Villamartín (con Puerto Serrano), Algar y Jimena de la Frontera pudieron, por su parte, haber sido necrópolis de formaciones sociales periféricas que actuaran como frontera ente los dos territorios de la banda atlántica de Cádiz (nº 18 y 19). Estas agrupaciones corresponden a cuatro dólmenes y una cueva, de los que conocemos con exactitud la cronología del de Alberite (fines IV-principios del III), por lo que también resulta complejo establecer su función dentro de la estructura política e ideológica de Ronda o de cualquier otro territorio.

En síntesis, las agrupaciones en torno a Ronda, son mayoritariamente dólmenes y de fines del IV-principios del III, perdurando su uso hasta el *Calcolítico final* sólo en algunos casos específicos. Del IV, encontramos la necrópolis de Alcalá del Valle y la cueva VR-15 de Benaocaz, y de nueva construcción en el *calcolítico* avanzado son los dólmenes de Alpandaire y del Moral en Montecorto. Las otras dos cuevas (La Pileta y Cueva del Brazalete) son de fines del IV-III.

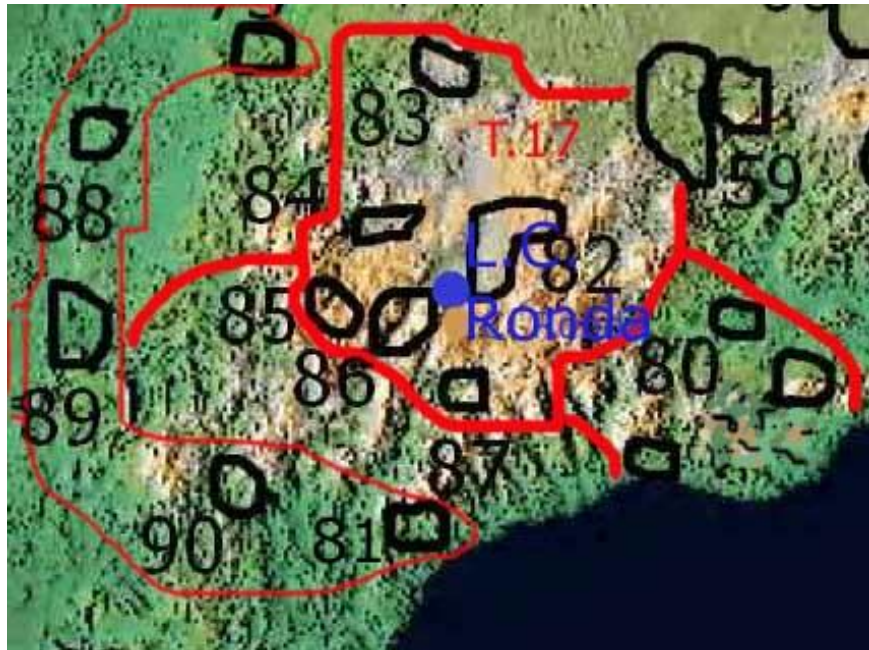
Así, este territorio muestra en conjunto, una cronología más antigua que la mayoría de los ya descritos, con grandes contrastes por la existencia de yacimientos de cronologías extremas que no debieron coincidir en el tiempo. Por ello, es necesario mantener cierta cautela en cuanto a la distribución espacial de sus límites. En este sentido comentamos anteriormente la importancia de la asociación de estas necrópolis con puertos de montaña, pues éstos marcan dichos límites: aparte de los mencionados en Coín-Marbella, destacan los de Cabañas, Las Palomas, Boyar y Galís.

Otra característica significativa de este conjunto de espacios sacros es la abundancia de cuevas sepulcrales en las que se corresponden enterramientos colectivos con pintura esquemática de tipo necrolático. Su correspondencia con el denominado grupo II de las manifestaciones iconográficas funerarias de la Península (M. Aguado,

2000) se puede entender como un argumento más para considerarlas a todas parte de un mismo territorio. En este grupo se incluiría Pecho Redondo, La Curra y Nerja (uno de los motivos esquemáticos en negro de esta cueva ha sido recientemente datado por radiocarbono a fines del III milenio -cal.-, según A. M^a Márquez, 2004).

La Curra aparece en este estudio en la agrupación 59, vinculada a Antequera, pero muestra también una conexión, por tanto, con Ronda. Quizá ejerciera de espacio de frontera entre ambos. El dólmen de Alberite también evidencia un programa iconográfico significativo.

Por último, su lugar central, Ronda, habría controlado otros secundarios, como Peñón Gordo o el Llano de la Virgen, pero son poco conocidos los asentamientos de la zona.



Territorio 18: Véjer-Tarifa:

Las agrupaciones de Tarifa, Purenque-Larráez y Véjer de la Frontera constituyen un grupo de necrópolis en torno a Los Charcones (el lugar central) y Tahivilla o Punta Huevo que abarcan mayoritariamente cronologías de fines del IV-III milenio en el caso de los dólmenes de la Laguna de la Janda (agrupación Purenque-Larráez, nº 92, la más numerosa) y del III^o avanzado, en el caso de las cuevas artificiales de los extremos de este territorio, Tarifa (Los Algarbes) y Véjer.

Las cuevas se ubican en zona costera, pudiendo responder a un proceso de ampliación del territorio bajo explotación de Los Charcones. La relación con la agrupación 90, Jimena de la Frontera,

se plantearía a modo de frontera, como ya hemos indicado al analizar el territorio 17.

La mayoría se relacionan espacialmente con abrigos de pintura y grabado esquemático.

Por otro lado, los yacimientos de este territorio aparecen en la bibliografía consultada (J. Ramos *et al.*, 1997 y J. Ramos, 2004) conjuntamente con los del territorio 18 (Jerez de la Frontera) como la expresión territorial de una única formación social, la de la Banda Atlántica de Cádiz, agrupándolos en un único territorio amplio. Desde el punto de vista de la escala a la que estamos observando la existencia de relaciones de dependencia jerárquica entre asentamientos de esta época en el resto del territorio del Sur peninsular, creemos que se ajusta mejor a la realidad arqueológica una diferenciación en dos territorios: Tarifa-Véjer y Jerez de la Frontera.

Territorio 19: Jerez de la Frontera:

En la Campiña de Jerez, en torno a la Bahía de Cádiz, este territorio estaría sacralizado por las necrópolis de Puerto Real, Rota, Jerez, Sanlúcar de Barrameda, Lebrija, Trebujena y Gibaldín.

Los dólmenes y cuevas de Sanlúcar, en la desembocadura del Guadalquivir, y los silos de Las Valderas (Gibaldín), hacia el interior, son las únicas que se datan a fines del IV, perdurando durante el III. Los asentamientos de la misma cronología en esta zona, Las Lagunillas, Loma de Puerto Huevo, Cantarranas, Retamar, etc. se ubican en las áreas de las demás necrópolis, exceptuando Miraflores Alto, que podría asociarse con la agrupación de Sanlúcar.

Las otras cinco agrupaciones incluyen dólmenes, cuevas y silos del *Calcolítico*, lo que podría indicar que pese a existir poblamiento anterior, la sacralización de sus terrenos se realizó tardíamente, quizá para evidenciar físicamente su integración (efectiva ya desde antes y generada en las zonas de Sanlúcar y Gibaldín) en el modelo de organización social y político de los grandes monumentos de culto a los antepasados.

Además, es significativa en este territorio la importancia de los silos como estructura sepulcral, presente en casi todas las agrupaciones.

Por otro lado, además de los asentamientos de IV milenio ya mencionados, los que surgen en el III son Las Viñas, Cerro del Moro, El Berrueco, Loma de Lentiscar, La Mesa, etc. También conocemos a través de los estudios de V. Hurtado (1995) los de Las Arenas, Campo Real, La Dehesa, Marismilla, Morita, Vereda de Alconchel, etc. lo que evidencia un proceso de distribución de abundante población por el territorio 19.

La estructura jerárquica entre estos asentamientos no está totalmente definida en los trabajos de J. Ramos y otros (1998) pese a ser muy exhaustivos en la documentación de yacimientos (no aplican el modelo de centro periferia), pero se puede decir que tanto Retamar o Cantarranas, en el IV milenio, y Las Viñas o Jerez de la Frontera, en el III, pudieron ejercer de centros políticos.



Territorio 20: Zufre-Cazalla de la Sierra:

De nuevo en la vertiente norte del valle del Guadalquivir, en las estribaciones de Sierra Morena, se establecen relaciones entre tres agrupaciones que controlan las tierras altas de varios valles cuyos ríos desembocan en él.

Cazalla de la Sierra (El Pintado y Túmulo del Valle) se ubica en la transición entre la Sierra de Pedroso y los cauces del Huesnia y el Viar. Hacia el este, se localiza la de Almadén de la Plata (Castillejos y Loma de la Cabrera) también en las tierras altas entre los nacimientos de los ríos Rivera y Viar. En tránsito de la Sierra de Aracena- Aroche y el valle alto del río Huelva se distribuyen los dólmenes de la necrópolis de Aracena.

Las tres repiten el mismo patrón de ubicación espacial, son de tipo dolménico y tendrían al Castejón como asentamiento de referencia. El Pintado, y Castillejos-Loma de la Pradera son otros poblados de la zona, relacionados con él. Podría tratarse del lugar central del territorio, aunque nos faltan datos relativos al patrón de poblamiento general de esta zona de Sierra Morena. El Castejón es ya en sí mismo, considerado como un lugar secundario de Valencina o en

relación de dependencia con los otros asentamientos del territorio de Huelva (nº 21).

Continuando con las posibles vinculaciones con otras agrupaciones y territorios, recordaremos que la nº 103, Aracena y la nº 104, Almonaster, podrían estarlo (ver descripción de agrupaciones), lo que llevaría a considerar ésta última como un espacio de frontera o periférico, utilizado ambivalentemente por dos territorios, dada su ubicación estratégica entre los puertos de La Cruz y del Espino, conectando el valle del Odiel con la Sierra de las Contiendas.

Así mismo, existiría una posible conexión periférica con el grupo de dólmenes de Azuaga, como ya observamos en las descripciones de agrupaciones. Entre Cazalla y Fuenteovejuna, en el valle alto del cauce fluvial que separa ambas, el del río Bembézar esta agrupación podría haber ejercido de periferia fronteriza también.



Territorio 21: Huelva-Sta. Bárbara:

El territorio de Huelva se expresaría a través de una doble distribución lineal, siguiendo los cauces del Tinto y el Odiel, por un lado, con las agrupaciones de Zalamea, Valverde, Trigueros-Beas y Aljaraque (nº 105, 106, 108 y 109), junto a la de Niebla (107), situada en el valle bajo del Tinto, muy cercana a la de Soto (Trigueros). Por el otro, siguiendo el cauce derecho del Guadiana, con las agrupaciones de Sta. Bárbara (nº110), Andévalo (nº111) y Villablanca (nº112).

Se componen de dólmenes de tipo galería cubierta o corredor y todas, salvo la de Papauvas (Aljaraque) y Sta. Bárbara comienzan en el final del IV milenio. Los Gabrieles y El Soto incluso se datan sólo en el *Neolítico*, sin perduración posterior, aunque si hay reutilizaciones constatadas en Soto de fines del III y el II.

La región entre el Odiel y el Guadiana ha sido objeto de estudios que han dado como resultado el descubrimiento y excavación de yacimientos como Cabezo Juré, (F. Nocete, 2001) y se puede pensar

que además de establecerse una conexión directa con éstos, también pudieran formar parte de su red jerárquica los de pleno valle del Guadiana, como el Castelo de Santa Justa (Alcoutim) del *Neolítico Final-Calcolítico*.

Así mismo, se plantea la posibilidad de que la agrupación nº 110, Santa Bárbara de la Casa, se pudiera integrar en este territorio o pudiera haber sido un enclave periférico del mismo, con relaciones presumibles con otros territorios del valle del Guadiana. Las necrópolis de La Zarcita y el Tesoro, en torno al Cabezo de los Vientos, se componen de galerías, como las del territorio de Huelva y el asentamiento se considera como un lugar dependiente de Papauvas, como Cabezo Juré (entre ambos), lo que podría justificar esta adscripción. No obstante, se ubica en un nicho ecológico distinto y alejado, el valle alto del Río Malagón, afluente del Guadiana y se data en el *Calcolítico medio-final* (*tholoi* abundantes), lo que la pondría en conexión quizá con Almonaster.

Por otro lado la agrupación nº 112, Cacula, en la desembocadura del Guadiana, se ubica cerca de Papauvas y Villablanca y carece de asentamiento con el que relacionarse directamente en su zona. Las cuevas de Torre dos Frades y Arrife pudieron haber estado al servicio ideológico de los intereses de las élites de Papauvas por controlar también otra desembocadura fluvial, aparte de la del Odiel-Tinto. Aunque también está en la posible órbita de Castelo de Santa Justa.

De todas formas, siguiendo los datos aportados por A. M^a Lucena (2004) sobre Papauvas, parece que hay evidencias de temporalidad en los usos habitacionales, lo que podría inducir a pensar que quizá no fuera un poblamiento tan importante o no lo fuera constantemente, de forma continuada. Pero por otro lado, la relevancia de su necrópolis indica lo contrario, luego mantendremos su propuesta como lugar central del territorio durante todo el III milenio, a la espera de que se revisen sus evidencias materiales.

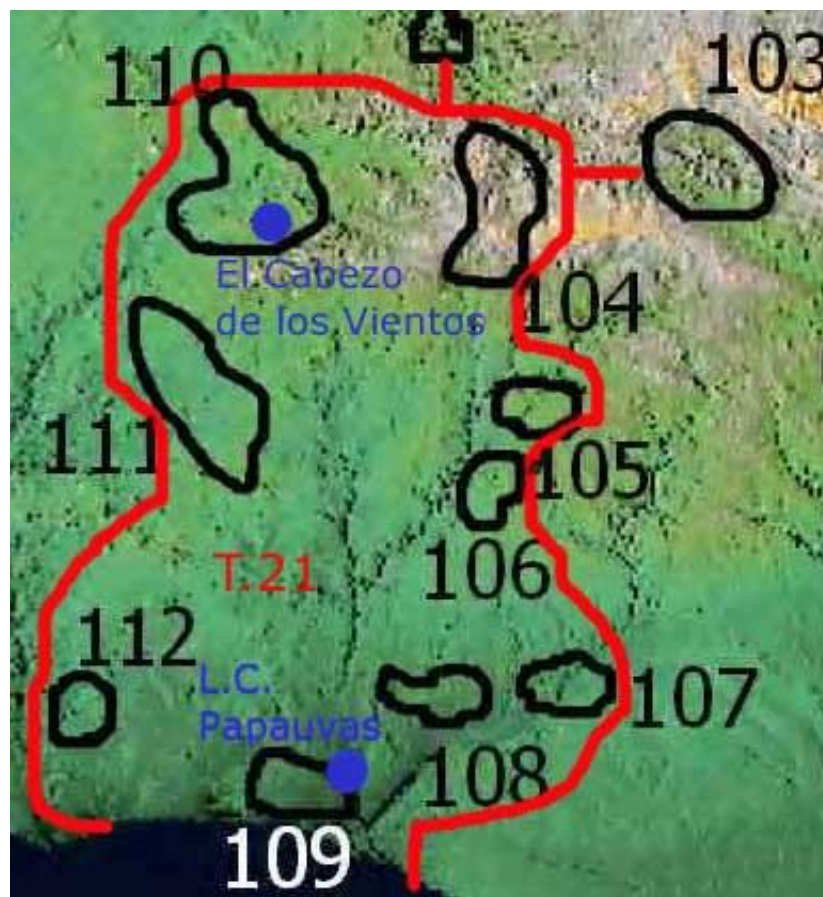
Y por último, mencionamos igualmente la agrupación Encinasola, que aun tratándose de tan sólo un dólmen, podría indicar una sacralización de un espacio eje de contactos entre las zonas del norte de Huelva y el sur de Badajoz. Por ello, podría considerarse una región de frontera-periferia entre los territorios de Huelva y el de Pijotilla, al que corresponderían los grupos de sepulturas más cercanos a Encinasola: Fregenal de la Sierra y Jerez de los Caballeros.

Este que describimos sería pues un territorio de grandes dimensiones, con más de diez agrupaciones, algunas de ellas, dispersiones de considerable extensión y densidad de ocupación y en posible conexión con el territorio 20, como ya indicamos, cuya evolución temporal muestra una ampliación de áreas sacralizadas, y por tanto integradas en la lógica de la estructura política de Huelva,

que habría avanzado desde los valles del Tinto y Odiel hacia el del Guadiana durante el III milenio.

Pero antes de pasar a describir el último territorio de este estudio, se hace necesario referir unas líneas al conjunto de agrupaciones que jalonan la región de Solana de Barros (Badajoz) y que habrían constituido el territorio de La Pijotilla. Este sería el lugar central desde el que se controlaría la red jerarquizada de los cauces del Olivenza, Alcamache y Ardila (afluentes los tres del Guadiana) y las serranías que los circundan. Las necrópolis de ente el IV y el III milenio de la zona son muy abundantes, discurriendo por los términos de Fregenal de la Sierra, Olivenza, Valverde de Leganés, Barcarrota (una dispersión dolménica), Valverde del Ventoso y Jerez de los Caballeros.

No las describiremos aquí, pero si consideramos su asociación territorial apoyándonos en anteriores valoraciones similares que observan homogeneidad de ajuares, sobre todo los de materiales como marfil y metal, entre las tumbas de este territorio) que las conciben como parte del ámbito de control de Pijotilla durante el III milenio). También mencionamos sus posibles vínculos con la zona de Reguengos de Monsaraz, el otro territorio en el cauce occidental del Guadiana.



Territorio 22: Lagos-Portimão:

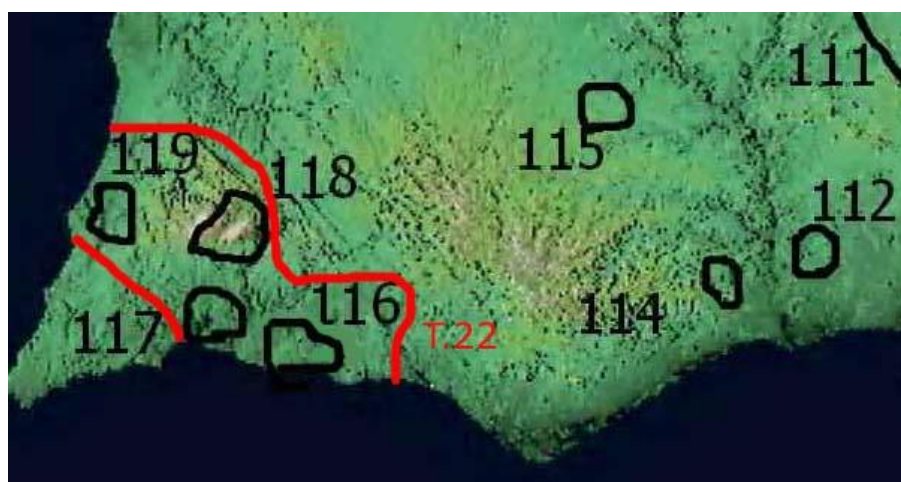
En el extremo sur occidental de Portugal es donde se concentran varias agrupaciones que pudieron delimitar un territorio sacro-político de las características de los ya analizados. El resto de agrupaciones referidas (Mealha y Serpa) están muy alejados entre sí y cada una se compone de un único yacimiento contrastado, quedando inconexas a falta de estudios espaciales en sus respectivas regiones.

En cuanto a los dólmenes de Marco Branco (Santiago do Cacem, agrupación nº 120), se localizan también muy lejos del resto de los espacios sepulcrales del sur de Portugal (incluyendo Reguengos de Monsaraz). Al igual que sus asentamientos de referencia, Marco Branco y Salema (del *Neolítico Final-calcolítico*) o Monte Novo (*Calcolítico Final*).

Así, el último territorio de esta propuesta sería el de Portimão-Aljezur-Sagres. Las necrópolis de Portimão, Alcálar y Monchique se datan en el *Neolítico final-Calcolítico*, siendo en su mayoría dólmenes, túmulos, *tholoi* y dos cuevas, mientras la de Aljezur es del III milenio exclusivamente. Ésta se localiza en la costa atlántica, mientras las otras tres discurren por el interior (salvo Portimão), alineadas con la rivera del Río Boina.

Este territorio carece de propuesta de lugar central específico, aunque parece que el asentamiento de mayor importancia sería Monte Canelas, del que podría depender el propio Alcálar, que perdura hasta fines del III milenio.

Resulta interesante destacar la presencia de numerosos menhires asociados espacialmente a este territorio, en la zona de Monchique, alineados entre sí (V. Varela, 1997).



Como se observa en la descripción de los territorios, algunos de los que definimos en nuestra propuesta presentan problemas de diversos tipos: o bien no existen datos arqueológicos suficientes para asegurar los límites que proponemos para algunos espacios sacro-políticos o bien hay determinadas agrupaciones dolménicas cuya adscripción a uno u otro territorio es difícil de precisar. En algunos casos, planteamos la posibilidad de que dichas agrupaciones hubieran ejercido de límite (frontera o área periférica) entre dos o más territorios articulados en su entorno. En otras ocasiones, en un territorio propuesto en la tabla no parece haber datos suficientes para establecer cuál habría sido su Lugar Central, por lo que no se propone ningún asentamiento en concreto para el desempeño de tal función.

Esta propuesta que aquí se plantea está sujeta, por supuesto, a las modificaciones que sean necesarias no sólo a medida que con el avance de la investigación futura se modifique nuestro conocimiento, sino también en cuanto los excavadores o investigadores de cada área puedan aportar más y/o nuevos argumentos justificativos para establecer otro tipo de asociaciones entre yacimientos en el primer nivel y entre agrupaciones y asentamientos en el segundo.



VII. 3. CONCLUSIONES PRELIMINARES:

VII. 3.1. Síntesis de resultados y discusión sobre la hipótesis departida:

Sobre las Agrupaciones:

Resumiendo las características comunes que definen este estudio, es aconsejable reiterar los problemas de diferencias en los niveles de profundidad y los métodos de las investigaciones que sirven de soporte al mismo. Las dificultades derivadas de ello obligan a tomar siempre como una propuesta el modelo de interpretación del registro arqueológico que se aquí de hace.

A. Pese a todo, los datos analizados muestran **regularidades, contrastes y tendencias** que es interesante destacar:

- En primer lugar, se detectan diferencias en el tamaño (número de yacimientos integrados y dispersión espacial de los mismos) de las agrupaciones, pudiendo encontrar grandes necrópolis, con mayor o menor grado de heterogeneidad interna, frente a agrupaciones constituidas por entre uno y cuatro yacimientos exclusivamente. Los núcleos funerarios considerados como un único cementerio de grandes dimensiones, correspondiente al mismo grupo humano a escala local (meso espacial), se distribuyen por toda la geografía del sur peninsular: Totana-Lorca, Ceheguín, Cúllar-Chirivel, Alto y Bajo Almanzora, Millares, Gor, Fonelas-Piñar, Bermejales, Loja, Antequera, Ronda, Purenque-Larráez, Cabra, Los Pedroches, Belméz, Carmona, Valencina, Utrera, Jerez-Sanlúcar, Aracena, Zalamea... son las más significativas por tamaño de entre las grandes necrópolis.

Es igualmente destacable el hecho de que en casi todos los territorios, se agrupen grandes necrópolis como las mencionadas con las pequeñas de uno o dos yacimientos. Tan sólo Granada (nº 7), Marroquies (nº11) y Alto Valle del Guadalquivir II-Porcuna (nº13) carecen de ellas y se trata de los tres territorios acerca de los que planteamos más dudas en cuanto a su identidad y autonomía.

En principio entendemos que la explicación a esta diferencia en los tamaños entre agrupaciones se debe a las irregularidades o imprecisiones en la investigación de los yacimientos, que impiden establecer conexiones entre ellos con mayor seguridad, o bien afirmar que efectivamente entre unos y otros no hay/hubo más tumbas o simplemente, se han perdido y no dudar de si el terreno está suficientemente prospectado.

Sin embargo, cabe también preguntarse si pudo tener algún sentido para las formaciones sociales generadoras de cada territorio el hecho de concentrar más sepulturas en determinados espacios geográficos y ubicar en otros sólo algunas tumbas especialmente relevantes o distribuirlas con menor densidad. Estas diferencias en el nivel de densidad podrían haber sido el resultado, bien de una menor inversión de esfuerzo o bien del empleo discrecional de los signos-símbolos de los dólmenes para estructurar un mensaje distinto (cambiando la "sintaxis").

- En lo concerniente a las diferencias de tipologías ente los yacimientos, ya se ha argumentado que no se valoran como trascendentes, ni siquiera significativas, las diferencias entre dólmenes y cuevas por considerar que son realidades más relacionadas con la técnica constructiva elegida para crear el espacio sepulcral (el volumen interior es lo que realmente posee significado en el ámbito religioso - ritual-) y para sustentar la estructura exterior, la montaña (natural en el caso de la cueva y artificial en el caso del túmulo) que es a su vez lo que poseería el significado sacro y político, identitario y estratégico en el ámbito socioeconómico e ideológico.

Las posibles razones que llevaran a emplear diferentes técnicas constructivas en el armazón de los monumentos deben encontrarse en el ámbito práctico, más que en el ideológico a nuestro entender. Quizá las condiciones litológicas, la disponibilidad de madera en determinadas épocas del año, o la orografía del terreno marcaran determinadas estrategias en el proceso constructivo. Pero quizá también influyeran condiciones de tipo social, como la posibilidad de contar con el número de personas necesarias para levantar un monumento de determinado tamaño, o la de organizar una estructura de gestión del trabajo acorde con éste en cada región en un momento concreto. La enorme variedad de sistemas empleados y la dificultad que encontramos para esquematizar sus tipos por temporalidad o adscripción regional induce a pensar que no debió haber "tradiciones" ni siquiera en este sentido práctico de la construcción, exceptuando quizá algunas de las necrópolis comentadas que posean características morfológicas significativamente uniformes. Tan sólo nos atreveríamos a asumir una pauta, en este caso de evolución en la tecnología constructiva, en el caso del sistema de falsa cúpula, pues parece desarrollarse siempre con posterioridad a los sistemas arquiteados, de cubiertas planas.

- La cuestión de si los silos pudieron ser entendidos de forma similar a las otras formas de sepultura sigue abierta, en nuestra opinión. Expresamos nuestras dudas en un epígrafe anterior, pese a que varios cementerios de silos se han incluido en las agrupaciones (por las razones aducidas en cada caso: ver descripciones de agrupaciones). La mayoría de las agrupaciones con silos se encuentran en la costa atlántica de Cádiz (incluidas en el territorio de Jerez de la Frontera, principalmente), así como en Carmona y Montoro.

Hay algunas fosas con enterramientos colectivos que forman parte de necrópolis mayoritariamente de dólmenes o cuevas en otras regiones (Marroquíes, Martos, Alcalá del Valle, Ronda, todas, agrupaciones de la línea de serranía al sur del alto valle del Guadalquivir) pero no parece tratarse del

mismo fenómeno. Como tampoco los es el de las “*enclaves*” o centros ceremoniales (también analizado en el capítulo V y que presentan silos-pozos con restos óseos humanos de múltiples individuos, pero sin que pueda determinarse que son enterramientos colectivos, además de asociarse a otras estructuras como fondos de cabañas, basureros, fosos, etc. en un mismo espacio acotado).

Así, se observa que la ubicación de los silos está muy definida, restringiéndose casi al valle del Guadalquivir (junto al cauce y en uno de los márgenes de su desembocadura, con una distribución lineal). Quizá esta circunstancia pueda estar relacionada con su existencia pero no nos aventuramos a proponer ninguna explicación concreta por el momento. Sus cronologías oscilan ente el IV y el III milenio, como el resto de yacimientos, aunque son más abundantes los del final del neolítico.

Lo único que parece presentar cierta inconsistencia es la ausencia de monumentalidad en las necrópolis de silos, lo que impediría que cumplieran el mismo papel que el resto de cementerios. No obstante, son siempre necrópolis concentradas de asentamientos, por lo que puede ser que no precisaran de tanta visibilidad externa o que la adquirieran mediante otros sistemas de señalización hoy desaparecidos (¿estelas, quizá?). Aunque nunca poseerían el mismo valor en tanto que elementos transformadores del paisaje, “moldeadores” de las tres dimensiones de la tierra, como los túmulos.

Así pues, mantenemos las reservas para considerarlos estrictamente equiparables a las demás necrópolis, aunque no por ello sean desestimables en tanto que indicadores de lugares sacros donde tuvo lugar el culto a los antepasados (en circunstancias quizá diferentes, pero suficientemente relativas).

B. En otro orden de cosas, sintetizamos las **relaciones entre las agrupaciones y otros elementos de la ritualidad**, como los menhires o cromlechs, y la cosmovisión de las sociedades campesinas jerarquizadas del IV-III milenios en el sur peninsular.

- Uno de los aspectos que merece ser señalado es la existencia de vínculos espaciales (generalmente de cercanía) con abrigos que albergan signos esquemáticos en pintura o grabado (o zonas con grabados al aire libre). En las agrupaciones de Tarifa y el Alto Valle del Guadalquivir I (área de Ubeda y Baeza, principalmente) la bibliografía muestra que se han efectuado este tipo de estudios de interrelación. No obstante, son escasos en el total del territorio meridional y convendría completarlos, aplicando una metodología de análisis uniforme, para poder tener en consideración este dato y extraer de él las conclusiones pertinentes. En el presente trabajo de investigación no se ha podido abordar esta tarea debido a su complejidad, pero esperamos poder hacerlo en el futuro.

Las zonas en las que se conocen otros espacios sacros (menhires) inscritos en el territorio de determinadas necrópolis y relacionados con ellas, son los de Monchique y Portimão (como ya se indicó al describir el territorio nº 22) y la de la agrupación Lorca-Vélez Blanco (nº 13). Los primeros se

corresponden con el mismo fenómeno constatado en toda la zona atlántica europea, salvo el Golfo de Cádiz.

Sigue resultando inquietante no encontrar una teoría explicativa que resuelva la cuestión de por qué no hay evidencias de menhires (aislados o en alineaciones, ni de cromlechs) en el sur peninsular, más allá de la costa atlántica referida y salvo el caso citado aquí de Lorca-Vélez Blanco, y el del territorio de Huelva, que podrían ser excepciones, dado que no se conocen más casos.

Por otro lado, sabemos por los trabajos de autores como M. Almagro y J. Jiménez (2000) que existen santuarios al aire libre, las denominadas por ellos "peñas-santuario" en determinados lugares de la geografía peninsular. Son más abundantes en el noroeste y Extremadura y Cataluña, pero en el sur, encontramos estas mesas-altar en el Acebuchal (Carmona), en Tarifa, en el Cabezo Juré (Alosno) y al norte del valle del río Segura, en Murcia. Así, junto a enclosures y abrigos pintados, habría que contar con espacios rituales de otra índole en el territorio, con los que establecer estas conexiones. Conexiones que en los casos que nos ocupan, parecen estar claras, pues los tres alteres referidos se ubican en espacios funerarios claramente delimitados en esta investigación.

Defendimos en el capítulo V de esta tesis doctoral la importancia de avanzar en la comprensión de estas relaciones entre necrópolis y espacios sacros, pues parece evidente que debió existir un vínculo de complementariedad en el marco del conjunto de manifestaciones rituales propias de estas formaciones sociales campesinas jerárquicas. Desgraciadamente, no se puede esbozar una interpretación global de esta cuestión sin disponer de todos los datos de existencia o no de interconexiones con otros posibles lugares sacros (los que albergan signos esquemáticos, por ejemplo). Sabemos que aparecen zonas con abrigos pintados en determinados territorios (como queda reflejado en las descripciones), pero sería necesario afinar el tipo y sentido de la relación entre éstos y las agrupaciones.

Cabe la posibilidad de que en la zona meridional de la Península Ibérica fueran dichos lugares los que hubieran ejercido de centros de congregación, tipo "santuario" al aire libre, en lugar de los menhires. Cabe igualmente plantearse si sobre estos menhires, en las zonas donde aparecen, se hubieran pintado también signos (aspecto igualmente no estudiado hasta la fecha de forma sistemática, aunque conocemos algunas evidencias arqueológicas y etnográficas en otras regiones de la Europa Atlántica – Eliade, 1976- y de África). De ser así, nos encontraríamos de nuevo, como en el caso de las cuevas-dólmenes, ante una combinación de similitud funcional y simbólica (residente en el mensaje expresado) y una diferencia de material y técnica en el soporte (abrigo natural o menhir artificial). Pero como hemos dicho, dejaremos esta cuestión sólo propuesta, a la espera de que se complete el registro documental y se pueda proceder a su estudio sistemático.

- En cambio, la relación entre los signos en pintura-grabado que aparecen sobre la arquitectura de la tumba (tanto en dólmenes como en cuevas) y el rito funerario si está ya ampliamente constatada, empleándose

el mismo lenguaje y con la misma función, en una gran cantidad de necrópolis del sur peninsular:

Cieza y Ceheguín, Fonelas-Píñar, Millares, Gor, Valencina, Villamartín (Dólmen de Alberite), Sierra de Cabra, Ronda, Benaoján, Benaocaz, etc.

La pintura-grabado necrolático (relacionada directamente con el rito funerario) tiene en nuestro ámbito de estudio al antropomorfo como eje central de su discurso (M. Aguado, 2000), siguiendo con ello la tendencia general del llamado "arte megalítico" (estudiada principalmente por Bueno y Balbín, Acosta, Sanchidrián, etc.) y que expusimos en capítulos anteriores.

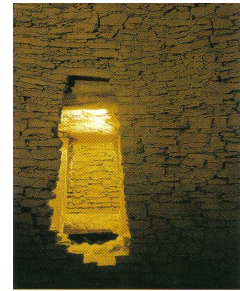
- Por último, el conocimiento actual sobre la influencia de los fenómenos celestes en la construcción-uso de las sepulturas dolménicas es igualmente irregular, centrándose sólo en determinadas necrópolis: Millares, Montefrío, Antequera, Valencina, Gor.

Se circunscriben generalmente al ámbito de la orientación de las puertas con respecto a la salida-puesta del sol o la luna, pero también, a la posición de estrellas dominantes (Sirio, Arturo, Las Pléyades) en el firmamento contemporáneo a la fecha aproximada de construcción de cada dólmen estudiado.

J.A. Belmonte y M. Hoskin (2002) defienden la ambivalencia del sol y la luna como referentes astrales en los cultos megalíticos del sur peninsular, pues pueden intercambiarse (incluso una orientación al sol creciente puede serlo también al "lucero del Alba"-planeta Venus). Además, las pinturas esquemáticas sobre dólmenes muestran la convivencia ente signos solares y lunares constantemente (caso de Alberite, Toniñuelo en Badajoz, Antelas en Portugal, etc.).

Por otro lado, vimos en el capítulo V de este trabajo, que los estudios de tipo arqueológico astronómico que se efectúan en otras regiones de Europa abarcan también el posible efecto de determinados acontecimientos celestes (los solsticios, equinoccios, etc.) en el proceso ritual para el que las tumbas pudieran estar diseñadas, cuestión esta que en el sur peninsular no se ha trabajado aún más que en contados casos.

Pero por otro lado, otra clase de aproximaciones que también vimos que se llevan a cabo en los últimos estudios, como las de orientación topográfica y visibilidad desde el interior de las tumbas, etc. se reflejan en determinados trabajos realizados por Belmonte y Hoskin.



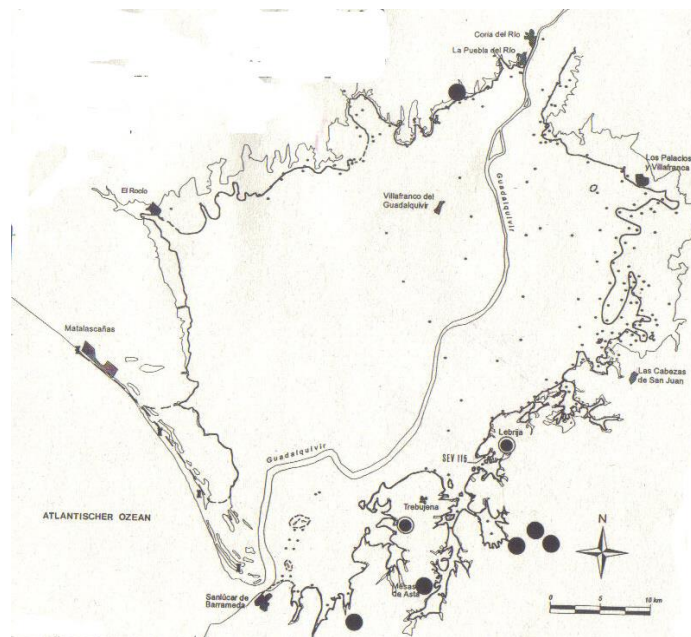
Sobre los Territorios:

Los territorios resultantes de la aplicación de los criterios establecidos para esta investigación muestran lo que sigue, siempre asumiendo que dicha aplicación podría ser discutible, por lo que dejamos abierta la posibilidad a la modificación de los resultados si ésta fuera razonable e hiciera los territorios susceptibles de sufrir modificaciones, como ya hemos comentado:

A. En cuanto a su distribución espacial:

Densidad de ocupación:

La distribución de los territorios sacro-políticos en el espacio (tal y como muestran los mapas) es, en primer lugar, bastante uniforme. No parece haber grandes diferencias de densidad entre los valles principales de los ríos del sur peninsular y las serranías, con varias excepciones: Sierra Nevada, quizá por la altitud del terreno, la desembocadura del Guadalquivir, que en los IV y III milenios debió estar inundada (golfo marítimo), a tenor de lo que sabemos por los estudios de reconstrucción de la línea de costa desarrollados por el Instituto Arqueológico Alemán de Madrid (O. Arteaga, H. Schulz y A.M. Roos, 1995, y O. Arteaga, 1987), algunos sectores de Sierra Morena (Sierra de Andújar, Jaén-Córdoba), la zona de la Sierra de Castril (Granda-Jaén), el entorno de Hornachuelos (Córdoba-Sevilla), la Sierra de Segura y el valle alto del río del mismo nombre, al norte del Guadalquivir, los alrededores de Elija y Osuna y el territorio ente Beja y Mealha en Portugal.



Plano de la reconstrucción de costa

No obstante existen noticias de que en determinadas áreas, como los alrededores de Osuna (Sevilla), Medina Sidonia y El Bosque (Cádiz) podrían encontrarse cuevas sepulcrales del tipo de las de Alcalá la Real (J. Gamíz, 1997), lo cual podría evidenciar menos espacios "vacíos" de lo que parece en un principio desprenderse de los mapas.

A estas zonas casi vacías, se añaden otras en las que la densidad de necrópolis es menor, como toda la costa mediterránea, a excepción, claro está de la desembocadura del Almanzora, el sur de Murcia, los alrededores de Baza y el valle alto del Andarax, un espacio muy susceptible de albergar yacimientos funerarios en base al patrón que se observa en las áreas donde éstos si se conocen. También se suman el entorno de Puente Genil y el de las agrupaciones 88 a 90, del que ya se comentó su presumible posición periférica en el apartado de descripción de los territorios, pero que quizá precise de una investigación espacial más exhaustiva para confirmarla.

Probablemente se trate de un problema de investigación, dado que no parece haber otros factores socioculturales o geográficos que expliquen estas lagunas. Como hemos mencionado en el capítulo anterior, estas áreas coinciden *grosso modo* con las que no han sido prospectadas sistemáticamente o estudiadas conforme a un modelo de estructuras territoriales centro-periferia.

Nichos ecológicos ocupados:

De entre los nichos ecológicos ocupados, la mayor densidad la evidencian el bajo y el alto valle del Guadalquivir, con territorios que abarcan ambos lados del cauce, en terrenos de aluvión principalmente (nº 12, 13 y 16), por un lado y por el otro, la Sierra Morena (salvo el norte de

Jaén) con los territorios 15 y 20) y la subbética (con los territorios 6 a 11 y 14).

Territorios que abarcan los cauces de ríos desde su valle alto hasta la desembocadura en la costa, incluyendo áreas serranas de su entorno, son los dos de Almería (nº 4 y 5) los de Cádiz (18 y 19) y los de Papauvas y Monchique-Portimão (21 y 22).

Y por último, mencionamos los que se distribuyen por zonas serranas, como el de Sierra de Ronda (17) y los que siguen cauces fluviales pero sin salida al mar, como los dos de Murcia-Almería: nº 1 y 2.

Como se puede observar, las sepulturas colectivas de los IV y III milenios se reparten por todos los tipos de nichos ecológicos del sur peninsular. Lo que resulta interesante, más allá de tipologías es el conjunto de patrones de asociación entre éstos en cada territorio en particular.

Así pues, para continuar con el análisis geoestratégico de la ocupación en clave ideológica del territorio de las formaciones sociales campesinas jerárquicas, reducimos la escala del estudio y nos centramos en el territorio de cada una de ellas.

Parece una constante en casi todos los territorios la combinación de varios ecosistemas dentro de sus "límites", predominando el binomio valle fluvial (ya sea abierto o encajado en un cañón)-serranía circundante, en la que hay uno o varios pasos estratégicos (puertos de montaña). En algunos casos, como los dos territorios de Sierra Morena, varios valles se complementan de forma transversal con la serranía entre ellos.

Así, se observa cierta tendencia a integrar dentro de un mismo espacio de control-dominación, por un lado, los puertos de montaña y las salidas al mar (elementos estratégicos para el flujo de intercambios y la redistribución, por tanto), pero también las tierras más productivas a nivel agrícola con zonas de pastos ganaderos y explotación forestal (espacios para el control de las fuerzas productivas).

Estructura organizativa interna:

El modelo de explotación económica deducible es de muy amplio espectro, aunque internamente, las áreas dedicadas a cada tipo de actividad estén diferenciadas, en términos generales, existiendo así un grado medio de especialización económica atomizada espacialmente en cada territorio definido.

Este patrón, identificado en la mayoría de territorio, evidenciaría a nuestro juicio, una búsqueda de la construcción de estructuras económico-políticas en gran medida independientes, autónomas entre sí en el nivel más básico de la producción de materias primas y bienes. Lo cual no impediría por supuesto que tanto estos productos como las propias personas (mujeres y mano de obra) se intercambiaran.

Esta observación permite corroborar por un lado, la hipótesis anteriormente enunciada de que la distribución territorial de las necrópolis (espacios de los muertos) se ajusta a los patrones jerarquizados de ocupación detectados en cada región (los espacios de los vivos), ayudando así a afirmar dicha estructura jerárquica, que como ya explicamos, sería una evidencia de la correlativa estructura social jerarquizada desarrollada por estas formaciones sociales de los IV y III milenio a.C. del sur peninsular. Este proceso, consistente en la tendencia a generar dicha estructura jerarquizada mediante la superposición de niveles de explotación entre comunidades, habría generado una red de organización interna especializada y piramidal, pero con tendencia a buscar la autosuficiencia dentro de sus límites y con respecto a las demás formaciones sociopolíticas.

Así pues, en lo concerniente a la organización política expresada en el territorio, podemos decir que la distribución en el espacio de las necrópolis y las asociaciones entre ellas, y entre éstas y los asentamientos, analizadas en esta investigación permiten confirmar la hipótesis de que la utilización de los monumentos funerarios respondió a la lógica del enmascaramiento de una realidad disimétrica, en la que ya existían desigualdades internas y explotación de unas comunidades por parte de otras (punto 1 de las hipótesis de trabajo). En estos territorios, se observa internamente un patrón de distribución de las referencias materiales del colectivismo funerario que abarca todos los entornos donde se estaban materializando dichas relaciones de dominación y poder.

Las tumbas de los clanes donde los representantes de cada comunidad estarían en contacto con sus antepasados de forma pretendidamente "igualitaria" ayudarían a configurar el territorio, a darle unidad y sentido como expresiones de una ideología política que mantiene el orden social de las dependencias verticales de unos sub-territorios, especializados económicamente, con respecto a otros, desde los que se ejerce el poder globalmente.

La organización de esta red de poder es más evidente a través de la ocupación del espacio por parte de los vivos (los asentamientos muestran las diferencias de tamaño y función de las que hablamos con más claridad), no siendo tan fácil detectar un sistema de centro-periferia sólo a través de las agrupaciones funerarias y que se muestre uniforme en todo el territorio. Bien es cierto que en algunos territorios sacro-políticos, las necrópolis de los asentamientos centrales son también de grandes dimensiones, recogen todas las diferencias de tipos y ajuares del resto del territorio, fusionándolas en un único cementerio (Millares) e incluso son beneficiarias de la mayor inversión social por el también mayor nivel de monumentalidad de algunos de sus sepulcros (Antequera, Valencina), pero no podemos extrapolar estos casos a todos los territorios.

No obstante, el citado modelo de centro periferia, válido para la red de asentamientos, se aplica en todos ellos a la red de necrópolis sin ningún problema, por lo que se puede validar por asociación. Por tanto, la cuarta hipótesis de partida enunciada se observaría en el mapa al permitir la

aplicación de este modelo teórico para afrontar la interpretación de las evidencias arqueológicas, siendo el resultado coherente con otros trabajos de investigación realizados en territorios más reducidos.

Los únicos territorios sin estructura jerárquica definida que muestra este estudio serían los denominados como Granada y Bermejales (por las razones comentadas en su descripción) frente al resto, que presentan un mayor nivel de complejidad (pese a las diferencias de conocimiento y de seguridad en la determinación de los lugares centrales y secundarios).

Relaciones entre territorios:

Planteamos anteriormente que el hecho de detectar un patrón bastante uniforme, tanto de distribución por nichos ecológicos como de asociación ente éstos a través de las agrupaciones funerarias, permite pensar en la intención de generar territorios autosuficientes y autónomos políticamente entre sí.

Podríamos pensar que invertir tanto esfuerzo en definir y afirmar ideológicamente (y a nivel sacro) cada parte de un territorio a través de un similar moldeado de espacios de conexión con el universo de los antepasados se traduciría en la similar importancia simbólica concedida tanto al centro como a las periferias. Podría tratarse de la lógica del encubrimiento de la realidad a nivel político: los espacios periféricos se envuelven de la misma imagen que la de la "capital" para reforzar su vínculo al territorio en lugar de destacar su diferencia de valor o trascendencia en el proceso de toma de decisiones.

Pero, pese a que la imagen externa pudiera ser parecida, el peso de la realidad disimétrica subyacente y el presumible carácter independiente de estos territorios, nos lleva a pensar que sus límites, sus fronteras y periferias habrían jugado un papel preponderante. Por ello se dotan de grandes agrupaciones de tumbas, dispersas o concentradas, como se observa en los casos de las agrupaciones que hemos considerado como tales en los momentos de máximo desarrollo de cada entidad territorial. La de El Piar y Vélez Rubio-Vélez Blanco (nº13-14) y la de Almonaster (nº104) son grandes conjuntos de dólmenes y cuevas dispersos y necrópolis de asentamientos combinadas con múltiples opciones de correspondencias; la del Padúl cumpliría también la condición de ser una gran agrupación dispersa, si se considera finalmente como periférica (ver descripciones de territorios); las de Jumilla (nº1), Sierra de Gata (nº 25), Alcalá la Real (nº 40), Estepa-Gilena (nº 62), Zafarraya-Vélez Málaga (nº 37) y Guadalhorce-Guadalteba (nº 59) no son tan amplias en número de yacimientos, pero también son importantes a nivel simbólico y transmitirían trascendencia al espacio que ocupan.

Sin embargo, se han detectado en este estudio otro tipo de agrupaciones, marginales por su posición geográfica respecto de los territorios a los que se podrían asociar, pero que quizá no sea pertinente catalogar como periferia-frontera. Éstas pudieron haber jugado un papel estratégico de control, bien de salidas al mar (todas las de la costa mediterránea), o bien

de zonas alejadas pero igualmente estratégicas, como las tres que se encuentran entre los territorios 17, 18 y 19, en Cádiz o la de Encinasola (nº 113). Todos estos casos son un único yacimiento o varios, a lo sumo. Los dos del nacimiento del Guadalquivir (nº 47 y 48) son también de yacimiento único y aparecen en el mapa como periferias, pero su circunstancia es diferente y responde más a la dinámica de evolución diacrónica del territorio que a diferencias funcionales a nivel sincrónico.

Así encontramos, que pese a ser particularmente difíciles de determinar, (quizá por ello, pudieron haber jugado un papel fundamental en el proceso de configuración de estas formaciones sociales jerárquicas), es posible incluso distinguir entre dos tipos de "periferias", las creadas (o anexionadas) intencionalmente para cumplir una función estratégica y las que fueron resultado de la pugna por un determinado espacio ecológico (no necesariamente de forma permanente, pero sí potencial).

Estas fronteras son interpretadas por diversos autores como espacios de confrontación y conflicto en los IV-III milenios en el sur peninsular y ello aconseja la realización, en un futuro, de estudios acerca de los niveles de beligerancia entre territorios y de la forma en que pudo haberse expresado ésta, de haber sido un fenómeno constante.

El único del que tenemos noticia hasta la fecha es el realizado por G. Aranda y M. Sánchez (2004) sobre las evidencias de empleo de violencia colectiva en el sur-este peninsular. Coincidimos con ellos en el análisis que hacen de las evidencias arqueológicas de la misma y en la asociación de este aspecto a los demás indicadores del proceso de jerarquización social y política.

Es cierto que la abundancia y el incremento en el nivel de especialización técnica para fabricar puntas de flecha (deduciendo que serían para armamento, pues estas no son condiciones necesarias para su uso cinegético), se puede interpretar como una respuesta al incremento del recurso a la agresión organizada ya desde el IV milenio. También lo es que los sistemas de fortificación se desarrollan en el III más allá también de las necesidades simbólicas de expresión de poder e identidad que habrían cumplido las murallas. Las construcciones defensivas se difunden por zonas estratégicas, altos o cerros, se ubican en las áreas más accesibles de los poblados, alrededor de recursos vitales, como aljibes o canales de agua, y son los Lugares Centrales los que suelen poseer los sistemas defensivos más desarrollados (Millares, Almizaraque, Cerro de la Virgen, Las Pilas, El Malagón, etc.). Así, puede entenderse como un factor importante el incremento progresivo que van adquiriendo los elementos relativos a la gestión de los conflictos internos mediante estrategias agresivas (además de las de tipo ideológico).

Por último, planteamos la discusión sobre las propuestas de otros autores para definir territorios de mayor tamaño y que se diferencian de la que aquí se defiende:

Según F. Nocete, (2001), el espacio bajo control político de la formación social del Guadalquivir habría tenido una extensión mayor, abarcando prácticamente todo el valle alto y medio del río. Nuestra propuesta divide

este espacio en tres territorios diferenciados (Valle Alto del Guadalquivir 1 y 2 y Valencina) por no encontrar evidencias de una estructuración jerárquica entre las agrupaciones incluidas en cada territorio mencionado y las del territorio contiguo (ver mapa y tabla).

Junto a este argumento, podríamos plantear el de la supuesta autonomía política de los territorios estudiados en todo el sur peninsular. Indudablemente, no se trata más que de un modelo que explicaría lo observable en el análisis de los datos, pero esta tendencia manifiesta a "cerrar" sobre sí mismos, definiéndose espacialmente, territorios de un tamaño menor y sin evidenciar dependencias claras entre sí de tipo jerárquico en otras regiones ajenas al gran valle, permite trasladar el mismo esquema a este nicho ecológico, sin que por ello, neguemos la posibilidad de que existieran relaciones entre los territorios, tanto económicas como políticas. Pero tan sólo se trataría de un argumento contrario al de la teoría del gran estado del Guadalquivir del III milenio, que desde luego, no la invalida por sí sólo.

El caso de la Banda Atlántica de Cádiz es bastante similar. Como ya comentamos al describir estos territorios, los investigadores de esta región (A. Ramos *et al*, 1997, 1998 y J. Ramos, 2004), proponen un territorio extenso, abarcando desde Tarifa a Jerez, mientras que en este estudio hemos dividido la región en dos, (territorios nº 18 y 19) por considerar que las tres agrupaciones dolménicas de la zona de Tarifa (Tarifa, Purenque-Larráez y Véjer de la Frontera) podrían haber gozado de relativa independencia (en cuanto a relaciones de poder) e incluso haber tenido una mayor vinculación cultural con el territorio de Ronda que con el de Jerez.

De cualquier forma, sería altamente conveniente promover la realización de estudios espaciales en las áreas circundantes a las ya analizadas (entre las dos gaditanas y en el valle medio del Guadalquivir) y cuyo desigual nivel de conocimiento está en la raíz de todos estos problemas. Hay aún un gran número de proyectos de investigación por acometer que podría proporcionar seguridad y rigor en un grado mayor al que nosotros podemos aportar aquí y ahora.

B. En cuanto a la Dinámica de evolución interna en el tiempo:

Con respecto a la evolución temporal de las agrupaciones, no podemos aportar prácticamente datos específicos, pues aparecen datadas siempre en un intervalo amplio.

En lo que respecta a los territorios, parece existir un *continuum* en el modelo de expresión territorial de las formaciones sociales que habitaron el sur peninsular durante todo el período *Neolítico final- Calcolítico*, como ya hemos comentado.

Tan sólo cabe mencionar que, en general, los yacimientos en cuevas de datación *neolítica* recogidos en la tabla podrían estar en el origen, sin corresponder aún a un modelo totalmente estructurado, del proceso de agregación territorial que da lugar más tarde a la configuración de los

territorios políticos *calcolíticos*. Éste habría sido un proceso largo y complejo durante el inicio del IV milenio a.C. que parece estar prácticamente culminado ya a fines de dicho milenio.

De cualquier forma, este aspecto requeriría de una investigación más exhaustiva en el futuro, centrada en un análisis a escala meso espacial. Si dispusiéramos de información relativa a las cronologías absolutas de todos los yacimientos funerarios y asentamientos incluidos en este estudio, quizá pudiéramos afinar más las relaciones de evolución temporal entre ellos.

Pero pese a los problemas de precisión en las dataciones que ya hemos comentado, podemos plantear las deducciones derivadas de los datos conocidos e intentar acercarnos al patrón de transformación de estas entidades sociopolíticas desde fines del IV a fines del III milenio.

Por la homogeneidad manifestada en los resultados de las asociaciones de agrupaciones para conformar territorios que configuran esta investigación, podemos decir que la construcción ideológica y la mentalidad genérica propias de las formaciones sociales estudiadas está presente en todos los territorios desde el IV milenio: hay evidencias de la distribución de necrópolis para crear un paisaje y sacralizarlo, ya desde esa fecha en prácticamente todos los territorios (salvo el número 13, Montoro).

Un paisaje dado se habría hecho territorio por la existencia de una estructura interna de relaciones de dependencia y dominación ente diferentes grupos humanos (de no existir ésta no habría territorio). Por lo tanto, en todos aquellos espacios en los que se conocen agrupaciones funerarias que han aparecido a fines del *Neolítico* pero han mantenido su función y simbolismo en fases posteriores y en las que dicho espacio ha ido "poblándose" con más sepulturas, cabe entender que éstas serían el primer estadio de cada una de las estructuras políticas identificadas. Las formaciones sociales que se manifestaron a través de este modelo de territorialización evidenciarían haber poseído, ya desde fechas tan tempranas, una estructura social verticalizada, con relaciones de poder y ejercicio de la coerción y capacidad de control sacro-político, siendo así posible contrastar las hipótesis de partida enunciadas en segundo, tercero y quinto lugar.

El proceso evolutivo que parece observarse en la mayoría de los territorios se manifiesta bien a través de la expansión del territorio hacia nuevos nichos ecológicos (Valencina, Huelva-Sta Barbara, Guadiato-Los Pedroches, Véjer-Tarifa, Bermejales, El Malagón, Monchique-Portimão, etc.) o bien, por el "relleno" del mismo con más monumentos durante el III milenio (Jerez de la Frontera, especialmente, aunque tanto Cabra como Montefío-Loja pudieron haber experimentado un proceso de esta índole, además de proyectarse también hacia un espacio nuevo en el *Calcolítico*: Guta y Alcalá La Real, respectivamente).

Este sería un desarrollo de tipo acumulativo, no de modificación de patrones, sino de perfeccionamiento del mismo, lo cual refuerza la tesis anterior. Tan sólo cabe plantear que se pudiera haber configurado un territorio, ya avanzado el III milenio, por agregación de dos territorios

menores durante el milenio anterior (el del valle medio del Almanzora y el de su desembocadura), y sería el caso de Almizaque.

En siguientes trabajos de investigación podría resultar provechoso aplicar a determinados casos, y previa adaptación, el modelo propuesto por F. Criado y V. Villoch (2000) para el estudio de la estructura interna del paisaje-territorio sacro monumental de la Sierra de Barbanza (Galicia). No se ha utilizado en el presente estudio por estar diseñado para análisis de escala más reducida que el nuestro, pero ofrece conclusiones que podrían ser referencias útiles en el caso de querer más adelante concretar nuestras aportaciones a cada territorio propuesto en un nivel meso-espacial. Lo consideramos útil porque, *a priori*, vemos que constata en la Sierra de Barbanza un modelo de interrelación de la ocupación funeraria que podría corroborar nuestras propias conclusiones referentes a la continuidad del patrón desde el momento en que se genera, en el IV milenio y su ampliación por fenómenos de agregación de nuevas tumbas en sucesivas fases.

Por el contrario, la sexta hipótesis de partida no hemos podido corroborarla completamente. La cuestión de la evolución en el tiempo desde el tipo de necrópolis dispersas a las concentradas no se verifica siempre. El registro no muestra la uniformidad necesaria. En un número considerable de territorios (casi el 50%) coinciden las agrupaciones dispersas con las que muestran una cronología de fines del IV-III, en general la más antigua del territorio, como muestran los casos de El Malagón (Cúllar), Almizaraque (Purchena), Gor, Millares, Bermejales, El Alto Valle del Guadalquivir I (Peal del Becerro), Guadiato-Los Pedroches (Pedroches y Belméz), Véjer-Tarifa (Purenque-Larráez), principalmente.

Pero no todas las necrópolis dispersas son anteriores al *Calcolítico* (27 de las que se pueden considerar dispersas sin dudar, lo son, pero 9 no), ni tampoco son del *Calcolítico* exclusivamente las necrópolis concentradas de asentamientos.

Por último, indicamos que en lo concerniente a la capitalidad de los territorios, la dinámica de evolución interna que más se repite, a tenor de los datos analizados, es la del mantenimiento del lugar central desde el IV milenio. Los únicos territorios en los que parece existir un desplazamiento de poder son Almizaraque, Montefrío, Jeréz y Cabra; Antequera, con ciertas dudas (ver descripción de territorios).

Para completar este análisis, diremos que el hecho de que el proceso evolutivo de la configuración de los territorios se muestre bastante uniforme, tanto a nivel cronológico como territorial, encaja con las también relativamente similares características ergológicas de los materiales recuperados en todos los yacimientos de esta zona con cronologías *neolítico-calcolíticas*.

Ello nos lleva a plantear ciertas dudas sobre la teoría ya mencionada anteriormente de F. Nocete Calvo (2001) referente al carácter primigenio

del proceso de jerarquización y aparición del modelo clasista en el Valle del Guadalquivir (IV-III milenios).

Dado que se trata de la propuesta más elaborada y completa de explicación del proceso histórico de la región en clave de organización política territorial, es la que centra nuestra discusión en mayor medida: El trabajo mencionado ofrece, además de una fundamentación epistemológica profunda, un alto grado de rigor científico y se basa en un análisis de los datos arqueológicos muy completo. El valle del Guadalquivir según Nocete sería un territorio agrícola fértil, que durante el III milenio se constituiría en el primer estado del sur peninsular.

Pero a tenor de lo observado en el análisis de los datos de este trabajo, la cuestión de si hubo un solo lugar de origen y de si el por este autor denominado "primer estado del sur peninsular" lo fue realmente o no, parece carecer de trascendencia.

Las diferencias cronológicas entre los territorios políticos identificados no parecen suficientemente significativas como para afirmar que unos se desarrollaran antes que otros. Los localismos observables en determinadas regiones (forma de los ídolos, mayor o menor abundancia de unas tipologías cerámicas u otras, etc.), contemplados a escala macro espacial, pierden representatividad y tan sólo confirmarían lo que es presumible para este tipo de formaciones sociales: cierto nivel de independencia regional con respecto a los cánones culturales comunes a todas las formaciones sociales en proceso de jerarquización del sur peninsular.

El desarrollo de territorios políticos organizados socialmente conforme a un modelo jerarquizado de relaciones intergrupales y un sistema de poder piramidal, con una élite dirigente y un centro político principal, parece haber afectado a todo el sur peninsular al tiempo, no sólo al valle del Guadalquivir, sino también a las serranías, los llanos, etc.

En definitiva, son muchas las dificultades inherentes a la realización de un estudio basado en datos provenientes de publicaciones de otros autores, con la consiguiente heterogeneidad de información que ello implica. También son numerosos los problemas de la investigación acerca de modelos de expresión territorial de las formaciones sociales de los IV y III milenios a.C., como ha quedado manifiesto en las páginas anteriores.

Pero pese a todo, creemos, por un lado, que dado que trabajamos a escala macro espacial, algunas de las limitaciones mencionadas pierden peso a la hora de validar la propuesta teórica que presentamos aquí. Y por otro lado, confiamos en que dicha propuesta sirva como referente para construir un mayor y más profundo conocimiento acerca de la vida de estas comunidades, abriendo puertas a futuras investigaciones. Este trabajo de investigación no pretende ser concluyente, sino ofrecer una nueva perspectiva (ampliando el "zoom") en los estudios del proceso de jerarquización social de nuestra prehistoria.

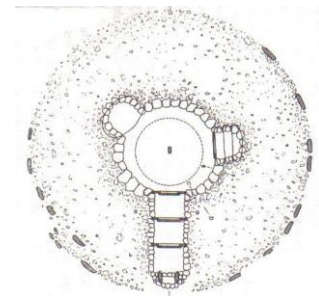
En síntesis, en este capítulo hemos presentado la descripción, precedida de los criterios empleados para su conformación, de la propuesta para la interpretación de las relaciones espaciales ente yacimientos funerarios y entre éstos y los de hábitat que conformaron territorios sacros y políticos en el período de tiempo que nos ocupa.

Las deducciones que se pueden hacer del panorama resultante afectan, como hemos visto, tanto al plano de la estructuración de redes espaciales para conformar un territorio y su densidad de ocupación, como a las relaciones entre territorios, los patrones de distribución de los mismos y su tendencia evolutiva.

CAPÍTULO VIII

CONCLUSIONES GENERALES

Para concluir esta tesis doctoral, procederemos en primer lugar a definir el carácter de la misma, para después resumir de forma sucinta los diferentes aspectos del modelo interpretativo que propone para las formaciones sociales del IV y III a. C. milenios del sur peninsular y finalmente, valorar el trabajo en sí, su desarrollo, grado de cumplimiento de los objetivos y de corroboración de la hipótesis de partida, así como de la metodología aplicada, sus aportaciones al conocimiento prehistórico y los retos que deja planteados.



VIII.1. SOBRE LOS TERRITORIOS SACRO-POLÍTICOS DEL SUR PENINSULAR Y EL MODELO DE ORGANIZACIÓN SOCIAL SUBYACENTE:

El estudio que aquí se presenta, dado que es de corte bibliográfico, posee un marcado carácter de síntesis de los conocimientos previamente elaborados y defendidos por otros investigadores de la prehistoria peninsular y europea en general.

Es en sí una propuesta de interpretación de la realidad arqueológica ya sometida a los primeros niveles de interpretación propios del proceso de construcción del conocimiento en esta disciplina. Estos niveles iniciales abarcan en nuestro caso tanto las interpretaciones directas de los restos materiales de excavaciones y prospecciones como los modelos explicativos de procesos a nivel regional, específicamente los elaborados por F. Nocete o J. A. Cámara, que han ejercido de referentes constantes para nuestra investigación, como se ha podido comprobar desde el inicio de este trabajo.

En este sentido, la propuesta interpretativa que presentamos no pretende ser un modelo novedoso, totalmente concluyente sobre las gentes que construyeron megalitos en nuestro territorio meridional, sino una aportación que permita completar el análisis ya iniciado por otros, añadir más argumentos de corroboración de una parte de sus planteamientos y revisar la otra parte, así como motivar la reflexión entre la comunidad científica acerca de cuestiones que poseen una gran importancia, tanto académica como social.

Así, ofrecemos una posible confirmación de la tesis de J. A. Cámara del uso ideológico de la religión de los antepasados para encubrir una realidad socio-política de disimetrías internas y controlar las tendencias a la ruptura de las comunidades jerárquicas del IV-III milenios, fruto de las continuas tensiones internas de un sistema en el que la explotación de unos clanes sobre otros ya generaría respuestas de ruptura de dichas redes por parte de los explotados.

Se apoya esta idea con los datos de la asociación entre redes jerárquicas de territorios políticamente organizados y con los referidos a la distribución en ellos de las necrópolis que los sacralizaron, sancionándolos, afirmándolos y mostrando una imagen de "igualitarismo" entre clanes alejada de la realidad subyacente y, por tanto, manipulada por las nuevas élites.

La sistematización y el modelo de asociación de yacimientos funerarios que proponemos amplia el conjunto de los que habían sido estudiados hasta la fecha y los integra a todos bajo un mismo prisma en un análisis territorial de amplio espectro.

Esta ampliación de la escala tampoco había sido empleada hasta el presente en los trabajos publicados (salvo el citado de Cámara, aunque en su caso, el análisis se efectuó con otros criterios). Pero aún así, nuestra propuesta no pretende ser sustitutiva, sino una matización, una ampliación, que como ya hemos indicado, haga posible seguir profundizando en el proceso histórico de la jerarquización social, esto es, de la aparición por primera vez en el occidente europeo de las relaciones verticales entre grupos humanos que se derivan de la explotación socioeconómica y del ejercicio del poder.

Debido a que esta investigación se centra en las evidencias del que pudo ser el inicio del proceso de transformación de una estructura de organización social horizontal (segmentaria de base parental) a otra vertical (estratificada de base económica), la tesis doctoral se nutre de una síntesis de conocimientos antropológicos acerca de este tema y se apoya en los procesos de reconstrucción paleo sociológicos que permiten hoy por hoy la arqueología, la etnoarqueología y los estudios del territorio. Toma sus aportaciones igualmente como referencia de partida y las aplica al resultado del análisis de asociación de los yacimientos conforme a los esquemas de la agrupación funeraria y del territorio sacro-político.

Y todo ello, para reformular la teoría explicativa del surgimiento de las primeras sociedades con ejercicio permanente y privativo del poder desde uno sólo de los aspectos constitutivos de este proceso: el de la posible interpretación del uso y significado de su cosmovisión y sus ritos religiosos, principalmente, el culto a los antepasados en el marco de una religión de la muerte, construida tanto para los muertos como para los vivos.

Este trabajo de tesis doctoral incorpora también otras síntesis de apoyo a este empeño, tales como las de la historiografía arqueológica sobre los milenios IV y III a. C en la Península Ibérica y en concreto, sobre el mundo funerario de sus pobladores en este período histórico. Igualmente, está presente el cuerpo general de conocimientos sobre los edificios megalíticos en toda Europa, acompañado de reflexiones teóricas imprescindibles en este trabajo sobre la religión y sus orígenes o usos socio-políticos y sobre el

proceso de reconstrucción, desde la arqueología, de las ideologías dominantes y de la identidad en formaciones sociales del pasado.

Se plantea igualmente la necesidad e importancia de la definición rigurosa de los términos empleados en este estudio y los que son como éste, a partir de la antropología, la sociología y las distintas corrientes de la arqueología, pues son sus disciplinas matrices.

Se aborda, en definitiva la tarea de exponer un modelo interpretativo, creemos que útil para el avance de la investigación, desde unos presupuestos definidos a nivel epistemológico, los del Materialismo Histórico en arqueología, que han sido explicitados como corresponde a un ejercicio consciente de la investigación en Ciencias Sociales además de coherente con un compromiso de transformación del presente y el futuro.



- **Una época de pre-estados autónomos: la caracterización de los territorios sacro-políticos del IV-III milenios a.C. a través de la religión de la muerte y los antepasados.**

J. Hawkes dijo hace ya varios decenios que "Cada época tiene el Stonehenge que merece o que desea." (1967, cita en Darvill y Malone, 2003).

Parfraseando la cita, podríamos decir que cada época tiene, no sólo los sepulcros megalíticos (y los modelos que explican cómo vivían quienes los construyeron), que busca y quiere encontrar, sino los que está preparada para entender.

La nuestra ha conseguido superar la visión de unas construcciones rodeadas de magia para pasar a otra en la que éstas son vehículos de expresión de una idea mágica sobre la vida y la muerte y de otra no tan mágica sobre la explotación y el poder.

Hoy día la investigación arqueológica sobre sepulturas megalíticas es ya capaz de interpretar estos vestigios materiales desde un *corpus* de conocimientos muy abundante y sintético y desde la racionalidad de un discurso histórico científico basado en amplios procesos de reflexión teórica. Pero ¿Qué sepulcros y qué clase de sociedad creada por sus constructores en el sur peninsular es la que somos capaces de entender?

Haciendo una síntesis de todo lo ya explicado hasta el momento en esta investigación, diremos que las gentes del IV y III milenios a.C. del sur peninsular se organizaron en sociedades campesinas, de productores agropecuarios con una tecnología de producción poco desarrollada, pero capaz de permitir, aún así, una economía de rendimientos aplazados y

excedentaria (con incremento de producción), marco de relaciones de intercambio recíproco y a larga distancia. Un nivel incipiente de diferenciación y especialización del trabajo se manifestaría tanto en el plano individual en cada grupo, como en el intragrupal, en cada formación social, y no existiría un régimen de propiedad particular aún, tan sólo se podría pensar en un sistema de propiedad colectiva, de cada unidad familiar o grupo corporado.

El sistema de organización social de estas formaciones sociales tendría un carácter parental, pues la base de la ordenación de las identidades particulares sería la familia en primer término y el clan después. Pero el modelo de relaciones entre clanes que parece evidenciarse de los estudios arqueológicos actuales sería vertical, evolucionando desde el esquema segmentario de los primeros agricultores hacia otro ya jerarquizado a mediados del IV milenio.

Entre estas gentes, las relaciones sociales de producción girarían en torno a una incipiente explotación laboral -ejercida directamente sobre la fuerza de trabajo, no sobre los medios de producción- primero incipiente (baja tasa de explotación) y después desarrollada en diversos niveles superpuestos.

A la explotación básica, y por tanto dominación, ente miembros de un clan (sometidos a la autoridad del jefe de clan normalmente) se añadiría la red de dependencias establecida entre clanes en cada tribu y entre éstas en un territorio, dándose también entre ellas la división del trabajo y la detracción de la renta, probablemente en forma de "tributo", más o menos encubierta.

Esta estructura piramidal permitiría la existencia de una élite con prerrogativas y privilegios que ejercería en poder sobre el resto de la población, por lo que desde la óptica marxista se podría hablar ya de clases sociales o en todo caso, pre-clases (dado el alto grado de variabilidad existente todavía hoy con respecto a las implicaciones del empleo de este término en prehistoria), como vimos anteriormente. También expusimos las razones que motivan el hecho de que optemos por seguir usando el término de sociedad jerarquizada en lugar del de sociedad de clases en este caso, (pese a su origen-filiación funcionalista).

En lo que respecta al ámbito de la organización política, entrando ya en definición de la superestructura de dichas sociedades, éstas poseerían un modelo centralizado, pues la organización social jerárquica y su reflejo en el espacio (la jerarquización de los asentamientos) implicaría la existencia de un lugar central desde el que ejercer el control, la dominación sobre las poblaciones dependientes por parte de esta élite, que además de detraer el resultado del trabajo de otros y transformarlo en privilegios, les habría empezado a negar el ejercicio de algunas de sus capacidades, como la de decisión, para apropiárselas en exclusividad. Un sistema de jefaturas podría haber respondido, como sistema dominante, a este esquema central pero poco estructurado y sin instituciones de gobierno conformadas.

La desigualdad tanto social como política se sancionaría mediante las normas (y los pactos), la violencia esporádica, aunque organizada, y sobre

todo, mediante la ideología dominante (también superpuesta a otras más sectoriales, como en el caso de los sistemas social y político) que tendría en la religión de la muerte y de los antepasados su principal forma de expresión en este período que nos ocupa.

El ejercicio del poder sería indisoluble del sentimiento y concepción religiosa, pero no nos atrevemos a calificarlo como teocrático, por existir aún dudas acerca de la identificación de divinidades en esta religión de los constructores de megalitos (un poder teocrático es el ejercido por una divinidad a través de su representante humano en la tierra).

Ahora bien, dado que la presente tesis doctoral versa sobre el mundo funerario y por tanto, sobre la **mentalidad y la religión** de las formaciones sociales campesinas jerárquicas del sur peninsular, nos detendremos más en los aspectos deducibles de esta investigación relativos a este tema.

Lo que sabemos sobre la religión de los antepasados y sobre la ubicación territorial de las sepulturas colectivas de los IV y III milenios en el sur peninsular nos ayuda, a varios niveles, a confirmar lo que pensamos acerca de la estructura mental de estas gentes y de la forma en que esta ideología del orden social y del orden del universo fue conformada y usada para perpetuar el sistema.

Porque, como ya argumentamos en capítulos anteriores, la ideología juega un importante papel en la configuración de un sistema social y está dialécticamente relacionada con la estructura socioeconómica y con la política. Por ello, es teóricamente posible establecer vínculos entre todas para deducir aspectos relativos a la jerarquización a partir de la comprensión de la ideología dominante.

Y sólo puede existir una ideología dominante (en tanto que utilizada para dominar), cuando también existe un grupo social dominante: vimos en varios capítulos de esta tesis cómo Tilley, Shennan, Shanks y otros defienden desde hace décadas que la explotación y la dependencia (la jerarquización social) se generaron en la Prehistoria Europea cuando a este desarrollo socioeconómico se unió el del control unidireccional de las estrategias de reproducción social desde la esfera de la política y la religión.

Pues bien, desde nuestro conocimiento de los ritos funerarios del IV-III milenios a.C., podemos inferir características de la construcción religiosa y de la mentalidad genérica en que se insertan.

Sabemos que los enterramientos de este período son inhumaciones colectivas en panteones familiares (cementeros del clan) con ajuares estereotipados (en cuanto a los tipos de objetos depositados, no formalmente) y ceremonias de rememoración, revitalización y actualización de los ritos de enterramiento desarrolladas a lo largo del tiempo de forma cíclica (incluyendo remociones de los restos para crear osarios, extraer reliquias, la pintura y grabado de signos necroláticos en las tumbas, el supuesto empleo de cánticos y oraciones en las ceremonias, la ocultación de determinados ritos, etc.), así como de la relación entre estos ritos y los astros (su salida o puesta en el horizonte y los solsticios y equinoccios, solares o lunares).

Por todo ello, creemos que esta religión, además de ser la primera que aparece estructurada como tal, con carácter colectivo y como fenómeno social (es decir, con capacidad para crear "iglesia"), habría contado con especialistas dedicados a los ritos y liturgias, se apoyaría en la fusión de los principios telúricos y los celestes, conectando lo sagrado que está en la tierra (fecundidad, muerte, resurrección/regeneración, etc.) y con lo que está en el cielo (fenómenos astrales, fuerzas naturales, etc.).

Es significativo el hecho de que podamos decir que la primera manifestación de una religión organizada, casi institucionalizada, en la prehistoria europea se desarrollara en el marco de las primeras sociedades jerarquizadas, pues permite inferir que surgieron al tiempo las relaciones jerárquicas entre personas y las que establece toda religión entre los humanos y los espíritus, ente lo profano y lo sacro.

También expresaría un concepto cíclico del tiempo, un sentido de la transformación continua, pero dentro de un círculo cerrado, repetido constantemente (la forma del círculo domina los signos esquemáticos de la "escritura" que acompaña las tumbas colectivas y sus propias formas de cubrición tumular) que reforzaría una visión del universo y de la sociedad basada en las categorías espaciales, no temporales y muy reacia al cambio.

Esta religión de la permanencia lo sería también del culto a los antepasados y quizá a la propia muerte en sí. La reafirmación constante, mediante la repetición ritual, de los vínculos de los vivos con sus muertos mantendría abierta la puerta de conexión con otro mundo paralelo, a la vez que haría presente un pasado que permitiría justificar derechos de usufructo e incluso "apropiación" de territorios, recursos y personas. Así, la estructura social clánica se perpetuaría, junto con el esquema general del sistema socioeconómico y político asociado, siendo ésta una religión diseñada para mantener, para conservar, para evitar tendencias de transformación o de escape de la red de relaciones establecida entre clanes y familias.

Sabemos también que las tumbas colectivas del IV-III milenios fueron construcciones monumentales, de grandes proporciones que además se levantaron para ser vistas (aunque haya evidencias de algunos fenómenos de ocultación de tumbas). Nos encontramos ante las primeras formaciones sociales que disocian con claridad el mundo de los vivos del de los muertos, aunque en su cosmovisión pudieran interpretar ambos universos como entidades superpuestas, coincidentes en el espacio (quizá no en el tiempo), y paralelas, que se interrelacionarían como pudieran hacerlo probablemente dos anillos concéntricos que interactúan cuando se abren las "puertas", los canales de comunicación de los dólmenes-cuevas.

Pero se trata también de las primeras formaciones sociales que levantaron edificios monumentales, una arquitectura específica funcionalmente con unas morfologías diversas en su andamiaje interior pero una definición bastante clara del espacio ritual interno y una imagen externa reconocible por sus constructores: montañas (naturales, como las cuevas, o artificiales, túmulos con dólmenes dentro) modificadas o moldeadas por ellos para transmitir un mensaje.

Esta necesidad de marcar el lugar de tránsito entre vida y muerte con construcciones que reelaboran el paisaje, que lo modifican pero repitiendo sus formas, podría estar indicando igualmente la necesidad de controlar, domesticar el espacio, apropiarse de su materialidad a través de un simbolismo otorgado.

Estos "paisajes simbólicos", en términos de F. Criado, se habrían sacralizado para poder empezar a reivindicar la propiedad sobre la tierra, igual que a nivel social, las incipientes relaciones de dominación ente las personas estarían conduciendo a una situación de apropiación del trabajo y de la libertad.

Pero al tiempo, las montañas sagradas se mimetizarían con el medio, como ya hemos indicado, y además tendrían un aspecto externo muy similar entre sí, en todas partes, cerca del centro político de la élite así como en las periferias de los grupos dominados, por lo que independientemente de las necesidades que justificaran, transmitirían una idea de "igualitarismo", de similitud que podría interpretarse de dos formas complementarias: como intento de ideologizar a la población, manteniendo una ficción de igualdad entre clanes superpuesta a una realidad de desigualdad efectiva y como mecanismo de creación de identidad supragrupal, para otorgar unidad a una construcción social mayor en la que estarían integrados todos los clanes o las tribus dominadas a través de una estrategia relacional (no mediante diferenciación con "los otros", sino por similitud con los "propios").

Sabemos además, que las sepulturas se construían conformando grandes "cementeros de cementeros", necrópolis que se iban ampliando por agregación, porque generalmente, las tumbas solían estar en uso permanentemente desde su construcción. Y estas necrópolis podían ser concentradas, relativas a asentamientos concretos, o dispersas, discurriendo entonces por diferentes formaciones geográficas.

La distribución de estas necrópolis – aquí presentadas como agrupaciones funerarias- en el espacio del sur peninsular, muestra que se concentraron en espacios geográficos en los que se detectan redes jerarquizadas de relaciones entre asentamientos, por lo que parecen estar conectadas con dichas redes y responder a su misma lógica de ocupación del espacio.

Esta lógica a la que nos referimos haría posible que desde un centro político se controlaran diversos nichos ecológicos mediante la subordinación de los habitantes de los mismos a la red de dependencias y mediante la sacralización de sus paisajes.

El patrón de ocupación sacra de los territorios resultantes de nuestro estudio permite interpretar que existió una tendencia a controlar-utilizar diversos tipos de nichos ecológicos con potencialidades diferenciadas de explotación por parte de una misma estructura sociopolítica (que cubrirían todas las necesidades básicas, las de cultivos cerealísticos, pastos para ganado, explotación forestal, explotación minera de metal y sílex, y las conexiones de intercambio por puertos de montaña y marítimas). Por ello, parece que se habría potenciado la búsqueda de autosuficiencia económica, el abastecimiento interno a partir de sus recursos dentro de cada territorio.

Y así, la conversión del paisaje de explotación en un paisaje sacro, mediante la apertura de las puertas de conexión con el mundo de los antepasados, habría contribuido quizá a la configuración de una identidad colectiva inexistente hasta entonces, que otorgaría unidad y símbolos colectivos a un conjunto de redes de explotación entre comunidades que se perfilaría ya como entidad política independiente, diferenciada del resto.

Cada territorio así singularizado podría haber constituido una unidad política autónoma, que compartiría con las demás (los cerca de veintidós territorios que somos capaces de identificar sobre el territorio meridional peninsular) los modos de vida y el esquema político y religioso de organización, pero que tendría capacidad para tomar sus propias decisiones.

La teoría del gran estado prístino del Guadalquivir en el III milenio enunciada por F. Nocete es enormemente sugerente, pero nosotros preferimos, como ya indicamos anteriormente, pensar que es improbable la relación de dependencia entre los territorios del alto Guadalquivir (nº 12 y 13) y el de Valencina (nº16) a fines del *Calcolítico*, al menos, hasta que podamos conocer en profundidad el poblamiento y paisaje religioso del valle medio del Guadalquivir. A lo que hay que añadir que consideramos preminente el otro modelo, el de autonomía política, en el caso del resto de territorios (de hecho, Millares, Antequera, Campiña de Cádiz, etc. ya son considerados en sus publicaciones por J. A. Cámara, R. Lacalle, A. Ramos Millán y otros, como tales territorios y no como periferias de Valencina).

Desde la óptica del Materialismo Histórico aplicado a la Prehistoria, estas estructuras políticas jerarquizadas, con centros y periferias y con relaciones de explotación entre clases (o pre-clases) se pueden denominar estados.

Discutimos anteriormente sobre la conveniencia de aplicar taxativamente este término a la definición de estas formaciones sociopolíticas pero resumimos ahora los argumentos.

Coincidimos con el postulado de identificar formación clasista con formación estatal, en términos abstractos. Pero al tiempo, tenemos que admitir que la antropología marxista aún no ha proporcionado un esquema completo y aplicable a las sociedades pre-estatales que permita corroborar un estado como una estructura política válida en cualquier situación en que se identifique explotación sin más condicionantes.

La antropología tradicional demuestra en sus estudios que una organización jerárquica (con explotación y dependencia) se puede acompañar de una organización política centralizada de tipo estatal a veces (un gobierno apoyado en instituciones con administración), pero otras, lo hace en jefaturas, más o menos elaboradas.

Por ello, mantenemos la terminología de jerarquías con jefaturas para definir estas formaciones sociales, pese a entender que se trataría de sociedades pre-clasistas y pre-estatales, por su grado de desarrollo piramidal, centralización política y plasmación de todo ello en un mapa territorial con fronteras incipientes.

Así, el modelo que proponemos de agrupaciones funerarias que definen territorios sacro-políticos autónomos compartiría determinados aspectos con el modelo del gran estado teocrático del Guadalquivir, aunque en algunos otros sea divergente.



- **Una época de símbolos monumentales: lo que mostraron y lo que ocultaron los panteones megalíticos.**

Continuando con las observaciones que podemos destacar sobre la asociación entre sepulturas y asentamientos y otros yacimientos contemporáneos, incidiremos ahora en el papel de los santuarios rupestres y otras edificaciones de carácter cultural que pudieron completar el panorama de la construcción ideológica de los pre-estados autónomos del IV-III milenio.

Los territorios sacro-políticos fueron diseñados y levantados atendiendo a una compleja articulación de construcciones-símbolo, signos que pudieron haber ejercido de componentes de una sintaxis comprensible para todas las gentes de esta época. Las sepulturas colectivas serían espacios rituales para conectar con el universo de los antepasados y ayudar a los muertos a convertirse en ellos a través del largo proceso de la muerte. Pero a la vez, serían símbolos de control, poder y dominación, al tiempo que pueden entenderse, en términos lingüísticos, como los sustantivos de un mensaje que podría haber encontrado sus adjetivos en los otros espacios rituales, como los abrigos pintados, los menhires, las *enclosures*, etc.

Los asentamientos probablemente jugaran también un papel importante en la estructura relacional del mensaje que estas sociedades construyeron sobre el paisaje, a una escala tan monumental como los propios dólmenes.

Este "urbanismo ritual" (en palabras de Eogan) habría permitido transponer al terreno la imagen del universo al completo, el de los vivos y el de los muertos, incardinando todas las expresiones materiales del mismo en una única imagen. Indudablemente, nos encontramos posiblemente ante las primeras y puede que únicas formaciones sociales que construyeron su dimensión territorial creando antes un urbanismo ritual que uno doméstico y otorgándole además más protagonismo al primero, de corte funerario-desarrollado en torno a los muertos-, que al destinado a los vivos.

Desgraciadamente, las características específicas de la estructura lingüística general de los territorios sacro-políticos están aún sin descifrar, y serán necesarios más estudios sobre las relaciones entre todos sus componentes. Sin embargo, este enfoque ofrece posibilidades de comprensión de la realidad de las gentes de los megalitos que no es conveniente desdeñar.

Porque si continuamos con este planteamiento, podríamos pensar que los paisajes simbólicos del IV-III milenio serían también "*paisajes escritos*", grandes superficies de soporte para conceptos inscritos (excavados o resaltados), como signos ideográficos sobre un terreno que haría las veces de "tablilla".

Sobre el mensaje que podrían haber transmitido estos *paisajes escritos* ya hemos avanzado los aspectos funerarios, religiosos y políticos, pero existen otros que, según se desprende de los estudios etnoarqueológicos de Whittle, podrían también haber correspondido a sociedades con una mentalidad como la que analizamos aquí.

Parece bastante plausible pensar que las "montañas sagradas" de nuestros constructores de megalitos pudieran haber sido las versiones conmemorativas de los mitos de la creación o de la fundación de un clan, al igual que ocurre en sociedades de campesinos actuales.

Esta mitología, característica de todas las formaciones sociales conocidas con similares condiciones socioeconómicas y políticas, remite al carácter mítico de su concepción de la realidad, una visión parcial de la misma, expresada metonímicamente y fundada en vínculos emocionales que es propia de las llamadas por A. Hernando "Gentes del Espacio".

Pero al tiempo, remite también al carácter ágrafo, pre-literario de estas mismas formaciones sociales, en las que los conocimientos, la imagen de la realidad, del universo y de la sociedad en sí y sobre todo, las normas de conducta establecidas, se transmiten a través de las historias narradas, de los mitos contados mediante fórmulas ritualizadas y en este caso, incluso monumentalizadas, convertidas en edificios y en paisajes completos.

Los mitos de la creación, del origen y la fundación, hablan de hechos pasados. Son el principal vehículo de transmisión de la historia de estas comunidades generalmente (aunque se complementen con otros sistemas de rememoración).

Por su parte, los dólmenes-montañas artificiales o naturales sacralizadas-fueron también construcciones levantadas para conmemorar, para recordar, para mantener presente el pasado y hacerlo consistente y permanente en el futuro.

Por ello, se puede interpretar quizá que estas construcciones funcionaran como gigantescos anales, como los registros tridimensionales (inscritos en la tablilla del paisaje) de la historia del colectivo. Una Historia que se iría construyendo por agregación (de nuevas familias, de nuevas tumbas, de nuevos acontecimientos que recordar y de nuevos individuos integrados en el universo de los antepasados, cíclicamente).

Los panteones-montaña sagrada serían los mega-signos polisémicos que recordarían el orden vigente: la cosmovisión y el orden trascendente así como los mitos explicativos de las normas de la sociedad, la necesidad de cohesión y adhesión, la identidad, el control y el dominio, a través de la historia colectiva.

Podríamos decir por tanto, que estas gentes del IV-III milenio a.C. fueron también las primeras en configurar una Historia (con mayúsculas), como herramienta de autodefinición y de manipulación.

Todo ello encaja con la idea de que ésta fue una época de transición entre el modelo de identidad de base espacial al de base temporal, pues además de comenzar a gestarse el concepto de individuo, el de apropiación y el proceso de construcción social del espacio, junto a éste, se habría comenzado a construir también socialmente el tiempo. La lógica del poder empezaría a encontrar en la Historia un vehículo de afirmación y reconocimiento.

En otro orden de cosas, la esencia de la religión de los constructores de megalitos y la mentalidad en la que se integraría nos permite reflexionar también sobre otros aspectos de las relaciones entre ésta y la política.

El desarrollo de un sistema de poder y de la organización jerárquica subyacente, necesitó en primer lugar de una ideología que unificara el orden social y el del universo para mantener cohesionados a los que estaban siendo dominados, necesidad propia de un sistema débil de ejercicio del control disimétrico sobre clanes enteros, como ya vimos en capítulos anteriores.

Pero por otro lado, precisó también de una ideología que evitara las tendencias centrífugas, expresión de las tensiones internas y de los desequilibrios inherentes al sistema que acabarían desembocando en su transformación a fines del III milenio.

Para ello, pudo servir la construcción de una identidad fundada sobre el principal conflicto, el existente entre los vivos y los muertos, aunque lo hiciera cargada de estrategias capaces de mantenerlo en equilibrio, en un estado de balance, constantemente reeditado, pero también constantemente contenido.

Éstas fueron las primeras – y puede que únicas- formaciones sociales que integraron la identidad de los muertos en la lógica de su propia estructura organizativa, no como un mero recurso expresivo de una realidad socioeconómica y política, sino como una herramienta esencial para su configuración.

En el largo trayecto que recorrieron se habría generado un tipo de sociedad en la que el tiempo y el espacio se fundirían para que la distinción entre esferas de realidad se entendiera mediante la diferencia de existencia entre la vida y la muerte (siempre presente en todas las sociedades humanas, pero con más trascendencia en éstas). Las dos realidades superpuestas, paralelas, darían sentido a una estructura de organización sociopolítica, una cosmovisión general y una concepción del individuo en constante desequilibrio y tensión (reflejo de la realidad), pero al hacerlo, haría posible que estas gentes la asumieran como algo inamovible, eterno (sin desarrollo en el tiempo) y como algo necesario y ajeno a su voluntad (como lo son la propia vida y la propia muerte).

La manipulación y utilización del miedo a la muerte, de las emociones que los seres humanos asocian a este momento ineludible (aunque sepamos que no en todas las sociedades se concibe de igual forma ni se asocia a lo

mismo), de la permanencia de los seres queridos, ya convertidos en antepasados, y de su voluntad más allá de ella, parece haber sido la herramienta principal de esta ideología religiosa.

Una herramienta poderosa, pues el control de las emociones juega siempre un papel fundamental en el ejercicio del poder, pese a que desde las corrientes epistemológicas que han estudiado este aspecto (el Materialismo Histórico) se haya valorado más el control del trabajo (y de sus frutos) o el de las ideas, como aspectos esenciales del mismo.



- **¿Una época de transformaciones lentas entre "revoluciones"?:**

Por otro lado, hemos visto cómo estos territorios definidos en el imaginario colectivo de sus integrantes a partir de las necrópolis que los jalonaron, comienzan a establecerse a mediados del IV milenio a.C. y culminan su desarrollo a fines del III, con "reutilizaciones" posteriores en muchos casos, pero ya sin crecimiento específico.

Este hecho, constatado en el marco de todo el sur peninsular, permite deducir que la ideología subyacente estaría ya definida en esas fechas, pues se materializa, se proyecta sobre el espacio con sus edificaciones, ritos y símbolos perfectamente estructurados.

Por tanto, la organización social y política relativa a ella también estaría ya conformada, indicando que las sociedades campesinas jerárquicas meridionales estarían definidas y avanzando en pleno *Neolítico*.

Aunque no se compruebe empíricamente esta afirmación a través de este estudio, es razonable pensar que el inicio del proceso de jerarquización habría que rastrearlo antes, quizá en el propio proceso de neolitización de los primeros productores del V milenio a.C. El mismo marco en el que la historiografía sobre el tema sitúa la "revolución de los símbolos", las grandes transformaciones en la concepción del mundo entre los recolectores-cazadores y los productores del *Neolítico*.

Así pues, podríamos pensar a continuación que a tenor de lo que se observa en el registro material arqueológico, las fases iniciales del proceso de transformación más radical se dieron antes.

Quizá como consecuencia de las reacciones ante los desequilibrios internos ya en progresión, las comunidades *neolíticas tardías* fueran diseñando un

modelo concreto de organización económica, social y política acompañado de una religión específica, la de los antepasados que analizamos aquí, como tentativa de avance, como una posible estructura organizativa que pese a estar en progresión también constante, ralentizó su ritmo de cambio, manteniendo unas constantes básicas durante casi dos mil años.

Al cabo de los mismos, las nuevas tensiones y desequilibrios de un modelo que había evolucionado en la dirección del incremento de la explotación y de la división social, hicieron necesario un nuevo cambio más rápido y drástico, la denominada como "crisis del *Calcolítico*".

Parece pues, que el proceso histórico sobre el que trabajamos muestra dos líneas de avance diacrónico: Una, en una línea de tiempo "largo" (usando terminología de la Escuela de los Annales, planteada por F. Braudel) y relativa al proceso de especialización laboral, de incremento productivo, de aumento de la explotación y ampliación de la jerarquización social, con tendencia hacia la estratificación de base económica. Otra, en una línea de tiempo "corto", relativa al modelo de organización política y a la mentalidad dominante.

Ambos niveles, indisolublemente unidos se desarrollaron a la vez, pero parece que mientras el primero -la estructura socioeconómica- mantuvo una línea constante de incremento de la tendencia inicial, el segundo -la coyuntura política- sufrió transformaciones más abruptas en dos momentos concretos: a inicios del IV milenio y a finales del III, manteniéndose más estable (aunque no inalterable) durante la época en que se construyeron los megalitos en el sur peninsular. La misma circunstancia pudo producirse en el resto de Europa, aunque con diferentes cronologías.

¿Cuánto tiempo fue necesario en nuestra prehistoria para "diseñar" un modelo determinado de organización coyuntural? ¿Fueron necesarios milenios o en realidad estos procesos son más rápidos y en varios decenios se pudieron materializar superestructuras político-ideológicas nuevas, en relación dialéctica con la estructura económica y social, como se observa en formaciones sociales históricas posteriormente?

La primera de las grandes transformaciones, la del *Neolítico Final* -IV milenio-, fue total, abarcando todos los niveles de estructuración de la vida colectiva, pero la segunda, parece que afectó más al de la política y la religión, que en el II milenio poseen ya unas características diferenciadas.

Entre tanto, el proceso de transformación social fue más lento y pautado, gracias quizá a la efectividad del complejo entramado de estrategias de control que las recién surgidas élites pusieron en marcha.

El resultado fue un tipo de organización social con una identidad diferenciada, coherente internamente y con una larga perduración: un tiempo y unas gentes protagonistas del proceso de surgimiento de las desigualdades, de las élites beneficiarias de éstas y el ejercicio del poder.

¿Pero por qué surgieron las élites? Sobre las **causas de este proceso** comentamos ya al inicio de esta tesis doctoral que únicamente podemos aventurar reflexiones en un plano especulativo, pues las motivaciones, las

razones vinculadas con la voluntad humana, están fuera del alcance de la capacidad de análisis científico de la Prehistoria.

No obstante, y aunque se trate de un mero ejercicio de teorización, queremos indicar que, tras la valoración de las teorías expresadas hasta el presente sobre el proceso y origen de las desigualdades (capítulo III), creemos pertinente decir que fue posiblemente el control sobre la capacidad de decidir por otros, lo que se desarrolló en primer lugar, ejerciendo como detonante de las consiguientes manifestaciones del control-apropiación del trabajo, de sus frutos, del control de la circulación y redistribución de los excedentes, del de las ideas y la religión.

Indudablemente, secuenciar temporalmente en términos de "anterior" y "posterior" procesos de ésta índole es solamente un ejercicio de análisis. En el transcurso del IV milenio a.C. en nuestra Península, todos ellos se producirían incardinados, en relación dialéctica y en progresión conjunta, como ya hemos indicado.

Pero este análisis que proponemos puede ayudar a comprender los mecanismos que permiten la desigualdad y la explotación. Puede servir para profundizar algo más en su esencia y aportar herramientas de aprehensión de los procesos que vivimos en nuestro propio presente.

Así, creemos que se puede valorar la posibilidad de que fuera la apropiación de la capacidad para decidir por otros, el control sobre su libertad, lo que se gestara en primer término, posibilitando el resto de actuaciones a los grupos que lo "privatizaron". En definitiva, la detracción de la libertad, que sería la verdadera esencia del poder, habría comenzado antes incluso de que este concepto fuese definido como tal por nuestros antepasados.

Libertad, emociones, voluntad... son conceptos y realidades que sobrepasan las posibilidades de estudio prehistórico, como hemos dicho anteriormente, pero son también dimensiones propias de los seres humanos de toda época y condición y sabemos que están presentes en los procesos históricos recientes. Por lo tanto, ¿por qué no tenerlos siquiera en mente al profundizar en los de nuestro pasado remoto?



VIII. 2. SOBRE EL TRABAJO DE INVESTIGACIÓN: VALORACIÓN.

- **El grado de cumplimiento de los objetivos marcados:**

En lo que respecta a la valoración del proceso de investigación y de sus resultados, esta tesis doctoral ha permitido alcanzar satisfactoriamente los objetivos propuestos a un nivel general (los específicos se referían principalmente a las fases/partes del propio trabajo de investigación).

El modelo teórico explicativo ha quedado ya definido en el epígrafe anterior y el énfasis en los aspectos sociológicos también queda explícito en él. Igualmente, creemos que el análisis del registro arqueológico completo de los yacimientos funerarios del sur peninsular ha permitido corroborar la tesis del surgimiento de una ideología política en el IV milenio que justificó y soportó hasta fines del III un sistema jerarquizado y centralizado de poder y dominación, como se especificaba en los objetivos del trabajo.

- **Valoración crítica de la bibliografía y de las conclusiones obtenidas:**

Ha sido posible gracias a la combinación de los datos aportados por un conjunto muy amplio y heterogéneo de documentación bibliográfica.

El estado actual de la investigación ha quedado resumido en este trabajo de tesis y ha servido para completar propuestas anteriormente enunciadas por otros autores, como ya indicamos.

Pero como también hicimos patente en capítulos anteriores, es necesario manifestar las deficiencias del registro documental de sepulturas y de sus dataciones, las dificultades derivadas de las diferencias de enfoques y planteamientos metodológicos que todavía aquejan a la labor de formulación de interpretaciones regionales y globales en nuestra prehistoria reciente y la ausencia de trabajos de síntesis general (punto éste que pretendemos contribuir a subsanar a través de la presente tesis doctoral).

Bien es cierto que el número de publicaciones, tanto las referidas a los datos de excavaciones-prospecciones locales sistemáticas, como los estudios regionales de corte meso-espacial es elevado. Afortunadamente contamos con una gran cantidad de datos básicos que sustentan los primeros niveles de interpretación.

También son muy abundantes los trabajos de análisis y reflexión teórica sobre la "complejidad", los procesos de transformación histórica hacia la constitución de los primeros estados, los trabajos sobre la "religión

megalítica” y las posibles interpretaciones socio-simbólicas de los dólmenes y cuevas funerarias en toda Europa.

Pero la abundancia por sí sola no es garantía de suficiencia a la hora de realizar aproximaciones completas e integrales a la realidad de las personas que protagonizaron esa época de tumbas monumentales.

La principal problemática que hemos detectado (de hecho ya había sido apuntada por otros investigadores como M^a Paz Román o J. M. Vicent, al hablar del estado de la cuestión en el *Neolítico y Calcolítico* peninsular, como vimos en el primer capítulo) radica en la ausencia de homogeneidad en los criterios de análisis, de la presentación de los datos conforme a objetivos e intereses muy divergentes en cada publicación, de la inferencia en las conclusiones de los enfoques epistemológicos encubiertos en la mayoría de los estudios de corte teórico... en definitiva, en que nos encontramos aún en una fase de arranque de los trabajos de síntesis histórica.

No es éste el primero de ellos, desde luego, pero sí uno de los pocos que intenta recoger todas las aportaciones teóricas ya enunciadas a lo largo del siglo XX y revisarlas o redimensionarlas a la luz de los nuevos datos conocidos gracias a las excavaciones modernas y la aplicación de nuevos enfoques metodológicos.

Para ello, se realiza un enorme esfuerzo de fundamentación teórica que justifique pero, sobre todo, clarifique las explicaciones elaboradas posteriormente en el trabajo de tesis.

Así mismo, reformula dichas aportaciones teóricas desde el marco de la corriente epistemológica que ofrece, a nuestro juicio, el mejor esquema conceptual de comprensión de la realidad histórica, cuestión ésta que supone también un avance respecto a la situación de los últimos decenios, por cuanto implica ordenar con coherencia y sistematismo todos los aspectos de la interpretación arqueológica.

Las hipótesis de partida se han formulado desde el Materialismo Histórico (tomando como punto de partida las que ya estaban en discusión en el panorama científico español) aunque a nivel metodológico se haya abordado su contrastación a través de las teorías de “alcance medio” (de origen más procesualista), de sus presupuestos genéricos, en el caso de la arqueología de la muerte y de la etnoarqueología, y de un modelo concreto -el del centro periferia- en el de la arqueología espacial o del paisaje. Éstas han ejercido como vehículo de conexión entre el modelo teórico y la realidad de los restos materiales, y se han aplicado a un nivel muy genérico, acorde con el carácter del trabajo.

Los trabajos de síntesis que afrontan reconstrucciones del proceso histórico y modelos explicativos de los modos de vida globales a partir de los estudios espaciales del sur peninsular están recogidos y valorados en el capítulo VI. Diremos aquí que son ya bastante abarcales a nivel regional y que también coinciden en las explicaciones sobre el III milenio en términos generales, aunque aún se evidencian divergencias sobre lo que ocurrió en las formaciones sociales del IV, sobre los orígenes del proceso de

jerarquización social, así como si el resultado de dicho proceso fue ya un modelo de sociedad de estado en el II milenio o no lo fue.

Respecto al papel desempeñado por la mentalidad, la ideología y la religión, en este proceso, los estudios de síntesis específicos de la zona y período que nos ocupan son más escasos, quedando todavía mucho por conocer respecto de las sepulturas colectivas megalíticas y su función sociopolítica.

Así pues, el panorama actual de la investigación en el área y el período histórico referidos se encuentra en una fase ilusionante, por cuanto posee ya un alto grado de desarrollo documental y teórico. Ya hay proyectos en marcha y la voluntad por continuar desarrollando una investigación seria y rigurosa, al tiempo que potenciadora de nuevas perspectivas, es una realidad en el presente.

Pero también lo es la necesidad de cubrir las lagunas de conocimiento que persisten y de unificar enfoques para disponer de un esquema interpretativo de referencia global (aunque sea discutible, matizable, revisable...) que permita a la prehistoria española hablar (enseñar en los ámbitos docentes y divulgar a la población no especialista) de la época de los constructores de megalitos como una realidad histórica, con una identidad propia y un papel preponderante en el proceso de construcción de nuestra identidad actual.

En este sentido, creemos que la satisfactoria contrastación de las hipótesis de esta tesis doctoral puede contribuir a esa demanda.

La validez de las conclusiones de este trabajo no es rotunda, como no lo es en ninguna investigación en Ciencias Sociales, pero sí es, a nuestro juicio, suficiente para apoyar un camino de progresión sustancial en este camino.

- **Los problemas de esta investigación. Lo que aporta y complementa: líneas de investigación a seguir y retos para el futuro.**

Retomando las observaciones anteriores, la ausencia de algunos estudios de corte espacial en zonas importantes del sur peninsular (como ya indicamos) o el mero hecho de que éstos no abarquen todas las zonas con igual intensidad de análisis, ha supuesto uno de los principales escollos para alcanzar un grado suficiente de seguridad en la propuesta de agrupaciones y territorios sacro-políticos que hacemos aquí.

A ello se une la dificultad para concretar las cronologías de las tumbas (especialmente, para hacerlo en todas por igual), quedando todavía muchas definidas por dataciones relativas y demasiado amplias.

Ambas circunstancias han influido en los problemas detectados para establecer comparaciones y para determinar asociaciones, así como para confirmar modelos de evolución diacrónica en las agrupaciones y los territorios.

Por todo ello, consideramos de vital importancia avanzar en los siguientes ámbitos de investigación para poder concretar, completar y ratificar definitivamente esta propuesta:

- Sería necesario revisar en profundidad y conforme a un protocolo uniforme de contrastación, los datos de todos los yacimientos (principalmente aquellos cuyas publicaciones son más antiguas). La aportación documental de las mismas debería hacerse con los mismos criterios y en formatos similares, para poder facilitar la comparación e integración de los mismos en los estudios de síntesis posteriores con todas las garantías. Podríamos así, corroborar algunas adscripciones cronológicas y asociaciones ergológicas-espaciales del presente estudio que han sido propuestas con valentía pero con dudas.
- Así mismo, es imprescindible completar los trabajos de análisis espacial (ubicación de yacimientos funerarios y relación con los de hábitat) a nivel regional. Las regiones menos prospectadas que mencionábamos en el capítulo anterior pueden aportar yacimientos cuya ubicación resulte fundamental para corroborar los límites de determinados territorios sacro-políticos. Y con ello conseguiríamos responder a la pregunta que hacíamos en el capítulo VI sobre si las diferencias de densidad en la disposición de necrópolis en el territorio podrían o no obedecer a una estrategia intencional.
- Sería igualmente interesante ampliar los estudios sobre relaciones entre sepulturas y manifestaciones esquemáticas (en abrigos, sobre menhires...), avanzando así en la comprensión de las relaciones entre necrópolis y otros espacios sacros para rituales y liturgias específicas de los milenios IV y III a.C. Es especialmente atractiva a nuestro parecer, la posibilidad de completar nuestro mapa de la "escritura megalítica" sobre el territorio en el sur peninsular.
- También queda pendiente la cuestión de los silos, que como ya hemos referido, presenta ciertas inconsistencias que obligarían a tener que revisar las excavaciones y a reflexionar sobre el modelo explicativo general en el que se pueden insertar con coherencia.
- Por otro lado, sería ilustrativo aplicar el esquema interpretativo propuesto a otras áreas de la Península para comprobar si el resultado son mapas territoriales similares o no.
- Finalmente, insistimos en que es necesario seguir elaborando estudios como el presente, síntesis intermedias entre los análisis de restos materiales con sus modelos locales y las grandes teorías generales de las estructuras y coyunturas históricas de nuestra prehistoria reciente.

Bucear en las profundidades de nuestro pasado, en sus intrincados vericuetos de desconocimiento e información, de dudas y certezas, de

deducciones y preguntas, es uno de los trabajos mas estimulantes y atractivos de cuantos se pueden afrontar con el intelecto.

Estas sensaciones se incrementan cuando el resultado del mismo es un acercamiento un poco más lúcido a unas gentes fascinantes, protagonistas de una de las mayores transformaciones de nuestra historia y las pioneras de muchas de las formas de vida que todavía hoy caracterizan nuestra sociedad contemporánea.

La época de los constructores de megalitos, de los paisajes escritos con Símbolos e Historia, de los antepasados míticos y de los explotados reales, merece ser recuperada y comprendida, en toda su entidad diferenciada y específica. Merece que le dediquemos aún más esfuerzo científico y aún más reflexión, porque es sabio aprender del pasado para hacernos mejores y más capaces de diseñar mundos futuros justos, igualitarios y solidarios, aunque tenga que ser tras casi 6000 años de desequilibrios internos del sistema, de tendencias de ruptura y reformulaciones constantes de nosotros mismos.



71. Zafra 3. Valencia de Alcántara, Cáceres

BIBLIOGRAFÍA

- ABRIL CASSINELLO, Ma V., (2003): "Comunidades calcolíticas en el sureste de la Península Ibérica", *Huelva Arqueológica*, 18, 55-105.
- ACOSTA, P., (1983): "Estado actual de la Prehistoria andaluza: Neolítico y Calcolítico", *Habis*, 14, 195-205.
- AGUADO, M. (2000): "Pinturas y grabados postpaleolíticos en cuevas con contexto funerario" *Actas del Congreso Internacional de Arte Rupestre Europeo, Vigo, 1999*, CD ROM.
- AGUAYO DE HOYOS, P., MARTÍNEZ, G. y MORENO, F. (1989-90): "Articulación de los sistemas de hábitats neolíticos y eneolíticos en función de la explotación de los recursos naturales de la Depresión de Ronda", *CPUG*, 14-15, 67-84.
- AGUSTÍ, E., y MARTÍNEZ, J., (2004): "Territorio y poblamiento en la cuenca del río Almanzora en el III milenio a.C.", *Actas del III Simposio de la Cueva de Nerja: Las Primeras sociedades metalúrgicas en Andalucía*, p. 184-191.
- ALAMINOS A. *et alii*, (1991): "Bóbila Madurell. Su contribución al Neolítico Medio en Cataluña", *Revista de Arqueología*, 128, 14-93.
- ALARÇAO, De, J., (1999): "Racionalidade e Teoria na Arqueología", *Actas del III Congreso de Arqueología Peninsular*, 133-141.
- ALCINA FRANCH, J., (1989): *Arqueología antropológica*. Edit. Akal. Madrid.
- ALLCHIN, B. y ALLCHIN, R., (1982): *The rise of civilization in India y Pakistan*, Cambridge University Press, Cambridge.
- ALMAGRO, M. y JIMÉNEZ, J., (2000): "Un altar rupestre en el Prado de Lácara (Mérida)", *Extremadura Arqueológica VIII, El Megalitismo en Extremadura*, 423-442.
- ANDRÉS RUPÉREZ, T. (1989-90): "Sepulturas calcolíticas de inhumación múltiple simultánea en la Cuenca Media del Ebro", *Caesaraugusta* 66-67, 13-28.
- ANDRÉS RUPÉREZ, T. (1998): *Colectivismo Funerario Neo-Eneolítico, Aproximación metodológica sobre datos de la cuenca alta media del Ebro*, Institución Fernando el Católico (CSIC), Zaragoza.
- ANDRÉS, RUPÉREZ, T. (1990): "El fenómeno dolménico en el País Vasco", *Munibe* 42, 141-152.

ANDRÉS RUPÉREZ, T., (1989-90) "Sepulturas calcolíticas de inhumación múltiple simultánea en la Cuenca media del Ebro", *Caesaraugusta* 66-67, 13-27.

ARANDA G., y SÁNCHEZ, M., (2004): "El aumento de la conflictividad durante el III milenio B.C. en el Sudeste de la Península Ibérica", *Actas del III Simposio de la Cueva de Nerja: Las Primeras sociedades metalúrgicas en Andalucía*, p. 261-271.

ARIAS CABAL, P. (1991): *De cazadores a campesinos. La transición al Neolítico en la región cantábrica*, Serie Universitaria, 6, Universidad de Cantabria, Santander.

ARIAS CABAL, P., (1994): "El Neolítico de la región cantábrica. Nuevas perspectivas", *1er Congreso de Arqueología Peninsular (Porto, 1993), Trabalhos de Antropología e Etnología*, 34:1-2, 91-118.

ARIAS CABAL, P. (1997): "Nacimiento o consolidación. El papel del fenómeno megalítico en los procesos de neolitización de la región cantábrica", *Actas del Congreso del Neolítico atlántico y los orígenes del Megalitismo*, Santiago de Compostela, 371-391.

ARIAS CABAL, P. *et alii*, (2005): "El fenómeno megalítico en la región Cantábrica. Estado de la cuestión", en *P. Arias, et alii (edit): Actas del III Congreso del Neolítico en la Península Ibérica*, p. 751-760.

ARIÉS, P. H., (1982): *La muerte de Occidente*, Barcelona.

ARMENDÁRIZ, J. e IRIGARAY, S., (1995): "Violencia y muerte en la Prehistoria. El hipogeo de Longar", *Revista de Arqueología*, 168, 16-29.

ARNÁIZ, M. A. *et alii*, (1997): "Los semejantes y los otros. Sepultura múltiple simultánea de Villayerno-Marquillas, Burgos. Nota preliminar", *BSAA*, LXIII, 45-69.

ARRIBAS, A. y FERRER, J.E., (1997): "La necrópolis megalítica del Pantano de los Bermejales", *Monografías de Arte y Arqueología de la Universidad de Granada*.

ARRIBAS, A. y MOLINA, F., (1984): "Estado actual de la investigación del megalitismo en la Península Ibérica", *Scripta Praehistorica, Homenaje a Francisco Jordá Oblata*, 63-111.

ARTEAGA, O. (1987): "Investigaciones geológicas y arqueológicas sobre los cambios de línea costera en el litoral de la Andalucía Mediterránea. Informe Preliminar (1985)", *A.A.A. II*, 117-122.

ARTEAGA, O. (1992): "Tribalización, jerarquización y estado en el territorio del Argar", *SPAL*, 1, 179-208.

ARTEAGA, O. (2002): "Las teorías explicativas de los cambios culturales durante la Prehistoria en Andalucía: Nuevas alternativas de investigación", en *Actas del III Congreso de Historia de Andalucía*, Córdoba, 2001, p. 247-311.

ARTEAGA O., SCHULZ, H. y ROOS, A.M., (1995): "El problema del *Lacus Ligustinus*. Investigaciones geoarqueológicas en torno a las marismas del Bajo Guadalquivir", en *Tartessos, 25 años después 1968-1993*, 99-135.

ARTEAGA O. y ROOS, A.M., (1995): "Geoarchäologische forschungen im umkreis der Marismas am Rio Guadalquivir (niederandalusien)", *Madridrer Mitteilungen* 36, 199-218.

ASCHER, R., (1961): Analogy in Archaeological interpretation. *Southwestern Journal of Anthropology*, 17, 317-325.

AURENCHE, O., (1995): "Les conditions de l'enquête ethnoarchéologique", en *Ethno-archéologie méditerranéenne, Madrid (CCV-54)*, p. 13-16.

AYALA, M.M., (1987): "Enterramientos calcolíticos en la Sierra de Tercia. Lorca. Murcia. Estudio Preliminar", *Anales de Prehistoria y Arqueología*, 3, Universidad de Murcia, 9-24.

BALBÍN, R y BUENO, P., (1993): "Representations anthropomorphes megalithiques au centre de la Peninsule Ibérique", en *Les representations funeraires du Neolithique a l'age du Fer, Comité deux Travaux Historiques et Scientifiques, Actes du 115 Congres National des Societés savantes*, Avignon, 1990, 45-56.

BALBÍN, R y BUENO, P., (1996): "Soto, un ejemplo de arte megalítico al suroeste de la Península Ibérica", en A. Moure (edt): *El Hombre Fósil*, 80 años después, 467-505.

BARRIOS, J. *et alii*, (2005): "Repertorios materiales de Papa Uvas (Aljaraque, Huelva): caracterización mineralógica y estructural", en P. Arias, *et alii* (edit): *Actas del III Congreso del Neolítico en la Península Ibérica*, 369-372.

BARTRA, (1964-65): "La tipología y la periodización en el método arqueológico", *Tlatoani, suplemento: 5*. Méjico. 2ª Edición en *Marxismo y Sociedades Antiguas*, 45-95. Grijalbo (1975), Méjico.

BATE, L.F. (1998): *El Proceso de Investigación en Arqueología*, Crítica, Barcelona.

BELMONTE, J. A. y HOSKIN, M. (2002): *Reflejo del Cosmos. Atlas de Arqueoastronomía del Mediterráneo Antiguo*, Equipo Sirius editores.

BELLIDO, A. (1993): "Vacío megalítico en las tierras sedimentarias del Valle del Duero?. Procesos postdeposicionales", *4º Coloquio internacional de Arqueología Espacial (Teruel), Arqueología Espacial*, 16-17, 181-190.

BELLO, J.M., *et alii*, (1982): "Aproximación a un modelo económico-social del megalitismo del Noroeste peninsular", *Brigantium*, 3, 33-39.

BELLO, J.M., *et alii*, (1982b): "Megalitismo y medio físico en el Noroeste de la Península Ibérica: Estado de la cuestión y perspectivas", *Zepirus XXXIV-XXXV*, 109-118.

BELLO, J.M., (1995): "Autoctonismo *versus* relaciones en el megalitismo noroccidental. El caso de los monumentos de Dombate", *XXII Congreso Nacional de Arqueología*, 25-32.

BERGH, S., (1997): "Desing as Message. Role and Symbolism of Irish Pasage Tombs", en R. Casal (Edt): *Actas del Congreso El Neolítico Atlántico y los orígenes del Megalitismo*, 141-150.

BERNABEU, J. y OROZCO, T., (2005): "Mas d'Is (Penáguila, Alicante): un recinto monumental del VI milenio cal. BC", en P. Arias, *et alii* (edit): *Actas del III Congreso del Neolítico en la Península Ibérica*, p. 485-496.

BINFORD, L.R. (1962): "Archaeology as Antropology". *American Antiquity*, 28. p. 217-225.

BINFORD, L.R. (1968): "Methodological considerations of the archaeological use of Ethnographic data", en Lee -De Vore (Edit): *Man the Hunter*, 268-273, Chicago.

BINFORD, L.R. (1971): "Mortuary practices: their study and potential", en Brown (Edit): *Approaches to the Social Dimensions of Mortuary Practices, Memoirs of the Society for American Archaeology*, 25.

BINFORD, L.R. (1972): *An Archaeological Perspective*. Academic Press. New York.

BINFORD, L.R. (1988): *En busca del pasado*, Edt. Crítica. Barcelona.

BLAS CORTINA, M. A., (1987): "La ocupación megalítica en el borde costero cantábrico: el caso particular del sector asturiano", en VVAA (edit): *El Megalitismo en la Península Ibérica*, 127, 141.

BLAS CORTINA, M. A., (1993): "El Monte Areo, la Laguna de Nievares y la Cobertoria: tres espacios funerarios para la comprensión del complejo cultural megalítico en el centro de Asturias", *Actas del I Congreso de Arqueología Peninsular (Porto), Trabahlos de Antropología y Etnología* 33.3-4, 163-184.

BLAS CORTINA, M. A., (1997): "Megalitos en la región cantábrica: una visión de conjunto", en R. Casal (Edt): *Actas del Congreso El Neolítico Atlántico y los orígenes del Megalitismo*, 311-334.

BLASCO, A., VILLALBA, M^a J. Y EDO, M., (1992): "Cronología del Complex Miner de Can Tintorer. Aportacions a la periodització del Neolític Mitjà Catalá. Estat de la investigació sobre el Neolític a Catalunya", 9^o *Coloquio Internacional de Arqueología de Puigcerdá, 1991*, Institut d'Estudis Ceretans, Andorra, 215-219.

BLASCO, A., EDO, M., VILLALBA, M^a J. (1995): "Intercambio de bienes de prestigio en Catalunya durante el Neolítico. El desarrollo de la desigualdad social", en *Actas del Congreso del Neolítico a la Península Ibérica. Gavá Bellaterra, 1995, Rubicatum I 2*, 549-556.

BLASCO A. *et al.*, (1997): "Aspectos Sociales del Neolítico Medio Catalán", *Actas del II Congreso de Arqueología Peninsular (Zamora)*, 89-97.

BLASCO, A., EDO, M., VILLALBA, M^a J. (2005): "Neolítico avanzado y cambio cultural. Reflexiones sobre la complejidad de algunas sociedades neolíticas europeas", en *P. Arias, et alii (edit): Actas del III Congreso del Neolítico en la Península Ibérica*, 823-832.

BLASCO, BOSQUED, M^a C. (1997): "Manifestaciones funerarias del a Edad del Bronce en la Meseta", *Saguntum, 30, vol 2. La Península Ibérica entre el Calcolítico y la Edad del Bronce*, 173-189.

BLOCH, M. (1981): "Tombs and states" en Humphreys, s. C. y King, H. (Edts): *Mortality and Immortality. The Anthropology and Archaeology of Death*. New York.

BOLLAÍN, A. (1996): "Los yacimientos funerarios del Calcolítico en Murcia: una revisión bibliográfica", *T.P.*, 43, 85-98.

BORREL, F. *et alii*, (2005): "Excavaciones recientes en las minas neolíticas de Gavá -sector sierra de las Ferreres-(Baix Llobregat, Barcelona): nuevos datos para el conocimiento de los rituales funerarios", en *P. Arias, et alii (edit): Actas del III Congreso del Neolítico en la Península Ibérica*, 635-642.

BOONE, J. y ALDEN, E., (1998): "Is it evolutionary yet. A critic of Evolutionary Archaeology", *Current Anthropology, 39, Supplement, June*, 141-173.

BOUJOT, C., CASSEN, S., y VAQUERO, J., (1993): "Ideas de Tierra", 1^o Congreso de Arqueología Peninsular (Porto), *Actas VI, Trabalhos de Antropología e Etnología*, 35:2, 169-191.

BRADLEY, R. (1993): *Altering the Earth. The origins of monuments in Britain and continental Europe, Rhind Lectures, 1992, Society of Antiquaries of Scotland, Monograph Series, 8*, Edinburg.

BRADLEY, R. (1998): *The significance of Monuments. On the Shaping of Human Experience in Neolithic and Bronze Age in Europe*, Routledge, London-New York.

BRADLEY, R. (2000): *The past in prehistoric societies*, Routledge, London.

BRADLEY, R. (2001): "The authority of abstraction: Knowledge and power in the landscape of prehistoric Europe", en H. Hellskog (edit), 227-241.

BRADLEY, R. y FÁBREGAS, R., (1996): "Petroglifos gallegos y arte esquemático: una propuesta de trabajo", *Complutum Extra 6: II, Querol y Chapa (ed.): Homenaje al Profesor Manuel Fernández-Miranda*, 103-110.

BRIARD, J. (1995): *Les Megalithes de l'Europe Atlantique*, CNRS, Paris.

BROWN, J.A., (1971): "Approaches to the social dimensions of mortuary practices", *Memoirs of the Society for American Archaeology*, 25. 3, parte 2, 36 y ss.

BROWN, J.A., (1981): "The search for rank in Prehistoric burials", en Chapman *et alii*, (Edit): *The Archaeology of Death, New Directions in Archaeology*, Cambridge University Press, 25-37.

BUENO P., (1988): *Los dólmenes de Valencia de Alcántara*, Excavaciones Arqueológicas en España nº155, Madrid.

BUENO P., (1991): *Megalitos en la Meseta Sur: Los dólmenes de Azután y La Estrella (Toledo)*, Excavaciones Arqueológicas en España nº 159, Madrid

BUENO P., (1995): "Acerca de las manifestaciones religiosas en el arte calcolítico", en V. Hurtado (Edt.): *El Calcolítico a Debate*, Sevilla, 125-128.

BUENO P., (2000): "El espacio de la muerte en los grupos neolíticos y calcolíticos de la Extremadura española: Las arquitecturas megalíticas", *Extremadura Arqueológica VIII. El Megalitismo en Extremadura (Homenaje a Elías Diéguez)*, Mérida, 35-80.

BUENO P., *et alii*, (1999): "Proyecto de excavación y restauración en dólmenes de Alcántara (Cáceres). Segunda Campaña", *T.P. 56 (1)*, 131-146.

BUENO, P., *et alii*, (2002): "Áreas habitacionales y funerarias en el Neolítico de la cuenca Interior del Tajo, Provincia de Toledo", *T.P.*, 59 (2), 65-79.

BUENO, P., *et alii*, (2005): *El Dólmen de Azután (Toledo)*, UAH Monografías 02, Alcalá de Henares.

BUENO, P. y BALBÍN, R. (1994): "El arte megalítico como factor de análisis arqueológico. El caso de la meseta española", en *6º Congreso Hispano Ruso de Historia*, 20-29.

BUENO, P. y BALBÍN, R. (1994 b): "Estatuas-menhir y estelas antropomorfas en megalitos ibéricos. Una hipótesis de interpretación del espacio funerario" en Las Heras, J. A. (Edt): *Homenaje al Dr. J. González Echegaray, Monografías del Museo y Centro de Investigación de Altamira*, 17, 337-347.

BUENO, P. y BALBÍN, R. (1995): "Temas atlánticos en el arte megalítico del S.O. peninsular", en Waldren et al. (Eds): *Rituals, Rites and Religion*, B.A.R. 611, 182-199.

BUENO, P. y BALBÍN, R. (1996): "Dólmenes en la zona sur de la Meseta española", en *The Neolithic in the Near East and Europe, The colloquia of the XIII International Congress of Prehistoric and Protohistoric Sciences*, vol 9, ABACO, 97-102.

BUENO, P. y BALBÍN, R., (1997): "Arte Megalítico en el Suroeste de la Península Ibérica ¿Grupos en el arte megalítico?", *Saguntum*, 30, vol. II, 153-161.

BUENO, P. y BALBÍN, R., (1997b): "Ambiente funerario en la sociedad megalítica ibérica: "Arte megalítico" peninsular", en R. Casal (Edt): *Actas del Congreso El Neolítico Atlántico y los orígenes del Megalitismo*, 693-718.

BUENO, P. y BALBÍN, R., (1998): "Megalitismo en la provincia de Toledo", en E. Calvo (edt): *Homenaje de Talavera y sus tierras a D. Fernando Jiménez de Gregorio, Talavera*, 57-69.

CALVO, M., COLL, J., GUERRERO, V.M., (1997): "El dólmen de S'Aigua Dolça. Sepulcro colectivo del Pretalayótico", *Revista de Arqueología*, 191, 18-29.

CALADO, M., (1993): *Carta arqueológica do Alandroal*. Alandroal, Cámara Municipal.

CAMALICH, et alii, (1999): "Los inicios y consolidación de la economía de producción en la Depresión del Vera y el Almanzora (Almería)", Actes del II Congrès del Neolitic a la Península Ibérica, Valencia, *Saguntum, Extra 2*, 475-483.

CÁMARA SERRANO J. A., (1998): *Bases metodológicas para el estudio del ritual funerario utilizado durante la Prehistoria Reciente en el Sur de la Península Ibérica*, Tesis Doctoral Universidad de Granada.

CÁMARA SERRANO J. A., (2000): "Bases teóricas para el estudio del ritual funerario utilizado durante la Prehistoria Reciente en el Sur de la Península Ibérica", *Saguntum*, 32, 97-114.

CÁMARA SERRANO, J. A., (2001): *El ritual funerario en la Prehistoria Reciente en el Sur de la Península Ibérica*, B.A.R. International Series, 913, Oxford.

CÁMARA, J. A., y ALFONSO, J., (1996): "Una propuesta sobre el desarrollo de la desigualdad y las clases sociales en la Prehistoria Reciente de Andalucía", en las *Actas del I Congreso Iberoamericano de Arqueología Social*, Huelva,

CÁMARA, J. A., y LIZCANO, R., (1996): "Ritual y sedentarización en el yacimiento del Polideportivo de Martos (Jaén)", *Actas del I Congreso de Neolítico en la Península Ibérica, Gavá-Bellaterra, Rubicatum 1*, 313-321.

CÁMARA, J. A., y LIZCANO, R., (1997): "El Polideportivo de Martos. Campaña de 1993", *Anuario Arqueológico de Andalucía, 1993: III*, Sevilla 1997, 375-385.

CAMPILLO, J. (1985): "Memoria de las excavaciones realizadas en el término de Tablada del Rudón (Burgos). El Túmulo campaniforme de Tablada del Rudón", *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 26, 7-86.

CAPEL, J., *et alii*, (1981): "Nuevas sepulturas Prehistóricas en la cuenca del Río Cacín (Alhama de Granada)", *CuPUG 6*, 123-179.

CARDOSO, J.L., *et alii*, (1997): "Contributos para o conhecimento do megalitismo na Beira Interior (Portugal): A regiao do Tejo Internacional", *II Congreso de Arqueología Peninsular (Zamora), T.II, Neolítico, Calcolítico y Bronce*, 207-215.

CARRERA, F. y FÁBREGAS, R., (2002): "Datación radiocarbónica de pinturas megalíticas del N.O. Peninsular", *T.P. 59*, 157-166.

CARRILERO, M. (1991): "Una aproximación al estudio de las sociedades de la Prehistoria Reciente", en *El Fenómeno Campaniforme en el Sureste de la Península Ibérica*", *cap. VIII*, Tesis Doctoral, Universidad de Granada.

CASTELLANO, M., *et alii*, (2001): "El Paisaje Megalítico de Gorafe (Granada, España). Parque Megalítico integral sobre el Megalitismo en Gorafe. Primera fase de actuación", en *VVAA, Territorios Megalíticos del Mediterráneo*, Líder Comarca de Guadix, S.L. Granada.

CASTRO, P.V., *et alii*, (1996): "Teoría de las Prácticas Sociales", *Complutum Extra 6:1, Homenaje al Profesor Manuel Fernández Miranda*, 35-48.

CASTRO, P.V., LULL, V., MICÓ, R., (1996): *Cronología de la Prehistoria Reciente de la Península Ibérica y Baleares (c. 2800-900 cal ANE)*, BAR, International Series 652, Oxford.

CASTRO, P.V., *et alii*, (1999): "Teoría de la producción de la vida social. Mecanismos de explotación en el Sudeste ibérico", *Boletín de Antropología Americana*, 33, Méjico, 25-77.

CAUVIN, J. (2000): *The Birth of the Gods and the Origins of Agriculture*, Cambridge University Press.

CAUWE, N., (1997): "Les morts en mouvement. Essay sur l'origine des rites funeraries megalithiques", en R. Casal (Edt): *Actas del Congreso El Neolítico Atlántico y los orígenes del Megalitismo*, 719-739.

CEPILLO, J.J., (1997): "El poblamiento y el mundo funerario durante el Calcolítico en el Alto Valle del Guadiato: el asentamiento humano de la Calaveruela y su necrópolis megalítica", *Actas del II Congreso de Arqueología Peninsular (Zamora), T.II Neolítico, Calcolítico y Bronce*, 263-272.

CERDÁN C. y LEISNER (1952): *Los Sepulcros Megalíticos de Huelva*, Excavaciones Arqueológicas del Plan Nacional de 1946, Informes y Memorias, nº 26.

CHAMPION, T., GAMBLE, SHENNAN y WHITTLE, (1995): *La Prehistoria de Europa*. Edit. Crítica, Barcelona.

CHAPMAN, R. (1978): "The evidence of prehistoric water control in South East of Spain", *Journal of Arid Enviroments* 1, 261-274.

CHAPMAN, R. (1881): "The Megalithic tombs of Iberia". En Cunliffe, Evans y Renfrew (edit): *Antiquity of Man. Essays in honour of Glyn Daniels*, 93-106.

CHAPMAN, R. (1981 b): "Archaeological theory and comunal burial in Prehistoric Europe" en I. Hodder, G. Isaac y N. Hammond (Edit): *Patens of the Past*, 387-411.

CHAPMAN, R. (1982): "Autonomy, Ranking and Resources in the Iberian Peninsula", en Renfrew y Shennan (edit): *Rank, Resource and Exchange*, 46-51.

CHAPMAN, R. (1991): *La formación de las Sociedades Complejas. El Sudeste de la Peninsula Ibérica en el marco del Mediterráneo Occidental*, Edit. Crítica. Barcelona.

CHAMPAN, R., KINNES, I. y RANDBORG, K. Edit. (1981): *The Archaeology of Death*, New Directions in Archaeology, Cambridge University Press.

CHAMPAN, R. y RANDBORG, K. (Edit.) (1981): "Approaches to the archaeology of death", en Chapman, *et alii* (edit): *The Archaeology of Death*, New Directions in Archaeology, Cambridge University Press, 1-24.

CHAPMAN, H.P. y GEAREY, B.R., (2000): "Paleoecology and the perception of prehistoric landscapes: some comments on visual approaches to phenomenology", en Darvil y Malone (edit): *Megaliths from Antiquity, Antiquity Papers, 3*. (2003).

CHAMPAN, R. et alii, (1987): *Proyecto Gatas. Sociedad y Economía en el Sudeste de España c. 2500-800 a.n.e.*, BAR, International Series 348.

CHILDE, G. (1936): *Man makes himself*. Trad. Castellano en 1954: *Los orígenes de la Civilización*,. Fondo de Cultura de Méjico.

CHILDE, G. (1956): *Piecing Together the Past*, London, Routledge and Kegan.

CHILDE, G. (1986): *¿Qué sucedió en la Historia?*, Barcelona.

CLARK, G., (1962): *Archaeology and Society*. Londres, Trad. en Akal en 1980.

CLARK, G., (1952): *Prehistoric Europe: The Economic Bases*. Londres.

CLARKE, D. (1968): *Analytical Archaeology*. Methmen, Londres. Trad. En Ballaterra, Barcelona en 1984.

COCCHI, D., (1994): *Manuale di Preistoria. Vol II. Neolítico*, Octavo Edc. Florencia.

COHEN, N., (1987): *La crisis alimentaria en la Prehistoria*. Alianza. Madrid. 1ª Edic. 1977.

COLL CONESA, J., (1993): "Aproximación a la cronología funeraria de las culturas iniciales de la Prehistoria de Mallorca", *Pyrenae 24*, 93-114.

COUVIN, P. (1982): *Qu'est-ce que l'Archéologie?. Essai sur la Nature de la Recherche Archeologique*. París.

CRIADO BOADO, F. (1988): "Arqueología del paisaje y espacio megalítico en Galicia", *Arqueología Espacial 12*, 61-117.

CRIADO BOADO, F. (1989): "Megalitos, espacio, pensamiento", *T.P.*, 46, 75-98.

CRIADO BOADO, F. (1993): "Limites y posibilidades de la Arqueología del Paisaje", *SPAL 2*, 9-55

CRIADO BOADO, F. (1993 b): "Visibilidad en Interpretación del registro arqueológico", *Trabajos de Prehistoria 50*, 39-56.

CRIADO BOADO, F. (1995): Aportaciones en el debate a la ponencia "El mundo ritual y religioso. Problemática general", de R. Lucas Pellicer, en Víctor Hurtado (Edt.): *El Calcolítico a Debate*, Sevilla 1990, 128-149.

CRIADO BOADO, F. *et alii*, (2005): "Espacios para vivos-espacios para muertos. Perspectivas comparadas entre la monumentalidad del atlántico ibérico y el sudamericano", en P. Arias, *et alii* (edit): *Actas del III Congreso del Neolítico en la Península Ibérica*, 857-866.

CRIADO F., y FÁBREGAS, R., (1989): "The megalithic phenomenon of northwest Spain: main trends", *Antiquity*, 63, 682-696.

CRIADO F., y FÁBREGAS, R. y VAQUERO, J. (1994): "Regional patterning among the megaliths of Galicia (NW Spain)", *Oxford Journal of Archaeology*, 13:1, 33-47.

CRIADO F., y VAQUERO, J., (1991): "El fenómeno megalítico y tumular: formas diversas de pasado monumental", en Criado (edit): *Arqueología del Paisaje, El área Furelos entre los tiempos paleolíticos y medievales (Campañas de 1987, 88 y 89)*, *Arqueología/Investigación*, 129-146.

CRIADO F., y VAQUERO, J., (1993): "Monumentos, nudos en el pañuelo. Megalitos, nudos en el espacio: análisis del emplazamiento de los monumentos tumulares gallegos", *Espacio, Tiempo y Forma, Serie I, Prehistoria y Arqueología*, 6, 205-248.

CRIADO, F., VÁZQUEZ y BELLO (1982): "Aproximación al modelo económico y social del Megalitismo del N.O. peninsular", *Brigantium*, vol. 3, 33-39.

CRIADO, F. y VILLOCH, V. (1998): "La monumentalización del paisaje: percepción y sentido original en el megalitismo de la Sierra de Barbanza (Galicia)", *T.P.*, 55.1, 63-80.

CRIADO, F., VILLOCH, V., (2000): "Monumentalizing landscape: From present perception to the past meaning of galician megalithism (North-West Iberian Peninsula)", *European Journal of Archaeology*, vol 3 (2), 188-216.

CRUZ DE LA, I. (Coord.) (2002): *Introducción a la Antropología para la intervención social*, Tirant lo Blanch, Valencia.

CRUZ DE LA, I. y PIQUERAS, A., (2002): "Anexo. Principales corrientes historiográficas", en: *Introducción a la Antropología para la intervención social*, Tirant lo Blanch, Valencia.

CRUZ AUÑÓN, *et alii*, (1993): "Proyecto: Estudio del Hábitat calcolítico en el Pie de Sierra del Bajo Valle del Guadalquivir", en Campos y Nocete (coord.): *Investigaciones Arqueológicas en Andalucía. 1985-1992. Proyectos*, Huelva, 373-382.

CRUZ AUÑÓN, *et alii*, (1992): "Registros de la expresión poblacional durante del III milenio en Andalucía Occidental", *SPAL 1*,

CRYSTAL, E., (1974): "Man and the menhir: contemporary megalithic practice of the Sa'dan Toraja of Salawesi, Indonesia", en C.B. Donan y C.W.Clewlou (edt): *Ethnoarchaeology, Institute of Archaeology Monograph 4*, University of California Press, 161-173.

DARWILL, T. y MALONE, C., (edit), (2003): *Megaliths from Antiquity*, Antiquity Papers, London.

DAVID, N., (1992): "Integrating etnoarchaeology: a subtle realist perspective", *Journal of Anthropological Archaeology 11*, 330-359.

DAVID, N. y KRAMER, C. (2001): *Ethnoarchaeology in Action*, Cambridge University Press, London.

DELGADO FERNÁNDEZ, M^a R., (1997): "El tránsito Neolítico-Calcolítico en las Subbéticas cordobesas: Propuesta de hipótesis", *Actas del II Congreso de Arqueología Peninsular, Zamora*, 177-183.

DELIBES DE CASTRO, G *et alii*, (1986): "El poblado de Almizaraque", *Homenaje a Luis Siret (1934-1984), Sevilla*, 167-177.

DELIBES DE CASTRO, G y FERNÁNDEZ MIRANDA. M. (1993): *Los Orígenes de la Civilización. El Calcolítico en el Viejo Mundo*, Síntesis. Madrid.

DELIBES DE CASTRO, G. y ROJO, M. (2002): "Reflexiones sobre el trasfondo cultural del polimorfismo megalítico en la Lora Burgalesa", *A. Esp. A.*, 75, 21-35.

DEVEREUX, P., (1991): "Three-dimensional aspects of apparent relationships between selected natural and artificial features within the topography of the Avevury complex", en Darvil y Malone (edit): *Megaliths from Antiquity, Antiquity Papers*, 3. (2003).

DEVEREUX, P., y JAHN, R.G. (1996): "Acoustical resonances of selected archaeological sites", en Darvil y Malone (edit): *Megaliths from Antiquity, Antiquity Papers*, 3. (2003).

DÍAZ-ANDREU, M., (1996): "El ámbito funerario del Bronce Pretalayótico y la plasmación de la diferencia social en la Isla de Mallorca durante el segundo milenio a.C.", *Homenaje al Profesor Manuel Fernández Miranda, Complutum Extra 6:I*, 227-236.

DÍAZ-ANDREU, M., y FERNÁNDEZ MIRANDA, M. (1991): "Cuevas sepulcrales pretalayóticas de Mallorca: un ensayo de clasificación y análisis", en Waldren *et alii* (edit): *IInd. Deya International Conference of Prehistory. Recent Developments in Western Mediterranean Prehistory*.

Archaeological Techniques, Technology and Theory, vol II, Archaeological Technology and Theory, BAR, International Series 574, 79-114.

DÍAZ DEL RÍO, P., y CONSUEGRA, S., (1999): "Primeras evidencias de estructuras de habitación y almacenaje neolíticas en el entorno de la campiña madrileña: el yacimiento de la Deseada (Rivas-Vaciamadrid)", *Actes del Congres del Neolitic a la Peninsula Ibérica, Valencia, Saguntum, Extra 2, 251-257.*

DIÁZ-GUARDAMINO, M. (1997): "El grupo megalítico de Vilamayor (Salamanca). Contribución al estudio del megalitismo del Occidente de la Meseta Norte", *Complutum, 8, 39-56.*

DÍEZ CASTILLO, A., (2005): "El contacto ente cazadores-recolectores y agricultores en los valles occidentales de Cantabria", en *Actas del III Congreso del Neolítico en la Península Ibérica, Santander, 425-434.*

DÍEZ CASTILLO, R. y RUÍZ, J. (1995): "Cromlechs y círculos de piedras: los datos en el sector central de la cornisa cantábrica", *XXII Congreso Nacional de Arqueología, Vigo, 47-53.*

DUQUE, D. (2005): "Aproximación al paisaje vegetal de los grupos megalíticos del río Sever a partir de los datos antracológicos de varios dólmenes", en *P. Arias, et alii (edit): Actas del III Congreso del Neolítico en la Península Ibérica, 125-134.*

DURKHEIM, E., (1982): *Las Formas Elementales de la Vida Religiosa*, Madrid.

EIROA GARCÍA, J.J., (1986): "Aproximación a los modelos sociales de la Edad del Bronce en el Sureste", *Historia de Cartagena, Murcia, 353-404.*

ELIADE, M. (1976): *Historia de las Creencias y las Ideas Religiosas* (vol. 1). Madrid.

ELÍAS, N., (1990): *La sociedad de los individuos*, Barcelona.

ELÍAS, N., (1992): *Time: an essay*, Oxford.

ENRIQUEZ, J.J. (1989): *Los poblados calcolíticos de la cuenca media del Guadiana. Aproximación al estudio de los comprendidos entre las vegas altas y bajas del Guadiana (la comarca de Mirída)*, Publicaciones de la universidad Complutense, Madrid.

ENRIQUEZ, J.J. (1990): "El Calcolítico o la Edad del Cobre de la Cuenca Extremeña del Guadiana: los Poblados", *Publicaciones del Museo Arqueológico de Badajoz 2,*

EOGAN, G. (1997): "Cohesion and diversity: passage tombs of North-western Europe and their social and ritual fabric", en *Actas del Congreso del Neolítico atlántico y los Orígenes del Megalitismo*, 43-65.

EOGAN, G. (1999): "Megalithic Art and Society", *Proceedings of the Prehistoric Society*, 65, 415-446.

ESENYAT, J.F., (1995): "Funerary ritual in Mallorca during the pre-Talayotic period", en Waldren *et alii* (edit): *Rituals Rites and Religion in Prehistory*, BAR 611, t.1, 334-339.

ESPEJO, M., RAMOS, J., RECIO, A., CANTALEJO, P. y MARTÍN, E., (1994): "Cerro de las Aguilillas. Necrópolis colectiva de cuevas artificiales", *Revista de Arqueología*, 161, 14-23.

ETXEBARRIA, F. y DELIBES, G., (2002): "Interpretación del fuego en los sepulcros megalíticos", en Rojo Guerra, M. A. (edt.): *Sobre el Significado del fuego en los rituales funerarios del Neolítico*, Studia Archaeologica, 91 (Monografía), Valladolid.

EVANS, CH., (1988): "Monuments and analogy: the interpretation of causewayed enclosures", en C. Burges et al. (Edt): *Enclosures and defenses in the Neolithic of Western Europe*, B.A.R. International Series, 403 (1), Oxford, 47-73.

FÁBREGAS, R., (1994): "Megalitismo del N.O.: una propuesta de síntesis", *Megalitismo en el NO de la Península Ibérica*, 25-39.

FÁBREGAS, R. y RUÍZ-GÁLVEZ, M^a L., (1994): "Ámbitos funerario y doméstico en la Prehistoria del Noroeste de la Península Ibérica", *Zephyrus*, XLVI, 143-159.

FÁBREGAS, R. y SUÁREZ, J., (1999): "El proceso de Neolitización en Galicia", *Actas del II Congreso del Neolítico en la Península Ibérica*, *Saguntum*, Extra 2, 5411-548.

FERNÁNDEZ MALDE, A., (1993): "Las estelas megalíticas del Noroeste en el contexto peninsular", en Carlos de la Casa (Edt.): *Actas del V Congreso Internacional de Estelas Funerarias*, vol. 1, Soria.

FERNÁNDEZ VEGA, A., y PÉREZ, E., (1989): "Enterramientos en cuevas, sepulcros megalíticos y sepulcros en fosa en Cataluña. Estudio comparativo", *Espacio Tiempo y Forma*, S. I, *Prehistoria y Arqueología* 2, 131-152.

FERNÁNDEZ, J y MÁRQUEZ ROMERO, J.E., (1999-2000): "El Charcón: un asentamiento prehistórico en Cerro Ardite, Alozaina (Málaga)", *Mainake* XXI-XXII, 15-37.

FERNÁNDEZ, J y MÁRQUEZ ROMERO, J.E., (2001): "El sepulcro megalítico del tesorillo de la Llaná de Cerro Ardite, Alozaina (Málaga)", *SPAL*, 10, 193-206.

FERNÁNDEZ, J. y MÁRQUEZ, J. E., (2004): "Avance al estudio de El sepulcro megalítico de la Cuesta de los Almendrillos de Ardite, Alozaina (Málaga)", en *Actas del III Simposio de la Cueva de Nerja: Las Primeras sociedades metalúrgicas en Andalucía*, 281-289.

FERNÁNDEZ, J., MÁRQUES, I., FERRER, J.E., y BALDOMERO, A., (1997): "Los enterramientos colectivos de El Tardón (Antequera, Málaga)", en el *II Congreso de Arqueología Peninsular, T.II*, 371-380.

FERNÁNDEZ, V.M., (1994): "Etnoarqueología: Una guía de Métodos y Aplicaciones", *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, T. XLIX, 137-169.

FERRER PALMA, J.E. (1980): *Los sepulcros megalíticos de la Provincia de Granada*, Tesis Doctoral, Universidad de Granada.

FERRER PALMA, J.E. (1981): "La Pileta de la Zorra. Aportación a las cámaras megalíticas de Granada", *Baetica* 4, 67-77.

FERRER PALMA, J.E. (1982): "Consideraciones generales sobre el megalitismo en Andalucía", *Baetica* 5, 121-132.

FERRER PALMA, J.E. (1984): "La Prehistoria", en M. Alcobendas (dir.): *Málaga*, 378-418.

FERRER PALMA, J.E. (1986): "El Megalitismo en Andalucía Oriental: problemática", en Gonzalo Muñoz (coord.): *Actas de la Mesa Redonda sobre Megalitismo Peninsular, 1984, XV Aniversario de la AAA*, 97-110.

FERRER PALMA, J.E. (1987): "El Megalitismo en Andalucía Central", en *El Megalitismo en la Península Ibérica*, Ministerio de Cultura, Madrid, 9-29.

FERRER PALMA, J.E. (1994): "La Edad del Cobre en Andalucía Occidental", en *Actas del II Congreso de historia de Andalucía, Prehistoria, Córdoba, 1994*, Junta de Andalucía, Servicio de publicaciones, 59-64.

FERRER, J. E. y MARQUÉS, I., (1991): "Informe de las actuaciones realizadas en la necrópolis megalítica de Antequera (Málaga) durante 1991", *Anuario Arqueológico Andaluz, 1991 (III)*, 358-360.

FLANNERY, K.V. (1972): "The Cultural evolution of Civilizations". *Annual Review of Ecologic and Systematics*, 3.p. 199-426. Trad. en Anagrama. Barcelona, 1975.

FLANNERY, K.V. (1973): "Archaeology whit capital S". En Redman (edt): *Research and Theory in Current Archaeology*, 47-53. New York.

FRANKESTEIN, y ROWLANDS, (1978): "The internal structure and regional context of early Iron Age society in SW Germany", *Bulletin of the Institute of Archaeology* 15, 73-112, London.

FLEMING, A. (1973): *Tombs for the living*, London.

FRIED, M., (1960): "On the evolution of social stratification and the State". en Diamon, S (edt): *Culture in History*, Columbia University Press, New York.

FRIED, M., (1967): *The evolution of political society: An essay in political anthropology*, Random House. New York.

FRIEDMAN. J. (1974): "Marxism, Structuralism and vulgar materialism", *Man. Vol. 9.* p. 444-469.

FRIEDMAN. J. (1975): "Tribes, states and transformations", en M. Bloch (edit): *Marxist Analyses and Social Anthropology*, Malaby Press, London.

FRIEDMAN. J. (1979): *System, Structure and Contradictions: The End of "Asiatic Social Formations"*, Museo Nacional de Copenague, Dinamarca.

FRIEDMAN. J., y ROWLANDS, M.J., (Edit.), (1977): *The Evolution of Social Systems*, London.

GALÁN, E., MARTÍN, A.M^a, (1991-92): "Megalitismo y zonas de paso en la cuenca extremeña del Tajo", *Zephyrus XLIV-XLV*, 193-205.

GAMIZ JIMÉNEZ, J., (1997): *Bases documentales para el estudio del poblamiento Neolítico y de la Edad del Cobre en Tierra de Loja*, Tesis Doctorales, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Granada, Granada.

GÁNDARA, A. (1982): "La Vieja "Nueva Arqueología"". *Teorías, Métodos y Técnicas en Arqueología*, 59-119, Méjico.

GARCÍA SANJUÁN, L., (2000): "Grandes Piedras, Paisajes sagrados", *Boletín del Instituto Andaluz de Patrimonio Histórico* 31, año VIII (edición electrónica).

GARCÍA SANJUÁN, L., y HURTADO, V., (1997): "Los inicios de la jerarquización social en el suroeste de la Península Ibérica (c. 2500-1700 a.n.e.). Problemas conceptuales empíricos", *Saguntum*, 30, 135-152.

GARCÍA MARTINEZ DE LAGRÁN, I. Y MORÁN, G., (2005): "Pirita en contextos funerarios neolíticos. Reflexiones a partir del hallazgo de la Tarayuela (Hambrona, Soria)", en *Actas del III Congreso del Neolítico en la Península Ibérica, Santander*, 691-696.

GARRIDO PENA, R. y MENROZ, K., (1997): "Interpretación de las representaciones simbólicas. Cerámica y arte megalítico", *Actas del XXIV Congreso Nacional de Arqueología*.

GAVILÁN, B., (1991): "Análisis macroespacial de ocho yacimientos neolíticos en cueva de la Subbética cordobesa: Una contribución al estudio de la explotación de recursos durante la Prehistoria", *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la UAM*, 18, 35-53.

GAVILÁN, B., (1997): "Reflexiones sobre el Neolítico Andaluz", *SPAL* 6, 23-33.

GAVILÁN B., MORENO, A. VENTURA, A. VERA, J.C. (1991): "Localización de sepulturas megalíticas situadas en el sector septentrional de la provincia de Córdoba I." *A.A.A.*, 1989, t, III, *Actividades de Urgencia*, 107-113.

GAVILÁN, B. y VERA, J.C., (1994): "Aproximación al fenómeno megalítico del alto valle del Guadiato", *Actas del II Congreso de Historia de Andalucía, Córdoba 1991*, 133-145.

GAVILÁN, B. y VERA, J.C., (1997): "Nuevos datos sobre los patrones de poblamiento neolítico y calcolítico al aire libre en el piedemonte de las Sierras Subbéticas", *Antiquitas*, 8, 5-22.

GAVILÁN, B. y VERA, J.C., (2001): "El Neolítico en la alta Andalucía: Cuestiones sobre la caracterización de sus fases", *SPAL* 10, 177-183.

GAVILÁN, B. y VERA, J.C., (2005): "Neolítico y megalitismo prefunerario en Andalucía", en P. Arias, et alii (edit): *Actas del III Congreso del Neolítico en la Península Ibérica*, p. 535-542.

GAVILÁN, B. et alii, (1996): "Un proyecto arqueológico sistemático sobre el poblamiento prehistórico en el Macizo de Cabra: objetivos y primeros resultados", *Antiquitas*, 7, 19-24.

GAVILÁN, B. et alii, (1997): "El poblamiento prehistórico del Macizo de Cabra y la Alta Campiña (Córdoba). Bases de partida y primeros resultados de un Proyecto de Arqueología Sistemática", en *Actas del III Congreso de Arqueología Peninsular, Zamora*, 165-175.

GAVILÁN, B. et alii, (1997b): "El poblamiento prehistórico del Macizo de Cabra y la Alta Campiña (Córdoba). Bases de partida y primeros resultados de un proyecto arqueológico sistemático", *Actas del II Congreso de Arqueología Peninsular, Tomo II*, 165-175.

GIBAJA, J.F. et alii, (1997): "Una aproximación a través del análisis funcional a sociedades neolíticas del Noroeste Peninsular: las necrópolis de la Bóbila Madurell y el Camí de Can Grau", en *Actas del II Congreso de Arqueología Peninsular*, 129-136.

GILMAN, A., (1976): "Bronze Age Dynamics in South-east Spain", *Dialectical Anthropology* 1, 307-319.

GILMAN, A., (1981): "The development of social stratification in Bronze Age in Europe", *Current Anthropology*, 22.nº 1, p. 1-23.

GILMAN, A., (1987): "El análisis de clase en la prehistoria del Sureste", *Trabajos de Prehistoria*, 44, 27-34.

GILMAN, A., (1991): "Desenvolupament agrícola i evolució social al sud-est espanyol", *Cota Cero* 7, 136-143.

GILMAN, A., (1995-96): "Stratification and Coercion in Late Prehistoric Europe", *Trabalhos de Arqueologia da EAM*, 3-4, Lisboa, 263-267.

GILMAN, A. y THORNES, J.B. (1985): *Land use and Prehistory in South East of Spain*, Londres. Traducción en Serie Universitaria 227, Fundación Juan March, t.1.

GODELIER. M. (1971): *Teoría Marxista de las sociedades Pre-capitalistas*, Estela edit. Barcelona.

GODELIER. M. (1973): "Le concept de "formation économique et sociale". Le exemple des Inca", *Horizons et trajets marxistes en Anthropologie*, 177-187. París.

GODELIER. M. (1974): *Esquemas de evolución de las sociedades*, Edit. Miguel Castellote. Madrid.

GODELIER. M. (1986): *La producción de Grandes hombres. Poder y dominación masculina entre los Baruya de Nueva Guinea*, Akal, Madrid.

GODELIER, M., (1989): *Lo ideal y lo material. Pensamiento, economías, sociedades*, Taurus, Barcelona.

GOLDSTEIN, L. (1981): "One-dimensional archaeology and multi-dimensional people", en Chapman, *et alii* (edit): *The Archaeology of Death*, New Directions in Archaeology, Cambridge University Press, 53-70.

GÓMEZ-TABANERA, J. M., (1999): "El simbolismo funerario trascendente de los Ushabti nilóticos y de los denominados ídolos placa del horizonte megalitista andaluz", *Actas del II Congreso de Historia de Andalucía*, 147-165.

GÓMEZ VILA, J. (2005): "Camino y Túmulos. Aproximación al estudio de los caminos megalíticos en el Noroeste peninsular", en P. Arias, *et alii* (edit): *Actas del III Congreso del Neolítico en la Península Ibérica*, p. 405-412.

GONÇALVES, V.S. (1989): *Megalitismo e Metalurgia no Alto Algarbe Oriental. Uma aproximação integrada*, UIARQ, Estudos e Memórias, 2.

GONZÁLEZ CORDERO, A., (1993): "Evolución, yacimientos y secuencia en la Edad del Cobre en la Alta Extremadura", *Actas del I Congreso de Arqueología Peninsular, (Porto), Trabajos de Antropología e Etnología* 33:3-4, 237-259.

GONZÁLEZ MORALES, M.R., (1992): "Mesolíticos y Megalíticos: la evidencia arqueológica de los cambios en las formas productivas en el paso al megalitismo en la costa cantábrica", en Moure (edit): *Elefantes, Ciervos y Ovocápridos, Santander*, 185-202.

GONZÁLEZ RUIBAL, A. (2003): *La Experiencia del otro. Una introducción a la Etnoarqueología*, Akal, Madrid.

GUERRA DOCE, E. (2002): "Sobre el papel de la adormidera como posible viático en el ritual funerario de la prehistoria reciente peninsular", *BSAA*, tomo LXVIII, 49-75.

GUERRA DOCE, E., (2005): "Drogas y rituales funerarios en el Neolítico europeo", en P. Arias, et alii (edit): *Actas del III Congreso del Neolítico en la Península Ibérica*, p. 705-714.

GUERRERO AYUSO, V.M. (2005): "Del cuarto al tercer milenio BC en las Baleares", en P. Arias, et alii (edit): *Actas del III Congreso del Neolítico en la Península Ibérica*, p. 1011-1022.

GUILAINE, J. (1992): "The megalithic in Sardinia, Southern France and Catalonia", *Sardinia in the Mediterranean: a footprint in the sea. Studies in Sardinian Archaeology presented to M.S. Balmuth, Monographs in Mediterranean Archaeology* 3, 128-136.

GUILAINE, J. (1996): "Proto-megalithisme, rites funéraires et mobiliars de prestige néolithiques en Méditerranée Occidentale", *Complutum Extra 6:I Homenaje al Profesor Manuel Fernández-Miranda I*, 123-140.

GUILAINE, J. (1997): "La Méditerranée et l'Atlantique. Influx, symétries, divergences au fin du néolithique", en las *Actas del Congreso El Neolítico Atlántico y los orígenes del Megalitismo*, 23-43.

GUILAINE, J. (Edit), (1999): *Mégalithismes de l'Atlantique á l'Ethiopie*, Editions Errance, Paris

GUILAINE, J. y ZAMMIT, J. (2002): *El camino de la Guerra. La violencia en la Prehistoria*, Ariel, Barcelona.

GUSI I GENER, F. Y OLARÍA I PUYOLES, C., (2004): "Nuevas precisiones cronoculturales referidas al hábitat calcolítico almeriense de Terrera

Ventura", en *Actas del III Simposio de la Cueva de Nerja, Las Primeras Sociedades Metalúrgicas en Andalucía*, 176-183.

HALSTEAD y O'SHEA, J., (1982): "A friend in need is a friend indeed: Social Storage and origins of social Ranking", en Renfrew y Shennan (edit): *Ranking, Resource and Exchange*, Cambridge University Press, 92-99.

HARNECKER, M., (1969): *Los Conceptos Elementales del Materialismo Histórico*, Siglo XXI, edición traducida en 1994, Madrid.

HARRIS, M. (1978): *EL desarrollo de la teoría Antropológica*, Edit. Siglo XXI. Madrid.

HARRIS, M. (1982): *El Materialismo Cultural*, Edit Alianza Universidad. Madrid.

HARRIS, M. (1989): *Caníbales y Reyes. Los Orígenes de las Culturas*, Alianza Editorial, Madrid.

HARRISON R.J., (1993): "La intensificación económica y la integración del modo pastoril durante la Edad del Bronce", *1º Congreso de Arqueología Peninsular, Porto, Trábalos de Prehistoria e Etnología 33:3-4*, 293-299.

HARRISON, R.J., (1995): "Bronze Age expansion 1750-1250 BC: The Cogotas I phase in the middle Ebro valley", *Veleia 12*, 67-77.

HARRISON R.J., y GILMAN A. (1977): "Trade in the second and third millennia B.C. between the Magreb and Iberia". En *Ancient Europe and Mediterranean*. Edit. V. Markotic, 90-104, Warminster.

HARRISON R.J., y MORENO, G., (1985): "El Policultivo Ganadero o la Revolución de los Productos Secundarios", *Trabajos de Prehistoria 42*, 51-82.

HEGGIE, D.C. (1972): "Megalithic lunar observations: an astronomer's view", en Darvil y Malone (edit): *Megaliths from Antiquity, Antiquity Papers*, 3. (2003).

HEGGIE, D.C. (1981): *Megalithic Science. Ancient mathematics and astronomy in northwest Europe*, London, Thames and Huston.

HERNANDO, A. (1987): "¿Evolución cultural diferencial del Calcolítico entre las zonas áridas y húmedas del sureste español?", *Trabajos de Prehistoria, 44*, 171-200.

HERNANDO, A. (1987-88): "Interpretaciones culturales del Calcolítico del Sureste español. Estudio de sus bases teóricas", *CPUG, 12-13*, 35-80.

HERNANDO, A. (1992): "Enfoques teóricos en Arqueología", *SPAL, 1*, 11-35.

HERNANDO A., (1993): "Campesinos y ritos funerarios: el desarrollo de la complejidad en el Mediterráneo Occidental (IV-II Milenio A.C.)", *Actas del I Congreso de Arqueología Peninsular (Porto), Trabajos de Antropología e Etnología* 33:3-4, 91-98.

HERNANDO, A. (1994): "Aproximación al mundo funerario del Calcolítico en el S.E. español", en *Actas del II Congreso de Historia de Andalucía. Prehistoria, Córdoba (1991)*, 167-176.

HERNANDO, A. (1995): "La Etnoarqueología, hoy: Una vía eficaz de aproximación al pasado", *T.P.*, 52 (2), 15-30.

HERNANDO, A. (1997): "Sobre la Prehistoria y sus habitantes: Mitos, Metáforas y Miedos", *Complutum* 8, 247-260.

HERNANDO, A. (2002): *Arqueología de la Identidad*, Madrid.

HERTZ, R. (1990): "Contribución a un estudio sobre la representación colectiva de la muerte", en Hertz (edit): *La Muerte y la Mano Derecha*, Madrid.

HIGGS, E.S., (1976): "The History of European agriculture, the uplands", en Hutchinson *et alii* (edit): *The Early History of Agriculture*, Oxford, 159-173.

HODDER, I. (1982): *Symbolic and Estructural Archaeology*. Cambridge. Univ. Press.

HODDER, I. (1984/87): "La Arqueología de la Era Postmoderna", *Trabajos de Prehistoria*, 44, p. 11-26.

HODDER, I. (1990): *The Domestication of Europe*, Blackwell.

HODDER, I., (1994): *Interpretación en Arqueología. Corrientes Actuales*. Barcelona, 1ª ed. 1988.

HOLTORF, C. (1997): "Beyond chronographies of megalithics: Understanding monumental time and cultural memory", en R. Casal (Edt): *Actas del Congreso El Neolítico Atlántico y los orígenes del Megalitismo*, 101-115.

HORNOS, F., *et alii*, (1998): "La gestión de una zona arqueológica urbana: La experiencia de investigación aplicada a Marroquíes Bajos (Jaén)", *Boletín del Instituto Andaluz de Patrimonio Histórico* 22, 82-91.

HOSKIN, M. (1997): "Tombs, Temples and Orientations", en R. Casal (Edt): *Actas del Congreso El Neolítico Atlántico y los orígenes del Megalitismo, Santiago de Compostela*, 93-101.

HOSKIN, M., ALLAN, E., (1995): "The orientations of Mediterranean tombs and sanctuaries", en Waldren *et alii* (edit): *Ritual Rites and Religion in Prehistory*, BAR, vol. 1, 38-50.

HOSKIN, M., ALLAN, E. y GRALEWSKI, R., (1994): "Studies in Iberian archaeoastronomy (1): Orientations of the megalithic sepulchres of Almería, Granada and Malaga", *Archaeoastronomy 19*, (*Journal for the History of Astronomy*), 55-81.

HOSKIN, M., ALLAN, E. y GRALEWSKI, R., (1995): "Studies in Iberian archaeoastronomy (2): Orientations of the tholos tombs of Almería", and "Studies in Iberian archaeoastronomy (3): customs and motives in Andalucía", *Archaeoastronomy 20*, 29-48.

HUNTER, J.R., (1975): "Glasses from Scandinavian burials in the first millennium A.D.", *World Archaeology 7*, 79-86.

HUNTINGTON, R., y METCALF, P., (1979): *Celebrations of Death: the Anthropology of Mortuary Ritual*, Cambridge University Press, Cambridge.

HURTADO, L. (1988): "Estratificación Social", en Fonseca (edt): *Hacia una Arqueología Social*, Universidad de Costa Rica. San José, 46-77.

HURTADO V., (Edit.) (1995): *El Calcolítico a Debate, Reunión de Calcolítico en la Península Ibérica*, Junta de Andalucía Consejería de cultura, Sevilla.

IDÁÑEZ, J. F., (1986): "Incineración parcial en los enterramientos colectivos eneolíticos del Sudeste español", en Gonzalo Muñoz (Edt.): *Actas de la Mesa Redonda sobre Megalitismo Peninsular (1984)*, A. E. A. A., 165-167.

INGOLD, (1983): "The Significance of Storage in Hunting Societies", *Man*. 18. p. 553-571.

JARMAN, M.R. (1982): "The Megalithis: a problem in Paleoethology", *Early European Agriculture. Its Foundation and Development*, Cambridge University Press, 233-252.

JIMÉNEZ, J. (1999): "El proceso de neolitización del interior peninsular", en *Actas del II Congreso del Neolítico en la Península Ibérica, Saguntum, I-V, Extra 2*, 493-501.

JIMÉNEZ, J. y BARROSO, C., (2000): "El Megalitismo en Extremadura: Problemas de catalogación, conservación y difusión social", *Extremadura Arqueológica VIII. El Megalitismo en Extremadura (Homenaje a Elías Diéguez)*, Mérida, 395-413.

JIMÉNEZ BROBEIL, S. A., *et alii*, (1994): "Aproximación a la paleodemografía de las poblaciones prehistóricas de Andalucía oriental", en *Actas del II Congreso de Historia de Andalucía*, Córdoba 1991, 177-185.

JORGE, V.O. (1999): "Fecundidade de uma perspectiva pragmatista "inquietante" (no sentido de Boaventura Sousa Santos) em Arqueologia", en *Actas del III Congreso de arqueología Peninsular*, 143-153.

JORGE, V.O. (1999b): "Desenvolvimento da hierarquização social e da metalurgia", en Alarçao (edit): *Portugal. Das Origens á Romanização. Nova Historia de Portugal I*, 163-212.

JOUSSAUME, R. (1985): *Des Dolmens pour les Morts. Les mégalithismes à travers le monde*, Hachette, Paris.

JOUSSAUME, R. (1989): "Les Megalithes de l'Ethiopie", en Guilaine (Edit): *Mégalithismes de l'Atlántique á l'Ethiopie*, Paris, 191-210.

KALB, P. (1996): "Megalith-building, stone transport and territorial markers: evidence from Vale de Rodrigo, Evora, south Portugal", *Antiquity* 70, 683-685.

KENT, S. (1984): *Analyzing activity areas*. University of New Mexico, Albuquerque.

KENT, S. (1987): "Understanding the use of space; an ethnoarchaeological approach", en S. Kent (Edt.): *Method and Theory for activity research; an ethnoarchaeological approach*, New York, 1-62.

KINNES, I., (1981): "Dialogues with Death", en Chapman, *et alii* (edit): *The Archaeology of Death*, New Directions in Archaeology, Cambridge University Press, 83-92.

KLEJN, L.S. (1971): "La arqueología en Gran Bretaña: un punto de vista marxista", *Cuadernos de Antropología Social y Etnología* 3, 25-40.

KLEJN, L.S. (1973): "Marxism, the systemic approach and archaeology", en Renfrew (edit): *The explanation of cultural change: Models in Prehistory*, 691-710.

KLEJN, L.S. (1993): *La Arqueología Soviética. Historia y Teoría de una escuela desconocida*, Edit Crítica, Barcelona.

KOTTAK, C.P., (1999): *Antropología Cultural*, McGraw-Hill editores.

KRISTIANSEN, K., (1982): "The formation of tribal systems in Later European Prehistory: Northern Europe, 4000-500 BC", en Renfrew *et alii* (edit.): *Theory and Explanation in Archaeology*, New York: Academic, 241-280.

KRISTIANSEN, K., (1984): "Ideology and material culture: an archaeological perspective", en M. Spriggs (Edt.): *Marxist perspectives in Archaeology*, New Directions in Archaeology, Cambridge University Press.

KRISTIANSEN, K., (1989): "Transformaciones sociales en el Neolítico Final de la Europa Templada (4000-2000 a.C.)", *Trabajos de Prehistoria*, 46, 65-74.

KRISTIANSEN, K., (2001): *Europa antes de la Historia* (primera edición de 1998), Barcelona.

KÜSTER, H., (1984): "Neolithic plant remains from Eberdingen-Hochdorf, Southern Germany", en W. Van Zeist y W.A. Casparie (edt), 307-311.

LABURTHE-TOLRA, P. y WARNIER, J.P., (1998): *Etnología y Antropología*, Akal Textos, Madrid.

LACALLE, R., (2000): "El Megalitismo en el Suroeste de Andalucía. Un indicador de jerarquización social", *Madridier Mitteilungen*, 41, 54-70.

LARSON, L.H. (1971): "Archaeological implications of social stratification at the Etowah site, Georgia", en Brown (Edit): *Approaches to the Social Dimensions of Mortuary Practices, Memoirs of the Society for American Archaeology*, 25.

LAZARICH, M. y SANCHEZ, M., (1999): "Los enterramientos campaniformes en sepulcros megalíticos de la depresión del Guadalquivir: La Necrópolis de Gandúl (Alcalá de Guadaira, Sevilla)", *Actas del III Congreso de Arqueología Peninsular*, 327-341.

LAZARICH, M., (2002): "Las sepulturas con ajuares campaniformes de Andalucía Occidental", en *Actas del II Congreso de Historia de Andalucía, Córdoba (2001), Prehistoria*, 263 y ss.

LAZARICH, M., (2004): "Balance actual de la investigación sobre el campaniforme en Andalucía Occidental", *Actas del III Simposio de la Cueva de Nerja: Las Primeras sociedades metalúrgicas en Andalucía*, p. 393-403.

LECLERC, J., (1997): "Analyse spatiale des sites funéraires Néolithiques", en *Bocquet (edit.): Actas del Coloquio Espaces Phisiques, Espaces Sociaux dans l'Analyse Interne des Sites du Néolithique à l'Âge du Fer Amiens, 1994*, 397-405.

LETHWEITE, (1981): "Comment on A. Gilman "The development of Social Stratification"" en *B.A. in Europe, Current Anthropology* 22, p. 14.

LEWELLEN, T.C., (1981): *Political Anthropology, Handbook of Political Behaviour*, 3, New York.

LIZCANO, R., (1999): *El polideportivo de Martos (Jaén). Un yacimiento neolítico del IV milenio a.C.*, Obra Social y Cultural Caja Sur, Córdoba.

LIZCANO, R. *et alii*, (1996): "La Organización del Territorio en el Alto Guadalquivir entre el IV y el III milenios (3300-2800 a.C.)", en *Actas del I Congreso del Neolítico a la Península Ibérica, Gavá-Bellaterra*, 305-311.

LIZCANO, R. *et alii*, (1997): "El Polideportivo de Martos. Producción económica y símbolos de cohesión en un asentamiento del Neolítico Final del Alto Guadalquivir", *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada 16-17 (1991-92)*, 5-101.

LIZCANO, R. *et alii*, (2004): "Continuidad y cambio en las comunidades calcolíticas del Alto Guadalquivir", *Actas del III Simposio de la Cueva de Nerja: Las Primeras sociedades metalúrgicas en Andalucía*, 159-175.

LIZCANO, R., CÁMARA, J.C., PÉREZ, C Y SPANEDDA, L. (2005): "Continuidad en hábitat y continuidad ritual. Hipogeísmo en el Alto Guadalquivir", en *P. Arias, et alii (edit): Actas del III Congreso del Neolítico en la Península Ibérica*, 653-662.

LOMBA MAURANDI, J., (1989): "El megalitismo en Murcia. Aspectos de su distribución y significado", *Quaderns de Prehistoria i Arqueologia de Castelló 20*, 55-82.

LOPERA, M^a R., (1995): "El mundo funerario calcolítico en la Provincia de Córdoba. Recopilación y actualización de los datos", *Ariadna, 15, Museo Municipal de Palma del Río*, 9-44.

LÓPEZ-ROMERO, E. y WALID, S., (2005): "Estrategias de ocultación en el megalitismo tumular del centro-oeste peninsular", en *P. Arias, et alii (edit): Actas del III Congreso del Neolítico en la Península Ibérica*, 697-704.

LORRIO, J. A., y MONTERO, I., (2004): "Reutilización de Sepulcros colectivos en el Sur Este de la Península ibérica: La colección Siret", *Trabajos de Prehistoria, 61 (1)*, 99-116.

LUCAS PELLICER, R. (1986): "El Fenómeno megalítico: Estado actual de la investigación", en G. Muñoz (coord.): *Actas de la Mesa Redonda sobre el Megalitismo Peninsular, 1984, XV Aniversario de la AAA*, 11-19.

LUCAS PELLICER, R. (1995): "El mundo ritual y religioso. Problemática general", Ponencia general y debate, en V. Hurtado (Edt.): *El Calcolítico a Debate*, Sevilla, 117-122.

LUCENA, A. M^a. (2004): "Estructuras y contenidos cerámicos documentados en el yacimiento arqueológico de Papa Uvas (Aljaraque, Huelva). Campaña de 1994", *Actas del III Simposio de la Cueva de Nerja: Las Primeras sociedades metalúrgicas en Andalucía*, p. 227-237.

LULL, V., (1984): "A new assessment of argaric society and culture", en *The Deya conference of Prehistory, British Archaeological Reports, International Series 229 (IV)*, Oxford, 1197-1238.

LULL, V., y PICAZO, M. (1989): "Arqueología de la muerte y estructura social", *Archivo Español de Arqueología*, 62, 5-20

LULL, V., et alii, (1992): *Arqueología de Europa, 2250-1200 a.C. Una introducción a la Edad del Bronce*, Síntesis, Madrid.

LUMBRERAS, L. (1974): *La Arqueología como Ciencia Social*, Edit Histar. Lima.

MAICAS, R., (2005): "Rituales de enterramiento de la cuenca del Vera", en *P. Arias, et alii (edit): Actas del III Congreso del Neolítico en la Península Ibérica*, p. 767-776.

MAILLO, F., (2003): "El País de la Reina de Saba. Tesoros del Antiguo Yemen", *Catálogo de la Exposición, Centro Cultural Conde Duque, Cuadernos de Arte*, Madrid.

MAIR, L., (1975): *Introducción a la Antropología Social*, Alianza, Madrid.

MAJÓ, RIBÉ, CLOP, GIBAJA, SAÑA, (1999): "Bases conceptuales y metodológicas para una interpretación arqueoantropológica de las sepulturas neolíticas en Cataluña", *Actas del II Congreso de Arqueología Peninsular*.

MALDONADO, G., MOLINA, F., ALCARÁZ, F., CÁMARA, J.A., MÉRIDA, V., RUÍZ, V., (1991-92): "El papel social del megalitismo en el SE de la Península Ibérica. Las comunidades megalíticas del Pasillo de Tabernas", *CPUG*, 16-17. 167-190.

MARFIL, C., (1997): "Megalitismo en el Valle de los Pedroches (Córdoba). Estado actual del conocimiento", *Actas del II congreso de Arqueología Peninsular (Zamora) Tomo 2, Neolítico, Calcolítico y Bronce*, 257-261.

MARQUÉS, I, (1983): "Sepulcro inédito de la necrópolis de Alcaide (Antequera, Málaga)", *CuPUG* 8, 149-173.

MARQUÉS, I., AGUADO T., BALDOMERO, A. y FERRER, J. E., (2004): "Proyectos de la Edad del Cobre en Antequera", *Actas del III Simposio de la Cueva de Nerja: Las Primeras sociedades metalúrgicas en Andalucía*, p. 238-260.

MÁRQUEZ ALCÁNTARA, A.Mª (2004): "Aportaciones al arte esquemático negro subterráneo", en *Actas del III Simposio de la Cueva de Nerja: Las Primeras Sociedades Metalúrgicas en Andalucía*, 330-334.

MÁRQUEZ ROMERO, J.E., (1997): "Explotación y transformación lítica en las fases iniciales del Calcolítico en la provincia de Málaga", *Actas del XXIV Congreso Nacional de Arqueología*, 189-195.

MÁRQUEZ ROMERO, J.E., (2000): *El Megalitismo en la Provincia de Málaga: breve guía para su conocimiento e interpretación*, Servicio de Publicaciones Universidad de Málaga.

MÁRQUEZ ROMERO, J. E., (2001): "De los campos de silos a los agujeros negros: Sobre pozos, depósitos y zanjas en la Prehistoria Reciente del Sur de la Península Ibérica", *SPAL* 10, 207-220.

MÁRQUEZ ROMERO, J. E., (2002): "Megalitismo, agricultura y complejidad social: algunas consideraciones", *Baetica*, 24, 193-222.

MÁRQUEZ ROMERO, J. E., (2004): "El asentamiento del Peñón del Oso (Villanueva del Rosario, Málaga) y la economía del sílex a finales del III milenio a.C." *En Actas del III Simposio de la Cueva de Nerja: Las Primeras Sociedades Metalúrgicas en Andalucía*, 290-299.

MARTÍN D., (1995): "Proyecto de Investigación Bajo Almanzora (Almería)", en V. Hurtado (edit): *Actas del Encuentro El Calcolítico a Debate, Reunión de Calcolítico en la Península Ibérica*, Junta de Andalucía Consejería de Cultura, Sevilla.

MARTÍN D., CAMALICH, M^ªD., GONZÁLEZ, P. y GOÑI, A., (2004): "Estado actual de la investigación del Calcolítico en Andalucía oriental", *Actas del III Simposio de la Cueva de Nerja: Las Primeras sociedades metalúrgicas en Andalucía*, 132-141.

MARTÍN D., CAMALICH, M^ªD., GONZÁLEZ, P., (2004): *La cueva del Toro (Sierra del Torcal Antequera, Málaga)*, Arqueología Monografías, Junta de Andalucía.

MARTÍN DE LA CRUZ, J.C. y VERA, J.C. (2002): "Historiografía del megalitismo en la provincia de Córdoba", *Actas del III Congreso de Historia de Andalucía, Prehistoria*, Córdoba, 2001, 121 y ss.

MARTÍN, E. y RECIO, A, (1999-2000): "El fenómeno megalítico en el área oriental de Málaga", *Mainake XXI-XXII*, 63-98.

MARTÍN, E. y RECIO, A, (2004): "Aportación a la documentación arqueológica del Cerro de Capellanía (Periana, Málaga) al desarrollo de las comunidades calcolíticas de las tierras orientales de Málaga" *Actas del III Simposio de Prehistoria de la Cueva de Nerja: Las Primeras sociedades metalúrgicas en Andalucía*, p. 341-351

MARTÍNEZ DE LAGRÁN, I. y MORÁN, G. (2005): "Pirita en contextos funerarios neolíticos. Reflexiones a partir del hallazgo de La Tarayuela (Ambrona, Soria)", en P. Arias, et alii (edit): *Actas del III Congreso del Neolítico en la Península Ibérica*, p. 691-696.

MARTÍNEZ, J. (2004): "Pintura rupestre esquemática: una aproximación al modelo antiguo (neolitización) en la Península Ibérica", *Actas del II*

Simposio de la Cueva de Nerja: La Problemática del Neolítico en Andalucía, 102-114.

MARX, K. (1984): *Formas que preceden a la producción capitalista. Formaciones económicas precapitalistas* (K. Marx, E. Hobsbawm), Crítica, Barcelona.

MASSET, C. (2002): "Ce qu'on sait, on croit savoir, du rôle du feu dans les sépultures collectives Néolithiques", en Rojo Guerra, M. A. (Edt.): *Sobre el Significado del fuego en los rituales funerarios del Neolítico*, Studia Archaeologica, 91 (Monografía), Valladolid.

MATHERS, C., (1984): "Beyond the grave: the context and wider implications of mortuary practices in SE Spain", en Blagg, Jones y Keay (Edit): *Papers in Iberian Archaeology, BAR International Series, 191 (1)*, 13-44.

MAURA, R.,(2004): "Oculados: un siglo de investigación", *Actas del III Simposio de la Cueva de Nerja: Las Primeras sociedades metalúrgicas en Andalucía*, 216-226.

MEDEROS, A., (1996): "La cronología absoluta de Andalucía Occidental durante la Prehistoria Reciente (6100-850 a.C.)", *SPAL* 5, 45-86.

MEILLASSOUX, C.L., (1972): "From reproduction to production", *Economy and Society*, 1, 93-105.

MEILLASSOUX, C. L., (1987): *Mujeres, Graneros y Capitales. Economía doméstica y capitalismo*, Madrid.

MERCADAL, O. *et alii*, (2005): "Muerte y violencia en una comunidad del litoral catalán durante el tercer milenio cal BC.", en P. Arias, *et alii* (edit): *Actas del III Congreso del Neolítico en la Península Ibérica*, 671-680.

MOLINA, F. (1983): "La Prehistoria", en: *Historia de Granada I. De las primeras culturas al Islam*, 11-131.

MOLINA, F. (1995): "Condicionantes a los Patrones de asentamiento", *Ponencia a la sección de Patrones de Asentamientos*, en V. Hurtado (edit.): *El Calcolítico a Debate*, 65-66.

MOLINA, F. (1998): "El Proceso de cambio del Neolítico al Calcolítico en Andalucía Occidental", *En Actas del II Symposium de Prehistoria Cueva de Nerja, "La Problemática del Neolítico en Andalucía"*, Málaga.

MOLINA, F. *et alii*, (2004): "Los Millares y la periodización de la Prehistoria Reciente del sureste", en *Actas del III Simposio de la Cueva de Nerja: Las Primeras sociedades metalúrgicas en Andalucía*, 142-158.

MOLINST, M., (2005): "Presentación al ámbito 5: Simbolismo, Arte y Mundo Funerario", en *Actas del III Congreso del Neolítico en la Península Ibérica, Santander*, 603-605.

MONKS, S.J. (1997): "Conflict and Competition in Spanish Prehistory: the Role of Warfare in Societal Development from the Late Fourth to Third Millennium B.C.", *Journal of Mediterranean Archaeology* 10, 1, 3-32.

MONKS, S.J. (1999): "Patterns of Warfare and Settlement in Southeast Spain", *Journal of Iberian Archaeology* 1, 127-171.

MONTAÑÉS, M, *et alii*, (1999): "Las primeras sociedades campesinas. Las sociedades comunitarias y los comienzos de la jerarquización social", en J. Ramos (Edit): *Excavaciones arqueológicas en la Mesa (Chiclana de la Frontera, Cádiz)*, 111-134.

MONTERO, I. *et alii*, (1995): "Aportaciones a la definición del Neolítico Final en la Cuenca de Vera (Almería)", *Actas del I Congreso del Neolítico en la Península Ibérica, Gavá-Bellaterra*, 619-625.

MONTERO, I., (1999): "Precisiones sobre el enterramiento colectivo neolítico de Cerro Virtud", *T.P. 56 (1)*, 119-130.

MOÑITA, R., *et alii*, (1986): "Espacios de Habitación y Funerarios en el SE durante el Calcolítico", *Actas del Coloquio sobre el microespacio, nº 8, Teruel*, 139-156.

MOORE, H. (1986): *Space, text and gender: An anthropological study of the Marakuet of kenia*, Cambridge University Press.

MOORTI, S., (1994): *Megalithic Culture of South India. Socio-economic Perspectives*, Ganga Kaveri Publishing House, Varanasi.

MORÁN, G., (2005): "Tumbas monumentales en el paisaje del Valle de Ambrona", en *Actas del III Congreso del Neolítico en la Península Ibérica, Santander*, 413-424.

MORENO ONORATO, A., CONTRERAS, F., CÁMARA, J.A. (1991-92): "Patrones de asentamiento y dinámica cultural en las tierras altas del SE peninsular. El pasillo Cúllar-Chirivel durante la Prehistoria Reciente", *CuPUG, 16-17*, 191-245.

MORGADO, A., *et alii*, (2005): "Desarrollo local y diversificación regional del Neolítico de las Cordilleras Béticas: la Comarca del Guadalteba (Málaga)", en P. Arias, *et alii* (edit): *Actas del III Congreso del Neolítico en la Península Ibérica*, 1045-1056.

MORGAN, (1973): "Archaeology and Explanation", *World Archaeology*, vol 4, 259-276, Londres.

MUÑOZ AMILIBIA, A. M., (1995): Aportaciones al debate de la ponencia de R. Lucas: "El mundo ritual y religioso. Problemática general", en Víctor Hurtado (Edt.): *El Calcolítico a Debate, Sevilla, 128-149.*

MUÑOZ AMILIBIA, A. M., (1996): "Reflexiones en torno al megalitismo de Europa Occidental", *Espacio, Tiempo y Forma, Serie I, Prehistoria y Arqueología, 9, 281-289.*

MUÑOZ AMILIBIA, A. M., (2001): "El Megalitismo en la Península Ibérica", *SPAL 10, 185-191.*

MUÑOZ AMILIBIA, A. M^a (2004): "El proceso de cambio en el Neolítico Andaluz: Evolución y Difusión", *Actas del II Simposio de la Cueva de Nerja: La Problemática del Neolítico en Andalucía, p 115-120.*

NAVARRETE, M.S. y CARRASCO, J., (1978): "Neolítico en la Provincia de Jaén", *CPUG, III, 45-66.*

NOCETE CALVO F., (1984): "Jefaturas y territorio. Una visión crítica", *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada, 9, 289-304.*

NOCETE CALVO F., (1989): *El espacio de la coerción. La transición al estado en las Campiñas del Alto Guadalquivir (España), 3000-1500 a.C.*, British Archaeological Reports, International Series, 492, Oxford.

NOCETE CALVO F., (1994): *La formación del Estado en la Campiña del Alto Guadalquivir*, Monografía Arte y Arqueología, 23, Universidad de Granada, Granada.

NOCETE CALVO, F. (1995): "Proyecto de Investigación en la Campiña del Alto Guadalquivir (Jaén)", en Víctor Hurtado (Edt.): *El Calcolítico a Debate, Sevilla, 67-69.*

NOCETE CALVO, F. (2001): *Tercer Milenio antes de nuestra era. Relaciones de contradicción centro-periferia en el valle del Guadalquivir*, Bellaterra Arqueología, Barcelona.

NOCETE, CALVO, F. *et alii*, (1996): "Refutaciones al mundo arqueográficamente organizado de los neolíticos del sureste", *Actas del I Congreso del Neolítico en la Península Ibérica, Gavá-Bellaterra 1995, vol 2, Rubicatum 1:2, 853-861.*

NOCETE, CALVO, F. *et alii*, (1998): "I Campaña de excavación arqueológica de Cabezo Juré (Alonso, Huelva). *A.A.A., 1994, II, 79-85.*

NOCETE, CALVO, F. *et alii*, (1998 b): *Cabezo Juré. 2500 a.C.* Alonso Huelva, Diputación Provincial de Huelva.

NOCETE, F., ORIHUELA, A. y PEÑA, M., (1993): "Odiel 3000-1000. Un modelo de análisis histórico para la contrastación del proceso de

jerarquización social", *Anuario Arqueológico de Andalucía*, 1991. II, 259-266.

O'KELY, J. (1979): "An anthropological contribution to the history and archaeology of and ethnic group", en Burnham *et alii* (edit): *Space, Hierarchy and Society*, BAR, S59, Oxford.

ONTAÑÓN, R. (1994): "El Neolítico Final-Calcolítico en Cantabria", En *Actas del 1 Congreso de Arqueología Peninsular (Porto), Trábalos de Antropología e Etnología*, 33:1-2, 133-151.

ORIHUELA, A., *et alii*, (1999): "Prospecciones arqueológicas de superficie en el marco del Proyecto Odiel en 1984: Muestreo El Villar-Zalamea la Real", *Anuario Arqueológico de Andalucía 1994:II*, 79-85.

OROZCO, T., (2004): "Redes de intercambio entre el Sudeste y el País Valenciano en el III milenio a.C. Una aproximación desde el utillaje pulimentado", En *Actas del III Simposio de la Cueva de Nerja: Las Primeras Sociedades Metalúrgicas en Andalucía*, 202-207.

O'SHEA, J. (1981): "Social configurations and the archaeological study of mortuary practices: a case of study", en Chapman, Kinnes y Randsborg (Edit): *The Archaeology of the Death*, 39-52.

PÁSZTOR, E. y ROSLUND, C. (1997): "Orientations of Maltese "Dolmens", *European Journal of Archaeology*, 5 (1), 183-189.

PATTERSON, T.C. (1988/98): "The creation of Culture in Pre-State and Non-State Social Formations", *Journal of Theoretical Archaeology* 5-6, 81-98.

PATTERSON, T.C. (2003): *Marx's Ghost. Conversations with anachaeologists*, Berg, Oxford and New York.

PEARSON, (1982): "Mortuary practices, society and ideology. An Archaeological study", en I. Hodder (Edt.): *Symbolic and Structural Archaeology*, New Directions in Archaeology, Cambridge University Press, 99-113.

PEEBLES, C.S., (1971): "Moundville and sourronding sites: some structural considerations of mortuary practices", en Brown (Edit): *Approaches to the Social Dimensions of Mortuary Practices*, *Memoirs of the Society for American Archaeology*, 25.

PEÑA DE LA, C. (1986): "La Necrópolis de los Churuletes (Purchena, Granada)", *CuPUG* 11, 73-170.

PEÑA DE LA, A. y REY, J.M. (1997): "Sobre las posibles relaciones entre el arte parietal megalítico y los grabados rupestres galaicos", en R. Casal (Edt): *Actas del Congreso El Neolítico Atlántico y los orígenes del Megalitismo*, Santiago de Compostela, 829-838.

PÉREZ BAREAS *et alii*, (1999): "Clasificación cultural, periodización y problemas de compartimentación del Neolítico en la alta Andalucía", en *Actas del II congreso del Neolítico en la Península Ibérica, Saguntum, Extra 2*, 485-492.

PÉREZ MACÍAS, J.A., (1993): *La necrópolis dolménica de Monte Acosta*, Cuaderno Temático del Museo de Huelva, 5.

PIÑÓN VARELA, F., (1994): "Los Vientos de la Zarcita (Santa Bárbara de la Casa). Un asentamiento calcolítico fortificado en el sector noroccidental de la provincia de Huelva", en Kunst (coord): *Actas das I Jornadas Arqueológicas de Torres Vedras; Origens, Estruturas e Relações das Culturas Calcolíticas da Península Ibérica, Trabalhos de Arqueologia 7*, Lisboa, 169-187.

RAPPAPORT, R.A. (1974): "The sacred in human evolution", *Annual Review of Ecology and Systematics 2*, 23-44.

RAMOS MILLÁN, A., (1998): "La minería, la artesanía y el intercambio de sílex durante la Edad del Cobre en el Sudeste de la Península Ibérica", en G. Delibes (edit): *Minerales y metales en la Prehistoria Reciente*, Universidad de Valladolid, 13-40.

RAMOS MILLÁN, A., (1999): "Culturas neolíticas, sociedades tribales: economía política y proceso histórico en la Península Ibérica", en *Actas del II Congreso del Neolítico en la Península Ibérica, Saguntum Extra 2*, 597-608.

RAMOS J., (1981): "Interpretaciones secuenciales y culturales de la Edad del Cobre en la zona meridional de la Península Ibérica. La alternativa del Materialismo Cultural", *CuPUG*, 6, 242-256.

RAMOS, J. *et alii*, (1994): "EL Dólmen de Alberite. Aportaciones al estudio de la ideología y del espacio megalítico", *Revista de Arqueología 158*, 11 y ss.

RAMOS, J. *et alii*, (1995): "El poblamiento humano prehistórico del V al II milenios a.n.e. en la encrucijada de los ríos Turón, Guadalteba y Guadalhorce. El proceso de tribalización", en Cantalejo *et al.* (edt.): *Geología y Arqueología prehistórica de Ardales*, 125-148.

RAMOS J. *et alii*. (1997): "Los inicios de la economía de producción en la Bahía de Cádiz", en A. Rodríguez (Edt.) *O Neolítico Atlántico e as orixes do Megalitismo, Santiago de Compostela*, 677-689.

RAMOS, J. *et alii*, (1997b): "La necrópolis colectiva del cerro de las Aguillillas (Ardales, Campillos, Málaga. Inferencias socioeconómicas", *Revista Atlántica-Mediterránea de Prehistoria y Arqueología Social*, 1, 159-180.

RAMOS J. *et alii.* (1998): "Aplicación de las técnicas geoarqueológicas en el estudio del proceso histórico ente el V y el III milenios a.n.e. en la comarca de la Janda", *T.P.* 55, 2, 163-176.

RAMOS, J., (2004): "El poblamiento calcolítico de la Banda Atlántica de Cádiz. Aproximación a la sociedad clasista inicial del IIIer milenio a.n.e.", *Actas del III Simposio de la Cueva de Nerja: Las Primeras sociedades metalúrgicas en Andalucía*, p. 352-360.

RAMOS, J., ESPEJO, M^a M., CANTALEJO, P., (2004): "La formación económico social clasista inicial en los entornos de Ardales (milenios III y II a.n.e.)", *Actas del III Simposio de la Cueva de Nerja: Las Primeras sociedades metalúrgicas en Andalucía*, p. 309-320.

RANDBORG, K. (1981): "Burial succession and early state formation in Denmark", en Chapman *et al.* (edit.): *The Archaeology of Death, New directions in Archaeology*, Cambridge University Press, 105-121.

RANDBORG, K. (1989): "The Archaeology of visual: Burials post and present", *Dialoghi di Archeologia*, 7, nº 1, 85-96.

RATHJE, W.L., (1979): "Modern Material culture Studies", en Shiffer (edit): *Advances in Archaeological Method and Theory 2*, New York, San Francisco and London, Academic Press.

REDMAN, C., (1990): *Los orígenes de la Civilización*, Edit Crítica, Barcelona.

REDMAN, WATSON y Le BLANC., (1974): *El Método Científico en Arqueología*, Edit Alianza Universidad, Madrid.

RENFREW, C. (1969): "The Autonomy of the South East European Copper Age", *Proceedings of Prehistoric Society* 35, 12-47.

RENFREW, C. (1972): *The Emergence of Civilization. The Cyclades and the Egean in III Millennia B. C.*, Londres.

RENFREW, C. (1973): *The Explanation of Cultural Change: Models in Prehistory*, Londres.

RENFREW, C. (1973 b): *Before Civilization*, Londres (Traducción en 1986) Edit Istmo, Barcelona.

RENFREW, C. y BAHN, P., (1993): *Arqueología. Teoría, Métodos y Práctica*, Akal, Madrid.

RENFREW, C. y CHERRY, (1986): *Peer Polity Interaction and Social Change*, New Directions in Archaeology, Cambridge University Press.

RENFREW, C. y SHENNAN S. (1982): *Ranking, Resource and Exchange*. Cambridge University Press, Cambridge.

RIBÉ I MONJE, G., (1999): "Territorios y poblamiento del Vallés (Cataluña) en el Neolítico (5500-3500 cal B.C.): aproximación arqueoespacial", en *Actas del II Congreso del Neolítico en la Península Ibérica*, Saguntum Extra 2, p. 307-314.

RINCÓN, M^a A. del, (1992): "La primera mitad del III milenio. Estat de la investigació sobre el Neolític a Catalunya", en las actas del 9 *Coloquio Internacional de arqueología de Puig-Cerdá*, Institut d'Estudis Ceretans, Andorra, 233-236.

RINCÓN, M^a A. del, (1998): "El Calcolítico y la Edad del Bronce", en Martí, Oliver, Barandiarán, del Rincón y Maya (Edit): *Prehistoria de la Península Ibérica, Capítulo 3*, Edit Ariel, Madrid.

RIVERO, E., (1988): *Análisis de las cuevas artificiales en Andalucía y Portugal*, Sevilla, Publicaciones de la Universidad.

ROBB, J.E., (1999): "Great Persons and Big Men in the Italian Neolithic", *Journal of European Archaeology*, 111-121

RODRÍGUEZ CASAL, A. (1990): "Problemas y cuestiones de método relativas al megalitismo: una aproximación teórica", *Gallaecia*, 12, 81-89.

RODRÍGUEZ HIDALGO, J.M., (2001): "La restauración del dólmen del Término, Gandúl (Alcalá de Guadaira y Mairena de Alcor, Sevilla)", *SPAL*, 10, 93-107.

ROJO GUERRA, M. A., (1990): "Monumentos megalíticos en la Lora Burgalesa: Exégesis del emplazamiento", *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología LVI*, Valladolid, 53-63.

ROJO GUERRA, M. A. y KUNST, (Edt.), (2002): *Sobre el Significado del fuego en los rituales funerarios del Neolítico*, *Studia Archaeologica*, 91 (Monografía), Valladolid.

ROJO, M. A., KUNST, M. y PALOMINO, A.L., (2002): "El fuego como procedimiento de clausura en tres tumbas monumentales de la submeseta norte", en Rojo et alii (Edit): *Sobre el Significado del fuego en los rituales funerarios del Neolítico*, *Studia Archaeologica*, 91 (Monografía), Valladolid, 21-38.

ROJO GUERRA, M. et alii, (2005): *Un desafío a la eternidad. Tumbas monumentales del Valle de Ambrona*, Memorias 14, Arqueología de Castilla y León, Junta de Castilla y León, Consejería de Educación y Cultura.

ROJO, M. et alii, (2005 b): "El color como instrumento simbólico en el megalitismo del Valle de Ambrona (Soria)", en P. Arias, et alii (edit): *Actas del III Congreso del Neolítico en la Península Ibérica*, 681-690.

ROMÁN, M^a P. (1995): "Las primeras comunidades agrícolas-ganaderas del Sureste peninsular: estado de la cuestión, crítica y necesidad de nuevo enfoque", en *A la Memoria de Agustín Díaz Toledo, Universidad de Almería*, 135-143.

ROMÁN, M^a P. (1996): *Estudios sobre el Neolítico en el Sureste de la Península Ibérica. Síntesis, Crítica y Valoración*, Universidad de Almería, Servicio de Publicaciones.

ROMÁN, M^a P. (1999): "Primeras aldeas con almacenamiento en el Sureste de la Península Ibérica", en *Actas del II Congreso del Neolítico en la Península Ibérica, Saguntum Extra 2*, 199-206.

ROMÁN M^a. P. y MARTÍNEZ, C., (1998): "Aproximación al estudio de las transformaciones históricas en las sociedades del IV al III milenios a.C. en el Sureste peninsular, *T.P. 55.2*, 35-54.

ROMÁN, M^a P. y MAICAS, R., (2003): "Asentamientos neolíticos de la Cuenca del Vera (Almería) en la colección Siret", *Boletín del Museo Arqueológico Nacional 227*, 9-40.

ROMÁN, M^a P. y MARTINEZ PADILLA, C., (2005): "Alto Almanzora. "Cultura de Almería" y termoluminiscencia", en *P. Arias, et alii (edit): Actas del III Congreso del Neolítico en la Península Ibérica*, 465-474.

ROMERO BOMBA, E., (1999): "El megalitismo en la Sierra de Aracena (Huelva)", en *Actas del XXIV C.N.A. 1997*, 287-293.

ROMERO BOMBA, E., (2005): "El registro arqueológico del yacimiento "Puerto de la Palmera" (La Puebla de los Infantes, Sevilla). Evidencias sobre el tránsito del Neolítico al Calcolítico en el Valle del Guadalquivir", en *P. Arias, et alii (edit): Actas del III Congreso del Neolítico en la Península Ibérica*, 989-998.

ROWLANDS, M. J., (1980): "Kindship, alliance and exchange in the european Bronze Age", en *Barret et alii (edt): Settlement and society in the British Later Bronze Age, British Archaeological Reports, Oxford*, 15-55.

RUBIO DE MIGUEL, I. (1989): "El Neolítico peninsular. Una interpretación de los datos arqueológicos", *CuPUAM 16*, 11-41.

RUBIO DE MIGUEL, I. (1995): "Las periodizaciones del Neolítico Peninsular. Una perspectiva historiográfica", *Verdolay 7*, 31-37.

RUBIO DE MIGUEL, I. (1995 b): "Algunas cuestiones del Neolítico peninsular. Datos para una revisión", *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología 35*, 79-96.

RUBIO DE MIGUEL, I. (1998): "La Etnoarqueología: Una disciplina nueva en la docencia universitaria y en la investigación española", *CuPAUAM*, 25.1, 9-33.

RUBIO DE MIGUEL, I. (2001-2002): "El mundo funerario neolítico peninsular. Algunas reflexiones sobre su trasfondo social", *Anales de Prehistoria y Arqueología* 17-18, *AnMurcia*, 53-66.

RUGGLES, C. y BARCLAY, G., (2000): "Cosmology, calendars and society in Neolithic Orkney: a rejoinder to E. Mackie", en Darvil y Malone (edit): *Megaliths from Antiquity*, 4. *Beyond the Megaliths, Antiquity Papers*, 3. (2003).

RUÍZ COBO, J., *et alii*, (1995): "Menhires/monolitos: estructuras monolíticas en el sector central de la cornisa cantábrica", en *Actas del XXII Congreso Nacional de Arqueología (Vigo)*, 55-62.

RUÍZ FUENTES, V.M., *et alii*, (1995): "Intervención Arqueológica de Urgencia en Eras de El Alcázar, Úbeda (Jaén). Año 1996", *Anuario Arqueológico de Andalucía 1995: III*, 301-306.

RUÍZ GIL, J.A. y LÓPEZ AMADOR, J.J., (2005): "Cronología y cultura material del Neolítico Final de Cantarranas (Bahía de Cádiz)", en *P. Arias, et alii (edit): Actas del III Congreso del Neolítico en la Península Ibérica*, 383-388.

RUÍZ GIL, J.A. y LÓPEZ AMADOR, J.J. y GARCÍA, I., (2004): "Pocito Chico. Un modelo de poblamiento entorno a la laguna del Gallo", en *Actas del III Simposio de Prehistoria de la Cueva de Nerja: Las primeras sociedades metalúrgicas en Andalucía*, Fundación Cueva de Nerja, 361-369.

SAHLINS, M., (1983): *Economía de la Edad de Piedra*, Akal, Madrid.

SALAS, J. y BARRIONUEVO, F. (1990): "Dólmenes de la provincia de Sevilla", *Revista de Arqueología*, 109, 6-10.

SAN NICOLÁS DEL TORO, M. (1994): "El megalitismo en Murcia. Una aproximación al tema", *Verdolay*, 6, 39-52.

SÁNCHEZ PICÓN, (1996): *Historia y Medio Ambiente en el Territorio Almeriense*, Universidad de Almería, Servicio de Publicaciones, Almería.

SÁNCHEZ-QUIRANTE, L. (1991): "Prospección arqueológica superficial del río Bodurria-Gallego, Sierra de Baza", *Anuario Arqueológico de Andalucía 1989:II*, 57-62.

SÁNCHEZ-QUIRANTE, L. (1992): "Prospección arqueológica superficial del sector occidental de la Sierra de Baza. Campaña de 1990", *Anuario Arqueológico de Andalucía 1990:II*, 124-127.

SÁNCHEZ-QUIRANTE, L. (1993): "Proyecto: Investigación arqueológica en la Sierra de Baza-Gor. El poblamiento durante la Prehistoria Reciente en la Sierra de Baza", en Campos y Nocete (coord.): *Investigaciones Arqueológicas en Andalucía 1985-1992, Proyectos (Huelva)* 329-339.

SÁNCHEZ-QUIRANTE, L., *et alii*, (1995): "Comunidades Neolíticas de Montaña: Las Sierras de Baza y Los Filabres", en las *Actas del I Congreso del Neolítico a la Península Ibérica, Gavá-Bellaterra, Rubicatum, 1*, 607-611.

SANAOJA-VARGAS, (1974): *Antiguas Formaciones Sociales y Modos de producción Venezolanos*. Edit Monte Ávila. Caracas.

SANCHIDRIÁN, J.L., (1994-95): "Algunas bases para el estudio de los actos funerarios eneolíticos: Sima de la Curra (Carratraca, Málaga)", *Zephirus, XXXVII-XXXVIII*, 227-248.

SARMIENTO, B., (1992): *Las Primeras Sociedades Jerárquicas*, Instituto Nacional de Antropología e Historia, Méjico.

SCARDUELLI, P., (1988): *Dioses, espíritus, Ancestros. Elementos para la comprensión de los sistemas rituales*, México.

SCARRE, Ch., (1994): "The meaning of death: funerary beliefs and the prehistorian", en Renfrew, *et al.* (Edit.): *The Ancient mind. Elements of cognitive archaeology*, New Directions in Archaeology, Cambridge University Press, 75-82.

SENNA-MARTÍNEZ, J.C., *et alii*, (1997): "Territorio, ideología y cultura material en el megalitismo de la plataforma del Montego (centro de Portugal)", *Actas del Congreso El Neolítico Atlántico y los orígenes del Megalitismo, Santiago de Compostela*, 657-676.

SERNA, M^a R., (1991): "Estructuras de inhumación colectiva y poblamiento del Valle del Guadalquivir. Posibilidades de determinación cronológica y cultural", *Actas del II Congreso de Historia de Andalucía (Córdoba)*, 231-242.

SERNA, M^a R., (1997): "Neolitización y megalitismo en la cornisa cantábrica: el yacimiento de Guriero-Hayas", *II Congreso de Arqueología Peninsular (Zamora), T.2, Neolítico, Calcolítico y Bronce*, 199-206.

SERVICE, E. (1962): *Primitive social organization. An Evolutionary Perspective*. Random House. New York.

SERVICE, E., (1984): *Los orígenes del Estado y la Civilización*, Edit Alianza. Madrid.

SHANKS, M. y TILLEY, C., (1982): "Ideology, symbolic power and ritual communication: a reinterpretation of Neolithic mortuary practices", en Hodder (edit): *Symbolic and Structural Archaeology*, Cambridge, 129-154.

SHANKS, M. y TILLEY, C., (1987): *Re-Constructing Archaeology*, Cambridge University Press, London - New York.

SHEE TWOHIG, E. (1975): "L'Art Megalithique de l'Europe Occidentale", *Actas de las I Jornadas de Metodología aplicada a las CC.SS.*, Universidad de Santiago de Compostela, 101 y ss. Traducida al inglés en edición de 1981 (Oxford, 259).

SHEE TWOHIG, E. (1997): "Perspectives on the megaliths of North West Europe", en *Actas del Congreso de Neolítico Atlántico y los Orígenes del megalitismo*, Santiago de Compostela, 117-129.

SHENNAN, S.J. (1975): "The social organization at Branc", *Antiquity* 49, 279-288.

SHENNAN, S.J. (1986): "Central Europe in the Third Millennium BC: An Evolutionary Trajectory for the Beginning of the European Bronze Age", *Journal of Anthropological Archaeology*, 5.

SHENNAN, S.J. (1989): "Tendencias a l'estudi de la Prehistoria Europea Recent", *Cota Cero*, 5. 91-101.

SHERRATT, A., (1981): "Ploug and pastoralism: Aspects of the Secondary Products Revolution" en Hodder, Isaac y Hamond, (edit): *Patterns of the Past*, 261-305.

SHERRATT, A., (1995): "Instruments of conversion? The role of megaliths in the Mesolithic/Neolithic transition in north-West Europe", *Oxford Journal of Archaeology* 14, 3, 245-261.

SHERRATT, A. (1981): "Ploug and pastoralism: aspects of the secondary products revolution", en I. Hodder *et alii* (Edt.): *Patterns of the Past: Studies in Honour of David Clark*, Cambridge, 261-305.

SHERRATT, A. (1990): "The genesis of megaliths: monumentality, ethnicity and social complexity in Neolithic north-West Europe", en Bradley (Edt.): *Monuments and Monumental*, (monografía), *World Archaeology*, 22 (2), 147-167.

SILVA, C.T. (1987): "Megalitismo do Alentejo occidental e do Sul do Baixo Alentejo (Portugal)", en VVAA: *El Megalitismo en la Península Ibérica*, Ministerio de Cultura, Madrid.

SIMÓN, M^a.D, *et alii*, (2005): "Aportaciones al conocimiento de la utilización de la Cueva de Nerja como necrópolis durante el Neolítico", en P. Arias, *et alii* (edit): *Actas del III Congreso del Neolítico en la Península Ibérica*, 643-652.

SOARES, J. y SILVA, C.T. (1992): "Para o conhecimento dos povoados do Megalitismo de Reguengos", *Setúbal Arqueológica*, IX-X, 37-85.

SOLER DÍAZ, J. A. (1997): "Cuevas de inhumación múltiple en el País Valenciano: una aproximación al rito desde la significación de los distintos elementos del registro", en Balbín y Bueno (Edts.): *Actas del II Congreso de Arqueología Peninsular*, II, 347-358.

STE. CROIX, G.E.M., (1988): *La lucha de clases en el Mundo Griego Antiguo. De la Edad Arcaica a las conquistas árabes*, Crítica, Barcelona.

STEWART, J.H. (1974): "Ecología Cultural", *Enciclopedia Internacional de las CCSS*, Vol.4, 45-51.

TAINTER, J.A., (1973): "The social correlates of mortuary patterning at Kaloko, North Kona, Hawaii", *Archaeology and Physical Anthropology in Oceania* 8, 1-11.

TAINTER, J.A., (1975): "The archaeological study of social change: Woodland Systems in West-Central Illinois", *Ph. D. Dissertation, Northwestern University*.

TAINTER, J.A., (1978): "Mortuary practices and the study of the prehistoric social systems" en Shiffer (edit): *Advances in Archaeological Theory and Method*, 1, Academic Press New York, San Francisco and London.

TARRÚS y GALTER, J. (1992): "El Megalitisme Antic a Catalunya. Estat de la investigació sobre el Neolític a Catalunya", *Actas del 9º Congreso de Arqueología de Puigcerdá, 1991, Institut d'Estudis Ceretans, Andorra*, 239-243.

TAVARES DA SILVA, C., (1987): "Calcolítico do Sul de Portugal: uma introdução", en *El origen de la metalurgia en la Península Ibérica*, Fundación Ortega y Gasset, 65-83.

TAVARES DA SILVA (1997): "O neolítico antigo e a origem do Megalitismo no sul de Portugal" en R. Casal (Edt): *Actas del Congreso El Neolítico Atlántico y los orígenes del Megalitismo, Santiago de Compostela*, 575-587.

TEIRA MAYOLINI, L.C., (1994): "El megalitismo de Cantabria en el contexto de la cornisa cantábrica", *Actas del 1º Congreso de Arqueología Peninsular (Porto)*, vol IV, *Trabajos de Antropología e Etnología* 34:3-4, 99-116.

TESTART, A. (1982): "The significance of Food Storage among Hunter-Gatherers: Residence Patterns, Population Densities and Social Inequalities.", *Current Anthropology*, 23, 523-537.

THERBORN, G., (1987): *La Ideología del Poder y el Poder de la Ideología*, Madrid.

- THOM, (1966): "Megaliths and Mathematics", en Darvil y Malone (edit): *Megaliths from Antiquity, 4. Beyond the Megaliths, Antiquity Papers, 3.* (2003).
- THOMAS, J., (1988): "Neolithic explanations revisited: the Mesolithic Neolithic transition in Britain and South Scandinavia", *Proceedings of the Prehistoric Society 54*, 59-66.
- THOMAS, J., (1990): "Archaeology and the notion of Ideology", en Baker y Thomas (Edt.): *Writing the past in the present*, 63-68.
- THOMSON, R.H., (1991): "The archaeological purpose of ethnoarchaeology", en Longacre (edit): *Ceramic Ethnoarchaeology*, Tucson, University of Arizona Press, 231-145.
- TILLEY, C., (1984): "Ideology and the legitimation of power in the Middle Neolithic of Southern Sweden", *Vegeu 14*, 111-146.
- TILLEY, C., (1990): "Constituint una arqueología social: un projecte modernista", en Anfruns y Llobet (Edt.): *El Canvi Cultural a la Prehistoria*, Barcelona, 17-44.
- TRIGGER, B.G. (1990): "Monumental architecture: a thermodynamic explanation of symbolic behaviour", *World Archaeology 22:2, Monuments and the Monumental, London*, 119-132.
- TRIGGER, B.,(1992): *Historia del Pensamiento Arqueológico*, Edit Crítica. Barcelona.
- TRIGGER, B., (1995): "Expanding middle-range theory", *Antiquity, 69*, 449-458.
- TUSA, S., *et alii*, (1991): "Consideracions sobre el process d'adquisició neolítica a la Italia meridional i a Sicilia", *Cota Cero 7*, 115-125.
- VAN BERG, P.L. (1997): "Arts géométriques et sociétés dans le Megalithisme Atlantique", *Actas del Congreso El Neolítico Atlántico y los orígenes del Megalitismo, Santiago de Compostela*, 739-762.
- VAQUERO, J. (1989): "¿Dónde diablos se esconden nuestros muertos que no los podemos ver? Reflexiones sobre el emplazamiento de los túmulos del NW", *Gallaecia 11*, 81-108.
- VARELA, M. (1997): "Megalitismo do Barlovento Algarvio. Breve Sintese", *Setúbal Arqueológica, vols 11-12*, 147-190.
- VÁZQUEZ J.M., CRIADO, F. y BELLO, J.M. (1987): *La cultura megalítica de la provincia de la Coruña y sus relaciones en el marco natural: implicaciones socioeconómicas*, La Coruña.

VEGA, G., BERNABEU, J., CHAPA, T., (Edit) (2003): *La Prehistoria*. Capítulo "Del Neolítico a la Edad del Bronce", Síntesis, Madrid.

VEGAS, *et alii*, (1999): "La sepultura de San Juan ante Portam Latinam (Laguardia, Álava)" en las *Actas del II Congreso del Neolítico en la Península Ibérica, Saguntum, Extra 2*, 439-446.

VERA, J.C. (1995): *Los hábitats y las necrópolis prehistóricas del entorno de Sierra Palacios (Belméz, Córdoba). La industria lítica tallada en la secuencia cultural del IIIer milenio A.C.* Universidad de Córdoba, Servicio de Publicaciones, Córdoba.

VERA, J.C. (1997): "Los hábitats y las necrópolis prehistóricas del entorno de Sierra Palacios (Belméz, Córdoba): Una secuencia tecnológica del IVº al IIIer milenios a.C.", *Actas del II Congreso de Arqueología Peninsular, Zamora, tomo II*, 185-198.

VERA, J.C. (1999): *El Calcolítico en el Alto Valle del Guadiato: los hábitats y las necrópolis prehistóricas del entorno de Sierra Palacios*. Universidad de Córdoba, Servicio de Publicaciones.

VERA, J.C., (2004): "Formación y desarrollo de las primeras sociedades metalúrgicas en la comarca minera del Alto Valle del Guadiato (Córdoba)", *Actas del III Simposio de la Cueva de Nerja: Las Primeras sociedades metalúrgicas en Andalucía*, 321-330.

VERA, A. y SÁNCHEZ LIZCANO, O., (1999): "La Historiografía prehistórica como conciencia histórica", en *Actas del III Congreso de Arqueología Peninsular*, 327-335.

VICENT, J. M. (1982): "Las tendencias metodológicas en Prehistoria", *Trabajos de Prehistoria*, 39, 9-53.

VICENT, J. M. (1985): "Un concepto de metodología: hacia la definición epistemológica diferencial de Prehistoria y Arqueología", en *Actas de las Segundas Jornadas de Metodología y Didáctica de la historia (Cáceres)*, Universidad de Extremadura, 55-72.

VICENT, J. M. (1988): El origen de la economía productora. Breve introducción a la historia de las ideas", en P. López (edt): *El Neolítico en España*, Cátedra, Madrid, 11-58.

VICENT, J. M. (1990): "El Neolitic: Transformacions socials y econòmiques", en Anfruns y Llobet (edt): *El Canvi Cultural a la Prehistoria*, 241-293.

VICENT, J. M. (1990 b): "El Debat post-procesual: algunes "observacions radicals" sobre una Arqueología "conservadora", *Cota Cero*, 6, 102-107.

VICENT, J. M. (1991): "El Neolítico. Transformaciones sociales y económicas", *Boletín de Antropología Americana*, 24, México, 31-62.

VICENT, J. M. (1991b): "Arqueología y Filosofía. La Teoría crítica", *Trabajos de Prehistoria*, 48, 29-36.

VICENT, J. M. (1994): "Presentació a los ámbitos: Estudio Regional y Cambio Cultural", *Actas del I Congreso del Neolítico a la Península Ibérica. Rubicatum I*, vol. 2, p. 601-105. Gavá-Bellaterra.

VICENT, J. M. (1994b): "Perspectivas de la Teoría Arqueológica en España", *6º Coloquio Hispano-Ruso de Historia*, Madrid, 215 y ss.

VICENT, J. M. (1995): Aportaciones al debate en el Encuentro sobre el Calcolítico en la Península Ibérica, en V. Hurtado (edit.): *El Calcolítico a debate*, Sevilla.

VICENT, J. M. (1998): "La prehistoria del modo tributario de producción", *Hispania LVIII/3 2000*, 823-839.

VICENT, J. M. (2005): "Presentación al ámbito 6: Sociedad y Cambio Cultural", en P. Arias, et alii (edit): *Actas del III Congreso del Neolítico en la Península Ibérica*, Universidad de Cantabria, 777-779.

VILLOCH, V., (1995): "Monumentos y petroglifos: la construcción del espacio en las sociedades constructoras de túmulos del Noroeste peninsular", *Trabajos de Prehistoria*, 51:1, 39-55.

VILLOCH, V., (2001): "El emplazamiento tumular como estrategia de configuración del espacio social: Galicia en la Prehistoria Reciente", *Complutum*, 12, 33-49.

WALDREN, W. H. (1995): "The function of Balearic Bell Baker Pottery as a ceremonial and votive object", en Waldren et al. (Edt.): *Ritual, Rites and Religion in Prehistory*, B.A.R. 611, vol. 1, 238-263.

WALLERSTEIN, I., (1974): *The modern world-system*, New York: Academic Press.

WALLERSTEIN, I., (1993): "World System versus World-Systems. A critique", en A.G. Frank y B.K. Gills: *The world systems five hundred year or five thousands?*, Routledge, London, 292-296.

WALLERSTEIN, I., (1995): "Hold the Tiller Firm: On Method and the Unit of Analysis", en S. Sanderson (ed): *Civilization and World System. Studing World-Historical Change*, Altamira Press, 239-247.

WATSON, P.K. (1979): "The idea of ethnoarchaeology: notes and coments", en C. Kramer (Edt.): *Ethnoarchaeology: implications of ethnology for archaeology*, 277.288.

WATSON, P. K. (1994): *The Archaeology of Rank*, Cambridge Univ. Press.

WATSON, A. y KEATING, D., (1999): "Architecture and sound: an acoustic analysis of megalithic monuments in prehistoric Britain", en Darvil y Malone (edit): *Megaliths from Antiquity, 4. Beyond the Megaliths, Antiquity Papers, 3.* (2003).

WHITE, L. (1943): "Energy and Evolution of Culture", *American Anthropology 45*, 336-356.

WHITE, L. (1964): *La Ciencia de la Cultura*, Paidós, Buenos Aires.

WHITTLE, A. (2003): *The Archaeology of People. Dimensions of Neolithic Life*, London and New York.

WRIGHT, E.O. (1993): "Reflexionando, una vez más, sobre el concepto de estructura de clases", *Teorías contemporáneas de las Clases Sociales, Fundación Pablo Iglesias /Siglo XXI, Madrid, 1991*, 17-125.

ZAFRA DE LA TORRE, N., y PÉREZ, C., (1995): "Excavación arqueológica de Urgencia en el Dólmen de la Sabina, Quesada, Jaén", *Anuario Arqueológico de Andalucía 1992:III*, 415-120.

ZAFRA DE LA TORRE, N., *et alii*, (1999): "Una macro-aldea en el origen del modo de vida campesino: Marroquíes Bajos (Jaén) c. 2500-2000 cal. ANE", *Trabajos de Prehistoria 56:1*, 77-102.

ZANGATO, E. (1999): Sociétés Préhistoriques et Megalithes dans le Nord-ouest de la République Centrafricaine, *British Archaeological Reports S768, Cambridge Monographs in African Archaeology 46*, Oxford.

ZILHAO, J., (2005): "Presentação al âmbito 4: Asentamiento, Hábitat y Territorio", en *Actas del III Congreso del Neolítico en la Península Ibérica, Santander*, 401-403.

INDICE DE IMÁGENES

1. Dólmen Pirenaico, zona de Huesca. Fuente: A. Domínguez Arranz y M^a J. Calvo, (1990): *Cuadernos Altoaragoneses de Trabajo*, 14.
2. Dibujo de un dólmen de Gorafe. M. Góngora. Fuente: L. Siret (1891): *España Prehistórica*, vol. 1, Edición Facsímil (2001) Junta de Andalucía.
3. Vista interior del tholos 40 de la necrópolis de Los Millares. Fuente: P. Arias y A. Armendáriz (2000): *Historia de la Humanidad, T. 2, "El Neolítico"*, Arlanza Ediciones. (Corbis-Sygma Contifoto)
4. Cerámica cardial simbólica. Dibujo de Martí Oliver-Hernández Pérez. Fuente: A. Moure (1999): *Arqueología del Arte Prehistórico en la Península Ibérica*, Síntesis, Madrid.
5. Detalle de un calco de pinturas levantinas del Cingle de la Mola Remigia, en el Barranco de la Gasulla (Obermaier). Fuente: A. Moure (1999): *Arqueología del Arte Prehistórico en la Península Ibérica*, Síntesis, Madrid.
6. Cerámica Campaniforme. Fuente: Museo de Arqueología de Córdoba
7. Dólmen del área de Tarifa. Fuente: www.elestrecho.com
8. Dólmen del sur de Portugal. Fuente: www.megalitos.es
9. Venus de Gavá. Fuente: P. Arias y A. Armendáriz (2000): *Historia de la Humanidad, T. 2, "El Neolítico"*, Arlanza Ediciones. (Museu de Gavá, Barcelona)
10. Dólmen de Tella, Pirineos. Fuente: V. Valdellou (1989): *Cuadernos Altoaragoneses de Trabajo*, 12.
11. Reconstrucción de una "tumba calero" del Valle de Hambrona. En sus tres fases de utilización. Fuente: M. Rojo (2005): *un Desafío a la Eternidad*, Memorias de Arqueología en Castilla y León.
12. Interior de la cámara del Romeral, Antequera, Málaga. Fuente: P. Arias y A. Armendáriz (2000): *Historia de la Humanidad, T. 2, "El Neolítico"*, Arlanza Ediciones.
13. Imagen del estudio experimental sobre el esfuerzo constructivo en el levantamiento de un dólmen. Fuente: A. Domínguez y M^a J. Calvo: (1990): *Cuadernos Atoaragoneses de Trabajo*, 14.
14. Ídolo de Antequera (Almargén). Fuente: P. Cantalejo, en J.A. Martín Ruíz y A. Pérez (2002): *El Neolítico en la Provincia de Málaga, Historia de la Provincia de Málaga*, Biblioteca de Divulgación, 1.

15. Dólmen de Gorafe. Fuente: Fuente: www.megalitos.es
16. Ejemplo de Dólmen de Holanda. Fuente: www.megalitos.es
17. Ejemplo de dólmen de Gales. Ynys Môn. Fuente: www.stonpages.com
18. Dólmen de de Cerdeña. Fuente: www.megalitos.es
19. Mapa con la distribución de áreas con enterramientos colectivos monumentales. Elaboración propia.
20. Cuenco Campaniforme. Fuente: P. Arias y A. Armendáriz (2000): *Historia de la Humanidad, T. 2, "El Neolítico"*, Arlanza Ediciones.
21. Ídolos calcolíticos oculados. Fuente: www.wikipedia.org
22. Ejemplo de Cámara Megalítica. Dólmen de Vamprim (Francia) Fuente: www.megalitos.es
23. Comparativa de plantas de henges y dólmenes con pinturas esquemáticas. Fuente: P.L. Van Berg (1997): "Arts géométriques et sociétés dans le Megalithisme Atlantique", *Actas del Congreso El Neolítico Atlántico y los orígenes del Megalitismo, Santiago de Compostela, 739-762*.
24. Interior de Gavrinis (Francia), Fuente: P. Arias y A. Armendáriz (2000): *Historia de la Humanidad, T. 2, "El Neolítico"*, Arlanza Ediciones.
25. Panel con signos esquemáticos del interior de la sepultura de Cairnt. Fuente: Knowth.com.
26. Panel con motivos geométricos del Dólmen de Antelas (Portugal). Fuente: Belmonte y Hoskin (2002): *Reflejo del Cosmos*, Ediciones Sirius, Madrid.
27. Panel con pinturas esquemáticas de antropomorfos. Cueva de Los Letreros (Los Vélez). Fuente: internet.
28. Proyección de la luz del solsticio de invierno en el interior de la sepultura de Cairnt. Fuente: www.knowth.com
29. Dólmen de Zafra. Valencia de Alcántara, Cáceres. Foto cedida por Teresa Hernández.
30. Círculo de piedras de Bryn Cader Faner (Gales). Fuente: www.stonpages.com
31. Vista parcial de alineación de menhires en Carnac. Fuente: www.megalitos.es

32. Ídolo de Antequera (Málaga). Fuente: Martín Ruiz *et al.* (2002): El Neolítico en la Provincia de Málaga, *Historia de la Provincia de Málaga*, Biblioteca de Divulgación, 1.
33. Dolmen de Faldouet, Islas del Canal. Fuente: P. Arias y A. Armendáriz (2000): *Historia de la Humanidad, T. 2, "El Neolítico"*, Arlanza Ediciones.
34. Dólmen de King's Quoit, South Penbrokeshire (Gales). Fuente: www.stonpages.com
35. Dólmen de Estepona (Málaga). Fuente: Martín Ruiz *et al.* (2002): El Neolítico en la Provincia de Málaga, *Historia de la Provincia de Málaga*, Biblioteca de Divulgación, 1.
36. Collar del ajuar de uno de los dólmenes de Gorafe. Fuente: M. Castellano *et al.* (2001): *Territorios Megalíticos del Mediterráneo*, Granada.
37. Mapa de las áreas sin prospectar en el sur peninsular. Elaboración propia.
38. Vista de la excavación de un tholos de los Millares. Fuente: [usuarios.lycos.es/los Millares/](http://usuarios.lycos.es/los_Millares/)
39. Reconstrucción esquemática de un Tholos de los Millares. Fuente: Cuadernos Pedagógicos. Junta de Andalucía.
40. Dibujo de la planta de un dólmen de Gorafe. Fuente: M. Castellano *et al.* (2001): *Territorios Megalíticos del Mediterráneo*, Granada.
41. Fotografía de un dólmen de Gorafe. Fuente: Manarqueoteca S.L.
42. Sepultura de El Padul. Fotografía propia.
43. Puerta de una cueva sepulcral de Sierra Martilla (Loja, Granada). Fuente: Folleto turístico de Granada. Turismo de Granada, Patronato Provincial.
44. Dibujo de la entrada del Dólmen de Menga (Málaga). Fuente: Siret (1891): *España Prehistórica*, vol. 1, Edición Facsímil (2001) Junta de Andalucía.
45. Vista exterior del Romeral (Necrópolis de Valencina de la Concepción, Sevilla). Fuente: www.edenex.iespana.es
46. Ídolo de Ardite. Fuente: Fernández y Márquez (2001): "El sepulcro megalítico del tesorillo de la Llaná de Cerro Ardite, Alozaina (Málaga)", *SPAL*, 10, 193-206.

47. Dólmen de Alberite (Villamartín, Cádiz). Fuente: Ramos *et al*, "El Dólmen de Alberite." Aportaciones al estudio de la ideología y del espacio megalítico", *Revista de Arqueología* 158, 11 y ss.
48. Cueva artificial de Los Algarbes (Cádiz). Fuente: www.elestrecho.com
49. Vista parcial de un dólmen de la necrópolis de El Pozuelo (Huelva). Fuente: www.megalitos.es
- 50 a 70. Mapas de cada Territorio sacro-político descrito. Elaboración propia.
71. Dolmen de Zafra 3, Necrópolis de Valencia de Alcántara, Cáceres. Fotografía cedida por Teresa Hernández.

